

#### ÚLTIMOS NÚMEROS DE LA COLECCIÓN

16. Joaquín Salleras y Ramón Espinosa, *La ermita de San Salvador de Torrente de Cinca* (1995).
17. VV. AA., *Del esparto a la PAC. Primeras Jornadas Agrarias (Laluzza, noviembre-diciembre 1993)* (1995).
18. Pedro Lafuente Pardina, *Al calor de la cadiera (Relatos y vivencias del Altoaragón)* (1996).
19. José Antonio Llanas Almudébar, *La pequeña historia de Huesca. Glosas, I* (1996).
20. José M.<sup>a</sup> Satué Sanromán, *Semblanzas de Escartín* (1997).
21. José M.<sup>a</sup> Ferrer Salillas y M.<sup>a</sup> Ángeles Abió Zamora, *Angüés. Historia, vida y costumbres de una villa del Somontano oscense* (1998).
22. Francisco Castellón Cortada, *Santa María de Valdeflores y San Miguel, las dos parroquias de Benabarre* (1998).
23. Ester Sabaté Quinquillá (coord.), *Albelda, la vida de la villa* (1999).
24. Jeanine Fribourg, *Fiestas y literatura oral en Aragón (El dance de Sariñena y sus relaciones con los de Sena, Lanaja y Lecañena)* (2000).
25. Chabier Tomás Arias, *El aragonés del Biello Sobrarbe* (1999).
26. Ramon Vives i Gorgues, *Costumari de Castellonroi (Ànima d'un poble)* (2001).
27. Mariano Constante, *Crónicas de un maestro oscense de antes de la guerra* (2001).
28. M.<sup>a</sup> Celia Fontana Calvo, *La iglesia de San Pedro el Viejo y su entorno. Historia de las actuaciones y propuestas del siglo XIX en el marco de la restauración monumental* (2003).



INSTITUTO DE ESTUDIOS  
ALTOARAGONESES  
Diputación de Huesca

En este libro recopilatorio se recogen casi dos centenares de artículos de **Ignacio Almudévar**, publicados en su mayor parte en la prensa oscense o emitidos en programas de radio entre 1965 y 2004, de interés y calidad acreditados por los largos años de observador minucioso de la realidad que es su autor. Agrupados en siete secciones temáticas, en general los artículos plasman las reflexiones del hombre preocupado por su tierra, que desea lo mejor para sus gentes, que ama el paisaje, las tradiciones, los personajes y la historia del **Alto Aragón**. Y todo ello con una visión socarrona e irónica, comprensiva y amable, crítica y exigente, con un ojo puesto en las grandezas pasadas y el otro en las ilusiones futuras, en un futuro colectivo esperanzado, donde sus paisanos y los paisajes altoaragoneses son los protagonistas.

Retablo del Alto Aragón en  
el último tercio del siglo XX



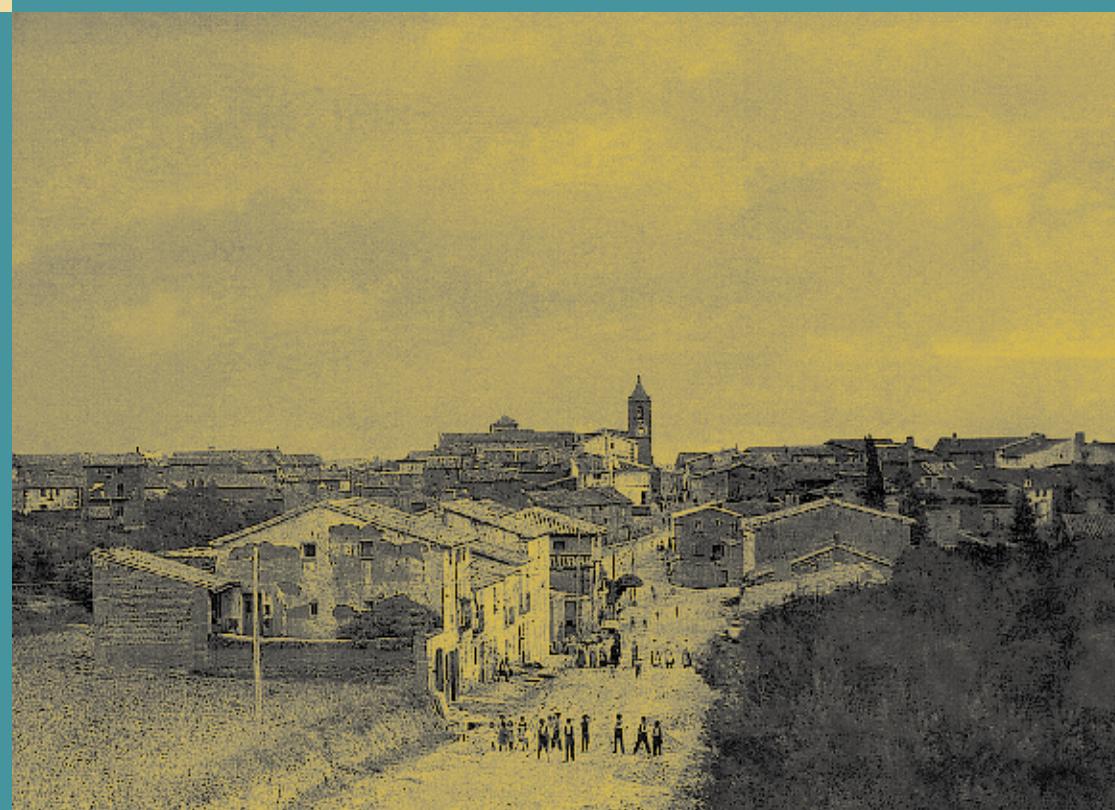
CN  
29

Ignacio Almudévar Zamora

# Retablo del Alto Aragón en el último tercio del siglo XX

Ignacio Almudévar Zamora

Edición a cargo de Francho Nagore Laín



**IGNACIO ALMUDÉVAR ZAMORA** (Siétamo, 1930) estudió el Bachillerato en Huesca y se licenció en Veterinaria por la Universidad de Zaragoza. Ha ejercido como veterinario en varias zonas, entre otras la de Bolea y la de Barbastro, y llevado sus tierras familiares en Siétamo, además de ejercer cargos públicos de responsabilidad, como alcalde de Siétamo y en la Diputación de Huesca.

Todo esto le ha llevado a tener un conocimiento amplio del Alto Aragón, de sus gentes y de su modo de hablar. Recuerda que su padre escribió en aragonés una poesía sobre la Navidad que todos los años recitaban en su casa y que ahora recitan y publican en muchos lugares del Alto Aragón. Tal vez estimulado por su ejemplo, comenzó a escribir en aragonés asiduamente desde 1977, año en que entra en el Consello d'a Fabla Aragonesa. Su producción característica son los artículos breves, que ha ido publicando en la prensa de Huesca, primero en *Nueva España* y posteriormente en el *Diario del Alto Aragón*, ya solo en castellano, debido a las nuevas directrices del periódico. Estas colaboraciones se recogieron en 1980 en los libros *Claroscuros* y *Beyendo chirar o sol*. También ha publicado artículos en revistas y en programas de fiestas, y ganó un Onso de Plata en el Premio Literario Val d'Echo de 1982 con la narración *O ritorno de Chorcher*. Ha impartido numerosas conferencias y dado buen número de charlas radiofónicas. Y sigue escribiendo habitualmente en la prensa oscense.





RETABLO DEL ALTO ARAGÓN  
EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XX  
(ARTÍCULOS, CHARLAS Y CONFERENCIAS)



RETABLO DEL ALTO ARAGÓN  
EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XX

(ARTÍCULOS, CHARLAS Y CONFERENCIAS)

IGNACIO ALMUDÉVAR ZAMORA

EDICIÓN A CARGO DE  
FRANCHO NAGORE LAÍN



INSTITUTO DE ESTUDIOS  
ALTOARAGONESES

Diputación de Huesca

## FICHA CATALOGRÁFICA

Retablo del Alto Aragón en el último tercio del siglo XX (artículos, charlas y conferencias) / Almudévar Zamora, Ignacio ; Edición a cargo de Francho Nagore Laín. — Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005. — 445 p. 16 il. ; 21 cm. (Cosas Nuestras ; 29)

ISBN: 84-8127-160-8

Descriptores: I. Huesca - Misceláneas. I. Nagore Laín, Francho. II. Retablo del Alto Aragón en el último tercio del siglo XX. III. Cosas Nuestras. 821.134.2-82 (460.222) "19".

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© Ignacio Almudévar Zamora  
© Francho Nagore Laín (ed.)  
© De la presente edición,  
Instituto de Estudios Altoaragoneses

1.<sup>a</sup> edición, 2005

Colección: Cosas Nuestras, n.º 29

Director de la colección: Ignacio Almudévar Zamora

Diseño: José Luis Cerezo Jiménez

Coordinación editorial: Teresa Sas Bernad

Corrección y maquetación: Digitalia Scripta S.C.

Instituto de Estudios Altoaragoneses  
(Diputación Provincial de Huesca),

Parque, 10. 22002 Huesca, España.

Tel. 974 294 120. Fax: 974 294 122.

e-mail: [iea@iea.es](mailto:iea@iea.es).

Dirección de Internet: <http://www.iea.es>

Impreso en España

Imprime: ---

ISBN: 84-8127-160-8

D.L.: --- -----2005

## INTRODUCCIÓN



## Introducción

En este libro se recogen artículos publicados en su mayor parte en la prensa de Huesca o emitidos por la radio. Algunos textos tienen su origen en conferencias. Y no faltan, si bien son pocos, los inéditos o publicados en revistas. El primero de los artículos es de 1965, y hay unos cuantos de los años 70. Igualmente hay algunos escritos ya en este siglo XXI, hasta el año 2004. Pero la mayoría data de los años 80 y 90 del siglo XX.

Se sitúa, pues, en la línea de recopilación de obra dispersa previamente publicada, de modo parecido a como se hizo antes, en esta misma colección «Cosas Nuestras», con los libros *Al calor de la cadiera (relatos y vivencias del Altoaragón)*, de Pedro Lafuente Pardina («Cosas Nuestras», número 18, Huesca, 1996) y *La pequeña historia de Huesca, Glosas, I*, de José Antonio Llanas Almudébar («Cosas Nuestras», número 19, Huesca, 1996).

Ahora le toca el turno a Ignacio Almudévar, precisamente director de esta colección, quien, al igual que los precedentes, tiene ya una obra considerable, publicada especialmente en el *Diario del Alto Aragón* o emitida por *Radio Huesca*, de interés y calidad suficientes como para preservarla del olvido al que el efímero soporte del papel prensa o las más efímeras todavía ondas sonoras condenarían, quizá, en poco tiempo. En cualquier caso, bueno es prevenir y recopilar, destacando aquello que merece ser conservado, para deleite tanto de los lectores que han seguido los artículos de Ignacio Almudévar en la prensa, que podrán ahora realizar una

relectura más sosegada, como de aquellos otros que no los hubieran leído todavía, para quienes se ofrece la oportunidad de hacerlo de forma cómoda y ordenada.

Aunque no es esta la primera vez que se recogen artículos de Ignacio Almudévar en un libro. Precisamente, conviene recordar que ya en 1980 se publicó una primera recopilación de sus artículos en castellano que habían aparecido en *Nueva España-El Periódico de Huesca* en los años 1979 y 1980: *Claroscuros* (Publicacions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, Huesca, 1980). También en 1980 se publicó *Beyendo chirar o sol* (Publicacions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, Huesca, 1980), que recoge 47 artículos en aragonés publicados anteriormente en *Nueva España-El Periódico de Huesca*. Por cierto, de paso permítasenos subrayar un hecho significativo: era una época, aquella de finales de los 70, en la que no solo era frecuente, sino común y habitual, ver artículos en aragonés publicados en la prensa de Huesca. Es un hecho destacable, que contrasta con la negativa realidad actual.

En el presente libro, *Retablo del Alto Aragón en el último tercio del siglo XX*, todos los textos están en castellano, si bien en un castellano trufado de buena cantidad de voces aragonesas. Nuestro quehacer ha quedado limitado a la corrección lingüística y de estilo y a la ordenación de los textos en diferentes apartados, cuando no lo había hecho el propio autor. La distribución de los artículos en cada una de las partes ha sido fundamentalmente decidida por el autor, aunque el editor ha sugerido algún cambio, así como la apertura de algún nuevo apartado para compensar un poco la gran desproporción entre unos y otros en cuanto al número de textos. De todas maneras, y a pesar de todo, los dos primeros, sobre «Personas y personajes» y «Ciudades, pueblos y paisajes», son los más extensos, junto con el último, «Temas variados». Por lo demás, apenas ha habido criba, si bien se han desechado, de común acuerdo con el autor, algunos artículos excesivamente circunstanciales o menos logrados y, por tanto, prescindibles. Pero no es una antología, ni mucho menos, sino una recopilación.

Entre los aspectos que han sido repasados de forma específica por nosotros están las voces aragonesas y frases en aragonés, que el autor intercala con frecuencia en su texto en castellano. A veces

de forma inconsciente, otras veces –las más– de forma consciente e intencionada, ya para dignificar y revalorizar literariamente esos elementos lingüísticos propios, ya porque se refiere a ellos como objeto de disquisición. En cualquier caso, son numerosos y aparecen en los originales de forma variable, tanto en cuanto a su presentación tipográfica (en redonda, en cursiva, entre comillas, en negrita), como en lo que se refiere a su grafía (con grafía del castellano, con grafía del aragonés, con grafía mixta). Hemos creído oportuno regularizar la presentación tipográfica, colocándolos en cursiva (como es norma al incluir un elemento lingüístico de otra lengua distinta a la del conjunto del texto), y la grafía, utilizando de forma sistemática las normas gráficas del aragonés (I CONGRESO TA RA NORMALIZAZIÓN DE L'ARAGONÉS: *Normas graficas de l'aragonés*, Publicazions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, Huesca, 1987).

En general los artículos plasman las reflexiones del hombre preocupado por su tierra, que desea lo mejor para sus gentes, que ama el paisaje, las tradiciones, los personajes y la historia del Alto Aragón. Naturalmente, siempre, desde una óptica altoaragonesa. Incluso podríamos decir más: desde la óptica del hombre del Somontano.

No se busque erudición o datos exhaustivos en todos sus escritos. Por ejemplo, los dedicados a personas y personajes no son biografías enciclopédicas, sino más bien evocaciones literarias, donde la poesía, el recuerdo o la sonrisa tienen mayor peso que las fechas, la bibliografía y los documentos. Quizá apenas hable de la vida del personaje a que se refiere; quizá nos cuente cosas que, aparentemente, no vienen al caso. Pero al final, después de terminar de leer el artículo, es posible que una leve reminiscencia de aquella persona, un fugaz sentimiento apenas, una brizna de añoranza, nos lo traigan a la mente o lo retraten mejor que una larga y aburrida recensión histórica. Como si fuera un foganazo de luz que iluminara la vida del personaje y el recuerdo que de ella perdura, a manera de resumen intuitivo, imposible de abarcar o exponer de otro modo.

A veces se demora en tratar con mayor detenimiento aspectos biográficos: a nuestro juicio, lo que ganan los artículos en

información lo pierden en espontaneidad, de modo que esa chispa, especie de síntesis intuitiva, se desvanece un tanto. No obstante, también hay que valorar ese mayor aporte de datos, que enriquece sin duda algunos artículos.

No desmerecen los artículos dedicados a personajes sencillos, populares, poco conocidos fuera de su círculo habitual. Y aunque abundan los personajes importantes, algunos de los cuales salen en los libros, nosotros creemos que son especialmente sabrosos los dedicados a personajes populares, como, por ejemplo, Antonio Bescós, alias «Trabuco», y otros.

En el fondo, tras muchos de los textos late ese depósito de la sabiduría popular sedimentado a lo largo de siglos en los paisanos del Somontano de Guara.

Hay artículos de antología, perfectamente conseguidos, redondos. Por ejemplo, «Pascual Montenegro y sus caballos negros». Pero se podrían citar bastantes más. Así como charlas o conferencias verdaderamente deliciosas, como la pronunciada en el día del árbol en Benasque, donde se desglosa ampliamente el pensamiento del autor sobre la defensa de la naturaleza y del medio natural en general.

Sus disquisiciones, más o menos literarias, se recogen en sus artículos con la constancia de quien día a día piensa con interés en su tierra, tratando de revalorizar aspectos culturales, destacando la calidad de ciertas personas, ensalzando el paisaje y las posibilidades de nuestra tierra, criticando, en fin, lo que a juicio del autor es criticable. En muchas ocasiones el tono periodístico es evidente, pero más a menudo el estilo literario se impone, alcanzando cotas de calidad excepcionales. Evocaciones más personales aparecen aquí y allá. Y muy a menudo vemos resurgir el mismo tema, visto desde ángulos distintos, con tonos diferentes: son las grandes obsesiones recurrentes que transitan con insistencia las páginas de este libro. Posiblemente sean *barucas* del autor pero quizá también, como verá el lector, coinciden con los temas importantes que subyacen en la mente de muchos aragoneses y en cuya base pueden encontrarse frustraciones colectivas. Véanse, por ejemplo: el complejo de inferioridad frente a nuestros pueblos vecinos, los regadíos y la regulación de las aguas, la falta de peso político, las

grandezas históricas olvidadas, los elementos importantes de nuestra cultura marginados, las comunicaciones, la lengua aragonesa, el tesón de algunos personajes cuya actuación personal suple la falta de actuación de las administraciones, el maltrato o el descuido de nuestros montes, la lentitud y la falta de concreción de muchos proyectos, la falta de aprovechamiento de nuestros recursos, la falta de atención a los pueblos...

Pero por debajo de todo eso fluye una savia vivificante, una *ras-mia* que se impone a menudo, unos ramalazos de *somardería*, una mirada amable y comprensiva, una admiración ante la belleza, el trabajo bien hecho y las gestas heroicas, la compasiva consideración de las miserias humanas y el filón filosófico que todo lo relativiza, conectado a la visión religiosa de quien sabe que estamos de paso en esta vida. Hay mucho del Sender filósofo y religioso tras algunos de los textos. Y el autor no oculta su admiración por Sender el escritor, de quien dice que debería haber sido premio Nobel.

Hay algunos textos que por su extensión ya se advierte que no fueron en su día artículos de periódico, sino conferencias. Así, por ejemplo, «Literatura pastoril», «Encantos, desencantos y encantamientos» o «El árbol de Benasque». Algunos de estos son auténticos ensayos, que incluyen deliciosos cuentos, sabrosas anécdotas, leyendas y costumbres..., pero también alegatos muy fuertes a favor de la conservación de la naturaleza que nos fue legada y en contra de la estupidez y la locura de la especie humana.

Una crítica mordaz y radical del comportamiento necio de los humanos puede verse en muchos de sus escritos. Así, por ejemplo, en «Atajos para *alcorzar*» y otros, muy especialmente del último apartado, el de «Temas variados».

Ignacio Almudévar es él y su circunstancia (por cierto, también le gusta citar a Ortega): veterinario, pero también agricultor y ganadero, alcalde de Siétamo durante varias legislaturas, diputado provincial, escritor en aragonés, a medio camino entre el pueblo y la ciudad... Pero al final lo que pesa es el pueblo: las gentes de los pueblos, los paisajes altoaragoneses, los problemas de los que viven de la tierra.

En fin, aquí, en estos artículos, se encuentra plasmada la visión del Alto Aragón por un altoaragonés del siglo xx. A modo de variorpinto retablo, late el acontecer cotidiano de nuestras tierras y de nuestras gentes en los últimos treinta años, siempre desde la mirada atenta de una persona muy representativa de una cierta idiosincrasia altoaragonesa, con sus características personales y sus circunstancias: asumiéndolas con naturalidad, sin darles mucha importancia, riéndose de lo poco importante que es uno y planteando cuán importante es el progreso de la sociedad, el imaginario colectivo, la fuerza de la tradición, lo atávico de nuestros comportamientos, la ilusión que generan los proyectos comunes y la consecución de metas y objetivos. Y no olvidando nunca que su lengua propia, la que le llega a través de las raíces, a través de su padre y de sus antepasados, es la de los pastores y labradores del Somontano y de la Plana oscense, el aragonés, al que no solamente no renuncia, sino que ensalza, revaloriza, rescata, dignifica, para proyectarlo hacia el futuro, como una más de nuestras señas de identidad sobre las que debemos construir nuestro progreso como comunidad.

No se olvida de comunicaciones y regadíos, de industria y agricultura, de iniciativas de todo tipo en el ámbito económico; pero tampoco de la necesidad de restaurar castillos e iglesias, puentes o fuentes, de reforestar montes y cuidar el urbanismo de nuestros pueblos. Porque lo uno sin lo otro no se sostiene. Y en medio, uniéndolo todo con la argamasa de la solidaridad, la amistad y la esperanza, se hacen presentes la recuperación de nuestras costumbres, la valoración de nuestros grandes personajes, de nuestra literatura y de nuestra historia, el uso digno de nuestra lengua.

En muchos textos trasciende lo local, para extenderse a consideraciones filosóficas, religiosas, ecológicas, sobre sentimientos y actitudes universales. Sus preocupaciones y sus intereses no tienen límites, tal como podemos ver en artículos como «Sender y las vacas locas» o «*Tempus fugit*» o aquel en que habla de los robots y las calculadoras. Le preocupa el futuro de la humanidad y sus intuitivas reflexiones las plasma con soltura tanto si trata del futuro de su pueblo, Siétamo, como si trata del conjunto de Aragón o del planeta Tierra. Nada escapa a su atención, pero siempre visto a través

del prisma del hombre del Somontano, con su sentido práctico de la vida, desde la experiencia de un labrador y ganadero somontanés, desde el recuerdo de las cosas de su país: historia, anécdotas, costumbres, personajes, lengua, toponimia...

En fin, *istas son as barucas d'un memojo*, según le hemos dicho alguna vez al autor, entre bromas y veras. Esta es la visión del presente de Ignacio Almudévar, según nosotros percibimos en sus artículos: socarrona e irónica, comprensiva y amable, crítica y exigente, con un ojo puesto en las grandezas pasadas y el otro en las ilusiones futuras, en un futuro colectivo esperanzado, donde sus paisanos y los paisajes altoaragoneses son los protagonistas.

Francho Nagore Laín  
Huesca, diciembre de 2004



## PERSONAS Y PERSONAJES



## A Carmen Arnal

Al resguardo del cerro de San Jorge, se acoge el hospital del mismo nombre, donde acuden los hombres y mujeres en busca y prevención de su salud. Allí, otras mujeres y otros hombres los esperan, desde hace ya dicen que veinticinco años, repartiendo la luz a los ojos, sonidos al oído y sístoles cardiacas a corazones tristes: «El corazón dice, dice que se muere, que se muere» y allá «le dicen, le dicen que *s'aspere*, que *s'aspere*».

De allí salen con andar ligero los que estaban cojos y los que fueron mancos salen con la ilusión del que sueña en volver a su trabajo y todos con sonrisas que producen el bienestar y la salud. Los que tales milagros realizan en silencio cada día, han quebrado por un breve tiempo su rutina de luces y de sombras y celebran cinco lustros de culto y de liturgia a la Salud, previniendo saneando y despidiendo, sin dejar de impartir el sacramento de la luz a las retinas, el sonido que alegra los oídos, lenitivos a los cuerpos que sufren y la paz a las almas que están tristes. Y se escuchó el sonido, no del viento ululante que tan ruidoso acude al cerro de San Jorge, que amortiguan sus pinos; no se escuchó tampoco el soplo tubárico que escuchan los doctores con el *fonen*; fue un sonido de cuerdas no vocales, sino de innumerables cuerdas que se esconden tras la brillante madera de los pianos.

A Carmen le gusta la madera que tallara su familia desde hace largos años, y de noble madera son las cajas resonantes de los pianos, y si de casta le viene ese gusto por la talla y el pulido del

dibujo de la madera noble, de casta fraternal se envuelve pulsando teclas y arrancando armonías a los pianos, como su hermano Antonio pasea magistral su guitarra por el mundo entero.

Carmen Arnal, Carmen como los cármenes dulces que hay en Granada, dulce como la miel de los *arnales* que hay por la sierra y el Somontano, donde zumban abejas que lenifican cuando calienta el sol los carasoles y fabrican su miel y su jalea para el enfermo. Tú lenificas cuerpos allá en San Jorge, tú lenificas almas en tus conciertos. Cinco lustros han pasado por San Jorge y se han buscado conciertos entre la psique y entre el soma, entre las cuerdas nerviosas voluntarias y autónomas, entre tubos vasculares y respiratorios; por eso en la Diputación sonaron tus acordes, más bien de Listz, de Beethoven, de Wagner y otros genios a los que vuelves a la vida.

El médico se relaja y sueña que alcanzar pudiera la armonía de los cuerpos y las almas al escuchar las notas que tú, Carmen, arrancas.

## Don Manuel y don José María Artero

El doctor don Manuel Artero era un hombre en el más amplio sentido de la palabra, ya que vivía tan pronto haciendo operaciones quirúrgicas como paseando por las calles de Huesca conversando con el primero que encontraba; se interesaba por los muebles clásicos, que contemplaba con gran sensibilidad, y se pasaba algunas horas en su finca de Cillas. Era soltero pero estaba unido a todo el mundo y de la misma forma que le hacían gozar las cosas bellas, le hacían sufrir el aislamiento, el desprecio y el abandono de los niños, que se empezaban a atender en Atades.

Tenía cerebro y tenía corazón. Yo recuerdo el interés con que me hablaba de los problemas sociales y del individuo, profundizando en los juicios y en las preguntas que me hacía y esos pensamientos le movían su corazón y como él «amaba a su prójimo como a sí mismo», pensó con su hermano en entregar a los de Atades la hermosa finca que por la carretera de Jaca se encuentra junto a la ermita de Cillas.

Dicen que todos los seres humanos recibimos regalos cuando hemos sido generosos con los demás, y ellos, que no tuvieron hijos, al darles a los niños, ya auténticamente jóvenes como a otros más

mayores pero con su misma ingenuidad e inocencia, un lugar que parece paradisiaco, ya que tiene un hermoso pinar, en cuyos bancos se goza en el buen tiempo de un gran bienestar, han recibido el enorme regalo de una continuada oleada de hijos, que los querrán, se acordarán de ellos, aprenderán oficios en los numerosos talleres que allí se encuentran y gozarán con los deportes que hacen en campos y piscinas. Serán simpáticos y reflexivos hasta donde alcance su cerebro, como lo fue don Manuel Artero.

Ayer, día 9 de abril de este año de 2003, se inauguró una residencia que, al verla, recuerda los hoteles de lujo, para acoger en sus habitaciones a numerosos muchachos y vino a presidir dicha inauguración el presidente de Aragón, que con don Ramón Torrente la dedicó a los ilustres hermanos Artero. Y a continuación corrieron la cortina que ocultaba la dedicación de un hermoso monumento consistente en un pequeño estanque de agua del que brotaba un árbol eterno porque es de cemento y allí, en ese ambiente se notaba la influencia de don Manuel Artero, pues estaba uno en un ambiente colectivo, lleno de simpatía y de amor, pues aquellos padres de los niños que allí se forman, sonreían y te saludaban, sin conocerte, igual que los mismos alumnos, que te contaban sus trabajos y te decían palabras de agradecimiento por acudir a tales actos. Y conversaban con personas interesadas en este esfuerzo social, unos con sus fondos, otros con su colaboración, como los profesores o las monjas, e incluso nos saludamos con el señor presidente de Aragón, que después de hablarme con gran cariño, me demostró que se interesa por los problemas de Huesca y de otros ocho pueblos próximos a ella. Allá en Atades de Huesca, Residencia de don Manuel Artero, además de formarse los niños, nos convierte a los adultos en niños de espíritu, por lo que conviene que los oscenses, cuando vayan a Cillas, entren a contemplar este proceso social tan justo y tan lleno de hermandad.

2003

### **Federico Balaguer y otros oscenses**

Ha muerto este año 2001, que inicia el siglo XXI, don Federico Balaguer, gran historiador, pero con la cualidad de deducir siempre de sus estudios históricos consecuencias, que aplicaba al progreso de

Huesca y su provincia. En la *Nueva España* del día de San Lorenzo del año 1976, aparece un artículo suyo titulado «Los gigantes de Huesca», en el que después de analizar todos los datos que sobre ello le aportaban sus múltiples conocimientos, saca su consecuencia, diciendo: «Se dice que los aragoneses somos gigantes y cabezudos. No sé si es tópico o realidad. Quizá el aragonés en general sea así. Pero, ¿y los oscenses? Dudo mucho que se nos pueda aplicar esa expresión, al menos, en nuestra manera de actuar colectivamente. A veces, en lugar de dedicarnos a empresas importantes que hagan grande a Huesca, nos entretenemos con pequeños problemas y con frecuencia la inconstancia y no la tenacidad predomina en nuestra conducta ciudadana. Me gusta comparar la actitud de los zaragozanos y la de los oscenses. Nuestros hermanos han sabido hacer de su ciudad amada una población hermosa y grande, casi gigantesca; nosotros nos hemos conformado con hacer de Huesca una ciudad de tercera con aspiraciones de cuarta».

Han pasado veinticinco años y poco ha crecido Huesca en población y poco se ha hecho en Huesca por su progreso industrial, por crear nuevos regadíos, algunos aprobados en 1915, por convertir en Universidad Sertoriana nuestras incompletas realidades educativas. Se ha conseguido unir a nuestra ciudad con Zaragoza por medio de la autovía, pero no se ha logrado todavía realizar en su totalidad, la que nos ha de unir Valencia con Francia, ni se ha comenzado siquiera la de Lérida-Pamplona. Se nota en Huesca capital la transformación del ferrocarril de carbón y más tarde movido por el gasoil, en eléctrico. Todos nos acordamos de haberlo utilizado alguna vez, tan lento y tan ruidoso, como describe María Cruz Bescós en su obra *¡Que no se lo lleve el viento!* en la que le dice a la máquina del tren, llamada «Magallanes»: «¡Hola, vieja amiga! ¡Cuántas veces en el curso de cuarenta años y en mis paseos al borde de la vía, te he visto pasar ligera arrastrando estas mismas cuatro unidades ya cochambrosas!». Y es que al cabo del tiempo, máquina, unidades y viajeros, todos hemos perdido la lozanía. Ya pasaba la hora en veinte minutos y el tren no arrancaba, mas de pronto se estremeció convulsivamente y un estruendo espantoso se dejó oír: resoplidos, estampidos, choques, contrachocques, frenos y unos pitidos estridentes como gritos de angustia de clamor humano y un jadear y asma gigante, cual si todos los saurios

que en la tierra han sido, entregasen su vida... diré que en un tiempo récord de dos horas la «Magallanes» nos dejó en Ayerbe. Pero falta la reanudación del servicio ferroviario entre España y Francia por Canfranc, que dicen estará terminado para el año 2006, pero ¿cuántos años tendremos que esperar todavía para ver correr el nuevo tren que nos comunicará con Europa por Vignemale o tal vez por la cuenca del río Aragón o acaso por La Aínsa? En este caso el ferrocarril Zaragoza-Tolosa estaría relacionado con el AVE y Huesca estaría muy bien comunicada con Europa y con el resto de España. Como dice Balaguer, Zaragoza trata de resolver y resuelve todos sus problemas y en ello tenemos ejemplo en su suministro de agua, como podemos ver con el pantano de Yesa, con lo que se hace patente el desenvolvimiento de esa ciudad, que está al borde de convertirse en una megalópolis. Pero Huesca se ha de ver favorecida por tal desarrollo, en el que debemos participar, no como pasó con el pantano de la Peña, buscando obtener las mejores ventajas para nuestra provincia, como por ejemplo haciéndola participar en nuevos regadíos. Ahora Huesca también está a punto de lograr el suministro suficiente o más bien sobrado de agua, por medio del pantano de Montearagón.

Parece que ahora Zaragoza trata de reconquistar el norte de Aragón, igual que en otros tiempos fueron los montañeses los que conquistaron la capital. Tanto es así que Zaragoza pretende ampliar su influencia hacia el norte, como se está viendo al pasar por Villanueva de Gállego y por Zuera, a través de la autovía que la une con Huesca. Parece quererse notar esa influencia en la villa de Almudévar, donde ya existen industrias modernas y además están preparando una zona industrial, con calles amplias. En Gurrea de Gállego también se han establecido industrias y en Alcalá de Gurrea ya se están creando lóos a causa de una industria, a la que acusan entre otras cosas de producir malos olores y contaminación. En Huesca capital pronto se notarán los beneficios del nuevo ferrocarril eléctrico, tan distinto a aquel que todos nosotros hemos usado alguna vez, como dice la descripción hecha por María Cruz Bescós en su citada obra, publicada en 1953 *¡Que no se lo lleve el viento!* Es preciso continuar la autovía que por Monrepós llegue a Canfranc y a Pamplona y que acaben la que unirá Valencia con Francia, a través de Zaragoza y Huesca y esa

vía de comunicación se sumará a los beneficios del ferrocarril de Canfranc, de Vignemale o tal vez de La Aínsa. Añadamos a estas vías de comunicación, la creación de un aeropuerto en Alcalá-Monflorite, que bien aprovechado puede convertir a Huesca en un centro industrial, comercial y turístico. Estamos viendo el éxito de las cuevas de Altamira, pero no pensamos en el que tendrían las de Chaves y Solencio, en el Parque de la Sierra de Guara y tan cerca de Monflorite. Vemos cómo la cueva de Altamira tiene limitada la entrada hace ya unos años, en tanto nadie dice nada de poner en actividad nuestras cuevas de Solencio y de Chaves.

Pero no solo están la industria y el turismo para enriquecer a nuestro pueblo, sino que la tierra ha de ser regada, más en estos momentos en que se van a llevar el agua del río Ebro, río que por otra parte nosotros no necesitamos, sino más bien debemos utilizar nuestros propios ríos antes de que viertan en el Ebro, como vemos que hace Zaragoza con el río Aragón por medio del pantano de Yesa. Porque aquí, en Huesca, siempre hemos estado haciendo versos, como los del tan oscense y tan querido Daniel Calasanz, que publicaron también en la *Nueva España* de San Lorenzo de 1976 y que decían así: «Como la sequía es grande / en infinidad de pueblos / del norte, del sur de España / y también del extranjero / y aquí podemos dar gracias / porque llovió muy a tiempo, / debemos de visitar / al invicto san Lorenzo / y decirle: ¡Muchas gracias, / querido patrono nuestro! / ¿Qué haría Huesca sin ti?». Sí, a san Lorenzo le debemos muchos favores con las lluvias, pero nosotros nos hemos descuidado en regar nuestras tierras.

El mismo día en que habló o escribió Federico Balaguer y Daniel Calasanz, el periodista preguntó al alcalde José Antonio Llanas: «¿El Ayuntamiento es partidario del canal de Huesca?». Y este le contestó: «Huesca puede un día necesitar agua potable y se puede encontrar con todos los recursos hidráulicos comprometidos por concesiones. Huesca necesita regar su término municipal y le puede ocurrir lo propio y, por último, Huesca precisa de una comarca rica y la riqueza de la comarca tiene que llegar por los riegos...». Soy un convencido de que el mayor desastre que nos aflige es el haber quedado marginados totalmente del Plan de Riegos del Alto Aragón por las reformas últimas que tuvo este Plan.

Uno de estos días leí que algún organismo de Zaragoza, «de cuyo nombre no puedo acordarme», ha declarado que es necesario extender el desarrollo del Valle del Ebro hacia el norte. Parece ser que se han dado cuenta de lo que está ocurriendo con las nuevas vías de comunicación, que unirán a Zaragoza con Toulouse, la convertirán en un extraordinario centro comercial de España y como la provincia de Huesca es necesaria para realizar tales programas, la zona central de los Pirineos se verá enormemente favorecida, dejando



Federico Balaguer

incluso como de menor volumen comercial a los pasos occidental y oriental de la cordillera fronteriza. Pero como don Federico Balaguer dudaba de nuestra condición de gigantes hay que darle la razón porque casi no nos quedan habitantes, pues cada año mueren en Huesca más seres humanos que los que nacen.

Estamos tardando mucho tiempo en imitar a Carlomagno, que pasó los Pirineos hacia Zaragoza, dejándonos a los oscenses bien visible el Salto de Roldán, que es un símbolo de las obras que hay que crear, para que todos podamos comunicarnos con Europa, a través del Alto Aragón y de Aquitania, regiones hermanas.

He citado a don Federico Balaguer, a don José Antonio Llanas, a don Daniel Calasanz y a la escritora doña María Cruz Bescós para que, como dijo Ortega y Gasset, «la ejemplaridad de unos pocos se articule en la docilidad de otros muchos».

## Antonio Bello

Don Severino Bello vino a la provincia de Huesca desde Madrid y, como era Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, vino

a proyectar el pantano de la Peña y luego dirigió dicha obra, empezando a continuación el de Tormos. Como estaba transformando el secano en regadío, debió sentir la llamada de la tierra que estaba transformando y compró una finca en Almudévar, que luego la transformó en huerta. Se casó con Avelina Lasierra, de Quinzano, perteneciente a la familia del conocido abogado oscense don José Lasierra, del que en las *Efemérides Oscenses* cuenta el ilustre don Luis Mur Ventura que el 10 de agosto de 1887 «cuando acababa de penetrar por la mañana la procesión del santo en la parroquia de San Lorenzo, y cuando mayor era la aglomeración de público ante el pórtico y en la plaza, contemplando el baile de los danzantes, la campana mayor, que era volteada, se desprendió por haberse roto uno de sus ejes, con tan profunda fortuna que quedó atravesada en el antepecho del ventanal, dando lugar a que no se precipitara a la calle y produjera una horrible catástrofe. Con tal motivo, se desprendieron del campanario, unos ladrillos, arrancados por la violencia del choque, que hirieron a un niño y al conocido abogado oscense, don José Lasierra, fracturándole una muñeca». Yo no sé si vendría de tal matrimonio el origen del monte de Ariño, que está lleno de carrascas, en la carretera que de Huesca baja a Sariñena, pero antes de llegar a Huerto. De él escribe don Antonio, su hijo: «En el seno de una familia visceralmente costista, fue este aragonés el apóstol de nuestros regadíos. Todo lo que hizo mi padre en hidráulica, y fue mucho, es anterior a la dictadura».

Don Severino, después de hacer los pantanos citados, se marchó a Madrid, de donde había venido, aunque su apellido le venía del pueblo turolense de Bello, y se puso a trabajar en el Canal de Isabel II. Y en esa ciudad madrileña ha vivido muchos años su famoso hijo don José, pero conocido en toda España por Pepín porque ha sido amigo de Dalí, de Lorca, de Buñuel y de otros numerosos artistas españoles con los que estudió en la Universidad de la capital de España. Todavía vive con sus cerca de cien años y no se ha dedicado a ninguna de las artes en las que tanto han brillado sus íntimos amigos. Tanto es así que al preguntarle un periodista que cuál era su profesión, contestó: «Yo soy amigo de mis amigos».

Pero don José tenía a su hermano Antonio, como lo llamaban sus amigos, al que casi todo el mundo lo nombraba como don

Antonio, que estudió Ciencias Naturales, sobre las que siempre estuvo reflexionando y haciendo experiencias, pero se dedicó a ellas en lo que se refería a la Agricultura y lo que hizo fue ponerse a trabajar su finca con mulas y tractores de aquellos que había entonces. Vivió, debido a sus conocimientos y a sus reflexiones, como el literato Baltasar Gracián, autor de *El criticón*, pues, como dice Ignacio Izuzquiza: «Gracián siempre creyó en la superioridad del Arte y de la Literatura para poder salvarse de los límites que la naturaleza nos impone... Cada uno debe, en suma, crear su propia fachada de distinción que tiene que corresponderse a un interior de refinamiento artístico y de perspicaz ingenio». Y a ese perspicaz ingenio se dedicó con sus inventos, con sus conversaciones y con sus escritos, pues Julio Caro Baroja le hizo el prólogo de uno de sus libros y José Botella Llusía, Presidente de la Real Academia Española de Medicina le prologó su obra *Visión del mundo actual por un naturalista*. En ese prólogo dice el señor Botella: «Este libro es un libro sorprendente. Es el producto de un hombre formado, con una sólida base cultural». Dice que «Antonio Bello, aragonés de una pieza, de la tierra de Cajal, de Costa y de Lucas Mallada... es un ejemplar vivo de aragonés inconformista». Pepín también, conviviendo con sus preclaros amigos, creció en la superioridad del Arte y de la Literatura y vio cómo creaban su «propia fachada de distinción», unos en la pintura, como Dalí, otros en la poesía como Lorca, mientras él se dedicaba «a crear su propia fachada de distinción», contemplándolos, escuchándolos y hablando con ellos.

Cuando presentó su libro, reunió en Almudévar a casi todos sus antiguos compañeros universitarios, invitándolos a una comida clásica de Almudévar, que nunca habían probado. Ellos entre la admiración que les producía la actuación de Antonio Bello, expresaron su extrañeza por la evolución de sus pensamientos universitarios de su juventud, es decir, por haberlos hecho compatibles con gentes de un medio poco desarrollado intelectualmente, en aquellos tiempos en que había en Almudévar tan pocos estudiantes en la Universidad. Entre otros, en dicha comida se encontraba el famoso escritor Caro Baroja.

«Gracián parecía creer que la construcción de la fama es un asunto de trascendental importancia, hasta el punto de que cuando se posee una buena reputación y se ha alcanzado notoriedad,

casi nada resta por hacer». Gracián ha ganado la fama entre los hombres sabios, pues sus escritos son difíciles de leer pero, como don Antonio vivía entre las gentes trabajadoras de los campos, pensaba constantemente asuntos que interesaban a esos hombres, siempre relacionados con las Ciencias Naturales porque como dice Botella: «Los hombres de hoy tenemos una visión falseada de la naturaleza. No vivimos inmersos en ella sino en ciudades que nos enajenan». Entre otros pensamientos trajo a Almudévar la técnica de volcar carros, que había aprendido con su padre en Chimillas. Con esta aventura de volcar carros, divertía a la gente y pensaba en la ley de la gravedad, a la que había vencido.

Es que don Antonio iba mucho a Almudévar, pues, como he dicho, su padre cuando hacía los pantanos, sentía la inquietud de utilizarlos y así lo hizo con la finca que compró en Almudévar, que la puso en riego con mulas y con algunos tractores de esos, que aunque entonces fueran nuevos, ahora los llamamos viejos. De los arados dice: «En aquellos momentos no se encontraban arados bisurcos o trisurcos reversibles, indispensables para labrar un tablar del regadío sin desnivelarlo. Me parecía que empleando discos en vez de rejas se podrían obtener arados reversibles, sencillos, baratos y ligeros. Después de muchos dibujos y cálculos, además de una pequeña maqueta, tenía listo el proyecto en casa del herrero. Poco después, ¡oh, desencanto!, lo encontré a la venta, en modelos casi exactos al por mí diseñado, en una casa de maquinaria... Aquel arado fue uno de tantos fracasos que he tenido entre mis “inventos”». Los experimentos ya eran afición de su padre pues a una galera de mulas, para aliviarles el esfuerzo a esos animales, le puso una vela marinera, que en esos días de fuerte cierzo que sopla en el pueblo parece que aliviaba algo a los animales, hasta que un día la galera volcó.

Estando una noche cenando don Antonio en la Posada de Almudévar, entraron dos mozos del pueblo de los que trabajaban con él, para ver si les podía hacer el favor de *bulcar* un carro. Les dijo: «Esperad un momento a que acabe de cenar y ya voy». Bajó luego y había un círculo de mozos del pueblo y algunos forasteros, que estaban expectantes para ver el milagro. Cogió luego el carro por los radios de la rueda y lo desequilibró con facilidad. Se lo agradecieron mucho y se repartieron el dinero que habían ganado en

las apuestas que habían hecho, religiosamente. Don Antonio volvió a tomar su café tranquilamente.

Otro día, a las diez de la noche, volvieron a la posada, los mismos mozos a pedirle les prestara su llamativo albornoz, que había traído de la última moda de Madrid. Se lo dejó y al poco rato se empezaron a *sentir unos chilos* en la oscuridad de la noche de Almudévar y es que uno de los mozos que se había puesto el albornoz, se había armado con un palo y perseguía a los mozos, *zagales* y *zagalas*, con gran alborozo. A las dos horas, le devolvieron el albornoz perfectamente plegado, agradeciéndole su generosidad por el préstamo que les había hecho.

Era un hombre amante de Almudévar, pues en dicha villa un hijo pequeño suyo tuvo un desgraciado accidente con su bicicleta y lo perdió. Se llamaba Antonio y tenía catorce años, y dice don Antonio: «Me viene a la memoria de un modo ineludible aquel verano del 68, que se llevó a mi hijo a los catorce años». Su amigo Pausa lo consoló, diciéndole: «Tu hijo está jugando en las praderas del Señor, allá lo encontrarás un día».

Como le gustaban tanto las Ciencias Naturales, se hizo en la finca una casa de tapial, a saber de paja y de barro, con lo que consiguió que en invierno fuera caliente y en verano fresca. Como he dicho antes, siempre pensaba en asuntos relacionados con las Ciencias Naturales, pues hablaba, pensaba y escribía sobre el sol, el aire, el agua y la tierra. Ya he contado que tenía un monte de secano, llamado Ariño, pero como no había agua en tal punto, lo hizo en Almudévar, es decir inventar con el herrero de Huerto una máquina a la que denominó Asper-Versátil, que consistía en una cosechadora vieja que tenía, a la que había añadido una bomba de agua y una pluma-carril que daba vueltas con sus aspersores y regaba, tomando agua de las acequias. Cuando la probaba para calcular las distancias que alcanzaba el agua, se tenía que poner una gabardina y protegerse con un paraguas porque el monstruo giraba alocadamente, arrojando agua por todas partes, al tiempo que se balanceaba peligrosamente.

En el Aero-Club estaba un tratante leyendo el periódico y para entrar en conversación con él, le dijo: «A usted, que sabe tanto de animales, quiero comunicarle que en mi finca de Almudévar, eché unos cocodrilos que han ganado mucho, pero que ahora me estorban;

dígame, por favor, que he de hacer con ellos». El hombre supongo que sería amigo suyo o lo conocería, no se apuró y le contestó: «no se preocupe porque el secreto de matar cocodrilos está en sangrarlos bien y cualquier día voy a pasar por allí para sangrarlos».

Uno, que ha escuchado estas anécdotas, se pregunta en qué estaría pensando Bello con la cría imaginaria de los cocodrilos, pero me parece encontrar la contestación cuando leyendo su libro, en el capítulo octavo, titulado «El hombre y los predadores», dice que estos «no se alimentan de rocas ni de plantas, como lo hacen otros animales, son como los carnívoros y las aves rapaces». Supongo que pensaría en añadir los cocodrilos al grupo de los predadores.

Don Antonio era un hombre sociable, pues siempre estaba conversando con amigos, unos muy sabios como Julio Caro Baroja y Eusebio D'Ors con los que se reunía en su juventud en Madrid en el Café de Gijón. En Huesca acudía al Bar Flor mezclado con agricultores, así como al Caserío Aragonés, en la plaza Lizana, donde alternaba con Ena, hermano de Salvador, con el Jefe del Servicio Nacional de Cereales, señor Laborda. También acudía al Aero-Club, donde conversaba con José Antonio Llanas Almudébar unos diálogos que hubiera sido interesante que alguien los grabara, pues en ellos se mezclaban los riegos, la Física, la Química, la picaresca, el humor y la vida. Y en Almudévar tenía muchos amigos, entre ellos los mozos a los que dejó su albornoz.

Un gran amigo suyo fue el piloto Miguel Ara, campeón del mundo de vuelo sin motor, que lo invitó a dar una vuelta a España y pasó unos días felices contemplándola. Cuando vio desembocar las aguas del Ebro en el mar, se acordó de lo que dijo Ramón y Cajal: «Que nuestras escasas aguas no se pierdan en el mar, como los talentos en la ignorancia». Habla del recrecimiento de Yesa del que dice: «El recrecimiento de Yesa me parece una luminosa esperanza, siempre que esta obra no oculte el designio de trasvasarse más allá del Ebro... En sus 80 km de perímetro, en Yesa sería fácil encontrar terrenos para instalar 1000 has de riego de aspersión, preferentemente a los dueños de los campos sumergidos». Hace ya bastantes años que se publicó su libro, pero icómo tenía previstos los inconvenientes que ahora le encuentran algunos a dicho pantano!

Mi amigo Paco le compraba maíz de Almudévar, de gran calidad, pues lo secaba con el sol y para ver a don Antonio acudía a su casa de la calle Zaragoza donde lo atendía con su mente limpia y con cortesía, pues era amable, cortés, «lo tenía todo» y, dentro de esa seriedad, tenía pinceladas de humor.

En el prólogo de su libro escribe don José Botella Llusía: «Y al final termina hablando de toros. ¡Qué español es este hombre que se plantea los orígenes de la vida para luego terminar sacralizando al toro de lidia!».

Ya se fue de nosotros don Antonio Bello, pero así como en Almudévar gozaba andando por aquellas verdes praderas de alfalfa, ahora se encontrará, como le dijo su amigo Pausa, en las praderas del cielo con su rubia esposa Viqui Valenzuela y con su querido hijo Antonio.

2002

## Antonio Bescós

Hay muchas clases de ministros aparte de los que forman el gobierno de un país; tenemos sin ir más lejos a los sacristanes, que son ministros destinados en las iglesias para ayudar al cura en el servicio del altar y cuidar de los de la iglesia y sacristía.

En el escalafón de las dignidades eclesiásticas se puede ascender desde acólito, monaguillo o escolano hasta la de Sumo Pontífice, pasando no necesariamente por sacristán.

Estos días pasados encontré una fotografía de 1934 en la que aparecía el maestro de mi pueblo, don José Bispe, rodeado de todos los alumnos. Don José era republicano, católico y sentimental y dejó en mí un grato y profundo recuerdo.

Su apellido quiere decir traducido de la *fabla* aragonesa al castellano ‘obispo’, y entre los alumnos allí fotografiados hay uno que ha llegado a ser arzobispo de Meta, con residencia en Roma, y que pasó su niñez en Siétamo; se trata de don Antonio María Javierre, y el otro se quedó solo en sacristán y es Antonio Bescós.

No está muy conforme mi amigo con haberse quedado en sacristán, pues por Radio Huesca declaró que si no hubiera tenido necesidad, hubiera ido a estudiar al Seminario. A los diez años tuvo que salir de casa a servir de *chulo* a Casa Ciria de Arbaniés, lo

que le impidió llegar a secretario del Vaticano. Se ve que es una vocación frustrada; ayudó a misa en Siétamo con el entonces Antoñito y en Huesca también tuvo participación en diversas procesiones, entre otras en la de San Lorenzo, en que portaba un farol a un lado de la cruz procesional, llevando el otro farol el famoso «Caragüey», que al oírse insultado, contestaba con palabras de ningún modo litúrgicas. Cuando se encontraba en el lecho de muerte, lo llamaban por su propio nombre y exclamaba el pobre: «¡Qué malo debo de estar cuando ya nadie me llama “Caragüey”!». A Antonio Bescós, por mal nombre lo llaman «Trabuco»; observen qué poco respeto demuestra la gente llamando así a un ministro que está al servicio de la sacristía; de la misma forma que a un santo le sientan mal dos pistolas, a Antonio le sienta mal ese apodo.

Aunque san Pablo dice que el que sirva al altar, viva del altar, hoy se ganan la vida en otros trabajos hasta los sacerdotes; calculen lo que habrán tenido que trabajar los sacristanes, sobre todo los de las parroquias pobres. Antonio iba a Huesca en bicicleta a su tarea de peón pero de paso ejercía de recadero y, quizá por su condición de sacristán, no admitía encargos poco decentes, atentatorios contra la natalidad.

Todo lo relacionado con lo sagrado le atraía, incluso la predicación, y a este respecto cuentan que, cuando trabajaba en la restauración de la iglesia de Siétamo, se subió al púlpito y comenzó a predicar a sus otros compañeros de trabajo; en esas estaba, cuando llegó el cura de Torres de Montes que lo apeó rápidamente de tan alta tribuna.

No cesó en su vocación a pesar del incidente. Y a pesar de que el *mosén* le quiso cobrar un duro por el entierro de su padre, él colaboró gratis en todos los entierros de su pueblo para que, a su vez, ellos desde allí arriba se acuerdan de él.

El Señor se complace con los humildes y algo ha sucedido que ha venido a compensarle de su frustrada vocación. Los danzantes han ido a Roma y si él no hubiera podido acompañarlos seguro que revienta, pero su esposa, la señora María, muy comprensiva, le ha permitido viajar a la Sede de la Cristiandad. Quería visitar la tumba de san Lorenzo, a quien en Huesca había acompañado procesionalmente y quería saludar a su compañero de escuela, monseñor Javierre; allá fue y al encontrarse ante él, dijo: «Monseñor,

delante de vucencia, se encuentra, aunque sin arqueta (supongo se refería a la naveta del incienso) ni incensario, el sacristán de la parroquia donde fue bautizado». Después se rompió el protocolo y, abrazando al Arzobispo, le entregó la vieja fotografía que he citado y dos cajas de castañas de mazapán de Casa Vilas, una para Su Santidad y otra para él.

Dicen que por Roma se desenvolvió con soltura y no solo por Roma, pues en Milán cuando un grupo de oscenses llegó a lo alto de la torre de la catedral con el aliento subido, se encontraron tan fresco a Antonio Bescós; «¿Cómo has subido?», le preguntaron, a lo que él les contestó: «Por el ascensor».

Esta anécdota me recuerda la del oscense Mur, hombre muy prudente, al que sus padres siendo niño consideraban demasiado tímido. Lo llevaron en tren a Zaragoza y allí lo abandonaron a ver si se despabilaba. Cuando volvieron a casa, el niño les abrió la puerta y todos extrañados le preguntaron: «¿Cómo has venido?», «Muy sencillo, respondí, he cogido un taxi».

Antonio ha vuelto de Roma, feliz, transfigurado. Me ha traído unas letras de la poetisa oscense Teresa Ramón, cuyos versos sobre el viaje espero con deseo como deben esperarlos otros muchos oscenses. Le han asegurado que las castañas llegarán a manos del Papa, que le mandará unas letras, pero lo más gordo viene ahora y es que ha demostrado un celo profesional poco común como sacristán, pues no se ha limitado a conservar los ornamentos sagrados sino que pronto vamos a ver enriquecida nuestra sacristía con una casulla roja que están bordando unas monjas romanas, regalada por Monseñor para la parroquia en la que conoció a María Auxiliadora.

Y aquí nos tienen a los feligreses de Siétamo esperándola como al Santo Advenimiento y es que este «Trabuco» es una *estraleta mano*.

## A don José Bispe, mi primer maestro

Todo lo aplasta la prosa de la vida, que va rodando como un alud creciente y aplastando implacable a su paso el olor de una rosa, el roce de los besos impalpable, la alegría del niño, el ideal del joven, la madurez fecunda de la mujer y el hombre, la serena actitud ante la vida del anciano, que ya lo ha visto todo y está de vuelta de cuanto le rodea.

Hoy el niño está envuelto por la prosa, que contempla las cosas por su vulgar vertiente y por su aspecto más corriente. Se le muestra el amor anatómico cuando no su lado pornográfico, que le lleva a considerar a los humanos como objetos de placer inanimados, que se pueden cambiar por muñecos y muñecas de goma y de plástico.

Tal vez *Juanito o el niño bien educado*, fuera un tanto hipócrita y «repipí»; hoy conviene que el niño sea más sincero y espontáneo, pero no que se convierta en un grosero y agresivo, que se transforme, finalmente, en un vulgar gamberro.

Hay niños en las grandes capitales que no conocen al gorrión humilde, al asno ya negro, ya platero, ni a la vaca lechera, ni al pato ni a la oca, ni han escuchado jamás el canto del gallo corralero.

El gorrión tan sencillo, con su pardo plumaje, igualmente se escapa del pueblo abandonado, que huye, como amigo del hombre al que ama, de multitudes grises formadas por individuos solos integrados en la masa.

Las fuentes de las aguas generosas esperan vanamente que las cabras, las aves y los niños sacien su sed en ellas; mientras, el barman de blanca chaquetilla deformado por la prosa del papel rectangular y el sonido del metal redondeado, niega el agua al pobre niño, que con temor se la pide.

A la prosa le gusta el volar de los papeles morados, verdes y marrones y el rodar de duros, pesos y doblones, pero como el niño no entra en este juego, se le niega el agua, hasta que tenga una edad que le permita pagar un whisky, que el camarero le servirá sonriente, añadiendo si es preciso: «¡Saca el whisky Cheli para el personal!».

Yo tuve en mi niñez un maestro poeta, vestido con prosaico guardapolvo, que guardaba su modesta ropa de polvos y lodo pueblerinos y vivía un poético vivir que expandía poesía a los niños campesinos.

## Julio Brioso y Mayral

Estabas ya, desde casi tu niñez, haciendo la «vigilancia intensiva» de la ciudad donde naciste, es decir de Huesca y de su territorio, porque mostrabas un interés ansioso por estudiar y por investigar su cultura, su historia y, ¿por qué no decirlo? ya que tú me lo

dijiste a mí en la dedicatoria que me hiciste de tu libro *Las calles de Huesca*; escribiste con tu mano y con tu pluma «eres gran conocedor de las costumbres y los *alparceos* y entresijos de nuestra querida ciudad de Huesca» y que ahora, recordando tu forma de ser, yo te atribuyo a ti. Esto ocurrió en el año de 1987. En el prólogo de tu libro y debajo de una fotografía de un antiguo edificio, lleno de arcos, pusiste: «El vetusto caserón de la Encomienda del Temple sucumbió víctima del ávido proceso de especulación del suelo». Y acompañando a otra magnífica foto de la iglesia de San Miguel escribiste: «La vieja galera rural ha terminado su cansino rodar junto al puente de San Miguel, ante la hierática mirada de la románica torre de las Miguelas».

Esa vigilancia intensiva hace que tus escritos nos den una impresión realista de los acontecimientos históricos, mezclándonos a los altoaragoneses nuestra historia con nuestros problemas, nuestras creencias con nuestras formas de hablar, con nuestro arte y con nuestras formas privadas y públicas de vivir.

Basta con leer tu escrito sobre la plaza de San Pedro el Viejo, en el que pone: «La iglesia de San Pedro el Viejo, la más antigua de las que existen en Huesca, hunde sus raíces en la más ilustre y añeja historia de nuestra ciudad». Y a continuación hablas de un templo pagano, sobre el que se construyó una iglesia visigótica «que aglutinó a los mozárabes durante la dominación musulmana [...] que fue donada por Pedro I al monasterio de San Ponce de Tomeras, en Narbona, al otro lado de los Pirineos». Añade que «conoció días de gloria y esplendor, cuando Ramiro II el Monje [...] se retiró allí a pasar los últimos años de su vida en la paz y soledad del claustro». Habla de los santos Justo y Pastor, de san Úrbez, de la antigua sacristía de San Ponce. Se recrea describiendo el claustro de San Pedro, que se atribuye «al anónimo maestro de San Juan de la Peña», explica cómo el tema de los capiteles no se refiere solo a la vida de Cristo y al Antiguo Testamento, sino que trata sobre la conquista de Huesca. No solo habla de las grandes figuras históricas que allí descansan, como Ramiro el Monje y su hermano Alfonso I el Batallador, sino que recuerda las reuniones que en San Pedro celebraban los miembros de la Comunidad de Regantes de los Términos de Lunes y Martes y la celebración de las fiestas que el gremio de zapateros de Huesca dedicaba a san Crispín.



Julio Brioso y Mayral (a la izquierda),  
junto a Mariano Carrera

Lo mismo ocurre con la plaza de Urriés, familia a la que pertenecieron miembros «de la más rancia nobleza aragonesa», de tal forma que «un tal Recaredo de Urriés entró en España con Carlomagno el año 778». En tal plaza «hasta hace unos pocos años hubo unos vetustos locales donde se alojaba la famosa «*burreta* del Ayuntamiento» que, conducida por el popular Toribio, tiraba de un carrito con un pequeño depósito de agua. En él llenaba el paciente funcionario una regadera con la que iba *rujiando* las calles por las mañanas para mantenerlas limpias y *escoscadas*». Era tan «intensivo» su interés por la Historia que se acordaba hasta de las personas

más humildes y conocía la lengua de Aragón, como se demuestra en el párrafo anterior.

¡Cómo nos hace vivir la historia de San Pedro el Viejo, desde que era un templo pagano hasta ahora en que es objeto de preocupación su restauración!

Él, que se preocupó tanto de la «visión intensiva» de la Historia, de la *fabla* aragonesa, de las costumbres, del arte y del progreso de Aragón, ha sido objeto también del estudio de la separación de su espíritu de su cuerpo por parte de los médicos que lo han tenido en la habitación de la UVI durante siete semanas. Yo pedía al Señor que no se lo llevara si era posible, pero se ha ido a reunir con don Ricardo del Arco, con don Federico Balaguer y con don Antonio Durán Gudiol, pero no solo con ellos, sino también con aquel hombre sencillo de Puértolas que un día le hablaba a Julio de la Historia y Julio le escuchaba con interés «intensivo».

Su buena madre ha sufrido mucho, pero sus lágrimas están acompañadas por las de muchos oscenses que están deseando que se recuerde siempre a Julio Brioso Mayral, al que deberían dedicarle una calle poniéndole su nombre.

2004

## Enrique Capella

Enrique Capella, año tras año, en *El Periódico de Huesca* y en el programa oficial de fiestas de San Lorenzo, ha venido recreándonos con sus humorísticas e irónicas coplas que, recopiladas, darían tema a un antropólogo para una tesis sobre el comportamiento humano de nuestras gentes y a los lingüistas para comprobar el uso de nuestras palabras aragonesas por el pueblo.

Capella se ha ido y yo, sin más investidura que la que me da mi admiración a un oscense tan puro y tan neto, pretendo hacerlo presente un año más en este programa, a pesar de que ya no está físicamente presente entre nosotros. Ustedes mismos pueden reavivar su presencia, repasando los programas festivos y los periódicos del día de San Lorenzo de años anteriores y se encontrarán con su obra. Léanla porque difícilmente podrán volver a leer a un costumbrista que nos defina a los altoaragoneses con el mismo realismo y sentido de la ironía.

¿Dónde nació Capella? Solo podía haber nacido en nuestra capital y para saberlo no hay que ir a mirarlo en su partida de nacimiento; basta recordar la letra del himno de Huesca, con partitura de Montorio, que dice: «Huesca querida, mi sertoriana, con alma y vida te quiero yo cantar». Pocos oscenses podrán inmortalizar como Capella su declaración de amor a Huesca, que lo vio nacer y que acompañada con esa música pone la carne de gallina a los oscenses. El espectro humano de nuestro hombre era amplio y así como ascendía a las alturas líricas para decirse oscense, descendía al lenguaje del pueblo llano para manifestarse «Huesqueta»: «El que nace por Huesqueta, no sería “güen” baturro si carece de nobleza, que al nacer ya lleva dentro».

Su afición por la música, heredada de su padre, la cultivó desde niño, pues cuando fue a estudiar a Zaragoza la utilizó entre otras cosas para pasárselo bien al estilo de los estudiantes de la famosa «Casa de la Troya». No debió mirarse mucho los libros, pues eso de la inspección, percusión, palpación y auscultación que se aprende en Medicina lo debió aplicar a inspeccionar partituras, percutir en bombos y tambores, palpar cuerdas de mandolina y «rasquetas» de violín; en lugar de auscultar cajas torácicas con ruido de olla cascada, auscultaba las cajas de los instrumentos de cuerda para que

no desafinasen. Lo hacía bien eso de la música, pues, con sus compañeros, era llamado a las fiestas de los pueblos, donde con su facilidad para versificar hacía las glorias de sus vecinos. Los vascos aún conservan sus *versolaris*, con una gran capacidad de improvisación, que era característica en Capella.

Volvió a Huesca y fue durante muchos años funcionario municipal. No eran entonces los sueldos muy generosos y él para sacar adelante a su familia tuvo necesidad de dedicarse al pluriempleo; por la tarde iba al periódico y cuando tenía ocasión acudía a acompañar con su violín los espectáculos que venían a Huesca. No es extraño que ante tal tensión, la reciedumbre de su carácter aragonés de que presumía se manifestara en alguna ocasión un *poquer masiau* recia. Se relajaba de sus preocupaciones cultivando ese su amplio espectro mental, que llegaba en música desde la altura del violín hasta la popular bandurria, pasando por la mandolina; en la expresión literaria llegaba también a la lírica en la letra del himno de Huesca, ya citado, o en la de «Dicen que muere la jota». Hasta las letrillas las escribía sobre el primer papel que le venía a la mano. Para seguir la trayectoria de su vida, hubiera sido interesante que un duende hubiera ido recogiendo de las papeleras, las innumerables coplas que en ellas arrojó. Ironizaba en ellas de todo y algunas veces, como en la copla que le dirigió al funerario Bernués, parece sarcástico, pero hay que darse cuenta de la amistad que los unía y de la casi diaria visita al periódico de Bernués para encargarse de las esquelas. La copla decía así: «Este mundo es un sufrir / y mira tú si lo es, / que es preciso morir todos, / para que viva Bernués». El primero en reírse fue el mismo aludido. No se escapaba nadie de sus alusiones, incluyendo a las mismas *mairalesas*, de las que destacaba su belleza y cualidades, al tiempo que ponía en evidencia sus pequeños defectos. Estando en una ocasión en la redacción del periódico tratando de temas heráldicos, me dijo el buen Lorenzo Celada que le creó un escudo nobiliario en los siguientes términos: «El escudo de Celada / es solamente un porrón, / pues así va “sobrau” de bota / y esta le pesa un c...».

Las letras de los cuplés las utilizaba, así como las de las canciones sentimentales, para provocar la risa de los oyentes. A mí, no sé si estaré equivocado, me da la impresión de que lo que más feliz lo hacía era la música, pues igual acompañaba a Camila Gracia en sus

jotas, debajo de los arcos de los Porches, como me contó Carretes, que iba con el doctor Barrón a casa de Marieta Pérez, que tocaba el piano, el doctor el violoncelo y nuestro hombre el violín. Esa entente musical no debió de durar mucho tiempo, pues al ser los tres artistas de recia personalidad, no coordinaban muy bien, ya que nadie podía a nadie.

Una costumbre perdida, que yo todavía recuerdo, consistía en acompañar las imágenes del cine mudo con música y en ella era Enrique un maestro.

Acudí hace unos días al homenaje musical de la Nueva Sertoriana a don Enrique Capella. Pedro Lafuente resaltó el trémolo que con la mandolina interpretaba Capella. Me lo imagino haciendo *tremolar* o *tortular* en aragonés, vibrar, aquellas cuerdas.

La noche de San Lorenzo, que suele ser tan clara para mirar a las estrellas, miraré a ver si titilan o *tremolan* más que otros años, por si a través de ellas adivino que Capella está allá arriba, tocando la mandolina.

## Carletes en San Andrés

A Carletes lo buscaban para preguntarle por las clásicas ferias de San Andrés, pero no lo encontraban. ¡Cómo iban a encontrarlo si estaba en el hospital! Se cayó de un árbol al que se había subido; él sabrá para qué. Con las veces que se ha subido a lo largo de su vida a caballos, mulas y asnos y nunca se rompió nada.

Las estadísticas nos enseñan que el que a los dieciocho años obtiene el carné de conducir debe esperar, aun tomando precauciones, un cierto número de golpes, que mi memoria no retiene. Nuestro amigo sacó su licencia de conducir *abríos, bajas, bestias* o mejor dicho solípedos, a los doce años. Solo lo derribó un caballo salvaje, que no había sido domado, a pesar de haberlo intentado el desbravador de Infantería, pero volvió a montar y aunque se puso rampante y braceando, no pudo con Carletes.

Los coches además de despistarse, atropellan a los peatones y las mulas además de derribar, atropellaban con sus coces y eso es lo que pasó, que le arreó al amigo tal par de coces en las ferias de Ayerbe que se le salieron dos costillas y sangraba por la boca.

Estadísticamente ha salido bien librado, pues por los años cincuenta en cada feria de San Andrés pasaban por sus manos unas quinientas bestias, solo para ponerlas guapas con las tijeras: la crin formaba una media luna, la cola quedaba igualada por abajo, por los lados rayada hasta el maslo y por arriba quedaban dibujos de rayas, como las que hacían los godos en sus armas y adornos de bronce. Adornaba las ancas, las bragadas y los lomos, dejando a los animales, según su expresión, como «mujeres bien acicaladas».

No ha podido Carletes contar sus aventuras en las ferias, allá por San Andrés, porque estaba malherido; se ha repuesto y me ha contado que se ha portado peor con él un árbol que los miles de caballos, de mulas y de asnos que han pasado por sus manos y sus piernas.

Has salido bien, Carletes, de la aventura de tu vida, porque además de que tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe, había bestias que *calziaban, toziaban y esmosegaban*.

## La ciega

Ha llegado el frío, pero sin embargo, descubro, como cuando el *orache* es *plazible* o placentero, que aparece la silueta de la ciega dibujada sobre la pared de un bar.

Ahora ya no grita como hacían antes sus compañeros: «Los diez iguales para hoy»; es su silueta inmóvil el único reclamo. Es un reclamo dulce, que no te ve hasta que te encuentras muy próximo a ella; si hablas con alguien a varios metros de distancia, te reconoce por la voz y te llama. Me pregunto si yo elevo el tono de mi voz para que perciba mi presencia; tal vez sea que sus oídos son muy agudos para compensar su falta de visión, pero también puede ocurrir que, como soy de pueblo, hablo más fuerte que los ciudadanos.

A veces acudo a ella sin que me llame con su boca pues, aunque sus ojos no brillan, hay algo que brilla en su interior, que me comunica una alegría, que es tan difícil de encontrar en aquellos y en aquellas que, integrados como partículas en el fluir del río callejero, corren nerviosos, preocupados y «espasmodizados», sin capacidad para pararse con amigos, con parientes o con simples conocidos.

A veces he escuchado o leído que el sonido de las aguas en el río es un llanto porque no pueden pararse a contemplar la frondosidad de un árbol de ribera en el que, posados, cantan los pájaros, o la belleza de un puente románico, en cuyas barandillas dos jóvenes se besan.

Yo me integro, también, cual gota de agua humana en la riada de la calle, pero conservo y trataré de conservar el privilegio de pararme al contemplar la silueta de la ciega, que por fuera no ve o ve muy poco, pero que por su boca, con palabras y sonrisas, me transmite calor aún en invierno.

1987

## Conde de Aranda

El día 9 de enero del año 1998 hizo 200 años de la muerte del décimo conde de Aranda. Y en tal día como el citado se celebró en Épila una misa acompañada por el canto gregoriano, a la que asistimos unos sesenta sietamenses y vecinos de los pueblos cercanos. Fue un día maravilloso, pasado en parte en aquella magnífica iglesia que acababa de pintar el gran Bayeu, cuando hace doscientos años se hizo el funeral que ahora, después de tantos años, se volvía a repetir. Después de la misa escuchamos, en la misma iglesia de Santa María la Mayor, las palabras ya emocionadas del señor alcalde de Épila don Martín Llanas, así como la sabia conferencia del doctor Armillas, que por un momento nos emocionó a los del Alto Aragón cuando dijo que el Conde había nacido en Siétamo y, por fin, oímos la palabra de Cristóbal Montes que aseguró que el Conde «nunca abandonó el sentimiento aragonés».

Pero los que estuvimos allí presentes, nacidos en el Alto Aragón, nos fuimos un poco escamados por no oír nombrar la personalidad altoaragonesa del conde de Aranda, que además fue marqués de Torres, duque de Almazán, barón de Siétamo y, de esta forma, poseedor de unos treinta títulos. Queremos que se celebren conmemoraciones de la vida de tan ilustre personaje en Siétamo, que fue el pueblo que lo vio nacer, como está escrito en la partida de bautismo que consta en el libro de bautismos en su iglesia parroquial, en el folio 165, y que firmada por *mosen* Antonio Cavero, dice así: «En el 1 de agosto de 1719 bauticé solemnemente en la

iglesia (de Siétamo), el abajo firmado, al excelentísimo señor don Pedro Pablo Abarca de Bolea...; hijo natural y legítimo de los excelentísimos don Buenaventura Abarca y doña Josefa Ponz, marqueses de Torres y duques de Almazán. Padrinos los nobles don Nicolás de Olzina y su mujer doña María Maura Felices, vecinos de la ciudad de Huesca, a quienes declaré el parentesco espiritual».

Como puede verse en la partida, su madre no se llamaba de primer apellido Jiménez de Urrea sino Ponz de Mendoza, pero el Conde quiso llamarse Abarca de Bolea Ximénez de Urrea, cuyo condado fue fundado por los Reyes Católicos en 1488, con lo que pasó a ser el décimo conde de Aranda, con un palacio magnífico en Épila, rodeado de unas grandes propiedades y cerca de Zaragoza y de Madrid, con lo que se estableció en un punto desde el que podría, en caso de necesidad, acudir en defensa de España. El enorme palacio estaba y sigue estando unido al convento cercano, por un pasaje por el que iban juntos el Conde con la Condesa a oír misa. Y es natural que el Conde se sintiera atraído por la riqueza de Épila, por la magnificencia del palacio, por su situación intermedia entre Zaragoza y Madrid y porque también Épila es Aragón; ya por entonces se regaba por el río Jalón y en sus últimos años se montaba en su caballo y se daba vuelta por sus tierras en las que hacía experimentos con nuevas semillas de cáñamo para «observar e instruir de su progreso y efectos». Como tantos altoaragoneses venía de la montaña y acababa su vida en tierras de Zaragoza.

Pero hay que tener en cuenta que él antes fue conocido como marqués de Torres, barón de Clamosa o barón de Siétamo, donde como he dicho nació, conservándose en la parroquia un pequeño y hermoso mantón con el que decían fue vestido para ser bautizado; Ferrer Benimeli dice que no fue posible tal uso, porque dicho mantoncito lo encuentra confeccionado en fecha posterior a la del nacimiento del Conde.

Su origen estaba en los Pirineos, como el de todos los Abarcas altoaragoneses y navarros, porque ese calzado de nombre vasco, se usaba de ordinario en los Pirineos de aquellos viejos tiempos. Era pariente de Sancho Garcés II Abarca, rey de Navarra y conde de Aragón, de donde pasó a ser su primer rey. El escudo de este rey se encuentra en Pamplona con dos abarcas y está enterrado en San Juan de la Peña.

Más adelante se casó un Abarca con una Bolea, que descendía de unos cristianos mozárabes, resultando los Abarca de Bolea. Uno de estos Abarca de Bolea se casó en Siétamo con la hija del señor de Castro, poseedor del castillo-palacio del mismo pueblo, a saber doña Jerónima de Castro y Pinós. Los Castro cultivaban el pueblo de Siétamo, que estaba amurallado, cayendo un tramo de dicha muralla el invierno del año 1603, y les trabajaban los moriscos, de los que he descubierto su cementerio. La iglesia de los cristianos no era la actual, que es de mil setecientos y pico, sino que se encontraba en las afueras, frente a casa de los Palacio, y de la que quedan escasos restos; algunos de ellos son tallas de un ángel y de una tiara puestas en el muro de la nueva iglesia.

Se conservan los papeles en que el señor de Castro vende a su única hija todos los bienes que poseía, y que dicen así: «*In Dei nomine, amen.* Sea a todos manifiesto que yo el noble don Pedro de Castro y Pinós, señor de los castillos y lugares de Siétamo, Olivito, Loscertales, Clamosa, Puydecinca y Torres de Montes con otros lugares infrascritos, de grado y de muy cierta ciencia, testificado bien y plenariamente de mi derecho en todo y por todo [...] cedo, transporte y desamparo a vos la noble señora doña Isabel de Castro y Pinós, fija suya, los castillos y lugares y sus términos en el reyno y dentro del reyno de Aragón». La hija del señor de Castro se debía llamar Jerónima e Isabel, pues ambos nombres, en solitario, se escriben en distintos papeles.

Dicen que esta venta la hizo para que su hija se pudiera casar con un Abarca de Bolea.

Son seis las generaciones de Abarca de Bolea que tuvieron su residencia oficial en Siétamo, aunque uno encuentra que la que por algún tiempo fue abadesa de Casbas y escritora aragonesa, nació en Zaragoza y a los dos años ya fue trasladada a dicho pueblo y los Abarca de Bolea varones eran militares, diplomáticos algunos, y casi todos escritores, y residían la mayor parte de su tiempo fuera de la villa de Siétamo.

Cuando el mismo don Pedro Pablo Abarca de Bolea estuvo de embajador en París, su esposa iba muchas veces a Madrid, otras a Zaragoza y muchas a Huesca, donde tenían su palacio, igual que en Siétamo. Este palacio no hay que confundirlo con el que los Abarca tenían en la calle Abarca, encima de los ya desaparecidos

Almacenes Simeón. Una niña de estos Abarca estuvo muy apreciada por su tía Ana María Abarca de Bolea, en el monasterio de Casbas, donde están ambas retratadas en el altar de la Virgen de la Gloria, que pagaron entre ambas.

El conde de Aranda, a saber don Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, sabemos que nació en Siétamo en 1719. Su padre, don Buenaventura, que heredó el título de conde de Aranda, estuvo de militar en Italia y sacó a su hijo del pueblo muy niño todavía. En Italia estudió, llegando a ser Capitán General de los Ejércitos, siendo herido de muy pocos años. Ocupó siempre altos puestos de responsabilidad, luchando en Italia y en Portugal, y después de dirigir la guerra contra los portugueses se quedó para España el pueblo de Olivenza. Luego las envidias lo sacaron de las batallas y lo pusieron muy lejos de España como diplomático, pues fue embajador en París, en Polonia y en Dantzing. Godoy, hombre poco culto, lo tuvo preso en la Alhambra de Granada, indultándolo en 1795, y es entonces cuando el Conde elige Épila para retirarse y allí, a pesar de sus años, debía pensar que volvería a ser llamado a defender a su patria.

Murió el día 9 de enero de 1798, hace unos doscientos años, y en Huesca se conserva un retrato suyo pintado por Bayeu.

No se olvidó de Siétamo, pero quizá lo dejara un poco abandonado, acordándose de las aguas más importantes que corren por el Canal Imperial de Aragón. Su viuda se acordó de restaurar la balsa que recogía las aguas de la fuente de Siétamo, que al fin hubo que suprimir por las enfermedades que los mosquitos transmitían.

De lo que no se olvidó nunca era de su antiguo origen pirenaico y de su parentesco con los primeros reyes de Aragón, buscando documentos en San Juan de la Peña, bastantes años antes de morir, y al fin ordenó ser enterrado en el citado monasterio de San Juan de la Peña, donde fueron depositados sus restos el día 12 de enero de 1798.

En tanto en Siétamo el pueblo en el que había nacido, no se regaba con el río de un modo total, sino que en este lugar, «los señores de Siétamo pusieron el monte en huerta / y “pa” la Virgen de Nunca / pasa el agua por la acequia». Y la gente se quejaba y se trataba con «autoironía», gritando: «Ay, que me mojo». Y si esto ocurría alrededor de 1840, relativamente pocos años después de la

muerte de don Pedro Pablo Abarca de Bolea, y en 1915 se hizo el proyecto del Pantano de Vadiello, con el que se regaría Siétamo y varios pueblos de las orillas del río Guatizalema. Gracias a otros, como la capital oscense, sigue el pueblo sin regarse.

Hace setenta y nueve años que se pudo celebrar el aniversario del nacimiento del barón de Siétamo, pero ahora podremos reparar el olvido. Lo que nos satisfizo enormemente fue que el folleto que nos regalaron tenía en su tapa delantera un retrato del conde de Aranda que se encuentra en el Museo de Huesca. Y por otra parte, el buen Conde pensaba igual que todos los aragoneses, pues se hizo enterrar en San Juan de la Peña, allá arriba, en el Pirineo, de donde procedían sus orígenes.

Menos mal que el monasterio de San Juan de la Peña lo van a conservar, no como el castillo-palacio de Siétamo del que, si no ocurre un milagro, no reconstruirán ni el torreón, que es en parte lo único que queda.

1998

## El drogata

Pasando por los Porches, delante de los veladores de verano, he escuchado una voz que me llamaba. He vuelto la cabeza y un joven de ojos negros y profundos se ha dirigido a mí. Lo he conocido, aunque han pasado años sin toparme con él; era un niño cuando yo lo trataba.

Me ha invitado a sentarme y yo he accedido a su deseo. Al estrechar su mano ya he notado que se «acabó la fuerza de su mano derecha», pero es peor lo que se le ha perdido en su cerebro, como he podido comprobar tras las palabras que me dirigía. No había coherencia en su conversación y era difícil hablar con él, a pesar del esfuerzo que yo hacía para ser correcto y agradable e incluso lenitivo para el mal que, sin duda, le aquejaba. No resultó mentira todo lo que me dijo, pues me trató de «polvo», entre otras cosas. Independientemente de lo que yo sea a los ojos de Dios y de los hombres, recordé que el sacerdote que el Miércoles de Ceniza, cada año, impone esa ceniza, decía a cada uno de aquellos a los que se la imponía: «Polvo eres y en polvo te has de convertir».

Yo le daba la razón a pesar de que a la mía, sinrazones parecían, las que a la suya, razones se le hacían. Se me convertía en desagradable tratar de razonar con un amigo que había perdido, siquiera por un rato, aquello que produce el pensamiento; me despedí estrechando la languidez de una mano que fue fuerte y mirando a sus ojos, los vi ausentes. Me pregunté en los adentros de mi alma: «¿Quién ha herido tu cuerpo joven, quién ha matado un alma?». Me acordé del prisionero al que mataron «por el mes era de mayo, cuando hace la calor» y el pájaro que le avisaba con su canto de «cuándo los días y las noches son».

«Matóselo un ballestero, matóselo un cazador» y yo repito la imprecación que contra el cazador lanzaba el prisionero, pero esta vez contra el que intentó matar el alma y el cuerpo de mi amigo: «Déle Dios mal galardón».

1988

## Camila Gracia, un nuevo lucero

La ciudad parece vegetar en la tarde del domingo otoñal, está desierta.

De pronto observo cómo los hombres y mujeres en pequeños grupos o en solitario, se apresuran por las tranquilas calles. Todos confluyen en nuestra catedral.

Se ven las caras serias, haciendo verdad la copla de que «algo se muere en el alma / cuando un amigo se va». Es que se ha ido Camila Gracia y los oscenses la van a despedir. Los sacerdotes celebran el rito funeral, pero la música que asciende a las ojivas y a los ventanales no es aquella gregoriana que acompañaba a los *De profundis* y a los «Misereres», que con toda su belleza aterraban los espíritus; la música que acompañó a Camila era la del pueblo altoaragonés y hacía que brotaran las lágrimas de los ojos; se percibía como una comunión en las lágrimas, que resultaban dulces y no amargas, tal vez porque su origen se basaba en las jotas que Camila cantara sobre esta tierra nuestra, a la que tanto amaba, desde «La nieve fría» hasta los pardos Monegros, pasando por «El abrazo de los ríos»; tal vez porque las voces de joterías y joterías hacían oración de la jota, que fue durante su vida la jaculatoria preferida, acaso porque la «pulida magallonera» ya le estaba pidiendo al Santo Cristo de los Milagros que le cantase «La *olibera*».

Si eran dulces las lágrimas porque uno notaba que el pueblo altoaragonés se estaba manifestando en medio de un silencio impresionante, no quebrado, sino acompañado por las jotas, por una sacerdotisa de esas jotas que estaba de cuerpo presente.

Y hemos vuelto, detrás de ti, a las calles que por cierto tiempo han sido tuyas. Las hemos recorrido hasta el casino, donde se ha despedido la Escuela de Canto de tu alma y si no hemos pasado por ninguna calle dedicada a tu nombre, ese nombre histórico de Camila Gracia, se ha enseñoreado de todos los corazones y de todas las calles.

Dices que «en el cielo no hay faroles que todo son estrellitas». Miraré por las noches y no veré ningún farol nuevo porque tú dices que no los hay; estrellitas estarán las mismas, pero en el cielo de Huesca se verá brillar un nuevo lucero.

1988

## Sebastián Grasa

Hace unos días, alguien le preguntó a otro vecino de mi pueblo: «¿Cuánto tiempo le queda a Siétamo para seguir vivo?». El interrogado, con sentido del humor, le respondió: «Hay que tener en cuenta que hay dos Siétamos, uno el de arriba que es viejo y otro el de abajo que es nuevo; por tanto aunque se acabe el de arriba, durará el de abajo».

Ya antiguamente, ese pueblo de abajo tenía vida porque la parroquia se encontraba encima de la casa de los descendientes del practicante don Jorge Beltrán y el camino de las procesiones, que todavía existe lleno de carrascas y da la vuelta al Barrio Nuevo.

Y es que el tiempo pasado existe, como un recuerdo emocionado en el presente, y si tratamos de olvidar ese pasado perderemos lo que ahora, en el presente, ha de hacer que Siétamo siga siendo villa y baronía, es decir, la villa de abajo y la de arriba.

Y existen y han existido grandes sietaminos o sietamenses, de los que algunos estudiaron en Huesca, otros trabajaron a lo largo de su vida y entre ambas clases de personas, han contribuido a formar nuestra memoria histórica. Unos vivieron y otros, como Sebastián Grasa, siguen viviendo; otros murieron más jóvenes, pero todos colaboraron en la formación de nuestra historia. Los



Sebastián Grasa Estallo,  
que cumplió 101 años  
en noviembre de 2004

hombres ayudados por sus mujeres, realizaron acontecimientos históricos, como la vida del glorioso Montearagón, a donde iban a hacer sus rogativas presididos por su cruz parroquial para pedirle a san Victorián que enviase la lluvia sobre sus campos. Ahora, cuando pasamos por la carretera y vemos sus ruinas, nos lamentamos de su fin y soñamos con su resurrección, pues la memoria histórica nos lleva a crear algo que sustituya aquellas lluvias por el uso del riego proveniente del pantano de Vadiello, al que tenemos derecho.

Es necesario que Siétamo vaya creando edificios nobles y pantanos, caminos, riegos, etc., para sustituir a aquellos que también lo fueron como, por ejemplo, la alberca que estaba en la Paúl. Así demostraremos los habitantes de Siétamo que, además de dejar hijos, somos capaces de dejar al tiempo futuro obras visibles, tangibles, y de fomentar la memoria histórica de nuestra villa-baronía.

Pero, allá por el año de 1952, se estaba acabando la Historia en el viejo pueblo de Salinas de Jaca, al mismo tiempo aproximadamente que en la *pardina* de Santa María. En el primero nació, ya hace más de 99 años el señor Sebastián Grasa Estallo y en la segunda doña Eugenia Casás Callau, hace aproximadamente 91. Salinas de Jaca está en la sierra de Santo Domingo, que es continuación de las peñas de Riglos y acaba en Longás, provincia de Zaragoza, por el río Onsella, limitando ya con Navarra. Había muy poca tierra, como muy poco sol, pues existía una casa en la que durante un mes no lo veían, estando junto a una mina de sal. Hubo allí un practicante llamado Morlans que era pariente mío, como el dueño de una de las *pardinas* en la que estuvo la señora Eugenia, que era Ripa de Jaca. Había también escuela, que sirvió para que el señor Sebastián aprendiera a escribir y a leer, aunque a los cinco años ya iba con corderos a los que, aunque no

con continuidad, siguió cuidando hasta sus noventa años. Me contaba un hijo de Morlans que se veían volar por encima del pueblo las águilas, que de vez en cuando cazaban algún cordero; al contárselo al señor Sebastián, me dijo que en cierta ocasión, estando él en su corral, observó cómo otra águila se llevaba entre sus garras otro cordero, sacó entonces él su escopeta y al dispararla, soltó el cordero que ya cayó muerto, pero se lo comieron.

Se casó el año 1931, el 26 de diciembre, hace ya 67 años, habiendo cumplido sobradamente las bodas de oro.

Él quería marchar de Salinas de Jaca, como el resto de sus habitantes, que, por cierto, construyeron otro pueblo moderno al lado de la carretera de Jaca y se fueron a vivir allí. El señor Sebastián buscaba tierra por Binéfar, por Grañén, por Alfántega, pero la Providencia de Dios, lo trajo a Siétamo, donde en compañía de su esposa y de su familia, se ha hecho viejo con una cabeza más clara que algunas casas de ese pueblo de la montaña, tan triste, pero del que jamás podrá olvidarse el señor Sebastián. Y también podría cantar: *«De ros altos Perineos / me'n baxé en ta tierra plana, / pa cortexar a una nena / que Marichuana la claman»*, aunque el señor Sebastián estaba ya casado, pero sí que le atraían la huerta del río y la viña de Abrisén, porque al verlas *«li se cayeba ra baba / como a ro güiei cuando labra»*.

¡Enhorabuena! Que su familia goce en el cultivo de su tierra y en el cuidado del ganado, como el señor Sebastián.

Aragón ha tenido y tiene sus orígenes en el Pirineo. Es una palabra vasco-ibérica, compuesta por *ara*, que quiere decir río y por *egún*, que significa, en castellano, día; por tanto Aragón equivale al «río que viene del día» y aunque baja desde Canfranc perpendicularmente hasta cerca de Jaca, desde esta localidad, se orienta hacia el oeste, discurriendo hacia Navarra desde el este, punto geográfico por el que sale el sol y por tanto nace el día. Aquellos habitantes antiguos icómo ponían nombres a los ríos, a los valles y a las montañas, explicando su relación con la naturaleza! Solo hay que ver cómo la palabra vasco-aragonesa *Zuriza*, está conforme a su color blanquecino, que es su significado en castellano, a causa de la cantidad de nieve que allí cae y *Polituara* es el río o el valle hermoso. Y ¿qué decir de *Javierre* o *Chabierre*, del que se conocen en nuestra provincia alrededor de cuarenta lugares con

ese nombre? Equivale a *Echeberri* o casa nueva, teniendo en cuenta que la diferencia se da también con otros nombres del País Vasco, pues basta ver cómo unos se llaman *Chavarri*, otros *Echevarría*, etc.

Julio Caro Baroja dice que en la zona que recoge aguas para el río Aragón, por medio del río Ijuez o Izuel, se encuentra la ermita de Nuestra Señora de Iguácel, «del más puro románico». Se pregunta por el significado de esas antiguas palabras vascas y dice: «La diptongación antigua, como otras muchas de la zona, y la reducción de *r* final a *l* son signos de evolución dentro del romance peculiar de esta tierra pirenaica: porque el cambio y la alternancia de *r* final a *l*, son conocidos y muy antiguos. *Araba* dice *Alava* y *Ayara*, *Ayala*. Y por esta banda oriental cabe incluso imaginar que Aragón y Alagón son el mismo nombre».

Aquellos montañeses a lo largo de los siglos han ido bajando a otros territorios aragoneses, unas veces por conquista y otras por emigración, y se han unido a los antiguos habitantes que por allí se encontraban, muchos de ellos de su misma tribu ilergete y otros celtas, romanos, godos o árabes, que en realidad no tenían tal origen pues casi todos ellos eran del terreno y se habían convertido en musulmanes, que más tarde serían expulsados de España.

Y aún en este siglo vemos cómo van desapareciendo o disminuyendo algunos pueblos de esa montaña. Basta recordar el caso de Sebastián Grasa Estallo y de su esposa Eugenia Casás Callau. El primero, cuyo apellido está castellanizado, equivale a Garasa, que todavía lo conservan muchos altoaragoneses.

1999

## Antonio Jiménez

Han desaparecido los limpiabotas de los Porches y con ellos se ha ido una época en que la vanidad o la pulcritud, según se mire, de los llamados señoritos, daba la oportunidad a personas sencillas de ganarse la vida.

Los Porches eran la antítesis de los viacrucis, pues si estos estaban llenos de estaciones dolorosas, aquellos estaban llenos de bares lúdicos y divertidos. Todos ustedes recuerdan el Puerto Rico, el Universal, el Rugaca, el Gratal y el Flor.

¡Cuántas anécdotas podrían contarnos los limpiabotas! Se enteraban de las aventuras amorosas, de los chanchullos comerciales, de las venturas y desventuras de los oscenses, los cuales todos pasaban por los Porches, aunque solo fuera paseando.

Están desapareciendo los limpiabotas, que en invierno, al tiempo que atizaban las estufas de los bares, vendían lotería, hacían «mandados» y, en sus ratos libres, después de limpiar el vaho de las lunas, miraban a los transeúntes. Cuando llegaba el verano, salían a los Porches, con los veladores, y aumentaba el número de sus clientes y de sus interlocutores.

Antonio Jiménez, alias «Blancanieves», arrimaba su banqueta a un pilar y observaba con sus ojos blancos, que contrastaban con su piel negra. Antonio ha muerto y le dedico el siguiente poema: «La “Sole” se queda sola... Soledad. No necesita el Antonio, con su corazón ya yerto, que le abran el balcón; no necesita Jiménez, que ya lo tenemos muerto, que dejen balcón abierto, que ya le han dado el oreo, durante sesenta años, bajo los arcos abiertos de los porches, al gitano “Blancanieves”, al Antonio y Jiménez y Jiménez».

Se despedía el poeta Federico: «Si muero, dejad el balcón abierto». Y se despide el gitano dejando abiertos los Porches que nunca tuvieron puertas.

Desde allí podréis mirar a los niños que muerden pipas, a los viejos con sus bastones, a las gentes tentando suerte, a los limpias limpiando botas, a los busquiñas del amor y a las mujeres que marcan y a las mujeres que pisan con sonoro taconeo.

Es lo que vieron los ojos, los ojos blancos de Antonio, que en contraste con el negro de su piel hecha de noches, contemplan atónitos el eterno y repetido espectáculo del teatro de los Porches, siempre viejo y siempre nuevo.

Seguirán ante mis ojos desfilando niños con sus golosinas, hombres que se tambalean y viejos fumando en pipa, pero si quiero mirar ojos gitanos de luna, esperaré que a la noche, cuando se asome la luna, la luna cascabelera, en ella se abran reflejos de tu mirada profunda.

Soledad, Soledad, ¿quién te puso ese nombre, Soledad?

## A Pepe Larruy

A Huesca vienen pocos escultores a exponer sus obras; no vienen los que utilizan la piedra como material que compone sus figuras, alguno acude a exponer sus trabajos de hierro y muy escasos son los escultores que acuden a que los oscenses contemplen sus labores de madera. Si alguno llega por estos lares, la crítica lo suele poner bien unas veces, mientras otras lo elevan al coro de la gloria. Siempre destaca algo de sus obras pero, en general, sin llevarle la contraria al citado crítico, me resultan sus apreciaciones indiferentes.

En cambio, hace no mucho tiempo, se nos murió un imaginero oscense, que no se ha hecho famoso en Aragón pues casi nadie dijo algo ni de su vida, ni de su muerte, ni de su obra. Se trata para unos de Pepe, para otros de Larruy, para algunos de Pepe Larruy, pero para mí hay que hablar de don José Larruy, gran escultor oscense. Vivió en la calle del Ciprés, donde tenía un bar, frente al que se encontraba su taller. Cuando quería, unas veces verlo a él y otras ver la forma como producía sus obras, entraba en el taller y al verte Pepe, te saludaba con todo cariño con su clara voz, que le salía de debajo de su poblado bigote y adornaba su gruesa cara sonriente, presidida por su nariz algo aguileña. Motivos de conversación sobaban con solo mirar las paredes llenas de catedrales oscenses, de ingenuas vírgenes, de severos al tiempo que misericordiosos Cristos, de joteros o danzantes alto aragoneses ejercitando sus al parecer locos movimientos, metidos como estaban y todavía están, en trozos de madera, en cuyos relieves se inspiraba para tallarlos. Recuerdo cómo en el pregón de la Semana Santa, que pronuncié en Huesca el año de 1988 hacía un recuerdo al entonces todavía viviente Pepe Larruy, donde decía: «Recuerdo entre los restauradores al imaginero Larruy, autor de tantos bustos de ingenuidad medieval, al tiempo que profunda. Es una muestra de cómo la imagen subyace en nosotros y en su caso la plasmaba en la madera, y otros hombres la colgamos en el cuello, en la pared o la plantamos en las alturas de los montes». Las imágenes de madera no se hacen para colocarlas en tales alturas, pero hay figuras de madera de Larruy en las altas paredes de la iglesia de Loreto.

Casi todas las obras que se llevaban sus clientes se quedaban sin firma, como las que yo tengo, pero sé de algunos que le llevaron

alguna figura al taller para que esculpiera su firma, lo que él hacía inmediatamente. Sus gustos eran sencillos, pues por las tardes solía ir a trabajar una huerta que tenía cerca de la ermita de Salas. Un alcalde oscense se portó muy bien con él, y por cierto con la ciudad de Huesca, porque le dio trabajo en el Ayuntamiento, dejándonos las imágenes que hoy presiden, al tiempo que adornan, la iglesia de Loreto, la del profeta Elías en el convento de San Miguel y los báculos de nuestro señor Obispo y el del cardenal Javierre.

¡Pepe, pocos te han nombrado, pocos han escrito sobre ti, pero allá, en el otro mundo, serás con tu eterna ingenuidad, un hombre, un artista feliz, que de tus obras de arte se acordará Huesca cada vez más, obras que esculpías allá donde viviste, en la calle del Ciprés, como ahora descansas también cerca de los cipreses de la carretera de Zaragoza!

## A José Antonio Llanas

José María Llanas Aguilaniedo escribe en su libro, publicado en Huesca por Leonardo Pérez el año 1899, *Alma contemporánea*, en el capítulo IV, hablando de los literatos regionales, lo siguiente:

Pereda en la montaña, por más que este costumbrista tiene sobradamente demostrado que no solo describe escenas montañosas, Méndez Vellido en Granada, los escritores gallegos, sevillanos y los valencianos en sus provincias respectivas. Baselga en Zaragoza y Medina en la huerta de Murcia, sobresaturantes del ambiente de su tierra, nos hablan de él con entusiasmo y con la espontaneidad en la producción que para sí quisieran los intelectuales del gran centro, en cuyas obras como es lógico, predomina lo artificial. La mayoría de los regionales revisten sus ideas con una forma muy castiza, cosa que nada tiene de extraño.

Don José María era soltero y vivió sus últimos años en casa de Llanas, con su hermano Feliciano y sus sobrinos, entre los que se encontraba José Antonio Llanas Almudébar, y esto nos explica por aquello de que «de raza le viene al galgo», que de la misma forma que el galgo hereda la velocidad de sus antepasados, José Antonio

tuvo algo que heredar de don José María, que tal vez no se daba cuenta de que uno de esos sobrinos sería un gran escritor regional o más bien local, como ha demostrado con su programa radiofónico semanal, y últimamente, casi cien años después de que don José María publicara su *Alma Contemporánea*, José Antonio ha editado por medio del IEA *La pequeña historia de Huesca*. En ella saca a la luz todos los personajes de Huesca, a todas las personas protagonistas de su vida y costumbres, hablando de las escuelas, colegios, iglesias, procesiones, ferias, tabernas, ayuntamientos, etc. Por no dejar a nada ni a nadie sin salir en sus programas, saca a Zapater, que formaba parte de los timbaleros, que por cierto hicieron sonar con solemnidad sus timbales en el entierro de José Antonio y este sonido hizo afluir las lágrimas a mis ojos. Ese Zapater era taxidermista y tenía perros de los que a mí me vendió uno cuya agresividad la puso de manifiesto José Antonio en un artículo del *Diario del Alto Aragón* el día siguiente al entierro de mi padre, pues el pobre animal intentó agredir a una buena señora que acudía al funeral. Yo lo llevé aquel mismo día a una granja donde vivió el resto de sus días.

Escribía de la casa familiar, de la casa religiosa o de la iglesia y de la casa municipal, es decir del ayuntamiento, en cuyos escritos, después de sacar a relucir todos los hechos y aventuras de sus moradores, hablaba hasta de los perros, como el sábado día 5 de julio, fecha en la que murió y trataba su programa radiofónico de una perra a la que le ponían una cesta en la boca con una nota de lo que querían sus amos e iba a comprar y de un perro que acudía a misa a San Lorenzo, donde en cierta ocasión al escuchar un sonido del que los hombres no nos damos cuenta, el pobre perro lanzó un aullido y escapó corriendo. En la página 95 de su libro *La pequeña historia de Huesca* escribe: «Otro dato que fundamenta mi aserto es el hecho de existir en la nómina de las catedrales el oficio de azota perros, especie de portero que vestido de túnica negra y unos azotes o palo en la mano, se dedicaba a expulsar del templo a cuantos canes pretendían entrar en él. Ahora los perros pueden asistir tranquilamente a los oficios de la catedral... y, a pesar de tener entrada franca y sin azotes, rarísimamente pisan la iglesia».

El 18 de mayo de 1973 escribía: «Ya no puedo celebrar la fiesta de San Matías en la solemne misa mayor de la catedral, como hice

hasta hace pocos años, pues esta misa se ha suprimido. Con ello me queda un poco más de tiempo para contemplar el sol de San Matías y rezarle usando el refrán de mi abuela que decía: “Para San Matías sale el sol por las umbrías, calientan las aguas frías, tan largas las noches como los días y cantan las totovías”; este refrán con poco trabajo se convierte en oración, para pedirle que siga haciendo llegar el sol a las umbrías». A él le gustaba oír cantar a las totovías y dice que es bueno para el hombre oír de vez en cuando cantar a los pájaros.



José Antonio Llanas Al mudébar

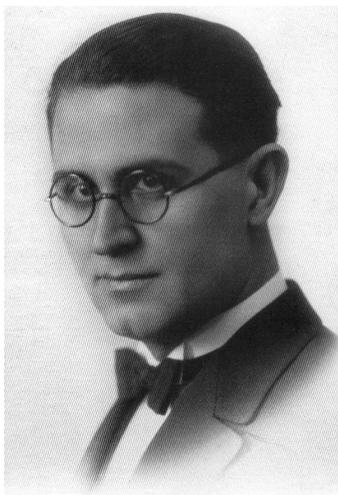
## Daniel Montorio

¡Cómo pasa el tiempo! Dentro de dos años tendrá lugar el centenario del nacimiento de Daniel Montorio, que ocurrió en Huesca en la calle Zalmedina en 1904. He visto una fotografía que sacaron en 1913 en el colegio de los Salesianos. En ella estaban el que fue rector mayor de la comunidad, padre Albera, y otros salesianos en primera fila, y en las siguientes una banda de música, formada por los alumnos oscenses del colegio, entre los que en última fila se encontraba Daniel Montorio, con nueve años de edad, tocando una flauta. Me llenó de emoción tal contemplación porque, aparte de haber asistido de niño a dicho colegio, los recuerdos que tengo de tal músico son muchos y algunos emocionantes y su fama en España se hizo general.

Comenzó sus estudios de Música en Huesca y su maestro fue don Alejandro Coronas, que le dijo que avisara a su madre para que viniera a verlo porque quería hablar con ella. Esta se puso muy inquieta porque creyó que tal vez le iba a dar noticias de algún mal

comportamiento. Pero ¡oh, sorpresa!, porque le comunicó que él ya no era capaz de enseñarle más música porque se sabía casi todo y que interpretaba mejor que él mismo. Le aconsejó que lo mandara a Madrid a estudiar en el conservatorio y así lo hizo, sacando Daniel, al fin de su carrera, sobresaliente en piano, adjudicándose el año 1924 el Diploma de Primera Clase. En sus estudios tuvo ayuda de la Diputación Provincial, bien merecida. El profesor don Alejandro Coronas tuvo muchos alumnos en Música, entre ellos al maestro Coronas, casado con la hermana de los músicos populares «los ciegos de Siétamo», todos ellos felices porque sus espíritus gozaban con los sonidos musicales.

En otra de las fotografías que pude ver se encuentra Daniel Montorio formando parte de los Músicos Alabarderos del Rey, en cuya misión alcanzó el grado de capitán. Se casó dos veces, la primera con Teresa Vigas, que murió en el año 44 dejándole dos hijas que por desgracia también murieron de niñas. El año 52 se volvió a casar con la hija de Antonio Paso, escritor de obras de teatro. Se quedó sin hijos, pues con la segunda mujer no los tuvo y la música fue lo que le sirvió para consolarse de su soledad, pues constantemente sonaba en su cerebro y la transmitía al pueblo en obras



Daniel Montorio  
(Huesca, 1904 - Madrid, 1982)

como *La Dolorosa*, película que se fundaba en una zarzuela del maestro Serrano, o en *El negro que tenía el alma blanca*, película de Benito Perojo, colaborando con el cantor Angelillo y luego con Antonio Molina. Era emocionante escuchar «Soy enterrador y vengo de enterrar mi corazón». De la misma forma que Simón enterraba a su hija, el maestro Montorio tuvo que poner emoción en esa música, puesto que él también había enterrado a sus dos hijas. A Huesca, aparte de venir a ver a su querida madre y a su apreciada hermana Pilar, muy conocida mía, llegó en alguna ocasión a

representar alguna de sus obras. Por ejemplo, en el año 47 en el Olimpia se representó *Róbame esta noche*, así como *Tabú y Eres un sol*. El año 52 vino al mismo teatro a estrenar la revista *Tentación*, en la que salía aquel pasodoble que decía: «Ay, Ros-Marí, fantasía de mujer, ¡ven por mí!».

Pero yo de lo que más me acuerdo es de cuando vino al Olimpia a presentar el himno a Huesca, que a la mayor parte de la gente le gustó, quedando alguno un poco descontento. Pero su letra manifestaba un gran amor cuando decía: «Huesca querida, mi sertoriana, con alma y vida te quiero yo cantar», y lo que más emocionó fue la asistencia de su hermana Pilar al patio de butacas. Murió el año 84, desapareciendo poco después su hermana. El día 8 de junio de 1997 escribió mi amigo Julio Brioso Mairal un precioso artículo animando a la ciudad de Huesca a dedicarle un homenaje a este hombre «que se hizo a sí mismo, con gran fuerza de voluntad, tesón y talento», llegando a crear música para noventa y cinco obras teatrales y más de cien películas de cine. No le hicieron caso, pero Daniel es un oscense en el cine español.

2002

## Manolo, mi hermano

De Manuel y de Victoria vinimos al mundo los seis hermanos y nos pusieron por nombres María Victoria a la mayor, Manolo al segundo, María a la tercera, Ignacio a mí, Luis al más alegre de todos y Jesús al más pequeño de edad pero grande en corazón.

Y fue Manolo un niño que amaba la vida y las cosas que ella le ofrecía y «este saber no sabiendo / es de tan alto poder / que los sabios arguyendo / jamás le pueden vencer / que no llega su saber / a no entender entendiendo / toda ciencia trascendiendo» y él procuraba enterarse de los peces y bajaba al río Guatzalema de Siétamo y con su caña pescaba y pescaba y pensaba, como san Juan de la Cruz: «¡Qué bien sé yo la *fonte* que mana y corre, aunque es de noche!». Porque debajo de la fuente se iba a bañar con sus hermanos, a caballo de su burra torda, acompañados por la tía Luisa. Pero llegó el año 36 y con toda su familia, subió a Jaca y a Ansó y «yo no supe dónde entraba porque cuando allí me vi sin saber

dónde estaba / grandes cosas entendí / no diré lo que sentí / que me quedé no sabiendo / toda ciencia trascendiendo».

Y volvimos a Huesca y allí nos quedamos, sin recuperar nuestra vida en Siétamo, donde habías vivido desde el año 1927 y aunque ya no gozabas de «la blanca palomica ni de la tortolica» en el pueblo de Siétamo, en Huesca hallaste las crías de gorriones que colgabas en una jaula en el enorme rosal del jardín de la casa en que vivíamos, situada en el Coso Alto y sus padres les traían comida y tú soltaste a los pequeños gorriones y saltaban y volaban cerca de ti, pues tú les proporcionabas migas de pan y granos de trigo. Con José María Domingo, más tarde notario, jugabas con medios químicos y hacías fuegos de artificio. Y con tu amigo Del Cacho, cuyo padre era director del Hospital Provincial, en la plaza del Seminario, allí aprendiste la cría de gorriones, a los que una vez adultos, liberabas. Después sentiste la vocación de ser médico y al ver a los enfermos mentales decías: «¿Por qué, pues has llagado / aquel corazón, no le sanaste? / Y, pues me lo has robado, / ¿por qué así me dejaste / y no tomas el robo que robaste?».

Leías, estudiabas e ibas a las Congregaciones marianas y tu inteligencia pedía más conocimientos, como cuando le decías al Señor, leyendo a san Juan de la Cruz: «Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver en tu hermosura / al monte y al collado, / do mana el agua pura; / entremos más adentro en la espesura». Entre tanto tus padres, tu abuela Agustina y tu tía Rosa se preocupaban de nuestro comportamiento y se complacían con el tuyo.

Fuiste a estudiar Medicina a Zaragoza y estuviste entre otros con Sarasa de Montmesa, mientras yo estaba en Escoriaza, a donde tú acudiste a ver qué tal me encontraba y me llevaste con mi padre y a estudiar Veterinaria a la misma ciudad de Zaragoza.

Tú te recreabas con la música y ganaste un premio de conocimientos musicales, que has conservado hasta última hora, pues pediste a tu señora que en tu funeral hicieran sonar el *Réquiem* de Mozart porque escuchabas las voces del Señor, acompañadas por las del Evangelio que te leía uno de tus hijos, como si la música fuese una lengua universal y divina.

Acabada tu carrera de Medicina, te especializaste con López Ibor en Madrid, donde conociste a tu esposa Isabel Petano, con la que tanto os habéis querido. Estuvisteis unos días en Huesca y

marchasteis a los Estados Unidos y de allí a Canadá y allá has pasado muchos años trabajando por la salud mental de muchos ciudadanos y estudiando y viajando por el mundo, asistiendo a congresos de Psiquiatría. Y con estos enormes conocimientos tenías preparados los temas para escribir un libro, porque: «Es de tanta excelencia / a queste summo saber / que no hay facultad ni ciencia / que le puedan emprender».

Después de jubilado viniste con tu esposa Isabel a veranear al Levante español y en un hotel nos acogisteis a mi esposa y a mí, diciéndome que el año siguiente compraríais un chalet en el que, cada año, nos acogerías. Pero te fuiste y al llegar a Canadá te sentiste enfermo y herido por la muerte de tu querido hijo mayor, Manolín, y ya no pudiste cumplir tus deseos y has estado seis o siete años cuidado por tu esposa y últimamente por tu hija Maite y por su esposo.

Y yo sigo admirando tu saber y tu afición a la Ciencia y recordando tu rostro pensativo, tu comportamiento dulce hacia nosotros, diciéndonos con mucha frecuencia ¿por qué no venís a ver nos? Estuvo con vosotros nuestra hermana María, nuestro padre, que regresó feliz de su viaje a Canadá, y estuvieron también mi hija con su esposo Santiago, que te admiran y te quieren y te recordarán siempre.

Pero lo que más destaca en tu persona es: «Este saber no sabiendo / es de tan alto poder / que los sabios arguyendo / jamás le pueden vencer / que no llega su saber / a no entender entendiendo / toda ciencia trascendiendo».

Isabel, tú estarás toda tu vida acompañada por el recuerdo de tu esposo el sabio Manuel Almudévar, de tu bella y simpática hija Maite y de tus hijos que son, «de tal palo tal astilla», poseedores de unos cerebros copiados de su padre, sabiduría que ¡ojalá! tengan también ellos.

## Marieta Pérez

Cuando camino por la calle, a veces un joven cuya fisonomía no me resulta conocida me dice adiós. Es más fácil que un joven conozca a las personas mayores y todavía más si son ancianas. Ancianos hay bastantes, personas maduras hay más pero menos

que cuando yo era muchacho, y jóvenes cada día hay menos pero con los ojos muy abiertos al mundo para conocerlo a él y a sus habitantes.

La juventud es propicia para hacer amigos. Después es más difícil ganarlos y por eso todos recordamos con cariño los amigos del colegio y del servicio militar. Constituye una gran alegría encontrarse con uno de ellos y recordar los ratos ya tristes, ya gratos pasados juntos. Cuanto más tiempo ha transcurrido desde el último encuentro, mayor es la alegría. A los mayores no se les des pintan las caras archivadas en la memoria y sin embargo, a veces, se les des pintan los rostros que sus ojos han mirado hace solo unos minutos.

La gente empieza a envejecer cuando, al darse una vuelta por el cementerio, se percata de que tiene más amigos en el reposo que en la calle. Por estas razones, si algún joven saluda a un anciano y este no le reconoce, que no lo tome a mal. A los ancianos les gusta quedar siempre bien, es más, la vida los ha estructurado para quedar siempre bien; solo con intentarlo lo consiguen.

Marieta Pérez conoció todo el Huesca pasado y a ella la conoce todo el Huesca presente. Cuando camina por la calle va con los ojos bien abiertos, como cualquier joven, para conocer caras nuevas y a veces en estas reconoce a los padres y hasta a los abuelos de una joven o de un niño. No en vano ella es Marieta desde hace muchos años. Ahora nadie llama a su hija María con ese diminutivo tan bello; al ser diminutivo aragonés, lo encuentran basto, pero cuando a una italiana la llaman Marietta, les suena a música de ópera.

A Marieta Pérez la saludan muchos por la calle, pero ella ya no da abasto para conocerlos a todos. Hace unos días la paró una joven y Marieta, que está tan bien estructurada para quedar bien como su nombre aragonés, le preguntó por su hermana. «¡Si no tengo hermana!», le contestó. Pero Marieta no se amilanó y le preguntó por su marido, «¡Si no tengo marido!», fue su segunda respuesta. Marieta pensó para sus adentros: «¡Pues qué desgraciada es esta tía!», pero como ya he dicho que Marieta está hecha para quedar bien, contuvo el impulso de expresar su pensamiento y le dijo: «Seguro que tú eres de la cofradía de Semana

Santa, pero como somos ciento cuarenta y vamos todas con la cara tapada, ¿cómo te voy a conocer?».

Y para demostrarles mi teoría de que es más fácil que los jóvenes conozcan a los mayores que lo contrario, ¿a que todos ustedes conocen o han oído hablar de Marieta Pérez, cuando va en la procesión con la cara tapada?... ¡Perdón, Marieta!

1980

## **Mi primer maestro**

Le dedico estas líneas a don José Bispe, maestro de escuela, que en mi pueblo natal Siétamo en el año 1935 me enseñó las primeras letras.

Yo vivía feliz en mi pueblo, desconocedor de toda malicia. Un día, para mí no un día determinado del calendario, mi padre me cogió del brazo y me llevó a la escuela. Ese día, que para mí era como todos, limitado por el alba y el ocaso, resulta que era la fecha que el calendario señalaba como comienzo del curso escolar. Entonces me enteré de que el calendario era un tirano y no un cartón en el que san Antonio sonreía a un niño gordito y donde habían pegado un taco de hojas numeradas. Después de percatarme de esta servidumbre, empecé a notar la del reloj, que desde la torre de la vecina iglesia me marcaba cada día la hora de entrar en la escuela. En ella me enteré de que cada día tenía uno más y uno menos, en una palabra, que los días estaban contados porque el taco del calendario estaba numerado, cada día se arrojaba un papel al hogar, ardiendo presuroso y se iba tornando el taco más flaco con el paso de los días del año, y volviendo al calendario, me incorporé al fin, resignado a su tiranía, llegando a sentir curiosidad por el otro tirano que me marcaba la hora de entrar en la escuela: el reloj de la torre. Me hice amigo del sacristán, que me subía a la caseta de la maquinaria, allá en lo alto de la torre y veía el engranaje de las ruedas, escuchaba el tic-tac sonoro y los golpes del martillo en la campana María y me admiraba que la campana se llamase así y de que una de las ruedas se llamase Catalina, como la luna y como una vecina. Me preguntaba cómo se movía aquel mecanismo y el sacristán me decía que las pesas, con su peso, hacían aquel milagro. El maestro en la escuela nos había explicado

que no hay reloj sin relojero ni mundo sin Creador y yo amaba aquel mundo y trataba de relacionar el calendario con los días, las pesas con el peso de los años que hacían ir hacia atrás a los hombres y en cambio el peso de las pesas hacía caminar el reloj hacia adelante. Se mezclaba en mi imaginación la rueda Catalina con la señora María y esta con la campana María, el peso de los años de la abuela Juana con el peso de las pesas del reloj, el toque de las doce del mediodía con el rezo del avemaría, la mecánica del reloj con el relojero y el mecanismo del mundo con el Creador.

Yo contaba estas cosas al maestro y él sonreía complacido y contribuía con sus palabras a hacerme ver el mundo por su lado amable y placentero.

## Molinos y molineros

Alfonso Daudet escribió *Cartas de mi molino*, yo las leí hace ya mucho tiempo y en mí solo dejaron una nostalgia que se acentúa en mi interior cuando visito algún viejo molino o cuando desde el mirador de mi casa veo el que mi abuelo construyó a orillas del río Guatzalema. En él aprendió el oficio de molinero Miguel Muro que se fue a otro molino a orillas del río por excelencia: el Flumen. Fue en otros tiempos llamado, molino de Casayús. Pasó a la familia Porta que, después de modernizarlo, vio cómo ardía. No se amilanaron los Porta y lo volvieron a construir en Huesca y es que los molinos, tan dinámicos, deben transmitir su dinamismo a los hombres; no paran nunca, ya sean movidos por el impulso del agua de los ríos o por el del viento.

Llegó a ser tan grande la identificación entre molino y molinero, que si aquel se paraba por cualquier azar, este se despertaba.

Algo extraño tienen los molinos que en el pueblo provocan coplas: «Qué polvo tiene el camino, qué polvo tiene el molino...». Y en el poeta hacen surgir la inspiración para escribir sus cartas líricas, en Don Quijote despertaron gigantes de brazos giratorios y en don José Porta, ¿qué excitaron los molinos? Sencillamente un impulso «superabundante», continuado y espontáneo a trabajar y a crear trabajo, como hace él mismo.

Algunos juzgarán esa espontaneidad y esa capacidad de trabajo como algo que ha de hacer fácil el camino hacia el triunfo. Como

dice Julián Marías, esa espontaneidad está regulada por normas, que no deben impedir que fluya; pero a lo largo de la trayectoria de los hombres se presentan a veces ocasiones en que esas normas las reprimen y cohíben, dejando al hombre como «mineralizado», deshumanizado.

Pasa lo mismo cuando la escala del termómetro marca varios grados bajo cero y se hielan las aguas del río; este no corre y por consiguiente no mueve el molino.

Don José ha luchado para vencer las dificultades pero al mismo tiempo contagia su entusiasmo a los demás; cuando yo hablo con él me parece ver el mundo de color de rosa.

El molino es una máquina y sin embargo conlleva poesía, pero el molinero es un hombre y además de trabajo conlleva humanidad. Es humano porque reparte trabajo, por lo menos tan noble como el ocio y sublime comparado con el paro; don José expande su sentido humano a todo el río de la vida y a su devenir; no atiende solamente su molino sino que acude a los que quedan marginados en la orilla por no poder entrar en la rueda del trabajo o porque este los desgastó con el paso de los años. Se integra en la Cruz Roja porque esta acude al hombre, allá donde se encuentre herido, solo o en situación doliente, es en resumen un colectivo de hombres solidarios con el hombre.

Hacen falta filósofos como el griego Heráclito, que consideren el devenir de las aguas por el río, poetas que canten a los sauces llorones y a las libélulas, pero hacen falta hombres que como José Porta, se lancen espontáneos al trabajo que genera el río en el molino y se preocupen también del molinero.

En tu cabeza, don José, ruedan sonoras las poleas y preside tu víscera cardiaca, una cruz roja.

1987

## **Pascual Montenegro y sus caballos negros**

Pascual tenía por nombre y Montenegro por apellido y haciendo honor a este apellido era cetrino de piel, tirando a negro. He intentado saber de dónde era y así como de la Parrala unos decían que era de Moguer y otros que de Palos, no he logrado enterarme, aunque no creo que fuese tarea dificultosa el

averiguarlo. Así como Simón en el pueblo era el único enterrador, Pascual fue en Huesca el último que condujo a los difuntos en un coche de caballos mortuorio, como una carroza en la que se hacía el último viaje y no triunfal precisamente. Era tirada esa carroza por un tronco de caballos negros con un penacho blanco entre sus cortas orejas. Pascual iba revestido de negra librea con alamares dorados, que concordaba con su rostro moreno y taciturno. A su paso por los Porches, la gente se levantaba de sus butacas del Flor, del Universal y de los varios bares que allí estaban ubicados y unos inclinaban reverentemente la cabeza y otros hacían devotamente la señal de la cruz. Años antes el difunto era conducido a hombros hasta los Porches, donde se introducía en la carroza, allí se disolvía el duelo y los más allegados iban al cementerio. Los había que no respetaban ni la muerte, como un cestero apodado «Carrusco», que en cierta ocasión, cuando iba a ser introducido el féretro en la carroza, arreó a los caballos que se arrancaron veloces. Los que iban en el duelo no vieron oportuno ponerse a gritar por no romper el silencio respetuoso que acompaña a tan tristes despedidas. Pascual emprendió el camino tan trillado por sus caballos y rutinariamente con su trote monótono alcanzó las puertas del camposanto, dio una voz al conserje gritando: «¡Sacadme a ese, que tengo prisa!». No le faltaba razón pues en épocas de epidemias hacía conducciones a destajo por ser el único conductor de la única carroza funeraria de la ciudad. El conserje llamó a los enterradores, que acudieron presurosos y comprobaron atónitos que el muerto se había perdido y exclamó: «¡Ya me ha jodido “Carrusco”!». Desde entonces muchos oscenses llamaban a Pascual el «Pierde Muertos». Hizo volver rápidamente a sus corceles hacia la ciudad y cuando llegaba a la altura de la Fuente del Ibón, hoy paso a nivel del ferrocarril, divisó desde su pescante el cortejo funeral; los portadores del féretro avanzaban lentamente y cansados por el peso del muerto, uno exclamó: «¡Ya era hora de que aparecieras! ¡Y no vuelvas a perder más muertos!».

Montenegro quería mucho a sus caballos y dormía con ellos en la cuadra. Cuando iba a los bares a tomar café les guardaba el azúcar y al volver a los establos, que estaban en la huerta del hospicio, relinchaban de alegría al tiempo que orientaban sus orejas al lugar

por donde venía. Eran los pobres animales muy bien aprovechados, pues en sus ratos libres labraban la huerta, la granja de la Diputación, acarreaban la leña y el carbón y llevaban el oxígeno al Hospital Provincial. En cierta ocasión el señor Antonio dio varios latigazos a uno de los caballos injustamente, pues lo había sobrecargado; el pobre animal trató de defenderse y se incorporó agitando sus manos sobre el agresor, como el caballo Furia de las películas; llegó entonces Pascual y le gritó: «¡Sultán, Sultán!» Y este se apaciguó y acudió mansamente a lamerle las manos. No tenía miedo a nada, ni a los muertos ni a la muerte; dormía debajo de las patas de los caballos, que tenían cuidado de no hacerle daño. Hasta las ratas que pasaban por encima de su cuerpo le respetaban y no le mordían; solo los hombres quisieron hacerle daño pues en cierta ocasión lo llevaron a fusilar y no protestó, ya que estaba tan acostumbrado al camino de la muerte que lo debió encontrar natural y si no se dan cuenta por terceros de que llevaban el reo cambiado, aquel día, hubiera sido el último de su vida.

No era amigo de los hombres vivos, solo lo era de los muertos y de los animales. Quería a los gatos, a los perros y a los caballos Sultán y Lucero, que cuando recibían su orden de enganchar, enculaban solos en las varas de la carroza y agachaban la cerviz para recibir en sus cuellos las colleras. Era tan pacífico que a su perro tuerto lo llamaba Ghandi, que por cierto se entrecruzaba entre las patas en movimiento de los caballos y nunca las rozaba.

Los entierros eran clasistas y se hacía notar la categoría del muerto, según las cortinas de la carroza fuesen moradas, rojas o blancas, pero quedaban los parias, aquellas personas pobres y desamparadas que, después de introducirlas en cajas de chopo, desnudas y agrietadas, eran conducidas, no en carroza, sino en el trum-trum, carro negro y desvencijado que pasaba por las noches haciendo un ruido como expresa su nombre, rápido y sin ningún cortejo. Bien se vale que *mosen* Santamaría, con esa humildad y humanidad que le caracterizaba, los esperaba en el cementerio para rezarles un responso y darles la postrera bendición.

El pobre Montenegro se confesó con un sacerdote humilde y santo, don Benito Torrellas, y dio «El Salto» a la Eternidad, que escribió el poeta León Felipe y que yo le dedico.

## Nuestro cardenal

«¡Va a venir el Cardenal!, ¿no lo sabías?», y te lo decían con la alegría y el deseo de que tú participaras también en esa venida, como cuando han visto que las alondras se acercan a los pastores y se suben a una rama alta, signos inequívocos de que va a venir la lluvia.

La lluvia es algo fresco que reconforta las raíces y las ramas y las hojas y las flores de las plantas, pero hay una lluvia paralela que reconforta los espíritus de las buenas gentes (*«Rorate Coeli de super et nubes pluant justum»*). Hay sequía en las almas y en las tierras y como el agua llama al agua, salen (o ¿salían?) los pueblos en rogativas para que los cielos rodaran o *redolaran* allá arriba y las nubes llovieran sobre el justo y sobre el pecador. El sacerdote asperjaba las tierras con el agua del hisopo y clamaba: *«Asperges me et mundabor; lavabis me et super nivem dealbabor»*. A veces la tierra se lavaba y los trigos se ponían más verdes y las almas se ponían más blancas.

Ha llegado el Cardenal a celebrar la misa en la iglesia de María Auxiliadora y Madre de los Salesianos y de todos; esperamos que salga el celebrante revestido de púrpuras, pero aparece como un párroco sencillo de pueblo con casulla blanca; al llegar al presbiterio ha tomado el hisopo y recorriendo el pasillo central nos ha asperjado a sus gentes, a aquellas gentes con las que se siente gozoso. Algunos, entre los asistentes, nos hemos acordado de cuando hace muchos años, en la parroquia de Siétamo, era él el portador de la cubeta del agua bendita cuando el párroco subía al cerro de San Pedro Mártir acompañado por el pueblo, por las buenas gentes, a *aspergear* los términos del monte. ¿Cómo no te has de encontrar feliz con unas gentes limpias como la nieve que cita la oración y en una tierra, la suya, escasa en agua, pero que tú se la llevabas bendita?

Después de la misa, en el Teatro Salesiano, se ha rendido homenaje a cuatro antiguos alumnos en un clima de sencillez, sin protocolo, en el que no importaba que uno de los homenajeados, fuera cardenal, que otro hubiera sido ministro, otro redactor jefe de una conocida revista y por fin que el cuarto fuera impresor, todos ellos con arte u oficio, lo importante era «un vibrar de corazones» que se percibía en el ambiente de la Fiesta de la Unión. En

las contestaciones de los cuatro antiguos alumnos no faltaron las lágrimas ni el humor. Alguno recordó haber recibido algún hisopazo, pero me pareció que se decidió hacer buen uso del hisopo para repartir agua lenitiva en lugar de hisopazos, de los que don Bosco no era partidario.

Don Antonio María, estando en Huesca, no podía pasar sin escaparse, siquiera por un momento, a la parroquia de Siétamo, donde fue bautizado con el agua. El agua es buena también para los bienes materiales, de los que el Cardenal carece, pero refresca otras raíces que reconoció tener en Siétamo, sin dejar de mirar emocionado a las viejas piedras ante las que en otros tiempos se alzaba la imagen de nuestra madre, María Auxiliadora.

Los salesianos, los salesianistas y los vecinos de Siétamo creo que el viaje de mayo lo acabamos un poco más blancos.

## A mi amigo Jesús Núñez de Paula

De la lejana Salamanca, tierra universitaria y de campiñas amplias, a cuyos campesinos llaman charros, llegó a Huesca, donde se enamoró, un niño grande. Debí hacer caso a aquella frase evangélica en que se afirma: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». No abandonará jamás la condición de niño que ríe ingenuamente y cree que todo el mundo es bueno, y él lo fue con todo el mundo, sobre todo con la gente joven, cuyos problemas comprendía; unía a la Tecnología que enseñaba cada día, el interés por las Humanidades. «El que quiera saber, que vaya a Salamanca». Y como él de allá venía, entendió la vida, enseñando Técnica en aulas y talleres y por doquier Filosofía. No en vano se acordaba de Unamuno en sus tertulias de café y paseando por la pétreo arquitectura de la Plaza Mayor de Salamanca.

Vino de la tierra de praderas onduladas, jalonadas por la gris encina a estas pardas laderas, donde a la dulce encina conocemos con el duro nombre de *carrasca*. Y como el poeta de su tierra, que cantara las virtudes del hogar y la familia, «buscó una mujer como su madre entre las hijas de esta hidalga tierra» y fue como su padre, amante esposo y padre cariñoso de sus hijos. Tenía la dulzura del que fuera su paisano Gabriel y Galán, poeta. Este era

maestro y Jesús profesor. Aquel cantó la vida campesina y Jesús soñaba con el huerto, con el agua del pozo y con los chopos que plantara. Discutía conmigo como un niño, lo llamaba filósofo y contestaba que yo más. No es momento de dilucidarlo, pero afirmo que no vi en los días de mi vida, un niño más grande en su físico y niño más enorme en su corazón, ya que parece se hizo tal por entrar en el reino de los cielos.

Puedo decirle al charro salmantino lo que el corrido dice del charro mejicano: «Te fuiste pronto como los elegidos, en plena juventud...». Y lo hiciste entre mis brazos. ¡Jesús, hasta que pueda abrazarte otra vez!

## Santa Teresa y la catedral

Hoy he madrugado y me he sentado delante de la televisión para ver y escuchar las últimas noticias. He enchufado un aparato de luz, con su acristalada tulipa, tallada con bonitos adornos. He escuchado y mirado a la pantalla de la televisión y solo he oído y visto desgracias producidas por el odio terrorista y el descuido de los conductores en las carreteras. He desconectado la tele y me ha producido una sensación de belleza y de paz la proyección de los adornos tallados en la tulipa, en la pared del salón, que parecía un conjunto como de estrellas, que la adornaban, como las del cielo le dan belleza y misterio a la noche.

He abierto un libro del siglo XIX y he encontrado la reproducción en colores de un retrato de santa Teresa de Jesús y, de la misma forma que la tulipa, me produjo sensación de bienestar el rostro de la santa: parecía que su inteligencia desprendía meteoros brillantes, que «trazaron luminosa estela que ha guiado a la humanidad». La televisión me hacía vivir «el genio de la guerra junto con el espíritu de discusión, que se aunaron en el mismo palenque para romper todas las trabas sociales, tanto en el orden físico como en el moral». Me distraía de aquellas preocupaciones la contemplación de la proyección de las estrellas de la tulipa en los muros de la casa. Pero aquellas distracciones no apagaban las preocupaciones de las desgracias que había contemplado y escuchado en la tele, como le pasaba a la niña Teresa, que leía los libros de caballerías que más tarde le dieron

a Cervantes la oportunidad de lanzar al público su poema gigante de *Don Quijote de la Mancha*. Acabó con aquellas novelas que no dirigían por el buen camino la educación moral e intelectual de la futura santa.

Hay consuelos que son agradables pero que no resuelven nada, como la proyección de la tulipa, y hay otros, como las lecturas de Teresita, que conducían al mal.

Pero el Señor amaba a Teresa y le mandaba pruebas, como la muerte de su padre, igual que a cualquier ser humano, religioso o seglar, se le mueren sus parientes más próximos; difuntos que nos reconcilian con Dios para siempre. Sí, seguimos amando al Señor, a pesar de que la gente, en general sonrío indiferente ante la vida piadosa de las religiosas, pero «su espíritu victorioso sigue trepando por la escala de Jacob al trono inmenso de la bondad infinita». Y Teresa usaba los medios que para eso le deparaba en sus manos un Cristo, obra de una mano de artista, inspirada por un estímulo celestial y con el Cristo conoció las *Confesiones* de san Agustín, obra de un genio, y como su mente también era genial, vivió doblemente inspirada por el arte del Cristo y arrebatada por la «poderosa voz de la inspiración y de la filosofía de san Agustín».

El mismo día que pude leer la vida de santa Teresa, subí a la catedral de Huesca. En su cara sur hay un pórtico sin rejas protectoras; está a veces sucio y en él, siempre que puedo, voy a contemplar y a rezarle al Cristo que lo preside. Es original y llama la atención, aunque pocos se lo miran, pero aquel día, al llegar a sus pies, encontré una señora que le estaba rezando.

Hablé con ella y coincidió conmigo en lo sucio y abandonado que se encuentra dicho pórtico, a pesar de la devoción que movía en su corazón.

Y acabo con la frase del viejo libro que dice así: «¿No es verdad, mi amada patria, que es una impertinencia contaros a la española estos acontecimientos españoles, conducidos por la mano de una monja de la vieja España?».

## San Vicente

Tenemos en Huesca dos santos mártires de la primitiva Iglesia a los que estamos acostumbrados a ver juntos en los altares,

Lorenzo con la parrilla en la que fue abrasado y Vicente con la piedra de molino que le ataron al cuello para lanzarlo al mar.

Lorenzo tiene dos iglesias en su ciudad natal, una la real basílica de su nombre y otra la llamada ermita que formaba parte del monasterio de los Agustinos, monjes que allí estaban venerando a san Lorenzo, y que levantó Felipe II. Y Vicente, ¿no es igual que Lorenzo? Sí que era igual pues tenía la iglesia de San Vicente Alto, en la calle de Las Cortes, donde se encuentra el convento de monjas de la Asunción y antes de dicho convento hay una casa de vecinos, donde yo he visto ventanales, escaleras y paredones de una antigua iglesia. Eso es lo que todavía se ve, pero en su seno tiene que haber recuerdos sacros y arqueológicos de tiempos pasados. Y la segunda iglesia de San Vicente, la llamada de abajo, tiene su entrada principal por el Coso, y sobre ella hay una imagen de piedra arenisca de san Vicente, mal conservada, y debajo de la misma se exhibe un escudo que tal vez perteneciese a los Borbones. La iglesia antigua anterior a la actual debió de pertenecer a la Orden de San Jerónimo de Calatayud. Subiendo por la calle inclinada de Lastanosa, entre la iglesia y una casa vecina del otro lado de dicha calle, hay una capilla de suelo arqueado, encima una capilla abierta al oeste, con barandilla de madera, y en el fondo se encuentra una bonita imagen de san Vicente, que no está deteriorada por tener tejado que la protege; por la noche se ilumina y se ve desde la calle. Siguiendo la calle Lastanosa y casi en su cima, se encuentra en la iglesia una pequeña puerta metálica, eternamente cerrada, donde hay un azulejo en el que pone «San Vicente el Real». Ya en la parte de arriba, estamos en la calle de Sancho Abarca, desde la que se ve la parte alta del palacio de los Abarca (no de los Abarca de Bolea o condes de Aranda), familia de los reyes de Aragón, y más tarde emparentada con los Bolea, para formar los Abarca de Bolea, de uno de los cuales, el conde de Aranda don Pedro Pablo Abarca de Bolea, estamos celebrando el 200º aniversario de su muerte. Por debajo de esta calle pasa o pasaba un pasadizo subterráneo que comunicaba a los jesuitas entre su residencia, que estaba en la plaza de López Allué o del Mercado, y la iglesia real del santo Vicente. Ahora no ha desaparecido la residencia de la comunidad, como desaparecieron otras, igual que la de los agustinos de Loreto en el año 1835, pero ha disminuido de tamaño,

encontrándose en la parte superoposterior a la izquierda de la iglesia. Esta real iglesia estaba en poder de la Orden del Sepulcro de Calatayud, y el concejo llegó a un acuerdo para que se entregase a los jesuitas, con la obligación de que la iglesia esté dedicada siempre a san Vicente y parece que siguen con ese objetivo, pues sin entrar en ella, ya se ve la capilla de la calle iluminada. Si entramos en la Compañía, veremos en el altar mayor a san Vicente sobre una nube, con su piedra y las dos piezas de madera, que sirvieron para descoyuntarlo y más abajo, a los lados a san Lorenzo y a san Orencio. A estos tres santos es muy frecuente verlos en el mismo altar y otras veces está el obispo de Zaragoza, san Valero. El papa Luna ya regaló a la ciudad de Zaragoza las tres imágenes de san Lorenzo, san Vicente y san Valero.

San Lorenzo y san Vicente, dos hijos de Huesca, a los que esta ciudad eligió como patronos suyos, el mayor a san Lorenzo y como presidiendo su fiesta pequeña a san Vicente. Todo Huesca lo sabe, pero no solo las personas sino también las lechuzas, a las que yo he oído cantar su silbo en la cúpula de San Vicente, y otros oscenses me han dicho que en San Lorenzo criaban e imponían el silencio, por la noche.

Y se encuentra uno a estos santos por todo Aragón. En cierta ocasión bajaba desde Albalate de Cinca a Fraga y antes de llegar a Velilla de Cinca, pueblo donde se habla catalán, me encontré a la derecha de la carretera una ermita románica y entré en ella y vi en el altar a san Valero, san Vicente y san Lorenzo. Me quedé admirado y al preguntarle más tarde al párroco, me dijo que la tradición contaba que yendo san Valero, obispo de Zaragoza, con san Vicente, al que había hecho diácono encargándole de la predicación que el obispo no podía ejercitar debido a su anciana edad, se encontraron en el mismo lugar que hoy ocupa la ermita a san Lorenzo, que viniendo de Roma a su ciudad natal, Huesca, acababa de cruzar el río Cinca. Esta tradición unida a las innumerables que se conocen sobre san Lorenzo y san Vicente, para mí, hacen evidente la patria oscense de estos santos.

Desde la galería de mi casa del pueblo de Siétamo, se ve, mejor ahora que en el verano, la ermita de Liesa de Santa María del Monte. Todas las mañanas, cuando me levanto la miro y le rezo a la Virgen y a san Vicente. Y le rezo a san Vicente porque en esa

ermita tan antigua estaban los retablos que se llevaron a Cataluña para la guerra civil y que nadie reclama, pero quedó uno gracias a la devoción de algunos vecinos de Liesa, jugándose su propia vida. El que representa el martirio de san Vicente. Aparece en él Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, acompañado por san Valero y por san Vicente, y al darse cuenta el Dictador de que Valero no podía hablar bien se dirigió a Vicente, diciéndole: «Eres joven, eres galán, eres generoso, eres discreto, y puedes esperar los grandes favores que te brinda la fortuna... si abandonas la religión de tus padres».. Entonces contestó Vicente por él y por Valero, diciendo: «No creas que las amenazas de la muerte nos han de acobardar, ni que las despreciables honras de la vida puedan movernos a faltar a nuestra obligación; porque has de tener entendido que no hay cosa tan estimable, ni tan deliciosa en el mundo que se acerque de mil leguas al consuelo y a la honra de morir por Jesucristo».

Daciano descargó su cólera sobre Vicente haciéndole tender sobre la catasta, y poniendo en marcha el artificio de tan diabólica máquina, luego se oyeron los terribles ruidos del descoyuntamiento de sus huesos. Se ven también en el retablo otros crueles instrumentos para causar tormentos a Vicente y se le ve también a orillas del mar donde Daciano había mandado echarlo, pero un cuervo hizo de centinela y le defendió de otros animales, cuando su santo cuerpo volvió a la orilla del mar. Dicen que los cristianos lo enterraron secretamente fuera de las murallas de Valencia, pero el retablo hace ver que apareció en Lisboa donde hay una graciosa torre y un hombre hace sonar sus campanas. Todos los oscenses pueden ver este retablo en el vestíbulo de la Diputación Provincial, donde yo soy testigo que lo dejaron los vecinos de Liesa, que ya se habían jugado su vida por él, con el único propósito de que no se lo robasen, como les robaron una imagen románica de una Virgen.

Hoy se observa un abandono del cultivo de la religión, con una nueva afición a la brujería, al esoterismo, a videntes, a curanderos, a sectas suicidas y endemoniadas, y por eso no debemos olvidar nuestra religión, con la devoción a sus santos, como en este caso a san Vicente, gran oscense cuya fiesta celebramos.

## Teresa Ramón Palacio

Teresa Ramón Palacio es una ilustre escritora altoaragonesa, pues nació en esta ciudad de Huesca el día 16 de diciembre de 1922. El apellido Ramón le viene de Huesca y el de Palacio lo heredó de su madre que era natural de Agüero. En sus orígenes se juntan la poesía de la calle de la Campana, donde nació en esta capital, con la que se vive en Agüero, donde se respira el aire puro de sus *mallos* y se contempla la belleza de su iglesia parroquial, al tiempo que uno se extasía mirándose la sublime ermita del Señor Santiago.

Cuando llegaban las fiestas de San Martín a su barrio, en el que se encuentra la calle donde nació Teresa –como afirma la jota siguiente: «En la calle La Campana / nació Teresa Ramón / una mañica con temple / orgullo de mi Aragón»–, sus gentes se entusiasmaban con la leyenda o ¿historia? de Ramiro el Monje, que abatido por el comportamiento rebelde de sus nobles, ordenó que se les cortaran sus cabezas y en el actual museo de la plaza de la Universidad, dispusieron en redondel dichas cabezas y en la cúpula de la sala de la Campana se colocó colgada la cabeza del más rebelde de dichos nobles, a modo de badajo de tan tétrico y sonoro instrumento.

Y parece que a la calle de la Campana, Huesca le puso tal nombre para recordar aquellos trágicos hechos; y es que en dicha calle estaba y sigue estando la casa de la fragatina familia Solanes, en la que, cuando llegaban las fiestas del Barrio, que eran las de San Martín, «se preparaban las cabezas, que recordaban a las que cortara Ramiro el Monje y contrastaban con las fragantes flores que llevaban las mozas», entre las que se encontraba Teresa Ramón, que describía así aquellos recuerdos felices, de los que dice en una jota: «¡Ay, barrio de San Martín; / ay, calle de La Campana; / recuerdos ya muy lejanos / de los años de mi infancia!». Al tiempo que aseguraba sobre aquella casa que era: «El lugar preferido de toda la chiquillería de mi calle para jugar». «¡Qué recovecos para practicar el escondite y qué bondad la de los moradores de la casona para soportarnos!». Y hace unos pocos días, me enteré de que todavía se conservan en dicha casa las cabezas artificiales, de los rebeldes nobles, estando su dueño muy animado a seguir celebrando estos festejos.

Y sigue Teresa escribiendo: «El pozo misterioso y atrayente, donde iban a buscar agua los vecinos, también sigue ahí, imparable a los adelantos de los frigoríficos y de las aguas cloradas. En la calle era de rigor ir con *pozal* o *pozalico*, según la estatura del crío portador, a sacar agua del fondo, para refrescar el botijo y el porrón de las comidas y cenas veraniegas. Ten la seguridad de que el antiguo pozo ha hecho con su frígido contenido las delicias de todos los vecinos de la Campana. En nuestra imaginación infantil, el pozo del Fragatino, era como una gran pila de agua, poco menos que bendecida». Y doy la razón a Teresa en eso de los pozos misteriosos, porque venas ocultas, más que las acequias, llevan el agua a los pozos y forman una pupila cristalina que refleja las verdes plantas asidas a las grietas de las piedras doveladas, para formar un aro horizontal, no un arco vertical. Es el pozo ojo de mirada profunda que solo mira hacia arriba, esperando que al brocal se asome la luna llena, los rubios rayos del sol, la cara de la hortelana, los ojos tristes del viejo o los curiosos y atónitos de los niños. Por la carrucha, chirriando, subía y bajaba el *pozal*, que al desbordarse el agua, producía un sonido de cristal y es que Teresa Ramón ha sido toda su vida una buscadora del agua de la poesía y de la ciencia, que en el Alto Aragón se ha producido a lo largo de los siglos, haciendo sonar con su literatura un sonido como de un cristal poético, como podemos comprobar leyendo su Poesía del Ciprés, que escribió no hace muchos años y que es como la que escribió aquel monje benedictino, abad del monasterio de Silos. Pero, además, tiene publicado un libro de poemas editado por Ibercaja donde uno se pasaría feliz el tiempo leyendo y viviendo sus poesías. Es que además Teresa pasa de la poesía lírica más refinada a la poesía popular, componiendo letras de jota que son sublimes y perfectas, de modo que cada año forma parte del jurado que premia a las mejores jotas que se hacen en el Alto Aragón.

He hablado de las cualidades investigadoras de Teresa, demostradas con la publicación de su libro sobre el cuadro de la Virgen de la Clemencia. Este cuadro extraordinario se encuentra en este edificio de la Diputación Provincial, en el despacho de su presidente, y es de estilo bizantino, como demuestra nuestra presentadora, para lo que tuvo que investigar largamente e incluso viajar a la ciudad eterna de Roma, cambiando impresiones, entre otros con

el cardenal Javierre. Y icómo gozaríamos leyendo sus escritos sobre la Virgen de la Carrodilla, que se encuentra elevada en la sierra del mismo nombre, allá en Estadilla y subida sobre un carro!

Ella vivió en dicho pueblo, donde estuvo casada con Emilio Rosico, maestro como ella y alcalde del pueblo y con el que tuvo un hijo y dos hijas, y ahora, varios nietos. Tienen una casa en la que me llama la atención un «voladizo» o galería asentada, cruzada sobre la calle y desde la que se contempla el paso de las vaquillas el día de San Lorenzo. Ya lo dice la jota que reza así: «Estadilla, Estadilla, / ya puedes estar contenta, / te llevaste la jotera / de la calle La Campana».

Y es que Teresa ama tanto a san Lorenzo, que de Huesca pasó a Estadilla, de donde también el glorioso santo es su patrón, porque «un tirano sobre el fuego / te quiso martirizar / a ti te mandó a la gloria / y a Huesca la hizo inmortal». ¿Cómo hubieran podido elegir otra presentadora mejor de los danzantes de nuestro patrono, que llegó a escribir la jota siguiente: «Quisiera ser flor de albahaca / el 10 de agosto en tu altar / y marchitarme al calor / de los besos que te dan».

Y no puedo seguir hablando de nuestra oradora, por escuchar su palabra, pues para presentarla hubiera bastado la jota de Montse, amiga de Teresa y que dice así: «Si no sabes lo que es Huesca / ni conoces Aragón / habla un ratico, si puedes, / con Teresita Ramón».

1995

## A Ramón J. Sender

Me han dicho mis amigos que estoy loco. No me importa. De siempre se ha conocido que de poetas, músicos y locos todos tenemos un poco, aunque en unos domine más que en otros una de las tres facetas. ¿Por qué me acusaron de «chalo»? Muy sencillo, es que les conté lo que me pasó hace pocos días con Froilán, el niño amigo de Sender, que murió el año 1909 electrocutado al contactar su pequeña cometa de trapos y de cañas con un cable de alta tensión. Los vecinos de su pueblo aseguraban que ocurrió todo bajo el nefasto influjo del cometa Halley al que también atribuyen el terremoto de Méjico, la desgracia de la niña Omaira y de

sus paisanos a causa de la erupción del Nevado del Ruiz en Colombia y las corrientes de lodo que han dejado sin vivienda a tantos ecuatorianos.

Los buenos hispanos, en lugar de decir «¡Qué bueno que viniste!», tienen sobrados motivos para gritar «¡Qué bueno que te vas!». Volvió el famoso cometa a visitarnos a finales del 85 y se va a principios del 86 para volver cuando cumpla su ciclo. Sender esperaba la vuelta del Halley para el año 85 y creía, más loco que yo, que Froilán volvería a visitarlo montado en su cola. ¿Cómo podría regresar el niño? Se fue fulminado, fosforizado, ionizado, eterizado o de una de las mil formas que los científicos conocen, y de uno de esos multiformes modos ha regresado. Aquí radica mi locura, en que lo he visto y he hablado con él.

Yo lo esperaba, asumiendo el deseo del para mí premio Nobel, aunque no se lo dieron. Sender, según manifestaba en una de sus poesías, tenía la ilusión de guardar a Froilán una de las mejores ranas de una de esas balsas que juntos visitaban; la muerte le impidió realizar su sueño. Yo recogí el reto y guardé una rana no en un acuario, ni en un terrario, sino en un artilugio que reunía las propiedades de ambos. La rana es un anfibio, tiene dos formas de vida, una en el agua y otra en la tierra; en aquella respira por branquias, y en la orilla de la balsa lo hace con sus pulmones. ¡Buen regalo para Froilán, que también es anfibio, porque yo lo vi en la tierra de Huesca y venía e iba del espacio y al espacio!

¿Cómo pude ver a Froilán? Simplemente porque quería verlo y lo quería ver porque había recogido el deseo de Sender de entregarle una rana. No todos los deseos se cumplen, ya que el maestro no llegó a vivir en el año 85; la inmortalidad no se alcanza sobre la tierra pero se alcanza de algún modo y, cuando se vean el viejo y el niño, recordarán los saltos de las ranas en la alberca.

Yo sabía que encontraría a Froilán porque mis paisanos del Somontano de Guara siempre han afirmado que las montañas no se encuentran pero las personas, sí.

Muchas veces los hombres no nos encontramos ni con nosotros mismos, ¿cómo vamos a encontrarnos con los demás?, y si lo hacemos es para reñir, para aprovecharnos mutuamente unos de otros o para luchar.

Sabía que tenía que encontrar al chico, pero pensaba que tal vez, después de tantos años, se habría hecho un hombre; sin embargo reflexioné sobre la teoría de la relatividad y llegué a la conclusión de que si yo envejecía un año girando alrededor del sol, montado en mi planeta, él, a caballo en su cometa, habría pasado solo un año en el tiempo que para nosotros había envejecido setenta y seis a los humanos de la Tierra.

Desde 1909 hasta 1985, nuestra esfera ha dado setenta y seis vueltas al sol, en tanto que el Halley solo ha girado una vez para completar su ciclo en torno a no sé qué.

Lo encontré niño, como de diez años. Yo observaba a todos los de esa edad. Caminaban por la ciudad con soltura, esquivando coches, botando balones y como pasando de todo. Estaba apoyado en la pared de uno de esos chiringuitos que lanzan al aire de la calle sus músicas; en la acera de enfrente había un niño que miraba atónito el mundo urbano que le rodeaba; no se atrevía a pasar la calle por la que rodaban como locos los automóviles. Me acordé de que en el pueblo de Froilán, en el año 1909, no habría probablemente ningún automóvil.

De repente, por los altavoces del chiringuito empezó a oírse aquella canción que dice: «*Froilain, Froilain*» ('señorita' en alemán) y Froilán, como una exhalación, cruzó la calle hacia el bar a una velocidad cósmica que le libró de un atropello.

Me dirigí a Froilán, pues era él, le miré a los ojos mientras le entregaba la rana metida en un bote de conserva lleno de agua y esos ojos se apoderaron de mí de tal manera que no me dio tiempo a preguntarle nada. Cuando volví en mí, Froilán se había exhalado.

Al principio lo sentí pero luego comprendí que, si hubiera conversado con él, hubiera sabido demasiado.

Ahora solo sé que Froilán, Sender y Omaira nos acompañan desde algún lugar.

Yo he cumplido, pero me gustaría que dentro de setenta y seis años alguien se encargara, al nuevo regreso del Halley, de entregarle una flor a la niña Omaira.

## Un siglo de edad

Va a cumplir cien años de edad un señor que nació el día 2 de octubre del año 1903 en el antiguo pueblo de Salinas de Jaca, que ya no existe. Vive con su hijo Sebastián, casado con Josefina Sistac, en la villa de Siétamo. Se trata de don Sebastián Grasa Estallo, que se casó con doña Eugenia Casasús, que murió a los noventa y tres años el año 2000 y con ella tuvo cuatro hijas y tres hijos, que le han dado varios biznietos.

Es su vida una historia del siglo xx, que en el año 1985 me escribió en un cuaderno, que todavía conservo. Recuerda «que a los tres años ya fui a la escuela, donde aprendí mis primeras letras junto a otros compañeros de mi edad [...] con un maestro que se llamaba don Manuel Villa», que era de Antillón. Cuando les iba a revisar sus escritos «allí te quiero, imorena! [...] nos mandaba alargar la mano, que a veces la retirábamos antes de llegar el golpe [...] era un buen señor y un buen maestro, tanto fue así, que como dice el dicho, lo bueno dura poco, no estuvo mucho tiempo en Salinas; ahora que yo también fui poco a la escuela porque a los seis años o quizá antes, ya marché a cuidar ganado». En una de esas actividades, le tocó cuidar un par de bueyes de su padre «hasta que un día fui a darles de comer, me cogió uno de ellos con un cuerno, metido entre piernas, me tiró hasta arriba, hasta los maderos... y salí del apuro como Dios quiso; en fin que no me mataron de casualidad». Se lamenta de que siempre estaba solo por corrales y parideras, no como otros compañeros «que se juntaban más y se divertían».

En cierta ocasión, aprovechándose de su soledad y de su sueño, cuatro mozos de Fuencalderas, entraron en el corral y se llevaron cuatro pollos para atracarse con ellos, ya que eran las fiestas de su pueblo.

«Así pasé yendo por los montes de esta manera hasta los trece años... en que me llevaron a servir a Sadaba de “repatán”. Iba a ganar cincuenta céntimos diarios, un kilo de pan también diario y un kilo de sebo al mes».

Pero la bebida en ocasiones era también muy mala, como la que le dieron ciertos pastores, riéndose de él, ya que era simplemente agua de una balsa casi seca que estaba llena de gusanos; la lanzó

sobre una piedra y destrozó en mil pedazos, teniendo «que escapar a correr porque si no, ya podías esperar a “Juan Garrote”». Dice que así anduvo toda la primavera hasta que el pastor, que le había dado aquella agua tan sucia «le mandó un día a buscar un saco de paja y había un pobre durmiendo, con todo el pajar lleno de piojos y salí acompañado de una gran piojada, que mi cuerpo no paraba ni de día ni de noche. Menos mal que tenía en la casa a mi hermana la mayor y ella, la pobre, se encargó de limpiarme, sino yo creo que se me comen vivo».

Fue recorriendo todos los montes que existen debajo de Agüero, pues estuvo con un fagotano en el monte de Almudévar y recorrió la sierra, saliendo por la collarada de Fuencalderas, la Rabosera y saltaba luego a la Punta de los Tres Obispos, donde lindan los montes de Agüero, Salinas y Fuencalderas, «que según decían los ancianos de antes se juntaron allí el obispo de Jaca, el de Huesca y el de Zaragoza; por cierto que pusieron un mojón con tres cruces y las iniciales de cada monte, que si no los han roto desde que yo me fui de allí, aún estarán». Marchaba Sebastián con el ganado desde dicha Punta, guardando el monte de Agüero, por la collada de Tolosana, ya monte de Murillo de Gallego y por una «*ralla* o pico ya bastante alto, y desde su altura, allá arriba, se divisan muy bien la ribera y la montaña, se ven las torres del Pilar de Zaragoza; eso con unos anteojos de larga vista, que a nuestro alcance no estaban».

Cuando se acababa la estancia en la sierra, se juntaba una cuadrilla de chavales boyeros y pastores, teniendo que pasar por el portillo la Osqueta, «donde pocas veces dejaba de hacer aire; como fuera fuerte lo pasábamos en fila india, pero cogidos de la mano, que si no, se nos llevaba».

Tenían «que bajar deprisa, sobre todo en tiempos de Cuaresma para llegar al rosario y luego a la doctrina, que nos enseñaba un cura, sobre todo antes de hacer la primera comunión y al que faltaba, lo castigaba».

Cuando llegó a los veinticuatro años su padre arrendó la pardinera de Longás, llamada la Ferrera, pero al poco tiempo murió y el buen Sebastián tuvo que pagar muchos gastos. El año 1930 «cayó el 28 de junio una hermosa pedregada, que no dejó ni paja para los animales». Y para agravar la situación, llegó la guerra civil,

teniendo que ir sus dos hermanos, de los que uno desapareció y el otro murió de enfermedad. Al quedarse solo tuvo que marchar de la finca porque no tenía a nadie para ayudarle, poniéndose unas trescientas ovejas, con las que en invierno marchaba a la ribera.

Coincidían sus salidas de invierno con la marcha de todos los habitantes de Salinas el Viejo a Salinas el Nuevo, al lado de la carretera N-240 y encontró en Siétamo el lugar donde estar con toda su familia, lo que puso en práctica, «aunque al principio tuvo alguna dificultad... pero todo se fue arreglando».

«Lo malo es que en este año de 1985, me van a caer ochenta y dos años encima y ya poco puedo esperar», pero sin embargo han pasado por él, desde entonces, dieciocho años y todavía se encuentra más fresco que una malva. Aún ha ido varios años a los baños de Asso-Veral, de los que escribe: «que me han alargado la vida, ya que antes padecía algo de reuma y ahora, desde que vengo aquí que es donde escribo, no me noto nada. La hija mayor a los catorce años estaba muy apurada, que apenas se podía mover. La traje aquí con un caballo hasta el pueblo y de allí que está a un kilómetro, la bajé *ancolicas*, se bañó y subió andando». Hemos visto cómo lo pasaba el bueno de Sebastián, pero él mismo escribe: «No quiero decir con esto, que siempre lo he pasado mal, que en alguna ocasión también he disfrutado quizá más que algunos, cuando he tenido la ocasión».

¡Cómo ha vivido Sebastián Grasa la historia de esta comarca aragonesa, que abarca parte de la provincia de Huesca y parte de la de Zaragoza! Él vivió aquellos años «que toda la recolección había que hacerla a carga y a mano, sin ninguna clase de maquinaria», empezó a verse el malestar en pueblos como Salinas de Jaca y tuvieron la idea de crear otro pueblo en otro asentamiento. Tuviste que sufrir las luchas entre guardias y maquis, pasaste la escasez de todo en la posguerra y nos recuerdas lugares como el pico de los Tres Obispos, el portillo de la Osqueta y el Cabezón de Agüero.

Conocía la vida brujeril y se expresó conmigo, diciéndome. «En Agüero hay brujos, en Murillo brujas, en Riglos brujos y brujas y en Anzánigo está el canónigo», llegando a nombrar a alguno por su nombre, como a Isidrer de Agüero, del que decía que siempre estaba haciendo brujerías.

Él ha sido un hombre extraordinario, pues empezando su asistencia a la escuela a los tres años y prolongándola tan solo hasta los seis, ¿cómo pudo aprender a escribir tan bien y con el estilo de un escritor costumbrista? Parece ser que se esforzó siempre, como cuando se llevaba el catecismo al monte para estudiarlo en él. Su esfuerzo físico también le acompañó a lo largo de toda su vida.

Hace pocos días me contó cómo «con las campanas se comunicaba la gente, pero ahora, cuando pasas por uno de esos pueblos, no escuchas a nadie, porque están calladas dichas campanas y no comunican la alegría de Pascua o la de las bodas, ni las tristezas de los entierros, ni llaman a los hombres para apagar el fuego»<sup>1</sup>. Al escucharlo me acordé de aquella jota que antes cantaban y que decía: «Las campanas de mi pueblo / sí que me quieren de veras; / cantaron cuando nací / y llorarán cuando muera».

2003

## Zazurca

Zazurca no solo era un gran jornalero en las faenas del campo, sino también en la construcción de aquella época en la que se empleaba la piedra, el barro mezclado con paja y los adobes; todavía se cuenta que en cierta ocasión estaban construyendo un pajar dos *piqueros* o albañiles que eran buenos trabajadores y necesitaban mucho material; al ver Zazurca que quedaban pocos adobes, se trajo en un solo viaje doce de ellos, que previamente apilados los abarcaba con una sogá que pasaba sobre su hombro, tiraba de ella hasta que el peso se sentaba sobre sus espaldas y los dejaba a pie de obra. Al hablar de adobes, alguno puede decir que también él sería capaz de llevar doce ladrillos de seis agujeros, que vienen a pesar de dos o tres kilos cada uno, pero aquellos adobes amasados con barro moldeado con tablas y secados al sol, venían a pesar doce kilos cada uno, o sea una arroba, de lo que se deduce que soportaba una carga de doce arrobas, que es lo que venía a pesar un cerdo de dos agostos.

---

<sup>1</sup> *Nota del editor.* Véase en la sección «Temas variados» el artículo «Las campanas» (pp. 387-390).

Ya que hubiera vivido Zazurca unos siglos antes, cuando los de Junzano edificaban la ermita para la Virgen de Torrolluela. Resulta que esta Virgen era de un pueblo de la montaña, cerca de Las Bellostas, llamado también Torrolluela, de donde le venía el nombre a la santa imagen. Cuentan que se bajó a Junzano porque le gustaban sus gentes. En cambio los de Torrolluela decían que no quería estar allí porque le gustaba más la tierra plana, donde había vino bueno y la acusaban de borrachona. La bajaban a buscar a Junzano, pero ella se volvía a escapar. Nuestros amigos, muy contentos de que aquella nueva vecina fuera nada menos que la Virgen, se pusieron a edificarle una ermita, pero lo que hacían de día por la noche se caía. ¿No serían los mismos de su pueblo de origen, que *amagados* por los carrascales, saldrían por la noche para aborrecer a sus rivales y a la misma Virgen, para que volviera a la montaña? No se recuerda la causa pero al fin lograron edificar la ermita, que todavía hoy se conserva en buen estado gracias a los vecinos que la restauraron hace cerca de cincuenta años. José María Javierre celebró la primera misa después de la restauración, entre la alegría de todos los vecinos, que paradójicamente la manifestaron con lágrimas en los ojos.

No sé cuánto tiempo tardaron en construir la ermita, pero seguro que si está Zazurca la hacen en tres días.

Sigue estando la Virgen muy contenta en Junzano y, cuando hay sequía, acuden a ella a pedirle agua. Se conservan las coplas con que invocaban la lluvia. Dicen así: «Virgen de Torrolluela, amparo os pido, que nos dejéis el agua para los trigos, *ordios* y *abezas*, que están cabeceando y no pueden granar, pobrecitos los ancianos, ¡qué vida van a llevar!, María está enojada de los maldicientes y lo están pagando niños inocentes».

Si no llovía, no había trigo para moler, pero si la cosecha era buena, Zazurca cogía medio cahiz en una talega al hombro y se iba al molino de Abiego, sobre el Alcanadre, por camino largo y empinado y volvía con la harina sin cerner, después de descontada en grano, la *moltura*.

A Zazurca lo libraba el ayuntamiento de concejadas o vecinales porque se lo reservaba para otras necesidades, como eran temas relacionados con los juzgados: nacimientos, muertes y

acontecimientos extraordinarios. Como era un gran andarín estaba siempre dispuesto a hacer de mensajero al Ayuntamiento de Barbastro, Abiego e incluso al de Huesca, a donde dicen que hizo en un día dos viajes por cosas oficiales y teniendo en cuenta los veintinueve kilómetros que separan a Junzano de Huesca, se deduce que en un día se hizo más de ciento dieciséis. Se ha hablado mucho de esos servicios que los vecinos prestaban a la comunidad, llamándolos extraordinarios, que había que hacer aunque lloviera, hiciera frío o calor y se conocían con el nombre de *zofra*.

¡Cómo ha crecido la burocracia! Cuando Zazurca iba a Huesca, dicen, no sé si será exacto del todo, que solo había una oficina, cerca de Santo Domingo, con siete empleados. ¡Qué cambio tan desorbitado! Si ahora tuviera que ir uno a Huesca de *zofra*, se haría los ciento dieciséis kilómetros, no por los caminos sino de ventanilla en ventanilla, y no le daría tiempo de llegar a la última, porque ya la habrían cerrado.

El vino de Junzano lleva fama, ya han podido ustedes comprobarlo, porque le gustaba a la misma Virgen, y Zazurca llevó un cántaro a Huesca para venderlo; el *portalero*, que tenía el portal cerca del actual restaurante del Niágara, próximo a donde los sogueros trabajaban, no le dejaba pasar si no pagaba; entonces él juró que el vino pasaría sin pagar y así ocurrió, pues de un trago vació el cántaro. Esta anécdota la cuentan también de otros, lo que prueba que en nuestro Somontano hubo muchos hombres valientes, como nuestro héroe: Zazurca.

## Ramón Acín

He encontrado entre mis antiguos papeles el programa de la exposición de la V Bienal de Pintura «Ciudad de Huesca» y ya hace tiempo, a saber el año de 1982, presentó el Instituto de Estudios Altoragoneses la exposición de Ramón Acín.

En el prólogo del folleto de la V Exposición de Pintura, escribía José Antonio Llanas Almudébar que «en época en que Huesca vivía un tanto de espaldas al arte, su nombre (a saber, el de Ramón Acín), tácitamente omitido durante años, y las circunstancias políticas, han hecho que la figura de Acín, esta interesante figura, no

solamente no se haya valorado en su verdadera dimensión, sino que más bien sea totalmente desconocida para la mayoría de los oscenses que no peinan canas».

Yo, que ya las peino, tengo que reconocer que mi conocimiento de Ramón Acín como artista se limitaba a su obra «Las Pajaritas» del parque y solo tardíamente me enteré que tal monumento era producto de su arte. Pero aunque luego he conocido lo polifacético de su talento, solo dos pajaritas bastaron para que Ramón Acín hiciera mella en mi sensibilidad, tanto que en cierta ocasión escribí: «Aquí en Huesca no podemos enseñar la Sirena Varada de Copenhague, pero cuando iba al parque, me fijaba en las Pajaritas paradas. ¡Qué difícil es ver a un niño o a un pajarito parados!; mal augurio si esto sucede: o están enfermos o muertos. Pero en Huesca hay una pajarita, ¿una o son dos? que se paró en el parque y se encontró tan placentera, que determinó no marcharse nunca. Coqueta ella, eligió un lugar visible al fondo de la plaza donde juegan los niños, como si fuese una *mairalesa* de la ilusión o la gran *vedette* de un teatro infantil al aire libre».

Me preguntaba antes si eran una o dos. Hay dos figuras idénticas, tanto que parecen una que trata de conocerse a sí misma en eterna interrogación. Las líneas curvas de la biología pajaril se han vuelto de una rectitud geométrica.

Unamuno, en el café, en sus ratos de ocio se entretenía haciendo pajaritas de papel y quizá por este azar, las pajaritas, perdido su vitalismo, se ponen a pensar. Parece como si estuviesen en un largo diálogo racionalista. Las ideas suben por sus líneas verticales, bajan por las inclinadas y reposan en las horizontales. La evolución va cambiando el aspecto de los seres vivos pero parece como si el hombre quisiera acelerar esa transformación hasta convertir la vida en muerte; porque muerte es la sustitución de los pies por ruedas, de las plumas de los pájaros por alas metálicas, de las laringes de las personas y de las jeringas de los pájaros por discos y cassetes y, para colmo, de los cerebros por computadoras.

¿No quiso tal vez Ramón Acín o fray Acín, como gustaba llamarse, hacer crítica irónica del escamoteo de los derechos y del encorsetamiento de las libertades? Pero si tal era su intención lo hizo al estilo de otro fray, fray Francisco de Asís, con pajaritas metálicas, que siguen siendo poéticas y que, posadas en el

ambiente natural del parque, siempre tendrán ocasión de renacer ellas y las libertades que representan, no de sus cenizas como el ave fénix, sino de su pedestal, rodeado de follaje, seco en otoño y verde en primavera.

Según García Guatas, es como escultor la forma en que mejor se puede entender el arte de Ramón, pero es tan variopinto el arco iris de las artes que cultiva, que ante cualquiera de sus manifestaciones se queda uno pensativo y reflexiona. Así, por ejemplo, ante el óleo de la Feria, en el que no solo diversos estilos y un conjunto luminoso estamos contemplando, sino que hay un mensaje, hay un pueblo numeroso, individualizado por personas, que visten de múltiples maneras, representando cada una su papel, y están todos ante aparatos inmensos, que tal vez representen «aparatos oficiales» de los que bajan todos en posiciones desairadas, irónicas algunas y resignadas las que más. El pim-pam-pum preside el cuadro y son sus golpes al muñeco el trato que tantas veces ha recibido el individuo por parte de los aparatos que montara el poder.

¿Cuántos monumentos a la chatarra se encuentran repartidos por las ciudades, que parecen un homenaje a los vehículos que, de repente, se tornan chatarra en un accidente? Es fácil con la chatarra hacer monumentos a hierros viejos: es más difícil con esos hierros hacer sentir, estéticamente, la miseria del hombre agarrotado por vil garrote. La piedad del Crucificado se talló en madera y mármol, pero la del vil agarrotado la hizo Ramón con la chapa metálica, con la que consiguió también crear un Cristo, que despierta su amor a quien lo mira. Hay quien del hierro hace chatarra y quien a esta eleva a la categoría donde está el arte.

¿No has ido, Katia, alguna noche de verano, acompañada de tu nieta, a ver si se ponían a cantar en la glorieta de tu padre Ramón Acín? Puso a las pajaritas en el parque porque las quería libres, porque él amaba la libertad, y un detalle en la fotografía del matrimonio Acín lo denota, pues en la jaula que a su lado aparece hay un pájaro de papel, como si le repugnara encerrar un pájaro vivo. Están mejor las pajaritas en la glorieta del parque, *glorieta*, pequeña gloria de Ramón Acín, que a partir de ahora los oscenses, y empezando por esta exposición de sus obras, hemos de elevar a la categoría de Gloria de Ramón Acín.

1982



CIUDADES, PUEBLOS Y PAISAJES



## Ansó

Después de unos sesenta años, te voy a saludar, Ansó, con la misma frase que entonces, desde lo alto de una peña, que hay a la derecha de la carretera que sube a Zuriza, diciéndote: «Ansó yo te saludo, no eres Ansó, eres Ansotania». ¿De dónde me sacaría yo tal frase? No me acuerdo, no me alcanza tanto la memoria. Solo sé que en aquellos momentos, mi ánimo estaba como encantado, como enamorado de esta villa, poseído por su belleza y la de su entorno, que me llevaba a considerarme en un país de las maravillas, que mi imaginación infantil definía como Ansotania.

Luego he meditado mucho sobre mi saludo y he llegado a la conclusión de que nunca he dicho mayor verdad, porque Ansó reúne todas las características necesarias para ser un país con una recia personalidad, porque recias y luminosas son sus montañas y sus puertos, recios son los tejidos con que están confeccionados sus trajes de nobleza impresionante, y recia es su *fabla* tan gráfica, tan sonora y tan bella, recia es su jota aragonesa, más serena aquí y más embravecida en los secanos de la tierra baja, y recia y bien lanada es su raza ovina ansotana.

Entonces, ¿es Ansotania un país? Quizá haya exagerado en mi apreciación dejándome llevar de mis nostalgias infantiles y de mi pasión aragonesista. De esta pasión deriva mi calificativo de país para Ansó, porque en él se reúne la flor y nata del aragonesismo, porque es el origen de Aragón, junto con las comarcas vecinas, y donde más tiempo se han conservado sus valores.

En pocas palabras, Ansó me parece una síntesis de la identidad aragonesa.

Cuando, siendo niño, subí a Ansó, lo hice en la caja de un camión y me impresionó la Foz de Biniés, como una inmensa puerta que daba acceso a la villa que nos iba a acoger. Nos alojamos al principio en el Hotel de la Plaza, de donde pasamos a una casa de la calle Mayor, donde comenzó mi integración en la vida del pueblo.

Cerca de donde yo vivía había una *plazeta*, en una de cuyas casas la dueña vestía, habitualmente, la toca y los atavíos ansotanos. Su bello rostro recordaba el de una madona, cuya blancura resaltaba enmarcada por la toca. Parecía una gran señora, pero además lo era, porque mi hermano menor Jesús, que tenía tres años, le mató unos pollitos y cuando fuimos a pedir excusas y a pagarlos no solo no nos quiso cobrar, sino que disculpó la travesura del niño. Ahora doy más importancia al hecho, porque a más de un ansotano le han hecho pagar daños que han causado media docena de ovejas en un trigo, que a lo mejor estaba sembrado en una cabañera.

Y volviendo a los pollos, entonces los criaban las dueñas con el mimo con que hoy se cría a un niño... En esos carasoles la vieja hilaba, el tejedor tejía, la gallina escarbaba, el ciego tañía y la niña cantaba al bebé: «¡Teje, teje, tejedor, *garras*, *garras* de traidor!».

El tejedor llevaba su teje-manaje, pero desde luego que no tenía *garras* y menos de traidor. El niño pequeño que todavía era menos traidor, agitaba sus manos como si tejiese, alternaba el movimiento de sus pies, como si estuviese moviendo el telar por medio de pedales y mostraba una gran alegría al oír eso de «*garras*, *garras* de traidor». El contraste entre la inocencia infinita del niño y la acusación de traidor que se repetía gozosamente al ritmo del *cuneo*, provocaba la risa de todos. Risa esencial, risa maternal, risa existencial.

Todo era ritmo en el carasol, el subir y bajar del huso, el teje-manaje del tejedor, el escarbar de la gallina, el tañer del ciego y el cri-cri de la cigarra en el árbol. El burro, atado a una herradura clavada en la pared, parecía dirigir la orquesta, pero no con una batuta, sino con dos, que eran sus largas orejas. Se posaba un tábano en su oreja izquierda, lo espantaba con su movimiento y se posaba en la oreja derecha, en una constante pugna tábano-asnal en la que no había vencedor ni vencido, pero sí movimiento continuo.

Zumbido del tábano y ritmo en el *cuneo* de la cuna y en el sube y baja del huso de la vieja. El tejedor teje y una anciana desteje una toquilla para hacerle *peducos* al nieto *repatán*.

Tejer y destejer, todo es hacer.

Ahora se oyen muchas músicas ruidosas, pero yo quisiera que alguien tejiera y destejera una música con un ritmo antiguo y aldeano, que me hiciera olvidar siquiera por un momento o por el tiempo que tarda en consumirse un disco, el ruido sin ritmo de la capital y recordar el ritmo ansotano de la *plazeta* carasolera, próxima a la casa donde vivía.

Pero volvamos a los pollos, que entonces, como antes he dicho, criaban las dueñas con el mimo con que hoy se cría a un niño. La clueca les daba su calor maternal, y si este era poco en las heladas noches, les ponía una botella de agua, que previamente habían calentado en el hogar, dulce hogar, aunque oliese a humo. Humo, que por otra parte, al salir por las chimeneas al clarear el alba, procedente de la leña seca y diluirse en el aire puro de la mañana, más bien parecía aromático que molesto, no como ocurre hoy con el humo procedente de las calderas de las calefacciones y de los tubos de escape de los automóviles. Entonces, y perdonen mi reiteración, hasta el humo era humo. Durante el día, cuando la vieja de la casa salía con su *silleta* de iglesia a tomar el sol a un lugar carasolero, sacaba con ella el cajón de madera donde cobijaba a la clueca con sus pollitos. El sol desentumecía los cansados huesos y crujientes articulaciones de la vieja y fortalecía los tiernos huesos de los pollitos y proporcionaba calorías ecológicas a la agotada gallina. Los pollitos corrían de aquí para allá como niños que salen al recreo y a la voz de *ititines, titines!* acudían a recoger las migajas que caían de la *crosta* de pan que la dueña estaba *esmiquetando*. ¡Pobres viejas, que cuando decían que iban a *esmiquetar una crosta de pan*, se les reía el señor secretario porque hablaban mal, cuando en realidad hablaban una *fabla* bella y tan diáfana que hasta la clueca y los pollitos la entendían.

Y no solo las aves, sino el conejo al que convocaban a la voz de: *isancho, sancho!* y a la cabra a la que llamaban *imona, mona!*, la oveja que acudía a la voz de *iquirrina, quirrina!*, mientras que al cerdo le decían *igulín, gulín!*, si era pequeño, y *igulo, gulo!*, si era gordo.

Con tales cuidados los pollos luego se hacían *tomateros*, y supongo que los llamaban *tomateros* porque habían llegado a un desarrollo que les hacía aptos para ser condimentados con el rojo fruto procedente del huerto familiar.

Constituía un acontecimiento en la casa, cuando a los pollos les salía cresta, como lo era cuando al niño le salían dientes. Y si la cresta era granada, en lugar de aserrada, lo iban a comunicar a las vecinas, como van a comunicarles que se han comprado unas cortinas nuevas o un tresillo.

Aquellos pollos no consumían pienso compuesto, comían las semillas que quedaban en las *granzas* del trigo de la era, a donde los trasladaban durante la trilla, a gozar de un verano natural, de una comida natural y de un agua fresca que sacaban del pozo con sus *pozales*.

En años de escasez, y cuando el novio de la hija tardaba mucho en llevársela al altar, mataban todos los pollos, luego las gallinas, después el gallo y si el futuro era tan reacio, tenían que matar hasta la clueca. Tal vez alguna futura suegra hubiese hecho bien en matar primero la clueca, a ver si el novio se ponía clueco y se casaba, sacando de casa el consiguiente gasto. Si esto ocurría o los pollos eran numerosos, había que guardar alguno para *caponar*, palabra más modosa que su sinónima castellana. ¡Oh, el capón, gran señor, digno de veneración!, como decía Baltasar del Alcázar de la morcilla. Toda casa que se considerase, tenía que disponer de capones para Navidad, unos para el propio consumo, palabra todavía no adulterada, y otros para regalar a los parientes de la capital y a los señores a los que se debía, o de quienes se podía esperar algún favor.

El *caponar* era todo un rito, y en todos los pueblos había una matrona que lo supiese celebrar. Era una especie de matriarcado, que se transmitía de madres a hijas. Había que concertar la fecha y la hora para dejar a los animales en ayunas con antelación, igual que se hace ahora cuando una persona va a sufrir una operación. Se acomodaba a la operadora lo mejor posible, se le ofrecían toda clase de facilidades, se le preparaba agua *apañada*, e invariablemente se le decía que no tuviese miedo a matar algún pollo, porque la olla estaba preparada al lado del fuego eterno del hogar. El marido y los *tiones*, ocultamente, estaban deseando que esto ocurriera,

pues hacía tiempo que no habían comido pollo y entonces el pollo era pollo. La operación, efectivamente, conllevaba riesgos pues las aves, más elegantes que los bípedos implumes, son criptórqidas y por tanto llevan sus atributos masculinos ocultos dentro del abdomen. A estos atributos los llamaban criadillas y fritos con ajo constituían *bocatto di cardinale*. Yo invitaría a las feministas a hacer una *lifara* de esta índole para vengarse del machismo que durante siglos las ha oprimido.

No hay nada nuevo bajo el sol y aquellas matronas así lo hacían entre bromas más o menos picarescas.

Con el *aggiornamento* y la desmitificación de los ritos desapareció esta costumbre ancestral y los capones ya no se ven en nuestras mesas navideñas. España y los españoles somos así. ¡Qué le vamos a hacer!

Mientras tanto los franceses siguen *caponando* pollos y, lo que es más sofisticado, siguen *caponando* pollas para convertirlas en *poulardes*. Y como en España somos imitadores de lo extranjero, nos engañan como antes engañaban a los chinos. ¿Cómo? Sencillamente haciéndonos propaganda de poulardas que no son tales, sino pintadas o gallinas de guinea, con lo cual nos dan gato por liebre, que se parecen entre sí, poco más o menos, como las pintadas a las poulardas, aunque si la cocinera es buena, después de condimentada, casi no se nota la diferencia.

Otro engaño que padecemos es el de los capones fabricados artificialmente con hormonas femeninas. Es engaño porque un capón quirúrgico es un ser asexual y el capón hormonal es un travesti. ¡Pobres mujeres que dan este bocado a sus maridos, porque corren el peligro de convivir con otra mujer en lugar de con un hombre!

Al hablar de pollos travestís no me considero original, pues basta leer la obra del aragonés Sender titulada *Las gallinas de Cervantes* para enterarse de lo que le pasó a la esposa del genial autor del Quijote. Simplemente se le fue convirtiendo en gallina, y se quedó sin mujer. Transmito literalmente la descripción que del tema hace otro genio, el aragonés Sender: «Su esposa, cuando se desnudaba para ir a dormir y se obstinaba en hacerlo en el cuarto de Cervantes, quedaba en cueros, llena de plumas, gallina como cualquier otra gallina, pero tan grande que causaba asombro.

Conservaba, como dije antes, la cofia y la pañoleta por no se sabe qué razón. Cervantes no se atrevía a preguntárselo». «Lo más curioso sucedió después. Doña Catalina quiso entrar en el gallinero sin lograrlo y cuando comprobó que la puerta no era bastante ancha para ella, desistió y acurrucándose en un rincón del cobertizo puso un huevo». Dice Sender que después cacareó con una fórmula muy aragonesa: «¡Por por por por por... poner!». Las consecuencias las describe Sender así: «Y Cervantes salió aquel día de Esquivias y no volvió nunca».

Me ha preocupado mucho la causa que pudo producir tal transformación, Entonces no pudo ser el consumo, como ahora podría ocurrir con los maridos. Yo digo, si al no tener hijos, se puso clueca accidentalmente y se quedó así para siempre.

Claro está que doña Catalina no seguía las costumbres ansotanas, ni cuidaba pollitos, ni tejía en aquella *plazeta carasolera*, próxima a la casa en que yo vivía.

Tampoco se hablaba *fabla*, aunque Sender dice que «El barbero debía ser aragonés», porque en una partida de cartas, pronunció la palabra *arto*, una zarza en tierras de Aragón.

Es esta una palabra vasca que se usa en el lenguaje ordinario, pero como tantas otras, como nombres de lugares, como el propio de Ansó. *Arto* quiere decir «maíz» en ocasiones, pues cuando se introdujo dicha planta en España, ya se usaba la palabra hacía muchos años, pero lo que seguramente significa es «encina» o «carrasca». Podemos verlo en *Artasona* (carrasca buena), en *Artieda* (carrascal).

Pero doña Catalina, como dice Sender al acabar su novela, no se sabe dónde está. «Lástima» no poderla ver en la *plazeta carasolera* de Ansó o en los bosques de Zuriza.

## Arraro

*Arraro* es el nombre de un antiguo pueblo de nuestra sierra de Guara y que suena a algo raro, a algo extraño, pero si ahora resulta dicha palabra de tales condiciones, en otros tiempos, cuando nuestros antepasados los ilergetes hablaban la lengua vasca, Arraro significaba 'raro, extraño', lo que no llamaba la atención de los habitantes de nuestra vieja tierra.

Sí, ahora Panzano, en cuyo término está enclavada la ermita de Arraro, se ha convertido en un pueblo de muy pocos habitantes, situado a unos veintinueve kilómetros de Huesca, dentro del territorio que actualmente se denomina Parque Natural de Guara, y antes estaba unido a los pueblos de Santa Cilia de Panzano, al pie mismo de la sierra y al, actualmente despoblado, pueblo de Bastarás, que a modo de colonia funciona, cercado de vallas, como coto de caza y quedan dentro de ellas, por ejemplo, la cueva de Chaves, que ha pasado a ser un enorme yacimiento arqueológico del Paleolítico hasta la Edad del Bronce. A poca distancia de Chaves se encuentra la cueva de Solencio, que a veces trae grandes inundaciones al salir de ella el agua acumulada. Conocidos eran los caminos del vino, del aceite y de la harina, que bajaban o subían desde la parte norte de Guara, hasta los pueblos inferiores, con los que las gentes montañesas trataban aquellos alimentos que necesitaban para pasar el invierno y al mismo tiempo vendían las patatas que habían producido, a los somontaneses. Camino había desde Nocito a Santolaria pasando por la ermita de Sescún, pero existían también otros cuatro que bajaban desde Used, Zamora y Bara; se unían ya cerca del cabezo de Guara (1.870 m) y bajaban pasando por cerca de la cueva de la Grallera, superada la cual unos se dirigían a Santa Cilia de Panzano, desde donde bajaban a Panzano, mientras otros ya se habían marchado a Bastarás. Estos caminos no creo que los pudiera comprar nadie, por lo que me parecería oportuno que quedaran libres para ser usados por los excursionistas, turistas y estudiosos y más ahora que la comarca en que se encuentran, se ha convertido en Parque Natural de Guara. Al contemplar cómo el camino de Santiago que entra en Aragón por Canfranc, se desprecia, cuando allí, en Roncesvalles se recibe a los europeos como si no hubiera más caminos a Santiago de Compostela. No es una casualidad encontrar la palabra vasca *Arraro* por estas tierras, pues se encuentran muchas otras, sobre todo de pueblos, casi todos desaparecidos, algunos hace ya muchos años y otros, como Zamora no hace tantos; Zamora en vasco quiere decir «que tiene astucia maña y sagacidad», como efectivamente tenían y aún quedan algunos habitantes por aquellas proximidades que las tienen, aunque no las pueden usar para su tierra, porque en el gobierno

y administración del Parque Natural no entran los ayuntamientos de la zona, lo que no es democrático.

Por Bastarás y Panzano pasa el río Formiga, que no es muy largo, pero es bello, ya que está lleno de *badinas*, de cascadas y a veces se desliza entre paredes estrechas, dando lugar a que las aguas del río discurran más veloces, bajo enormes rocas, que parece imposible puedan sostenerse sobre las aguas sonoras. Por debajo de Panzano parece convertirse en un río de llanura, siendo utilizado para regar los huertos.

## El ayer de Paternoy

No nos parece fácil encontrarnos con el ayer, pero sin embargo lo es; si por ejemplo pasamos por el Monrepós y al subir hacia él desde Huesca, nos introducimos en el pequeño pueblo, ya sin habitantes, de Paternoy y que ni siquiera tiene, en la carretera que sube a Sabiñánigo, una señal que indique su localización. A pesar de estas dificultades, aún resulta fácil llegar a él y pienso en lo difícil que sería si no hubiesen construido la carretera que sube al puerto de Monrepós, en los años de la guerra civil.

Una vez en el pueblo, resulta imposible hablar con sus desaparecidos habitantes, pero uno se encuentra con el ayer que le hace recordarlos, a ver la iglesia, las paredes de los huertos y de las casas, unas sin tejado y otras todavía con él, aunque con las puertas abiertas por algún curioso. Yo soy curioso, pero no abro puertas y me meto por ellas cuando están abiertas, y me acuerdo de las mujeres que, en verano y en el patio de la casa, se sentaban sobre esas pequeñas sillas que llevaban a la iglesia para usarlas en las misas, ya festivas, ya de funeral, mientras otras veces, en sus casas, cosían o limpiaban la verdura para dar de comer a aquellos montañeses que hablaban castellano y aragonés y cuyos antepasados lo hacían en vasco. Por aquella zona se encuentran, entre otros pueblos de nombre de origen vasco: Belarra, Bara, Ibirque y Zamora. En un patio, como llamamos aquí al lugar que en Castilla lo llaman el pórtico o zaguán, junto a un viejo banco de madera y posadas en el suelo se encontraban dos abarcas, como en el escudo de los Abarca, aragoneses y navarros de sangre real, que por estos pagos tuvieron sus señoríos. La palabra *abarca*, con *k*, está en el diccionario

vasco y con el significado de calzado, que llevaban casi todos los habitantes de estas tierras. Pero no solo las usaban los nobles, sino todo el pueblo, entre el que se encuentran todavía muchas personas que lucen tal apellido. Eran dichas abarcas enormes, como si pertenecieran a un gigante, y pensé en comunicarme con él y lo hice, pero con pensamientos a través de las abarcas, que allí dejé, pero pienso que tal vez hubiera debido llevarlas al Museo de Sabiñánigo, diciendo su procedencia. Allí, en dicho museo, se encuentran otras, unas fabricadas con cubiertas de automóvil y también se exhiben otras, más antiguas, hechas con cuero.

Las antiguas civilizaciones dejaron bellas esculturas, los Abarca dejaron en Huesca su casa-palacio, con un hermoso escudo con dos abarcas esculpidas, para luego ser derribada. Tenía el Abarca de Serué además de su casa-palacio en la calle de Sancho Abarca, un hermoso jardín del siglo XVII, aproximadamente por la casa del Barco y allí encontró Eliseo Carrera un escudo de cuatro lados que tiene depositado en su casa de Huesca. En cambio el pobre hombre gigantesco de Paternoy solo dejó sus abarcas de goma, que yo acabé de perder.

Uno se pregunta ¿y por qué desaparecen los hombres, los que dejan su arte y los que dejan sus miserias? Ya nos contesta Rilke, cuando dice: «Tierra ¡Marinal!, somos tierra, somos mil veces primavera, como alondras que una canción fugitiva arroja a la invisibilidad».

Si uno va por la misma carretera a Nocito, todavía encontrará gentes con las que podrá hablar, pero a mí no me hizo falta tal desplazamiento, pues el día 25 de agosto de este año 2000, me encontré en el parque de Huesca a un señor nacido en tal lugar, que se casó en Torres de Montes y hoy viudo, vive en la capital. Estaba con dos ancianos, uno de Castilsabás y otro de Fañanás y riéndose hablaban de aquella *chulla tan güena*, que calentaban en otros tiempos con aliagas encendidas, después de coger toda la mañana *fajos de garba*. *Escurriba a grasa d'a chulla y cayeban as gotetas en o pan*. Después, envueltos en humo, cogían la bota y se echaban *güen chaparrazo, tres engullidas y a boca llena*. Los pastores en verano, lo tenían más fácil, porque la grasa se derretía solo con el calor, al llevar *a chulla* en una fiambreira. Este era el almuerzo, pero al llegar el mediodía, ya no tenían ni pan. Como no tenía pan aquella

buena mujer, que al ver cómo un vecino suyo le echaba a un gran perro un enorme trozo de hogaza, se lanzó sobre él y se lo llevó a sus hijos. El perro no reaccionó y el vecino le regaló un pan entero.

El viudo, al quedarse solo, se marchó a Huesca, pero con frecuencia va de una casa a otra para llevar a la vieja lo que no emplea en la nueva; por ejemplo, los vencejos los depositaba en la casa del pueblo, al no ser usados, porque allí no había ratas y con la esperanza de utilizarlos algún día, como si tuvieran oportunidad de resucitar, como si el ayer hubiera de volver, pero él mismo contradecía esa esperanza diciendo: «¡Déjalos que se pudran!».

Se siente viejo, como la casa vieja, en cambio la nueva pone su esperanza en sus hijos. En el fondo identifica su vejez con la de los vencejos y al decir que se pudran, debe pensar: yo también me pudriré, porque, como dice Rilke: «Tampoco en el tiempo menguante, tampoco en las semanas del cambio, nadie nos ayudará más a alcanzar la plenitud, nadie sino nuestro propio paso solitario sobre el paisaje insomne».

2000

## Barbastro y su dignidad

Las ciudades, como las personas, tienen algo que las caracteriza, que les confiere su propia personalidad. Y es Barbastro, tal vez, la ciudad del Alto Aragón cuya personalidad resalta con más impacto al observador; Barbastro no es la montaña, no es la tierra baja, no es la zona oriental, es el Somontano buscando porvenir. Esta ciudad tiene un asiento sobre colinas y laderas, rodeada de olivos, de carrascas y de almendros, atravesada por el Vero, que con el Guatizalema y el Alcanadre forma la trilogía de los somontaneses.

Es esta ciudad culta, abundosa en librerías bien provistas de libros, de cuyas trastiendas parece salir la voz de los sonetos de los hermanos Argensola, que asombraban a Castilla, y lugar donde, todavía por la calle, la persona atenta puede escuchar palabras del Somontano, que escribiera Arnal Caveno.

Barbastro se encuentra en una encrucijada de caminos, como desde una barbacana ve la montaña, tiene los pies en el Cinca y la

tierra baja; todo el Somontano a sus espaldas. Hasta los más variados cantores y pintados pajarillos tienen sus pasos por las cercanías y son cazados para enjaular, cuando el sol alborea, por procedimientos descritos magistralmente por el citado Arnal Caveró. También pasan las tordas, como en otros lugares las palomas, y a los de Barbastro no hay que decirles cuándo se cazan las tordas.

Huesca está ya asentada en la *Plana*, a la que actualmente llaman la Hoya; se convirtió en ciudad burocrática y casi como tal permanece, con poca industria y sin riegos.

Barbastro no depende de la burocracia, se sirve de ella, y sus accidentados campos están cruzados de canales.

La cualidad o defecto, según como se utilice, de la tozudería aragonesa, en Barbastro se convierte en tesón. ¿Cómo si no se comprende que Barbastro prospere más que otras localidades situadas en tierras más feraces?

El Somontano del que es capital natural es preciso revitalizarlo, no lo debe abandonar, pero es preciso que la Ciudad del Vero se lance a la montaña y, a través de Benasque, que pase a Europa. Su industria se acerca al Cinca y una de sus instalaciones deportivas también. Ha comenzado a subir hacia Castejón del Puente y todas estas iniciativas de Barbastro son necesarias para prosperar su aragonesismo en la zona oriental. Con la Feria de Barbastro, la FEMA-ARC, pretende abrir una ventana más desde la que se ven, como he dicho: la montaña, el Somontano, la tierra baja y la zona oriental.

En una palabra, hay que hacer de Barbastro barbacana del Alto Aragón hacia Europa.

## La campanada de Monzón

A Monzón los altoaragoneses vamos con cariño y no solo por el peso específico que la ciudad tiene en la historia de Aragón y en su actual realidad, sino por vivencias aragonesas de nuestra niñez. Me acuerdo que, allá en el Somontano, cuando me acunaban, me cantaban:

Din-don, din-don,  
campanetas de Monzón,  
quien las toca tuyas son,  
las tocó un *francesé*,  
se ganó un *dineré*.

No sé el origen ni el significado de esta copla, pero me gustaría que algún investigador local trabajara para esclarecer este tema tan popular. Yo cuando he tenido que acunar a mis hijos he recurrido a esta nana, porque aunque hay otras, es la primera que acude a mi mente.

Cuando los labradores del Somontano hablaban sobre las señales que marcan la lluvia, decían: «Ventana en Monzón, agua en Aragón». Hoy desde Siétamo no se veía ventana en Monzón y en Siétamo no ha llovido, pero en Monzón ha caído un buen chaparrón.

Solo estas vivencias me hacen entrañable la ciudad de Monzón, pero aparte de ellas tiene un gran protagonismo en la historia aragonesa, ya que en ella nacieron talentos como Mor de Fuentes y se considera de Monzón a Joaquín Costa.

Pero la historia sigue su devenir y Monzón, sin dejar de ser agrícola, tiene vocación industrial. Esta vocación procura desarrollarla sin abandonar los valores culturales, como he podido constatar personalmente visitando sus exposiciones de pintura, filatélicas, y en mi asistencia a las *Jornadas de Estudios del Antiguo Reino de Aragón*.

Estoy escribiendo estas líneas en un despacho del ayuntamiento de Monzón y por las ventanas entra un sonido de campanas. ¿Quién las hace sonar? ¿Tal vez un francés de la ciudad francesa hermanada con la nuestra del castillo o algún sistema eléctrico? Quizá la causa se encuentre en que Monzón destaca en una forma de cultura, que es el deporte, y destaca sobresalientemente. Parece que los factores contaminantes, en lugar de amilantar a los montisonenses, los estimula a superarse y así se da el caso de que el atletismo lo cultivan hasta el punto de sacar a un Javier Moracho, que ha alcanzado altas cotas olímpicas. Ha tenido tentadoras ofertas económicas, que ha rechazado con auténtico espíritu deportivo, por amor a su pueblo. Lo corriente es que a la juventud se le presenten como modelos a personas mayores de recta trayectoria, pero en este caso los mayores tenemos como ejemplo a un joven olímpico.

Monzón tiene la sede del Atletismo Provincial por derecho propio, porque Moracho ha dado la campanada en Moscú, donde también hay una enorme campana, procedente del Kremlin, pero

que no suena. La Campana de Huesca tiene un sonido un tanto tético, porque suena a muerte. Las campanadas de Monzón que penetran por las ventanas del ayuntamiento suenan alegres, quizá por influencia de su Virgen, que es la de la Alegría.

Y en definitiva como las «campanetas de Monzón, quien las suena, cuyas son», y los montisonenses han hecho sonar la campanada del atletismo, por eso tienen la sede del Atletismo Provincial.

1982

## La Carrodilla de Estadilla

No es Estadilla un lugar para pasar por él apresurados, sino que es digno paraje para una larga *estada*, estancia o estadía. Desde el caudaloso río Cinca se pasa por huertas de frutales acodados, por prados artificiales y olivares centenarios para llegar a un pueblo de infanzones donde tienen solar casas como la de Sicha, auténtico museo de arte y de historia aragonesa.

Desde el pueblo por camino agreste, abundoso en rocas, enebros y romeros, se asciende hasta la sierra. Vamos acompañando a un peregrino argentino que en lugar de conchas y bordón va provisto de cámara y de una doble devoción: a la Virgen de la Carrodilla y al mundo de la Hispanidad. Cuando avistamos la ermita, preso de gran emoción, hace detener el coche, para plasmar un retrato de la ermita desde lejos. Una vez ante la imagen se llega a la conclusión de que la Virgen Serrana, si no tiene más altares que su hermana del Pilar, tiene, en cambio más coronas que todas las de este mundo, porque parece que el Señor, acordándose de su Madre, derramó alrededor de la ermita miles de piedrecillas, cada una con su corona.

El pórtico está empedrado con guijarros esféricos, que al abrirlos patentizan *coronetas* sinnúmeras, concéntricas, en homenaje a la Madre de Estadilla; de Estadilla y de Mendoza de la lejana Argentina. Está cuidada la ermita a pesar de la distancia, y es que los estadillanos, que progresan en técnica, no olvidan la tradición ni su *fabla* aragonesa. ¡Qué ejemplo le ha dado a Huesca, a cuya ermita de las santas Nunila y Alodia la rodea el abandono, una náusea de basuras y de huesos profanados! El pedestal de la Virgen lo adorna el eje de un carro con sus respectivas ruedas. Los

gauchos en Argentina dicen que cantan del carro: «Porque no engraso los ejes me llaman “abandonao”, si a mí me gusta que sueñen, ¡“pa” qué los quiero engrasar!». Eso les pasa a los oscenses con su ermita, en cambio los de Estadilla y los mendocinos de la República Hermana cuidan de su Carrodilla y así fomentan a un tiempo una devoción mística y una devoción hispánica.

Te envío un Ave María, Virgen de la Carrodilla, y mis saludos a todos los vecinos de Estadilla.

1982

## El castillo de Siétamo

¿Por qué no arreglaron el castillo-palacio de Siétamo? El viernes pasado pensé sobre él. Pero mis recuerdos sobre el castillo-palacio íntegro se desvanecieron cuando llegó la guerra civil que a unos nos hizo huir mientras que otros se tuvieron que quedar. Más tarde algunos pudimos volver, pero no a vivir, porque las casas estaban unas medio destruidas, como la nuestra, en tanto otras quedaron deshechas totalmente, teniéndonos que acoger en la posada.

Y el castillo me impresionó por su aspecto de ruina y porque me acuerdo de ver y de recoger, con otros niños del pueblo, los balines del suelo, poniendo las dos manos tocando por su parte inferior la tierra y acercándolas, amontonando la metralla que llevábamos a guardar en no me acuerdo qué misteriosos escondites. No entendíamos de las técnicas de la guerra, pero clasificábamos los dichosos balines en dos clases: unos eran de punta aguda y otros terminaban en redondo.

Los niños tendíamos a juntarnos y a recorrer las ruinas de las casas, acordándome de ver en un agujero de una pared ruinosa unas avispas, a las que nos pusimos a expulsar tirando con palos los bordes del agujero en el que habían construido su refugio, y cuando llegamos al fondo encontramos una pistola, que por cierto no perteneció a la guerra civil, sino que era más antigua. Esta casa o más bien sus ruinas estaban en el hoy pequeño parque que se encuentra detrás del ayuntamiento. No sé qué se hizo con la famosa pistola.

¡Pobres niños, que sumidos en la pobreza tenían que andar por aquel paisaje arruinado, lleno de subidas por las paredes a medio caer y de bajadas, como las bodegas abiertas a nivel del suelo por los cañonazos! En el castillo hay unos subterráneos que quedaron abiertos y por ellos bajaban los niños, a los que el doctor Cardús hacía colaborar en sus investigaciones, para ver si había algún túnel que condujera a la huerta baja, que está al otro lado de la carretera, y subíamos por el castillo, donde me llamó la atención una enorme cuna; no sé de qué material estaría fabricada, pero llamaba la atención la redondez de sus formas y estaba colgada muy alta, por lo que no podíamos alcanzarla. El suelo de la habitación en la que estaba guardada había desaparecido y la contemplábamos desde un piso inferior.

Los niños vestían con un pantalón rajado por su parte infero-posterior, sostenido por un tirante cruzado por un hombro, y algunos llevaban camisa y otros, al parecer, no podían llevarla, como tampoco podían llevar calzado bueno, ya que andaban con alpargatas viejas o con unas sandalias, parecidas a abarcas, hechas por sus padres con el material tirado de una rueda de coche o de camión. Abarcas llevaban los pobres niños, como hacía siglos llevaron los nobles Abarcas de la montaña. He dicho de las sandalias que estaban hechas por sus padres, pero algunos ya no lo tenían por haberse muerto o por haber sido ejecutado ya por unos, ya por otros. ¿Quién tuvo la culpa de esas muertes y quién la tuvo de las ruinas que regían en todo el pueblo y en el castillo-palacio que ahora nos preocupa? Entonces les preocupaba a los niños el comer, pues si conseguían un trozo de pan se lo comían con avidez, y si podían untarlo



Castillo-palacio de Siétamo

con un poco de chocolate lo mordían y lo echaban con la boca por la superficie de la tajada de pan.

¡Pobres niños que se tuvieron que quedar allí donde la guerra se desarrolló y vieron cómo se luchó en Siétamo y cómo fue cayendo poco a poco! Algunos no pudieron verlo porque la misma guerra los mató.

Ahora algunos preguntan que por qué no se arregló el castillo y yo me acuerdo de aquellos cuadros de miseria que había en el pueblo y en la escasez de casas que se construyeron a los vecinos de Siétamo.

## El castillo de San Luis

Sería por el año 1972, poco más o menos, cuando yo iba con cierta frecuencia al Castillo Bajo de San Luis, porque en él Bernardo y Visi tenían una hermosa granja de conejos, a la que yo visitaba. Era agradable visitar dicho castillo, al que se bajaba por la carretera de Zaragoza, dejando a un lado a la derecha el de Torón y a poca distancia, tenía la entrada en el lado izquierdo, bordeada por altos cipreses y pinos.

Antes de Bernardo y de Visi, estuvieron trabajando en la finca Demetrio de Nuevo y Laglera de Loporzano, que ya debe de estar cerca de los cien años. Pero seguramente este lugar debió de ser también visitado por don Joaquín Costa, que trabajó en San Luis Alto, desde donde contemplaría enormes extensiones de tierra que soñaría ver regadas. Alrededor del castillo hay piñoneros, cipreses pinos, chopos y, hacia el monte, carrascas. También gozaba de una plantación de almendros, que me parece han desaparecido a causa de las obras de la autopista que ahora baja hacia Zaragoza.

Donde hay personas hay animales, no solo domésticos, sino fauna silvestre, que va desapareciendo de lugares que se van quedando sin habitantes humanos. Allí, bien acompañados por Bernardo, Visi, su padre y sus hijos, vivían también en compañía de codornices, perdices, palomas, *cardelinas*, cuervos y *corbetas* o cornejas.

Santi y Toñín, hijos de Bernardo y de Visi, estaban entusiasmados con tantos animales, que aumentaron colocando un arca de

Noé en una sala baja, con canarios, *cardelinas*, hámsteres, perdices y codornices. Pero no contentos con ellos, en una carrasca cercana que habían observado y quedado entusiasmados al contemplar cómo una pareja de *corbetas* preparaban un nido, cuando este ya estuvo hecho e incubados sus huevos, cogieron dos crías y las criaron con gran acierto, dándoles de comer pan, carne, alpiste y algún grano de trigo o de cebada. Las cornejas son de tamaño un poco superior al de las palomas, de color negro, con su cabeza ligeramente blanqueada por unas plumas canosas. Cuando ya fueron un tanto crecidas, les colocaron con cuidado un cascabelico a cada una en la pata izquierda; con ello cuando les acompañaban piaban y ellos escuchaban el tin-tin de los cascabeles.

Eran felices los dos muchachos con sus animales, aunque en alguna ocasión tuvieran algún problema, como cuando un gato, de los que debía haber por lo menos una docena, le cortó de un mordisco la cabeza a un canario.

Pero no fue esta la mayor desgracia de aquel mundo feliz, donde el patio era enorme y fresco en el verano y las *corbetas* entraban y salían y no lo manchaban porque hacían sus necesidades fuera de él. Había en medio una enorme mesa con un banco y unas sillas donde se sentaban los visitantes y quienes eran invitados.

Y precisamente había uno que allí acudía con frecuencia a traer la compra que en Huesca habían hecho Bernardo y Visi y lo invitaban a comer, especialmente porque le gustaban sardinas rancias de las que se comía con gran deseo la cabeza, dándole el cuerpo con frecuencia a Bernardo; pero tenía el defecto de ser un gran bebedor de vino, por lo que Visi tenía apuro de dárselo. Un día de tantos le pidió vino y ella se lo negó, pero él enormemente enfadado, pegó un manotazo descomunal en la gran mesa y entonces la *corbeta* macho indignada porque creía que le quería pegar a su dueña, se lanzó sobre él y le picó en el labio, no queriendo soltarlo. Pero Visi, asustada se lo sacó de encima; mientras la *corbeta* hembra revoloteaba alrededor y piaba, le decía: «¡Suéltalo que no me quiere pegar!». Se asustaron y lo soltó, mientras los niños lloraban y el abuelo, enfadado y asustado, en cuanto pudo mató con perdigones, y con gran sentido de la justicia, a las dos pobres compañeras *corbetas*.

A los pobres hijos se les fue un poco de ilusión, pues ya no les compraron el mono que para completar su arca de Noé, les iban a traer.

## Coscollano

En la ladera sur de la sierra de Guara, debajo de los restos de la *iglesieta*, venerada en aquellos lugares serranos antes de la llegada de los moros, por los llamados bárbaros, extranjeros o godos, se encuentra el lugar o pueblo de Coscollano, al que le queda un aire noble, con su parroquia en lo alto y a su alrededor se encuentra el frontón y las casas, con sus arcos y escudos.

Yo conocí, en aquellas casas, familias con apellidos serranos y pirenaicos, que vivían pacíficamente, en armonía con sus convecinos y con sus olivares, almendrerales, campos y huertos, regados por las aguas, que se escapan de la parte alta de la sierra, donde en otros tiempos cogían, cuando llegaba la cosecha, aquellos frutos rojos, a los que llamaban *alborzas* (en castellano madroños), tan agradables para comerlas solas o con anís y azúcar, y en otras ocasiones recogían fajos de leña, que a lomos de una asno o cargando un carro, llevaban a vender a Huesca, donde adquirían alimentos, que consumían con sus verduras, sus corderos, sus cerdos, gallinas y pollos, y también sus huevos, acompañados todos ellos por el vino que producían.

Aquellas casas se van quedando solitarias y sus descendientes están unos en Huesca, otros en Zaragoza, siendo unos médicos, otros oficinistas, alguno negociante y otros, como la hermana María Zamora, se dedicaron a practicar la caridad cristiana, trabajando trece años con los jóvenes con algún defecto físico y otros diecisiete en un hospital.

Se hizo Hermana de Santa Ana, tal vez atraída por la «sencillez y elegancia, austeridad y bondad, serenidad y firmeza» de la madre Pabla Bescós, que fue Superiora General del Instituto de las Hermanas de Santa Ana y que nació en un pueblo próximo al de la hermana María, a saber, en Panzano, donde conservan un convento, al que van las Hermanas en verano.

Bescós y Zamora, ambos apellidos muy frecuentes en la sierra, y ellas que habían, ambas, nacido en ella, se conocieron y llegaron a pensar en el amor al prójimo.

La han enterrado en Coscollano, pueblo al que abandonan sus habitantes, hombres y mujeres juntamente, pero la hermana María dejará recuerdo entre sus familiares y dará protección a los vecinos que no se quieran marchar y al mismo tiempo será recordada por

sus hermanas de Santa Ana, que cuando suban en verano a su convento de Panzano, entrarán en el cementerio de Coscollano para visitarla y rezar porque goce de Dios en el Cielo.

## Fañanás, homenaje a la mujer rural

Hay aquí, en el pueblo de Fañanás, personas que tienen no solo su corazón, sino inteligencia y memoria del pasado por un lado, pero por el otro tienen un presentimiento del futuro. Sí, porque en este santuario de la Virgen de Bureta, Madre de Dios y de los hombres y mujeres, ama o dueña de la convivencia en el cielo, y en la tierra, han levantado una hermosa figura de joven mujer, representando a las dueñas y amas de sus casas en este mundo y algún día, como sus antecesores, en el cielo, y que está haciendo una ofrenda de flores a la Virgen de Bureta, a la que ama con todo su corazón; no se sabe cómo puede amar tanto una mujer, porque no solo ama a Dios y a la Virgen, sino también a sus familiares y a sus vecinos, y con la misma ingenuidad que ofrece ahora esas flores a la Virgen, dedicaron ella y todas las mujeres de este pueblo y de los vecinos del santuario de la Virgen de Bureta, sus vidas íntegras a cumplir sus obligaciones con aquellos que estaban a su cargo, a los que cuidaron y dieron el sustento durante tantos años.

Hay que rendir homenaje a esas amas de casa, que rindieron la ofrenda de su vida a sus familias y vecinos, renunciando a todos los placeres y gozos y dedicándose no solo al sacrificio por sus familias, sino también al del cultivo de la tierra, del pueblo y de la Virgen de Bureta.

Hoy reserváis el homenaje a las mujeres mayores de ochenta años, dándoles un obsequio espiritual, como *mairalesas* que fueron creadoras de los pueblos, que rodean la blanca ermita de vuestra Virgen, como agradecimiento a una labor humana, que ha hecho de los pueblos un modelo de vida ejemplar y que va desapareciendo, poco a poco.

He dicho que las mujeres trabajaban por la tierra y no tenéis más que mirar la hermosa veleta del campanario de la ermita, donde se ve un hombre labrando con sus bueyes y delante va una mujer orientando a esos bueyes con una vara, como guía, para que salgan rectos los surcos. ¡Qué poco se ha preocupado la humanidad

de las mujeres rurales y qué poco se ha hecho por ellas, dejándolas desamparadas, después de llegar a las dificultades de su ancianidad!

La Virgen de Bureta es el Ama o Dueña de este territorio «en que sus hijos... son los que quieren vivir en libertad» y sus hijas, cuando eran mozas, iban por agua a la fuente de Pepón y es aquí donde se escucha «cantar las jotas de Aragón / ninguna tan verdadera / como la de Fañanás / que lleva aire de la sierra / de esas jotas de Aragón», y desde donde se contemplan el «Anador, la Oliva, que bellos montes son / con el puente viejo y la fuente de Pepón / el Guatizalema río en Fañanás / su Virgen Bureta / su patrón san Juan» y por eso «cantáis siempre en Fañanás: «Viva nuestra tierra / que no hay otra igual», y como la Virgen ejerce de dueña, ama y madre de este noble territorio, habéis sido y sois vosotras, las mujeres, las llamadas amas de casa, dueñas y madres, las que habéis sostenido en dicho territorio de un modo absoluto vuestro digno gobierno.



Ermita restaurada de Bureta (Fañanás)

Solo hace falta recordar un poco las distintas estaciones del año para ver la evolución que tuvo la labor de las mujeres, pues al llegar el invierno procuraban guardar el calor en las casas, empezando por el que producían las mulas en la cuadra sobre la paja y manteniendo vivo el fuego del hogar con aquella leña tan escasa y con la que calentaban el agua y la comida de los hombres y de los

animales, y en verano trataban de guardar el frescor del patio, regándolo y cerrando su puerta para que no entrara el sol y estuviera el ambiente fresco.

Preparaban el almuerzo por la mañana, teniendo o no alimentos para arreglarlo, pero cuando no había ya casi nada para que comieran los suyos, ellas se quedaban sin comer. Los mayores nos acordamos de ver algún niño marchar a cuidar dos o tres cabras con un poco de pan con agua clara, pero ordinariamente eran más elegantes las sopas de ajo y una sardina para tres bocas, cuando se hubieran comido con agrado una docena cada uno. Al que le tocaba la parte de delante de la sardina, se quedaba casi sin comer y más si algún pillo y hambriento, le hubiera sacado los ojos para tener la oportunidad de tomar algo. ¡Buenos apuros pasó un muchacho, que ya viejo me contaba: «Una vez me mandó la *agüella* con unos huevos de gallina a cambiarlos en una casa por sardinas de cubo, *en o camino* me comí los ojos y la abuela me mandó devolver las sardinas porque estaban sin ellos». Al habérselos comido y no saber dar solución al asunto le tocó una «abadejada de vara», es decir le tocó sufrir cuatro estacazos. Otras veces daban mejor almuerzo porque consistía en abadejo, guisado de muchas maneras, algunas veces con tomate, otras en salsa y a veces hacían para el trago de las diez unos trocitos con vinagre, aceite, echando algún trago de vino y alguna tajada de pan para acompañar al abadejo.

¡Qué bien guisaban aquellas mujeres a pesar de carecer de alimentos, porque, para comer generalmente hacían un cocido de garbanzos o de judías y para cenar escudillaban migas de pan para cocinar el puchero de las sopas, los garbanzos o judías que iban acompañados con huesos rancios o con tocino! Llegaban a hacer verdaderos milagros con las guijas, leguminosas como las judías pero malas y duras como piedras, convirtiéndolas en un manjar muy agradable. Para realizar tal milagro ponían las guijas a remojo el primer día y al día siguiente las echaban dentro de una cazuela, que tapaban con un trapo fuerte de cáñamo y encima de él, colocaban la ceniza bien limpia y *porgada*; entretanto hervían el agua para escaldarlas, teniéndolas toda la noche y al tercer día las cocían. Luego las lavaban y les quitaban la piel, dejándolas convertidas en un delicioso puré, acompañado de una cebolla cocida

y rallada. Resultaban las guijas un *bocatto di cardinale*, cuando, como he dicho, eran más duras y malas que las piedras. Si sobraba algo de caldo y quería alguno tomar sopas de pan, las escaldaba con dicho caldo y les echaba aceite. El vino, según la abundancia de él en la cosecha, lo bebían puro y si no mezclado con un poco de agua. El postre, en aquellos años difíciles consistía en «Después de comer, ¡a trabajar!».

Para merendar solían comer un trocico de chorizo o de tocino con pan, a veces remojado con tomate, echando algún trago y si alguno trabajaba o tenía más dinero, compraba una lata de sardinas de aceite con un poco de pan.

Para cenar comían *bel plato* de ensalada y después berzas o acelgas y otras veces col, después *un señal* de tortilla, preparada con un huevo con patata, para cinco o seis. ¡Cómo discurrían estas mujeres!, ¡ya se merecen un buen homenaje!

En las fiestas comían espléndidamente, pues guardaban el mejor vino para las mismas y engordaban en las casas un cordero, que lo mataban en tales días y lo comían asado, en distintos guisos y hacían fritada con las tripas y a veces *chiretas*. Lo aprovechaban todo. Los años fueron pasando y parece ser que se iba mejorando la comida y la situación económica, pero estas mujeres, que eran santas, lo han sido siempre, aun siendo pudientes, pues el otro día escuché decir a un hijo que hablaba con su madre y le decía: «Si había pollos, ilos peores trozos para ti, mujer!; si había carne, el peor filete también era para ti, mujer, y si había poca, no era preciso apurarse porque tú, ¡buena mujer, no tenías ganas de comer!». Porque lo que querían aquellas mujeres era tenerlos a todos a su alrededor y no les importaba comer, o no comer un pastel. No comían nunca, ni siquiera se sentaban en la mesa.

Estas señoras tienen y han tenido siempre el alma limpia, pero para ello se preparaban teniendo limpia su casa y llevando limpios a sus maridos, hijos e hijas y para ello sabían fabricar el jabón con sosa, cortezas de tocino o sebo o con *morgas* de aceite, recogiendo las de las prensas, donde se prensaban las olivas. Puestos los anteriores componentes en un caldero con agua, los hacían hervir y al hacerlo, el jabón subía hacia arriba en escasa cantidad y con una espumadera lo recogían y lo echaban en otro recipiente, tirando luego todo lo que sobraba. Luego, en el caldero vaciado, echaban

agua limpia y lo que había salido de jabón negro o moreno, sin dejarlo secar, y después echaban sosa y lo volvían a cocer y entonces ya surgía un jabón más blanco y aprovechable para lavar.

Y aquellas mujeres estaban encantadas con su faena de fabricar el jabón limpio, para su casa y para las ropas de su marido y de sus hijos. Así podían coger un poco de jabón, que lo echaban en la ropa blanca, puesta a remojo, y que se quedaba con la pureza que nos manifiesta nuestra Madre de Bureta.

Los *cuezos* eran recipientes de barro de varios tamaños y estaban preparados para colar el agua, que ya estaba lavada, e incluso para lavar distintas camisas de cáñamo para los hombres que eran de mal lavar. En los *cuezos* de colar se metía toda la ropa ya lavada y después ponían encima un trapo grande de cáñamo y allí se echaba la ceniza sola y luego agua hirviendo sobre dicha ceniza, varias veces. Como estaba el trapo recio, ya no pasaba la ceniza por la ropa y con el agua del caldero que estaba en el fuego, la ropa se estaba escaldando continuamente y por debajo del *cuezo*, había un agujero, por donde salía el agua que se echaba y cuando ya estaba el agua caliente, ponían el dedo y si se lo quemaban, ya estaba colada la ropa.

El agua que salía por el agujero se recogía y se guardaba para fregar y lavar cosas negras, oscuras, que recordaban el pecado, y los suelos y alguna ropa, y eran como una lejía desinfectante.

Empleaban también tal agua no solo para lavar lo negro, que recordaba el pecado, sino también para lavar sus espíritus, es decir sus cabezas; cogiendo de esa agua con ceniza la dejaban enfriar y al lavarse, les quedaba el pelo brillante, como sus espíritus, aunque no se les veían los cabellos, porque se ponían pañoletas negras sobre ellos. Cuando se lavaban las manos, les quedaban finísimas y limpias.

Todavía quedan en este pueblo mujeres que no cotizan a la Seguridad Social, para cobrar el día que lo necesiten, porque quieren dar a sus hijos una buena carrera y sonríen y son felices y le cantan a san Juan y a la Virgen de Bureta. Y hay hermanos a los que se les murió la madre, que fueron cuidados por su abuela, a la que amaron lo mismo que ella los había amado a ellos.

Hay un hombre en Fañanás, que hace ya muchos años iba a Siétamo a dirigir la Escuela de Niños e iba andando y su corazón

le decía que vendrían tiempos mejores, pero no solo para él, sino también para las mujeres o amas de casa, como su buena madre, de la que se acuerda, sobre todo cuando sube a Bureta. Pudo ir a Siétamo a caballo en una *burreta*, pero actuaba como un caballero andante y se iba sacrificando, andando poco a poco.

Me acuerdo de Turbidí y de su esposa, que recogían todo lo que encontraban, como leyendas, historias y canciones de Fañanás y de su Virgen, de Silvestre Bara y de su esposa de Siétamo, que tantos años y con tanta fidelidad guardó, a través de la guerra las ovejas de mi padre y del señor Trisán, que a pesar de sus dificultades volvió a Fañanás y que también durante la guerra le trajo a mi padre antiguos papeles familiares, y me recuerdo de otros muchos, como el que está en las Hermanitas, que viene tantas veces a mirar por la iglesia de su pueblo y por esta ermita y del que sale en la televisión, hablando de las flores que vende en la plaza de Santa Clara, iy me acuerdo de tantos otros!

Y al principio de esta charla he dicho que había hombres de Fañanás que tenían inteligencia y memoria de lo pasado pero «por otro lado tienen un presentimiento del futuro», dándose cuenta del progreso humano y de la tendencia a la igualdad entre hombres y mujeres o entre mujeres y hombres.

Entre los que se acordaron de las mujeres fue el aragonés don Santiago Ramón y Cajal, del que ahora se está celebrando el centenario, que decía: «Las mujeres tienen la misma inteligencia que los hombres, porque si no, ¿cómo iban a transmitir las cualidades de la ciencia, el Arte y otras muchas, a sus hijos? Solo falta que se reparta la enseñanza de un modo igualitario entre mujeres y hombres y entonces veréis los resultados. Gracias a Dios los estamos viendo, porque después de ver vuestras virtudes, podemos contemplar mujeres en los gobiernos de los países, en los tribunales de Justicia, en las farmacias, en las oficinas, en el ejército y en toda clase de trabajos.

Ahora las dueñas, en sus casas tienen abundancia de alimentos, cómodas cocinas, calefacción y para lavar la ropa disponen de lavadoras automáticas; sin embargo siguen siendo necesarias, pero ya no las encuentran los nuevos labradores, para que gobiernen sus casas, y es que se acuerdan de aquella vida antigua, tan sacrificada.

Por eso es preciso que no solo no quiten las ayudas a los campesinos, sino que las aumenten, para que las mujeres puedan estudiar para ayudar a sus maridos a cultivar las tierras y sepan llevar contabilidad con sus ordenadores y tengan vehículos para ir a las capitales a comprar y a visitar a sus hijos.

¡Oh, Virgen de Bureta, los aquí presentes te pedimos, contagiados por el señor alcalde, del que al principio de esta charla he dicho que tenía inquietudes de futuro, que pidas al Dios Todopoderoso, haciéndole presentes los méritos de estas venerables ancianas, comparables con las flores que te ofrece la muchacha, tallada en mármol, que a las dueñas de casa se les ponga un sueldo con su correspondiente retiro y traten de proteger a la agricultura, para que toda la sociedad disponga de los alimentos con abundancia, procurando, al mismo tiempo, tener el medio ambiente, como objetivo principal!

Y así podréis, los hijos y las hijas de esta tierra, seguir cantando, por los siglos de los siglos, esta jota que tantas veces habéis hecho sonar así: ¡Viva Fañanás mi pueblo / y san Juan nuestro patrón / Con la Virgen de Bureta / todos con gran ilusión!

## Oscense sempiterno (La fuente de Marcelo)

Hoy, en la antigua Plaza del Mercado, me he encontrado con un joven oscense de unos treinta y tantos años y lo he visto con síntomas de catarro, que le hacían, entre otras cosas, presentar una nariz completamente roja. Se lo dije y él exclamó: «¡Sí, igual que un payaso!». Trató de explicarme los motivos de su catarro, cuando yo le dije: «¡Ya lo habrás cogido en Jara!», porque con mucha frecuencia va a visitar esa bella ermita. Y me contestó: «Sí, el sábado a las ocho y media de la mañana, hacía frío y yo con solo la camisa, me dirigí a la ermita que has nombrado y por la tarde, como creo que soy buen oscense, me fui a la fuente de Marcelo, debajo del kilómetro tres». Se puede ir a dicha fuente por la carretera de Arguis, pero también se puede ir por el Pedregal, que están señalando con estacas, a la fuente de Marcelo. Este Pedregal se coge por debajo de las Miguelas, cerca del huerto de Gambau.

Pero él no fue por ninguno de estos dos caminos, sino que marchó caminando por la orilla del río y se entretenía en levantar

algunos ladrillos del agua, les tapaba los agujeros y sacudiéndolos, salían dos o tres cangrejos, que según él eran *entreberaus*, es decir que ya habían perdido la antigua raza de los cangrejos autóctonos. Luego él, como no es amigo de *fartarse*, los volvía a soltar, porque además tiene un gran sentido de la ecología, que le hace respetar hasta los cangrejos, porque se acordaba de que, cuando era niño, iba con otros a pescarlos al río. Me dijo que estaba enamorado de las perdices a las que contempla cuando hacen sus escapadas, unas veces andando, otras corriendo y algunas volando y le gusta escuchar sus cantos que lo vuelven loco. Me habló de una pequeña liebre, que había cogido en un hueco que estaba en el tronco de una *olibera* y al mirarme hacia él, vi que llevaba colgada de su chaqueta una pequeña figura de liebre que creí era para acordarse de aquella que cogió en sus años infantiles.

Al llegar a Marcelo, se mojó la cabeza con el agua tan fresca que sale por sus caños y se echó unos tragos descomunales y cuando hubo gozado de la frescura del agua, de la belleza del paisaje, que él dice que es precioso, y para confirmarlo me añadió: ¡Nunilo también te lo puede decir! Allá a las siete de la tarde se volvió hacia Huesca, andando otra vez por el río. Allá a las siete y media llegó a su casa y no notó nada pero el domingo, al levantarse, le dolía la cabeza y tosía.

¡Había cogido un catarro oscense, que por ser tal es mejor que el actual y grave catarro, que los chinos tan viejos, han traído a este mundo!

Me dijo que él tenía la culpa de haber cogido la gripe, pues se podía caminar por la orilla del río, sin mojarse los pies, pues hay dos pequeños puentes, uno al principio del camino y otro en la misma fuente, que es una obra de ingeniería de hijos del pueblo, como Berdié, que arregló el camino y las fuentes de Marcelo y de Jara, con su dinero.

El puente de Marcelo, cambia su posición cuando baja una riada, pero se hace girar sobre un eje y se vuelve a su posición anterior. ¿Qué clase de puente es este?, porque no es colgante, no es fijo, sino giratorio. Es un puente de Marcelo, es de Huesca.

Después de contarme estas cosas, me llevó a ver la fuente de Marcelo, que yo había conocido de niño, pero ahora está transformada porque el río se ensucia más abajo, ya que allí tiene las aguas puras y limpias, llenas de madrillas y de *zapateros*.

Las aguas bajan por cuatro caños, tres casi juntos y otro el del Gallo, que está un poco más alejado. La primera fuente se llama la del Pez, la segunda la del Topo y la tercera la de Marcelo y sus aguas se van al río, donde antes iba todo Huesca a bañarse en sus *badinas* y a su alrededor hay mesas con sus bancos, en los que se puede merendar, comer y pasar el día. Es un lugar limpio, con zonas de sol y de sombra, producida esta última por los árboles, como los chopos y los robles o *caxicos*.

Presidiendo el paisaje estaba levantado un cubierto, rodeado en su interior de cómodos bancos, en los que estaban sentados varios veteranos de Huesca, como el «ingeniero» Berdié, que parece que goza allí de su vida, con numerosos otros oscenses, presididos todos por el gran escritor Pascual Ascaso, que igual que distrae en el periódico a los oscenses con sus artículos, lo hace en la fuente de Marcelo con su conversación.

## Guara y su Somontano

En la Ley 14/1990 de 27 de diciembre de las Cortes de Aragón se declaró como Parque a la sierra y a los cañones de Guara. La belleza de la sierra de Guara no la han descubierto ahora, pues ya Ana Francisca Abarca de Bolea, somontanesa criada en Siétamo y muy pronto en el monasterio de Casbas, donde llegó a ser Abadesa, le escribió un romance, que dice así: «Pues eres serrana en todo, / con tu estado has de medir / tu condición, sin que quieras / de señora presumir. / Si habitas casi en los cielos. / no tienes más que adquirir; / advierte que tus grandezas / mendigarlas tal vez vi. / En el estío te arrojas, / por avivar el matiz, / de las más incultas selvas, / hasta dar en ellas fin. / A los arroyos tributas, / y a adquirir vienen por ti, / altos nombres, que otros tiempos / que se ignoraban oí. / Desperdicias por las peñas / las perlas, de mil en mil, / que en lagartos escarchados / se ven brillar y lucir. / Osténtase en tu grandeza / ya el topacio, ya el rubí, / la delicada amapola / y el sufridor alhelí». Al ver Ana Francisca la sierra desde abajo, es decir desde el Somontano, piensa en sus elevaciones y en sus depresiones, simas, surgencias, cuevas y sumideros. Entre otras cuevas se encuentran la de Solencio, que se extiende por unos

ocho kilómetros, con salones que tienen en alguna de sus partes una altura de 110 metros, y la cueva de Chaves.

Pero la poetisa, al llegar el invierno dice: «Mas, ¡ay!, que tu amabilidad / hoy se llega a reducir / a verte ajada y marchita / por un invierno civil. / Escarmienta, si eres cuerda; / lo vano procura huir, / que te la jura el enero / con toca larga y monjil».

Así como el Pirineo tiene su singularidad, también la posee la sierra de Guara con su Somontano, es decir con la tierra y los pueblos que en él se encuentran, como los escasos, despoblados o que casi lo están, y que radican en la misma sierra. El Somontano, como su nombre indica está unido a la sierra de Guara, formando una misma zona geográfica y humana, siendo hermanas sus gentes, como lo son sus ríos, de los que deben aprovecharse, siguiendo la costumbre del riego por «boquera», sus habitantes, como se hace con los pantanos, a cuyo consumo de agua siempre se da preferencia a la vecindad.

El río Guatzalema lo aprovecha sobre todo la capital oscense y no es que nos sepa mal a los somontaneses, sino que no se acuerdan de dónde hemos de sacar el agua para nuestros riegos, como compensación por su aprovechamiento del río Guatzalema. Se han concedido aguas del río Alcanadre para regar el Somontano, pero dicen que no van a dejar construir una presa en Pedruel, para desviar el agua al Somontano, porque la sierra es Parque Natural.

Al aprobar la ley del Parque no se tuvieron en cuenta estas circunstancias que he citado de hermandad entre los habitantes del Somontano y de sus ríos, como está ocurriendo en el Pirineo, en el estudio de la ley para declararlo Parque, como muy bien escribe en el *Diario del Altoaragón*, don León José Buil, que expone: «El Pirineo necesita una ley específica para su territorio que le permita ser una reserva de valores naturales y culturales, pero también una base de desarrollo futuro para hacer justicia a unos pueblos, que con su permanencia en el medio han conservado y nos han transmitido un formidable patrimonio natural». Añade: «Con la actual reglamentación de la Unión Europea para las zonas de montaña están desapareciendo las actividades agrarias ante una discriminación de facto evidente, y este efecto y otros igualmente perversos, deben corregirse, aunque parece que en algunos gabinetes de partido, no lo entienden así».

Vemos cómo el señor don León José Buil sigue con los comentarios que hace sobre el Pirineo y nos advierte que «También conviene recordar que el Parlamento Europeo»... expresa «que la diversidad biológica y cultural, están estrechamente relacionadas y que dichas zonas son con frecuencia el hogar de minorías tradicionales e históricas que han desarrollado una cultura, un idioma y unos hábitos y costumbres específicos». Hay un proyecto hecho por Albasini y presentado en la revista *Argensola* de la Diputación de Huesca por don Federico Balaguer, para bajar desde Pedruel aguas del río Alcanadre, para regar el Somontano y ahora nos dicen que no se pueden hacer obras en la sierra porque es Parque Natural.

Al leer a Buil cuando dice que hay «zonas... que han desarrollado una cultura, un idioma y unos hábitos y costumbres específicos», nos tenemos que acordar de Arnal Caverio y de López Allué, de Barluenga, que hablaba de aquellos «ancianos que blasfemaban de rabia» y como dice José Damián Dieste «que oró... por todo aquel abigarrado conjunto de paisanos nuestros que se fueron a los *calcaños* –tobillos– de la eternidad y que ya no serán anónimos porque el escritor de Barluenga incluyó a esos tipos de montañeses-somontaneses en sus agudas fabulaciones».

Ya Federico Balaguer decía que los derechos humanos de los habitantes de la sierra y de su Somontano, no deben atacarse con la ley que la convierte en Parque, porque no atacan las presas su belleza pero despachan a sus gentes, para que vengan los extranjeros. Igual vendrían estos y tal vez se divertirían más de lo que ahora lo logran, pescando en esas presas, usando nuestras aguas, con la misma libertad que las usarían los somontaneses.

Ana María Abarca de Bolea dice que la sierra «desperdicia por las peñas / las gotas de mil en mil» y nosotros los somontaneses decimos que las aprovechen nuestras tierras, antes que mandarlas a lejanas tierras, más allá del río Ebro.

### **Huesca cantaba: «Sal, sal, caracol»**

En estos últimos días del invierno, cuando yo voy paseando por los parques y las calles de esta ciudad de Huesca, ¡ide repente! entre el mal tiempo revuelto y frío que hace correr a la gente, a la poca gente que circula, se me iluminan los ojos con una luz solar

deslumbrante, que se filtra entre las ramas deshojadas de los árboles o atraviesa las calles, para besar una fachada, unas veces vieja, pero otras nueva. Esa luz, que uno no sabe si es natural o está infiltrada por los contaminantes que llenan nuestra vida, al iluminar esas dos fachadas, a saber la vieja y la nueva, señala dos aspectos de la misma, uno el pasado en la fachada vieja y otro el presente en la fachada nueva: el tiempo actual con un sol deslumbrante pero contaminado y el pasado con aquel sol tan apetecido y tan buscado por personas y animales «juntamente»; tiempos en los que se cantaba: «*Sal, sal caracol, saca tus cuernos al sol, que tu madre está en el sol y tu padre en la caseta empinando la boteta*». Y como los caracoles se unían después de la lluvia para bañarse en el sol, las mujeres, unas jóvenes y otras viejas, también buscaban un caracol y cosían y cosían unas, mientras otras se peinaban a sí mismas o a sus vecinas, sentadas en sus pequeñas *silletas* que el domingo llevaban a la iglesia, para asistir a misa y algunas limpiaban el pelo de los niños para evitar que en él organizaran su vida los pequeños liendres de piojos.

Huesca tiene su pasado, su presente y su futuro, pero siempre es y siempre será Huesca, y queremos que sea una Huesca mejor y por esa razón los oscenses tenemos que recordar los ricos tesoros de historia, de cultura y de civilización de nuestra ciudad, recordando a san Lorenzo, a san Orencio, a santa Paciencia y al Santo Cristo de los Milagros, al que ahora veneramos como lo veneraron nuestros antepasados y antecesores hace ya quinientos años. Tenemos que recordar también a los primitivos vasco-iberos, a los celtas, a Sertorio y a los romanos, a nuestros reyes navarros y aragoneses, a nuestra Universidad, al Temple, a los hermanos Argensola, a san José de Calasanz, a Artiga, autor de la construcción del pantano de Arguis, y a tantos otros como a Joaquín Costa.

Sí, es precisa una actitud enclavada en el pasado y en el presente para que el futuro de nuestros hijos sea feliz, como escribe Valle-Inclán en su poesía que dice así: «*Tañía en la gloria del alba / una campana celestial / y el alma de (las yerbas) los hombres iba / trémula de amor y de humildad / a juntarse con la campana / en el aire lleno de paz*». Sí, un aire lleno de paz y de felicidad.

Hemos de acordarnos de aquellas mujeres y de esos hombres que vivían en esas casas viejas a las que besa el sol, igual que besa

la iglesia del antiguo convento de Santa Rosa, que nos debe recordar a la madre Berride, a la que le pasaba como a nosotros «cuando llevan al Señor Sacramentado por las calles en las procesiones de la catedral, San Lorenzo y Santo Domingo», que toda ella se llenaba de gozo y de paz.

Para la madre Berride todo era templo, desde la catedral de piedra, pasando por Santo Domingo, por Salas y por ella misma, «parca en el sueño», trabajadora en su casa, asistiendo a los pobres con lo que renunciaba para ella, escuchando la lectura de «la doctrina de fray Luis de Granada, de santa Teresa de Jesús, de san Juan de la Cruz, pasando los distintos grados de las *Moradas*, gozando de los éxtasis místicos, rezando por España, por Aragón y por los problemas de Huesca, a saber pestes y sequías».

Si nos acordamos de Arguis, construiremos los pantanos de Montearagón y de Biscarrués, que harán que no sean necesarias tantas rogativas, pero si hay que organizarlas nos acordaremos de la madre Berride, que las hacía en Santo Domingo, en los Dolores de Monflorite, en el viñedo del Somontano, en Salas y en la catedral dirigidas al Santo Cristo de los Milagros. En cierta ocasión se organizó una romería para pedirle a san Orencio la lluvia y fueron los oscenses a Loreto; al acabar la rogativa empezó a llover intensamente, de tal forma que los munícipes y el clero se quedaron a dormir en Huerrios, pero la madre Berride, sacrificada ella, se fue a Huesca. Y en Huesca siguen los restos de la Madre porque primeramente se enterraron en Santo Domingo, luego en Santa Rosa la Vieja y, por fin, está depositada en el nuevo colegio de la misma santa. Ahí podéis ir a rezarle.

## Liesa

Yendo de Huesca a Barbastro, bajamos Las Carboneras y dejamos a nuestra derecha el desvío que conduce a Torres de Montes y encontramos a pocos metros, a la izquierda la carretera que sube a Ibieca, pasando por Liesa.

Merece la pena hacer un alto en el camino en tan bello lugar. Dicen los hermanos Naval en uno de sus libros que «es uno de los conjuntos más representativos de la zona del Somontano».

No solo es notable Liesa en su arquitectura civil sino que es un auténtico relicario de arte religioso, pues además de su iglesia parroquial de tres naves, tiene los restos de la anterior, con una capilla lateral íntegra, adornada con pinturas murales, los restos de la ermita de San Pedro y sobre todo la de Santa María del Monte, totalmente decorada con pinturas en sus muros y en su bóveda. Fue declarada Monumento Histórico Artístico en 1931 y de ella procede la tabla románica de san Vicente Mártir, depositada en el vestíbulo de la Diputación Provincial, que la mandó restaurar a Domingo Subías, director de la Escuela de Restauración de Laspaúles. También ha reproducido dicho retablo, para que el pueblo siga teniendo en su memoria los datos que enriquecen su pasado.

El día 30 de diciembre se hizo entrega de la copia al pueblo de Liesa y se proyectó un vídeo en el que se sigue todo el proceso de restauración, llenándose uno de satisfacción al comprobar la sensibilidad de todo el mundo, desde los niños a los ancianos, ante las imágenes y explicaciones, que contemplaba y que escuchaba. Se



Ermita de Santa María (Liesa)

veía claramente el expurgo de aquellas partes deterioradas y la consolidación del retablo, que queda preparado para aguantar otros setecientos años.

Reflexioné, extendiendo la problemática del retablo a la de la sociedad española, sobre la necesidad de sacudirnos viejos prejuicios, inútiles como el serrín producido por las carcomas y sobre la utilidad de conservar valores del pasado, que no pasan.

Me acordé también, al comprobar cómo san Valero, acompañado de su diácono Vicente, eran

hechos prisioneros en Tarragona, de mi visita a Velilla de Cinca donde estos dos santos presiden con san Lorenzo el altar de su iglesia románica y me contaron que en este punto, donde está enclavada la ermita, se habían encontrado san Lorenzo, que venía de Roma, con san Valero y san Vicente, que parece ser que iban a Tarragona. La tradición nos muestra cómo, desde hace siglos, algo tiene que ver la parte oriental de Aragón con la iglesia aragonesa.

Don Damián se preocupa de nuestras tradiciones; recuerden su obra sobre san Úrbez. Desde Teruel le resultaría más difícil hacer un seguimiento de lo nuestro, pero desde las islas Canarias no podrá hacer otra cosa que acordarse con nostalgia y con pena de este Alto Aragón, que parece que va poco a poco perdiendo su personalidad.

Igual que se ha restaurado el retablo de Liesa, habría que restaurar nuestra identidad, para convertirnos en «retablo» apetecido por todos.

## El marco de Graus

Si alguien mira, a través del marco de una ventana, al exterior, verá un paisaje, a veces rústico y a veces urbano. Si se trata de una vista campesina tendrá la oportunidad de observar la primavera, el verano, el otoño y el invierno y en lugar de disfrutar de un cuadro eternamente inamovible, el marco de su ventana le ofrecerá una naturaleza viva, en el vuelo de los pájaros, en el *tremolar* de las hojas de los árboles, en el correr de las aguas, al tiempo que escuchará trinos, susurros y rumores.

Esa misma variabilidad que «da natural prestancia al ambiente urbano de Graus», enclavado con la cortesanía de su Plaza Mayor, con la noble arquitectura adosada a la montaña de Santa María, con su paseo de amplitudes de futuro, presidido por Costa por un lado y por San Miguel por otro, enclavado –digo– urbanísticamente en una tierra de olivos típicamente mediterránea, todavía en la puerta de los alpinos Pirineos, que por aquí vierten sus caudalosas aguas, que tanto hicieron meditar a Costa y puerta semicerrada, ¿hasta cuándo?, todavía a la *douce France*. A sus ventanas se asomaron sus hombres y mujeres y enmarcados por ellas vieron cuadros dinámicos de fiestas, de tristezas de entierros, de alegrías de bautizos, de

sucesos políticos y guerreros y algunos evocarán con simpatía ocasiones como la feria de caballerías que el 29 de septiembre, San Miguel, se celebraban.

A Graus se desplazaban desde Huesca, Teruel y Zaragoza los tratantes con sus blusas y sus varas, cargados de billetes escondidos en sus bragueteras, tetillas, fajas y faltriqueras, llegaban Fau, Castor, Losfables y León Belío, para comprar las bestias que de Chistau, de Chía, La Fueva y Laspaúles, bajaban los recriadores.

Compraba Roquefort de Zaragoza mulas enormes a Marcial Ríos de Benasque y a Antonio Trinidad de Castejón de Sos. Era el mejor ganado el que traían de esos pueblos y del Run, el de Anciles y el de Eriste y hasta llegaban de allá, de Vilaller, en tierras catalanas.

Los de Teruel, de tierra austera y fría compraban los machos romos, burdéganos, burreños o burreros, criados a su vez en tierras duras de la Fueva. Merodeaban en torno a bestias y a tratantes los compradores, comisionistas, curiosos y gitanos, que se encargaban de endosar a los ingenuos y a los pobres, las mulas más taradas por un aire o por el asma. Había aquellos que, itodo por la patria!, se llevaban por salvarla y j... a sus soldados las mulas bravas, resabiadas y traidoras, conocidas como *guitas*. Caminaban acolados en reatas cientos de bestias con su corte de mozos y tratantes aviados con alforjas y botas que paraban a los escasos conductores de coches que pasaban, para darles un trago de buen vino.

Todo era fiesta, Graus era una fiesta y se llenaban los hoteles de Lleida y Samblancat, las fondas de Maella, Aínsa y Casa Peperillo; se hospedaba la gente también en casas de particulares y dormían incluso en los pesebres y pajeras. Llegaban las mujeres del amor, se llenaban los cines y en alguno se veían hojas de parra en los espectáculos de revista y variedades. Pero la carne reina no fue la de mujer, sino la del *ternasco*, cuyas costillas asadas a la brasa se consumían con fruición. Almorzaban, ya temprano, sopas de ajo o bacalao para empezar y acababan con los clásicos huevos fritos con chorizo y longaniza o con tortilla de patata. En las comidas eran reyes con las costillas de *ternasco*, los pollos corraleros, sin hormonas, adornados con el color de los tomates y de los pimientos.

Estas vivencias me las contaba Carletes, que acompañó tratantes a lo largo de su vida, igual que yo se las he contado a ustedes.

## Monasterio de la Asunción

Cuando uno entra en el convento o monasterio de monjas Carmelitas Calzadas de la Asunción, recuerda uno los tiempos pasados ya hace muchos siglos, aunque el Señor que es Eterno no le da importancia al tiempo, ni a los años, ni a los siglos, como dice el *Libro de los Salmos*: «Mil años para Dios, es como un día».

Una vez dentro del convento, uno respira silencio, paz, armonía y alegría, reflejo de la vida que el Señor nos concederá para siempre, el día en que desde aquí, desde este mundo, nos haga pasar al otro, es decir al Cielo.

Cristo, después de su Resurrección ascendió al cielo y su madre María Santísima, el día de la Asunción fue subida con su Hijo. Se comprenderá con enorme facilidad que las monjas que eligieron el nombre de la Asunción como su protectora, aspiren siempre a subir al cielo. Además el nombre de Carmelitas ya está relacionado con las alturas del Monte Carmelo, allá en Palestina, donde acudía el pueblo judío a celebrar los novilunios y los sábados y en dicho monte vivió el perseguido profeta Elías, bajo el reinado de Acab, en el siglo IX antes de Cristo, mostrando ante los sacerdotes de Baal que Yahvé era desde siempre el único Dios verdadero. Y de dicho monte tomó la Virgen su advocación del Carmen, en los primeros tiempos del cristianismo y allí era venerada por los eremitas del Monte Carmelo, que le levantaron una capilla en aquellos primeros viejos tiempos del cristianismo. Esa devoción a la Virgen del Carmen o del Carmelo se difundió rápidamente por todos los países y de una forma especial por España. La orden Carmelitana fue fundada en el siglo XIII por san Simón Stock, pues ya en 1156 el cruzado limosín san Bertoldo, se retiró al monte Carmelo, donde ya había, como he dicho antes, muchos anacoretas que allí hacían penitencia y oración. Y fue primero una orden masculina y más tarde femenina, ya que esta se fundó en 1451 por el beato Jean Soreth, general de los carmelitas, siguiendo la iniciativa de la beata Francisca Ambosia, difundiéndose rápidamente en aquellos tiempos.

Estas monjas tienen como ideal ser asuntas al cielo y, como hemos visto, subieron al Monte Carmelo, pero en Huesca también subieron a San Vicente el Alto y subieron varias veces, porque para la Desamortización, «el 23 de mayo de 1844 vendió el Estado en

pública subasta el convento a un señor de la Ciudad, llamado D. Nicasio Manuel Villanova, quien lo compró para Hospital», pero la comunidad trató de adquirirlo de nuevo, lo que consiguió reintegrando «a la Beneficencia la cantidad que el hospital había pagado por la compra, más los gastos ocasionados al citado hospital en reparación y habilitación del edificio», con lo que «la Comunidad abonó por el convento a la Junta de Beneficencia la cantidad de ochenta y un mil reales de vellón, más cinco mil quinientos por los gastos de reparación». ¿De dónde sacaron las monjas tantos dineros? Pues sencillamente pagaron con las dotes que «las religiosas habían aportado para su subsistencia».

Pero no dejaron de ser perseguidas, pues les fue de nuevo arrebatado el monasterio el 17 de octubre de 1868 y fueron recibidas por sus hermanas las religiosas del convento de San Miguel, que las trataron con mucho cariño «y las cuidaron unos días muy bien, hasta que fueron tranquilizándose». Pero ellas siguen luchando y cuando se anunció la venta del convento en pública subasta el día 24 de julio de 1869, pidieron que quedara sin efecto la subasta puesto que ellas lo habían adquirido con sus propios dotes y lo consiguieron.

Pero no acabaron allí las penalidades sufridas por este convento y por sus monjas, porque en la guerra civil, tuvieron que abandonarlo nuevamente y lo ocuparon para depositar en él armas, municiones y otros materiales de guerra. Fue bombardeado y cayeron las campanas y derrumbaron la iglesia, mientras había mucha gente en los sótanos, llorando. Pero ellas, en lugar de llorar, se encomendaron a san Vicente, pues además de tener dedicado un templo en la Compañía, en cuyo lugar nació, tiene otro templo, llamado de San Vicente Alto, en el monasterio de la Asunción, que tuvieron que restaurar las monjas, a veces con su propio esfuerzo. El nombre de Vicente quiere decir Victorioso, y ellas querían triunfar contra el mal y continuar alabando al Señor. Un día cada dos años van al monasterio de la Asunción los cabildos de la Iglesia oscense y el que rige el municipio, pero el resto del año allí se queda nuestro patrono oscense san Vicente, esperando que vuelvan sus queridos paisanos oscenses para verlos e interceder ante el Altísimo por sus problemas. Bien se vale porque, aunque no se ve de ordinario movimiento humano al pasar por

delante del convento en su interior le acompañan las carmelitas calzadas, que le rezan, no solo por ellas, sino por todos los oscenses, que nunca lo han abandonado, pero que ahora parece que lo olvidan un poco. En cambio las monjas no lo olvidan, pues además de rezarle, le hablan, lo recuerdan y lo visten en la imagen que guardan en el segundo piso y lo bajan a la iglesia el día 22 de enero de cada año, para homenajearle por su martirio y para que lo vean y se alegren de verlo los oscenses que allí acuden en tal día.

Pero aunque no lo sacasen, todos podríamos contemplar a san Vicente, pues en el altar mayor preside en el centro del retablo su bella imagen y en la base del mismo retablo está en un lado su primo san Lorenzo y en el otro una pequeña escultura de madera del santo tan oscense. Y así como en estas imágenes siempre está el santo vestido de la misma forma, en la imagen portátil pasa lo contrario, pues las monjas le cortan y le cosen prendas nuevas cuando parece que quieren envejecer las que ya había llevado muchos años, y así lo presentan guapo a los Cabildos y a los fieles, cada año.

Han pasado siglos desde que san Agustín, gran doctor de la Iglesia, obispo de Hipona, ciudad que se encontraba en el norte de África, escribió seis sermones sobre el oscense san Vicente, diácono y protomártir de Valencia, y en el sermón quinto escribe: «Cristo nos manda celebrar con solemnidad la valerosa y gloriosa pasión del mártir Vicente y ensalzarla sin ahorrar palabras. Con la mente y el pensamiento hemos visto y contemplado cuánto sufrió, el interrogatorio al que le sometieron y las respuestas que dio, y ha aparecido ante nuestros ojos un espectáculo maravilloso: un juez malvado, un verdugo sanguinario, un mártir invicto y un combate entre la crueldad y la piedad; de un lado la locura, y del otro la victoria».

Están haciendo la autopista entre Valencia y Canfranc, que servirá para unir a las dos ciudades preferidas por san Vicente: una, aquella en que nació, es decir Huesca, y la otra, aquella en que subió o fue asunto a los cielos. En Valencia se le tiene una gran devoción, que hará que los valencianos, además de traernos sus mercancías, vengán a visitar a san Vicente.

Y es que san Vicente nos ama tanto a los oscenses que no solo nos quiere ver en el cielo, sino que hagamos progresar a nuestra patria oscense, es decir a Osca.

## Nocito

Nocito es un pueblo montañoso, cercano a Huesca, pero sin embargo muy alejado de la misma. En viejos tiempos estaban unidos por la vía, que pasaba por Santolaria, desde cuya torre se veían Huesca, Montearagón y el Pueyo de Barbastro. Por ella se comunicaba Huesca con Francia, pasando por Sabiñánigo, con sus iglesias según don Antonio Durán Gudiol mozárabes, y prerrománicas según otros. La más meridional ofrece todavía a los ojos del que se atreve a pasar por dicha vía, sus ruinas, es decir las ruinas de Nuestra Señora de Sescún, cuya veneración se ha bajado hasta el pueblo de Santolaria. Por esa vía pasaban hacia el sur las ovejas, que en el invierno iban a pastar al Somontano o a la tierra baja, y volvían al llegar la primavera hacia la montaña. Bajaban los montañeses a buscar el aceite y el vino que habían de consumir en sus pueblos nobles de tejas de piedra y llevaban a vender las patatas, que producían en sus tierras para que consumieran los habitantes del llano.

Pero, ahora, esas vías y caminos se hacen largos, llenos como están de baches y de grava, pero aun así suben muchos a practicar el turismo y a hacer las rogativas a san Úrbez, para que consiga del Señor que las lluvias rieguen los campos de la tierra baja. Cuando uno llega a Nocito y a sus santuarios, se encuentra en un valle profundo rodeado de montañas y la que se ve más alta es la punta de Guara, que en vasco equivale a *Gora* (arriba), como muy cerca de Nocito se encuentran los restos oscuros y afligidos de Isarre, que en vasco quiere decir algo así como lugar bajo. Abajo (Isarre), se encuentra el bello y casi despoblado Nocito y arriba (Gora), se elevan estáticos los santuarios de San Úrbez y todavía más alta hay una cruz, atribuida al lanzamiento de la vara pastoril de san Úrbez. ¡Dios mío, piensa uno al verse en tan fantástico lugar, cómo vamos los oscenses a Leyre, a San Juan de la Peña, a Aránzazu, a Estíbaliz o cualquier otro lugar sagrado y famoso y no nos acordamos de estos antiguos santuarios, en que se enterró a san Úrbez, que murió en el año 805! Los restos del santo fueron quemados en otros años, ya pasados, pero se restaura poco a poco lo que queda del arte románico; se acuerda uno de las dos cabezas romanas encontradas por estos parajes y se admira de ver en la pequeña iglesia, adjunta al santuario, a la Virgen del Sol; se excita la devoción al

santo al ver sus reliquias, portadas en procesión por los hombres del Somontano y piensa uno qué es lo que querrán decir aquellas cadenas dibujadas en la columna de la derecha del altar mayor y si tienen algo que ver con las de Navarra o se deben a un acto valiente de la vida del santo.

Uno piensa: si este lugar sagrado y montañoso estuviera cerca de Zaragoza o en alguna provincia vascongada, habría carreteras asfaltadas y anchas, restaurantes y alguna comunidad religiosa se ocuparía del culto y de la conservación de estos santuarios. Pero solo somos cuatro los habitantes de los pueblos de alrededor de Huesca los que tenemos amor a Nocito y a su santo y tenemos fe, pero pocos votos pueden salir de nosotros.

## **Pertusa y su ermita**

El pueblo de Pertusa es de lo más original, porque está situado encima de las orillas del río Alcanadre, que lo rodea casi totalmente, de manera que en tiempos pasados el que quería entrar en él, tenía que pasar por una puerta de su muralla, de la que todavía quedan restos. También, al parecer quedan restos de la ermita de Santiago, porque Pertusa estuvo dotada de seis de ellas, de las que cuatro fueron hechas desaparecer por los franceses en la guerra de la Independencia. Pero la ermita que sigue recibiendo a los vecinos del pueblo en sus romerías y fiestas, es la que quedó victoriosa sobre la desaparición de las otras cinco que hubo en Pertusa y está presidida por la Virgen de la Victoria, desde el retablo que le hicieron los hermanos Albareda, después de la guerra civil, con restos y tallas de la madera que encontraron en la parroquia, después de ser también destruida. Y allí preside la Virgen de la Victoria su dominio espiritual, sobre un inmenso circo geográfico en lo más alto de una corona, que llama la atención lo mismo al que pasa por las carreteras que al que desde Pertusa mira a lo alto. Desde la fachada de su templo se ve por arriba la sierra de Guara. Por abajo no se llega a ver Sariñena, pero se puede observar el pueblo de Huerto en los Monegros altoaragoneses y subiendo se contempla Torres de Alcanadre, más al fondo del paisaje se contempla Berbegal subido en su mostrador geográfico, luego Laluenga. Según don Antonio Ubieta «el 3 de junio de 1395 Juan I

de Aragón vendió a Bernardo de Pinós la villa de Pertusa y sus aldeas, que eran Almunia Cuadrada, Barbuñales, La Perdiguera y Laluenga». Más arriba se mira con la de la Virgen de la Victoria San Román de Ponzano. Si uno se pone a observar en la parte posterior de la ermita, pasando por el verde césped y por los rosales, acacias y cipreses que adornan sus alrededores, se puede mirar una zona que acaba en Sesa y que está regada por las aguas del canal que trae las aguas del pantano de El Grado y, en ella se crían inmensos maizales, verdes en esta época de verano caluroso, que contrastan con el color de los rastros amarillentos y con el de las carrasacas de un verde oscuro.

Allá, en lo alto del sagrado monte, donde se venera a la Virgen de la Victoria y se cuidan sus alrededores con el agua y se plantan pinos, corre el viento que alivia el calor de este terrible mes de junio de este año 2003. En otras estaciones va variando el color del paisaje inmenso, pues esta primavera pasada estaba verde todo el que desde tal monte se domina. Allí está la Virgen presidiendo aquel enorme «circo», donde los romanos, entre otros caminos, cuidaron el que a Osca se dirigía. Pero a Pertusa se puede uno dirigir desde el norte y desde ella bajar al sur, por Huerto a Sariñena, al oriente por Berbegal a Barbastro o a Fraga. Y por el poniente, como he dicho, está hoy la carretera que conduce a Grañén y a Huesca capital, aunque hasta el año 1955, pertenecía la parroquia a la diócesis de Lérida. ¡Dios mío, qué conjunto de tierras, de las que unas pertenecen a la Hoya de Huesca, otras al Somontano de Guara de Barbastro y otras a los secos Monegros!

Son varias las carreteras por las que se puede llegar a Pertusa y yo, que tenía que asistir a la boda de un hijo de Pertusa, llamado Carlos, con la guapa y elegante Jisela, elegí para llegar a la elevada ermita, la de Barbastro, que pasa por mi pueblo de Siétamo y un poco más distante hay un desvío que se dirige al Sur y por ella voy bajando, poco a poco, pasando por Torres de Montes, Blecua y Antillón, porque el trayecto está lleno de curvas, ya que se trazó en aquellos años en que casi únicamente circulaban los ya desusados carros de mulas. A los lados está todo el monte poblado de carrasacas, que rodean los campos llenos de pajas amarillas de cebada.

Llegamos por fin a Pertusa, con el acueducto que a la izquierda se eleva sobre el río Alcanadre, cuyas aguas suenan en el pueblo, con

las que no riegan, sino que lo hacen con las que vienen por el canal del pantano de El Grado. Sin embargo esas aguas de su río hacen felices a los vecinos del pueblo, porque en ellas se bañan, y mi amigo el cura don Manuel Bibián, que tiene su casa sobre el mismo río, escucha cómo le cantan las ranas, por la noche, que le hacen dormirse como un ángel.

Antes de llegar al pueblo, hay un desvío de la carretera por el que se asciende a las alturas, como la Virgen de la Asunción que preside el templo parroquial fue subida a los cielos.

Ya estamos en lo alto del monte coronado por la Virgen de la Victoria y se da uno cuenta del amor que este pueblo tiene a su Virgen, porque, como he dicho, están cuidados los alrededores de su ermita, pero esta además de ser bella, la limpian, la reparan si alguna vez tiene algún fallo, igual que antiguamente la cuidaba el santero, que allí vivía, a un lado del altar mayor, en una pequeña vivienda que incluso tiene su puerta para el santero y sobre la pequeña vivienda, como sobre la sacristía, colocada en el otro lado del altar, hay unos hermosos coros, con sus barandillas y en los que tal vez cantaran en alguna ocasión, o en ellos se pondrían las autoridades en alguna ceremonia religiosa. Los vecinos de Pertusa los llaman los *coricos*.

Entrando en la iglesia se ve al fondo la hermosa Virgen en su altar, la nave cubierta por cinco arcos que acaban en punta como los arcos góticos y el suelo está hecho de ladrillos macizos y planos. Los fieles se sientan sobre unos cómodos bancos y cuando comienzan a cantar en el coro, se siente uno como escuchando música, que tal vez proceda, no de la tierra, sino del cielo. Como parece que la señora que canta, acompañada por las notas de un sonoro armonio, el avemaría, está inspirada por algo o por alguien, quizá por la Virgen de la Victoria, a la que mirará cuando esté en su granja cuidando a sus originales animales, es decir avestruces. Esos cantos sensibilizan a los hijos de Pertusa, que cuando el sacerdote dice: orad hermanos, todos se ponen de acuerdo y levantan su corazón a Dios. Cuando se acabó la misa, cantaron la canción aragonesa «*S' ha feïto de nuei*», que despertó un patriotismo aragonés, que rompió en aplausos al terminarla.

Al salir sonó la campana, que está colgada de una alta espadaña de piedra, anunciando a la comarca la boda feliz de Carlos con

Jisela, de lo contentos que estaban los asistentes a este acto de la familia Palacio, que se extiende desde Bilbao a Barcelona, pasando por Huesca y por todos los pueblos que he nombrado antes y otros muchos más. Me acordé de aquella canción que reza así: «Campanitas de la aldea, din-don, que sonáis al amor mío, din-don, ¿por qué sonáis tan temprano?, que hace frío, mucho frío». El que la cantaba no quería el frío para su amor, como la Virgen de la Victoria nos desterró el calor de aquella ceremonia.

Al mirar hacia abajo, desde la puerta de la ermita, se veía Pertusa con su río y con su parroquia de la Asunción y con su bella torre, obra del arquitecto de El Escorial, Herrera.

Pero allá arriba está, como me dijo mi amiga Maruja Palacio, tía del novio y que se quedó sin su esposo Joaquín hace poco tiempo: «La Virgen de la Victoria / ni es comprada ni es vendida / es bajadita del cielo / y en Pertusa aparecida».

2003

## Pompenillo

He llegado a los Talleres Alfonso a través de la ronda sur de Huesca, que va desde el edificio del Hospital de la Seguridad Social, en la carretera de Zaragoza, hasta la ronda sudeste. Al marcharme he visto un camino que se dirigía al sur y, sintiendo curiosidad, me he embarcado por él y me he visto sorprendido al circular por una amplia cabañera que, según me dijo Antonio Castro, va desde el valle de Tena hasta Pina de Ebro. Pero me quedé todavía más emocionado al ver una llanura inmensa, limitada al oeste, entre otras por la sierra de Tardienta, donde se veían los postes generadores de electricidad por medio del aire, cuyo dios pagano era Eolo, y al este se ve desde Montearagón a Alcalá del Obispo, que forman el Somontano. Por ambos lados de la vía pecuaria se veían los adornos arbóreos, unos de nogales y otros de acacias, que plantaron los miembros de la Redolada de Huesca. A lo largo del camino se ven muy pocos edificios, algunas torres como la del Sevillano, la de Arizón y algunas naves de cría de cerdos, pero en las torres ya no vive nadie. Hay a los lados caminos que conducen a otras torres, unas habitadas todavía, como la Torre Nueva de Martín Lecina, y al lado de la carretera se encuentra la

desde hace años llamada Torre de la Colasa, que hoy pertenece al señor Campo de Novales. Cerca de la carretera que conduce a Sariñena, se ven algunos edificios, unos industriales y otros agrarios. Por la zona de la cabañera no vi a nadie, solo un rebaño de unas setecientas ovejas, cuyo pastor debía estar sentado a la sombra de un árbol. Pensé en la idea del filósofo que decía que los hombres están sonámbulos, pero yo me pregunté: «¿Dónde están aquí los poseídos por la somnolencia si no hay ningún hombre en esta enorme llanura?». Cuando llegué a unos cinco kilómetros de Huesca, se acercaban la cabañera y el río Isuela y a sus orillas los árboles se habían hecho altos y frondosos. Hace unos pocos años, esas orillas debían estar superpobladas de mosquitos, porque el río era simplemente una cloaca de Huesca, pero, ahora que han colocado la depuradora de aguas, estas se han tornado limpias y ya no molesta ni un mosquito. A la derecha de la cabañera se está muriendo, poco a poco, una torre que debió ser hermosa, de Lalaguna de Huesca, pero ahora yo creo que nadie que haya habitado tal mansión quiera volver a recordar sus tiempos de vida y prosperidad, porque «por tierra derribado yace el honor de tan noble» torre y «lastimosa reliquia es solamente de su invencible gente». Ya se ve Pompenillo a la izquierda a través de los espacios que dejan entre sí los árboles y, después de escuchar el sonido de las aguas del río, arranqué y llegué a la carretera que sube de Grañén y allí mismo se encuentra la iglesia. No es muy grande, porque son solo dieciocho habitantes, aunque antes fueran más, no muchos más, los que moraban en el pueblo. Me acuerdo de Pedro Inglán, de los hermanos Calvo, a saber de Alicia, del difunto Miguel y de Antonio, que moran o moraron en casa de Castro. Esta es una casa de respeto, como parecen advertirlo la reja central, grande y saliente de la pared y los dos balcones laterales de hierro, los tres forjados y retorcidos y en los que existen algunas rosas u otras flores, también de hierro. Emeterio Jiménez, casado con una señora del pueblo, me habló de Aurelio y de Jesús López Carrera, de Nazario Suelves... Y me encuentro, saliendo de casa de Vallés, con una prima segunda mía, que tiene en Pompenillo su casa de Vallés, aunque vive en Zaragoza. Hablamos de nuestros antepasados de Siétamo y de Castilsabás y del artículo que escribó

sobre el anterior pueblo Silvio Kossti. Antonio Calvo me lleva a la iglesia, que está limpia y llena de flores, porque se va a celebrar el aniversario de Miguel uno de estos días. Allí se encuentra una pequeña Virgen de la Candelera de gran belleza. Esta iglesia está edificada después de la guerra civil, pues la antigua estaba junto al cementerio y en ella se conservaban unos antiguos y hermosos cuadros. El señor obispo les propuso a los vecinos de Pompenillo la compra de los dichos cuadros, prometiéndoles edificarles una nueva iglesia y darles veinticinco mil pesetas. Los vecinos se negaron, pero de poco les valió, porque esos cuadros marcharon a Mallorca, unos dos años antes de la guerra. Si no, se los hubieran llevado o quemado a los dos años y no sabríamos dónde se encontraban. Dice el filósofo Peter Sloterdijk que la historia del mundo «abarca toda la estructura del cosmos y la estructura interna de Dios, esa inmensa esfera convertida en un gran globo». Antes había más caciquismo, pero la vida de los hombres en esa esfera divina era más libre y no estaban sometidos a la mundialización o globalización electrónica, que ha hecho desaparecer entre otras actividades, por ejemplo, la lectura. Por otro lado estaba la oración. ¡Cuántas iglesias, incluso en pequeños pueblos como Pompenillo, con bellos cuadros! Y el recuerdo de los difuntos queridos. En cambio ahora la globalización electrónica introduce en ese globo vital, con Dios como centro, la banalidad. El ser humano, concentrado en las grandes urbes, es una víctima de obsesiones, que le proporciona la prensa como si se tratara de información. Dicha información es de hecho una obsesión que es como una epidemia colectiva. Por todas estas reflexiones, envidio a los que todavía viven en Pompenillo, a donde acuden, cuando llegan los días de fiesta, a recordar tiempos pasados, que destruyen sus preocupaciones diarias en la ciudad.

## El retablo de Liesa

Hoy se han invertido los pasos de los que iban a Liesa a contemplar el famoso retablo de san Vicente por los que dan los mismos vecinos del pueblo de Liesa que vienen a este museo a venerar el retablo que sus abuelos pusieron en la ermita de Santa María del Monte.

Vienen unidos, ¡señor presidente!, a daros las gracias por vuestra obra y renovaros el depósito del cuadro en este bello museo. Con la misma confianza con que ese depósito hicimos, esperamos del sentido de justicia del Presidente de la Diputación Provincial, que, cuando necesitemos ayuda para que el pueblo prospere, os acordéis del retablo del glorioso san Vicente, pues si bien queremos mucho a todas nuestras reliquias, no queremos ser tan solo una reliquia viviente, ya que queremos progresar hacia un mundo más moderno, donde ser gente de pueblo, sea ser como la gente de cualquier ciudad más grande.

Liesa es un pueblo del que los hermanos Naval dicen en uno de sus libros que su estilo arquitectónico es de los más representativos del Somontano, pero no solo es su núcleo urbano atractivo, sino que lo es su término, que sigue poblado de árboles como la encina y el roble. Todavía hay quien se acuerda de la carrasca que daba más de cincuenta fanegas de bellotas. Además tiene los restos de una iglesia antigua parroquial, con una capilla en que se conservan pinturas románicas en bastante buen estado. Quedan los restos de una ermita dedicada a San Pedro Mártir y su mayor gloria estriba en la ermita de Santa María del Monte, felizmente restaurada y en cuyos aledaños se ha excavado, encontrando, según datos recibidos, restos visigóticos. Repito que esta ermita es gloria de Liesa, pues en una columna aparece la inscripción que reza «*Fizo fer el Concejo de Liesa*». De ella procede el famoso retablo de san Vicente, que hoy nos convoca, junto con otras obras de arte, que han sufrido los avatares de la Historia y de la delincuencia. *No rebló* jamás Liesa en la defensa de sus valores y por eso, por conservarlos lo más próximos a ella, con seguridad y en buen estado, depositó en la Diputación Provincial, su retablo, que sigue siendo suyo, sintiendo una inmensa satisfacción al verlo restaurado. La reproducción que se entrega a Liesa, de ningún modo constituye un cambio, sino un detalle de la Diputación a aquellos que confían en ella, que a su vez con esta copia, magistral por otra parte, no quiere alejar el recuerdo artístico de los vecinos del pueblo, sino que colgado en su centro social, siga vigente en el dinamismo de su historia.

Liesa, como ven, es un relicario de arte, quedan en ella notables reliquias o restos de su pasado, pero todavía quedan en ella otras

reliquias a las que cantaban los peregrinos: «Oh, reliquias sacrosantas / Tened piedad de nosotros / Cuando estemos afligidos / Nadie sin amparo vuestro / Se marche jamás de aquí».

## Sabiñánigo

Existen autonomías, como la vecina Navarra, que en tiempos constituyó con Aragón un solo reino, que se ha preocupado del desarrollo uniforme de todo su territorio. Parece ser que ahora los hombres buscan desarrollar su vida en enormes núcleos humanos, como por ejemplo en la descomunal ciudad de Méjico, que cuenta con dieciocho millones de habitantes, o en la de Madrid, donde una huelga de la aviación civil, crea enormes problemas para entrar o para salir de ella. También en Aragón contamos con Zaragoza, a la que ya llaman muchos Aragón.

En Navarra se busca el reparto de la industria por las diversas comarcas de Tudela, de Estella, de Tafalla, etc., etc., así como la distribución de los riegos. Aquí en el Alto Aragón, en cambio, disminuye la población activa en Huesca y en Sabiñánigo. Sabiñánigo era, cuando conocí su existencia, un pueblo minúsculo, en aquellos tiempos de la guerra, cuando, estando en Jaca, íbamos a la Cantera para ver, con tristeza cómo venían refugiados de tal pueblo, que huían de la zona en que esa guerra hacía la vida imposible. Pero pasó el conflicto, durante el cual se construyó la carretera de Monrepós, que tal vez ahora, se convierta en autopista Lérida-Pamplona, y empezaron a establecerse industrias. Y la emigración, al mismo tiempo que marchaba a Cataluña o a Madrid, acudió también a Sabiñánigo; vinieron andaluces con el fin de construir los canales para las Centrales eléctricas, que se quedaron a vivir allí y reforzaron el núcleo del antiguo *Samianigo*. Y es que tal pueblo, ahora una pequeña ciudad, empezó a mostrarse como centro de comarca y, ¡Señor, qué comarca!, nada menos que la del Serrablo, pues a su alrededor estaban aquellos pequeños, pero hermosos, pueblos con sus iglesias románicas de los siglos X al XII, de un estilo que parece exclusivo de esta zona, a saber el mozárabe, según unos, o serrablense, según otros. Allí se encuentra la ermita de San Juan de Busa, las iglesias de Satué, Isún, Larrede, Oliván, Susín... Javierre, cuyo templo lo transformaron en el siglo

XVII. Se instaló el Museo, sede de todos los elementos de vida y de trabajo antiguos y que fueron utilizados por los viejos habitantes de Sabiñánigo y de su zona. Al mismo tiempo la gran industria subió el nivel de vida de la nueva pequeña ciudad, ayudando a los jóvenes a alcanzar títulos, que habrían de ser útiles a las fábricas de su pueblo natal, pero que han sido provechosos para las de otros lejanos lugares.

El pueblo se está envejeciendo cada día más y luego tendrá que venir Labordeta a cantar su canción que dice así: «Regresaré a la casa / la casa de mi padre / abriré las ventanas / y que la limpie el aire / que limpie la esperanza / que arrastre los recuerdos / y arranque de los muros / los retratos ya viejos».

No nos quedará más remedio que recitar los versos de Rubén Darío cuando así se lamentaba: «¡Juventud, divino tesoro, ya me voy para no volver, cuando quiero llorar no lloro y a veces lloro sin querer!».

## Salto de Roldán u *Osca*

Cuando uno pasea por la calle del Desengaño, la más larga de Huesca, antes de llegar al edificio conocido por el Amparo, hay un espacio libre de construcciones, que te invita a apoyarte en la pared que hace de límite del observatorio en que se ha convertido y sobre la antigua muralla oscense, te miras hacia la sierra y aparece delante de ti un impresionante paisaje que es el Salto de Roldán, la puerta del Somontano y de la Plana de Huesca o la *osca* o apertura en vasco, por la que entran hacia nosotros los aires del Pirineo, las aguas del río Flumen, las palomas zuritas, que tienen su palomar en las paredes de la Peña Men, y por donde pasaron los cristianos a crear el castillo-monasterio de Montearagón, para conquistar la capital del Alto Aragón.

Y es el Salto de Roldán el que da el nombre de *Osca* o apertura, a la ciudad de Huesca y allí se quedó la palabra vasco-ibérica, como muchas otras, que se fueron mezclando con las latinas, como Flumen o río, y celtas y bárbaras. Los ilergetes estaban unidos a los oscenses y hablaban también el vasco-ibérico y por eso llaman *Osca* a la ciudad de Huesca muchos de sus descendientes, hoy catalanes.

En otros lejanos tiempos, gobernados por el Emperador Carlomagno, su caballero Roldán, montando su caballo dio un enorme salto entre la Peña de Men o Amán, con 1124 metros de altura, y según unos desde el aire se le cayeron las herraduras y según otros los testículos; don Eliseo Carrera me enseñó un cuadro en el que se ven los dos órganos testiculares, circulando por el río Alcanadre a la altura del monasterio de Sijena. ¡Dios mío, qué salto tan mítico, que llegó desde la Peña del Castillo de Roldán hasta los Monegros, pasando todo el Somontano. El nombre primitivo de Huesca fue *Oscá*, como he dicho, ya que así se encuentra en el *Diccionario Vasco-Castellano*, que se encuentra en nuestra Biblioteca Municipal. Porque esta coyuntura vasca no se encuentra solo en el lugar en que estamos tratando, sino que en la sierra que está encima de Agüero, hay una apertura en su línea montañera, que se llama la Osqueta, pero no solo se emplea tal palabra en nuestra geografía, sino que nuestros ganaderos de ovino hacen, desde hace siglos unas aberturas en las orejas de sus animales, para marcar su propiedad y que llaman *osquetas*.

Hemos visto cómo las aguas del río Flumen entran por la apertura de Salto Roldán y esas aguas han pasado por el pantano de Belsué, que se *tresminó*, como decía el montañés Mairal que iba a ocurrir, pero hoy ya están levantando más abajo el Pantano de Montearagón, que es de esperar que no se *tresmine* o filtre. Las aguas sostenidas por el Pantano serán una riqueza para Huesca u *Oscá*, que debía haber sido levantada muchos años antes, pero nuestra escasez de inversiones y el comercio de la huerta en Valencia, Alicante y Almería, quieren llevárselas a sus tierras, y como hemos visto que el agua va muy lejos, como por ejemplo cuando llevaba los testículos del caballo de Roldán, allá por el monasterio de Sijena, luego llegaría hasta Almería.

Pero aquí, en el Alto Aragón, no han faltado las ideas, como demostraron Mallada, el padre Avellanas de Bonansa, que trabajó en Casbas, y sobre todo el gran Joaquín Costa.

José María Oliván nació en el próximo pueblo de *Santolarieta*, en castellano Santa Eulalia de la Peña, y se ve desde el observatorio a sus 1060 metros de altitud y a 18 kilómetros de Huesca, conjuntamente con el castillo de Sen o de la Peña de San Miguel, en estado de ruina y con un torreón de planta rectangular, y más

abajo se encuentra la ermita de San Miguel, con una nave de ábside semicircular del siglo XIII, que está en estado ruinoso y por todos esos lugares ha estado recorriéndolos multitud de veces el dicho José María Oliván, pues fue casi toda su vida pastor del pueblo, donde había nacido. Como pastor conoció la marca de las ovejas haciéndoles *osquetas* con navaja y allí en las Peñas del Salto Roldán u *Oscá*, como los jabalíes y las cabras recorrió aquellos terrenos, *desenrallando* algunas de ellas, que se habían *enrallado* en alguna *ralla* de las rocas, colgado en una cuerda que sostenían su padre y algunos primos. Otras veces le tuvo que ayudar su pariente Anselmo Santolaria, que ahora, en el 2003, tiene ochenta años y es el dueño del campo sobre el que se asienta la ermita de San Miguel. Y José María Oliván me recordaba las ideas de Costa y del padre Avellanas cuando me contaba que había observado agujeros barrenados a uno y otro lado de las dos Peñas, que forman el Salto de Roldán o la *osca* o apertura, que está en los escudos antiguos de Huesca. Por algo pone en dicho escudo *Vrbs Victrix Osca*, porque aquellos hombres eran heroicos y leales al porvenir de Huesca.

Sigo mirando hacia la sierra y además de ver las peñas de Sen y de Amán, que ya pertenece al monte de San Julián, diviso el peñón del *flaire* y la punta de Piacuto, que está a unos 1200 metros de altura, desde donde se lanzan los aficionados al parapente, llegando algunos hasta Apiés o hasta Nueno.

Forma allí la sierra un conjunto de montañas del Prepirineo, que invitan a los hombres a volar, pues ya Roldán con su caballo traspasó los aires de la puerta de Huesca, las palomas volanderas zuritas anidan en sus laderas y ahora los parapentistas siguen volando y volando.

Miro hacia abajo y cerca de mí contemplo la iglesia oscense de San Miguel y le pido que los que gustan del Salto Roldán, se preocupen de restaurar la ermita del mismo santo situado en la Peña Sen.

## San Miguel y el Salto Roldán

A san Miguel Arcángel, la Biblia lo cita cinco veces en pasajes distintos, pues su nombre constituye por sí mismo una alabanza al Señor, ya que quiere decir «¿Quién como Dios?», y ese nombre ha hecho, ya desde los primeros siglos del cristianismo, que la Iglesia

le rinda su veneración. Y tal vez, al verse venerado, él mismo se ha constituido en defensor de la Iglesia, que le atribuye un aspecto guerrero, ya que suele estar representado en cuadros y esculturas cubierto con un casco, armado con una espada o con una lanza y atacando a un dragón, y casi siempre sus iglesias están colocadas en las alturas, y, si no, al santo es al que se pone en las partes elevadas del altar o del campanario. Pocas veces está montando un caballo como hace san Jorge, del que en la iglesia de San Miguel de Huesca hay una pequeña representación escultórica, y esa actitud de no ir a caballo y esa colocación en las alturas lo convierten en centinela del pueblo cristiano. También se le atribuye la misión de pesar los méritos y los pecados de las almas de los difuntos, pues hay algunos cuadros en que se le representa con una romana cumpliendo esta misión.

Así como a san Martín le sitúan sus templos en lugares bajos, incluso en cuevas, como en la cueva de San Martín de la Bal d'Onsera, a san Miguel se le construyen sus santuarios en lugares elevados, pero Huesca es distinta de otros territorios y Alfonso el Batallador mandó situar la iglesia de San Miguel, o como la llama el pueblo «Las Miguelas», en el norte de Huesca, al lado del río Isuela, en la parte más baja de la ciudad y junto a la puerta Sircata y muy cerca del puente romano. Huesca fue reconquistada por los cristianos el año 1096 y el templo se empezó a construir, junto con su cementerio, en 1110, y en 1144 como parroquia de los mozárabes, y más tarde de los cristianos que llegaron de la montaña. Más tarde una Cofradía de Seglares de San Miguel crearon un Hospital para cuidar a los necesitados.

¿Y por qué no se construyó en un lugar alto de la ciudad? Tal vez sería por la condición anormal que pasaba la urbe con la acomodación de cristianos y reacomodo de moros y con la transformación de mezquitas en iglesias, aunque algunas, como la de San Pedro el Viejo, estuvieron abiertas al culto durante la dominación árabe.

Es un misterio este convento, pues basta hacer un dibujo de su cimentación para ver que tiene forma de llave. ¿Sería el monasterio, más tarde convento de San Miguel una representación del Reino de los Cielos, desde donde se entraría en él, con esa llave de sillería? Los fines con que fue utilizada, al principio, fueron los de

una parroquia, pues todavía se conserva la pila bautismal, y luego como hospital, función realizada por los cofrades de San Miguel, quienes parecen ser los que intentan que los hombres entren en el Reino de los Cielos.

En 1621 doña Ana de Santapau, mostró sus deseos de fundar un convento de monjas Carmelitas y su deseo fue escuchado porque la antigua iglesia románico-gótica estaba en ruinas y les fue concedida la iglesia el 9 de mayo de 1623 por la Cofradía de San Miguel, que todavía existe y además se les preparó un convento para que pudieran vivir. Vinieron a este convento tres monjas del de Sariñena, de las cuales dos eran valencianas.

Llegaron los tiempos actuales y don Javier Osés Flamarique, en el acto de inauguración de la restauración del monasterio de la Encarnación o de San Miguel, tuvo

un recuerdo especial para los obreros presentes en un lugar destacado y que durante cuatro años han trabajado piedra a piedra hasta dejar terminada esta restauración, que es... una encarnación de toda la riqueza histórica de nuestra Iglesia en la región de Aragón...

Pensad –continuó diciendo– que en esta casa hay una comunidad de almas orantes, de personas consagradas a la oración. El templo es el lugar de la oración, sepamos coger el mensaje de estas mujeres que... en vida oculta van ofreciendo a Dios y van fructificando de esa manera que contrasta con el dinamismo de nuestra sociedad en la que queremos ver siempre la productividad y la movilidad y sin embargo el designio de Dios nos dice que donde hay personas sencillas, humildes, orantes, ahí está también realizándose la gran fecundidad del Reino de Dios.

Vemos, pues, cómo desde la reconquista de Huesca hasta ahora, en el templo de San Miguel se adora a Dios y se hace bien al hombre.

Me ha hablado del monasterio un hombre que no ha estado nunca en él, pero que ha pensado mucho en sus misterios. Basado en que la iglesia de San Miguel Arcángel la mandó edificar Alfonso

el Batallador para agradecerle la ayuda que le había prestado en su victoria en una batalla, creyó que la puerta que desde el viejo cementerio miraba al Salto Roldán era una puerta iniciática por la que penetraban bajo su crismón los distintos caballeros que iban a formar parte de la Orden de Caballería del Temple.

El crismón está formado por un contenedor redondo donde se alojan las iniciales de Cristo escritas en griego y, a su lado, la primera letra del alfabeto griego, a saber *alfa*, y al otro la última, que es *omega*. Cristo principio y fin. Me dijo que allí tenía que haber una cripta o sótano donde se celebrarían ceremonias de la iniciación en la Orden con el fin de adquirir, además de valor, sabiduría, porque tanto en el crismón de la entrada como en el de la salida, en las bases de la letra *ro*, está la letra *sigma*, que lo indica. Yo no sabía si existió alguna vez una cripta, pero al preguntárselo a las monjas me dijeron que la hay, pero que está aterrada, porque no tenían dinero para recuperarla. Me añadió que tiene que haber en el monasterio un manantial de agua y lo que yo he visto es un pozo. Algo así se decía de San Miguel de Foces, en Ibieca, donde nadie lo conocía, pero lo encontraron.

La parte alta del templo está revestida por madera que me recuerda el estilo mudéjar y es de tres colores, a saber: uno negro, que representa la materia y la obscuridad; otro rojo, expresión de la lucha por alcanzar la luz; esta última está representada por la madera de color blanco.

Me añadió mi amigo que el monasterio tiene que revelar algún secreto, pues en los diez o trece kilómetros que lo separan de Salto Roldán u Osca, tiene que haber alguna ermita o cueva importante, y es que no puede olvidar que la vista desde la puerta iniciática es la del Salto Roldán y desde este, se tiene que ver San Miguel.

Al día siguiente, paseando por las orillas del río Guatizalema con un médico oscense me encontré con un antiguo pastor que yo conocía y, hablando hablando, me dijo que su suegro don Anselmo Santolaria, natural de Santolarieta, tiene un campo debajo de la Peña Men y a su lado se encuentra la antigua ermita de San Miguel, destrozada y debajo de una *ralla*, que se llama Soga o Estozaperros. Por Salto Roldán reconquistaron Huesca los cristianos, entre otras cosas preparando el castillo de Montearagón y allí construirían la ermita de San Miguel, y desde aquellas peñas se

fijarían en la puerta Sircata, al lado de un puente romano, sobre el Isuela. ¿Por qué no intentamos reconstruir dicha ermita, como se reconstruye el monasterio? Recordemos las palabras de don Javier Osés Flamarique cuando pronunció estas palabras: «Restauración, que es», así dijo, «una gloria de la Diócesis, gloria de restauración, una gloria de arte para la provincia y también una encarnación de toda la riqueza histórica de nuestra iglesia en la región de Aragón». En Tauste, el día 22 del mes de abril del 2002, han restaurado «el retablo de san Miguel que luce con todo su esplendor en la iglesia de Santa María, gracias a la aportación económica de la Cooperativa San Miguel».

Nos falta salir al sur del monasterio por la puerta por la que entra el público, sobre la que me dijo mi amigo que arriba tiene el cosmos presidido por otro hermoso crismón: por debajo pasa la inquietud psíquica o mental de los fieles, y en la puerta de madera está la materia.

Cuando el amigo me contó que había encontrado el agua en Foces, yo le dije que sus señores habían participado en la conquista de Valencia y que la ermita había influido en la arquitectura de su catedral, a lo que me respondió, después de pensar un poco, que por dicha ermita tenía que haber pasado el Santo Grial, cuando de San Juan de la Peña fue llevado a Valencia.

En una revista semanal de estos días de abril, se dice que el 30 de marzo se inició el camino entre San Juan de la Peña y la catedral de Valencia, que se



Interior de la iglesia de San Miguel  
o de «Las Migueltas» (Huesca)

efectuó a caballo. Dicen que han creado una asociación cultural, a la que llaman «El Camino del Santo Grial», «que será en un futuro la que capitaneé este proyecto».

Las palabras de mi amigo de Angüés han influido en mí y me han hecho pensar que, siendo san Miguel Arcángel protector de los cristianos y vigilante de sus caminos, desde San Juan de la Peña bajarían el Santo Grial por las iglesias y ermitas del santo y tendría que pasar por San Miguel de Men o del Salto Roldán, después por la iglesia de Huesca y más tarde se nos alejaría por San Miguel de Foces.

Me dijeron que San Miguel tenía secretos que revelar y a mí ya me los ha descubierto. En primer lugar hay que estudiar la sabiduría que encierra su arquitectura, la virtud que se ha desarrollado en su larga vida, después me han revelado la existencia de la ermita de San Miguel de Men, a la que hay que reconstruir, y Huesca debe hacer fuerza para que por ella, por la de nuestra ciudad y por la de Foces, se reconstruya El Camino del Santo Grial.

Me gustaría asistir a una ceremonia, como aquella en que don Javier procedió al rito del fuego «acercándose de nuevo al altar en cuyo centro había preparado un pequeño brasero con incienso, aromas y cerillas, echando nuevamente incienso en tu presencia y así como esta casa se llena de suave olor, que en tu iglesia se aspira el aroma de Cristo».

2002

## San Francisco y la Diputación

Han caído derribados los arcos de los Porches, que cual nuevos claustros civiles se elevaron en su tiempo, cabe y sobre el viejo convento franciscano. Bajo los claustros conventuales pasearon, pasando las cuentas del rosario o meditando, aquellos frailes franciscanos que cubrían sus cabezas con capuchas y ocultaban sus manos en las anchas mangas de sus pardos sayales.

Al abrigo de los nuevos arcos, como claustros laicos dedicados al prohombre Vega Armijo, pasearon a su vez los ancianos, los mozos y las mozas; aquellos conversaban sobre tiempos pasados y aventuras amorosas, que renovaban simultáneamente los segundos, que en ocasiones se escapaban por parejas al vecino parque.

Los adultos entraban en el Flor, discutiendo de negocios, de política, de guerras y de paces.

Bajo el suelo del bar estaban escuchando las conversaciones, yaciendo en decúbito supino (*resopinaus* decía un viejo de mi pueblo), aquellos franciscanos que otrora pasearan. Coincidió la capilla lateral de la que fuera iglesia, donde los rumores de rezos se escucharon, con el espacio donde más tarde nosotros acompañados de una copa o de un vaso, decíamos nuestras opiniones sobre los acontecimientos mundanales.

Aquellos muertos estaban bajo nuestros pies y al cerrarse la puerta y apagarse las luces del Bar Flor, comentaban en el silencio de la tumba y de la noche, la vanidad de nuestras vanidades. ¡Hoy ha venido el Rey!, decían unas veces, otras que el primer ministro del Gobierno; en ocasiones comentaban cómo aquel ministro que tanto había prometido en el palacio provincial tenía su cartera en peligro de perderla.

Pasaron por sus calaveras todas las teorías políticas, el conservar de los conservadores, el progresar de progresistas y antes las soflamas de los liberales y carlistas. Tal vez llegara hasta sus tumbas la humedad de lágrimas derramadas por cesantes y por viudas y huérfanos de las guerras.

¡Qué tristes sensaciones llegaban a sus huesos al percibir las ondas de la envidia, del afán de poder entre los políticos, del vicepresidente que aspiraba a robarle el escaño al presidente, de las promesas vanas a las gentes del pueblo con el fin de conseguir sus votos!

Después de muertos se enteraron que el amor, de que ellos no gozaron, era una trampa que la Naturaleza preparaba a los hombres por perpetuar la especie y alcanzar beneficios materiales con las dotes.

De sus dientes desnudos, al carecer de labios, no brotaban sonrisas, pero les daban ganas de batir mandíbulas en ataque de risa al escuchar, de una mujer o un hombre, juramentos de amor que hacían a diario a personas distintas.

Ha desaparecido la Diputación y con ella el Bar Flor y debajo, en sus tumbas tumbados, he conocido a dos frailes franciscanos. No llevaban cogulla, ni rosario; tampoco se notaban los vestigios de su modesto hábito religioso. Los contemplé desnudos frente al

cielo, desnudos no solo de sus ropas y sus carnes, sino también de toda vanidad y de ambiciones.

Eran esqueletos con sus brazos cruzados como en vida los llevaban tantas veces, pero estaban como felices y contentos porque estaban bañados por la luz de la que tanto tiempo carecieron.

Me acordé del poeta cuando dice: «Se ha de ver tu calavera, al final de la jornada, en las manos afiladas de un trapense o agustino y por donde hoy entran las locas alondras del pensamiento, por la fuerza del destino, ha de entrar un día el viento. *Memento*». Entraba el viento en sus órbitas y estaban desprovistos de vanidades. Volví a verlos varias veces porque me resultaban simpáticos, allí *resopinatos*. Eran muchos testigos de cuantas cosas pasaron y se dijeron en el centro de Huesca durante largos años y yo me los miraba y ¿me miraban? No lo sé. Las locas alondras del pensamiento entraban por sus ojos y el viento por sus órbitas, y pensé que todo muere; miserere de carlistas, liberales, presidentes, diputados, generales y soldados.

Fui hace poco a saludarlos y la joven arqueóloga que grácilmente se movía investigando por las zanjas, los había recogido en sendas bolsas de plástico. Aquellos armazones de huesos tan armoniosos que fueran en sus tumbas, se habían convertido en cúmulos óseos, informes, encerrados en sus bolsas.

La joven que respetuosamente los había recogido, me dio la sensación de que lo sentía, pero era necesario cumplir con su deber. Sonrió y tenía unos hermosos labios. Di gracias a Dios.

## Santa Quiteria de Tardienta

Cuando pasaba por Tardienta hacia Torralba, siempre me fijaba en la ermita de Santa Quiteria, colgada allá arriba en la sierra, hasta que un día me decidí a visitarla. Subí hacia lo más alto y el horizonte que se divisaba desde la altura que acoge a vuestra santa, no lo olvidaré en los días de mi vida.

Santa Quiteria, allá en la lejanía de los tiempos, poco más o menos en el siglo II de nuestra era, dicen que era la menor de nueve hermanas, a saber Genivera, Liberata o Librada, Victoria, Eumelia, Germana, Gemma, Marcia y Basilia, que con Quiteria hacen las nueve antedichas.

Si eran gemelas, como dicen, no sería la más pequeña, sino tal vez la última en nacer. Parece un poco extraño que en tan remotos tiempos sin implantes, trasplantes, probetas y demás puñetas, pudieran criarse nueve hermosas niñas sin tener un ligero tropiezo, pero fueran *medias*, o mejor «nonagésimas», o fueran de diversas edades, la cuestión es que su padre Catelio, más que por este nombre, merecería ser llamado *Catenazo* porque mató a todas las hijas menos a Liberata o Librada, que según indica su nombre fue la única que se libró o liberó del martirio.

Este dato me inclina a pensar que no eran gemelas, sino que Liberata por tener más experiencia, fuerza o picardía, se supo escapar; si hubieran sido todas de la misma edad, hubiera sido fácil que alguna más se fugara. ¿Dónde fue a parar Liberata? Explican los hagiógrafos que Liberata se refugió en un desierto para hacer vida de oración. No me extraña que santa Quiteria, imitando el ejemplo de su hermana, quisiera que su ermita la colocaran en otro desierto, en la sierra de Tardienta. Subí hace poco tiempo a vuestra sierra y después de recorrer caminos y caminos, solo pude ver conejos y cuervos como ese que acompañaba a san Antón en el desierto de Tebaida.

Quedaba en pie alguna paridera, pero otras eran lamentables recuerdos de cuando aquellos montañeses, que sabían hablar en aragonés, «*pajentaban as suyas obellas y crabas*». Las balsas estaban secas, pero vi una excavadora que estaba ahondando una de ellas con el fin de prepararla para recibir el agua, que va erosionando aquellos *tozales* cuando cae el cielo, aunque daba la impresión de que esos *tozales* desprenden más piedras que agua.

Al fin encontré un pastor de Tardienta cuidando su ganado; le pregunté que con quién hablaba y me contestó, con mucha filosofía, que como no podía hacerlo con personas, porque «*no en había*», lo había intentado con los conejos y los cuervos, y a estos últimos no podía sacarlos del cuá-cuá-cuá.

Me confesó que a última hora había llegado a la conclusión de que solo podía hablar con Dios. Nuestro Señor no le hacía mucho caso porque no le mandaba la lluvia cuando la necesitaba, pero él podía quejarse como Cristo cuando al Padre le decía: «Pase de mí este cáliz». Por otra parte a los del Gobierno ni podía pedirles, porque no gobiernan el tiempo, ni podía quejárseles, porque Madrid está muy lejos de la paridera.

Santa Quiteria también está en la sierra, como los pastores, pero no está tan sola como ellos, porque los tardientanos blanquearon su ermita, que se ve cercana, a pesar de estar tan lejos, por la blancura de la cal y aún más por la fuerza del cariño, que hace que sus devotos suban de cuando en cuando a hablarle y a pedirle.

No estará muy descontenta la santa, porque si no ya se hubiera ido, como se fue la Virgen de Magallón a Leciñena.

Tampoco hay agua en la ermita, pero eso no tiene importancia, primero porque los santos no beben, si no es *san Garrapasio*, y segundo porque los de Tardienta, cuando suben a verla, se llevan buen vino en botellas, en botas y si es preciso en *boticos*.

Cuenta la leyenda que cuando por Tardienta no pasaba el Canal, amasaban el mortero con vino. Pues que cuenten los de Almudévar si los tardientanos van a pasar sed en Santa Quiteria.

1985

## Sariñena

Cuando iba a la escuela, repetía cantarínamente y a coro con mis condiscípulos: «Los lagos de España son Gallocanta en Zaragoza, las lagunas de Ruidera en Albacete y el mar Menor en Murcia».

En el Alto Aragón siempre nos hemos acordado de lo ajeno y hemos olvidado lo nuestro, pues ¿por qué no nos nombraban la laguna de Sariñeña? ¡Qué poca visión de futuro tenían!, no se daban cuenta de que su laguna iba a ser más cantada que la de Gallocanta, pero no por gallos sino por ecólogos, zoólogos, políticos y por toda suerte de redentores de la humanidad y reventadores del hombre más próximo o prójimo de Sariñena. Han hecho más *ruidera* con la laguna de Sariñena que con la que solo hace ruido de nombre en Albacete. Y tienen intención de convertirla no en un mar menor sino en piélagos procelosos, con su pequeña Atlántida sumergida que sería Sariñena.

Sariñena siempre ha amado a su laguna con la que convivieron en armónica ecología durante siglos, pero un día, así como el reloj del abuelo de tan viejo se paró y la higuera de lo mismo se secó, el *alcanduz*, de tan antiguo, se *esclachó*.

Fue así de sencillo y nadie de Sariñena ha descubierto que los patos al elevar el vuelo, tuvieran cuatro patas. Ha venido la confusión

pues algunos han equivocado las patas de andar y en este caso también de nadar, con las posiblemente numerosas patas, esposas de los patos. Así me explico fácilmente que haya habido confusiones.

Al cegarse la salida de cerámica vieja de las aguas, estas empezaron a extender sus dominios con la intención de meter a Sariñena en la laguna, como lo está Méjico. Y al son de las aguas, un romántico ecólogo, no sé si patoso, pero amante de los patos, cantaba: «¡Guatizalema en un llano, Sariñena en una laguna, me he de comer esa tuna, me he de comer esa tuna!». Sariñena que no es tuna se defiende aunque le cueste la vida.

A este paso en lugar de hablar de la laguna de Sariñena, habrá que hablar de Sariñena del lago.

Los *alcanduzes* se hicieron para conducir el agua y los martillos se hicieron para batir en la fragua. Lo que pasa es que algunos, eso del martillo lo emplean para combatir herejes y otros para dar *ferrete*, no en la fragua para batir el metal, sino para hacer sonar el yunque ensordecedoramente y confundir a las personas.

A las gentes de Sariñena no las confunden pues tienen las ideas claras; ellos aman su laguna pues es suya y les gusta ver a los ánades nadar tan ágilmente, como torpemente andan, con su plumaje irisado y observar los nidos de las polleras de agua y de entre sus niños puede salir un ecólogo acostumbrado a tanta belleza. Solo falta que las aguas vuelvan a su cauce o *alcanduz* «como vuelve la tórtola a su nido».

De la misma forma que si canta el *porpuz*, es preciso quitarse el *capuz*, así si las aguas de la laguna huelen a *carnuz*, hay que darles salida por el *alcanduz*. ¡Que lo arreglen!

Y así sería más cantada que la de Gallocanta, pero no por gallos, sino por ecólogos y zoólogos y políticos.

## Sarsamarcuello

Este año de 2003 ha acabado su larga vida un hijo de Sarsamarcuello a los ciento tres años de edad. Se llamaba Félix Palacín y, según su sobrino, también nacido en Sarsamarcuello, no murió de ninguna enfermedad, muriéndose simplemente de viejo. Tan viejo sería que debió nacer al fin del siglo XIX, vivió durante todo el siglo XX y murió el siglo en que nos encontramos, a saber en el XXI.

Desde los Pirineos, que forman una barrera natural que nos separa al tiempo que nos une a Francia, se extienden unos quince mil kilómetros cuadrados que nos llevan a terminar la provincia en los secos Monegros. Estos territorios han ofrecido al hombre una variedad de formas de vida que han hecho de su historia el origen del reino de Aragón.

Dentro de los Pirineos se encuentra una depresión longitudinal, que llega desde la Canal de Berdún, por la Val Ancha, entre Jaca y Sabiñánigo, con las alturas de San Juan de la Peña y la Peña Oroel (Uruel), hasta la depresión en que se encuentran Fiscal, Boltaña, Aínsa y acabando en Benabarre.

Antes de llegar a la tierra plana se encuentran las sierras exteriores, entre las que están la de Caballera, separada de la de Loarre por los ríos Sotón y Riguel. Al sur de esta sierra de Loarre se halla el Somontano del Gállego, desapareciendo la continuidad del nivel, dando lugar a que los arrastres de tierras como la arcilla y la arenisca vayan dejando *mallos* de materiales más fuertes que, como los que se ven en Riglos desde el muro de Sarsamarquello, son impresionantes.

Debajo del Somontano queda la Plana de Huesca y la Depresión de Almudévar.

Y en esta noble tierra, en la montaña y huyendo de ella para bajarse a la tierra plana, por tanto tan cerca de una como de otra, en esta comarca de Loarre, nació el señor Félix Palacín, concretamente en el pueblo de Sarsamarquello. Y ese nombre de Sarsa equivale al de Sarasa, pueblo desaparecido cerca de Jaca, que pertenece a la lengua vasco-ibérica, que hablaban los ilergetes y que demuestra que los vascos son españoles, conservando palabras en nuestra geografía y en nuestros apellidos, aunque hayamos dejado de hablar el euskera.

Para subir a estos lugares se puede ir por Bolea y Aniés hasta Loarre o por Ayerbe, donde al pasar por él puede uno comprar tortas del mismo Ayerbe y también en casa del botero Castán se puede uno hacer con una bota con la que acompañarlas con vino.

Desde Ayerbe, también palabra vasco-aragonesa, se sube por la carretera que va a Loarre y a Bolea y desde ella se desvía para entrar en Sarsamarquello y en Linás de Marquello. Ambos pueblos pertenecen al somontano de la sierra de Loarre, aunque el sobrino del

centenario Félix Palacín dice que aquello no es somontano, sino montaña, ya que se encuentra a unos setecientos cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco metros de altura sobre el nivel del mar, pero existen alturas de mil cien metros de altitud, en una de las cuales se construyó por Ramiro I, una torre cuadrangular, que contribuía a la instalación de una cadena de castillos, desde el extraordinario castillo de Loarre, hasta el desaparecido de Murillo de Gállego. Del castillo cercano al de Loarre, es decir, de Sarsamarcuello, solamente quedan restos del siglo XI. Según me dice el hijo de Sarsamarcuello José Luis Ibor Lorés, solo queda un muro que cada año se reduce y corre el peligro de caerse. Cerca del mismo se encuentran dos ermitas románicas, una la de San Miguel y otra de la Virgen de Marcuello del siglo XII. En su proximidad se puede ver la vía romana, que permitía viajar al Pirineo y de allí a las Galias.

Quedan pocos habitantes en Sarsamarcuello y en Linás, pero cuando llega la fiesta de la Virgen se llena la comarca de hijos de la misma y de descendientes de ellos y cantan: «Virgen de Marcuello / qué alta que estás / bendice los frutos de Sarsa y Linás». ¡Cómo se demuestra que asisten a la procesión gentes de otros pueblos!, porque siempre se escucha a algún ayerbense exclamar «Y los de Ayerbe *nos tocaremos a faba*», como expresando los celos por no ser admitidos en la oración que reza por los de Sarsamarcuello y por los de Linás. En cambio los de Sarsa con los de Linás se entienden desde hace muchos siglos, pues después de la procesión que hacen por los alrededores de la ermita de piedra recogen a la Virgen, durante un año los de Linás y otro los de Sarsamarcuello.

Después de la fiesta solo quedan durmiendo en Sarsa unos treinta y tantos ciudadanos, y si vas a Linás te dará la impresión de que no queda nadie, porque me dijo José Luis: «Si vas *ta* Linás, ellos te verán, pero tú no los verás». Yo creo que eso que dicen de Linás pasa en casi todos los pueblos de la provincia, y además yo he comprobado la simpatía de sus hijos.

Pero no solo está llena la comarca de Sarsamarcuello y de Linás de construcciones, sino que también existen los lugares naturales desde los que se contempla, por ejemplo desde la Peña del Sol, toda la depresión del Gállego, con hermosas vistas panorámicas de su valle.

Una de las mejores vistas del conjunto de los mallos de Riglos se obtiene desde el Mirador de los Buitres. Desde allí se puede mirar cómo viven y vuelan, cómo se reproducen y alimentan esas aves y qué quietos y tranquilos están los mallos de Riglos, que se ven más bajos que el mirador, al contrario que si uno se los mira desde la carretera de Jaca, que los verá como unos enormes mallos que reinan en las alturas.

En estos panoramas vivió durante muchos años Félix Palacín, donde en ocasiones tuvo que pasar muy malos ratos y en otras gozar en los límites que Ramiro I guardaba al antiguo reino de Aragón. Su oficio principal fue el de esquilador, que era un oficio en el tenían que trabajar con más intensidad cuando llegaba la época de esquilar las ovejas, porque el resto del año debía esquilar las caballerías, para lo que le avisaban los dueños de las mismas. Ahora los esquiladores disponen de aparatos más cómodos que aquellas tijeras de antes porque esquilan con máquinas eléctricas, pero el señor Félix tenía que ponerse lana en las manos para que el roce con las tijeras no le produjera úlceras en ellas. Tenía que tener un gusto artístico para hacer a las caballerías unos dibujos en las ancas y dejarles en la parte alta del cuello un adorno con las crines, al tiempo que la cola o rabo unas veces los dueños la querían corta y otras larga.

Muchas veces tuvo que ir a cuidar el ganado caprino y el lanar por esas subidas y bajadas, tanto que aún de viejo siempre estaba con tres o cuatro cabras, de las que a una tenía que clavarle una clavija en el suelo y atarla a ella con una sogueta.

Había trabajado toda su vida y tuvo que seguir haciéndolo después de muy viejo para ganarse la vida.

En la provincia de Huesca se ha dado y se está dando el abandono de numerosos pueblos, cientos de ellos, en hermosas tierras como las que hemos visto en la sierra de Loarre, y es triste y produce desaliento su contemplación, y en esos pueblos se ha dado el desarraigo de cientos de hombres y mujeres, que como Félix, cuando vivía en Huesca, se acordaba de ellos.

Además algunos tienen dificultades para reunir la cantidad de dinero que les piden para retirarse a una residencia de ancianos, como si el señor Félix no se hubiera pasado toda su larga vida trabajando por la sociedad humana.

## Selene, vista desde Siétamo

Me he encontrado con mi amigo el herrero del pueblo y me ha dicho que en su lugar de origen, Tamarite, dicen de la luna, cuando tiene a su alrededor un halo: «*Cuan la luna fa redol... señal segura de aigua*».

Pasa lo mismo en Siétamo, que cuando ese cerco es muy pronunciado, los campesinos, que siempre se lo miran, dicen que va a llover.

Observo, muchas veces, a Selene desde el mirador de mi casa campesina, que mira hacia el río, y me acuerdo de haber leído la impresión que en el año 1936 le produjo a un catalán que venía del este la luz de la luna reflejándose en el río Guatizalema.

Presenté el día 26 de octubre un libro de la periodista zaragozana Rosario Parada, que se titula *Entre dos fuegos*, y entre dos fuegos se pasa la vida, porque el año 36 el reflejo de los rayos de la luna en el río anunciaban una guerra, y en 1995 la falta de esos rayos en el agua del río que ya no baja nos producen los tiros de la sequía.

Sí, la luna dicen que influye en el tiempo atmosférico, en las siembras, en la fermentación de los vinos y en las mareas. El mes lunar también afecta a las mujeres y hombres en su comportamiento.

Habitualmente, la luna está allá arriba muy formal, observando atentamente a los enamorados, a las ginetas, a los búhos, a todos esos animales de vida nocturna, cuya visión es un privilegio de la luna o de aquellos otros animales domésticos a los que nos llamaban a visitar a los veterinarios por la noche y que los humanos, en general, difícilmente pueden ver. He dicho en general porque el panadero de Alcalá del Obispo, cuando por la noche iba con su furgoneta a repartir el pan por aquellos pueblos de la ribera del río Guatizalema, veía a las nutrias cruzando la carretera.

Me llamaron cierta noche a Bolea, desde Esquedas, y fui en la moto, bajo una luna que iluminaba a los caminantes campesinos, a los noctívagos ciudadanos, que salían de los cabarets y a mí, que gozaba de sus rayos. Llegué a la cuadra, donde estaba malpariendo una vaca, y se me pidió que salvara, por lo menos, a la madre. Una señora encendió una lámpara de aceite ante un cuadro de san Antón, patrono de los animales. Me acordé de que en Huesca, en

casa de Güerri (conocida también por sus amigos como casa del Medianero), la víspera del santo se quema una hoguera en cuyas brasas se asan patatas, y pasan parte de la noche bajo la luna cantando «Antón, Antón pirulero, cada cual, cada cual que aprenda su juego». Traté de aprender el mío, es decir, mi juego, y entre san Antón, que jugaba conmigo, y yo mismo salvamos la vaca y el ternero.

Pero la otra noche, pródiga en nubes sueltas, aceleradas por el viento, parecía que la luna estaba alunada, traviesa. Corrían, o mejor dicho volaban, las nubes y daba la sensación de que lo que volaba era la luna que, al ser ocultada o semitapada por las *boiras*, hacía guiños picarescos y jugaba al escondite como una odalisca que bailara una danza de múltiples velos nubosos.

Hace muchos años que san Antón y la luna hacen discutir a los hombres, pues ya en 1781 don Francisco Dieste y Buil, vecino de la villa de Lanaja y «Apoderado General del Cuerpo de Ganaderos de las montañas y tierra llana del Reyno de Aragón», ya escribió un *Tratado económico*, dividido en tres discursos de los que el primero trataba de la «Crianza de gallinas y considerables utilidades que producen a su dueño», en el segundo hablaba de la «Compra de primales para venderlos al año siguiente por carneros» y en el tercero explicaba el «Modo de procurar la extinción de Fieras perjudiciales al Ganado y aves domésticas y que las de rapiña sean menos».

Y san Antón con su refrán «*Pa San Antón la gallina pon*», porque se alargaba el día el 17 de enero y la luna con su luz y las hogueras que por la noche se hacían, le inspiró la siguiente frase: «El ministrar en el invierno la tercera comida a las diez u once de la noche, aunque parece hora incómoda, es muy útil, a causa de que en lo posible se deben repartir las veinte y cuatro horas del día en tercios iguales, poco más o menos».

En el tercer apartado que habla del «modo de procurar la extinción de Fieras perjudiciales al ganado y aves domésticas y que las de rapiña sean menos», explica «que si el corral está plantado de árboles, es muy bueno para la defensa contra los milanos y otras aves de rapiña que se abaten a las gallinas; sobre que harán mucha sombra, que en verano será provechosa para que se defiendan del ardor del sol las gallinas».

¡Cómo busca el señor Dieste, en 1781, contemporáneo del conde de Aranda, natural de Siétamo, que el todopoderoso sol reduzca sus rayos sobre las aves productoras, y cómo busca el suministro de pienso, con la modesta luz de unas teas, para comerlo a los rayos de la luna!

Pero, para acabar, diré que la luna ya no es la misma, pues ha sido desvirgada por americanos y rusos, que quieren extender su imperio (como el sol) más allá de las estrellas.

Yo viví mi profesión lleno de salud en los pueblos donde se considera a la luna, y la acabo en la ciudad, donde no es conocida y se me apoderó la enfermedad. Ahora después de profanado su encanto, todos dicen que es estéril. Yo no les creo, y es que quizá esté un poco alunado, ya que soy interino, como la luna, y por eso me despido con esta copla del Cancionero de Upsala, que dice así:

¡Ay!, luna que reluces,  
 ¡toda la noche me alumbras!  
 ¡Ay!, luna tan bella  
 Alúmbrame a la sierra,  
 Por do vaya y venga,  
 ¡Toda la noche me alumbres!  
 ¡Ay luna lunera, cascabelera!

1995

## Siétamo

Antes, un antes del tiempo que casi todos los de Siétamo hemos vivido, el mundo se dividía en dos, a saber, uno el urbano y otro el rural. Cada cual vivía a su estilo, dependiendo el uno del otro, porque el campo vendía a la ciudad los alimentos y la ciudad al campo los objetos para la labor en la tierra, en la casa, y le hacía los papeles del notario, del juzgado, llamaba a sus mozos al servicio militar y ¡cuántas mozas iban a servir a la capital!

Hoy el ambiente ha cambiado, haciéndose más grandes las ciudades; los pueblos, en cambio, se van haciendo más pequeños, habitados escasamente por viejos, y algunos cerrando ya todas las casas. Es triste pasar por diversos pueblos del Somontano, donde ya no queda casi gente o esta se encuentra desaparecida, como en Bastarás. Pero Siétamo se encuentra muy

cerca de Huesca, ejerciendo una atracción turística sobre ella. Hoy está declarada la sierra de Guara como Parque Natural y nosotros estamos debajo justamente de su cumbre más elevada (2077 metros), y desde muchos puntos de Siétamo, por ejemplo en la entrada a la calle del Valdecán, junto a la pared de la herrería, se ven el Pico Frachinito, el Tozal de Guara y la Punta del Este; se divisan también los edificios del pantano de Calcón, encima de Coscullano, viéndose más a la izquierda las arrugadas rocas por debajo de las cuales se pasa al bajar a San Cosme y San Damián, y por delante del pantano de Vadiello se interpone el Bullitero, que el río Guatizalema lo parte, dejando a su izquierda a La Almunia del Romeral y a la derecha a Santa Eulalia la Mayor, por la que se puede subir, andando, a Nocito, donde se encuentra la iglesia de San Úrbez. Es lamentable que por Vadiello no tracen una carretera que conduzca a Nocito, que sería un punto turístico maravilloso para toda la Hoya de Huesca. Subiendo por esos caminos se pasa, entre otros lugares por Isarre, pueblo hoy desaparecido, que en vasco quiere decir «lugar bajo», en contraste con Guara, por cuyas gargantas se pasa y que algunos asimilan a *Gora*, en vasco «arriba». Más a la izquierda y pasando por San Julián se llega a San Martín d'a Bal d'Onsera.

Desde Siétamo se puede acceder con gran facilidad a dichos lugares subiendo por la carretera de Castejón a Arbaniés y siguiendo por la carretera que lleva a Aguas. Una vez en ella se puede elegir, por ejemplo, ir por su derecha y, antes de llegar a Aguas, subir por la carretera que nos llevará al Calcón, donde se puede admirar este pequeño retén de agua alimentado por los ríos Calcón y Formiga, siendo un placer verlo lleno de agua, de la que no sale casi nada, aunque ahora parece ser que han instalado las tuberías que la bajan a Angüés y a otros pueblos. En la tierra baja a esas aguas les darían utilidad inmediata, en tanto que en estos pueblos del Somontano están indecisos, entre otras cosas con la concentración parcelaria, necesaria para la puesta en riego de la comarca. Desde el mismo lugar y junto a las oficinas se coge un camino hacia la izquierda, que baja por la sierra de Guara, rodeado dicho camino por pinos y carrascas, que conduce al santuario de San Cosme y San Damián.

Siétamo, si lo sabe llevar, tiene porvenir turístico; este año celebramos el doscientos aniversario de la muerte del conde de Aranda y se han arreglado sus murallas iluminándolas. Tenemos una zona, sobre la Paúl, de elegantes chalets y ahora se ha iniciado la construcción de cuarenta y ocho viviendas. Tenemos un modelo a imitar en el pueblo zaragozano y monegrino de Perdiguera, cuyo alcalde quiere que se cree el Parque de las ermitas de la sierra de Alcubierre, que se utilice el plan de la cooperativa de siembra, que se desarrolle la cultura del agua en los Monegros y se cultiven las rutas naturales por la sierra de Alcubierre. La misma compañía que trabaja en Siétamo para la creación de las cuarenta y ocho viviendas las tiene ya acabadas en Perdiguera. Nosotros también podemos crear un parque de santuarios en nuestra zona, pues tenemos pinturas románicas en la iglesia de Arbaniés, que está siendo restaurada, en Liesa existen tres iglesias, una de las cuales es su notable ermita románica, de la que salieron las famosas tablas, una de las cuales se encuentra en la Diputación Provincial y que está muy cerca de la iglesia de Foces de Ibieca, como cerca de Arbaniés se encuentra la iglesia de San Miguel de Barluenga con varias pinturas románicas, destacando la imagen de san Miguel.

La cultura del agua la tenemos parada en Siétamo, teniendo derecho al riego con el río, como se pone de manifiesto en nuestra jota de «Los señores de Siétamo / pusieron el monte en huerta / y “pa” la Virgen de Nunca / baja el agua por la acequia». Tenemos las escrituras de la venta del agua del río Guatizalema de Sipán, de Arbaniés y de Castejón, acompañada del plan del año 1840, para regar una gran parte del monte de Siétamo y por fin hemos hecho la concentración parcelaria, totalmente necesaria para regar los montes, siendo el primer pueblo del Somontano de Huesca que la realiza. En cuanto a rutas naturales, en este artículo hemos expuesto las de la sierra de Guara, sin descontar la de los castillos, empezando por el castillo de Siétamo, siguiendo por el de Argavieso y acabando por el de Novalés.

Todos los hijos de Siétamo se preocupan de tener alguna fotografía o algún cuadro del castillo-palacio del marqués de Torres y señor de Siétamo y se alegraron al ver cómo empezaban a restaurarlo, pero aquello se abandonó. Hoy debían pensar

en la restauración del torreón y tal vez sería útil, con tal fin, la ayuda que prestan los constructores de las autovías.

Está proyectada la autovía Lérida-Pamplona y parece ser que quieren que pase por Siétamo, lo que contribuirá a que se sigan construyendo viviendas, con lo cual no desaparecerá la villa. Quedarán, desde luego, muy pocos labradores, pero crecerán la industria y el comercio.

Cuando nos hablan de Perdiguera nos despistamos y lo confundimos con La Perdiguera, que está en la provincia de Huesca, pero hemos de pensar que está al lado de Leciñena, que limita por la sierra de Alcubierre con Torralba de Aragón y pertenece a los Monegros, que abarcan pueblos de Huesca y de Zaragoza. Habla su alcalde diciendo que Perdiguera tiene que pelear con Zaragoza en la conquista de población, en lo que ya ha conseguido cincuenta viviendas. Nosotros, más calladamente, hemos conseguido arrebatarle población a Huesca.

El complemento de estas ideas sería encontrar a alguien que quisiera invertir en su realización.

1998

## El Somontano

El sonido de los nombres del territorio oscense resuena en mi sesera con un eco ancestral, y desde Siétamo es un gozo observar los paisajes del pie de la sierra tan austeros, las sardas de *coscollos* agresivos, los *sasos* de tierra roja (*roya*) y liebres corredoras, los olivares productores de aceite para alumbrar el candil, los carrascales de bellota dulce que devoran las palomas torcaces (*trucazos*), la flor del almendro que se desmaya en los *almendreras* y algún granado cuyas *minglanas* se abren en la ladera de algún viejo castillo.

Son sus huertos recoletos, rodeados muchos de paredes de piedras areniscas, como una prolongación de la casa, en forma de despensa natural. Otras veces el *casal* está allá arriba, en el *tozal*, y el huerto en la *fondura*, en la cuenca del río o de la fuente. El altoaragonés ha luchado durante siglos por su patrimonio familiar y se le desgarraba el corazón cuando tenía que vender su viña, su *demba* o su *cuatrón*, pero su ruina humana era irreversible cuando tenía que entregar las llaves del *ortal* y del *casal*. ¡Dios mío, qué pueblos

tan bellos en los altozanos!, con casas de noble arquitectura, de piedras labradas con arte y con amor por aquellos *piqueros* de músculos hercúleos, de los que aún recuerdo a *siño* Julián. Tienen las casas sus accesos por arcos, a veces coronados por un escudo infanzón, donde es frecuente ver el árbol de Sobrarbe y las cuatro barras de Aragón.

Y si son sonoras las aguas en el cauce de sus ríos, no lo son menos sus nombres en los oídos del viajero: Guatizalema, Calcón, Formiga, Tachera...

No se ven viejos mirar desde la barbacana del palacio, a la puesta del sol, a ver si vuelven los rebaños, ni se escucha el reír de los niños y las niñas invocando la lluvia con su alegre canto «¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!». Ya no esperan los mozos a las mozas casaderas, escondidos tras la fuente, requiriéndolas de amores.

Poco a poco se convierten en parques naturales, abandonados de los hombres, los términos del territorio oscense; solo los puebla, oculto por los carrascales, el jabalí hozador y el cuervo por los aires.

Parece que van creando, mentes calculadoras y lejanas, espacios vacíos de gente aragonesa, en éxodo obligado de su pueblo de origen, para que dejen maquiavélicamente su lugar, a gentes que, ignorantes de la *fabla* y de la noble lengua castellana, se encontrarán muy placenteras, investigando una cultura que dirán que existió en la provincia de Huesca.

Pide el pueblo sencillo que pongan en *regano* sus pequeñas comarcas con pantanos y canales, que comuniquen el valle de Nocito con una carretera o por pista forestal. Una comunidad existiría de pequeñas *redoladas*, que unas con otras conjuntarían un país. El pueblo lo pide, sin fe de conseguirlo, porque lleva ya años de olvido y postración. Y con sus cuerpos duros, hechos a la intemperie, como el cisne cuando va a morir lanza su queja al aire, como diciendo que esto se acaba; pero afirmando que no coinciden con los procesos de los cerebros electrónicos. Van a morir como labradores y te saludan, ¡oh, Alto Aragón!, con una pena trágica de profetas menores, coincidente con la tragedia inmensa de un profeta mayor: Joaquín Costa.

Las grandes capitales, de largas avenidas y profundas galerías por donde van el metro y los desagües, son sistemas de vida artificiales, son lugares de paso, no como nuestras comarcas, que son lugares para vivir en ellos. Hacen en las ciudades cálculos para programarnos y nos condenan a desaparecer como entes vivos. Viven los labradores de su trabajo y lo reparten a las industrias y al artesano. Ya no cubren los gastos de sus labores y, si pudieran, se lanzarían a la ciudad para aumentar la masa de parados. Tienen los labradores y ganaderos derecho a participar en sus destinos, porque si España es variada y múltiple, variadas y múltiples han de ser sus opiniones; que no valga tan solo el pensamiento de las largas chaquetas en inmensos despachos y de chaquetas cortas en oficinas provincianas. En buena democracia hay que contar con la opinión de todos, pues el hombre, cuando se siente comprendido, está siempre dispuesto al diálogo.

Huesca y su comarca son tierras eminentemente agrarias: defender al labrador es defender tales tierras. Ya habrá otros que protejan los altos hornos en Bilbao, las textiles en Cataluña, las ferias de Sevilla o las Fallas de Valencia.

## Tafalla

Bajando de Pamplona a Zaragoza, y a unos veinte kilómetros de aquella ciudad, se encuentra Tafalla. Antes de llegar a su núcleo clásico proliferan a un lado y otro de la carretera los polígonos industriales. Se ha convertido la ciudad, a pesar de su escasa distancia a Pamplona, en un núcleo industrial. Se cruza en la ruta una sierra poblada de carrascas y al norte de ella, desde donde se ve Pamplona, se alzan los restos del castillo de Tiebas, que lo quemaron las tropas del duque de Alba aproximadamente en 1512.

Estamos en una comarca de clima submediterráneo, como el de sus vecinas aragonesas las Cinco Villas, y para contemplar dicha comarca y las que le rodean, lo mejor es subir al parque eólico de la sierra de Guerinda, donde se encontraron restos de un molino harinero de viento, que está reconstruido y que recuerda a los de Almudévar los restos de los suyos. A ver si esta reconstrucción los anima a hacer lo mismo con alguno de ellos. Subiendo a la cumbre del monte Guerinda, de 878 metros de altura, veremos, si el día es

claro, media Navarra; hacia el sur se contempla el elevado pueblo de Ujué, en la parte más alta de la sierra, y más abajo San Martín de Unx, donde en sus bodegas se venden unos vinos excelentes, y debajo de todo se encuentra el piedemonte de Tafalla-Olite. Si alguno lleva prismáticos podrá ver detrás de él las Bardenas y el Moncayo. Si observamos por el norte divisaremos las tierras de la Valdorba, la Peña de Unzué y, desplazando la mirada a la izquierda, la sierra del Perdón y nos conducirá los ojos a ver y recordar Montejurra.

Decidimos ir a Ujué, pueblo elevado con una iglesia-castillo con sus torres que alberga una colegiata. Es impresionante observar media Navarra desde tal altura y detenerse a gozar de la bella silueta del castillo de Olite. Me recuerda nuestro Alquézar, con cantidad de restaurantes, hoteles y bares y donde se da una gran oferta de venta de almendras garrapiñadas, debido a las grandes cosechas que de ellas cogen en su clima submediterráneo. Soplaba viento frío en tal lugar y decidimos bajar, lo que hicimos, y al llegar al empalme con la carretera de más circulación pudimos marchar hacia Aragón por Sangüesa, que está a orillas del río del mismo nombre y en la frontera con Sos del Rey Católico. La madre del niño que llegaría a ser rey de Aragón y más tarde de España al casarse con Isabel I, se encontraba en la villa navarra y, a punto de dar a luz, tuvo que ser llevada a Sos, con toda prisa, para que naciera en su reino don Fernando el Católico. Es Sangüesa un pueblo lleno de arte arquitectónico, con industria, y parece ser que van a regar su monte con el pantano de Itoiz, en tanto que Sos del Rey Católico, después de haberse quedado despreciada de la capitalidad de las Cinco Villas, se quedará de secano. ¿Cómo no se comunican estas villas más con Navarra, para que en lugar de despoblarse, se instalen industrias?

Pero no fuimos a Sangüesa, sino que nos dirigimos a Tafalla, donde no soplaba el aire frío, como lo hacía en Ujué, y uno recibía la impresión de haber llegado a la capital de la comarca por su clasicismo y por su desarrollo industrial; este lo contemplamos al bajar de Pamplona, pero su clasicismo lo comprobamos al pasar por una gran plaza que hay al lado de la carretera, un poco sobre ella, y a la que se sube por unas escaleras de unos pocos peldaños.

Aparcamos y subimos por ellas y contemplamos unos arcos o porches enormes y todos de piedra; presidida por esos arcos había una calle cubierta con locales de comercio, bares y garitas donde vendían obsequios para niños.

Me llamó la atención un restaurante, en el que entré cuando estaban preparando los distintos salones para celebrar alguna boda y su dueña me atendió maravillosamente, ya que en lugar de despacharme, pues ella misma dirigía la serie de operaciones que había que realizar, me explicó todo el ambiente del restaurante; este era el de un museo de categoría, porque en él estaban colgados cuadros religiosos antiguos, representando santos y obispos, otros del siglo pasado de pianistas y compositores, que pendían de la pared, sobre pianos de cola y sin cola y armonios; se veían esculturas, unas de carácter sagrado y otras paganas. Al marcharme la felicité por poseer tal mundo artístico, pero sobre todo por no cesar en el interés por su trabajo.

Dentro de la plaza había un kiosco parecido al de Huesca y un monumento laico, casi igual que el que tenemos en dicha capital, en el cementerio de Las Mártires, dedicado al republicano don Manuel Abad, que fue fusilado en Huesca el día 30 de octubre de 1848 después de ser entregado por mi bisabuela doña Margarita Vallés a las tropas de Isabel II con la condición de que no fuera fusilado. Con esta detención se acabaron los privilegios de los infanzones. Ahora descansa aquel republicano en la ciudad donde nació, aunque otros dicen que vino al mundo en Siétamo. El monumento de Tafalla, igual que el de las mártires enterradas en el monasterio de Leire, solo tenía escrita la fecha de 1845.

Fuera del cubierto de los arcos paseaba acompañado de varias elegantes damas un señor vestido de negro con un largo abrigo y, cosa extraña de no tratarse de Navarra, iba cubierto con una enorme y elegante boina, lo que es difícil de ver fuera de esta zona, entre otras razones porque más al sur, ya en el Ebro, el cierzo las de tal tamaño las pasearía por el aire. En el restaurante pude ver unos cuadros de gallardos militares carlistas que llevaban unas boinas iguales que la del señor que pasea por Tafalla, con la diferencia de no ser negras sino con algún colorido. Parecía un gran patriarca que daba la impresión de que habrían vivido siempre él y sus antepasados en una continua preocupación por Tafalla. Al

ver tal signo de conservadurismo o de tradición me acordé de otro hijo de la misma ciudad, también hombre de gran tamaño corporal y sobre todo espiritual, que fue un progresista entre los obispos españoles; se trataba de nuestro querido y ya difunto don Javier Osés Flamarique, enterrado en la catedral de Huesca, donde pasa el tiempo y todavía le ponen flores delante de su tumba de piedra. Al pensar en él, me acordé de sus hermanas, que viven en tan clásica y próspera ciudad.

Es bueno que haya ideas que respetan los tiempos pasados en que se construyeron castillos como el de Olite o el de Ujué y más tarde la plaza de Tafalla; en aquellos tiempos construyeron molinos y hoy los reconstruyen. Por eso también es bueno que haya gentes que se dediquen a crear industrias para que la población pueda vivir con dignidad, y así parece ocurrir aquí, donde hay celo por el bienestar de sus habitantes, pues no habiendo cine, la juventud se aburre y, ante la petición de los jóvenes y de sus padres, se ha levantado una casa a la misma juventud como alternativa a la calle, con la oportunidad de poder asociarse para aglutinar toda clase de actividades.

Al pasar por Navarra, queda uno impresionado por el número incalculable de «navarrerías», que uno contempla y escucha.

2002

## El tiempo en Salinas

El día 30 de mayo del año 2001, en el que nos vamos desenvolviendo, me encontré con mi amigo Sebastián, que tiene un concepto del tiempo, dados su noventa y ocho años, más claro que el mío, pues me recordó que en tal día se celebraba la fiesta de San Fernando, rey y patrono de España.

Estos días, según dicen la televisión y nuestros asados cuerpos, han subido las temperaturas, a pesar de estar en primavera, más que en los veranos del recién pasado siglo XX, siglo que el veterano Sebastián Grasa conoce mejor que el resto de los habitantes del pueblo de Siétamo porque me dijo que nació en 1903 y, para más detalle, el día 2 de noviembre. Al encontrarlo, nos pusimos a hablar del tiempo y me hizo observar unos nubarrones, de los que hacía unos días no se veía ninguno en nuestros cielos, pero aquel

día treinta de mayo, por la tarde y en pocas horas, se habían ido situando por encima de las sierras de Gratal y Guara y se comenzaba a notar el sople de un aire que aliviaba el calor.

Yo le dije: «¡Cómo aciertan en sus pronósticos estos hombres y mujeres de la televisión! Yo creo que mañana quizá se noten signos de tormenta». Y Sebastián me contestó: «Sí, pero que no caiga alguna tormenta como aquella que nos fastidió en la *pardina Ferrera*, cercana a la sierra de Santo Domingo, en la provincia de Huesca y que llega cerca del pueblo de Longás, en la provincia de Zaragoza». Añadió que estaban el 28 de junio labrando la tierra que había estado sembrada de veza, ya recogida, y observó cómo unas nubes blancas y otras negras daban vueltas sobre la sierra de Santo Domingo, *güegante* con el monte de Biel, y exclamó: «¡Me parece que va a caer piedra sobre nosotros y sobre nuestros bueyes!». Y le contestó un *boyatero*: «¡Calla, que tú siempre ves venir cosas malas!». Pero rápidamente llegaron aquellas *boiras* sobre la finca y empezó a caer una terrible *pedregada*, con unas piedras redondas de hielo, como huevos de gallina, dándoles el tiempo justo para quitarles las clavijas a los bueyes y hacerlos entrar en el corral. Aquel maldito fenómeno atmosférico duró unos veinte minutos, que se hicieron eternos, y al ir a mirar los trigos, vieron cómo no había quedado una sola espiga, ni siquiera paja, tan necesaria en aquellos tiempos para echarles cama a los animales y para darles de comer. Al recorrer los campos pudieron ver cómo hasta los *buchos* se habían quedado sin hojas e incluso se vieron muertos algunos conejos, perdices e incluso liebres.

Entonces yo le pregunté: «Y esto, ¿en qué año ocurrió?». Y él me contestó que eso había pasado el 18 de junio de 1930. Se sintió muy desgraciado porque entonces no había seguros como ahora y tendría que pagar el arriendo de la finca, pero luego se le notó una reacción positiva, porque dijo que el año siguiente ya cogió buena cosecha.

Pero hace ya setenta y dos años que se dio cuenta de que allá en Salinas de Jaca no se podían comprar máquinas para cultivar la tierra ni había hombres para trabajarla y tuvo que emigrar a Siétamo. Allá sigue la finca, pero no cultivada, sino explotada por una sociedad de cazadores vascos. Hoy parece que está ocurriendo lo mismo en el Somontano y en la tierra baja. ¿Qué pasará con la agricultura dentro de no tantos años?

Ahora allá en Siétamo lo tenemos con sus noventa y ocho años, con el viejo temor de que vuelva otra vez una *pedregada*. Pero yo le pido al Señor que, aunque sea para que Sebastián llegue a los cien años sin sufrir, que estos días venideros refresque, pero que no caiga pedrisco.

## El Tiro-riro en la calle de la Malena

El Tiro-riro era el baile de moda en los años cuarenta y ahora en los noventa y en los dos mil resulta que «enrolla mucho más». Eran las canciones de entonces más ingenuas y más optimistas y ahora son más desgarradoras, más aulladoras, sobre todo cuando las cantan en inglés y hacen que los cuerpos se distorsionen y se contorsionen, contrariamente a aquellas que hacían a los cuerpos balancearse y cimbreadse «como la caña de un pescador». El sedal de la caña se enreda y se enrolla, como sigue enrollando el Tiro-riro, pero de todas formas a mí no se me enrolla más que me enrolló en los años cuarenta y poco pico más.

Fue en la calle donde las Magdalenas, hetairas o pecadoras ejercían la, por algunos llamada, más antigua profesión del mundo; aquella calle que en ocasiones no era calle, que era río, río de «hombres necios que acusáis a la mujer de lo mismo que buscáis», aquella calle que oficialmente se llamaba de Pedro IV y popularmente la llamaban *calle de la Malena*.

En aquella calle me vi azorado, embarazado o enrollado mucho más que ahora, cuando pasando con varios muchachos, congregantes marianos que acompañábamos al portugués padre Da Silva, escuchamos el sonido encantador del Tiro-riro que surgía del balcón de una de esas casas. Cantaban las mujeres acusadas, acompañadas por el sonido xilofónico de las cucharas que percutían sobre botellas escanciadas a diversas alturas.

El padre Da Silva, emocionado al escuchar músicas lusitanas tan lejos de su tierra, se conmovió como cualquier aragonés lo hace al «escuchar la jota si está lejos de su tierra», y preguntó de quién eran aquellas angelicales voces, y mis compañeros y yo nos quedamos enrollados, mucho más que en los pasados años cuarenta enrollara el Tiro-riro y mucho más que lo sigue haciendo, ahora, en los noventa y en los dos mil años de nuestra historia.

## Torralba de Aragón

Es esbelta su torre y elevado el *tozal* donde se asoma. Va vestida de mora, con encajes no de blonda, sino elaborados con ladrillos mudéjares. En lo alto, la cruz se decanta empujada por cierzos de fuerza titánica que circulan eternos por los pagos de Torralba, tanto, que a esta zona la han llamado la «cabañera del aire». Los ojos de tus ventanas miran hacia las montañas por el norte y otearon mil cabañas que bajaban a los pastos de tu sierra y contemplaron correrías, por la misma, de bandidos generosos: el «Cucaracha» y compañía. Se ocultaban por los pinos, los sauces, los tamarices, en ontinas y romeros y en el Barranco Palmeras. Veías cómo hombres y mujeres iban a apagar su sed a la balsa, que todos llamaban buena, y a las bestias de labor cuando abrevaban ansiosas en la balsa que conocían por mala. El viento que de Navarra venía por la amplia vía, llamada La Violada, violaba cada día los rostros de tus pastores, de tus niños y mujeres, de tus cultivos resecos. Y allá al fondo, las ermitas: Santa Elena, San Caprasio, San Simón y los Monegros profundos que esperan su redención.

¡Teodoro, Teodoro!, ¿cuántos surcos has abierto en esas tierras sedientas, en esos campos ardientes, en esas fajas bravías? Tan bravas como sus hombres desafiando el relente, las *rosadas*, los soles y ventoleras, que plasmaban un ambiente donde corrían las liebres, donde rodaban las plantas que llamaban *barrileras*. El *o* y la *a*, artículos de tu *fabla* aragonesa, sonaban duros, no dulces, como sueñan en Galicia, en esas tierras húmedas.

Tus campanas suenan tristes, bella torre de Torralba, porque amenaza la ruina a tu estructura mudéjar. Los estorninos, pájaros que visten unos de negro y otros de pardo plumaje, se acercan a visitarte y sus silbidos no entiendo si dicen burlas o lloran tu decadencia.

¡Pobre torre de Torralba, pobre torre torralbera, de Torralba del secano, de Torralba del Canal, de Torralba de Aragón!

Se lo dedico a Mariano Bercero, el *agüelo*, a quien los aires de la sierra han endurecido su piel, ocultando su sensibilidad, como a tantos aragoneses, porque la aspereza de su tierra los ha modelado así por fuera, pero por dentro lloran cuando escuchan una jota.

## Último café cantante

Resulta esplendorosa la gran ciudad cuando uno llega a ella desde el pueblo. Aquellas avenidas no parecen tener fin, son las calles más anchas, las columnas más altas y más gruesas, las gentes más numerosas y parecen eso, más gentes, aunque creo que individualmente son tan personas como las demás. Las tiendas son como torres de Babel, en las que no se suelen dar los buenos días ni las buenas tardes, y aunque algún despistado los diera, nadie le contestaría.

Supongo que entre tantos pobladores habrá más muertos que en los pueblos, pero no ve uno entierros y, sin pretensión de faltalles, da la impresión de que los muertos pueblerinos son más muertos, quizá porque se ve el ataúd cuando lo llevan a hombros por las calles, sin autobuses, a la iglesia y de esta al cementerio, mientras se escucha el dim-dam fúnebre de las campanas de la torre.

Me acuerdo cuando, hace muchos años, caminando bajo los árboles del paseo, los gorriones evacuaban sobre nuestras cabezas de estudiantes, pero ahora en lugar de árboles estáticos, hay automóviles mecánicos y los gorriones, ¿se habrán ido a algún pueblo?

No todo es nuevo en la gran ciudad, también hay viejas calles estrechas como tubos, y en una de ellas hay un viejo café con columnas revestidas de espejuelos plateados en la entrada, altos techos de yeso pintados al aceite y ennegrecidos por viejos humos siempre renovados y, al fondo, un escenario con músicos y mujeres que enseñan sus encantos cuando son jóvenes, y sus abundancias cuando son maduras, a los numerosos viejos, sus admiradores. Casi todos ellos llevan boina caída hasta las orejas que parece consustancial con sus personas. Quizá en los pueblos de origen mirarían a las bañistas, ocultos tras los chopos, como los ancianos de la Biblia espían a la casta Susana. Trasplantados a la gran ciudad no tienen necesidad de esconderse, sino que, cómodamente sentados tomando café y envejeciendo cada día más el techo con el humo de sus farías, miran «columnas de oro sobre basa de plata, tales son piernas hermosas sobre firmes talones» (*Eclesiástico*).

Si estos firmes talones se basan sobre altos y firmes tacones que taconeán al son de músicas de castañuelas, esos viejos se sienten rejuvenecer... Y todavía se tornaban más jóvenes al escuchar, por ejemplo aquella canción, que dice así: «Las solteras son de oro, las casadas son de plata, las viuditas son de cobre y las viejas de hojalata».

Para los viejos asistentes al Café Plata, como he dicho, luciendo sus boinas, que no se deben de quitar ni para dormir, todas las piernas femeninas, que actuaban en el escenario, eran como «columnas de oro», porque como ha dicho el *Eclesiastés*: «Tales son piernas hermosas sobre firmes talones».

1983

## El universo

¡Señor! ¿Por qué tientan a los hombres las alturas de los montes y nos atraen las profundidades abisales? ¿Qué hacen los fósiles marinos impresos en las laderas de la sierra de Guara? Y ¿qué hacen los abetos y los pinos, transformados en naves en el fondo de los mares? ¿Qué hacen las tendencias atávicas impresas en las circunvoluciones del cerebro?

Del pico montañoso al piélago proceloso bajan la duda, la angustia y el dolor humanos. Del mar al monte suben la pregunta ansiosa, la búsqueda de la luz y el deseo de encontrar a Dios.

Envuelve la niebla los cabezos de la sierra y las cabezas de los hombres. Se ven borrosas las bíblicas escenas labradas en románicos capiteles y están confusas las mentes de las gentes. Llegan al mar los residuos del petróleo y los detritus urbanos y lo convierten todo en basurero marítimo. No se ve el sol en el cielo y no se ven sus reflejos en la mar. No se ve luz en la vida de los hombres y no asoman las sonrisas a sus labios.

De los pinos del monte salen los papeles que debían transmitir las noticias cordiales a los nautas y a los que todavía pisan tierra firme. Pero el papel nos agobia y nos oprime, en cárcel celulósica nos sume con sus mandatos, lo que hemos de hacer define y poco a poco nos consume. Los papeles llegan al mar y se convierten en papel mojado. Se evaporan las aguas y se tornan nubes que derraman su lluvia por las cordilleras. Y el hombre se olvida de las aguas marinas y de nieves serranas y se va a la ciudad, y la ciudad tiene sus plazas circulares, sentidos de giro obligatorios y circunvalaciones. Ir y venir, girar y regirar, revoltijo de gentes y confusión mental.

A mí me gustan las ideas y recuerdos que van del monte al mar y de este al monte. Monte y mar. Mar y monte.

## Velilla de Cinca

Cuando por la carretera que desde Sariñena conduce a Fraga pasaba por Velilla de Cinca, al poco trecho divisaba, a la derecha, una ermita de noble fachada coronada por una espadaña en que la cigüeña había construido su nido.

A mi izquierda quedaba la ribera del río Cinca, llena de frutas fecundos, y a la derecha el monte *secatibo*, cerca de cuyas laderas tiene su asiento la ermita de San Valero. Me quedé con la agradable impresión que produce comprobar que estás en una tierra cuyos hombres se adaptan a técnicas agrícolas modernas, al tiempo que conservan con mimo la tradición antigua, plasmada en la belleza de la antigua ermita.

La fortuna me brindó la oportunidad de volver a San Valero, a quien conmemoraba el pueblo de Velilla o *Vilella* de Cinca, unido en romería. Allí estaban los *vilellás* de todas las edades, incluidos muchos a quienes la vida había llevado fuera pero que, en ese día, volvían a rezar a su patrono, a convivir con sus paisanos y a comer la tradicional sardina de cubo. ¿Cuántos siglos debe de hacer que se acude a ese pasaje a celebrar la prolongación del día y a buscar antes la protección de los dioses y más tarde de los santos? La ermita y su entorno están situados sobre un antiguo poblado romano y este ¿sobre otro íbero? Por detrás de San Valero discurre una acequia y en su orilla hay un antiguo molino; al limpiar ese cauce han surgido basas, fustes y otros restos romanos y también se hallaron antes estelas funerarias ibéricas.

La misma ermita tiene sus piedras bajas procedentes de otras construcciones romanas. Su arquitectura es románica y ya *mosén* Eladio Gros Bitriá, párroco de Velilla y notable polígrafo, me hizo observar que los capiteles del pórtico habían sido labrados por alarifes moriscos que no pudieron evitar poner su nota cultural en un arte tan europeo como es el románico. La estructura del edificio ha sufrido, y por aquello de que el que no acude a la gotera, acude a la casa entera, los velillanos han arreglado el tejado con vigas de cemento, pero no puede achacárseles nada, pues tampoco se les ayudó a restaurarlo mejor, y en las vigas principales han hecho aparecer unas carátulas que estaban blanqueadas y las conservan con gran cariño. Ahí queda la obra saneada y susceptible de ser restaurada en su antiguo estilo.

*Vilella* o *Velilla* tiene dos nombres porque es bilingüe; más arriba, hacia Sariñena, se encuentran Ballobar y Chalamera, que ya no hablan catalán, pero están poblados por las mismas gentes que las de *Velilla*, a saber vasco-ibéricos o ilergetes, romanos y moriscos que formaron Aragón.

Sender nació en Chalamera y se proclama ilergete y aragonés. En la entrada de la ermita han colocado un mosaico romano procedente de Chalamera. ¡Qué aragoneses, Dios mío!, icon qué sentimientos cantan la jota y cómo hacen alarde de aragonesismo!

Entré con el pueblo a rezar a la ermita y vi con agrado cómo la presidía el obispo zaragozano san Valero, acompañado por san Vicente, diácono oscense, y por el mártir también oscense san Lorenzo.

Al acabar el rezo, salimos por la sacristía a la hospedería y allí nos iban entregando a cada uno la sardina que antes he citado, pero me falta añadir que acompañada por una tarrina llena de exquisita *calsotada* y un bollo tierno de pan que la gente consumía luego en una hermosa chopera en la que habían colocado bancos de piedra.

¡Cómo unía a las gentes tan sencillo ágape! Preguntamos a los cocineros voluntarios por la receta de los caracoles, pero nos indicaron con cariño que era secreto.

También permanece secreto el tesoro de arte y de cultura que se oculta debajo de ese lugar y también permanece secreta, por culpa de los aragoneses, la identidad, la forma de ser y el arte de esos otros aragoneses, que a orillas del Bajo Cinca, trabajan y conservan su aragonesismo, su lengua y sus costumbres, bajo la protección de san Valero, de san Vicente y de san Lorenzo.

## Zaragoza y Aragón

Aragón es la autonomía española con menos habitantes por kilómetro cuadrado, unos veinticuatro, lo que supone un tres por ciento de la población de España, teniendo en cuenta que en extensión nuestra tierra supone el nueve por ciento de la superficie nacional.

Podemos decir, sin ninguna vergüenza, que Aragón es un desierto demográfico. Si Zaragoza no fuera tan populosa, nuestro

peso demográfico nos convertiría en un vacío territorial sin ningún peso específico político dentro de la nación.

¿Es de lamentar que Zaragoza sea tan grande? Muchos, efectivamente se quejan de ello, diciendo que la megalópolis va contra los intereses del resto de Aragón, que se convierte en un gran ídolo de barro con una descomunal cabeza metálica que puede desequilibrarlo.

Yo, personalmente, no veo mal que exista una gran capital en nuestra región-nación aragonesa, lo que me preocupa es que no crezcan nuestros pueblos, nuestras ciudades y nuestras cabeceras de comarca, como ocurre en Navarra, donde gobiernan mirando el desarrollo de cada núcleo urbano, repartiendo sus aguas y estableciendo industrias que hacen que los habitantes no emigren.

Aragón tiene los mismos orígenes que Navarra, pero se ha olvidado de zonas, como el Somontano, tan bellas y tan surcadas por ríos, como en Angüés o en Siétamo, cuyas aguas no se aprovechan nada, si no es para llevárselas.

Aragón tiene, como Navarra, sus orígenes en el Pirineo. Es una palabra vasco-ibérica, compuesta por *ara*, que quiere decir «río» y por *egun*, que significa, en castellano, «día»; por tanto Aragón equivale al «río que viene del día» y aunque baja desde Canfranc perpendicularmente hasta cerca de Jaca, desde esta localidad, se orienta hacia el oeste, discurriendo hacia Navarra desde el este, punto geográfico por el que sale el sol y, por tanto, nace el día. Aquellos habitantes antiguos, icómo ponían nombres a los ríos, a los valles y a las montañas, explicando su relación con la Naturaleza! Solo hay que ver cómo la palabra vasco-aragonesa Zuriza está conforme a su color blanquecino, que es su significado en castellano, a causa de la cantidad de nieve que allí cae, y Polituara es «el valle o el río hermoso». Y ¿qué decir de *Javierre* o *Chabierre*, del que se conocen en nuestra provincia alrededor de cuarenta topónimos con este nombre? Que equivale a *Etxe-berri* o «casa nueva», teniendo en cuenta que la diferencia se da también con otros nombres del País Vasco, pues basta ver cómo unos se llaman *Chavarri*, otros *Echevarria*, etc. Julio Caro Baroja dice que en la zona que recoge aguas para el río Aragón, por medio del río Ijuez o Izuel, se encuentra la ermita de Nuestra Señora de Iguácel, «del más puro románico». Se pregunta por el significado de esas

antiguas palabras vascas y dice: «La diptongación antigua, como otras muchas de la zona y la reducción de *r* final a *l* son signos de evolución dentro del romance peculiar de esta tierra pirenaica, porque el cambio y la alternancia de *r* / *l* son conocidos y muy antiguos. Así *Araba* dice *Alava* y *Ayara*, *Ayala*». Y por esta banda oriental cabe incluso imaginar que *Aragón* y *Alagón* son el mismo nombre.

Aquellos montañeses a lo largo de los siglos han ido bajando a otros territorios aragoneses, unas veces por conquista y otras por emigración, y se han unido a los antiguos habitantes que por allí se encontraban, muchos de ellos de su misma tribu ilergete y otros celtas, romanos, godos o árabes que en realidad no tenían tal origen, pues casi todos ellos eran del terreno y se habían convertido en musulmanes que más tarde serían expulsados de España.

Y aún en este siglo vemos cómo van desapareciendo o disminuyendo algunos pueblos de esa montaña. Basta recordar el caso de Sebastián Grasa Estallo y de su esposa Eugenia Casás Callau. El primer apellido está castellanizado y equivale a Garasa, que todavía conservan muchos altoaragoneses.

En el mes de noviembre de este año 2003 cumplirá cien años y todavía se acuerda de sus años infantiles y juveniles allá en el antiguo pueblo de Salinas de Jaca, y me cuenta cosas del *Forato*, con su culebra-dragón a la que daba de comer un vecino del pueblo, y no se olvida de una bruja que vivía al lado de su casa. Iba andando a las ferias de Navarra y compraba *cañablas* y *esquilletas* para sus ovejas. Cuando pasaba por la sierra de Santo Domingo veía la *Osqueta*, que en vasco –y en aragonés– quiere decir apertura pequeña, como las que él hacía en las orejas de sus ovejas, para marcarlas. Es *osqueta* diminutivo de *osca*, de donde le vino el nombre a Huesca, es decir de la *Ozca* o Salto de Roldán.

Ya hace muchos años que emigró de su desaparecido pueblo y está en Siétamo con su familia, y él desde hace tiempo se da cuenta de cómo Aragón está perdiendo peso económico, en tanto su vecina Navarra sigue creciendo, no solo en Pamplona, sino en todo su territorio.

En cambio aquí, en Aragón, la presidenta de el Consejo Económico de Aragón, dice en el año 2003, que «está perdiendo peso económico en el conjunto de España».

No es solamente necesario avanzar en ese camino económico de Aragón, sino que hay que conseguir que, como en Navarra, se logre de un modo equilibrado «en todo el territorio, no solo en partes muy concretas como puede ser el corredor del Ebro o la capital zaragozana».

Se quieren llevar las aguas del río Ebro, pero ya se nos han llevado las del Guatizalema y se quieren llevar las del Alcanadre. ¿Por qué no se acuerdan de que nuestras aguas rieguen nuestras tierras, antes que regar las de los demás? Ahora van a hacer el proyecto de aprovechamiento de las aguas del pantano de Montearagón, y como no estarán allí discutiendo los vecinos, escasos vecinos de nuestros pueblos, se las llevarán a otras tierras, a las que podrían también llegar, después de haberse aprovechado en su parte alta.

### **Loporzano, el Somontano y los pantanos**

El pueblo de Loporzano está situado a nueve kilómetros de Huesca, equivalentes, con la evolución de la Historia, a dos leguas, y antes, en tiempo de los romanos, a cinco o seis miliares, pero a pesar de la poca distancia entre ambos núcleos las diferencias geográficas son enormes, pues la capital se encuentra en medio de la Plana o de la Hoya de Huesca, y Loporzano se encuentra más alto, cerca de la sierra de Guara, y parece, cuando miras a ella desde la cara norte, que el pueblo aspira a subirse a dicha cumbre.

Huesca está en una llanura que se extiende por los cuatro puntos cardinales y Loporzano tiene un paisaje típico del Somontano con sus *tozales* o colinas vestidos de carrascas, sus *sasos* y sus laderas. Cuando se pasa por la carretera que de Huesca lleva a Lérida, al llegar al término de Loporzano, separado del de Quicena y del de Huesca por el río Flumen, cuyas aguas no fertilizan la tierra en Loporzano a causa de su profundo cauce, se empieza a subir por una de esas laderas hasta que se llega arriba al desvío que conduce al mismo pueblo por cuyo término se está circulando. Si no se entra en el pueblo y se sigue la carretera general, se ve a la derecha otra ladera en cuya parte superior se encuentra un *saso* grande, llano y elevado. Por la parte izquierda de la carretera se divisan las colinas, entre las cuales se extienden los campos de cultivo.

En este lado y todavía en el monte de Loporzano, Adolfo Castán Sarasa encontró en una pequeña colina, donde estaba situado el pueblo de Quinto, una piedra en la que estaba tallada una V mayúscula, con la que los romanos representaban el número cinco. Tal piedra era en aquellos tiempos un miliar, precedente del actual kilómetro. Yo la vi y me dieron ganas de llevarla al ayuntamiento de Siétamo, pero el respeto hacia la persona descubridora me lo impidió. Más tarde, llamé a Adolfo para ver si había recogido la piedra y me dijo que la había dejado donde la encontró.

Los miliares eran la medida latina para medir sus vías y calzadas y equivalían a un kilómetro y siete hectómetros. La vía romana que pasaba por Tierz, Quinto y Siétamo conducía a Alquézar, uniéndose a la vía que de Osca conducía a Tarragona, que pasaba por Fañanás, Pueyo y Blecua, en Angüés. Tierz estará a unos tres kilómetros de Huesca, Quinto a unos ocho y Siétamo a doce. En Quinto, donde se encontraba el miliar V, aparecieron además otros restos romanos como monedas y soleras formadas por pequeñas teselas negras y blancas, como pequeñísimas baldosas, con las que hacían dibujos y adornos geométricos. En el mismo lugar se encontraron monedas ibéricas de Bolskan (Huesca) y de Pamplona en las que en alfabeto ibero pone *Bascunes*. Este tema está poco estudiado, entre otras razones porque no sabemos traducir lo poco que va saliendo escrito en ibero, como el bronce de Botorrita. Parece como si de aquella lengua vasco-ibérica hubiera desaparecido todo, poniéndose cada día más difícil sacar a la luz nuestra vieja historia. En Blecua, cerca de la vía paralela a la que pasa por Loporzano y por Siétamo, se encuentra un cementerio ibérico, del que habría que sacar a la luz algunas lápidas, para ver si en ellas había algo escrito.

No se sabe si Loporzano existía ya antes de que llegaran los romanos a España, como existían Gargoles y Plan de Quinto, al que dieron nombre los conquistadores. Así parece que ocurrió con Loporzano, que dicen fue colonizado por Lupercio, que según costumbre romana, le adjudicó su propio nombre. Hay quien dice que Loporzano viene de la palabra latina *lupus*, «lobo» en castellano, y no iban muy equivocados, pues se parece a la palabra *Lupercius*.

Dice el Madoz que Loporzano está situado «en una colina poco elevada de superficie general, a la margen izquierda del río Flumen», «su clima es sano, y no se conocen otras enfermedades que las estacionales». Efectivamente está la colina sobre la que se asienta Loporzano poco elevada de la superficie que le rodea, pero está cerca del cauce del río Flumen y es tan profundo que solo permite en Loporzano regar unos pocos y pequeños huertos. Según dicen los geólogos, este río al principio pasaba por arriba, y la erosión durante siglos hizo que se precipitara por donde ahora discurre. ¿No puede ser el barranco de la Ripa, también llamado río Botellac, el antiguo cauce del río Flumen?

Loporzano no perteneció al monasterio de Montearagón hasta el año 1391, en que siendo de propiedad real Juan I lo vendió al monasterio, pero sin embargo está completamente ligado a su historia, porque el rey Sancho I había tendido una fuerte y segura red en Marcuello, Loarre y Alquézar, al tiempo que luchaba en el río Vero y había conquistado Loporzano y otros pueblos de los alrededores. «A muchas horas de distancia había edificado tres castillos, que fueron como la primera línea de circunvalación (a Huesca), estrechándola poco a poco hasta dominarla desde el vecino collado de Montearagón y plantaron sus tiendas los cristianos al pie de los muros» de la capital. Carlos Laliena Corbera en su obra *Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, dice: «Tras la edificación del castillo de Montearagón, las fortificaciones islámicas de la peña de San Miguel, Santa Eulalia la Mayor y Labata, en el arco montañoso que cerraba el distrito de la parte septentrional, había caído en poder cristiano tal vez hacia 1092». Aquí podemos ver la importancia de Loporzano en la conquista de Huesca, pues es la capital de un municipio que abarca los interfluvios citados, es decir el del Flumen-Guatizalema, donde se está construyendo, en el primero, el pantano de Montearagón, y en el Guatizalema está construido el pantano de Vadiello, y aunque este último río aquí nos suena a lejano, Loporzano tiene otro pantano, a saber el de Calcón, suministrado por dos afluentes del Alcanadre y situados en su término municipal.

Loporzano comenzó a edificar su iglesia en 1597, pero las obras fueron interrumpidas por la peste y la nave se terminó en 1602; se

hizo sobre la antigua iglesia y se dedicó al Salvador. Se edificó de estilo gótico y en su interior «contiene varias capillas que eran patrocinadas por infanzones del pueblo, manteniendo el derecho de sepultura en ellas durante varios siglos», según escribe el señor M. Benito.

Entre los citados infanzones se encuentran los Escartín; los Franco de origen francés, cuya casa poseen ahora los Calvo; los Burrial no tuvieron capilla pero se enterraron en la parroquia, al lado de la capilla de San Juan; los Almudévar, que vienen de Sieso, pasando ellos por Castilsabás y los de Siétamo por Barluenga, obtuvieron derecho en la capilla de San Miguel, los Seral, que están junto a Casa Aysa, patrocinaron la capilla de San Juan, los Isarre (nombre muy aragonés y muy vasco), cuyos antepasados estuvieron en la conquista de Alquézar; también estaba Casa de Sesé y Casa de López, que al principio fue casa de Beltrán y tuvieron la capilla de San Martín; luego se llamó Casa de Vitales y más tarde Casa de Novales. Hemos visto cómo los Almudévar de Loporzano tenían derecho de enterramiento en la capilla de San Miguel, en tanto que los Almudévar de Barluenga eran enterrados en el cementerio del mismo pueblo, donde se encuentra la iglesia románica dedicada también a san Miguel, pintado en estilo románico y que es un nombre que abundaba entre los Almudévar de Sieso. En una palabra, que a san Miguel se le tuvo entre los Almudévar como santo protector.

En la guerra civil se perdió el cuadro del Crucificado, procedente de Montearagón, y ese es otro detalle que nos explica por qué los de Loporzano siguen yendo todos los años a dicho monasterio; normalmente se va el 15 de mayo, igual que van al Viñedo con todo el abadiado el día uno del mismo mes. No hay que olvidar sus peregrinaciones a San Martín d'a Bal d'Onsera y a San Cosme y San Damián.

El término antiguo de Loporzano limitaba al norte con Castilsabás, hoy integrado con el mismo pueblo, al este con Bandalíes, que también ha sido fusionado por Loporzano, al sur con Siétamo y al oeste con Fornillos y Montearagón. Castilsabás deja ver la casa de Vallés, dueña en tiempos de la sierra, casa Acebillo, antes de Almudévar, y bastantes otras que hoy ya no están habitadas, pero conserva la devoción a la Virgen del Viñedo, con

su ermita y su molino, donde cada año acuden desde hace mucho tiempo los vecinos de doce pueblos, la mayor parte de los cuales forman parte del Ayuntamiento de Loporzano, a saber: Santa Eulalia la Mayor, a la que todavía conocemos con el nombre de Santolaria, Loporzano, capital del Ayuntamiento, Sasa del Abadiado, Barluenga, Chibluco, San Julián de Banzo el Alto y el Bajo, Loscertales, Sipán y sus molinos de aceite, Bandaliés, La Almunia del Romeral y Siétamo. Don Javier Osés, obispo de Huesca, resaltó esa devoción a la Virgen de esos vecinos que «año tras año vienen a esta romería con fidelidad».

Hemos expuesto cómo los geólogos dicen que es muy probable que el río Flumen corriera por Loporzano y Siétamo, pero la erosión de siglos hizo que se precipitara hacia donde por ahora discurre. El Barranco de Loporzano, también llamado río Botellac, sería el cauce antiguo del hoy río Flumen. A esta teoría geológica habrá que añadir cómo los de Huesca se llevaron el agua de San Julián y de Vadiello dando muy escasas cantidades de agua, por ejemplo, a Barluenga o a Sasa del Abadiado y al mismo Loporzano. Siempre han ido las aguas de arriba hacia abajo, pero hay que tener en cuenta que no es necesario precipitarlas al punto más bajo cuando en el Somontano las aguas podrían regarlo casi todo y podrían beber los ciudadanos y se crearía industria.

Es evidente que también Huesca tenía sus problemas para suministrar agua a sus ciudadanos y tenía que traerla de donde fuera más fácil, pero una vez arreglado su problema es necesario tratar de resolver los problemas de aquellos que en otros tiempos despojamos de sus aguas. Ahora se crea la comarcalización para ayudar a las comarcas a su desarrollo y ponen en la Hoya de Huesca al Somontano. ¿Por qué nos han metido en la Hoya de Huesca, bajándonos a su nivel?, es decir que cuando plantean los problemas de la Hoya, a nosotros no nos tienen en cuenta ni nos nombran cuando hablan y discuten sobre riegos, por ejemplo.

Ahora están en Huesca preparando la construcción del pantano de Biscarrués y se está construyendo el de Montearagón, pero uno se pregunta: ¿cómo van a subir a Loporzano las aguas de esos ríos? Sin embargo del río Alcanadre se podría conducir agua al pantano de Calcón, que tiene poco volumen, desde Pedruel, según un proyecto que hizo el señor Albasini y del que se habla en la

revista *Argensola* del Instituto de Estudios Altoaragoneses, pues el agua bajaría por gravedad desde el río Alcanadre.

Si se ha hecho la comarcalización del Somontano occidental con la Hoya de Huesca, que se intenten estudiar medios para que ese Somontano prospere. Desde el río Guatizalema hace varios años se ha colocado una tubería para llevar agua a Siétamo, Ola, Alcalá del Obispo y a su campo de aviación, a Fañanás, a Pueyo, a Argavieso, a Novales y a Sesa y todavía no se ha empalmado con la corriente del río la tubería que ha de llevar el agua a todos esos lugares. ¿A qué se debe esta tardanza? Porque se está viendo cómo hay pueblos que tenían seiscientos habitantes hace unos doce años y ya han alcanzado los doce mil. Además va a pasar por Siétamo y Alcalá la autovía de Lérida a Huesca, con lo que aumentaría el uso industrial del agua.

En Bandaliés hasta hace poco tiempo se servían del agua de una balsa, en Sasa hay una fuente monumental y casi sin agua y en Loporzano pusieron una fuente también monumental, traída de Francia, y no podían gastar mucha agua porque en Huesca la consideraban como de su propiedad.

El año 1946 mi hermana mayor, que estaba de maestra en Castejón de Arbaniés, recogió una *Salve* del agua, con la que la pedían rezándola y que dice así: «Salve de los cielos / Virgen del Rosario / danos agua limpia / que riegue los campos. / Los campos tenemos heridos del hielo / y es porque no llueve buen agua del cielo. / Del cielo esperamos / hermoso rocío. / Así lo desea / este pueblo pío / pío y siempre pío / pobre y siempre pobre / que hoy en este día / nadie le socorre... / Y ahora supliquemos / a la hermosa Madre / oh, Madre amorosa / y de todos Madre / que ahora y en la hora / nos dejen el agua».

A pesar de esta oración, siempre trataron a estos pueblos como pobres, como tierras que tenían que estar deshabitadas y acabar si nos descuidamos como acabaron con el castillo de Montearagón.

Y a este Somontano ¿qué habrá que hacerle para evitar su ruina cuando los sindicatos han alertado ya sobre la despoblación y la sequía que sufren los aragoneses?

El envejecimiento de la población es otro problema y yo voy observando cómo en los pueblos citados están casi todas las casas vacías y cuando muere alguno de sus habitantes se queda desierto

algún sector de sus calles. Quedan pocos labradores con poca tierra y aún tienen muchos que buscar otro trabajo fuera de la agricultura para completar sus rentas. El 68% de la producción agraria viene del sector ganadero y para instalar granjas hace falta agua y más en nuestros pueblos en los que no nos dan sino que nos la quitan, dejándonos solo para beber, pero quitándonos el poder económico del agua. Está a la vista una de las soluciones para este Somontano y es el uso del agua para la agricultura, la ganadería, la industria y el turismo por el Parque de Guara, pero nos preguntamos: ¿ese parque nos dejará tomar el agua a los de Siétamo, que tenemos ya hecha la tubería que ha de conducirla a diversos pueblos y al campo de aviación de Alcalá-Monflorite? ¿Tendremos que esperar tanto tiempo como se tarda en corregir lo que pasó con el pantano de Belsué? Mairal de Bentué, cuando hacían el pantano de Belsué, que es como el de Montearagón pero más arriba del curso del río Flumen, les gritaba a los ingenieros desde un *tozal*: «Parad cuenta con o pantano, que se *tresminará*» y acabado el pantano, *se tresminó*. Y ahora después de muchos años están levantando más abajo el pantano de Montearagón. ¿Tiene futuro el medio rural aragonés? En las jornadas sobre la población y demografía que organizó hace dos o tres años la Diputación General de Aragón, se afirma que «de seguir la actual tendencia vegetativa en la mayoría de nuestro pueblos (se cuantificaron en quinientos), desaparecerá la vida en unos veinticinco años». Con lo dicho Aragón se convertirá en desierto. En el periódico del 5 de junio de 1998 se lee: «La Junta de usuarios del río Guatizalema ha solicitado a C. H. la concesión del salto de Vadiello para ubicar una minicentral a pie de presa con una potencia de 1,4 megavatios que le permitiría incrementar recursos par mejorar su sistema de riego. La Junta, que fue creada hace solo tres años, agrupa a catorce pueblos en el entorno del río Guatizalema». Los escasos somontaneses que quedan están intentando resolver su porvenir, pero tienen grandes dificultades, como por ejemplo la concentración parcelaria, que divide a los propietarios, pero son dificultades que hay que vencer si los somontaneses quieren resolver el porvenir de Loporzano y de su Somontano.

En cuanto al turismo, hay que crear en las treinta y cinco mil hectáreas de la sierra de Guara no solo nidos para las águilas, los

buitres y los quebrantahuesos, sino nuevas actividades turísticas como en el Somontano oriental en Alquézar y en el río Vero, como aquí se podrían hacer en el Viñedo, en San Martín d'a Bal d'Onsera y creando una ruta hasta Nocito.

Siempre trataron al Somontano como tierra pobre, como tierras que tenían que estar deshabitadas, y acabar con sus habitantes, como acabaron con Montearagón. Todos los días veo sus ruinas, todos los días las miro y me pregunto: ¿quién arruinó a Montearagón? Le prendieron fuego y las llamas de la deforme hoguera subían al cielo, en dance ¿de jota?, no, que era el dance del crimen. Los puntones de Gratal y Guara estáticos lo contemplaron. Se veía la lumbre por todo el abadiado y además se podía oler el humo.

Los frailes huyeron, algunos descolgándose con cuerdas desde las ventanas, y el abad, después de vivir en Castilsabás, se fue a Siétamo, hoy capital del arciprestazgo de Montearagón, donde vivió secularizado. Después de muerto todavía la gente dice que se aparecía desde la ventana de casa Lobaco. Los tirantes y el rosario del abad se conservaron hasta el año 1936 en mi casa del pueblo, en tanto que el Cristo y el relicario todavía los guardan en Quicena.

¿Es fetichismo este amor a Montearagón? Yo creo que no, más bien es un deseo de agarrarse a un pasado, a las raíces de un Aragón que en cien años ha perdido su sentido histórico y su personalidad, y si no miramos cómo y con qué entusiasmo lucharon los aragoneses para conquistar Santolaria, Loporzano, Siétamo, edificar el castillo de Montearagón y entrar en Huesca, morirá totalmente la reconstrucción del monasterio. Muerta la abadía, muerto el abad, el abadiado caminó también hacia la muerte, pero el esqueleto del castillo se resiste a caer, parece no ceder, pero ¿hasta cuándo?

El comprador se vendió todo lo que pudo y después le prendió fuego al monasterio.

Barbastro, capital del Somontano oriental, al revés que Huesca, recuperó el Pueyo. ¡Qué lección para Huesca! Barbastro se enteró de que se iba a producir la desamortización con el tiempo justo y rápidamente un barbastrense se montó en un caballo, que tuvo que cambiar varias veces en el viaje a Huesca, muriendo incluso

alguno de ellos por el esfuerzo que se les exigía, asistió a la subasta y reconquistó el monasterio del Pueyo, que sigue rigiendo la vida en el Somontano oriental.

Castillos en el aire hacemos los españoles, pero los que tienen sus cimientos en nuestra tierra los dejamos caer.

Un día, sin soñar, lo vi al castillo en el aire porque la niebla rastrera llegaba justamente debajo de sus muros, y por algunos momentos creí en un milagro, pero cuando volví a la realidad deseé que las *boiras* se lo llevaran para quitarnos esa vergüenza.

¿Cuándo se empezará de veras la reconstrucción de Montearagón? Hay quien dice que eso de reconstruir el monasterio es muy caro, entre otras cosas porque no es rentable, pero uno piensa: si el castillo-monasterio estuviese en Cataluña, donde se mira la rentabilidad, ¿estaría así?

Pero parece que los oscenses han cambiado de opinión y piensan que el castillo da carácter a la comarca, a Huesca, a Aragón y se han unido para reconstruirlo, labor que ya han empezado. Esperemos que, como aquellos frailes, cuiden las laderas del monte y planten en ellas árboles.

Si ahora las ruinas de nuestra historia con su elevada presencia nos recuerdan el pasado, ¿qué nos enseñarán sobre nuestro porvenir el día que Montearagón esté reconstruido?

Yo creo que entonces el Somontano occidental, con su primer pueblo desde Huesca a Barbastro, es decir Loporzano, dejará de ser «lastimosa reliquia solamente de su invencible gente».

1998



AGUA Y RIEGOS



## Costa y el agua

¿Qué decir sobre el agua en esta tierra abundosa en ella, que hace que el Ebro en el verano siga siendo el río Ebro?

Está ya todo dicho sobre el agua en una tierra que vio nacer a su profeta, que «alumbió la fuente de las aguas vivas en el desierto estéril». Lo dijo Joaquín Costa y siguiendo su doctrina, La Violada, La Litera y Los Monegros en alguna de sus zonas, no son ya estériles desiertos pero la capital de la provincia, venero de las aguas, no ha redimido todavía su comarca, la que otrora fuera *Plana* y hoy conocemos por *Hoya*.

Tenemos los oscenses, yo diría, un pequeño patriotismo que nos lleva a proclamarnos «pistonudos», al tiempo que vemos cómo la Hoya se despuebla, mientras su capital se medio estanca y mira cómo se marchan las aguas, por canales, a hacer fecundas otras tierras.

No es cuestión de vísceras ni de proclamas vanas; lo que es preciso es que ese fuego encienda los cerebros con fines de progreso. El *piros* o fuego de Pirene ardía en el cerebro del profeta con llamas en forma de preguntas: ¿despensa?, ¿escuela?, ¿higiene? Y para contestarlas o apagarlas solo veía el agua.

Le surgían las visiones de la Mora, de aquella que sale de las aguas de la *Basa*, la noche de San Juan, desprendiendo cual perlas, de su figura deslumbrante, las gotas vivíficas que embellecen con raros rododendros su entorno encantador.

La *Andramaría*, diosa fecunda de los vascos tiene su templo natural en los prados de Ansó (Ansola, Ansoain, Ansoátegui,

Ansorena), a los que torna verdes y se lleva a Navarra las aguas del río Aragón.

Igual que en el mar Rojo las aguas se abrieron y cerraron, en el Alto Aragón se abrieron hacia el Ebro, hacia Cesaraugusta, a los secos Monegros, a Lleida y a Navarra, y quedaron cerradas a la Hoya de la ciudad de Huesca. He preguntado los motivos a los sabios ilustres para que me iluminen y me han dicho que si Navarra se reservó el río Irati, que Lleida negó el Segre a la ciudad de Barcelona, y Zaragoza, no saben si por ser Augusta, ha reducido nuestro Aragón al Ebro.

Y en Huesca, ¿qué se hacía?, despreciar al *ta pueblo* y llevarse sus aguas como el pez poderoso engulle al más pequeño, en tanto rodeaba como en vulgar corte provinciana a *foranos* ilustres, que venían del centro, comían langostinos y como la boca la tenían llena, *culiparlaban* rascándose la tripa satisfecha y, en tanto, abandonaban la idea del profeta que en Huesca fue cochero, trabajó de albañil y se vio rehusado por ilustre familia al pretender casarse con su hija. Y siguen todavía, los *culiparlantes* en la opinión de que Huesqueta es mejor que siga siendo un pueblo burocrático y apagado.

Hay que encender la llama del progreso porque los viejos mitos ya pasaron y es necesario que creemos otros hitos o mojones que nos marquen las cotas por las que pase hacia la Hoya su canal.

Han de abrazarse las aguas del Gállego que viene de las Galias con las del Flumen, el río que en el mundo entero posee el nombre más latino.

Cantó Camila Gracia el día del abrazo de Tardienta y desde arriba está esperando que se abracen, y creo que no en vano, el Flumen y el Gállego.

Costa cantaba una nueva Litera y hacía hablar al río Ésera que decía: «Recogedme, no seáis ciegos... ni cobardes... recoged a mi compañero el río Ara; recoged a nuestro hijo común el río Cinca». Y, visionario, seguía: «Las aldeas ascenderán a categoría de villas; las villas se harán ciudades; Barbastro se convertirá en una pequeña Zaragoza y Monzón adquirirá las proporciones de Lérida... Binéfar, Tamarite, Almacellas, Fraga, La Almunia, San

Esteban y otra multitud de poblaciones, ahora rústicas y terrosas, rivalizarán en riqueza con las más opulentas de Cataluña».

Se quieren llevar el Ebro desde Cataluña, pero los altoaragoneses, deben aprovechar, como dijo Costa, todas las aguas que nacen en sus tierras y así habla «de otra multitud de poblaciones, ahora rústicas y terrosas, rivalizarán en riqueza con las más opulentas de Cataluña». Ya vemos cómo en el este de la provincia se extienden los riegos y en el sur y en el oeste, pero en la Hoya y Somontano de Huesca, vemos pasar el agua de nuestro ríos y no la catamos, porque «han de abrazarse las aguas del Gállego... con las del Flumen» y han de regar con las del río Flumen y las del Guatizalema, reforzadas sus corrientes con las aguas del Alcanadre, como propuso Albasini, a través del pantano de Calcón y de Vadiello, Angüés, Siétamo y otros pueblos de la zona, que podrán reforzar el riego de la Hoya, pero sin perder el Somontano sus aguas y sus ríos, como no los perdieron ni Navarra, ni Lérida.

Hay quien dice que el agua beneficia únicamente a los agricultores, pero el Profeta hablaba de «los saltos de agua, fábricas de harinas, de tejidos y conservas... y las frutas que han de afluir a ellas en río continuo para la exportación».

¡Qué razón tenía Costa!, si observamos cómo los mayores países agrícolas, son los mayores en industria. Habla también de trenes que llevarán las mercancías y cita a una locomotora avergonzada que lanza sus silbidos como una burla contra nuestra desidia y fanatismo musulmanes. ¡Cómo veía Costa el tren de Canfranc y el ferrocarril nuevo que propuso el ingeniero Arenas!

Pero quedan en Huesca seguidores de Costa que luchan entusiastas por el canal que regará el Somontano y la Hoya y exhiben su pancarta permanentemente en esa plaza porticada que como nombre tiene el de un ilustre oscense, el de López Allué, que amó nuestras costumbres y que, de estar entre nosotros todavía, se uniría gozoso a todos los oscenses para regar Barluenga, Loporzano y Siétamo con el pantano de Montearagón, para dar ese paso hacia una Huesca que avance hacia el progreso y grite: «Es mía el Alba de Oro».

## Ortals y balsas

Estos días se ven colas de hortelanos en la huerta de Barbereta y en la de Pedro Oliván. Es que los cultivadores de los huertos van a buscarse la planta de *bróquil* de diversas variedades, de col, de grumo y de *pella*, de berzas y de *esquerola* para plantarlas en sus huertos y así en invierno tendrán verdura cruda y cocida, que, no faltando *recau* acompañado de vino, de alguna *pizca* y *bel güego*, pasarán un buen invierno.

Pero no todo son huertos que admiten ser cultivados en invierno y en verano; están los pobres *ortals*, que con el agua de balsa, que se saca de la misma con un *zeprén*, son más propios de cultivos que se plantan en septiembre. Los *zeprens* son como máquinas primitivas, formadas por un soporte construido con tres o cuatro estacas, que se clavan en la tierra, separadas entre sí por abajo y unidas por arriba y atadas para que no se muevan; en dicho soporte se pone, en su parte media un largo y estrecho madero, en uno de cuyos extremos se coloca un cubo o *pozal*, que al inclinarlo se mete dentro de la balsa y se llena de agua, mientras desde el otro extremo, donde se ata una piedra o un trozo de madera que tenga un cierto peso, se presiona o *zeprena* para levantar el *pozal* y volcar su contenido acuoso en la tierra, donde están las verduras, para regarlas. Son propios del Somontano y demuestra esta costumbre del *ortal*, que con un poco de riego, sin grandes masas de agua, esta tierra se tornará de pobre en agradecida y mantendrá a sus gentes dignamente, con pequeños regadíos, que no piden inversiones colosales. Hoy me ha contado una chica que ha visitado el *ortal* que cultivara su abuelo:

Hoy he vuelto al *ortal*, que desde hace muchos años no cultivan los viejos de la casa. Me he sentado bajo la pared de piedras que una a una recogieron del monte y los *piqueros* colocaron con barro; salvaban las coles y las berzas de las cabras y de los jabalíes que bajaban de la sierra, pero hoy hay muchas piedras en el suelo y entran alimañas que se acuestan al amor de las *oliberas*, que no han muerto todavía, pero que viven lánguidas, añorando la vuelta del abuelo, que se sentaba a su sombra, bebía de la bota y consumía su merienda.

Me he recostado en su tronco retorcido a recordar viejas costumbres y parece que las hojas se han alegrado y se han movido al vuelo silencioso del mochuelo que se ha escapado al notar mi presencia.

La balsa está aterrada y donde el agua verde mantenía las *tencas* y asilaba a las ranas, hoy crecen verdes juncos y zarzas; en ellas se oculta algún conejo y lo acecha en la noche la *raposa*, *amagada* en el hueco tronco del olivo.

¡Qué feliz el abuelo reponía en su sitio la piedra que caía al suelo, cuidándose, al marchar, de que la puerta quedara bien cerrada! Me produce tristeza contemplar los abuelos de hogaño, tomando el sol junto a la pared de Hacienda, pensando en lo cortas que se quedan sus pensiones, en tanto que mi *agüelo* nunca volvía a casa sin leña, sin verdura, sin olivas o sin almendras, sin gazpachos o sin leche de la cabra.

Hoy he visto a muchos hombres esperando la planta en casa Barbereta, que despacha en el *cobajo* de la calle San Martín, y en casa de los hijos del señor Oliván, que atienden a la gente frente del matadero; hoy me ha contado una muchacha recuerdos de su abuelo y yo también he recordado los humildes *ortals* de nuestro Somontano, con su *zeprén* y su balsa a la que dirigían las aguas de la calle o del camino en los días de lluvia. El *ortal* y la balsa, la balsa y el *zeprén*, la cuerda y el *pozal*, el abuelo y la *burreta*; la burra con su albarda, el agua de la lluvia y el camino, el abuelo y la nieta: la muchacha del cuento.

## Las aguas de Aragón, para Aragón

Hemos recibido cartas en las que se nos invitaba a acudir a Zaragoza para pedir la supresión del trasvase de las aguas del Ebro a otras regiones. Me parece muy bien tal maniobra, pues cada pueblo tiene que reclamar sus derechos sobre las aguas de los ríos que por ellos pasan. Y no solo Zaragoza se debe interesar por sus ríos sino que Huesca tiene mayores motivos para interesarse por los suyos, que son más caudalosos, incluido el Ebro, que también es oscense.

Pero lo que hace falta es regar y pronto, antes de que puedan regar los pueblos destinados a utilizar el trasvase, porque entonces cuando vayamos a pedir nuevos regadíos nos dirán: «Ya no queda agua porque está toda adjudicada».

Ahora descubren el aprovechamiento de las aguas de Aragón, cuando nosotros, los de Siétamo, ya desde 1823 estamos intentando poner en riego nuestras tierras y no hemos conseguido regar ni nosotros ni nuestros vecinos, incluida Huesca, sino sentirnos víctimas de fracasos; tanto es así que nos pusieron ya hace muchos años el apodo de «memojos».

Siétamo conserva el contrato de la puesta en riego el año 1823 y las escrituras de compra de las aguas del río Guatzalema a Sipán, a Arbaniés y a Castejón, que se conservan íntegras en el Archivo Provincial. Después, en el año 1915, firmó Siétamo con otros veintitún pueblos de la orilla del río Guatzalema, la creación y el uso del pantano de Vadiello. Pero llegó la guerra civil y después la Dictadura, durante la cual lo levantaron, con el fin principal de abastecer a Huesca de agua, cuando se perdieron otras oportunidades, como por ejemplo, la de bajar al pantano de Arguis, agua del pantano de la Peña o del río Gállego, pero Zaragoza, con su gran poder, lo impidió y ¿no sería una gran oportunidad para el Alto Aragón, bajar también a Huesca las aguas potables del pantano de Yesa, que también son altoaragonesas? Pero Zaragoza, ¿no volvería a actuar como «Zaragón»?

Huesca se ve sometida por las intenciones de Zaragoza, lo mismo en la cuestión de aguas que en la enseñanza de la Medicina en nuestra ciudad.

Hace menos tiempo llegó el pantano de El Grado del que se hizo proyecto para regar Huesca, pasando por Angüés y Siétamo, lo que hubiera constituido una buena solución para Huesca y el Somontano, pero –¿por falta de dineros?– se lanzó el canal hacia abajo, por Peraltilla y después, cuando los tiempos mejoraron económicamente, ni Huesca pidió que se hiciera un canal más pequeño para regarse a sí misma y al Somontano.

Ahora todos quieren regar y se están repartiendo las aguas, entre otras las de Montearagón y las del Alcanadre. Acusamos a los no aragoneses de que se quieren llevar nuestras aguas pero no pensamos en hacer una distribución justa de las mismas,

empezando por Huesca, que tiene una obligación moral con el Somontano, al que han convertido en Hoya de Huesca. ¡Queremos riego por boquera! Las aguas del pantano de Montearagón ya las tienen repartidas entre varios pueblos pero no se acuerdan de que dicho pantano se apoya en el término de Loporzano, que tiene derecho y lo da a los pueblos que se encuentran debajo de él y le permitirán usar las aguas del Guatizalema, mientras las de Montearagón regarán en esos pueblos del Somontano hasta Albero Bajo y Piracés.

Aragón es muy extenso pero está muy poco habitado y vemos cómo los pueblos próximos a Zaragoza, como Villanueva de Gállego, Zuera, un poco menos Gurrea y Alcalá, son ya como su zona industrial. En cambio Huesca no busca su progreso por medio de los pueblos del Somontano, como lo hace Barbastro, y para ello hace falta que se haga cargo de la obligación moral de mirar por el riego de todos los pueblos de la provincia en que sean posibles y mayormente de aquellos que fueron en otros tiempos sacrificados por ella, como Loporzano, Arbanjés, Castejón y Siétamo. Estos pueblos tienen derecho a regar con las aguas del pantano de Montearagón y con las del Alcanadre, a través del Calcón, que recibiendo aguas de Pedruel, después de regar sus zonas, las podrá derramar sobre el Vadiello. ¡Teruel existe y también existen Huesca y su Somontano!

## **Agua para Huesca y su Hoya**

En Aragón, al contrario que en Navarra, se han llevado los problemas de los riegos, como si no importasen a los aragoneses. ¿Cuántos años se ha tardado en hacer el pantano de Calcón, que todavía no riega, y cuántos lustros hemos pasado en la construcción del pantano de Vadiello? Y no solo no regamos los pueblos que en 1915 firmamos su constitución, sino que ni se habla de acabar los riegos. Ya tenemos en la comarca de la Hoya de Huesca dos pantanos construidos, a saber uno el de Calcón y otro el de Vadiello, estando en vías de realización el de Montearagón.

¿Cuál es la causa de tales comportamientos en cuestión de riegos en el Alto Aragón? Yo creo que en primer lugar las situaciones económicas de escasez, mientras en Navarra su autonomía le ha

permitido desenvolverse mejor, pero ahora parece que la gente de los pueblos del Somontano como Siétamo, Angüés, Loporzano, Sieso, etc. ha sufrido tal desengaño a través de las frustraciones sufridas a lo largo de los años, que ya no le quedan ilusiones de crear y uno se lo explica al ver la situación de la agricultura y de la edad ya mayor de los labradores, casi sin jóvenes que quieran vivir en el campo. Creo que ha llegado la hora de que las autoridades se pongan a pensar con los organismos que tienen que ver con las aguas, como son la Conferencia Hidrológica del Ebro, el Consorcio del Embalse de Montearagón, la Asociación por el Canal de la Hoya de Huesca y los habitantes de la misma Hoya Alta, es decir los habitantes de los pueblos de Loporzano, Siétamo, Alcalá del Obispo, etc., en su parte más occidental y los de la parte más oriental de dicha Hoya de Huesca Alta, como son Sieso, Angüés, Antillón, etc., habitantes que tendrán que estar representados por sus autoridades municipales.

Las autoridades municipales oscenses no pueden seguir con su trasvase del Guatizalema, cuando tienen en construcción el pantano de Montearagón, pues parecería una actitud de locura, la de protestar porque el gobierno central quiere trasvasar el Ebro a otras regiones, mientras esas autoridades municipales dejan de secano a sus hermanos de comarca de la Hoya de Huesca. Porque hablan del Canal de la Hoya de Huesca, pero no dicen que por dicho canal solo puede ir el agua del Somontano a la hondura en que se encuentra la capital. Lo mejor es hacer como hicieron los navarros cuando don Fernando Susín quiso integrar sus aguas del río Irati con las del río Aragón, que no quisieron que nadie administrara sus aguas.

Hay que terminar con esta situación y discutir los problemas que se creen con la distribución del agua. Soluciones las hay pero hay que discutir las y pensarlas. Por ejemplo, cuando uno baja a Pertusa, se queda maravillado al ver el acueducto que conduce el agua del pantano de El Grado a regar sus tierras pero, mirando hacia el fondo del río Alcanadre, se ven y se oyen sus aguas, que parece que van a Cataluña. Y aquí ya hubo ingenieros, como Albasini, que en Pedruel propuso la construcción de una presa que haría bajar el agua por Santa Cilia de Panzano hasta el pantano de Calcón. Este pantano no tiene más que tres y pico hectómetros

cúbicos, con lo que ahora quieren regar unas pocas hectáreas en numerosos pueblos vecinos, pero con el desvío del Alcanadre se convertiría el Somontano de Angüés en un vergel que, complementado con la autovía Lérida-Pamplona, revitalizaría tan hermosa comarca. Además, si hacía falta en Huesca agua de calidad para beber, podría bajar agua a Vadiello y desde allí se podría conducir a Huesca.

Siétamo, preparándose para el riego, ha hecho la concentración parcelaria y ahora parece que la quieren hacer Liesa, Ibieca y Casbas.

Que los méritos de Joaquín Costa y del cura de Casbas hagan que nos preocupemos de nuestros riegos para que antes de morir veamos reverdecer con esperanza nuestras tierras. Autorrecuperación de agua para Huesca y su Hoya.

## El agua, los cántaros y las tinajas

El agua que la gente usa para beber y para limpiar las casas viene por sí misma desde el depósito municipal y sale por los grifos pero antes, al entrar en sus patios, uno veía tinajas en el patio, cántaros en el *cantarel* y un cazo colgado en la pared para sacar el agua a los cubos o *pozales*, que se llenaban para vaciar en fregaderas, para dar de beber a los cerdos, gallinas y palomas; también para regar en el verano el patio de la casa y tal vez la parra, plantada en la fachada y que subía por el balcón y se extendía por la cara de la vivienda. Y ¿quién traía el agua a las tinajas, hoy vacías? La traían las mujeres, a las que he visto con un cántaro en la cabeza, donde se posaba con un trozo de tela plegado como si se tratara de una almohadilla o de una tela medianera entre dicha cabeza y el cántaro, y llevaba la misma mujer otro cántaro en su costado izquierdo, cuyo culo se apoyaba en la cadera femenina y por fin, con la mano derecha cogía un botijo de agua, para beberla fresca en su vivienda. Si eran varias las mujeres en la casa, una la abuela, otra la dueña joven y alguna hija, se llenaban mucho antes las tinajas y si, por desgracia, una señora estaba enferma o era vaga, el agua llegaba a faltar en su pobre casa. No faltaba agua en casa *Rafaeler*, pues la abuela María Berges se cargaba en la cabeza dos cántaros llenos, enfrentados entre sí por la boca (boca con boca) y

yo he probado a embocar dos vasos de agua y esta no se iba. En la fuente o en la balsa, en el lugar donde cogían el agua, conversaban las mujeres y al oscurecer, cuando el sol se escondía, algún hombre esperaba a alguna mujer y trataban de amor o de bodas, ocultos por paredes, árboles y sobre todo por la obscuridad de la noche. Pero en algunas casas no hacían tanto esfuerzo para llenar sus tinajas, pues tenían una burra, con sus *argaderas* de mimbre con cuatro recipientes donde se colocaban cuatro cántaros y con pocos viajes que hicieran se subían mucha agua, que permitía tener las tinajas rebosantes.

En cierta casa, me acuerdo que tenían un carro con un depósito de madera, como un enorme tonel, que llenaban en la fuente y descargaban en un depósito alto de la casa, y el agua se distribuía por los grifos de los lavabos, fregadera y por los excusados.

¡Qué placer producía el sonido del agua al caer de los cántaros a las tinajas, que una vez llenas se tapaban con un *tape* redondo de madera con su asidero! Hoy unos saludan a las tinajas y a los *cantatales* que todavía se conservan en algunas casas donde, por otra parte, ya no se usan, pero el recuerdo de haberlos llenado, con el esfuerzo de su madre o de su abuela, impide que los saquen a la calle y guardan con ellos el recuerdo familiar de sus mayores.

## Vadiello

Almunia del Romeral es un pueblecito cercano a Huesca, que en árabe es un vergel o un huerto, a orillas de un río de hermoso nombre, Guatizalema. Dicen que una reina mora llamada Zalema veraneaba por estos territorios, que hoy cubre el pantano de Vadiello, y saciaba su sed con las mismas aguas con las que la apaga Huesca capital. Pero fijémonos en el río, también del Somontano, que pasa por el monte de Angüés y que también tiene nombre árabe: el Alcanadre, porque subiendo a Rodellar nos topamos con Las Almunias, a un lado del río, y al otro Pedruel. Nos hemos encontrado en pleno Somontano de Guara nuevos huertos, nuevos vergeles, como los que había en Siétamo, regados por el río y por la fuente y los que estaban en Velillas, a los que daba frescura otra fuente que está en su río y de la que parece que nadie se acuerda. No se acordó tampoco la capital del abastecimiento y

riego de todos esos pueblos y los habitantes de estos se fueron a vivir a Huesca, que se suministra del pantano de Vadiello, el que está cerca de La Almunia, a orillas del Guatizalema. Hubo dueños de los castillos, grandes fincas, que desde Ayerbe se asientan unos debajo de otros hasta la carretera de Zaragoza, que se negaron al riego, dejando a Huesca sin agua y a los pueblos pobres en una zona somontanesa hermosa. Entre tanto el padre Avellanas, cura de Casbas, luchaba por el riego y defendía los posibles regantes del Guatizalema por medio de Vadiello y a los de la zona del pantano de Guara inaugurado el 23 de enero del presente año. De este cura dijo Joaquín Costa: «Si en cada provincia de España hubiera cuatro curas como el de Casbas, la regeneración nacional sería un hecho en breve tiempo con la redención del labrador».

El *Diario de Huesca* de fecha 23 de julio de 1919, dice: «En respetuosa y bien razonada instancia, formada por los alcaldes de veintidós pueblos a los que interesa la construcción del referido pantano (Vadiello) solicitan la aprobación del proyecto del referido pantano, para poder acogerse a los beneficios de la ley de 1911». Desde que los alcaldes de esos veintidós pueblos firmaron esa instancia han ocurrido muchos acontecimientos, entre otros que se ha construido el pantano de Vadiello, al que bastantes de los pueblos que lo pedían ya no lo necesitan, porque, por ejemplo, en Huerto ya riegan con el agua del pantano de El Grado. Otros, como Fañanás, Alcalá del Obispo, etc. no han visto aumentada su superficie de riego, pero sin embargo, a través del río Guatizalema han asegurado los riegos que ya poseían.

Ya tenemos en el Somontano dos pantanos, el de Vadiello y el de Calcón o Guara y estamos empezando el de Montearagón para la Hoya de Huesca, pero Huesca capital sigue sin progresar, como lo hace Pamplona, por ejemplo, sin gozar del amor de su amplia comarca desde Ayerbe hasta Tardienta y desde Angüés hasta Antillón y hasta Sesa, porque son zonas, estas últimas, que no han recibido la protección del riego y se han ido despoblando y los pocos que quedan tampoco aman a Huesca porque esta no les procuró que fueran regadas.

Entre tanto se van regando los Bajos Monegros, que miran a Zaragoza, que muchos ya llaman «Zaragón» y que yo miro con simpatía, pero al mismo tiempo lamento que el riego por «boquera»,

que empieza por arriba y termina por abajo, no se cumple; basta ver cómo las partes altas que habrá que regar, como Ayerbe y los Castillos están sin hacerlo y Las Almunias citadas con sus Somontanos de Angüés, de Loporzano y de Siétamo, tienen hechos sus pantanos y tampoco pueden regar. Lo han intentado los de Siétamo como dice la jota: «Los señores de Siétamo / pusieron el monte en huerta / y “pa” la Virgen de Nunca / baja el agua por “l’acequia”, ¡ay, que me mojo!». Empezaron la obra pero «Almudévar y Cavero / se pusieron los primeros / lo tuvieron que dejar / porque se acabó el dinero». Ahora, hecho el pantano, se han cogido el agua los de Huesca, lo que me parece muy bien, pero, gastando en riegos como lo hacen los de Monegros, no sería extraño que también dejaran gastar a los de arriba, en zonas más reducidas, más frescas y que necesitan menos cantidad de agua para regar.

Porque Huesca está reaccionando ante el antiguo caciquismo y se está construyendo el pantano de Montearagón, consecuencia efectiva de los trabajos y exigencias de varios oscenses. Se está hablando del Canal de Huesca, que traería agua del río Gállego y regaría la zona de Ayerbe, de Plasencia, de Esquedas, de Alerre... y las aguas de este canal y las del Montearagón, ayudarían a tener Vadiello lleno, para poder regar las zonas del Guatizalema, pedidas desde 1911, como pasará con el aprovechamiento del río Alcanadre para regar su pueblos del Somontano. No pasará como empezó a ocurrir durante la República, en que los pueblos comenzaron a desconfiar en su porvenir, ya no solo en lo referente a los regadíos, porque se notaba, como dice Rosario Parada en su obra *Entre dos fuegos*, un profundo cambio «en las formas, en la convivencia, en las intenciones, en los pensamientos. Ya los afanes de la tierra no eran motivo de reunión. Los jóvenes ya no estaban dispuestos a sufrir contratiempos con labradores, que abandonaban el fruto de las aguas de sus antepasados».

Se evaporan las aguas y se tuercen en nubes que derraman su lluvia por las cordilleras y el hombre se olvida del agua llovediza y de las nieves serranas y se va a la ciudad. Ya tenemos dos polos, el urbano y el rústico, de los que el primero se va ensanchando y el segundo lleva camino de desaparecer, con lo que se están reduciendo los límites de expansión de la urbe oscense, porque los dos

polos forman una unidad y toda ella debe buscar la riqueza para expansionarse a una. Si Huesca tuviera toda el agua necesaria para beber sus habitantes, para suministrar a la industria, al comercio y al turismo y para regar sus fincas, y ocurriera lo mismo con la comarca desde Ayerbe hasta Torresecas, desde Angüés hasta Antillón y desde Siétamo hasta Huerto, se convertiría en la capital de una comarca próspera, con industrias en Ayerbe, en Angüés, en Siétamo, etc. y con turismo en la sierra, por ejemplo en la de Guara, donde está el pequeño pantano de Calcón, cuyas aguas serían empleadas por Eduardo García de Entrerría, que se pregunta: «¿Cómo será un mundo sin campesinos? El mundo que promete no es alentador. Una humanidad definitivamente desarraigada del suelo, instalada en ciudades cada vez más complejas y más frías... rota la tradición de las generaciones sucesivas, con una memoria cada vez más corta y limitada a episodios externos».

¿Qué pasa con la enseñanza, que contribuye a la despoblación de las comarcas rurales? Cuanto mayor y más próspera sea la comarca del Somontano y la de la Hoya, mejor será el porvenir de Huesca capital.

Ahora, con motivo de la creación de la piscifactoría de El Grado, se ha descubierto una especie de resentimiento de la montaña, suministradora del agua a la tierra baja y en Huesca, que somos una zona intermedia entre ambas comarcas, no hemos exigido el riego de la Hoya y del Somontano (palabra que revela nuestra situación geográfica), mientras en el resto de España exigen los trasvases, que de nuestra provincia ya se hacen desde muchos años, cuando nuestra base fundamental para nuestro desarrollo es la lucha por el agua, olvidándola en la comarca de Huesca y haciéndola llegar a zonas desérticas, a lo que los aragoneses no renuncian, y los de Huesca debemos exigir para nuestras tierras, que no son desérticas ni frescas en primavera y en verano.

Ahora se habla del 98, en que Joaquín Costa y Ortega y Gasset formaron un ideal cultural de riego asociado además a una industrialización, urbanización y democracia. Así que el agua se va a tornar en un elemento que, por su presencia o su ausencia, marcará los linderos del desarrollo económico, con lo que vuelvo a decir recordando aquello del riego por «boquera», que los ríos deben ser antes que otra cosa, aprovechados por las tierras de su cauce, en

primer lugar. En 1911 dicen las *Hojas Casbatinas*: «Menos mal que el pantano de Guara está ya en vísperas de ser hecho, por más que nosotros no vemos la viabilidad de una obra no amparada por los primeros propietarios de estos pueblos, pues no la juzgan necesaria, ni de fácil consecución. Ya lo dijo la *Hoja* número 39, del 3 de agosto de 1910, hablando del Canal del Cinca, que debe faldear la sierra y enlazar todos los pantanos del Vero, Alcanadre, Formiga, Isuela, Sotón y Astón. Cuántas veces sucedería que un pantano estuviese sin agua o poco menos y otros llenos por una tormenta».

Es evidente que Los Monegros necesitan el enlace de varios pantanos y que no servirá para nada un riego procedente de uno solo. Pasa lo mismo con el Somontano de Guara y la Plana de Huesca, donde serían necesarios los pantanos de Alquézar, Rodellar, Calcón y Guatizalema, llenando el pantano de Calcón, de escaso caudal, con agua del río Alcanadre, según proyecto de Albasini<sup>2</sup>. El 21 de noviembre de 1910, dice la *Hoja*: «Pero, ¿terminarán en este siglo los pantanos de Alquézar, Rodellar, Calcón y Guatizalema?». Era una pregunta fundada, pues ya tenemos el pantano del Guatizalema, están haciendo el de Montearagón y el otro día de enero de este año 1996, se ha inaugurado el de Calcón y estamos al final del siglo xx. Están funcionando los pantanos de Vadiello y del Calcón pero los términos de Loporzano y Siétamo todavía no riegan con el primero y Angüés, Casbas, Labata, etc., no riegan todavía con el Calcón. La causa de que no reguemos en Siétamo y Loporzano es que Huesca toma las aguas de Vadiello, cuando ya le están haciendo otro pantano, el de Montearagón, y le van a hacer el Canal de Huesca; en Angüés y Casbas no riegan porque no hay acequias todavía realizadas y los pueblos no han hecho la concentración parcelaria. Es verdad que en Calcón se recoge poca agua, cerca de 5 hectómetros cúbicos, pero como su suministro proviene de afluentes del Alcanadre, de este río se debe llevar más agua a esta zona desde Pedruel y por Santa Cilia de Panzano, y mientras se hace el Canal de Montearagón, se debe crear ya el sistema de canales y acequias para Loporzano y Siétamo.

1996

---

<sup>2</sup> *Nota del editor*. Véase a continuación, en esta misma sección, «Don Federico, el proyecto de Albasini y mosen Avellanas» (pp. 195-196)

## Don Federico, el proyecto de Albasini y *mosen* Avellanas

Don Federico Balaguer es un hombre que se ha preocupado de los problemas de Huesca y icómo ha insistido en sus escritos sobre el problema de las aguas! Él ha sentido los problemas de la sequía de su patria chica con más intensidad que los de su persona intelectual pura con su cuerpo delgado, enjuto, seco, que recuerda el del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Don Federico me dijo que habían, en cierta ocasión, editado el proyecto de Albasini para aprovechar para Angüés, Sieso, Casbas, etc., el agua del río Alcanadre, del que nadie dice nada, pero sin embargo, Albasini ya habló del proyecto citado según el cual, bajarían sus aguas al pantano de Calcón y en casos de necesidad, a causa de la sequía, a Huesca, ya que desde dicho pantano descenderían con mucha facilidad al de Vadiello, con lo que sería difícil que a Huesca llegara a faltarle agua.

Este problema del suministro ya tienen previsto resolverlo en Zaragoza con el pantano de Yesa, en cambio en Huesca nadie habla de las aguas del Alcanadre para que esta ciudad deje de ser la pobre Huesqueta.

Y no es que en Huesca no haya habido gentes preocupadas por el agua, como se demuestra solo recordando la figura del cura, natural de la montaña, don Julián Avellanas, que ejerció su ministerio en Casbas de Huesca hasta que murió en Barcelona el año de 1926. Este sacerdote fundó a principios de siglo la Mutua Ganadera pero, además, creó un sindicato agrícola en el que en la junta local de Siétamo figuraba como secretario mi padre Manuel Almudévar.

Tuvo *mosen* Avellanas grandes enemigos, pues sufrió un atentado del que se salvó, y se le hizo un homenaje en Graus, pero él siguió postulando en su periódico: «Urge industrializar la agricultura, se precisa que el agua de los ríos, fuentes y arroyos se convierta en carne mediante la praticanura, en leche, en lana, en queso, en cueros y sobre todo en lo que vale más que todo eso junto... en pan».

Con la muerte de *mosen* Avellanas el año 1926 desapareció su caja rural, el sindicato agrícola y las cooperativas por él fundadas.

Después vino la República, después la guerra, con las que desapareció la posibilidad de hacer los pantanos de Calcón y de Vadiello. Cuando esos pueblos se quedaron sin defensores, se quedaron al mismo tiempo sin agua porque mientras tuvieron a *mosen* Avellanas tuvieron fe en Joaquín Costa, que dijo que si en España hubieran existido diez o doce curas como el de Casbas, ya estaría resuelto el problema de las aguas. Tanta fe tuvieron que en cualquier pueblo, como por ejemplo Angüés, dedicaron una calle a Joaquín Costa. Luego siguieron yendo a buscar agua, hasta que se olvidaron del mismo Costa.

Hablé el otro día del pantano de Montearagón y de las rogativas de san Victorián y hoy tengo que hablar de las rogativas de san Úrbez en Nocito, donde las están celebrando los oscenses. San Úrbez ha sido siempre un santo muy solicitado para que haga llover, como dice la canción que cantaban en Angüés: «Hoy gran fiesta celebra la Iglesia, / a san Úrbez los devotos con gran devoción, / porque siempre que pedimos agua / nos la da abundante por su intercesión». Entonces, cuando cantaban la citada canción iban desde los pueblos y desde Huesca a Nocito a hacer rogativas tantas veces como fuese preciso, hasta que se producía la lluvia.

En Ola hay una casa donde se guarda una losa en la que dormía san Úrbez, y en cierta ocasión, ante la falta de agua lanzó su vara de pastor y ahí donde se clavó, surgió una fuente de agua que todavía mana.

Como se deduce, con la ayuda del mismo cura, construyendo el pantano de Montearagón y levantando la presa de Pedruel de Albasini, no haría falta rezar con tanta humildad la petición del agua, cuando la rezaban en Nocito y que decía lo siguiente: «Agua pedimos, san Úrbez / aunque no la merecemos / que si por merecer fuera / ni aún el agua que bebemos».

De todas formas, aunque no tan frecuentes, las rogativas seguirán siendo necesarias, porque sigue habiendo situaciones de necesidad, como dice aquel canto que en Nocito cantaban: «Los campos piden la lluvia / si no se van a secar / el niño dice a su madre / tengo hambre, quiero pan».

## Salto de Roldán y pantano de Montearagón

Cuando de joven iba a San Martín d'a Bal d'Onsera, me acordaba del cura de San Julián, López de Zamora, que está enterrado en su iglesia parroquial. Allí, en San Julián, pasaba muchas temporadas mi buena madre con su hermana menor, en casa de su tío el cura.

Cuando llegaba a la parte superior del pueblo, me llamaba la atención el Salto de Roldán, como si fuera una puerta abierta en la sierra, para entrar en la Plana de Huesca, como entra el agua del *flumen* latino o río, al que ahora le damos el mismo nombre de Flumen, pero escrito con mayúscula.

¿Cuántos nombres ha tenido el Tajo o Salto de Roldán, además de estos? Muchos ha debido de tener porque observándolo lo mismo desde arriba, cerca de Fornillos o desde cerca de Barluenga, es decir, por ambos lados del río, como desde el fondo de este mismo *flumen*, por el pequeño puente romano que ya han desmontado, produce una impresión misteriosa, convertida unas veces en admiración, en tanto que otras causa pánico. Si uno mira hacia el sur, se ven las ruinas, todavía airosas desde lejos, del castillo-monasterio de Montearagón y entran ganas de llorar al ver un paisaje con tanta historia y sin habitantes. Si miras hacia arriba, ves los *mallos* que hay a cada lado del Tajo, el de Sen y el de Men, con sus ermitas encima y como por su infinito precipicio, pasan las aguas que vienen de un viejo y quebrantado pantano que se *tres-minó* y van por ese profundo cauce hasta la carretera nacional 240, cuando empieza a subir el Estrecho Quinto.

No puede uno menos que acordarse de aquella frase clásica, que decía: «Del Aquilón se revelará el mal». Es que dicho Salto se encuentra en el norte y en él se entrecruzan mitos clásicos como el de Venus y el de Carlomagno con Roldán.

En Huesca ese tajo, mella, muesca, apertura o corte llama la atención y ya los vascos y más tarde los romanos la llamaron *ozca* u *osca*, derivada de la palabra vasco-ibérica más antigua *Bolskan* u *Olskan*. Pero no solo se quedó esta palabra para llamar a la dentellada o mordedura de Roldán y a la ciudad de Huesca, desde la que se admira, sino que nuestros campesinos llaman *osqueta* a la

muesca o marca que se hace en las orejas del ganado lanar. Hay ovejas que llevan la *osqueta* en la parte delantera de la oreja derecha, en cambio a otras se la ponen en la parte posterior de la oreja izquierda, llegando algunas a llevar varias *osquetas* entre las numerosas reses de nuestra tierra. El cura oscense don Juan Cañardo Alterax en la *Historia de Huesca* que escribió en 1850, dice que el nombre de Huesca quiere decir «muesca». Me contaba Julio Brioso que un día, hace ya unos años, pues hoy en Salinas el Viejo de Jaca ya no queda nadie, le preguntaron a un pastor que dónde estaban las Cinco Villas y señalando con su *gayata*, indicaba: «Por aquellas *osquetas* de la sierra, casi se ven».

¿Cuántas preguntas le han hecho los oscenses a tan enorme Tajo? Le preguntaron el nombre de su ciudad, pusieron su imagen en los distintos escudos que ostentaron, interrogaron a Roldán sobre su enorme Salto, que imitaba al de la diosa Venus, levantaron el monasterio de Montearagón hasta que lo incendiaron y se quebró el pantano de Belsué, que está encima de su Salto. Detrás de todos estos mensajes misteriosos ¿estará la solución a las incógnitas de la vida de Huesca?

En el escudo antiguo se ve el lienzo del muro de la ciudad, pues en unos hay tres torres, en tanto que en otros hay cuatro, pero sobre él se encuentra la figura de la muesca, *Osca* o Salto de Roldán y encima se ven tres estrellas, como si quisieran iluminarlo. En el escudo nuevo, que se generalizó a fines del siglo XVI, aparece un caballero ibérico-romano, al que muchos han tratado de san Jorge y sobre él sigue saliendo la muesca de Roldán.

En la carta de indulgencias del obispo de Aragón y Navarra que se encuentra en el museo de la catedral se encuentra un dibujo del escudo antiguo de Huesca, sobre el cual se sobrepone un esquema de la muesca del Salto de Roldán, con clara figura de montaña, lo que quita todas las dudas sobre el significado del símbolo geométrico que se da a dicha muesca. Se trata sin duda de un «símbolo parlante» y si él habla, nosotros debemos hablar con la muesca, tajo, *osca* o Salto de Roldán y, para ello, acerquémonos a ese lugar amplio que se encuentra debajo del depósito de agua de la ciudad, al lado del Amparo y sobre la muralla y desde allí podremos contemplarlo con claridad. Ustedes pregunten lo que deseen y yo pensando en las tres estrellas que sobre Salto de Roldán se encuentran

en el antiguo escudo de Huesca, le diré al pantano: «Esas estrellas, ¿no serán una para la montaña, para que tenga éxito turístico el Parque de Guara, otra para que en la Hoya de Huesca abunde el agua, y la tercera para que al Somontano se le devuelva la que se le quitó?».

En la historia mítica de la muesca trabajó Roldán, pero en la moderna, además de numerosos hombres, trabaja también en el pantano una joven mujer, que ha trazado unas carreteras con ligeras, pero necesarias, curvas para evitar accidentes en lugares de peligrosos altibajos. Gracias, Ana.

## Rogativas

Huesca vive en múltiples ocasiones los problemas de la sequía, pero los vive en muchas ocasiones más de lo que podría vivirlos si se hubieran preocupado nuestras autoridades de los problemas del agua. Sí, porque Huesca pudo haber regado con el río Gállego, a través del pantano de la Peña, echando sus aguas al de Arguis. Pudo regar por medio del pantano de Montearagón y no solo regar sino suministrar agua para el consumo o para la industria; igualmente pudieron hacer lo mismo los pueblos del Somontano oscense, como Angüés y Siétamo con los ríos Alcanadre y Guatizalema y todos juntos pudieron haber recibido los beneficios del canal que baja de El Grado, que hubiera beneficiado nuestras tierras y favorecido las industrias viejas y otras nuevas, si no se hubiera cortado su curso por Angüés y Siétamo para llegar a Huesca, es decir, si no se hubiera desviado su curso desde Peraltilla, a través de Antillón y de Sesa, para unirse en Tardienta con el Canal de Monegros, que viene del pantano de la Sotonera, allá en Montmesa.

Sin embargo, Zaragoza desde hace muchos años se ha preocupado de acercarse el agua de los ríos altoaragoneses y el Aragón riega su provincia y va a suministrar el agua a los habitantes de la gran ciudad y el Gállego tiene una presa en La Peña y llegan sus aguas a estancarse en el pantano de Montmesa y, a través de la unión del Canal de Monegros, con el canal que viene de la presa de El Grado después de regar en nuestra provincia, ya está regando en la de Zaragoza, en tanto que la zona de Huesca, más alta que

Zaragoza y más próxima al origen de los ríos, se queda de seco, disminuyendo su corta población. Don Federico Balaguer, escribía: «Si no hay demografía no hay riqueza, y bajo todos los regímenes, nunca se hace caso a los países despoblados».

¡Cuánta agua había y cuántas fuentes para suministrarla en esta zona de Huesca, pero cuando llovía! Porque cuando llegaban las sequías, tenían que ir sus gentes a buscarla allá donde estuviera con cántaros en los hombros, en las caderas o en las cabezas y el que podía con las *algaderas* cargadas en el burro. Antes solo les quedaba a los oscenses el recurso de las rogativas y hace ya muchos años nos quedaba la construcción de pantanos, que no hemos querido o no hemos sabido construir. Zaragoza en cambio ha buscado y sigue buscando el agua, incluyendo, ahora, el recrecimiento del pantano de Yesa. En cambio, en Huesca siempre ha habido personas que han buscado la traída de aguas pero a veces han sido vilipendiadas, como le ocurrió a don Federico Balaguer, que había publicado en la revista *Argensola* el proyecto de Albasini, que consistía en construir una presa sobre el río Alcanadre, en Pedruel, y le echaron unas broncas que para él constituyeron un vilipendio. ¿Para quién guardan las aguas del Alcanadre? Es necesario hacer rogativas, pero no serían necesarias con excesiva frecuencia, si la comarca de Huesca, construyera más pantanos en sus ríos para utilizarlos para sí misma en primer lugar.

Rogativas ha hecho el Alto Aragón muchas a través de los siglos, por ejemplo las que se organizaban en el monasterio de Montearagón bajo el patrocinio de san Victorián, santo este nacido en Italia el año 480, donde se vio admirado por todos y, no pudiendo soportarlo, se marchó a Francia donde se vio provocado por una dama llamada Maura, cruzó los Pirineos y se estableció en la Peña Montañesa, viviendo en una cueva y al ser descubierto por los monjes del monasterio, del que más tarde tomaría su nombre, lo hicieron Abad. Este monasterio, que ahora lo están restaurando, fue fundado por un rey godo llamado Gesaleico y poseía el cuerpo de san Victorián, pero el rey don Pedro, durante la Reconquista, llevó a Montearagón la cabeza del santo. Aquellos restos prodigiosos, como dice Pedro Pallaruelo, «obraban prodigios en la atmósfera / cuando en tiempos de sequía / la hundían en las aguas de la Fuensanta». Los monjes de Montearagón se acordaban

de esas cualidades y organizaban rogativas en Huesca y en todo el Somontano, cuyas parroquias acudían a ellas con sus cruces parroquiales, hasta sesenta según algunos, y se repetían los prodigios antiguos, mojándose de tal forma la cabeza del santo, que el arzobispo de Zaragoza prohibió que lo sacaran de procesión en las rogativas.

¡Ojalá, después de las rogativas que se van a hacer en Huesca, la lluvia moje nuestras cabezas!

## Las huertas

Todo eran huertas en el camino de Entretapias. Por él caminaban lentamente, leyendo su breviario, aquellos curas de manteo y teja. Siempre, en tiempos pasados, fueron los curas y los esquiladores los mejores conocedores de los buenos carasoles. El camino de Entretapias era carasolero y *miaja bentolero*, pues las tapias que le daban nombre amansaban además el ímpetu desbocado del viento. El polvo de estos caminos era, como el de los molinos, cada vez más impalpable; permanecía en el suelo y solo se alborotaba cuando pasaba el ganado. En las bardas de las tapias vivían las siemprevivas, que languidecían con el calor del verano, pero cobraban nueva vida con el relente nocturno y el agua de las tormentas. En primavera alcanzaban las siemprevivas su máxima vitalidad y algunas se descolgaban hacia el camino, por ver a los caminantes, y otras lo hacían hacia el interior de las huertas para observar a los hortelanos. Estos, como las hormigas, eran seres de actividad incesante; preparaban la tierra para poner las semillas de las que saldrían las plantas para llenar las *eras* de tomates, pimientos, berenjenas, que luego llevarían las mujeres al mercado, brillantes, como sus largos pendientes. Pocos ratos de ocio le quedaban al hortelano, pero cuando tenía oportunidad, cuidaba las macetas que adornaban el sombrero que se apoyaba en la caseta y la parra que le proporcionaba algún racimo de uva de «cojón de gato». Tenía unas macetas que eran representaciones de unos políticos bigotudos, entre los que se encontraba Castelar. El perro del hortelano, saliendo en su defensa, no hacía nada, pero no impedía a nadie que hiciese algo, pues estaba atado a una estaca. El pobre hortelano, asido a su azada desde niño, había convertido su

columna vertebral en un ángulo recto. Se había identificado de tal manera con la tierra, que cuando dejaba la azada seguía mirando al suelo. Cuando tenía sed, bebía agua de una calabaza hueca que él mismo se había preparado, porque le costaba mucho trabajo levantar el botijo y más levantar la cabeza al cielo.

Cuando yo era niño me preguntaba, intrigado, cómo lo meterían en la caja el día que se muriera. Todavía no sé cómo lo hicieron, pero desde luego lo metieron en su ataúd y la tierra lo recibió con amor entrañable, tanto como el que el hortelano le había profesado a ella.

## **Agua no potable, a orillas del Guatizalema**

Cuando uno va por los pueblos tratando de contemplar sus recuerdos arqueológicos, descubre muchas veces las fuentes de piedra, que son como pequeños templos consagrados al agua potable. Están cubiertas con una especie de pequeña bóveda de piedra, asentada sobre gruesas paredes del mismo material y el agua que sale por sus caños de bronce, más o menos numerosos, se contiene por una pequeña presa de piedras labradas, como toda la obra, y encima de los caños, a la altura de un hombre aproximadamente, en la pared a la que se enfrenta el que va a beber o a coger agua, están esculpidas algunas cabezas humanas o alguna figura mitológica. En la huerta vieja de Estadilla hay una hermosa fuente con un número de chorros enorme; en Velillas ya no la usan, entre otras razones porque muchas veces ni siquiera mana, y las hay en Abiego, Sasa del Abadiado y en Siétamo, recién restaurada y a la vista de todo el que entra en el pueblo. Al ver un agua tan clara y al probarla y hallarla tan fresca, los visitantes se ponen a beber y les sabe tan buena que enseguida la embotellan o se la llevan en garrafas para consumirla en la capital.

Pero, como dice la prensa, «el agua es mala o no potable en la mayor parte de la Hoya» y no solo la de Siétamo, donde desde hace ya muchos años se usaba el cloro para mejorarla, y el actual Ayuntamiento trata de eliminar las numerosas sales del agua, con un filtro, y esto es lo que se pretende hacer ahora con la comarcalización. Pero, así como ahora se suministran con agua del río

Guatizalema, cuyas aguas en Vadiello y zonas próximas son más puras, Huesca, Antillón, Torres de Montes, Arbaniés, Liesa y Castejón de Arbaniés, quedan sin utilizar esas aguas los pueblos de Siétamo, Ola, Campo de Monflorite-Alcalá, Alcalá del Obispo, Fañanás, Pueyo, Novalés, etc. No pueden beber de esas aguas y tienen que beber de las que «pueden ocasionar a largo plazo enfermedades crónicas», pero no es por falta de tuberías, que ya están colocadas desde hace largo tiempo, sino porque no se sumergen los principios de la tubería en el río Guatizalema. La Diputación Provincial pacientemente reserva cada año el presupuesto para pagar tal operación, pero «no sé quién» se está oponiendo a la salud de los vecinos de dichos pueblos y a su progreso porque no se pueden dar licencias de obras donde no hay agua y porque hay que esperar un aumento del desarrollo cuando se cree la autovía Lérida-Pamplona.

¡Que con el poco esfuerzo que supone la toma de agua en una obra terminada, se deje progresar a Huesca y a su Hoya!

## Río Guatizalema

¡Río Tajo, río Tajo, tú que cercas a Toledo, parando el son de tus aguas, mírame roto y deshecho! Así se lamentaba la ciudad de Toledo, al encontrarse destruida, después de sufrir los efectos de la guerra civil, pidiéndole al río Tajo que se fijara en ella. También Siétamo pudo pedirle el mismo consuelo al río Guatizalema, al verse destruido por la misma causa. El río no lloró, porque los ríos sin contaminar son ríos de vida y el que se aproxima a sus cauces se siente encantado, como sujeto al poder seductor de sus espacios boscosos, refugio de cientos de pajarillos cantores que cautivan con sus melodías. Fue tal vez por esas causas que los primeros voluntarios gubernamentales, que llegaron al Guatizalema en julio del año 1936, se quedaron en sus orillas descansando, como si hubieran llegado a un paraíso y tuvieron que ser arengados por sus jefes, al darse cuenta del poético suceso.

Pasó la guerra, pasan los vehículos motorizados por la carretera, trabajaron las fábricas de harinas y molinos en sus orillas, pero si uno sube por esas orillas del río, se siente como si estuviera escuchando un concierto natural, producido por las siringes de multitud

de pajarillos, de los que unos son ruiseñores, tan famosos por su música, como dicen aquellos versos: «¡Ruiseñor, ruiseñor de armonioso cantar, canto de amor, las penas hace olvidar!». Ya no quedan ruiseñores en la Torre de Casaús, yendo al hospital de la Seguridad Social, pero Orfeo sigue en la floresta del Guatizalema, como expresa el poeta Gabriel Celaya cuando dice: «El mundo canta en ti; / no eres tú, no, quien canta / por eso te acompaña la naturaleza: / los árboles, las rocas, las flores y las fieras / respiran pausados y extáticos, contemplan / el mundo al fin abierto, luminoso y vacío / unido por el ritmo que alienta en cuanto existe».

¡Ay, río Guatizalema, que vienes desde Nocito, río de zalamerías, que haces que el son de tus aguas rime con los cantos de los pájaros que vuelan por tus espacios arbóreos para hacer escuchar un concierto como programado por el dios Orfeo!

«Y el canto / al fin comprendes / es lo único que existe, / el canto sin palabras, la vida conformada». «El río rumoroso y sus pájaros cantando».

## Malos vientos: cierzo y bochorno

Hoy, 9 de marzo, el cierzo sopla inmisericorde sobre las tierras de Aragón y hace que el campesino cale su boina en la cabeza, de manera antiestética, para evitar que se la lleve el viento. De forma más elegante se la colocan los vascos a modo de paraguas para evitar el agua de lluvia.

El ya perdido *cacherulo* preservaba más del aire y del sol que de la lluvia, las cabezas que se cubrían con sombrero de Sástago en los días de aguacero y de festejo.

En la paz rutinaria y el silencio de la casa campesina ha irrumpido un bronco ruido; es el cierzo que levanta las tejas, golpea las ventanas abiertas del granero, arranca algún ciprés en el solitario cementerio y mueve las cortinas, infiltrado por las juntas de masilla reseca de los cristales del balcón.

Vuelan los pétalos, rosados o blancos, de la flor del almendro, que se queda desnudo de florido esplendor, sin haberse aún vestido, en este mes de marzo de su verde follaje.

Contribuye a la tristeza del ambiente el paso de un saco de plástico volando, empujado por la fuerza del aire y un ruido, semejante

al ulular de los lobos, desciende por el hueco de las escaleras, procedente del desván, donde los niños no se atreven a subir, esperando encontrar, debajo del tejido de cañizos del tejado, un aquelarre de brujas, procedentes del noroeste.

Allí quedó la lluvia y aquí llega el impulso de un secador apocalíptico e inmenso. El Pirineo forma un valladar gigante que no deja pasar las nubes pero retiene depósitos de nieve que proporcionan aguas en verano. Gracias a él nuestros ríos bajan el agua que podría regar nuestros secanos.

Hablando de vientos, ya decían los abuelos, que «el cierzo y la contribución tienen perdido a Aragón». Pero escrituras arcanas y antiguas, añadían que «del Aquilón se revelará el mal». Cuando sopla el bochorno, está próxima el agua, pero hoy lo mismo el cierzo que el bochorno nos aproximan nubes agoreras de negras y largas sequías.

Yo me quedo con «*el aire de Pina, que llena la badina*».

1980

## El árbol y el agua

*Rorate coeli de super et nubes pluant justum (Salmos).*

Que rueden las nubes por los cielos arrastradas por borrascas y ciclones y que descuelguen su lluvia benéfica sobre las sedientas tierras de Aragón, pues es ello justo y saludable.

Dice el agua de la tierra, remedando al poeta: «¡Verde, que te quiero verde!». Y contradice de esta forma a las llamas destructoras cuyas lenguas de fuego gritan: «¡Negra, que te quiero negra!».

El hombre, ¡cómo goza viendo verdes sus cultivos y fragosos sus árboles! El campesino afirma desde siglos: «¡Qué verde es el agua!». Este aserto parece un contrasentido porque en la escuela nos dijeron que era el agua inodora, incolora e insípida. Pero cuando gruesas gotas comienzan a caer, la tierra desprende un agradable olor a búcaro, el color de las sedientas plantas que se tornaba pardo, verde como la *mantis religiosa*, al metamorfosearse cuando pasa de la paja al césped y ¡qué agradable sabor el del rocío para el ruiseñor que lo toma de una flor por la mañana!

Que rueden los cielos allá arriba, en silencio casi siempre y con «ruido de ronca tempestad» en el verano. Que lluevan las nubes

sobre el justo y sobre los que cantan: ¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva! No parece que el salmo sea muy piadoso, cuando pide que llueva solo sobre el justo. No cae lluvia sobre los desiertos y sin embargo no creo que sus escasos habitantes sean injustos. Tal vez lo fueran sus antepasados con respecto al árbol que talaron e hizo posible que avanzaran las dunas arenosas.

Seamos amables con el árbol que se alza en nuestros campos y plantemos nuevas vidas vegetales, que regaremos con el agua del pozo, de la fuente, de la acequia o del canal y esas umbrías piadosas nos tornarían copiosa el agua de las nubes, los frutos del árbol, sus sombras estivales y el calor de su leña en las veladas invernales.

Y tú te irás... «y yo me iré, y estaremos, sin hogar, sin árbol verde, sin pozo blanco, sin cielo azul y plácido [...] y se quedarán los pájaros cantando» (Juan Ramón Jiménez).

## Cardús y el agua

El domingo 24 de octubre de 1976, don José Cardús Llanas escribía en «Turismo Altoaragonés», en el periódico *Heraldo de Aragón*, un artículo titulado «El Molino Viejo de Siétamo». En él dice entre otras cosas:

A este valle le llamé yo «La Val de Siétamo». La gente le llama de antiguo «*A Fondura* de Siétamo». *Fondura*, hondura, que concretamente está dentro del plan de riego de Vadiello, pero...

El caso es que «*A Hondura* de Siétamo» no se riega a pesar de que un río «muy majo pasa por ella», y mientras se está madurando el que parte de las aguas que pasan «por las narices de Siétamo» sean trasvasadas a Barcelona. No se trasvasaron a Barcelona, pero sí a Huesca.

Repetimos: «*A Fondura* de Siétamo no se riega». ¡Si el canal de El Grado, que atraviesa la carretera N-240 por Peraltilla, hubiera seguido su curso hacia Huesca...! Sí, porque con las aguas de dicho canal, Huesca las hubiera tenido abundantes y no hubiese necesitado, sacarlas del Guatizalema!

En la plaza del pueblo, hace muchos años, tuvo lugar este diálogo: «¿Quién *ye* ese *moce* que monta a yegua de José María Almudévar?». «Es un sobrino de doña Pilar Almudévar, la que está casada en Huesca». Ese *moce* era yo. Después de tantos años pasados, remuevo viejos anhelos del pueblo que tanto quise o quiero, pidiendo para él la acequia con que regar *A Fondura*.

Este artículo publicado en el año 1976 lo guardé en un libro de mi primo Pepe Cardús y he tenido la suerte de encontrarlo, en unos momentos en que los riegos de Aragón y de Siétamo están siendo objeto de la inquietud de todos sus habitantes. Es una satisfacción para mí comprobar cómo el pueblo de Siétamo ha conservado sus «viejos anhelos... pidiendo para él la acequia con qué regar», pues ha sido el primer pueblo del Somontano, y casi de la propia Hoya de Huesca, que ha llevado a cabo la concentración parcelaria, totalmente necesaria y exigida para poder ser puesto en riego.

Los pueblos se están despoblando y es nuestra obligación crear estructuras que los hagan renacer y la principal es el agua, que si la logramos será no solo para la agricultura, sino también para la industria pues hay que pensar en levantar una zona industrial cerca de la autopista que se va a crear de Lérida a Pamplona.

En cuanto al suministro, ya se ha aprobado tomar el agua del río Guatzalema para la instalación de conducción de agua para Siétamo y otros pueblos e incluso para el aeropuerto de Alcalá-Monflorite. Esperemos que se realice pronto, para que no pasemos apuros los habitantes de Siétamo.

Ahora se ven desaparecer muchos pequeños pueblos, pero los de Siétamo no queremos desaparecer, como lo hicieron, alrededor de él muchos otros como Olivito, Abrisén, Castellazos y Santa Engracia y algunos un poco más lejanos como Quinto, la Ripa Alta y la Ripa Baja. Y para evitar la desaparición hemos de luchar, en primer lugar por las aguas, que las hemos ya pedido para el riego y que servirán también para la industria.

Y no es nada raro luchar por la industria en un pueblo que tuvo fábrica de alcohol y de harinas y donde se han dado todos los

oficios antiguos de Aragón, como *arnaleros* o mieleros, *pelaires* o colchoneros, *mondongueros*, *zucrereros* o pasteleros, *caberos*, que hacían *caberías* para sacar carbón, *esparteñeros* o teleros e incluso algo parecido a los banqueros, como los *cabaleros* o caudaleros.

Quedarán pocos labradores en Siétamo, pero sus habitantes podrán ganarse la vida con dignidad y vivir a gusto y en armonía.

## Los hortelanos de Huesca

Los hortelanos de Huesca no necesitan maestros para cultivar sus huertas. Casi todos ellos están concentrados en la zona de San Martín, antiguo barrio extramuros habitado por los moriscos, que fueron tan hábiles para crear huertas y cultivarlas. Las palabras árabes han pasado a nuestra lengua y las referentes al riego las usamos con profusión: «Entre las flores el agua oculta corre, pasa y suena por acequias, regatas y atanores» (A. Machado). La palabra *atanor* que utiliza el poeta no nos resulta muy conocida, pero *acequias*, *azud*, *alberca* y *azarbe* nos son familiares.

Nuestros términos se llaman *La Almunia*, *El Almería*, *Algascar*, y tenemos las *albercas* de Cortés y de Loreto, el *azud* del puente de San Miguel y el *aljibe* de Loreto. De aquellos moriscos han heredado su oficio nuestros hortelanos: Calasanz, Lairla, Garcés, Oliván, Andacá, Písón, Venturis, Barbereta, Lacoma, Ezequiel «El Ruso» y otros. A sus conocimientos se fueron añadiendo los de Ferrando, que vino de Barbastro, donde tan pulcramente exponen los hortelanos sus verduras en los porches de la plaza, los de Tarradellas, que vino de Lérida, y los de Solanes, que vino de Fraga y emparentó con los hortelanos oscenses, de cuya rama procede Victorino el de la Torre del Gallo y mayoral de los danzantes.

Tenía su casa Solanes, y todavía vive en ella, en la calle de la Campana y todos la llamaban la casa del Fragatino. Allí preparaban las cabezas, que recordaban a las que cortara Ramiro el Monje, en las fiestas del barrio y contrastaban con las fragantes flores de la huerta que llevaban las mozas. ¡Qué bien *fragaban* las fragantes flores de casa del fragatino! Y dejó a Teresa Ramón, vecina en su infancia de la calle de la Campaña, describir el lugar preferido de toda la chiquillería de mi calle para jugar:

¡Qué recovecos para practicar el escondite! Y ¡qué bondad la de los moradores de la casa para soportarnos!

El pozo misterioso y atrayente debe seguir allí, impenetrable a los adelantos de los frigoríficos y de las aguas cloradas. En la calle, era de rigor ir con *pozal* o *pozalico*, según la estatura del crío portador, a sacar agua del fondo para refrescar el botijo y el porrón de comidas y cenas veraniegas. Ten la seguridad de que el antiguo pozo ha hecho con su frígido contenido las delicias de casi todos los vecinos de la Campana... En nuestra imaginación infantil, el pozo del Fragatino, era como una gran pila de agua, poco menos que bendecida.

Y doy la razón a Teresa en eso de los pozos misteriosos porque venas ocultas, más que las acequias, llevan el agua a los pozos y forman una pupila cristalina que refleja las verdes plantas asidas a las grietas de las piedras doveladas para un arco horizontal, no para un arco vertical. Es el pozo ojo de mirada profunda que solo mira hacia arriba, esperando que al brocal se asome la luna llena, los rubios rayos del sol, la cara de la hortelana, los ojos tristes del viejo o los curiosos y atónitos de los niños.

Por la carrucha, chirriando, subía y bajaba el *pozal*, que al desbordarse el agua, producía un sonido de cristal. Quedan pocos hortelanos pero su sabiduría antigua debiera ser más consultada por la ciudad. En cierta ocasión Daniel Calasanz se quejaba al arquitecto de que las calles del ensanche no hubieran sido trazadas más rectas y al espetarle el técnico que cómo lo sabía, le contestó: en mi huerta puede usted comprobar la *derechura* de los caballones y para conseguirlo me basta con una *cuerdeta*.

La Campana y el pozo, el pozo y el *pozal*, el agua y la huerta, los *ballos* y la cuerda: hortelanos de Huesca.

1990

## Riegos para Huesca y el Somontano

Se ha hablado durante este año mucho y bien de Joaquín Costa y no sé cuántos hace que se publicó un libro de Francisco de los Ríos en que se hace historia de su magnífica intervención en obras de nuevos regadíos. Los que, doctores ellos, tratan de Costa están

muy preocupados de su personalidad, discuten sobre sus ideas políticas, hablan de su estancia en Huesca capital, pero no definden sus sueños sobre el agua para que se sigan haciendo pantanos, balsas, desvíos de ríos, industrias derivadas de la agricultura, suministros a poblaciones, mejoras de espacios públicos como parques y para que se sigan regando nuevas comarcas aragonesas. Algunos dicen: «¿Para qué vamos a regar si empieza la abundancia de cultivos y la sobra en el comercio mundial de sus productos?». Se dividen estos opositores en dos clases, unos europeos y otros españoles. Es muy sencillo contestar a los europeos, pues ellos, la mayoría, no necesitan riegos ya que su pluviosidad es elevada y no les importa nada encontrar a España seca. A los españoles habría que dividirlos a su vez en dos clases, los primitivos a quienes molesta que su vecino de campo lo ponga en riego, pues, además de «hacerse rico», le molestará en el reparto de las aguas, y los modernos, que del Ebro han hecho el trasvase a Santander, del río Zadorra, afluente del citado Ebro, han llevado aguas hacia el gran Bilbao; han conducido aguas al campo de Tarragona, ahora quieren hacerlo para Barcelona y además, no lo olvidemos, tienen que llevarse el agua del Ebro a Valencia y a Murcia.

En su libro, don Francisco de los Ríos «ha vuelto, por ejemplo, a sacudir muchas conciencias al recordarnos hasta que punto depende el desarrollo futuro de Aragón de sus ríos, cuán necesaria e inaplazable es la construcción de embalses, mal que nos pese, y cuánto esfuerzo nos resta aún para llevar el agua a miles de hectáreas de verdadero desierto». Con estas palabras nos recuerda que Aragón debe quedar, por ejemplo, en el ámbito de aguas, como Santander, Bilbao, Zaragoza y Tarragona, pero no nos recuerda que Huesca (donde nació el 11 de agosto de 1913) tiene un gran ideal en sí misma y desde Ayerbe hasta Angüés, hasta Antillón, Sesa, Tardienta y Almudévar para despertar nuestros sueños y no solo en los desiertos. En estos llueve unos 300 mm por metro cuadrado al año y en Huesca y su Somontano de 500 a 600, que asegurarían sus cosechas de cereales, si esa lluvia fuera segura y regular su caída, lo que, además, daría con seguridad el abastecimiento de agua a sus vecinos.

Nos pide que recordemos «hasta qué punto depende el futuro de Aragón de sus ríos, cosa necesaria e inaplazable es la construcción de

embalses» y yo me acuerdo de que el río que pasa por mi pueblo, y no nos riega, tiene su pantano construido, a saber, el pantano de Vadiello. ¿Qué quieren recordar a los habitantes del Somontano para que sueñen en los riegos del desierto?, cuando ellos podrían regar sin tantos gastos, con menos agua que en los Monegros, sin hacer pueblos de colonización, convirtiendo a Huesca en cabeza de una zona rica, industrializada, comunicada con las autopistas de Zaragoza a Canfranc y de Lérida a Navarra.

Ya decía Costa que, cuando se regara la zona de Barbastro, este se convertiría en una pequeña Zaragoza. Se riega hace pocos años y Barbastro se extiende y se industrializa, como está en la misma situación la parte regada de la zona oriental de la provincia.

Casi todos reconocemos el éxito de llevar el agua a los desiertos pero, ¿por qué no protestamos de que la zona de Huesca vea pasar el agua de sus ríos hacia esos desiertos (viejos desiertos de Zaragoza), mientras nuestros escasos campesinos no tienen poder para desviar hacia sus tierras las de los ríos Gállego, Isuela, Flumen, Guatizalema y Alcanadre? De niño me llevaron a Zaragoza, en el tren, don Joaquín Santafé y mi prima Lourdes Llanas y se veía un paisaje gris, seco, que ahora ya es verde.

Se acabaron las obras del primer tramo del Canal de Monegros, que de la Sotonera conduce el agua hasta el acueducto de Tardienta, y se tuvieron que conseguir ayudas americanas para seguir las obras. Por esa escasez de dinero se desvió ese canal que pasó de encima de la carretera N-240 a su parte sur por Peraltilla, hacia Antillón y hacia Sesa para llegar a Tardienta. Se quedaron sin riego Antillón, Sesa, Angüés, Siétamo, Loporzano y Huesca, entre otros pueblos. Menos mal que ahora se pretende, tímidamente, regar la zona de Angüés con el pantano de Calcón, de muy poca cabida y yo digo: ¿por qué no se sigue la idea de Albasini de bajar desde Pedruel, a orillas del Alcanadre, agua a dicho pantano? Y ¿por qué el río Guatizalema, con su pantano construido, deja de regar las tierras en las que Dios lo puso para eso, para regarlas?

Se tiene idea en Aragón de regar 445 000 Has. más de las que ahora se riegan y de construir 63 nuevos embalses; mirando la economía habría que favorecer el aprovechamiento de los pantanos construidos, como el de Vadiello y el de Calcón, trayendo al mismo tiempo agua a Huesca del río Gállego. Corren prisa estos proyectos

porque la densidad de población en Aragón es de 25 habitantes por kilómetro cuadrado, cuando en el resto de España son 77. Don Federico Balaguer dice en el *Diario del Alto Aragón* del día 27 de noviembre de 1996: «Si no hay demografía no hay riqueza, y bajo todos los regímenes, nunca se hace caso a los países despoblados».

Las primeras obras hidráulicas, aparte de alguna central hidroeléctrica, se hicieron para regar, con el resultado que hoy vemos en la parte oriental de la provincia y en Lérida, donde se desarrolló el medioambiente, las industrias derivadas de la agricultura, al principio, y hoy toda clase de industrias.

Hagamos los riegos de Huesca y Somontano antes de que desaparezcan todos sus habitantes, que después, además de regar, el progreso industrial y del patrimonio natural, quedarán asegurados.

Que Huesca reaccione con un nuevo pensamiento de sus dirigentes, para que Huesca se riegue y sus comarcas, entre la agricultura y la industria y el suministro de agua a las poblaciones, renazca de nuevo a la vida.

1993

TEMAS LITERARIOS



## Don Quijote, antes y ahora

A Lope de Vega le mandó Violante hacer un soneto, por lo que se deduce al leer: «Un soneto me manda hacer Violante / y en mi vida me he visto en tal aprieto, / catorce versos dicen que es soneto, / burla burlando van los tres delante». Lope era Lope y claro, burla burlando, escribía un soneto; su fecundidad era proverbial, tanto que en menos de horas veinticuatro no sé cuántas pasaron de las musas al teatro. Además, en aquellos tiempos en que el amor era el *primum movens* de aquellos caballeros, si se lo pedía Violante, lo que me extraña es que no escribiera cien sonetos en lugar de uno.

A mí no me mandan hacer un soneto, me ordenan escribir sobre *El Quijote* y, con mayor motivo que Lope, «en mi vida me he visto en tal aprieto». El que me manda meterme en libros de caballerías es como don Quijote, «seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador». Este caballero tiene otras analogías con el de Cervantes: este «se daba a leer libros de caballerías», «y así llevé a su casa cuantos pudo haber dello», y aquel, que me ha ordenado perorar, también tiene en su casa libros en abundancia, hasta de caballerías, ya que posee hasta *El Quijote* de Avellaneda. Este caballero es don Federico Balaguer y cuando pienso que un sabio me manda escribir, me río y solo me queda, como a Lope pero en pequeño, tratar de, burla burlando, llenar otros tres o cuatro folios, además del que ya llevo por delante. Yo creo que resultará sencillo, pues medio mundo se burla del otro medio.

Hay personas razonables que, como don Federico Balaguer, se dedican a «desfacer» entuertos históricos o, como Miguel de Cervantes, que dedica a su don Quijote a deshacer los entuertos que causaban los libros de caballerías en sus tiempos. Esos libros estaban escritos por personas a las que la razón de su sinrazón se les hacía razón. Ante tales desvaríos no valía la fuerza de la razón; el único recurso que le queda al escritor para combatirlo es la ironía, la sátira y la burla.

Unamuno nos hace ver que *El Quijote* es una burla de un género literario que hizo que a don Quijote se le secase el cerebro, «de modo que vino a perder el juicio».

La era Gutenberg se había iniciado en el siglo xv y el invento de la imprenta, que pudo transformar a todos los hombres en razonables y razonadores, llevó la sinrazón a don Quijote y otros muchos, como la misma santa Teresa, se tuvieron que apartar de la lectura de los libros de caballerías para poder llegar a hacer de la mística un esquema racional en *Las Moradas*.

En la obra de Martín de Riquer titulada *Introducción a Don Quijote* se lee que Alfonso de Fuentes cuenta en su *Summa de Filosofía Natural* (1547) el caso de «un personaje que se sabía de memoria el Palmerín de Oliva y no se hallaba sin él, aunque lo sabía de cabeza».

En el *Arte de Galantería* de don Pedro de Portugal se describe cómo lloraba toda una familia porque se había muerto Amadís de Gaula; un gran señor italiano se desesperaba al leer que Amadís hacía penitencia, como cuenta Lope de Vega en su novela *Guzmán el Bueno*.

Hay quien se pregunta si Cervantes quiso en su obra afirmar que todos estamos locos hablando antes de personas razonables o cuerdas y de personas de la sinrazón o locos: el mismo Cervantes opone a la locura de don Quijote el sentido común de Sancho Panza y tampoco en la realidad están polarizadas la cordura y la locura. La sabiduría popular afirma que «de poetas, músicos y locos, todos tenemos un poco». Creo que sería tan disparatado ver por todas partes castillos encantados y sutiles Dulcineas como tener el concepto sanchopancesco de «muera Marta y muera farta» y que todas las Martas se convirtieran en «*fembras* placenteras». A lo largo de la obra se observa cómo don Quijote se va haciendo más

realista y cómo Sancho, por ejemplo, en la Ínsula Barataria, donde lo nombran gobernador, pronuncia frases que se apartan de lo concreto y entra en conceptos abstractos como la justicia.

Don Quijote es un insensato, no muestra sentido del humor, es un utópico, y las utopías son como el onanismo, y el insensato sueña en princesas y, como utópico, está separado del erotismo que habitualmente ponen en acción los caballeros andantes.

Sancho Panza es excesivamente sensato y carece también del sentido del humor, haciéndole su realismo creer solamente en aquello que tiene al alcance de la mano, y se le escapa también el erotismo para convertirse en posesión material.

Los utópicos y quiméricos, en su vida particular o en la pública, si la ejercen, ven sus chifladuras desmoronadas ante la realidad después de mostrarse violentos, ya ante los molinos de viento o ante los rebaños de ovejas, entes pacíficos por antonomasia y en los que ellos solo ven fantasmas enemigos. Los absolutamente sensatos podrían pasar por bueyes embelesados en su ciencia.

¿Dónde está el mérito de Cervantes? Yo creo que en la ironía con que nos conduce a la realidad de cómo debe ser la persona humana tan alejada de Amadises y de Dulcineas como de Sancho Panza y Maritornes.

No es *El Quijote* una simple sucesión de relatos chuscos que constituirían una payasada, como ocurre en alguno de los que salen en el Avellaneda, como en el capítulo en que don Quijote y Sancho, camino de Zaragoza, entran a expoliar un melonar y salen a palos. El payaso es un hombre alienado, no es un hombre auténtico, está enmascarado de listo o de tontito.

El mérito de Cervantes es hacer ver, por la ironía, cómo no debe ser el hombre; es intentar apartar al hombre de la alienación; pero la grandeza de su obra es que es universal en el espacio (cientos de ediciones de sus obras en casi todas las lenguas) y en el tiempo. Si en la era Gutenberg fueron los libros de caballerías y de otros géneros alienantes, sigue habiéndolos en la era Mac Luhan.

Mac Luhan era canadiense y ha muerto hace poco tiempo. Anunció el fin, quizá exagerando un poco, de la letra impresa, sustituida por las computadoras, la televisión, los vídeos, etc. Siempre se ha dicho que una imagen vale más que mil palabras, pero yo me pregunto: ¿no será mejor una imagen acompañada

de una hermosa y precisa descripción? Estas palabras me recuerdan que Cervantes ironizaba de los libros de caballerías, no solo en su fondo, sino también en su forma. No otra es su intención cuando escribe: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la vanidad de la rosada aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y empezó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Este texto, a pesar de ser una ironía contra el estilo literario de los autores de los libros de caballerías, a mí me encanta leerlo y releerlo y me gustaría acercarme en los escritos a su calidad literaria.

Pero estaba hablando de la bipolarización que se plantea entre Gutenberg y Mac Luhan, y yo creo que sigue siendo necesaria la lectura y que la de *El Quijote* será siempre aleccionadora. La escritura hace pensar, los chinos representan con signos sus palabras monosilábicas, los fenicios sustituyeron los dibujos por consonantes y vocales, pero todavía podemos ver dibujadas las «ideas de las cosas» en las cuevas primitivas. Con estas imágenes, si no las acompañamos de una descripción escrita, podemos volver al bisonte de Altamira.

¿Qué conclusión podemos sacar de este concurso? Yo personalmente tengo la mía, que le agradezco a don Federico por haberme mandado intervenir en este acto, lo que me ha obligado a leer, como a los concursantes, textos de *El Quijote* y a reflexionar sobre ellos. Estas lecturas y estas reflexiones nos han ayudado a comprender el mundo actual y a percatarnos del paralelismo entre don Quijote y los escritores actuales.

La alienación que antes producían los libros de caballerías, las producen ahora el consumismo, la televisión, el cine, la masificación, los dogmatismos, los fanatismos y una vaga conciencia de inseguridad en el porvenir colectivo y en el de cada joven e incluso de cada persona mayor, como yo mismo.

Se celebra estos días el aniversario de Ortega, que decía que los españoles consideraban «funesta la manía de pensar». Algunos lo descalifican porque no pensaba como ellos, pero yo animo a los jóvenes a que piensen por sí mismos y ahora que han leído *El Quijote* que sigan leyendo otros libros.

Kafka, en su obra *El castillo*, habla de cómo en él se hallan hombres con poder que tienen siempre palabras, buenas palabras, pero los hombres que están fuera están inermes, desalentados e impotentes para alcanzar otra Dulcinea que es un conjunto de sueños de felicidad y de libertad.

José Luis Castillo Puche describe cómo Kafka ha sabido «poner en alegoría no solo el destino incierto del hombre», «sino que a través de sus personajes atónitos y acosados, alucinados o poéticos en medio de la grosera vulgaridad, ha dejado testimonio de la auténtica conciencia de nuestro tiempo».

A don Quijote lo interferían gigantes que eran molinos de viento, a los hombres en sus sueños los interfieren también gigantes que son todopoderosos en sus torres del castillo del poder: «Burocracias de hierro, automatización y la deshumanización de la maquinaria estatal, social, científica, económica y técnica, cuyo objetivo es hacer que el mundo funcione sin tener en cuenta al hombre». El mismo Cervantes sufrió en sus carnes los vituperios del poder.

Cervantes, en situación de pobreza envió al Consejo de Indias una serie de méritos que le podrían hacer merecedor de un empleo en América y aquellos méritos eran los siguientes: su pérdida del brazo en Lepanto, el cautiverio de Argel, la misión que desempeñó en Orán, los que tenía su hermano Rodrigo que había también peleado en Lepanto y el desamparo de sus hermanas. Se lo denegaron, pero su don Quijote, como decía mucho antes don Juan Manuel de los libros, fue «melecina» que con su bálsamo de optimismo y de ilusión ha curado muchas mentes humanas y las ha aliviado en el curso de los años.

## La Virgen de la Corona

Se creía que *La vida de Pedro Saputo* era una novela anónima, es decir, que no se sabía quién era su autor, pero don Rafael Gastón Burillo, en su discurso de ingreso en la Academia, el día 18 de

marzo de 1951 dijo: «Puestas seguidas cada una de las letras iniciales o capitales de los diez primeros capítulos de la obra, formaban las diez letras el nombre Braulio Foz». Y saber quién era este escritor es fácil, pues basta leer en el discurso de Gastón lo siguiente: «Se trata de un literato que escribe acerca de Aragón, desde Aragón y para Aragón, es lo genuino aragonés». Y ¿qué es lo genuino aragonés? Sigue contestando Rafael Gastón: «Es la razón natural, como lo son las ideas de verdad y de justicia. El símbolo de Pedro Saputo y de Almudévar, que es Aragón entero, puede iluminar con sus enseñanzas y deleitar con su belleza, áspera y rebelde cuanto grata, a todo el mundo. Ya vemos cómo considera a Almudévar como síntesis de todas las tierras aragonesas –tres leguas de la famosa ciudad de Huesca, en la carretera de Zaragoza–. Y nace (si puede decirse que la razón nace) como educador de su tierra para la razón y el progreso». «Por eso, después de aprender todos los oficios (puesto que todos pueden ser aconsejados por la razón), viene a ser ante todo, pintor y músico».

Vemos cómo es representante de todo Aragón, porque cuando va a Zaragoza, «preguntando por el Pilar y oyendo que estaba cerca, visitó a Nuestra Señora y se fue a una posada».

Si amaba a la Virgen del Pilar es muy natural que venerase y amase a la patrona de Almudévar, es decir, a la Virgen de la Corona, y así ocurrió, pues «su madre le miraba y lloraba de gozo» al ver a Pedro aprender en cinco días a escribir y aprender diversos oficios, y un día le encargó que le trajera de Huesca un lapicero, dos compases y «fue su madre a Huesca y le trajo todos aquellos instrumentos; y él pasaba después el tiempo dibujando lo que se le antojaba». De ahí a algún tiempo hizo el retrato de su madre, y era tan parecida que todos al verlo decían: «Esta es la madre de Pedro».

Había aprendido todos los oficios; después las bellas artes: el dibujo, la pintura, la música. Pero la música y la pintura fueron mientras vivió las aficiones más amadas por él.

Y «con la pintura empezó su larga tarea educadora para la sociedad. En ocasión de habersele encargado pintar la capilla de la Virgen de la Corona, realizó su trabajo de tal manera que agradó y asombró a sus convecinos». Pero además Pedro Saputo se hizo estudiante de la Tuna y, unido a los otros jóvenes estudiantes,

formó parte de un formidable conjunto musical que le atraía como la música que acompañaba a los danzantes de Almudévar cuando bajaban o subían a la Virgen de la Corona a la parroquia o de esta a la Corona.

Pedro Saputo se sintió orgulloso de pintar la capilla de la Madre no solo suya, como era la Pupila, sino de todos los almudevarenses y de un artista de tal categoría que produjo la admiración y el encanto de cuantos iban a ver la capilla y su Virgen, que en ella repartía los favores y el amor a todos los fieles y convecinos suyos.

Y después de pintada la capilla comenzó su «larga tarea educadora para la sociedad», pues le preguntaban el significado de las diferentes escenas y él les respondía: «Yo os he pintado en un lienzo dos cuadros, el uno es un olivar y el otro una viña, que son cosas que para verlas tenéis que ir a Huesca y al Somontano; pero lo que es en vuestro lugar no las veis por vuestra mucha desidia y cobardía». Se enfadaba Pedro porque en Almudévar solo se sembraba trigo y no plantaban olivos como en Huesca, o viñas como en el Somontano.

Luego expone otro lienzo en que también hay dos cuadros, de los que «uno es una mujer de su casa muy aseada y cuidadosa, muy atenta, modesta y aplicada a su labor y a la inteligencia de las cosas del servicio doméstico, rodeándola dos niños y una niña, hijos suyos muy graciosos, limpios y bien vestidos y criados, que es cosa que no veis en vuestro lugar». Pedro Saputo echa a los de Almudévar broncas en que les acusa de falta de cuidados en la casa y en la familia, pero serían pobres algunos de ellos y sin embargo les han sucedido los actuales vecinos de Almudévar, casi todos ellos ejemplares, cuidadosos y progresistas. Basta con mirarse a los mozos y mozas que acompañan a la Virgen de la Corona cuando la suben o la bajan, ya que parecen un auténtico desfile de elegancia. A veces generaliza la situación que se daba y todavía se da, entre suegras y nueras. En una escena representó «una suegra y una nuera comiendo las dos en un plato muy concordantes, amigas y bien animadas entre sí; cosa que tampoco veis en este lugar». Termina la lección de su pintura de la capilla, diciendo: «Y arriba, en la bóveda o cielo de la capilla, he pintado a María Santísima con las manos cerradas, porque no hay en este pueblo quien se las abra con oraciones devotas y humildes», contradiciéndose voluntariamente,

al añadir «y la obligué a abrirlas para dejar caer sobre vosotros las bendiciones de que las trae llenas». Y llena le ponen los devotos de flores su mano derecha, ya que la izquierda la tiene ocupada en sostener al Niño y esas flores representan los dones y favores que concede a sus hijos.

Estaba yo el día once de este mes de septiembre del año actual de 2003, besando la medalla de la Virgen de la Corona y se me acercó el señor párroco, que con su devoción y entusiasmo me hizo ver las flores de su mano derecha y la belleza y el gozo que le producía su Madre y también madre de todos los vecinos de Almudévar.

El pueblo de Almudévar siempre ha recibido dones de esa Virgen de la Corona, pues todavía queda algún anciano que le reza: «Del cielo esperamos / hermoso rocío, / así lo desea / este pueblo pío, / pío y siempre pío / pobre y siempre pobre / que hoy en este día / nadie le socorre. / Socórrenos madre / a los hijos de Eva / que piden que llueva / en esta novena».

Y ¿cómo no va a socorrer la Virgen a sus hijos?, si sus hijos la aman igual que el Niño Jesús, al que sostiene con su brazo izquierdo y que la mira con un cariño inmenso, desde hace muchos años, más que la figura de la Madre, a la que quemaron en cierta ocasión, quedándose ese hermoso Niño intacto. Yo creo que el Señor habrá ya perdonado a los pirómanos. Leyendo a Pedro Saputo, parece que explica casos como el de abrasar a la imagen de la Virgen, cuando dice: «Sabed, pues, amigos y compatriotas míos, que en todas partes he encontrado hombres agudos y hombres tontos...».

Todo el pueblo acude a la procesión o asiste a contemplarla en las empinadas calles que comunican la Corona (en árabe Almudévar o la Redonda, que es lo mismo) con la parroquia el día 7 de septiembre en que bajan a la Virgen para celebrar las fiestas. Cuando llega el día doce la suben a la antigua iglesia del siglo XII, adosada al castillo, que también se encuentra en la Corona o meseta redonda. Allí se escuchan cantos, oraciones y la música de los danzantes, que cuando bajan hacen sonar los golpes de los palos y al subir suenan mezclados los sonidos procedentes de los palos y de los sables, como si quisieran con su sonido metálico acompañar a la Virgen a la gloria de la Corona, y que, acompañados por los

enfiebrezados y emocionados gritos de la gente, cuando lanzan al aire sus voces diciendo «Viva la Virgen de la Corona», que da la impresión de que aquellos trozos de las palabras rebotan por aquellas laderas, mezclados con los sonidos de la música que acompaña a los danzantes, que parecen estar en trance místico al acompañar a la Santísima Virgen.

Cuando se acaba la procesión del día doce vuelven a su trabajo los almudevanos, unos en la misma villa y otros volviendo a Cataluña o a Zaragoza, y yo no sé si Pedro Saputo salió a correr el mundo acordándose, como sus paisanos, de la última procesión, pero cuando salió dice Braulio Foz que «el sol de las siete de la mañana, a mediados del mes de marzo, purísima la atmósfera, claro el horizonte, quieto el viento y placentero el día, alegraba la húmeda tierra, que, vivificada ya de su calor amigo y apuntando la primavera, le hubiese ofrecido la naturaleza renovando su vida en la estación más apacible del año, si la campiña que atravesaba, desnuda, inamena y triste, presentara a un lado y a otro a la vista más de algunas verdes llanadas de campos de trigo...».

Parece que Pedro Saputo leyó la antífona del *Magnificat* y escribía como ella del sol de la mañana, de la purísima atmósfera, que se expresa así: «Tu subida es semejante a la aurora, que desparrama sus resplandores. Hija de Sión, toda eres bella y dulce: hermosa como la luna, pura como el sol».

Dicen que Pedro Saputo representa la razón y el corazón y Rafael Gastón, en el discurso que acompaña el libro de su vida, lo acaba diciendo: «Y si algún día ese espíritu aragonés formado por el sentido de lo verdadero y de lo justo tiende a desvanecerse, todavía podrá volver Pedro Saputo, el hombre símbolo, para continuar su labor mantenedora de los valores espirituales de nuestra tierra».

2003

## Ana Francisca Abarca de Bolea

Ana Francisca Abarca de Bolea Mur y Castro, como se firma ella en algunas ocasiones, era hija de don Martín Abarca de Bolea y Castro, descendiente del rey de Navarra, y primer rey de Aragón, Sancho Garcés II o Sancho Abarca, enterrado en San Juan de la Peña, y de su esposa señora de Castro, descendiente del señor de

Castro, hijo natural de Jaime el Conquistador y de una hija de Sancho de Antillón, pueblo del que conservó el nombre. Ese señor de Castro vivió en el castillo-palacio de Siétamo, que donó a una hija suya, que casó con un Abarca de Bolea. Su madre, doña Ana de Mur, segunda esposa de su padre, fue hija de los barones de Pallaruelo. Nació Ana Francisca en Zaragoza el 21 de abril de 1602.

Don Martín Abarca de Bolea fue un asiduo asistente a las justas poéticas que por entonces se celebraban, dejando entre otras obras *Las lágrimas de San Pedro* (1578), *Orlando determinado*, *Orlando enamorado*, *Los poemas de las amazonas*, y la *Historia Oriental de Marco Paulo Veneto*, y perteneció al grupo de amigos de Lastanosa. Como los hombres de su genealogía, ejerció de militar y fue enterrado en la iglesia de Siétamo, que fue construida en 1572 por Martín Zabala.

Descendiente suyo fue don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, nacido en Siétamo el 1 de agosto de 1719 y muerto en Épila el 9 de enero de 1798 y enterrado, como su antecesor Sancho Abarca, en San Juan de la Peña.

Ana Francisca Abarca de Bolea nació en Zaragoza el 21 de abril del año 1602 y fue bautizada en la parroquia de San Felices; fueron seis hermanos y hermanas, una de las cuales se hizo monja en el monasterio de Sijena.

Su familia, como correspondía a los lugares donde estaba radicada su nobleza, vivía repartiendo sus estancias en sus casas de Zaragoza, de Huesca, de Siétamo, pasando incluso, algunos días en Clamosa. Ana Francisca amaba mucho su «casa y castillo» de Siétamo, como ella decía, donde siendo ya monja, tenía reuniones con sus amigos Salinas, Ustarroz e incluso alguna vez Baltasar Gracián, uno de los mejores escritores españoles.

Su familia, a pesar de poseer un apellido tan ilustre como el de Abarca de Bolea, no disponía siempre de dinero abundante que la hiciera llevar una vida de lujo, y por eso su madre se sacrificaba y se separaba de sus hijas, como hizo con Ana Francisca, a la que a los tres años envió al monasterio de Casbas. Esta vida entre las monjas no obligaba a Ana Francisca a dedicarse a la vida monástica, ya que hasta los 22 años no emitió sus votos y pudo casarse, pero su inteligencia le decía que tendría que sufrir, en el mundo, a causa de la ignorancia. Su madre la amaba y se sacrificaba con su

ausencia, pero ella sabía que en el monasterio su hija cultivaría su inteligencia y aprendería no solo a leer y a escribir, sino a conocer el latín, la literatura, el dibujo, la música, los bordados y a pensar sin depender de ningún hombre, lo que le permitiría tomar responsabilidades y ocupar puestos de gobierno entre las monjas y en la vida civil de los pueblos dependientes del monasterio. Fue una auténtica autodidacta. Aquel monasterio dio lugar a que doña Ana Francisca llegara a ser una de las escritoras de vidas de santos más importantes, pero no solo de ellos, sino que escribió poesías, obras cortesanías y poesías escritas en el habla popular o *fabla* aragonesa; y allí no había una clausura cruel, sino que convivían con familiares suyas, recogiendo a sus madres y hermanas. Su sobrina Bernarda Abarca de Vilanova, cuya casa estaba en Huesca, en la calle de Sancho Abarca, se metió monja y fue para doña Ana Francisca un consuelo y una ayuda, pues ella fue la que hizo lo posible para publicar la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* en 1679, cuando ya estaba en una edad avanzada, a saber en 77 años. A pesar de ser publicada con tantos años de retraso, su sobrina demostró que doña Ana no tuvo una «juventud ociosa». Tenía una gran fuerza de voluntad, pues se «autoeducaba» y estudiaba y era maestra de sí misma y de otras monjas. Hemos visto el respeto que gozaba de los varones intelectuales como Ustarroz, que, siendo cronista del reino, se escribía con doña Ana, y en sus cartas se pueden ver acontecimientos de la época y de la vida y pensamientos de ella. En Huesca la animaría Lastanosa y en Zaragoza fray



Retablo que se encuentra en el monasterio de Casbas. La figura del recuadro central podría ser Ana Francisca Abarca de Bolea o su sobrina

Jerónimo de San José, siendo siempre muy querida por sus parientes los Abarca de Bolea y los Abarca de Serué, de la calle Sancho Abarca.

Participaba en certámenes literarios, como aquel que se dedicó a la memoria del príncipe Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV y de Isabel de Borbón. En él tomaron parte quince mujeres, obteniendo el tercer premio, a saber, unos guantes de ámbar, y también tomó parte en el certamen que fue convocado por un sobrino suyo, marqués de Torres, para celebrar la boda del rey Felipe IV con María de Austria el año de 1650, en el que obtuvo el segundo premio, del que no quedó muy conforme, a pesar de su humildad.

La participación en un certamen literario de tal número de mujeres en aquellos tiempos en que su educación estaba casi olvidada fue un precedente de la presencia actual de las mujeres en la vida intelectual.

Don Ricardo del Arco escribió de ella: «Con doña Ana se puede hablar de todo género de buenas letras, pues su ocupación predilecta (las horas que le permiten el coro y los espirituales ejercicios) es una perpetua lección de libros sagrados, historiales y de ameno esparcimiento». Pero Ana Francisca no siempre gozó en su vida del trabajo literario y de su vida monástica, en que llegó a ser maestra de novicias y abadesa, siendo partidaria de que, como tal, se renovase cada cuatro años y no, como otras monjas, que permaneciera la abadesa toda su vida; a los doce años perdió a su madre y a los catorce a su padre, pero ella seguía yendo al castillo de Siétamo, donde era atendida por sus parientes y ella recibía como en su casa a los literatos del grupo Lastanosa. Además de sufrir en los líos entre las monjas, por ejemplo en el caso de la elección de abadesa, tuvo que vivir la guerra separatista de los catalanes, con las consiguientes invasiones de los franceses, que se apoderaron de Monzón, y obligó a doña Ana a refugiarse en Zaragoza el año 1642. Además, según dice Julio Brioso: «El vasallaje era a menudo una carga muy pesada para la gente de estos pueblos... en enero de 1235 la abadesa doña Sancha de Lizana exime a los hombres de Sieso de los tributos de la novena», lo que pone de manifiesto que en tiempos de doña Ana, los ingresos eran escasos. Don Manuel Alvar da valor filológico a las obras escritas en *fabla* aragonesa, pero dice que quería escribir en español arcaico o «sayagués». Sin

embargo, ella conocía la *fabla* aragonesa porque la había escuchado e incluso hablado con la gente que servía a su familia y cuidaba sus tierras y ganados, y por eso amaba esa lengua, cuando casi nadie escribía en ella. Resultaba extraño para muchos ver obras escritas para el pueblo y en la lengua de dicho pueblo, al que ella amaba tanto que quería que participasen de la Navidad (*Nadal*) y de los festejos del Corpus en Zaragoza. Mi padre, en el año 1940, escribió unos villancicos sobre la Navidad en *fabla* aragonesa y ahora se escuchan por Navidades en muchos festejos. Son casos que demuestran la existencia de una lengua que debemos cultivar.

En la *Albada al Nacimiento* dice: «*En fin nació en un pesebre, / como Lucas lo dició, / no se enulle si le dizen / que en as pallas lo trobón*». En el *Bayle pastoril al Nacimiento*, Bras (Blas) se expresa así: «*Ala, ao zagales, / doleos de mis males, / catad que un mozado / muy llindo y gallardo / la groria ha cantado; / ya yo m'a espantado / que todo tremolo*». Esta clase de cantos de Navidad se daban mucho en el Midi francés y aquí el pueblo haría lo mismo. Independientemente de que así ocurriera, doña Ana Abarca estuvo en Bagnères para recibir unos baños que la curaran de su reumatismo y tal vez allí copiase el gusto por la moda pastoril al Nacimiento. Murió hacia el año 1687 y dejó pagado por ella y por su sobrina en 1683 el retablo de la Virgen de la Gloria.

## Literatura pastoril

A mediados del siglo XVII aparece en España una inquietud por promover actos artísticos y culturales, abundantes en certámenes poéticos, reuniones académicas y tertulias literarias. Y en estos actos destaca la ciudad de Huesca en la que moraba un gran mecenas, a saber, don Juan Vicencio de Lastanosa, que residía en un enorme palacio que albergaba un museo y estaba rodeado de jardines muy apropiados para celebrar en ellos obras de teatro pastoril y campesino, y en sus salas tenían lugar todas las manifestaciones del arte, de la literatura y de la ciencia.

Entre los asiduos a tales actos estaban don Manuel de Salinas, autor de una *Epístola* dirigida a doña Ana Francisca Abarca de Bolea en los preliminares de su obra *Catorce vidas de santas de la orden del Císter*; don Orencio de Lastanosa, hermano de don Juan

Vicencio el mecenas; el conde de Guimerá, erudito, historiador y anticuario; el marqués de Torres, padre de Ana Francisca, a saber don Martín; y después don Luis Abarca de Bolea, segundo Marqués de Torres, sobrino de doña Ana Francisca Abarca de Bolea; don Francisco Ximénez de Urrea, de la rama de los Aranda, nacido en Épila, uno de los mejores eruditos de su tiempo; el cronista de Aragón don Juan Francisco Andrés de Ustarroz y otros más, destacando la figura más sobresaliente del grupo, a saber, el padre Baltasar Gracián, a partir del año 1636 en que fue destinado al colegio de la Compañía de Jesús de Huesca. Y copiando con exactitud a María Ángeles Campo, por cuyas obras me oriento, he tomado lo que escribió en su libro de doña Ana Francisca Abarca de Bolea, en sus páginas 66 y 67, que dice así: «La monja de Casbas, doña Ana Francisca, a pesar de su estado religioso y de la censura monástica, puede decirse que forma parte integrante del selecto grupo de Lastanosa, ya que, como vemos, se encuentra muy vinculada a varios de sus miembros por medio de la correspondencia, de las visitas que le hacen sus amigos, de las estancias veraniegas en el castillo de Siétamo, a donde ellos acudían, y de alguna visita personal a Zaragoza y Huesca».

Baltasar Gracián publica en Huesca en 1648 su obra *Agudeza y arte de ingenio* y en el Discurso XXXI dice sobre la actividad de «... la muy noble e ilustre señora doña Ana de Bolea, religiosa Bernarda en el real monasterio de Casbas, en Aragón, tía del marqués de Torres, que compitió con nobleza y virtud y con su raro ingenio, heredado del insigne y erudito don Martín de Bolea, su padre, cuyas poesías han sido siempre aplaudidas y estimadas».

Además testifica que «en 1648 era ya autora de muchos y elegantes poemas».

Siempre ha habido en la Historia mujeres que han destacado, como Ana de Bolea, por sus cualidades literarias, pero no participaban más porque no recibían enseñanza las mujeres, y si esta de que hablamos no se hubiera «autoeducado», no hubiera pasado a la posteridad. Pero no fue solo ella la mujer que se distinguió, pues en el año 1650 promovió don Luis Abarca de Bolea y Castro Fernández de Híjar, marqués de Torres, conde de las Almunias, barón de Clamosa, barón de Siétamo y Rodellar, barón de Pui de Cinca y señor de la villa de Maella, caballero del Hábito de

Santiago, la *Palestra numerosa austriaca* en la victoriosa ciudad de Huesca, al augustísimo consorcio de los Católicos Reyes de España don Felipe el Grande y doña María-Ana la Ínclita.

Y en dicha *Palestra numerosa austriaca* se presentaron quince mujeres, lo que causó sensación en los jueces y, así, su secretario escribió: «... Y hasta las señoras mujeres, permitiendo treguas a las almohadillas, renovaron lo celebrado de las Sibilas, dando que alabar a todos, y que envidiar a muchos; desmintiendo este día la poca satisfacción del numen, pues fueron tantas las que con tanto acierto se adoptaron hijas de Minerva, que empataron casi sus versos a los de los varones».

Esta anécdota es un aviso a la humanidad de la igualdad de la mujer y el hombre, como la podemos contemplar el día de hoy, en que las mujeres igualan en sus estudios a los hombres y se ocupan no solo de poesía, sino de política, de artes, de ciencias y de trabajo.

Doña Ana presentó en esta ocasión una poesía del tema de la Purificación de la Virgen y consiguió el segundo premio, pero ella no se quedó satisfecha, como demuestra en su obra *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, cuando escribe: «Todos alabaron el buen gusto de Mileno, y dijeron que la autora de las octavas no solo merecía el segundo premio, que le dieron, sino muy de justicia el primero».

Esta queja, ¿no revela, tal vez, una especie de protesta contra la opresión de la mujer? Porque Ana Francisca no fue vanidosa personalmente.

Fue la monja de Casbas una mujer atenta a los acontecimientos de la monarquía española y usó con facilidad y soltura el estilo barroco de la época en los panegíricos y en los poemas dedicados a ensalzar a los miembros de la realeza, pero llama la atención su forma de ser personal, con un enorme amor a lo aragonés, a su tierra, como si quisiera alejarse de la poesía elitista y aristocrática, inspirada en acontecimientos solemnes dentro de la oficialidad. Y así podemos ver, por su aragonesismo, al que ella era tan sensible, desde el Corpus en Zaragoza y los paisajes del Moncayo, al que todavía hoy día contemplamos desde el pueblo de Siétamo, hasta la belleza en aquellos tiempos del castillo-palacio de Montearagón y del monasterio de San Victorián, santo tan antiguo en el Alto

Aragón. Relata también el recuerdo y frecuentes visitas a su, como dice, «mi casa y castillo» de Siétamo, y escribe la poesía a la fuente de su convento de Casbas, que les disputan algunos vecinos, y el recuerdo de la sierra de Guara, de la que también parece una profetisa de su actual contemplación por turistas; y no puede olvidar a los santos Lorenzo, Orencio, Victorián y san Úrbez. La defensa de la fuente del convento es un preludio de la defensa actual de los riegos de todo Aragón.

Angelines Campo consiguió el título de doctora en Filosofía y Letras con la tesis que tituló *Edición y estudio de la Vigilia y octavario de San Juan Baptista de Ana Francisca de Bolea*, y parece que ahora le van a publicar otro tomo más de su tesis doctoral.

Al acabar el libro *Doña Ana Francisca Abarca de Bolea*, Angelines Campo se expresa así: «Confío en que la presente publicación contribuya al conocimiento de una de esas personalidades, tan abundantes en el Barroco, que, aun sin disfrutar de los honores de un primer plano histórico, deberían ser tenidas en cuenta para la más amplia comprensión del panorama literario de una época, en este caso del movimiento barroco aragonés y, más concretamente, de la actividad intelectual y artística desarrollada en torno al prócer oscense don Vicencio Juan de Lastanosa, en cuyo círculo era respetada y apreciada, no solo por el prestigio de su familia, sino también por sus méritos personales, doña Ana Francisca de Bolea».

Don Manuel Alvar en su obra *Estudios sobre el Octavario de doña Ana Francisca Abarca de Bolea*, publicada por el *Archivo de Filología Aragonesa* en 1945, coincide en sus juicios sobre el estilo o estilos de Ana Francisca de Bolea y dice: «*La Vigilia y octavario de San Juan Baptista* (1679) ofrece, junto a un barroquismo rebuscado, la nota curiosa y típica de recoger en una obra de tendencia culta el sabor agreste y popular de unas poesías dialectales». Dice Angelines Campo en las conclusiones finales de su tesis doctoral lo siguiente: «Para determinar la adscripción genérica de la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* debemos decir que presenta la estructura de una miscelánea, compuesta por abundantes materiales literarios en prosa y verso, enmarcados en un ligero argumento pastoril de clara orientación religiosa, y en cuyo transcurso se suceden variadas situaciones de carácter académico». Alvar dice que es esta obra una mezcla de novela pastoril sacra, propia de una monja, con

sucesos artificiales, en que participan los pastores y pastoras, que se reúnen durante ocho días para preparar la fiesta del santo y lo hacen contando novelas, declamando versos, improvisando actos y palabras de ingenio y acaba todo, con mucha felicidad, celebrándose al fin tres bodas.

Existían dos modelos, principalmente en el Barroco, a saber, el del cordobés Góngora y el de los Argensola, aragoneses, y dice Alvar: «En los gongoristas abundancia verbal, riqueza expresiva, colorismo –que solo se da esporádicamente en los aragoneses–, y en los argensolistas, un carácter armonioso y admonitivo». El gongorismo arrastró a los autores, prosistas, oradores y poetas, entre ellos a Ana María Francisca Abarca de Bolea, dando colorido a sus escritos, dando riqueza a sus modos de expresión, lo cual los lanzaba a una abundancia verbal o de palabras. Angelines escribe que el bucolismo y la intención recopiladora justifican las definiciones de Alvar sobre la obra de doña Ana, como «fusión de novela pastoril sacra y de misceláneas a lo Cigarrales».

Como he dicho Alvar coincide con Angelines Campo al decir que el barroquismo de Ana Francisca no es exagerado, aunque lo califica de rebuscado, sino que está dotado de una gentil grandilocuencia, con «cuatro o cinco tópicos adquiridos en Dios sabe qué devocionarios». Le pasaba a Ana Francisca como a todos los aragoneses, «que su barroquismo no era exaltado».

En el siglo XVII surge la novela pastoril, de la que María Ángeles Campo, en su tesis doctoral, hace que salgan las palabras de Aurora Egido, que dicen: «Su invención se asienta en la movilidad de la égloga, que les permite en cada una de ellas el uso de la prosa y el verso, o la inclusión de narraciones, descripciones, cartas y diálogos dramáticos».

Don Ricardo del Arco Garay, en la página 78 de su libro *La erudición aragonesa en el siglo XVII*, escribe: «A las tertulias lastanosianas acudiría más de una vez Gracián; y a ello, sin duda, alude en su *Criticón* (III, 12), al decir: “No hay rato más entretenido ni más aprovechado que el de un *bel parler* entre tres o cuatro. Recréase el oído con la suave música, los ojos con las cosas hermosas, el olfato con las flores, el gusto en un convite; pero el entendimiento con la erudita y discreta conversación entre tres o cuatro amigos entendidos, y no más; porque en pasando de ahí es bulla y confusión; de

modo que es la dulce conversación banquete del entendimiento, manjar del alma, desahogo del corazón, logro del saber, vida de la amistad y empleo mayor del hombre”». Esta afirmación demuestra que la unión de literatos que rodeaba a Lastanosa no era un ente oficial. sino un club de amigos.

Y es en esta época de la novela pastoril y campesina cuando se cuidan los jardines para en ellos representar y leer y juzgar y meditar sobre la poesía, la santidad, la tragedia y los misterios de la Naturaleza.

Salió a la luz la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* el año 1679, siendo la «única obra de ficción escrita por doña Ana Francisca Abarca de Bolea... que guardó inédita durante mucho tiempo». En la portada de su obra informa que «la escribió en su nunca ociosa juventud».

Ella era humilde y tenía miedo de que su obra no le diera una digna categoría de escritora. En la dedicatoria «a don Pedro Abarca de Bolea se insiste en esta lejanía temporal» entre su escritura y su publicación, como se demuestra en estas líneas: «... Un libro manuscrito que años pasados escribió... que la modestia de esas señoras quiere ocultar tanto tesoro aprisionándolo en el retiro de su primera formación...».

Don Vicente de Alambra, «recordando que su padre (el editor) recibió el manuscrito el día de Resurrección», escribe: «Este libro sepultado / muchos años ha tenido / el sepulcro del olvido / mas hoy ha resucitado».

El Instituto de Estudios Altoaragoneses publicó no hace mucho tiempo un libro de *Actas del I y II curso en torno a Lastanosa*, titulado *La cultura del Barroco y los jardines*, y en él se lee en la ponencia escrita por José Enrique Laplana Gil, de la Universidad de Zaragoza, cómo existe otra línea de investigación, «que muestra cómo también en la prosa novelística se produjo en el Barroco la sustitución progresiva, lenta pero inexorable, de lo pastoril por lo cortesano, en la que el pastor, ubicado en el centro de un paisaje natural, aunque arquetípico, cede su puesto al cortesano paseante, y casi nunca jardinero, que atraviesa las calles, cuadros, grutas, laberintos, fuentes y estanques de un paisaje recreado por el artificio humano», porque, como dice fray Alonso Remón, «pasear por los jardines es recreación propia de príncipes y poderosos».

Don Ricardo del Arco en su obra *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa* escribía sobre «el laberinto creado por Ana Abarca de Bolea en su *Vigilia*, que se encontraba en un hermoso jardín situado en las laderas del Moncayo... y el laberinto que tenía Lastanosa en sus maravillosos jardines».

Es curioso observar la similitud que existía entre estos laberintos, uno el que ideó Ana Francisca y otro el que tenía el señor Lastanosa, con el que descubrí en el mes de octubre del año 2002 en Madrid, en un jardín del siglo XVII de los duques de Osuna que se llama El Capricho, situado cerca del aeropuerto de Barajas. Me ha dejado alucinado y me ha hecho recordar los jardines que tenía en Huesca don Antonio Abarca de Serué, padre de Francisca Abarca Vilanova, sobrina de Ana Francisca y también monja en Casbas, que fue la que hizo publicar años más tarde la obra *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*. Angelines Campo, en su obra *Doña Ana Francisca Abarca de Bolea*, en la página 112, se expresa: «Quedan ya muy lejanos los tiempos en que doña Ana en la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* mostraba su entusiasmo por las maravillas que albergaba la mansión oscense de este su sobrino don Antonio, que en 1679 la ha nombrado ejecutora de su testamento y tutora de su hija pequeña, doña María Victoria». Estos jardines que tenía en Huesca don Francisco Abarca y Vilanova, se encontraban en la confluencia de las calles Costa y la de los Salesianos, donde acaba el Coso Alto. Allí se encuentra la Casa del Barco y en ella y la siguiente casa de la calle Costa y tal vez también en el recreo de los Salesianos, encontró el señor Eliseo Carrera, en los restos de un jardín, el escudo de los Abarca, con fecha 1622, y que conserva en su chalé. El jardín estaba pues, cercano a su casa de la casa Sancho Abarca.

El jardín El Capricho de Madrid tiene unos seis mil metros cuadrados de extensión, está rodeado por una pared, es posesión del Ayuntamiento de Madrid y se abre los fines de semana. Al entrar en él se encuentra uno con un espacio como el ruedo de una plaza de toros donde se divertían con toros y vaquillas, subidos los espectadores nobles en sus carrozas y en carros los campesinos y pastores, que además de torear los toros o vaquillas se refugiaban en ellos. En el *Octavario de Ana Abarca de Bolea* celebraban corridas de toros en las que lanceaban algunos señores a caballo, ayudados por los pastores y campesinos.

Ha pasado la vida de Ana María Abarca de Bolea, pero gusta recordar detalles de ese tiempo pasado, como el encuentro del escudo de su pariente don Francisco Abarca y Vilanova y contemplar en la catedral de Huesca la capilla de los hermanos Lastanosa, que se encuentra al entrar en ella y que está cerrada por una reja. No se puede observar muy bien por falta de luz en los días corrientes y por la vejez de las pinturas que suben hasta la cúpula (1645-48) de dicha capilla, presidida por la imagen de los santos Orencio y Paciencia (Jusepe Martínez). Debajo de ella se encuentran enterrados los mecenas oscenses, con dos estatuas orantes de alabastro, a saber Juan Orencio, canónigo, y Juan Vicencio de Lastanosa. Ya no queda nada de aquel palacio y de aquellos jardines, pero la catedral de Huesca guarda la capilla y la cripta, que nos recuerda sus vidas, sus obras y su muerte. Hace unos días, en este mes de diciembre del actual año de 2002, el ingeniero forestal don Ángel Claver me preguntó por el paso de los Lastanosa, a lo que yo creí que se trataba de algún paso de la procesión de Semana Santa, pero no se trataba de eso, sino de un pasaje subterráneo que algunos oscenses creían que existía entre dicha capilla y la casa-palacio de los Lastanosa, que se encontraba por la actual farmacia de Mingarro. No me extrañó, porque también contaban que en Santo Tomás, antigua residencia en Huesca de los abades de Montearagón, se encontraba otro pasaje que conducía al monasterio. Me decía don Ángel que en la guerra civil estaba la actual puerta de hierro abierta y entonces se introdujo por ella, sin pedir permiso a nadie, porque tal vez estuviera abierta para acoger a alguno que, oyendo bombardear, quisiera introducirse en la cripta, o porque tal vez entonces el descuido imperaba lo mismo en los centros oficiales que en los religiosos; además el muchacho era entonces valiente y curioso.

Al entrar lo primero que vio fue la cripta, donde estaban enterrados los mecenas oscenses, uno el señor de Lastanosa y otro su hermano el canónigo, adornadas sus tumbas, como he dicho, por dos figuras orantes, pero él de lo que se acuerda es de una enorme estatua, que, siendo niño y estando casi a oscuras, le pareció gigantesca, a modo de una aparición blanca, que le dio la impresión de que se trataba de un monje o de un obispo. La impresión que le produjo esta visión, añadida al estado ruinoso de lo que él

creía pasadizo, lo alarmó y le hizo desistir de continuar investigándolo. Este relato, contado por don Ángel después de sesenta y seis años, es un tanto borroso.

También me llamó la atención la protección a las artes y a las letras en la ciudad de Huesca de los marqueses de Torres, pero fue la doctora María Ángeles Campo la que me hizo leer sus vidas cuando me regaló su tesis doctoral sobre doña Ana Abarca de Bolea Mur y Castro, de dicha familia, cuyos descendientes heredaron el título de condes de Aranda y que tenían su principal residencia en el castillo-palacio de Siétamo. Tengo un gran recuerdo de este palacio, pues pertenecía a mi padre. Hizo una descripción de él Ramón J. Sender con ocasión de escribir sobre mi abuelo, a saber, Manuel Almudévar Vallés. El palacio fue destruido por unos y por otros en la guerra civil del año 1936.

Con esta advertencia de que mis escasos conocimientos vienen principalmente de la doctora María Ángeles Campo, reconozco que con la lectura de sus obras y la asistencia a sus conferencias el público de Huesca quedaría satisfecho y enterado de la vida y obras literarias de doña Ana Abarca de Bolea, en las que se hacen notar los cambios que era necesario traer a esta sociedad.

Fue doña Ana, monja de Casbas, una mujer muy ligada a la monarquía española, pues en el altar de la Virgen, que trasladó al lado del altar mayor de la iglesia del monasterio de Casbas, está pintado, según me parece, el rey de España don Felipe IV; además el monasterio de Casbas tiene el título de Real y ella misma, en los panegíricos y en los poemas dedicados a exaltar la gloria de los miembros de la realeza, escribe en estilo barroco aragonés, es decir nada confuso, mostrando al mismo tiempo su forma de ser personal, con un enorme amor a lo aragonés, a sus gentes (en el *Octavario*), a su tierra, «como si quisiera alejarse de la poesía elitista y aristocrática, inspirada en acontecimientos solemnes dentro de la oficialidad».

Como he escrito, estuvo doña Ana Francisca muy ligada a la monarquía española, que en el siglo XVI, había hecho de España un Imperio y mantenía la unidad del país, pero en 1598, cuando tomó la corona Felipe III, España empezó a decaer, de tal modo que Quevedo en 1639 en sus *Migajas sentenciosas* escribió, viendo «el sentimiento de fatalismo y de aflicción que envolvía a la sociedad

española del Seiscientos», lo siguiente: «Primero nos faltarán más lágrimas que causas de llorar». El año 1700, al morir sin heredero Carlos II, se había convertido el Imperio español en el botín del despojo de los europeos, que hicieron perder en 1713, por el Tratado de Utrecht, Italia y Flandes. La familia de doña Ana había siempre luchado con los soldados españoles y seguiría haciéndolo su sobrino don Pedro Pablo Abarca de Bolea años más tarde. Ella esperaba que se regenerara la monarquía para que España fuera un país próspero.

Llama la atención el aragonésismo que identifica de un modo real a doña Ana con el ambiente aragonés que impregna su obra *La Vigilia y el octavario de San Juan Baptista*. En primer lugar elige el paraje donde tiene lugar esta novela religiosa, que describe haciendo notar que se dan las «impresiones señoriales (de) un magnífico paisaje montañoso al comienzo de la estación estival», y este paraje es el del Moncayo, en los límites de Aragón con Castilla y donde no muy distantes se encuentran las ermitas de San Juan Bautista y la de Nuestra Señora. Y no puede dejar separadas esta zona del Moncayo y la de la sierra de Guara, debajo de la cual se encuentra el monasterio de Casbas, en el que doña Ana entró ya a sus tres años, y es lo que hace cuando la zagala Marica, se pone a cantar el *Romance de Guara*, que entre otras cosas dice que esta sierra «se divisaba desde Moncayo con capirote de nieve». Y la misma Marica canta «a una fuentecilla que unos pocos días sacaron en un convento de monjas, donde ella tenía una amiga que fue compositora del romance». Además de ser una mujer que predicaba las necesidades de Aragón, como en este caso el problema del agua, se identifica con él, comparando a la fuente «consigo misma en una clara referencia biográfica».

La obra *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* pertenece a la literatura pastoril, en la cual se esconden como si fueran pastores y campesinos hasta los más refinados cortesanos, haciendo ver el «decoro y la verosimilitud del estado pastoril». El contraste entre el comportamiento de los cortesanos y el rústico de los pastores lo pone doña Ana en evidencia en la corrida de toros que se celebra en el Moncayo como una más de las fiestas que se celebran para honrar a San Juan Baptista. Aquí se ve la diferencia que se daba entre los caballeros, que en la fiesta de los toros han tenido como

herederos a los actuales rejoneadores, y los pastores, origen de los toreros de a pie. A ambos los asistentes a los toros en el Moncayo les manifestaron su «admiración por la bizarría de los pastores», ya que todos, los cortesanos y los rústicos, iban vestidos de pastores. Ahora ya no hay diferencia social entre una y otra clase de toreros.

Aquella obra la realizaban «siete galanes, siete damas, una niña, un padre anciano, dos graciosos y una graciosa. Es decir, que en esta novela figuran varios de los personajes-tipo de la comedia del siglo XVII, si bien traspuestas al ámbito pastoril».

En el *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* trata doña Ana el tema amoroso, teniendo cuidado de no entrometerse demasiado en él, por no salirse del ambiente ético, y acabando todos en boda, aunque dicha boda no se celebra en el Moncayo, sino una vez terminada la novela.

Y casa a los nobles con muchachas de familias pastoriles, como si quisiera igualar a las clases sociales, según un sentido muy cristiano. Busca para ello a cortesanos que son parientes suyos, como a don Luis Abarca, capitán de corazas, y a don Juan de Castro, «tan calificado como de aventajado caballero». Se declara pariente de ellos, por ejemplo, cuando dice que don Juan de Castro recita unas décimas «que compuso una monja deuda suya».

Esas bodas vienen a reforzar la teoría de doña Ana, que expone en su obra: *El fin bueno en mal principio*. En esta obra, recitada por Gerardo, explica que dos caballeros, de no tan buena conciencia como Castán y Abarca, a saber el milanés Lisardo y don Fulgencio de Sylva, nacido en Lisboa, cortejaban en Salamanca con las primas doña Francisca y doña Clara Pimentel, de tal modo que esta última pareja concertó su boda. Trataban de conquistarlas no con hechos de armas sino con los esfuerzos de su ingenio. Schevill y Bonilla apoyan a doña Ana, diciendo que los «crímenes y maldades quedan siempre borrados por el perdón y el arrepentimiento: las manchas del honor se limpian con el casamiento».

Parece llamarle la atención a doña María Ángeles Campo que a doña Ana Francisca Abarca de Bolea no le repugnara que hubiera gentes con la posesión de bienes materiales, pues dice con motivo de la financiación de la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*: «Para celebrar las fiestas de Juan se unían gustosos desde el opulento ganadero hasta el menos crecido *repatán*». El dinero ha sido y es

necesario, pues en aquellos tiempos se creaban amparos para los necesitados, pero no lograban que en ellos estuvieran sanos y bien alimentados, como ocurre ahora, en que hay más abundancia de dinero y hay una inquietud social entre los ciudadanos. La misma doña Ana hace ver «cómo se unían gustosos desde el opulento ganadero hasta el menos crecido *repatán*». Ahora se habla de la diferencia entre los que poseen el dinero, y los que no, llamando a unos capitalistas y a los otros proletarios, pero en Aragón, entonces y hasta hace muy poco tiempo, los llamaban ricos y pobres. Entonces si un pobre conseguía unas buenas abarcas era un hombre feliz, y si un rico tenía mala cosecha y no podía pagar le embarcaban todo y quedaba pobre.

El dinero era escaso y en el mismo monasterio, donde ella fue abadesa mitrada, se llegaron a pasar períodos de pobreza.

Doña Ana estaba preocupada por el entretenimiento del pueblo y componía narraciones, pues «en esas largas veladas campesinas», de las que habla Chevalier, «había que entretenerse y pasar el tiempo». Y lo lograba, porque entonces no había cines, ni televisión, escasos libros, porque la gente sencilla no sabía leer; no había vehículos con motor para viajar y hacer turismo, etc., etc. Y para ello estaban preparados en el consejo pastoril, unas veces caballeros de ese marco pastoril, como el canónigo Salinas de Huesca, amigo de doña Ana, y el caballero don Juan de Castro, y otras auténticos pastores o campesinos, «quienes muestran todo el encanto y espontaneidad del cuento oral», «en reuniones de apacible entretenimiento para el donaire y agudeza de sus dichos».

Estos fenómenos explican la evolución social que pretende doña Ana Francisca, es decir que el hombre no sea cortesano o pastor, sino que todos sean hombres.

El cuentecillo que introduce en el *Octavario* es sencillo, es como una distracción de la gente, con lo que se divierte, escuchando a un personaje que lo único que pretende es divertir al oyente. Esta lectura de cuentecillos se daba en el siglo XVII para desenvolver las cualidades de la inteligencia, cuando los hombres del Renacimiento «se aficionaban a todo lo que es arte popular y espontáneo».

El problema del latín lo tratan doña Ana Francisca y el escritor don Braulio Foz, que hace hablar a Pedro Saputo, protagonista de

su novela y comenta a «unas monjas entretenidas en rezar latines, que así no los entienden como que se quedó vivo o muerto fray Toribio». La historiadora cisterciense Regina Vidal da la opinión, que dice: «Cierto que la experiencia de la oración litúrgica exige una preparación cultural y una inteligencia de la lengua que se celebra, pero las monjas iletradas que no poseían el latín no dejaban de ser sensibles al embeleso emanado de la liturgia del que brotaba una fuente de gracia con sus cantos y esplendor. Tampoco el desconocimiento de unos textos latinos repetidos sin cesar podía ser absoluto».

Ante ese no entender el latín por parte del pueblo, la Iglesia ha hecho que hace unos años, se celebre la misa y se leyan las Escrituras en la lengua hablada por la gente, lo que no impide escuchar y cantar de vez en cuando cantos sagrados en latín que, como dice Regina Vidal, no dejan «de ser sensibles al embeleso emanado de la liturgia, que son una fuente de gracia y esplendor».

¡Cómo sentía doña Ana estos inconvenientes del latín!, pues expresa en el prólogo de la *Vigilia y octavario* que entendía la latinidad «como si *ex profeso* la hubiera estudiado» y denunció por medio de estos cuentecillos la incultura de muchos religiosos de su época, cuando, en contraste con la situación medieval señalada por Regina Vidal Celma, «en el Císter es un hecho la desigualdad de instrucción entre los monjes y las monjas, desequilibrio consumado tras un largo proceso de diferenciación que comienza en el siglo XIII».

Don Antonio de Cáceres, obispo de Astorga, escribió *Paráfrasis a los Salmos de David* y dice Angelines Campo que, probablemente, doña Ana la había leído. El señor obispo decía así: «Y decíame esta religiosa un día, que uno de los mayores desconuelos que sentía su espíritu en el continuo ejercicio del coro, era decir y cantar siempre lo mismo sin entendedlo más un día que otro, y que tenía grande invidia a los religiosos, pareciéndole que de esta necesidad habían de medrar mucho en la devoción y en el espíritu, pues entienden lo que cantan, y saben de la manera que han de reverenciar y alabar a Dios en el coro y fuera de él...».

Hace una alusión a Anarda, hermosa pastora que «canta un romance que una monja, deuda suya, compuso y cantó el día de Reyes en una misa nueva». ¿No se identifica doña Ana con Anarda,

como si viviera la novela su propia persona? En el retablo, que con su sobrina Francisca Abarca, crearon en la iglesia del monasterio, hay una señora, que parece no ir vestida de monja y al parecer, con una pluma en su mano izquierda, con la que tal vez escribiera su obra; tal vez sea doña Ana Francisca Abarca de Bolea, porque está colocada al lado de san Francisco y de santa Ana. Hay que tener en cuenta que doña Ana no hizo los votos hasta los veintitantos años de edad. Su sobrina doña Francisca Abarca de Vilanova pronunció sus votos a los dieciocho años y puede ser la que aparece junto a san Bernardo el Pequeño. Esta doña Francisca Bernarda pudiera ser velada, como ocultando «su lindo garbo y gran música de arpa», por ser monja Bernarda y estar posiblemente al lado de san Bernardo, el moro convertido al escuchar el canto litúrgico en un convento, al que doña Ana le dedica una de sus poesías. San Francisco ya está al lado de doña Ana Francisca.

Entre los restos del jardín de don Antonio Abarca y Vilanova de Serué encontró don Eliseo Carrera la piedra con el escudo de los Abarca. Se ha hablado en Huesca sobre el escudo con las dos abarcas que existía en la casa Abarca de la calle de Sancho Abarca y don Federico Balaguer me dijo que se lo había llevado a la provincia de Teruel un pariente de la familia que ya no conservaba el apellido, pero ahora nos encontramos con un escudo del mismo apellido y del mismo dueño, es decir el del famoso jardín de don Antonio Abarca y Vilanova de Serué y de otros lugares de nuestra provincia. Este escudo está esculpido en una piedra especial, no está labrado en piedra arenisca, y se conserva como si estuviera recién hecho. No está tallado solo en una cara para colocarlo en una pared, sino que tiene cuatro caras, como para ponerlo sobre una columna, en una entrada de palacio o en un jardín.

El escudo tiene la fecha de 1662, y en 1679, el mismo año en que se publicó la obra de Ana Francisca de Bolea *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, murió don Antonio Abarca y Vilanova o de Vilanova, padre de doña Francisca Bernarda Abarca de Vilanova, que promovió la publicación del *Octavario* y que el año 1683 colaboró con su tía doña Ana en la construcción del retablo de la Virgen de la Gloria.

Existía una gran colaboración entre ambas Abarcas, como dice Angelines Campo en su vida de doña Ana Francisca Abarca de

Bolea, en la página 112: «Quedan ya muy lejanos los tiempos en que doña Ana en la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* mostraba su entusiasmo por las maravillas que albergaba la mansión oscense de este su sobrino don Antonio, que en 1679 la ha nombrado ejecutora de su testamento y tutora de su hija pequeña, doña María Victoria».

Doña Ana Francisca en su *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, crea literariamente un jardín en el Moncayo, presidido por la ermita de San Juan, cerca del río Queiles, y para ayudarse en ello, recuerda los de Lastanosa. Según Laplana Gil «tenemos noticias más o menos directas sobre la casa de recreo de Gaspar Galcerán de Castro (pariente de los Abarca de Bolea), conde de Guimerá, y recuerda Ana Abarca en su *Octavario* los jardines oscenses de don Antonio Abarca. Se acordó de la torre de los hermanos Argensola en Monzalbarba y de la casa de recreo «de don Juan de Moncayo, quien la recuerda en su correspondencia con Ustarroz».

De este tema escribe el señor Laplana, en el mismo libro, lo siguiente: «Como lo cortesano se superpone a las convenciones del género pastoril en la obra de doña Ana Abarca, ya que estas obras también son reflejo indirecto de la afición que tuvieron por la jardinería práctica algunos destacados aristócratas aragoneses inclinados a las letras» («Socialización de lo pastoril y socialización de lo cortesano»).

En los jardines se representaba a los dioses paganos, a los santos cristianos, a arquitecturas pasajeras, adornadas por vegetales, y que consisten unas veces en edificios clásicos, otras en ermitas o en viviendas de pastores o de rústicos labradores, que como seres en contacto directo con la Naturaleza, representaban obras teatrales, como el *Octavario* de doña Ana Abarca y que con el Barroco van cediendo el paso a los nobles, que pasean por las avenidas, los laberintos de Lastanosa o de los duques de Osuna, que yo contemplé en Madrid, o navegan por el canal al estanque, en góndolas o en falúas, ya en Huesca, ya en el parque del Capricho de Madrid.

Doña Ana escribió no solo en castellano, sino que hizo hablar a los pastores en *fabla* aragonesa, por ejemplo en la *Albada al Nacimiento*, en el *Bayle pastoril al Nacimiento* y en el *Romance a la procesión del Corpus*; y esta vez en Zaragoza, capital de Aragón, donde a algunos todavía les parece extraña la *fabla*.

Y sobre la fiesta de los toros escribe doña Ana lo que ocurrió en el Moncayo, como ocurría en El Capricho de los duques de Osuna, donde en su entrada hay una especie de ruedo donde se daban las corridas de astados: «Hecho por los devotos pastores reverente obsequio a la Emperatriz Soberana, se fueron acomodando los jueces en tres iguales sillas que había mandado poner Lauro en otro tablado o balcón muy entoldado... no quedaron ventanas, desvanes ni tejados que no los ocupara diversidad de gente, así aventureros como curiosos (que estos pocas veces faltan), y... tocando los clarines, se dio principio a la corrida. Salió un bruto negro en el color, pasmo en la fiereza, que ocasionara terror a quien, menos animoso que los pastores, le embistiera». Y aquí vemos cómo doña Ana se acuerda de las mujeres y las hace participar en todas las fiestas que se celebran en el jardín del Moncayo, ya que «Anarda, porque tan caballerosa acción no quedara sin premio, le dio un pañuelo con ricas puntas de Flandes para limpiarse el sudor que el extraordinario ejercicio le había ocasionado».

Pero después de los pastores, que hoy equivaldrían a los toreadores de a pie, salieron dos caballeros, a saber «don Juan de Castro el uno, caballero aragonés», y el otro del que dice la autora: «Hizo grandes suertes don Luis Abarca, caballero aragonés». Estos, hoy en día, equivalen en el toreo a los rejoneadores.

¡Cómo nos hace recordar doña Ana «los deliciosos jardines, burladores» (conducto oculto de agua que, a voluntad del que lo dirige, la esparce fuera para mojar a los que se acercan incautamente») y artificiosos surtidores y huertas de don Antonio Abarca (hijo de Sancho Abarca y de doña Victoria de Villanova, hermano de la monja de Casbas doña Francisca Bernarda y padre de don Tomás Abarca) y don Vincencio Lastanosa! Compara «aquel día a otros que había tenido en la ciudad de Huesca en las casas de dos caballeros, cuyas huertas, jardines y surtidores, podían competir con los pensiles, tan celebrados de la Antigüedad». Se acuerda doña Ana de todas las personas y cosas de Aragón, dedicándole versos a san Úrbez. Guara y los estanques de los jardines le hacen hablar de la sequía. Así, en la página 144 de la tesis doctoral de Angelines Campo puede leerse: «A ocasión de la vecindad de la transparente laguna, tuvieron los mayores largas conclusiones de lo importante que es a la vida humana el cristalino elemento y

cuán dañosa es su falta. Tocaron en las prodigiosas aguas que anegaron la vana confianza de los egipcios en la rígida del general diluvio, y no menos, en la estéril sequedad que en treinta y seis años padeció la afligida España, no hallándose en ella otro verdor que el que en algún profundo seno conservaba el agostado Ibero (Ebro) o en alguna gruta de los empinados Pirineos».

Entre los amigos de Lastanosa y de doña Ana Abarca de Bolea se encontraba Baltasar Gracián, que no era amigo de pasearse por los jardines y sin embargo piensa en el sentido interno, en la esencia de su significado; es que Gracián está inclinado en otra forma por la literatura aragonesa y doña Ana, «autoprofesora» y discípula de tantos miembros del equipo de Lastanosa, piensa como Gracián en el caso de la laguna o estanque, que aparece en los jardines y quisiera aplicarle a la tierra el beneficio de las aguas.

Don Ricardo del Arco escribe sobre la desaparición de los jardines de don Antonio Abarca y de don Vicencio Lastanosa, pero doña Ana en su *Vigilia* «El Laberinto» dice que «los jardines, huertos y paisajes que se descubren por los balcones» le hacen la ilusión de que los jardines serán creados por y para el pueblo.

Como por ejemplo el de la torre o casa de descanso de los Casás, banqueros de Huesca del siglo XIX, donde existía un jardín con su cenador, sombreado por cedros, magnolios y arcos de hierro, cubiertos de hiedra. Tenía también su laguna o piscina, acompañada por una casita, con su estufa interior y revocada exteriormente por bellos baldosines azules, que recordaban paisajes franceses y de los que todavía se conserva alguno en Zaragoza. En dicho jardín se recordaban, como en tantas casas de recreo modernas (cigarrales, torres, quintas, jardines, huertas) «las calles, cuadros, cenadores, fuentes, flores y pájaros». Me acuerdo de los paseos, del cenador, de la piscina o estanque, de las flores y de los pájaros: a mi tía Luisa, hermana de mi padre, la sorprendí escuchando y observando a una pareja de ruisñores que tenían su nido entre la hiedra que cubría la pared que separaba el jardín de la carretera de Zaragoza. En la casa de descanso o torre tenían, entre otros cuadros, uno de un ciervo en un bosque, que se completaba con un ciervo vivo que tenían en un corral y que habían traído de la montaña.

A los jardines de Babilonia y Egipto, a los griegos y romanos, a los de Boccaccio en *El Decamerón*, los enriquecieron otros, como los jardines desérticos de los Carmelitas, los de la literatura pastoril y en otros casos se usan los jardines, donde se representan obras dramáticas, poemas y toda clase de novelas, sobre todo amorosas. Pero a todos estos jardines, unas veces de los frailes conventuales, otras de los paganos, en ocasiones de los pastores y de los rústicos campesinos, más tarde de los caballeros, más o menos relacionados con las letras, les siguieron más tarde otra clase de jardines más exclusivistas, según el fraile Alonso Ramón, que dijo en una ocasión: «Pasear por los jardines es recreación propia de príncipes y poderosos», personas «de gobierno y jueces, abogados, hombres de letras, secretarios, y hombres de papeles».

En estas palabras parece que los jardines van siendo, con el tiempo, apetecidos por la gente que, sin pertenecer a la nobleza, poseen dinero para introducirse en ellos. Buendía dice que las casas de recreo «son sobre todo una muestra de la riqueza y liberalidad de los caballeros que organizan las fiestas; es decir son un elemento suntuario en el que se ostenta públicamente el poder de los personajes». Y añade que los «ricos mayoresales que protagonizan la *Vigilia* de doña Ana Abarca... no cabe duda de que nos encontramos ante personajes pseudo-aristocráticos que ostentan generosidad y riqueza bajo su disfraz pastoril».

Han ido con el tiempo cambiando las costumbres y el hombre, ya fuera noble o dejara de serlo, se constituyó, prescindiendo de los dioses, de los paraísos y de la Arcadia feliz, en alguien que hacía una «confrontación entre la naturaleza y el arte». Y el pueblo, imitando a Baltasar Gracián, admira la hermosura de las flores y vegetales en general y sabe interpretar el sentido «simbólico y erudito incluso de los mínimos componentes del jardín» (Laplana Gil). No describe doña Ana extensamente los jardines de Abarca ni de Lastanosa y describe, en cambio, el jardín artificial del Moncayo, donde había de celebrar la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*. Es que ella estaba acostumbrada a contemplar terrenos que, sin serlo, podían ser jardines por su abundante y bella vegetación, como ocurría en el palacio de Siétamo, desde el que se dominaban las verdes orillas del río Guatizalema, los huertos de la Fondura de Siétamo y los robles y carrascas de la Costera, donde estaba la cruz

de las procesiones, al este y al sur la ermita de la Virgen de Bureta, y más arriba, también por el este, se veía la ermita de la Virgen de Liesa. En Casbas estaba custodiada por la enorme huerta que regaban con su fuente, y mirando al norte podía admirar la sierra de Guara, que le inspiró una hermosa poesía.

Y como ella, los hombres y mujeres, convirtieron en hermosos jardines ciudadelas guerreras en otros tiempos, como la de Pamplona y la de Jaca. Y en nuestra ciudad de Huesca, entre las carreteras de Sabiñánigo y de Apiés, donde antes estuvieron las basuras y polvorines, se están repoblando cerros, entre los que se encuentra aquel donde han reconstruido la ermita de la Virgen de Jara, para transformar aquella zona en un hermoso jardín desde donde se podrá admirar la sierra de Guara y el Salto de Roldán.

Toda la sociedad lleva en su mente y en su corazón el deseo de usar los jardines, que en otros tiempos solamente lo eran por unos pocos ciudadanos, pero hoy en día uno se encuentra urbanizaciones en las que cada casa tiene su jardín. De la misma forma que nos acordamos de ellos, sería fácil y agradable recordar a Ana Abarca de Bolea, que soñó crear un jardín en el Moncayo para que todos los ciudadanos pasaran por él.

Hay un contraste entre los magníficos templos paganos que aparecen en novelas pastoriles, como el de la diosa Minerva, y la pobre y vieja ermita cristiana de los pastores del Moncayo, como dice Angelines Campo en la página 203 de su tesis doctoral, y añade: «... Y porque la ermita del divino Juan no quedara tan solitaria,... la reedificaron entre todos». Parece que el espíritu de los rurales oscenses, encarnado en Daniel Calasanz, se dio cuenta de la necesidad de reconstrucción de la ermita de Nuestra Señora de Jara. No pudieron poner, como los pastores del Moncayo, un capellán y unos caseros que cuidaran de su devoción y adorno. Ahora no tienen las ermitas ermitaños, como los tuvieron en mis años de niñez.

«Podemos concluir, pues, que la síntesis y antítesis entre lo natural y lo artificial, tan típica del Barroco, se manifiesta en la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* en la presencia del paisaje artístico y en la ermita ruïnosa y ornamentada como principales espacios sobre los que se desarrollan las fiestas pastoriles». Y cómo Huesca tiene los mismos sentimientos hoy, con Jara y los montes próximos,

de los que quieren hacer «un delicioso prado tan poblado de ese adorno (plantas naturales y flores), como asistido de naturales aromas», igual que los tenía en aquellos viejos tiempos Ana Francisca Abarca de Bolea.

Escribe Angelines Campo: «Y, como lección final de la novela, es esta de la generosidad, la virtud exaltada, presentando un acto de liberalidad colectiva que, pretende sea la culminación de tantas generosidades anteriores»: y porque la ermita del divino Juan no quedara tan solitaria como la habían hallado, la reedificaron entre todos [...], con que acabaron de acreditar su generosidad y devoción, prosiguiendo en ella todo el tiempo que vivieron».

El Parque de Huesca, en el que seguramente entraría el jardín de Lastanosa, fue creado por don Vicente Campo, padre de la que tanto entiende de la personalidad femenina de Ana Francisca Abarca de Bolea.

2002

## La cucaracha de Kafka

La cucaracha de Kafka era rara, como lo eran las que caminaban por las paredes del dormitorio de la pensión de Zaragoza donde yo dormía cuando en dicha ciudad estudiaba. Al escritor centroeuropeo Kafka un hombre se le convirtió en una enorme cucaracha que, colocada sobre la cama en decúbito supino, meneaba las patas impotente. No podía caminar, no podía progresar el negro coleóptero, porque como dice el refrán, se hace camino al andar. Le pasaba a la cucaracha de Kafka lo mismo que a la cucaracha española que nosotros, al menos mis compañeros de pensión y yo, conocimos, porque al golpearlas por la noche, después de encendida la luz, algunas morían pero otras ya «no podían caminar porque les faltaban las patitas de detrás», como se cantaba en aquellos tiempos. Sí, se cantaba: «La cucaracha, la cucaracha / ya no puede caminar, / porque le faltan, porque no tiene / las dos patitas de atrás». Tal vez sufrieran la pérdida de sus patitas a causa de las marchas cucarachiles por los caminos de las paredes y los suelos, pues como dice no sé quién, esas marchas, además de proporcionarles las ventajas de la consiguiente concurrencia, en la que se sentirían felices, les han hecho sufrir los

padecimientos de la persecución, que llevaba consigo el tránsito de sus tropas por las viviendas del país que recorrían; sí, del país habitado por los hombres y recorrido por las cucarachas. Pero parece ser que esta canción mejicana comparaba a los hombres con las cucarachas, como cuando dice: «Pancho Villa cuando viaja / necesita dos vagones: / uno para su equipaje / y otro para sus talones». Y el tránsito de tropas sería el de los humanos que se defendían contra el tránsito de las marchas cucarachiles, cuando todavía no existían los insecticidas, con alpargatazos y otros golpes violentos y otras veces el tránsito de Pancho Villa y sus guerrilleros, más pesados que las pulgas y que las cucarachas.

Hemos vencido a los insectos, pero sigue el tránsito de tropas, que no cojean sino que vuelan en aviones para trabajarse otros países que se quedarán patas arriba como la cucaracha de Kafka y negros de luto como ella, y otros sin poder caminar, como le pasaba a nuestra cucaracha.

Durante estas noches de enero, otro insecto me ha machacado la cabeza como un compresor que con su cri-cri continuo y monótono me comunicaba y me hacía escuchar las explosiones en el Medio Oriente, allá en Irak, en la Europa Central, allá en Kosovo, o en Sierra Leona, en el África Occidental; tal vez fuera ese cri-cri el grillo de la radio, que antes alargaba la noche con sus músicas nostálgicas. Y yo escuchaba ese cri-cri sonoro, que se extendía «*sur toute la Vallée du coeur endolori*», sobre todo el valle de mi corazón dolorido... y ahora todavía con el corazón más dolorido que el mío, el pueblo escucha los cri-cri de todas las emisoras, que no se limitan a poder ser oídos «*sur toute la Vallée*», sobre todo el Valle, sino que se escuchan por todo el mundo.

## A Pedro Lafuente

El Instituto de Estudios Altoaragoneses me envió el libro de Pedro Lafuente Pardina *Al calor de la cadiera* y a continuación me puse a leerlo hasta su última frase, que dice así: «Y si, de paso, al leer mis trabajos, ustedes pasan un rato agradable, me daré por bien pagado». ¡Pues, nada, señor Lafuente! Por este lector puede usted considerarse satisfecho, porque no solo me ha gustado su literatura, sino que coincido con lo profundo de sus pensamientos,

como son la armonía y unión que debe tener Huesca con su comarca, desde Ayerbe, Siétamo, Loporzano, Casbas y Angüés, y no cito todos los pueblos porque el pasado de la capital y de sus cercanos pueblos los ha convertido en *Huesqueta* y su *comarqueta* y en cambio a Zaragoza la ha convertido ese mismo tiempo en *Zaragón* y su comarca. Y así lo das a entender también en la última página, en la que pones: «Sigo creyendo en el futuro de nuestro Alto Aragón. Es una tierra extensa, surcada por ríos limpios y caudalosos que son la mejor garantía de vida». Y quieres corregir la conversión de Huesca en *Huesqueta*, cuando dices: «En nuestro suelo hay mucho por hacer, mucho por descubrir... La tierra baja se está regando y poniendo en riego mucha de la que falta, pero Huesca, por la que van a pasar las autopistas de Madrid a Monrepós y la de Lérida a Pamplona, carece de agua» y hace que escasee en la cuenca del Guatzalema, que tiene su pantano y su proyecto de riegos. Esperemos que si se hace el pantano de Montearagón y el canal de Biscarrués se le devuelva el agua al Guatzalema, que en caso de necesidad podrá abastecer a Huesca y más si el pantano de Calcón es enriquecido con una acequia que desde Pedruel, procedente del río Alcanadre, conduzca el agua a dicho pantano y desde allí a Vadiello, como tenía proyectado Albasini.

Dices también, en el epílogo que «el tremendo espíritu de lucha que les caracterizó (¡claro a los de Huesca!) hizo que superaran hasta las peores épocas de sequías y penurias, ciñéndose a sus posibilidades, sabiendo que todo dependía de la Naturaleza y de su esfuerzo». Y en la mañana de San Lorenzo, dentro de la belleza literaria, sacas los deseos del pueblo de Huesca, y si no lo creen algunos, que lean: «La fiesta, que ya se encendió la víspera con llamas moradas de vino, de ronda y de charanga, va dejando la umbría de la noche para vestir de rosa, con blondas de danzante, la aurora de esa mañana única y esperada». Esto es literatura pura, pero sigue la reivindicación esencial de Huesca y su comarca: «La Hoya, penitente de agua, cuya sequedad enfada a los oscenses, contorna la ciudad con esa manifestación muda de protesta, por saberse habitada por hombres y mujeres, no muertos, sino abandonados a su suerte por quienes desde fuera tasan votos. Ellos quieren para este suelo céspedes de cardos. Nosotros praderas de

futuro». Como antes he dicho al hablar de la Hoya, está haciendo alusión al Somontano oscense, que forma parte del problema de la pobreza de aguas de casi toda la Hoya de Huesca.

«La plaza de San Lorenzo, pulmón y pupila, aviva los recuerdos, sobre todo para aquellos hijos de esta tierra que, para ser notables, debieron hacerse ahijados de otros suelos. En ellos, por fortuna, sigue clavada la espina de la nostalgia. Por eso están allí, junto a sus amigos de infancia que siguieron aquí, como raíces pegadas a la breña».

Pero quiero resaltar que Pedro Lafuente me parece que escribe sus obras un poco como Cervantes escribía su *Quijote*, en que salían las ciudades de España y lo que en ellas ocurría; salían también los pueblos, los castillos y los molinos de viento. Así parece que escribe Pedro sobre Huesca, sobre sus pueblos, sobre sus campos, sobre sus monumentos y castillos. Y así como Cervantes escribía sobre el viento que movía las aspas de los molinos, Pedro escribe sin descanso sobre el agua, que, además de regar los campos y los jardines, mueve los molinos en los ríos, que son como un precedente de la época industrial, que ya triunfa desde Barbastro y se pierde en Cataluña y en Zaragoza, siguiendo por Villanueva de Gállego, por Zuera, por Gurrea y se inicia en Almudévar.

Entre los monumentos nos recuerda el santuario de Loreto, que aproxima Huesca a los Siete Lugares. En dicho santuario se ve el problema de la sequía cuando ponen «*San Orentius, Pater Pluviarum*», es decir, san Orencio, padre de las lluvias, y uno recuerda las rogativas que se le han hecho a este santo, incluyendo a la venerable madre Berride, que allí acudía a rezar para que lloviera y está enterrada en el colegio de Santa Rosa.

Se ve este pensamiento quijotesco en Bizén D'o Río, cuando en el prólogo de la obra dice: «En muchos ha despertado con ellos (artículos y comentarios telefónicos) recuerdos de otros tiempos, cuando los campos reseco eran arañados con aladros romanos tirados por mulas, trabajos y juegos en las eras, transportes y trajineros, artesanía y artesanos, costumbres ligadas a los momentos culminantes de la familia altoaragonesa, que se cumplían con ritos de siglos, innumerables formas de vida que, sin presumir de viejos, muchos de nosotros hemos conocido y que son ya inexistentes».

¡Cómo relata en su poesía el traslado de esa pareja de viejos al asilo, en su obra *iAdiós, viejo labrador, adiós!* Es una de sus mejores obras poéticas y me recuerda, de algún modo, a Gabriel y Galán. Acaba su poesía diciendo: «Pero somos ilos últimos! / así, que cierra la *cleta*, / que aún nos queda nuestro amor / ¡y este sí que tiene fuerza!».

En *La última mula*, animal al que los niños ya no conocen, aunque van conociendo cada vez más a los caballos, se ve cómo: «Los jóvenes marcharon a la ciudad y solo los *biellos*, para no estorbarles, seguían viviendo entre los toscos muros encalados, cargados de miseria y doméstica historia». Venían sus hijos y nietos para Navidad y, al no llegar, salió el *agüelo* con la mula y sacó el coche, que se había quedado en la cuneta. La mula lo sacó, pero te deja pensando: «Dios mío, qué solos se quedan los pueblos».

Como en el *Quijote*, en la obra de Pedro se ve al pueblo sufrir y soñar, pero siempre le asedian desgracias y aventuras, pero ni la obra de Cervantes está basada en el humor negro ni la de Pedro, que lo que busca es el progreso y el amor de Huesca a san Lorenzo. Cervantes describe en el último capítulo del *Quijote* la belleza de una tierra como la que Pedro sueña para la suya y dice: «Las florecillas de los campos se descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blandas y pardas guijas, iban a dar tributo a los ríos que los esperaban, la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el día que al aurora venía pisando las faldas había de ser sereno y claro». Así, Pedro, ten en cuenta «que el día que al aurora viene pisando, ha de ser sereno y claro».

Y tú mismo lo manifiestas en *Mañana de San Lorenzo*, cuando dices: «No te domeñes, Huesca, no te rindas. No renuncies nunca a ser ese bravo verde en que hoy te agitas».

## Otoñear en Macondo

Ayer estuve en Macondo, ese país donde las palabras no quieren decir nada, donde los pájaros vuelan sin mover las alas y donde da igual que las cosas sean de un color u otro. A aquel Macondo raramente llegaban forasteros; a este Macondo al que me

refiero llegan veraneantes, naturalmente en verano, porque los invernantes se van a Canarias o a la Costa del Sol y los hibernantes se colocan debajo de las piedras, en las cuevas y en los troncos de los árboles.

La llegada masiva de forasteros da un tinte especial al pueblo, de tal manera que el que no lo conoce a fondo no cae en la cuenta de que se halla en Macondo.

Cuando llega el otoño todo cambia, en contraste con el Macondo de allá, donde nada cambia; llega una señora otoñal a otoñar u otoñear; que no sé si se dice de ninguna forma, pero como debo contarle, yo digo que otoñea doblemente, su propio otoño y el temporal. Si esto ocurriera en el de allá (*plus ultra*), es probable que los amerindios no dijeran nada; en este detalle descubro que hay diferencias entre allá y acullá, porque aquí dicen. Los macondos auténticos tal vez digan algo, pero lo deben de decir sin hablar, mas los macondos de acullá son más cachondos porque dicen las cosas diciendo, aunque lo que aquellos dicen sin decir viene a no ser nada, como lo que aquí dicen diciendo.

No son dicentes en ninguno de los dos Macondos, porque en aquel no dicen y en este no es una persona concreta la que dice ni lo que dice es tampoco concreto. Dicen que en el principio fue la Palabra y esta saldría de las bocas como sale ahora de las bocas de los macondianos, primitivamente, sin obedecer a esquemas racionales.

La dama otoñal está inmersa en las dicencias, decires o «dijendas» y tiene los ojos atónitos, como atónito se queda uno al leer lo que pasaba o parecía que pasaba en el auténtico Macondo.

Ayer me habló la otoñal otoñadora y me dijo que tres, no me aclaró si hombres o extraterrestres, le habían dicho que otros tres, no se sabía tampoco si se trataba de extraterrestres u hombres, no dejaban pasar por el camino. Añadió que yo iba a hacer un puente.

Descubrí que aún soy joven porque conservo mi capacidad de asombro; sí, quedé asombrado al verme convertido en pontífice, hacedor de puentes, miré hacia arriba y un azul celeste intenso, increíblemente azul, me hizo creer que estaba en un Macondo irreal. Me quedé con ganas de hablar con alguien para poderle contar lo que estaba pasando en este Macondo irreal, para que ese

alguien me volviera a la realidad. Fui al teléfono pero no había tal aparato, que se me antojó un puente más necesario que el del río, porque supongo que aquel que yo iba a hacer habría que levantarlo sobre un río, no en la Plaza Mayor. Ese puente telefónico quizá haría desaparecer algún Macondo.

1986

## Retablo literario de doña Ana Abarca de Bolea

Comenta Riley en su obra *Teoría de la novela en Cervantes* que «para Robertelli y los comentaristas posteriores, los hombres “mejores” de que habla Aristóteles eran los mejores tanto por su posición social como por la moralidad. Con una absoluta falta de realismo se creía que la virtud, la sabiduría, los buenos modales y la belleza se hallaban encarnados en las personas de rango y fortuna, en tanto que las deficiencias correspondientes se daban tan solo en las clases sociales inferiores», pero doña Ana Abarca de Bolea, como no podía ser menos, no ve en tal afirmación un juicio justo, e incluso el mismo Riley, coincide con ella, cuando afirma que «estas valoraciones a un tiempo sociales y literarias [...] se vieron totalmente alteradas con la aparición del Cristianismo que enseñaba [...] que los más humildes eran los más altos y que todos los seres humanos eran iguales espiritualmente, sin reparar en sus diferencias materiales».

Ana Abarca de Bolea era una autodidacta que, habiendo nacido en Zaragoza en 1602, como demostró la doctora Angelines Campo, vivió en el castillo-palacio de Siétamo solo hasta los tres años, mandándola sus padres a educar a la escuela monacal del monasterio de Casbas. Allí se hizo una mujer docta y no profesó hasta los veintidós años (1624). Llegó a ser abadesa del monasterio (de 1672 a 1676), tocándole pasar malas épocas, en una de las que las invadió la pobreza y en otras la guerra contra los franceses, que la hicieron ir a refugiarse a Zaragoza.

Con frecuencia iba a Huesca, donde vivían los familiares de su querida sobrina Francisca Bernarda Abarca de Vilanova, que consiguió que después de muchos años se publicara su obra *La Vigilia y octavario de San Juan Baptista*. Sintió siempre un amor y

una nostalgia por la que ella llamaba «mi casa y castillo» de Siétamo e iba a pasar temporadas en ella. El retablo de la Virgen de la Gloria lo construyó en colaboración con doña Francisca Bernarda Abarca, en 1683. Parece ser que en 1686 todavía vivía.

Quizá esté retratada en dicho retablo, pues en él lo están dos jóvenes mujeres, una de ellas de paisana y que se encuentra al lado de santa Ana y de san Francisco, que parecen estar allí para dar sus nombres a doña Ana Francisca y la otra con hábitos de monja, está al lado de un san Bernardo, que no es el fundador de la Orden, sino un santo valenciano que, siendo musulmán, se convirtió al catolicismo, y san Francisco se encuentra al lado de santa Ana, hacia la izquierda, y ambos nombres recuerdan el de doña Francisca Bernarda Abarca.

En la parte superior del retablo y en sus ángulos se encuentran los dos escudos de ambas monjas constructoras y sus nombres. Parece muy natural que estén allí sus retratos.

El hecho de estar vestida de paisana, nos hace recordar que no hizo sus votos religiosos hasta los veintidós años de edad y tuvo una atracción por convertirse en Anarda, pastora que debía dirigir la marcha de su obra *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*.

Doña Ana Francisca Abarca de Bolea, siendo una autodidacta y una gran pensadora, era natural que se diera cuenta del abandono de la mujer por la sociedad. Se quejaba entre otras cosas de los largos cantos gregorianos que tenían las monjas que cantar en latín, lengua que no entendían, al contrario que los curas y frailes, que gozaban con el significado de los textos que cantaban.

Ella se sentía una mujer privilegiada, ya que entre otras cosas parece ser no se casó por no convertirse en la esclava ignorante de un rico noble, y sentía inquietudes por rescatar los derechos de aquellos y de aquellas que eran solamente pertenecientes al pueblo, en muchos casos pastoril. Su familia Abarca de Bolea estaba formada por hombres que pertenecían a la nobleza y eran militares muchos de ellos, en aquellos tiempos del Imperio español, y cultos. Su padre era el señor de Siétamo, don Martín Abarca de Bolea y Castro, casado por primera vez con Ana Fernández de Heredia e Híjar, de la familia de los condes de Fuentes y del duque de Híjar, y por segunda vez con Ana de Mur, de la noble estirpe aragonesa de los barones de Pallaruelo, que trajo al mundo a Ana

Francisca. De ambos matrimonios nacieron unos nueve hijos y todos se amaron como hermanos. Su único hermano, pues los dos pequeños debieron de morir pronto, fue el primer marqués de Torres, llamado don Martín, de modo que el segundo marqués fue su sobrino carnal. Su hermano don Martín además obtuvo el título de conde de las Almunias, siendo un notable poeta que consta en la *Palestra*.

El padre de doña Ana Francisca murió en Siétamo en 1616 y según deseo se enterró en la iglesia parroquial del mismo pueblo, pero no se sabe dónde yace porque esa parroquia no era la actual, que se construyó más tarde.

Yo he conocido íntegros el castillo y la casa, donde se encontraba una enorme cuna, en la que si doña Ana Francisca no descansó en su niñez, lo harían los miembros de su estirpe que después vinieron al castillo.

No se casó, repito, pero compensó el aspecto material y maternal cultivando la amistad con gran número de hombres que se distinguieron por su notable inteligencia y tratando de hacer iguales a los hijos de los hombres y mujeres, ya fueran del sencillo pueblo o de la nobleza y de la intelectualidad.

Conocía la obra de don Luis de Góngora y participó en certámenes literarios, manteniendo siempre la amistad y el trato amistoso y sobre todo literario con personas pertenecientes al círculo de Lastanosa, del que quedan documentos. Recordemos a don Juan Vicencio de Lastanosa, al padre Baltasar Gracián, al doctor Ustarroz, al poeta Francisco de la Torre, a Salinas, a fray Jerónimo de San José y al marqués de Torres, su pariente.

Pensaba doña Ana Francisca y se daba cuenta del contraste entre el criterio de Arnaldo en *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, cuando decía: «Nunca en los humildes sujetos o pocas veces, hacen asiento virtudes grandes» y el de Cervantes, autor del expresado libro, en el cual expone su pensamiento, muy común en su obra, y que dice que la autenticidad de la nobleza no depende del grado social de cada uno.

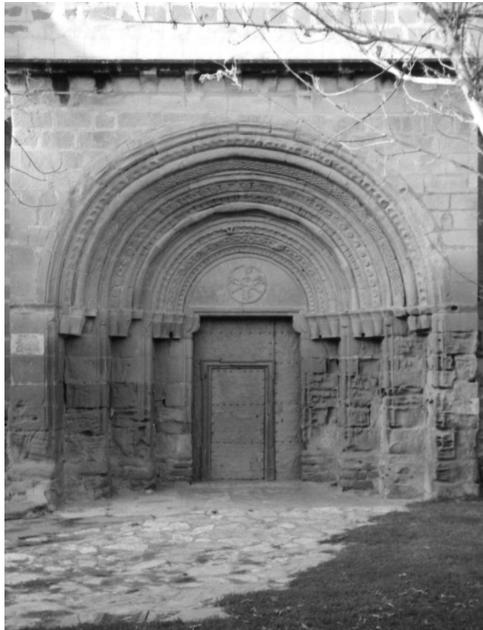
Ella se daba cuenta de la diferencia entre los humildes hombres y mujeres del pueblo y sus amigos y parientes, que vivían en zonas ajardinadas, con adornos de pinturas, esculturas, fuentes y laberintos. Su recuerdo era fruto, entre otras, de la visita que hizo doña

Ana Francisca al palacio de Lastanosa, que describe Ustarroz en una de sus cartas. En su obra *Vigilia y octavario de San Juan Baptista* habla por boca de la pastora Anarda, que dicen que fue ella que se bautizó con tan poético nombre para relatar y recitar la prosa y las poesías de que estaba compuesta, en las que alaba «las casas de los caballeros, cuyas huertas, jardines y surtidores podían competir con los pensiles tan celebrados en la Antigüedad». Luego se supo de qué caballeros se trataba, porque los oyentes se mostraban «deseosos de ver los deliciosos jardines, burladores y artificiosos surtidores y huertas de don Antonio Abarca y de don Vicencio de Lastanosa».

Es curioso pensar en la situación del jardín de Lastanosa, cuya casa estaba en la actual casa de Mingarro, y sus adornos de los jardines entraban, por detrás en el parque municipal actual. ¿Soñaría doña Ana Abarca que el pueblo sencillo llegaría a pasear por el jardín, entonces prohibido a aquel pueblo de tal condición?

Tenían los Abarca un gran sentido social, porque no solo fue doña Ana la que amaba a los humildes, sino el propio don Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, que a los trabajadores de cerámica que tenía en Valencia les estableció una paga de retiro.

El pariente de doña Ana y de su sobrina doña Francisca Bernarda Abarca poseía una huerta-jardín en la casa del Barco, que se encuentra sobre la apertura del Coso Alto entre la calle Costa y la de Monreal. En ella



Portada de la iglesia del monasterio de Casbas, donde vivió Ana Francisca Abarca de Bolea

encontró mi amigo Eliseo Carrera un escudo de los Abarca de 1662, que guarda en el jardín de su casa, en la Ciudad Jardín, cerca de la clínica de Santiago.

No estaba casada Ana Francisca y no dependía de ningún gobernante de su personalidad; en cambio ella, además de ser abadesa, tenía cargos civiles sobre algunos pueblos dependientes del monasterio. Ella vivía los problemas de los hombres y mujeres nobles y sufría los del pueblo porque ella era artista y sabía música y le encantaba escuchar a Pascual y a Ginés la *Albada al Nacimiento del Divino Verbo*, acompañado del «son de la gaita». Estaba la letra en aragonés. Estos hechos conmovían el corazón de doña Ana, porque el arte y la lengua de sus paisanos, que los sentía con el corazón, tienen enormemente que ver con la sinceridad, pero no con la mentira.

Ella pensó en hacer una obra que reflejase la identidad de sus gentes, las de abajo y las de arriba, a la que tituló *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, en la que se produce una verdadera comunión (común unión) entre dos clases, a saber la de los pastores y la de los caballeros, con la «socialización de los primeros y la pastoralización» de los segundos, llegando a una mezcla mayor con las bodas de dos caballeros con las pastoras Anfrisa y Clori, que la que se produce en obras anteriores, como la *Galatea* o *El Prado de Valencia*, donde «la relación entre los ámbitos cortesano y pastoril no afecta a los sentimientos amorosos».

¿Dónde se iba a desarrollar la novela pastoril? El Moncayo se ve desde debajo de Pamplona hasta Siétamo, que está al lado de Huesca, y desde lo alto del castillo de los Abarca de Bolea ¿se vería el Moncayo?; habría que preguntárselo a nuestros antepasados, por ejemplo a mi abuelo que está en una antigua fotografía subido a la torre del castillo. Y, como dice la doctora Angelines Campo, creó doña Ana Francisca el escenario en «las encumbradas sierras de Moncayo». Esta obra se publicó el año 1679 y fue la última publicada sobre la novela pastoril y «uno de los más claros exponentes del fenómeno literario conocido como socialización de lo pastoril».

Riley dice que doña Ana «aparece disfrazada de Anarda, la pastora», pero a Angelines Campo no le parece muy exacta dicha afirmación, pues dice que «solo parece aceptable de forma parcial

y matizada», pero sin embargo yo no veo inconveniente en que la autora de la prosa y de la poesía que entran en la composición de la *Vigilia y octavario de San Juan Bautista* sea al mismo tiempo la pastora que ejerce de actora y de directora, logrando una «riqueza de relaciones humanas entre clases distintas, verdaderamente notable», «aunque todos son personajes de escaso relieve psicológico», como dice Angelines Campo. Además, yo creo que jamás tendría necesidad de ejercer de Anarda, pues, ¿se representó dicha obra en el Moncayo? Y si se representó más tarde en Huesca, por ejemplo, cualquier dama podría ejercer de Anarda.

En esta obra logra una mezcla de la vida real en que los pastores se mezclan con los grandes ganaderos, con los nobles, con los militares y con los eclesiásticos. Pero con esta mezcla el ganadero prepotente, el pastor rústico y pobre, el noble, el militar y el eclesiástico. Se idealiza la sociedad, pero no alcanza esa situación la realidad.

No describe el amor humano con intensidad, dada su condición de religiosa, pero la lleva a describir romerías a la Virgen del Moncayo y misas en la ermita de San Juan Bautista, nos recuerda los debates literarios en los que participó y las costumbres de las corridas de toros, de las comidas campestres, de los juegos, de los bailes y de los instrumentos musicales, como la gaita, con los que se acompañaban al bailar y de las recitaciones de poesías y narraciones de historia y cuentos en prosa y nos retrotrae a la música que en aquellos tiempos se hacía sonar.

Vemos cómo cultiva el estilo barroco del siglo XVII, influida por Góngora y por los aragoneses Argensola y por Baltasar Gracián, admirador de doña Ana y esta de él.

Aunque doña Ana Francisca ve en la lengua aragonesa una especie de castellano antiguo, se observa que era una enamorada de ella, pues escribe un *Bayle pastoril al Nacimiento en fabla aragonesa*, de la que habría que enseñar a los altoaragoneses alguno de sus versos. Hacía hablar a los ángeles en castellano y a los pastores en aragonés, con lo que seguía preocupando a Ana Francisca. Abarca el problema de la igualdad entre los seres humanos.

Escribía en aragonés, pero ella veía un retraso cultural de su pueblo y a pesar de querer que el pueblo progresase, ella no solo amaba al aragonés, sino que quería y gozaba con todas las costumbres,

como hemos visto en las de los toros, de los juegos, de los bailes y músicas.

Con sus escritos en aragonés, Ana Francisca es casi la única escritora que los pone de manifiesto, algo castellanizados, pues era una lengua que no se ha cultivado. Hay después algún escritor que cita frases y palabras, como el autor de Pedro Saputo, y el año 1945, mi padre nos escribió a nosotros, los hermanos Almudévar, un relato del Nacimiento del Niño Jesús que recuerda un poco la novellilla que canta también al Niño-Dios. Si el *Bayle pastoril* puede interpretarse como una pequeña obra de teatro popular, la de Manuel Almudévar parece sacada de una tradición antigua, basada en el estímulo de la fe cristiana y que se celebraba en las iglesias por la Navidad. Yo recuerdo borrosamente, pero con la realidad aclarada entre otros por doña Isabel Asín, que llevaba la posada de Siétamo, cómo iban a la iglesia algunos hombres disfrazados de pastores llevando sus botas de vino, que en algún momento levantaban para beberlo, y alguien soltaba algún pajarillo en la iglesia.

Si se han acabado aquellas humildes comedias de mis años infantiles, en tiempos de doña Ana eran gozadas por ella, como dice en *La Albada al Nacimiento*: «Diránlo los villancicos / y diránlo los cantors, / dirélo yo, que me *enfuelgo* / de repiquetear la voz».

«Sin embargo, nunca *podió olvidar a inchenuidá d'a suya fabla d'o lugar natal, y as suyas poesías en fabla aragonesa amuestran que siempre conserbó guallarda a suya identidad de nina, a pesar de qu'un diya s'arropase con as solemnes tocas monchils y alcanzase a dinidá d'abadesa mitrada*».

## Muy cerca de Huesca estaba George Orwell

Muchos días son los que bajo a las casas que mi abuelo construyó, una para el médico y otra para el *mariscal*, como pone en un antiguo recibo de contribución, y al lado de ellas está el huerto, donde hoy recojo judías y pepinos y donde el año 1936 construyeron los miembros del ejército gubernamental un hospital en el mismo frente, como el que habían levantado, por ejemplo, en Monflorite.

El de Siétamo consistía en un barracón amplio, construido muy deprisa con madera. En él metían en la guerra civil del año 1936

a los heridos, pues a los muertos los enterraban o abandonaban en el mismo lugar que una bala enemiga les había alcanzado o aquella otra que los mismos que se hacían la guerra se entretenían en dispararla para fusilarse mutuamente.

Uno de los múltiples heridos que al hospital llevaron y de cuyos nombres ya casi no queda ni un recuerdo fue George Orwell, nombre famoso en la literatura universal, pero que en realidad se llamaba Eric Blair, como se firmaba en muchas cartas que dirigía a sus amigos. Pero el nombre de Orwell, el que pasó a convertir su identidad en la de un clásico, es conocido en todo el mundo y se le nombra constantemente y quizá con una frecuencia tal vez solo superada por Cervantes y por Shakespeare.

Varias veces me han preguntado sobre dicho hospital, pero sin embargo el recuerdo de Orwell ha aumentado en estos últimos años y fueron dos simpáticas señoritas inglesas, que llegaron a Siétamo las que me preguntaron que dónde estaba el lugar en que lo hospitalizaron. Yo se lo enseñé y les hice ver en un extremo, donde se encontraba el barracón, el pequeño pedazo de suelo de cemento que se quedó sin eliminar para volver a cultivar el huerto, cuando acabó la guerra. Hace poco tiempo que otros extranjeros también llegaron a Siétamo y preguntaron por el hospital, pero, al no estar yo, parece que no pudieron darles explicaciones. Últimamente, en esta fecha de 2004 en que se cumple el centésimo aniversario del nacimiento en 1903 de Orwell, me dijo un sietamense que a su padre lo habían atendido en el citado hospital.

Hace ya muchos años estaba Salvador Puy Carilla sentado en el portal de su casa y acompañado por Miguel Arnal y se acercaron tres parejas y les preguntaron si eran de Siétamo, respondiéndoles ellos que sí; comenzaron una conversación en la que Salvador les dijo que en cierta ocasión estaba un tanque en la puerta de la iglesia y de repente recibió unos tiros de fusil en su motor, y el que parecía ser el más importante de las tres parejas, se rió y entonces les dijo: «Yo estuve de director de los cirujanos de sangre en el hospital de guerra». ¡Qué lástima no saber el nombre del médico, para preguntarle por Orwell y por todos los heridos y muertos que por allí pasaron!

¡Dios mío, qué contraste entre Orwell y todo el pueblo de Siétamo, del que ardieron desde el castillo-palacio, donde nació el

conde de Aranda, y la iglesia hasta las modestas casas de tantas familias, como las de señora Juana y de los Puyuelo! Orwell fue herido a las cinco de la mañana del día 20 de mayo de 1937 en Monflorite, muy cerca de Huesca, y lo internaron en Siétamo, y en una carta a Rayner Heppenstall, el 31 de julio de 1937, él mismo describe: «Mi herida no fue gran cosa, pero es un milagro que no me costara la vida. La bala me cruzó limpiamente el cuello y falló lo que se proponía encontrar excepto una cuerda vocal, o más bien el nervio del que depende, que está paralizado... Me alegre bastante, pues creo que esto nos pasará a todos en un futuro próximo, de que una bala me haya herido... Lo que he visto en España no me ha hecho un cínico, pero me hace pensar que el futuro es muy tétrico». Fue trasladado a Barcelona y allí consiguió escapar de la condena de Stalin al POUM, pero ¿se daba cuenta de que muchos sietamenses, forasteros y extranjeros no se podrían alegrar nunca, como él, de su curación de los balazos producidos por la guerra, ya que fueron eliminados por los fusilamientos? El futuro ciertamente era tétrico, pero lo fue en Siétamo cuando se podían encontrar por todas partes las tumbas, los cadáveres y los cementerios.

Lo llevaron después a Barbastro, del que escribe: «Aunque quedaba muy lejos del frente, ofrecía un aspecto desolado y maltrecho. Enjambres de milicianos con andrajosos uniformes vagaban por las calles». De allí fue su compañía «enviada en camión a Siétamo... Siétamo había sido atacado tres veces antes de que los anarquistas lo conquistaran por fin en octubre, una buena parte de la población había sido destruida por las bombas y la mayoría de las casas mostraban huellas de balas de fusil. Nos encontrábamos a unos quinientos metros por encima del nivel del mar. El frío era intensísimo y había densas nieblas que se arremolinaban como saliendo de la nada». Vemos cómo el mismo Orwell describe las desgracias de Siétamo, a donde fue enviado con sus compañeros milicianos en camión, y yo no creo que se diera cuenta del asesinato del «padre Jesús», porque él era humano y no le gustaba matar a nadie, como narra cuando una noche, en Huesca, a unos ochenta metros de él vio pasar a un enemigo agarrándose los pantalones que parecía se le estaban cayendo, y esa situación le hizo recordar que se trataba de un hombre y no quiso dispararle.

No sé si se enteraría del asesinato a tiros del «padre Jesús», al que yo llamo así, porque nadie sabe su nombre y así lo bauticé porque hay que buscar un nombre a un fraile que fue un modelo de cristiano en aquellos días de agosto del año 1936, cuando Eric Blair se buscó el nombre y el apellido de Georges Orwell sin necesitarlo, pues hubiera sido famoso mundialmente con cualquiera de los dos. No sé si se vieron, pero «el fotógrafo Juan Guzmán bajaba por la carretera y preguntó que quién era ese que llevaban» y le contestaron: «un cura que hemos capturado». Le dijeron al cura: «Grita “¡Viva la República!”», a lo que él respondió con grandes voces: «¡Viva Cristo Rey!»». «Por tres veces se repitieron los gritos, hasta que al fin lo llevamos a un lado y le fusilamos», cuando tenía tan solo veintisiete años. Los milicianos pertenecían a dieciséis agrupaciones como por ejemplo el POUM, que despreciaban la disciplina militar, pero por lo visto no respetaban la vida de un ser humano que no pertenecía a ninguna de las dieciséis agrupaciones que querían entrar en Siétamo. El mismo Orwell se dio de baja del POUM y se escapó de la guerra civil para evitar que su vida fuera eliminada por Stalin, como lo había sido la del «padre Jesús».

Escribió Orwell: «Muchas veces tengo la impresión de que el mismo concepto de verdad objetiva va desapareciendo del mundo»... «¿Para qué luchan los obreros?; sencillamente por lograr una vida decente». Pero Orwell no encuentra apoyos al obrero, pues afirma «que la política exterior de Stalin, en vez de diabólicamente lista como se pretende, ha sido solo oportunista y necia», pero añade que «uno de los problemas más difíciles de nuestros tiempos es saber si la clase dirigente británica es malvada», porque «la clase dirigente británica hizo cuanto pudo para entregar España a Franco y a los nazis».

«A mediados de febrero (1937) salimos del Monte Oscuro y nos mandaron, junto con todas las tropas del POUM, a incorporarnos al ejército que asediaba Huesca». En aquellos ambientes no es raro que tuviera la cabeza llena de pensamientos y problemas, pero: «A cuatro kilómetros de nuestras nuevas trincheras, Huesca brillaba, pequeña y clara, como una ciudad de casas de muñecas. Meses atrás, cuando se tomó Siétamo, el general que mandaba las tropas del Gobierno, dijo alegremente: “Mañana tomaremos café en Huesca”. No tardó en demostrarse que se equivocaba. Había habido

sangrientos ataques pero la ciudad no caía, y “Mañana tomaremos café en Huesca” se había convertido en una broma». Pero la ciudad de Huesca le había aliviado a Orwell el malestar producido en los Monegros por el Monte Oscuro, porque escribió: «Si alguna vez vuelvo a España no dejaré de tomar una taza de café en Huesca». Muchos oscenses aún lo esperamos, pero así como muchos mueren en la guerra, Orwell murió en la paz.

2004

## COSTUMBRES Y LENGUA ARAGONESA



## Aniversario (Veinticinco años de veterinario)

No todos los aquí presentes nos hicimos tales en el universo en la misma fecha, pero casi todos nos matriculamos por los mismos días en la Universidad y todos entramos en el mundo de la Veterinaria hace veinticinco años.

Y si Lepanto fue para Cervantes la mayor ocasión que vieron los siglos y para los catalano-aragoneses fue la expedición a oriente, para nosotros esta celebración de las bodas de plata es una de las mayores ocasiones que han visto nuestros ya no jóvenes ojos, pero ocasión pacífica y entrañable por los recuerdos de compañerismo y amistad, por la nostalgia de una juventud pasada y de unos compañeros como Eduardo Respaldiza y de unos profesores que se fueron otra vez al universo de donde vinimos todos. Es todo cuestión de fechas, pero la fecha de la que hago cuestión en estos momentos tuvo lugar hace veinticinco años. ¿Es posible? Sí, es posible *zagales* de entonces, honorables señores de ahora. Aquí estamos para contarlo y para celebrarlo. Y como supongo que a vosotros os agrada saber de los demás compañeros, como a mí de vosotros, os voy a contar un cuento que parece historia, tal vez pobre pero humano, de un veterinario. Se llamaba Francisco y en lugar de llamarlo Paquito, como era altoaragonés lo llamaban Francher.

Francher era un *misache* que vivía en uno de esos pueblos de la sierra en los que ya no queda nadie. ¡Bueno!, aún quedan jabalíes

que crían en las mismas *zolle* donde antes criaban los *tozinos*. Cuando Francho, no Francher porque ya ha crecido, sube a su pueblo, se llena de tristeza al ver la iglesia convertida en paridera, el cementerio en un bosque y su casa solar en una ruina. Entró por ella y de la *zolle* donde antiguamente criara la *tozina* saltó un jabalí que se puso *rufó*, le enseñó los colmillos, gruñó y dando un bufido salió disparado por la puerta del corral. Francho se acordó del *gulín* que cuando era niño le acompañaba por los prados, porque lo había hecho *panizero* y exclamó: «¡Qué lástima no haber traído la escopeta! Mañana hubiera bajado la muestra del jabalí al matadero y nos hubiéramos echado una *lifara* con los matarifes». Porque, aunque no lo había dicho aún, Francho era veterinario y ibueno! no le gustaba matar a nadie a pesar de estar en el matadero, aparte de los jabalíes, que lo tienen bien merecido pues como habéis podido comprobar se les está «*pusiendo mucha orgullez*». Pero a ese *gulín* que estaba recordando no lo hubiera matado nunca, porque era amigo suyo y si no fuera porque sus padres se empeñaron, aún estaría vivo. Claro que el día que lo mataron, él se escondió en la *cuadreta* de la burra para no verlo padecer, pero aún así se congojó de *sentilo chilar*. Aún ahora después de tantos años, le parecía que una *angunia* se le metía en el pecho al recordar a su amigo el *tozino*. No se rían ustedes de que Francho tuviera un amigo *tozino*, pues era verdadero, *tozino* de verdad y amigo de verdad, y después conoció en la ciudad a muchos que nunca ha sabido si eran amigos de verdad o *tozinos* de verdad, pues si bien solo tenían dos patas, su comportamiento era peor que el de un *tozino* o el de un jabalí, como el que le brincó de la *zolle* de su casa.

«¡Qué cosas es la vida!», pensó Francho. Un gramático le hubiera dicho: «No se dice “¡qué cosas es la vida!”». Pero yo, que no tengo más gramática que la parda que me ha enseñado la gente del pueblo, pienso que tenía razón el veterinario, porque la vida está compuesta por muchas cosas. Y muchas cosas le pasaban a Francho por la cabeza en esos momentos. Salió de la cuadra cantando: «Mi *tozino* murió, mi alegría se fue y la cuadra se quedó “pa” criar jabalíes». Llegó a la plaza donde había unos hermosos carasoles y en ellos le pasaron, como en una película, antiguas escenas: la vieja hilaba, el tejedor tejía, la gallina escarbaba, el ciego tañía y la niña cantaba al bebé: «¡Teje, teje, tejedor, *garras*, *garras* de traidor!».

El tejedor llevaba su tejemaneje pero, desde luego que no tenía *garras* y menos de traidor, agitaba sus manos como si tejiese, alternaba el movimiento de sus pies, como si estuviese moviendo el telar por medio de pedales y mostraba una gran alegría al oír eso de *garras, garras* de traidor; el contraste entre la inocencia infinita del niño y la acusación de traidor que él oía gozoso al ritmo del *cuneo*, provocaba la risa de todos. Risa esencial, risa natural, risa existencial.

Todo era ritmo en el carasol, el subir y bajar del huso, el tejemaneje del tejedor, el escarbar de la gallina, el tañer del ciego y el cri, cri de la cigarra en el árbol; el burro atado a una herradura clavada en la pared parecía dirigir la orquesta pero no con una batuta, sino con dos, que eran sus largas orejas. Se posaba un tábano en su oreja izquierda, lo espantaba con su movimiento y se posaba en la oreja derecha en una constante pugna tábano-asnal en la que no había vencedor ni vencido pero sí movimiento continuo. Zumbido del tábano y ritmo en las orejas del asno, música de ciego en el ambiente y ritmo en el *cuneo* de la cuna y en el sube y baja del huso de la vieja. El tejedor teje y una anciana desteje una toquilla para hacerle *peducos* al nieto *repatán*.

Tejer y destejer todo es hacer. Ahora se oyen muchas músicas ruidosas, pero yo quisiera que alguien tejiera y destejera una música con un ritmo antiguo y aldeano, que me hiciera olvidar siquiera por un momento o por el tiempo que tarda en consumirse un disco, el ruido sin ritmo de la capital y recordar el ritmo aldeano de la *plazeta* caracolera próxima a la casa donde nació Francho.

Casi se echó a llorar después de estos recuerdos pero se tuvo que marchar, pues al día siguiente tenía que madrugar para volver a su dura tarea del matadero. Si hubiera elegido otra tarea no hubiera tenido que madrugar tanto, pero cuando bajó a vivir a la capital quiso estudiar Veterinaria por su amor a los animales y se tuvo que agarrar a la moto, a la cuchilla y a la jeringuilla. Y ahora soy yo el que exclamo: «¡Qué cosas es la vida!», qué cosas se preguntarán ustedes y yo contesto «¡Muchas!». Y entre otras: emigración de los pueblos, capitales que devoran, matarifes que desuelan, veterinarios que miran, *bigoleros* que enmadejan, señoras que nos alegran, sátiros que las incordian, bufones que se nos ríen, José

que sella canales, don Adrián que canta pesos, trabajo que se acumula, entradores que interrumpen, almuerzos que nos reponen, algún *gotico* de vino, cables de luz que *garrampan*, alguna teja en el coco, el camión de los repartos y algún higo que a escondidas nos comemos en la higuera. ¡Cómo están los mataderos, Dios mío! Porque en el matadero, aparte de las higueras que crecen por las paredes y por los tejados, había una más hermosa que daba dulces higos, pero el señor administrador no dejaba comer higos a nadie. Le mandaba una cesta al señor alcalde y muchas más a su suegra, que le gustaban mucho; el pobre Francho se acordaba de la higuera familiar de su pueblo y exclamaba: «Ya no voy a buscar higos, blancos, dulces y amorosos, que derraman por la tierra sus miles de semillas, al caer y aplastarse en el suelo, generosos. No me puzan los pinchos en la higuera, como me hieren las espinas del rosal, pero es áspero el roce de sus hojas como dura es la piel de la mano labradora. Forman las hojas de la higuera un manto protector, como si cientos de manos campesinas solidarias trataran de ocultar a los higos y a las brevas, ya blancos ya negros en su piel, del pico de la urraca, ladrona alcahueta y blanquinegra».

La abeja defiende la miel de bocas golosas con sus agujijones, pero los higos son miel que comen los campesinos, que devoran los tejones, las *raposas* y los perros. Las aves son elegantes y los toman de las ramas y depositan semillas en los viejos campanarios, el color es oscuro, verde oscuro, el de las hojas de la higuera y el del tronco es claro porque no le llega el sol. Son sus ramas meduladas, no resisten violencias y se quiebran en seguida. Sus raíces, cual aceros, penetran profundamente entre juntas de las piedras de las ruinas y en grietas de las piedras arriscadas.

¿Qué se habrá perdido en mí, que no voy a las higueras de los huertos, de las viñas, de las rocas, de las ruinas? Quedan higos verdes en los huertos, quedan higos pasos en las viñas y quedan higueras en Figuerazas, y yo paso y tú pasas. Pasamos todos del fruto generoso y buscamos la miseria embotellada, enlatada, de color plastificado. Si fuera libre, volvería a tu sombra, higuera centenaria y me sentaría en el cajero de la acequia que te riega, comería de tu fruto pegajoso, el agua corredera lavaría mis manos y tus hojas rozarían mi frente. No tienes amigos, higuera, porque eres modesta, basta y campesina, ¡campesina y basta! No llores

higuera, látex de tus hojas, látex de tus higos, de tus hijos higos, la fealdad que se te atribuye, que Juana de Ibarburu coincidió contigo en que la higuera es bella, que acoge, que es buena su sombra y el higo es un fruto espléndido de niños sin dientes, viejos desdentados, de fieras, de aves y también de hombres.

A Francho cuando salió de la Facultad le tocó ir a inseminar con quinientas pesetas al mes, a bordo del cajón de un motocarro, conducido por su lacayo, que cobraba veinticinco mil pesetas al mes, se comía un higo y se acomodaba lo mejor que podía en su cajón. Asomado a los laterales, al pasar por las calles las veía a todas y todas lo veían a él y exclamaban: «¡Qué veterinario tan bueno!». Pero ahora igual que los jabalíes han perdido la vergüenza, la han perdido también algunas jóvenes y cuando ven a mi guapo y apuesto compañero veterinario bajar de su lujoso coche, exclaman: «¡Qué bueno está este veterinario!». Otras, más pudorosas, cuando lo abordan le dicen: «Es usted un matador, señor». Pero a Francho, que ya está un poco mayor, le dicen las chichorreras del mercado: «¡Es usted un incordiador, señor *mariscal!*!».

Francho pasa de las chichorreras del mercado pero le preocupan las brujas del matadero, porque le parece que hay brujas alrededor de los mataderos. Unos dicen que los van a cerrar, otros que los van a trasladar, pero como el matadero en que trabaja dicen que es un monumento artístico ni lo venden, ni hacen otro nuevo.

El otro día se cayó un trozo de techo y casi mató al señor José. ¡No somos nada! Cualquier día le caerá a Francho una teja de esas artísticas y hará de él un veterinario muerto.

Con esto del aceite de colza, el señor alcalde escribió un papelico y convirtió de repente a Francho de veterinario en boticario. Con estos vituperios nuestro héroe no se quiere dejar ver por la calle porque un coro de mujeres, tan guapas como esas que tienen retratadas los matarifes en los vestuarios pero con buena ropa, le empezaron a cantar: «¡Qué pasa contigo tío y qué con el matadero, matarife, rife, rife, matarife riferón!».

Un domingo se fue a su pueblo a ver si mataba un jabalí. Mientras estaba allí, cayó sobre Huesca una bomba de neutrones, de esas que llaman civilizadas porque matan a la gente pero dejan los monumentos artísticos como el matadero. Vio desde el pueblo a los pocos días cómo los buitres revoloteaban sobre Huesca.

Cuando pasaron más días bajó a la capital y encontró a todos los del matadero que se habían escondido en un antiguo refugio de la guerra que hay debajo del ropero de las mujeres.

La única que había muerto, además del administrador, era la higuera y todos los empleados del matadero, como una gran familia se pusieron a cantar: «¡Ya la higuera se secó, tiene las raíces fuera, mi muchacha no me quiere porque ando en la borrachera...!».

A los pocos días bajó a Zaragoza y se encontró a los compañeros de carrera y exclamó: «¡Después de pasar tantos *betuperios*, *tan caro no* lleguemos a celebrar las bodas de oro!».

Claro que si llegamos a tal fecha, nuestros cerebros estarán un poco en la higuera y nuestras coyunturas tendrán higos, esparabanes y alifafes.

1981

## Colungo

Colungo es un pueblo donde con gentes amables conviven numerosos pájaros, además de los de paso, que todavía son más abundosos.

Lo bonito del caso es que hombres y animales viven en armoniosa compañía, si exceptuamos las tordas que cazan con gran pericia, como obedeciendo al refrán que dice: «Ave de paso, cañazo».

Colungo entra dentro del Parque Natural de Guara y esa armonía que he citado debe ser ejemplo para que el hombre respete y goce de las aguas, de los animales, de los árboles y de la tierra con sus accidentes naturales. Puede ser tan profunda esa compenetración que en ocasiones hay hombres que dialogan con los ríos, con el viento y con los animales.

El hombre debe respetar la naturaleza, pero el hombre nativo de la zona debe ser respetado por los hombres de las ciudades y por los que ostentan el poder.

Conozco un pastor que, cuando se entera que en determinado puerto o *pardina* están pastando unos caballos que han traído de Francia, se aproxima a ellos, se gana su confianza y a aquellos de airosa línea que se la entregan, los acaricia e incluso los besa, como en un éxtasis de comunión con la belleza natural.

Algo parecido les pasa a los habitantes de Colungo con los pájaros, cuyos cantos interpretan, aunque en un sentido más práctico que el pastor. Cuando van a cazar, los cuervos, las *picarazas* y las *chincharanas* se constituyen en sus cómplices y con sus cantos, chillidos, su graznar o con el *chinchín* de la *chincharana*, les avisan de la proximidad de una *raposa* o de un *bobón*, *craberet* o de otra ave nocturna.

La golondrina les informa de lo que pasa en otras tierras cuando interpretan su canto de esta forma: «En mi tierra se cría canela y pimienta y aquí: mosquit, truit, truit».

Cuando el *boyero* o *boyatero* se dormía debajo de un árbol, el *collorín* intentaba despertarlo cantándole: «*Boyatero, ichodito!, os güeis en o trigo, ¿los sacas, los sacas?*».

El cuco o *cuculo*, que tiene fama de traidor, anuncia al sembrador o al picador de viñas, el cambio de tiempo diciendo: «Cu, cu», canto pícaro que advierte que «por la mañana *farto* y por la tarde duro».

A veces los pájaros les toman el pelo a los labradores pero ellos, con gran experiencia, dicen: «Cuando la perdiz canta, nublado viene, pero no hay mejor señal que cuando llueve».

Da gusto vivir en un pueblo, donde la gente siempre está en contacto con la Madre Natura, porque cuando quieren que llueva, cantan: «Que llueva, que llueva la Virgen de la Cueva, los pajaritos cantan, las nubes se levantan, que sí, que no, que llueva un chaparrón, con azúcar y turrón».

La gente cazaba unas veces para satisfacer sus necesidades y otras para venderse los pajarillos como si se tratara de canarios, como animales de compañía. Eran muy diversos los procedimientos de caza, unas veces con reclamo, otras a la espera, con lazos, en *barracas* con *besque* o liga, con *losetas*, con *ichuelos*<sup>3</sup>, cepos, y otras con *arziellos* (arquillos) o líneas. Cazaban conejos con hurones, tan perseguidos, pero no han sido ellos los que han acabado con los conejos, sino enfermedades traídas a nuestras tierras por el hombre.

¡Cuántos pájaros vivían y volaban por Colungo!, y todos ellos tenían su nombre como por ejemplo el *ziquilín*, el *gurrión*, la *aloda*, el *abellero*, la *chincharana*, el *carbonero*, la *zistra parda* y la *berde*, el *berderol*,

---

<sup>3</sup> *Nota del editor.* Especie de trampa para cazar perdices y conejos. Consta de una tabla colocada sobre un agujero practicado en la senda habitual de la presa.

el *pinchán*, el *petrer*, el *trincapiñón*, la *falziella*, el *codalgo*, el subetroncos, el *colorín* y por no aburrir, acabo con el *rei d'a barza*.

Es curioso cómo conocen a los pájaros con sus nombres en *fabla* aragonesa, cómo también en dicha lengua citan a los árboles y arbustos donde hacen sus nidos esos animalitos y por cuyas sombras caminan los de Colungo cuando pastorean, cuando cazan o cuando van a buscar sus frutos. ¡Qué felices son cuando caminan por debajo de las *oliberas*, *almendreras*, *abellaneras*, *cachigos*, *albares*, *chinipros*, *minglaneras*, *malacatoneros*, *alberjeros* y *zerezeras*, llenas de frutos en su tiempo y de «pacharos», que acuden a ellos a comer dichos frutos con verdadera ansiedad!...

Conozco a un hijo de Colungo, que vive en Huesca, pero no puede olvidar sus raíces campesinas que le hacen acordarse de relacionar el canto de los pájaros con el tiempo y con su trabajo agrícola y es feliz al oír hablar por ejemplo del *bobón*, del *esparbero* (gavilán o *esparbel*) *tordero* o del *esparbero perdizero*.

## El petirrojo

¿Dónde te metes petirrojo, que te busco por los campos, por la sierra, entre los *artos*, las *gabarderas* y *ontinares*? ¿Es que huyes en verano de estas tierras en las que el agua parece que se reserva caprichosa para el otoño y el invierno?

Me han dicho que te han visto este verano en las montañas de Bielsa, que saltabas a intervalos por el suelo y por las ramas de los pinos, te deslizabas ligero por las espesas malezas y buscabas los insectos: ¡*Rubecula pinetorum*!

A tu definición de *rubecula* añaden, en latín, las palabras latinas *pinetorum*, porque te gusta volar por los pinos, *foliorum* porque te escondes tras las hojas y *silvestris*, porque eres silvestre y al mismo tiempo de trato *familiaris*, porque familiarmente te aproximas en invierno a las puertas de las casas. Y es que eres familiar con los humanos, no les temes y a ellos te aproximas.

Me contaba un leñador o *leñazero* que buscabas su compañía cuando comía en la puerta de su *borda* y al llegar la nieve en el invierno a nuestro Somontano te acercabas a las puertas de las viviendas en los pueblos, como buscando la comida y el calor de nuestras gentes.

Hoy estamos en otoño y te he visto describiendo curvas con tus vuelos, entre las plantas del maíz, y es que tal vez hayas previsto la llegada de la nieve a la montaña y hayas bajado a este Somontano, a comer los insectos y las bayas que maduran abundantes en arbus-tos de caminos y de huertos.

## Juegos infantiles

Todos hemos visto los programas de Rodríguez de la Fuente en que las madres de diversas especies animales están pendientes permanentemente del bienestar de sus hijos e incluso de sus juegos.

Solamente hay que observar cómo los cachorros alrededor de su madre saltan, se revuelcan, hacen amagos de morderla y salen corriendo para volver siempre al regazo materno.

Esto no pasa solo con los animales, como me contó Antonio Andreu, nacido en un pueblo del Somontano, que me decía que pasa idénticamente lo mismo con las personas, añadiendo naturalmente el uso de la palabra, del que no son poseedores los buenos animales.

A uno de estos juegos humanos lo llamaban en el Alto Aragón *a palmaluz*, palabra aragonesa que hace volar, con esa modificación de la palabra palmatoria, como se dice en castellano, la imaginación de los niños, que pasan de la vulgar palmada a la luz, tan escasa en las largas veladas del invierno en esos hogares, donde esa luz era escasa y proporcionada por el propio *fogaril*, por candiles de aceite, por palmatorias portadoras de velas de cera o más tarde por las pobres bombillas de quince vatios.

Como hemos hecho referencia a la madre animal, del mismo modo, en este juego tenemos que referirnos a la mujer que hacía de madre. Podía ser la propia progenitora de alguno de los niños o podían ser adoptados por alguna de aquellas *tionas* de instinto maternal. Se sentaba en la *cadiera* o en alguna de esas bajas y pequeñas *silletas* o reclinatorios y a su alrededor acudían los niños a establecer el reglamento del juego. ¡Vamos a jugar a la *palmaluz*! y la «parará» una vez cada uno. El hecho de «pararla», significa en la lengua aragonesa el hecho de pagar algo, como castigo; es decir el que la «paraba», la pagaba, o sea, tenía que hacer un papel poco

agradable, como era el de perseguir a sus compañeros. Nadie quería «pararla» y al empezar el juego se sorteaba, sacando una *pajeta* de la mano de la madre y aquel que la sacaba más corta, ese la «paraba». Este ponía su cabeza en el regazo, halda o falda de la madre, que le tapaba los ojos y todos cantaban: «¡A la *palma luz*, que se cagó en el *almuz*, una palmada más, a mandar y no callar!», al tiempo que le pegaban palmadas en las costillas y seguían cantando «Una palmada sin reír, otra sin hablar, a pegarle un pizco en el culo y a escapar a *fuir*». Todos iban huyendo a esconderse, mientras cantaba la madre: «¡Conejitos a esconder, que la liebre va a salir y si va o no va, a algún tonto cogerá!». Preguntaba a continuación: «¿Suelto la liebre?» y los que más habían corrido, gritaban: «¡Síííí...!». Salía la liebre corriendo y todos los conejitos acudían al regazo de la madre y quedaban en situación de seguir jugando y al que cogía la liebre, la «paraba».

Así se divertían los niños y también la madre, exactamente igual que se divierten la osa y los oseznos de Rodríguez de la Fuente.

Palmadas, palmatorias, luces y sombras, juego de palabras y eterno juego de niños. He dicho eterno pero, hoy día, hay niños que se aburren con sofisticados juguetes.

## La jota como oración (A monseñor Antonio María Javierre)

Cuando un automovilista que venía de Huesca se ha detenido en nuestro pueblo para preguntar el motivo de tan espléndidas luminarias, ha interrogado al primer vecino que ha encontrado y este le ha contestado, como buen aragonés y más en el día del Pilar, en copla de jota, diciendo: «Del Vaticano a Siétamo / nos llega una autoridad, / es el cardenal Javierre, / que nos viene a visitar».

Y es que el pueblo aragonés se pone jotero cuando algo le llega al alma; y aunque esta afirmación, para algunos, sea un enorme tópico, la hago basándome en la observación.

Los que, más o menos cultivados, tratan de describir en largos renglones a nuestras gentes sencillas, no lo hacen mejor que esas mismas gentes, que con cuatro versos de ocho sílabas, improvisan

ideas y sentimientos que los escritores tratan de explicar en largos textos.

Cuando el pueblo se enteró del nombramiento de Cardenal de su Eminencia, alguien escribió: «Hoy en Siétamo, reina la alegría. Va a ser investido con el capelo cardenalicio, uno de sus hijos, Antonio María Javierre Ortas, un aragonés puro, como demuestran sus dos sonoros apellidos. Un paisano nuestro va a alcanzar la púrpura y desde el alcalde y el *mosén* hasta el sacristán, pasando por cada uno de los pocos sietamenses que quedamos, sentimos un orgullo y parece que estamos escuchando himnos solemnes, al tiempo que también parece deslumbrarnos el clásico brillar de la púrpura».

Después, Monseñor, fuimos a Roma vuestros paisanos, a participar en la gran ceremonia de vuestra investidura, en la que participamos llenos de consuelo espiritual. Hoy nos devolvéis la visita y el rito se torna más sencillo y más rudo, más austero y se resume en la copla citada, que por un momento, cuando la cantan, hace vibrar: «Del Vaticano a Siétamo / nos llega una autoridad, / es el cardenal Javierre, / que nos viene a visitar!».

Queda en tan breve expresión, descrita nuestra alegría, espontáneamente, con sinceridad y sentimiento, como una ráfaga de cierzo describe nuestro clima.

Se encuentra consuelo en esa copla, consuelo que vuestra eminencia, como encargado en otro tiempo de la enseñanza de la fe, pedíais unido al *recta sapere* rezando el *Veni, Sancte Spiritus* y aunque el fiel campesino no sabe de latines, al ser como un templo del Espíritu Santo, tiene el saber recto, que le da el sentido común.

En cada país expresan el consuelo de sus hombres y mujeres a su manera y en Aragón por medio de jotas, porque esas jotas sirven también para rezar. Parece una oración, un deseo de espiritualidad, la jota del mismo autor que reza: «Hemos sentido nostalgia / esperando tu llegada, / bendícenos tú, Javierre, / y la jota tendrá alma».

Cuando acudimos a Roma, eminencia, a vuestra investidura, percibimos en medio de solemnes salmos latinos la grandeza del ecumenismo. Hoy nos devolvéis la visita y podréis percibir la grandeza de la proximidad o *proximidad* de vuestro pueblo aragonés, que unida a la de cada pueblo, cantada y defendida estos días por

Su Santidad, conforman la grandeza de la Iglesia universal. Ese espíritu eclesial, jerarquizado, se percibe en ese jotero cuando canta: «Un saludo dedicamos / a nuestro obispo Javier, / bien desarrolla en su cargo / la nobleza y el saber». Desciende en la escala jerárquica y dice: «Bien se sienten orgullosos / en el pueblo de Siétamo / cuando al frente de su iglesia / se encuentra don Alejandro».

El autor de estas jotas, acaba manifestando la participación del pueblo en comunión con vuestra eminencia, cuando dice: «Ante el cardenal Javierre / hoy debemos compartir, / son efectos de la jota: / virtud, nobleza y sentir».

Monseñor, cuando rezabais el *Veni, Sancte Spiritus*, decíais: «Concedéndonos en ese mismo Espíritu, conocer rectamente y gozar de tu consuelo».

Eminentísimo señor cardenal, no sé por qué me parece que estáis recibiendo ese consuelo espiritual.

## La jota y la *fabla*<sup>4</sup>

¿Qué es la jota? Yo siempre he querido saberlo y no lo he conseguido todavía. He llegado a plantearme si soy corto de alcances, pero al preguntar a personas de notable prestigio no me han resuelto el problema. He consultado libros y ellos que están siempre esperando al lector para responderle, no me han respondido. ¿Se ha investigado suficientemente sobre la jota, sus orígenes, su evolución, sus variedades, su difusión, sus crisis? ¿Se ha hecho una valoración de lo que significa en la identidad aragonesa, identidad, por otra parte, tan debatida, tan cuestionada y por desgracia tan poco fijada, si nos salimos de su geografía, de su historia y de sus leyes?

---

<sup>4</sup> *Nota del editor*. No somos partidarios de emplear el término *fabla* en castellano, como hemos dicho y escrito en numerosas ocasiones. Nos parece un eufemismo para evitar la recta denominación de *aragonés* o *lengua aragonesa*. Si acaso, podría emplearse *fabla* en aragonés y añadiendo el adjetivo que concreta la significación del sustantivo: *fabla aragonesa*, que se podría traducir en castellano por «lengua aragonesa». En efecto, *fabla* no significa otra cosa que «lengua, idioma, habla». Ahora bien, a veces se utiliza en aragonés a *nuestra fabla* o simplemente a *fabla* para referirse al aragonés, dando por sobrentendido el adjetivo. De ahí ha pasado a popularizarse su empleo también en castellano.

No soy yo el único que se plantea estas preguntas; se las plantea el pueblo: «Madre, ¿qué tiene la jota?». Entre otras muchas cosas (de las que hay que destacar la originalidad), que deben ser objetivo de un libro escrito por autores inquietos, inteligentes y diligentes, tiene dificultad y arraigo. Dificultad: yo no soy joven, pero tampoco viejo y me acuerdo de ver personas que bailaban la jota espontáneamente, sin haber sido enseñadas con dedicación, sino que aprendieron por la práctica festiva.

Hay que distinguir entre la jota bailada y la cantada, que se ha transmitido sobre todo en fiestas familiares y vecinales, donde siempre surge alguno, que muchas veces canta, con el inconveniente de no ser acompañado musicalmente, simplemente a palo seco.

Yo residí muchos años en el País Vasco y observaba que en los bailes públicos se empezaba y se acababa con un baile popular, que además de ser más fácil que el nuestro, por ese procedimiento se conservó mejor a nivel de calle, superando la pericia de nuestros grupos de jota.

Como he dicho, existía un profundo arraigo en el interior de los aragoneses y esos grupos han realizado una labor que ha hecho que no se perdieran las viejas raíces de la jota.

Los grupos han surgido del pueblo y no han gozado de la protección oficial que han disfrutado otros grupos, como los del rock duro, por ejemplo, con todos mis respetos.

No creo que sea oportuno establecer un paralelismo histórico, observando cómo el elemento oficial, *os ofizials*, llevaban un camino y el pueblo, al tiempo que soportaba esos poderes, llevaba el suyo como podía.

En el terreno cultural ocurría y ocurre lo mismo. La *fabla* y la jota han sido, a veces, vistas como una curiosidad y el pueblo trata de salvar la *fabla* y hace triunfar a la jota hasta fuera de nuestras fronteras.

Luego los mismos aragoneses buscan su identidad y parece que no la encuentran. A veces la hemos ocultado nosotros mismos. Cuando llegaba un *mainate* a cualquier pueblo, sus habitantes se esmeraban en hablar el castellano con mucha erudición.

Yo deshice una de estas situaciones ridículas en el restaurante de la Vilas del Turbón. Quise demostrar a mis «oficiales» acompañantes

que había una lengua muda en los habitantes de los valles que nos acompañaban y al acabar la comida les hablé en *a nuesa fabla*. Aquellos rostros se relajaron, brillaron las sonrisas y comenzaron a hablar sin ninguna inhibición y eso que la falta de unificación del aragonés hubiera podido crear dificultades.

Os pido por favor que cantéis alguna copla de jota en aragonés; todos habéis observado el fervor religioso que empapa los corazones de los que asisten a misas aragonesas. Ese fervor se convertirá en amor a Aragón, que no será exclusivista.

Decía que la jota es difícil de definir, dicen que la ciencia se puede demostrar y describir, pero lo trascendente, como el mismo Dios, se siente. ¿No se siente la jota? ¡Dios mío, la jota, la jota nuestra!

Los antropólogos estudian al hombre en su relación con el medio ambiente, en las relaciones que tiene con sus vecinos y las que mantiene con el exterior y la jota define las tareas agrícolas, las rondas amorosas, sirve para hacer peticiones y críticas al poder y oraciones al más allá.

De aquí deriva la importancia de que la letra esté bien construida y llena de sentido porque, cuando así ocurre, con cuatro versos de ocho sílabas, acompañados del vigor jotero, se expresan más pensamientos y sentimientos que en un folio.

Esto que acabo de decir, traté de demostrarlo en el artículo del cardenal y en el de «Aires de Montearagón».

## La morcilla

Baltasar del Alcázar en sus versos a la cena habla de la morcilla como gran señora digna de veneración, pero yo creo que todavía es más venerable *o tozino*, más señor y más digno de veneración que la morcilla, porque al fin y al cabo esta es un derivado del cerdo, un subproducto, como ahora se dice, de los múltiples que del venerable salen o más bien se sacan.

Un *mosén* de pueblo desde su *pedricadera* quería ensalzar la grandeza de determinada Virgen y, como no alcanzaban sus cualidades oratorias a lograrlo, y si, por otra parte, glosaba alguna cita latina comprendía que el pueblo sencillo no iba a *apercazar* su contenido, no encontró mejor solución que exclamar: «Mirad si

la Virgen es perfecta que se parece *a o tozino*». La gente empezó a mirarse entre sí maliciosamente, a carraspear y alguno más ortodoxo a poner mala cara, pero deshizo el hielo al completar la frase: «Se parece a *o tozino* porque no tiene *desperdizio*». Aquella gente respiró profundo, sonrió relajada porque estaba escandalizada ante la frase que incompleta resultaba irreverente pero que a los más sencillos les pareció acertadísima, porque en el plano de su espiritualidad la Virgen era su madre y a nivel de supervivencia *o tozino* era su padre (ya estoy cayendo yo mismo en otra falta de respeto, en este caso al pueblo). Sí, *o tozino* era padre putativo del pueblo, que a algunos les puede parecer una palabra fuerte pero que no lo es porque san José era el padre putativo del Niño Jesús, que quiere decir que él lo mantenía, y ¿quién me negará que muchos campesinos casi no comían más carne que la que les procuraba el cerdo? De aquí se deduce que tan puerco animal tuviese un carácter casi mítico para las familias.

Se cuenta que en cierta ocasión se provocó un incendio en una casa y acudieron todos los vecinos al toque de fuego, provistos de *pozales* que desde la fuente se iban pasando en cadena, y uno de los hijos de la casa no paraba de llorar y de gritar: «¡*O tozino, o tozino!*!». No se acordaba en esos momentos ni de su padre, ni de su madre, ni de nadie, su obsesión era *o tozino*, sin duda porque de él esperaba las tortetas, las morcillas, los chorizos, *a pizca* y *a chulleta* para todo el año.

Hay que comprender la preocupación del *misache*, al considerar que costaba dos agostos engordar un cerdo decente y que había que darle de comer todos los días. En primavera poco, porque entre otras plantas florece la aliaga, y dicen que el hambre crece porque se han acabado los frutos del otoño y todavía no ha llegado el grano del verano, ni las frutas del otoño.

Pobre *misache*, ya tenía motivos para llorar, porque había traído tantas plantas ya con su flor, como el *abozo*, hasta la *zolle* de su precioso *tozino*, así como coles subidas de los huertos y hasta yerba verde, segada en las cunetas.

## Las mujeres y la lengua aragonesa

¡Qué tendrá ese Pirineo que convierte en poetisas a nuestras mujeres! Estos días he leído y escuchado la obra de una chesa, Rosario Ustáriz, a saber: *Remerando a Pedro que s'en fue chugando*, con la que obtuvo el «Onso de Oro» en Hecho. Y efectivamente el niño Pedro estaba jugando con otros y se murió de repente y Rosario escribió una poesía en *fabla* aragonesa, que decía así: «*Chugábaz a xabalins / yera chelau este'nero / pero tú no lo sentibas, / porque correbas ligero, / deván de los cazadós, / resacadós, y, de perros, / que yeran todos los críos / que con tú, feban lo chuego... / cuando, de repente cayés / como un xabalín, ya muerto. / Qué pena daba sentir / tañer campanas a muerto / ¡Qué podía berruntar / que tú fueses ixé Pedro!... / prexiño que ya i-verías / cuánta chen bi-heba en lo'ntierro... / Serías acucutando, por bel foradet de'l Cielo*».

Lucía Dueso, por su parte, ha recorrido ambientes rurales y canta a sus accidentes naturales, a sus hombres, a su historia y a sus Vírgenes y es siempre original porque encuentra poesía por donde quiera que pasa. Es difícil para muchos encontrarla en la ciudad pero ella la ve y lo demuestra cuando escribe: *Lagüerro frío'n Uesca*, que dice así: «*Per la carrera quieta fa ixufrina. / Las fuellas mustias aplenan las azeras. / Las pocas chens que pasan ban lixeras, / porque las chela'l cierzo u la bruchina... / Lagüerro s'en ba dindo, per las sierras / la niéu domina las alturas limpias. / Es paixaricos fuyen, mientras temblan. / La pura coscarana de la tierra / s'asoma de las güebras, per d'enzima. / Laugua scondida se chela'n las gralleras*».

Mariví Nicolás juega con las palabras y las hace cantar y bailar: «*Berde borda, borda berde / berderol / canta aunque no faga sol*». Me parece escuchar, con tan breves palabras, la canción del optimista.

No puedo menos que, al leerla, acordarme de un poeta, de cuyo nombre no me acuerdo por más que lo intento, que después de descubrir un paisaje urbano un día de Pascua apoyado en la pared de un edificio, exclamaba: «Hoy es Domingo de Pascua, / día de Resurrección, / hoy es Domingo de Pascua / y yo no tengo un amor».

También tiene su encanto escuchar palabras que dejaron los romanos en su tierra y que se han conservado vírgenes como las nieves en sus montañas, como son *cantare*, *amare* y *plorare* y todavía son más los siglos que entre esas nieves se han conservado palabras

vascas, como *borda*. Existe todavía el apellido *Bordaberri*, como en nuestra provincia se dan unos cuarenta nombres de *Xabierre* (Casa nueva).

¿Qué diré de las de Fraga? En cierta ocasión escribí un artículo para su programa de fiestas. Lo reprodujeron en el *Diario de Lérida* y tuvieron la gentileza de mandarme un ejemplar. En él exponía que la personalidad de Fraga no ha sido todavía captada en su más profundo sentido.

Sender se declaraba ibero-ilergete, pueblo este que ocupaba un territorio desde Lérida hasta Huesca, se consideraba un hombre de transición, dentro de su aragonesismo, que ha hecho universal.

Fraga habla de un modo que le hace entenderse mejor con los tortosinos y valencianos que con los catalanes cerrados; sus *dones de faldetes* conservan unos peinados que, como los levantinos, recuerdan un tanto el de la Dama de Elche. Desde su enclave pueden ser un lazo de unión entre los pueblos del antiguo reino de Aragón; hay vitalidad y riqueza en Fraga y yo afirmaba que hacía falta un desarrollo cultural paralelo. Es lo que están tratando de lograr estas fragatinas.

Expuse estas ideas a don Antonio Durán y no las confirmó; llegó el canónigo Iglesias de Barbastro, gran historiador de la parte oriental y me dio la razón; allí los dejé discutiendo el tema.

Es difícil ser aragonés en Fraga por culpa de los demás aragoneses. Todavía tenemos que descubrir a Fraga.

Hoy, en la celebración de esta Semana Cultural Aragonesa, las mujeres de Fraga, nos han empezado a mostrar sus *dones*, pero no solo de *faldetes*, sino de ideas.

Hemos escuchado palabras bellas y poéticas en lengua no castellana, escritas por mujeres altoaragonesas de zonas donde todavía se conserva la *fabla* aragonesa y el catalán aragonés, que también es nuestro.

Antes de seguir quiero hacer unas reflexiones, no sobre esa lengua, sino sobre la que ya casi hemos perdido. ¿Es *probe* y *fiera* la lengua aragonesa? *Dempués* o después *d'ascuitar* a Mariví, a Luzía y a Rosario, a esta a través de mi pobre expresión, hay que rendirse a la evidencia de que el aragonés es una lengua por medio de la cual se puede expresar la belleza.

Otra reflexión es la siguiente: ¿qué personalidad tenemos los aragoneses, que casi nos hemos dejado perder nuestra lengua? Añadiendo que el concepto que de ella hemos tenido es como de algo despreciable, ¿qué conocimiento tenemos de nosotros mismos como aragoneses? Esta semana que habéis organizado pone una nota de optimismo en el panorama del conocimiento de nuestra identidad aragonesa.

*Cherchez la femme*, decía no sé quién y tenía razón, no en el sentido rubeniano de «mujer, celeste carne de mujer», sino en el de la cultura. Y en este terreno se movía Rosalía de Castro que, pensando en el papel de las mujeres en la sociedad, «pedía libros y preceptores que las hicieran aptas para los puestos y para las cátedras y quizá más agudas».

Tenía razón Rosalía y aunque todavía falta bastante para que la mujer alcance la igualdad de oportunidades con el hombre, en el terreno del «habla» aragonesa, yo creo que lo ha superado.

Pero los altoaragoneses tenemos a Ana María Abarca de Bolea, tía del conde de Aranda. Baltasar Gracián la alaba, de esta forma: «La muy noble e ilustre señora doña Ana de Bolea, religiosa bernarda en el real monasterio de Casbas, en Aragón, tía del marqués de Torres, compitiéndose la nobleza, la virtud y su raro ingenio, heredado del insigne y erudito don Martín de Bolea, su padre, cuyas poesías han sido siempre aplaudidas y estimadas».

En la obra *Recordando a Ana Francisca Abarca de Bolea*, escrita por mí, aparece lo siguiente: «El año 1646 participa por primera vez en el medio cultural y de las letras de aquella época, presentándose en los concursos poéticos del siglo XVII y obtuvo por sus sonetos, dedicados a la muerte en Zaragoza del príncipe Baltasar Carlos una sortija de oro con un corazón de piedras y un par de gemas de ámbar».

Y Angelines Campo escribe: «Llama la atención la gran cantidad de poetisas que concurrieron». Ustarroz recoge los nombres de siete poetisas aragonesas. Esas mujeres, independientes en su mayoría de los hombres, querían igualar a las mujeres con los hombres y es ahora cuando se está llegando a apreciar el valor universal de la mujer, casada, soltera o viuda.

Fue su madre doña Ana de Mur, que tanto se preocupó por el porvenir de sus hijas. Nació en 1602 y murió, aunque no es

seguro, en 1686. Salinas destaca su autodidactismo «desde su primera niñez en una época en que ya no se enseñaban las artes liberales en los monasterios femeninos aragoneses, habiendo rebajado mucho el nivel de esas escuelas monásticas con respecto a la Edad Media» y se admira de que una niña recluida en un convento haya conseguido por sí misma hacerse los oficios de maestra y discípula.

Fue monja al mismo tiempo que ella su sobrina doña Francisca Abarca Villanova y ambas costearon un retablo barroco que está en la iglesia del monasterio de Casbas, al lado del Evangelio. «Debajo se ven los respectivos escudos familiares de las que costearon dicho altar». Hay dos retratos, que posiblemente sean los de ambas monjas.

Todavía podemos leer las *Catorce vidas de Santas*, publicadas en 1655, y escribió, en aquellos tiempos tan lejanos, varias poesías, algunas en habla aragonesa, como la que se refiere a la procesión del Corpus, y otras en castellano, como la que dedicó a la sierra de Guara. Al principio he dicho que algo deben tener los montes Pirineos en la inspiración de las poetisas, pero ahora hemos bajado hasta la sierra de Guara, que casi se toca desde el monasterio de Casbas y uno comprende la inspiración que dicha sierra inspiró en Ana María Abarca de Bolea.

Escribió su Romance a Guara en el que, entre otros dichos poéticos, coloca los siguientes: «Si habitas casi en los Cielos, / no tienes más que adquirir, / advierte que tus grandezas / mendigarlas tal vez vi. / En el estío te arrojas, / por avivar el matiz, / de las más incul-tas selvas, / hasta dar en ellas fin. / A los arroyos tributas, / y a adquirir vienen, por ti, / altos nombres, que otros tiempos / que se ignoraban oí... / Osténtase en tu grandeza / ya el topacio, ya el rubí, / la delicada amapola / y el sufridor alhelí».

Y yo le dediqué en *Remerando a Ana Abarca de Bolea*, entre otros, el siguiente pasaje: «*N'o puntón d'a meseta sobre a que s'asienta Sietemo, alufraba a Fondura, qu'arruxia a fuen d'os seis caños, o castiello-palazio por do chugaba en primeras Ana Francisca Abarca de Bolea. Penchau d'una parete yera o noble berz (cuna) familiar, do puestar que a nineta sonease os suyos primeros sueños. Agún remero ixa cuna, que me chocaba y me parixeba masiau gran pa una nina tan chicota, pero uey me sembla chiqueta pa una aragonesa tan gran*».

Si Rosalía se ha hecho necesaria para la revitalización del gallego, todas las poetisas que he citado, precedidas por Ana María Abarca de Bolea, han dignificado el aragonés sacándolo del naturismo.

Aquí, en Huesca capital, se ha hecho notar más que en la montaña y en la zona oriental, pero todavía se conservan romances transmitidos oralmente en *fabla* aragonesa. Uno, de procedencia montañesa, es el *Romance de Marichuana*, que yo aprendí de boca de mi padre y una somontanesa me dijo que ella lo había aprendido del suyo.

Se conocen algunos más pero que han ido perdiendo autenticidad y conservan su contenido popular, un tanto alejados de la lírica, que es la que da categoría a una literatura. Quedan también antecedentes escritos con breves frases, que Braulio Foz escribió en su obra *Pedro Saputo*, que revelan que en Almudévar se hablaba la *fabla* corrientemente y donde, por cierto, se conservan todavía muchas frases, los artículos y vocabulario.

## Migalón y la cabra (Furtaperas)

Se le había escapado una cabra a Migalón. Se la había espantado un perro y no sabía hacia dónde había dirigido sus pasos. La cabra siempre tira al monte, pero al niño le tiraba más ir hacia aquellos lugares donde podría encontrar personas.

Llegó a las afueras de un pequeño pueblo y sobre las tapias de un huerto vio colgar de las ramas unas peras de agua, tan tentadoras para él como las manzanas lo fueron para Eva. Tenía sed, subió a las bardas de la tapia escalando por las juntas de las piedras y después de meterse bien las faldetas de la camisa de cáñamo, dejando holgura suficiente como para formar anchura suficiente como para formar un poco de bolsa, se apretó la correa. Se soltó el botón de la tira del cuello y el otro de más abajo y empezó a embolsar peras con una mano, mientras con la otra se llevaba una a la boca.

De repente, oyó el grito de una mujer que exclamaba: «¡Furtaperas!». Y vio cómo un hombre se dirigía rápido hacia él con una *forca* en la mano. Brincó de la pared con la misma rapidez con que lo había hecho la cabra al ser atacada por el perro. Echó a

correr y para poder hacerlo más deprisa se iba sacando la faldeta de la camisa, con lo que iba sembrando de peras el camino y aligerando su peso. Ahora no era solo la mujer la que gritaba; se habían añadido el hombre y los hijos, formando un coro que sonaba: «¡Furtaperas, furtaperas!».

A él le dolía este insulto y sintió no haber encontrado la cabra para compensar de algún modo las peras con un cuenco de leche para los niños de los agresores. ¡Cuántas veces cuando cuidaba sus cabras había ofrecido un trago a los caminantes! Porque Migalón no iba a la escuela, sino que se dedicaba a cuidar cuatro cabras y algunos corderos, pues su padre estaba viviendo y él no podía permitirse el lujo de estudiar.

Cuando estuvo lo bastante lejos del huerto como para considerarse libre de sus dueños, se le planteó el dilema de volver a su casa sin la cabra o de seguir su odisea. Además, icualquiera volvía a pasar por el pueblo de las peras! Ante esta última reflexión decidió seguir caminando hacia abajo. Al caer la noche se metió a dormir en una caseta de campo, aunque no pudo hacerlo a gusto porque una lechuza le estuvo chistando toda la noche.

Al salir el sol los pájaros cantaban de alegría pero a él se le saltaban las lágrimas de tristeza. Siguió caminando y desde un *tozal*, al que se subió a ver si localizaba la cabra, divisó un pueblo muy grande, del que subían al cielo cohetes que causaban un gran estruendo. Era Graus. Allí se dirigió. Aquello no era un pueblo, era una pequeña ciudad que ardía en fiestas en sus calles. Él lo miraba todo con ojos atónitos y, tal vez por verlo tan solo, unas *mozetas* le dieron torta y un trago de vino. Esto lo reconfortó y recorrió todo Graus; vio los danzantes, la Virgen de la Peña, etc., pero aquella plaza con esos pórticos le pareció la más bella del mundo. Claro que él no había visto mundo y malamente podía haber visto otra mejor. Sí que había tenido ocasión de observar pinturas murales románicas en alguna ermita, pero al lado de aquellas alegorías neoclásicas le parecían monigotes.

Cuando más ensimismado y admirado deambulaba, vio un muñeco colgado al que hacían dar más vueltas que a una *reinadera* al mismo tiempo que gritaba la chiquillería: «¡Furtaperas, furtaperas!».

No sabía si aquellos gritos se los dirigían al muñeco o a él. No tuvo tiempo de dilucidarlo porque echó a correr y no paró hasta

que, habiendo pasado el puente de la carretera que va a Capella, estuvo lejos de Graus.

Se volvía a hacer de noche y sobre un altozano divisó una ermita con un porche delante. Allí se dirigió. Atados a unas carrascas que alrededor de la ermita les daban sombra, había cinco burros. Al llegar hasta ellos apareció la dueña, mujer de aspecto tan rústico como una pastora de su pueblo con la que se juntaba algunas veces en el monte. Él le daba media sardina y ella le daba olivas. Por eso no causó miedo la dueña de los burros *someros*. «¿Qué haces por aquí?», le preguntó a Migalón, que no había mentido nunca. Lo hizo en esta ocasión, obligado por las circunstancias, diciendo: «Es que, sabe, se murieron mis padres y como no tengo familia voy solo por el mundo». «Y, ¿qué comes?», le volvió a preguntar la buena mujer. «Pues mire, según el tiempo, ahora se encuentran peras por ahí». Al nombrar las peras se le hizo un nudo en la garganta. «¡Hala, pues vente conmigo! Y ahora come algo, pues te veo algo desvalido»; al tiempo que lo decía sacó de la alforja un pan, unas nueces y unos higos. «Casca esas nueces», le dijo. Abrió los higos y metió dentro el fruto que Migalón había cascado.

Genaron tan frugal cena como los propios ángeles; ella se echó un trago de vino. De repente desde donde estaban los burros oyó el llanto, no sabía si de uno o de dos niños. Efectivamente, corrió la mujer y de unas *argaderas* sacó dos angelicos iguales. «¡Vete a buscar agua!», le dijo a Migalón, mientras le daba un puchero de barro. Bajó al río, subió con el agua y aquella mujer y aquel niño se dieron cuenta de que se necesitaban. Encendieron fuego, prepararon unas sopas bien aceitadas para los gemelos y la dormir!

Bien de mañanas, después de *reprensar* la reata con un poco de paja, la aparejaron y ien marcha! Aquella mujer le contó que era viuda y que se dedicaba a subir aceite de la Baja Ribagorza, donde se criaba el olivo, a la Ribagorza Alta, hasta Pont de Suert. Allí cobraba en dinero o en quesos y volvía a bajar.

El pobre Migalón quedó más compenetrado con la Ramona, pues su manera de obrar coincidía con su criterio de cambiar peras por leche y sardinas por olivas. Él no era un *furtaperas*; no, no era un *furtaperas*. Con tan buena maestra se hizo comerciante y se

quedó en Francia. Es el tributo de la emigración que la Ribagorza ha tenido que pagar desde siempre.

No cuento la vida de Migalón hasta que se hizo rico porque este cuento se convertiría en una novela.

Como la sangre no es agua, nuestro héroe ya mayor y con dinero, volvió a su pueblo. Conoció a sus cuñados y a sus sobrinos y sobrinas. Él no se hacía a aquella vida tan pobre y decidió marcharse otra vez.

«*Y cuan ya s'en iba su tío, le ba di la mozeta (la sobrina): "Compreme una craba pa yo, que m'en iré a bendé la leche a Graus". Y su tío la iba comprá el día que s'en iba. Y como la mozeta iba dicho en casa: "M'en iré a bendé la leche a Graus", ban pensá su pare y agüelo: "La de to-las crabas podría i a bendé esta mozeta; mos tocarían buenos dinés". Y la mozeta ba di entonzes: "Y a yo, ¿qué me darán de llevá-la?"*».

Marieta se llamaba la sobrina de Migalón. En un libro de don Manuel Alvar está su aventura, en ribagorzano. Han podido comprobar las cualidades para el comercio de Marieta, pero le pasó como a la lechera del cuento, fracasó.

Su tío triunfó porque se fue de su tierra. Los ribagorzanos son emprendedores, no *furtan* nada. A ellos es a quienes les *furtan* el agua. Esta siempre ha bajado de arriba abajo y a la Ribagorza no le sabe malo que la aprovechen los demás pero piensan como Migalón, que quería compensar las peras con leche, las sardinas con olivas y las nueces de la arriera con trabajo.

Piensan que según esa regla de tres, sus pantanos debían ser compensados con energía eléctrica barata y con industrias cerca de las centrales.

El pobre Migalón se fue a Francia por Pont de Suert y al volver a su pueblo hubiera deseado hacerlo por el túnel de Benasque.

¿A quién representa ese muñeco que en Graus llaman el *furta-peras*? Desde luego que no a ningún ribagorzano.

## Montearagón<sup>5</sup>

Fuentes de Marcelo y Jara,  
ruinas de Montearagón,  
sierras de Gratal y Guara,  
Huesca de mi corazón.

Ruinas de Montearagón, todos los días os veo, todos los días las miro. ¿Quién arruinó Montearagón? Preguntádselo a Huesca de mi corazón. Le prendieron fuego y las llamas de la deforme hoguera, subían al cielo, en dance ¿de jota? no, que era un dance criminal y provocado. Los *puntones* de Gratal y Guara estáticos lo contemplaron. Se veía la lumbre por todo el abadiado y además se podía oler el humo en Siétamo, como me dijo mi padre, que lo había escuchado a sus antepasados.

El abad se quedó, cuando ya era viejo, secularizado en Siétamo, hoy capital del arciprestazgo de Montearagón. Después de muerto dicen que se aparecía a la gente desde una ventana de casa Lobaco. Los tirantes y el rosario del abad se conservaron hasta el año 1936 en una casa del pueblo. El Cristo todavía lo conservan. ¿Fetichismo? No, yo creo que era por agarrarse a un pasado, a las raíces de un Aragón que en cien años ha perdido su sentido histórico y su personalidad. Una señora, llamada de apellido Ballarín, tenía en su casa unos relicarios, de los que uno decían que contenía sangre de Cristo; no sé si la contenían o no, pero se puede saber porque los tienen sus herederos, que los guardan en un pueblo próximo a Siétamo.

Muerta la abadía, muerto el abad, el abadiado caminó también hacia la muerte.

El esqueleto del castillo-monasterio se resiste a caer, parece no ceder pero, ¿hasta cuándo?

Cuando la desamortización de Mendizábal, Huesca perdió la oportunidad de rescatar Montearagón, en tanto que Barbastro se esforzó en conservar el monasterio del Pueyo, de donde los bene-

---

<sup>5</sup> *Nota del editor.* Este artículo es traducción al castellano, con alguna ligera adaptación, del originariamente redactado en aragonés y publicado en el libro *Beyendo chistar o sol*, Publicazions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, Huesca, 1980, pp. 129-131. Previamente apareció publicado en el diario *Nueva España* de Huesca el día 28 de marzo de 1979.

dictinos se marcharon, pero vinieron frailes de otra orden. ¡Qué lección, qué vergüenza para Huesca nos dio Barbastro en aquella ocasión, recuperando el monasterio del Pueyo! Con muchos motivos, la zona donde se asienta dicho monasterio, se sigue llamando el Somontano de Barbastro.

Los frailes de Montearagón huyeron descolgándose por una soga y buscaron acomodo en otros lugares. El abad estuvo de ayudante del párroco de Loporzano, hasta que se quedó a vivir en Siétamo, alguno de cuyos habitantes todavía se miran a la ventana que mira al este en casa de Lobaco, con la lejana esperanza de verlo asomado a ella.

El comprador vendió lo que pudo y después le prendió fuego. A este hombre pudieron haberlo llamado: *aliagueta*, *enzendallo*. Algún somontanés exclamaba: «Ojalá te salga un grano tan grande como de Huesca a Loporzano».

Castillos en el aire hacemos los españoles pero los que tienen sus cimientos en nuestra tierra los dejamos caer. Un día, y no fue un sueño, vi el castillo de Montearagón volando por el aire; la niebla rastrera llegaba justo debajo de sus muros y por algunos momentos creí en un milagro. Pero cuando volví a la realidad deseé que las *boiras* se lo llevaran para quitarnos esa vergüenza.



Castillo de Montearagón a finales de los años 70

¿Cuándo se empezará de verdad la reconstrucción de Montearagón? Hoy muchos dicen que estas cosas son tonterías caras porque no son rentables. Si el castillo-monasterio estuviese en Cataluña, donde se mira la rentabilidad, ¿estaría así?

Pero parece que los oscenses han cambiado de opinión y piensan que el castillo da carácter a la comarca, a Huesca, a Aragón y se han unido para reconstruirlo, labor que ya han empezado y como aquellos frailes cuidarán las laderas y plantarán árboles.

Si ahora las ruinas muestran historia con su elevada presencia, ¿qué enseñarán el día que Montearagón esté reconstruido? Entonces dejará de ser «lastimosa reliquia solamente» de su invencible gente.

## Olivos y *oliberas*

Van a abrir en Huesca un colegio al que van a bautizar con el nombre de «Los olivos».

Resulta un nombre bello y poético, como bello es el olivo, no solo en el olivar sino en el jardín del colegio, donde tal vez hayan plantado alguno de ellos. Quedaría perfecto ese jardín, considerando que el olivo es el árbol de Minerva, la diosa de la sabiduría, y nunca podrá ser recitada con más propiedad que en el colegio de «Los olivos», aquella poesía que dice: «Oh, jóvenes amables, que en vuestros tiernos años al templo de Minerva dirigís vuestros pasos, seguid, seguid la senda porque marcháis guiados a la luz de la Ciencia por profesores sabios».

Pero, a pesar de tanta poesía, a mí me queda una queja nostálgica y es que me duele que a dicho colegio no le pongan «*As Oliberas*». Olivera está también en el *Diccionario de la Lengua Española*, con lo que los puristas no tendrían motivo de queja y los oscenses, que hemos oído hablar y hemos hablado de *oliberas*, sentiríamos ese nombre como más nuestro. Llamamos aquí *almendrerá* al almendro, *perera* al peral, *manzanera* al manzano, *minglanera* al granado y así daríamos una larga lista de árboles frutales con su doble nombre aragonés y castellano.

Hay apellidos que corresponden a esos nombres y yo he conocido Manzaneras y Manzanos y así como hemos oído hablar del

músico Granados, hemos escuchado nombrar al oscense barón de la Minglana.

Pasando a plantas hortenses, nuestros labradores siguen hablando de *faberas*, *judieras* y *patateras*, así como en materia de flores a los rosales los llamamos *roseras* y a las plantas que dan claveles *clavejeros*. No quiero pasar sin nombrar los *lironeros*, las *zerolleras*, las *alborzeras*, las *lezineras* y las *garroferas*.

Es frecuente llamar a algunos poblados, fincas o establecimientos turísticos con nombres de árboles, como Los Álamos o Los Morales, pero nosotros no usamos *Os Albars* o *As Moreras*.

Los africanos pierden su complejo de inferioridad y dicen: «Lo negro es bello», pero los aragoneses nos avergonzamos de revitalizar lo nuestro. Conservamos La *Cerollera* en Teruel o *Sierra Gabardiella* en Huesca pero no nos renovamos. La *Sierra Gabardiella* es rica en *gabardas*, escaramujos o rosales silvestres, que dan unas rosas sencillas y cuyos pies sirven para injertar rosas selectas.

Nos quejamos los aragoneses de la pérdida de nuestra personalidad y esta se empieza a perder por las cosas pequeñas. Es cierto que conmueve escuchar al poeta andaluz cuando dice: «Entre los olivos los cortijos blancos», pero también emociona oír la jota que reza: «Pulida magallonera / anda y dile al Santo Cristo / que el día que yo me muera / que me canten la *olibera*».

## Palabras aragonesas

Unos altoaragoneses *cosiran*, otros *cosiran* e incluso los hay que *crusidan* y todos ellos en ocasiones, *recrosidan*.

No están de acuerdo en el uso de la palabra *cosirar*. ¡Cómo lo van a estar si nadie ha coordinado su léxico!

Uno tiene que observar el sentido de las frases para acertar en el significado exacto de la palabra y, a veces, llega a la conclusión de que muchas veces es amplio. Cuando preguntas el significado del verbo *gosar*, te contestan que equivale a «osar», pero cuando alguien lo emplea, te das cuenta que en algunas ocasiones se emplea como «soler», «tener por costumbre o hábito».

Cuando oyes a alguien que te dice que está *cosirando os niños*, te dice, en realidad, que está pendiente de ellos, que está *parando cuenta* de sus andanzas, que está considerando sobre los peligros

que los acechan. Uno de Apiés *cosiraba* las uvas de su viña, pues le habían dicho que se las llevaban. Un montañés de Pueyo de Jaca *cosiraba* (él decía que *crossiraba*) sobre sus pensamientos y sobre sus recuerdos y así como el poeta decía «a mis soledades voy, de mis soledades vengo, porque para andar conmigo, me bastan mis pensamientos», ese montañés *crossiraba* sus nostalgias, sus morriñas, sus saudades además de sus inquietos pensamientos. Él no se conformaba solo con *crossirar*, sino que *recrossiraba* su montaña, sus aspiraciones y sus inquietudes. Me llegó a confesar un montañés universitario que padecía de *crossira*, que es igual que si le dominara una de las situaciones nombradas de morriña y de saudade.

Todos los altoaragoneses padecemos de *crossira* a causa de Montearagón, del Barrio Antiguo, de la Muralla, del Somontano, de la Guarguera, de tantos pueblos abandonados, muchas veces a la fuerza, incluso ahora.

*Crossira* es una de tantas palabras de nuestra *fabla* aragonesa, que escasamente conocemos e incluso muchos desconocemos totalmente, a pesar de expresar con tanta exactitud y delicadeza las ideas, como en este caso que estamos considerando en que, como he dicho, esa *crossira* da la idea de nostalgia, saudade o morriña.

Esa *crossira* se la habrá llevado a las islas Canarias un compañero veterinario, donde ha sido destinado y en tales islas seguirá su inquieto espíritu, *crossidando* y *recrossidando*.

## El baile sobre las brasas

Uno de estos días del mes de junio del año 2001, he escuchado por la radio que en un pueblo de Soria, una de estas noches, no sé si la de San Juan, hacían una hoguera, después extendían las brasas y a continuación, descalzos, se ponían a pasar sobre ellas, no sé si bailando o simplemente dando pasos.

Este relato despertó en mi memoria el recuerdo de los mismos hechos ocurridos en Siétamo, cuando yo era un niño pequeño, que presenciaba en la Plaza Mayor cómo el señor José Ferrando, alias «el Zurdo», lleno de entusiasmo, se quitaba las alpargatas, junto con otros entonces jóvenes, y a continuación se ponía a pasar descalzo sobre las brasas.

No he podido preguntarles a los ancianos de entonces porque ya no están en este mundo, y les he preguntado a varios hombres de mi edad o con unos años más que los que yo tengo y nadie me confirmaba mis recuerdos, pero he visto a Joaquín Puyuelo Palacio, nacido el año 1923 en Siétamo, de donde emigró ya hace ocho años a Zaragoza, y, al preguntarle por tales celebraciones, me dijo que para la fiesta pequeña del pueblo, a saber, la Virgen de la Esperanza, celebrada el día 18 de diciembre, por la noche del tercer día, en la que recuerda que hacía frío, tenían preparada una enorme carga de leña en la Plaza Mayor, cerca de la Cruz, le prendían fuego, en el que calentaban el *tempano* o panceta, el tocino, los chorizos y tostaban el pan y acompañaban todo lo que se comían con buenos tragos de vino. Cuando acababan de cenar, al tiempo que se aflojaban las llamas y abundaban más las brasas, se acordaba de Victorián Trullenque, que a pesar del frío que hacía, se desnudaba de su ropa, exceptuando los calzoncillos y se ponía a saltar con gran entusiasmo sobre las llamas y a bailar frenético sobre las brasas. Yo me acordaba del señor José, a quien llamaban «el Zurdo», andando sobre las brasas en compañía de varios otros sietamenses y al decírselo, exclamó: «¡Joaquín, no me extraña, porque además de muy “fiestero” era primo de Trullenque!».

Antonio Larraz Latre me afirmó que se acordaba de ir a pedir por las casas y en una le daban un fajo y en otra un tizón, y su hermano Francisco tenía idea del baile sobre las brasas y de los saltos sobre las llamas, unos descalzos y otros calzados, y si pisaban las brasas no se quemaban. Joaquina, hermana de los dos citados últimamente, me contó que cuando era pequeña, hasta hace poco tiempo, levantaban frente a la Cruz de la Plaza Mayor un enorme montón de leña a la que prendían fuego y en la hoguera asaban panceta de cerdo, chorizo y bebían vino.

Cuando acababan de levantarse las llamas, quedaba la brasa y el valiente Trullenque se paseaba descalzo por las brasas, que no le quemaban.

¡Pobre Trullenque, que al venir los tractores, emigrado a Lérida, se mató con uno de ellos!

En Soria conservan los ritos antiguos y en Huesca hay que trabajar para conservarlos pues, si en Siétamo ha durado tal tradición

hasta hace unos años, es muy fácil que se realicen todavía en algún pueblo, ya de la montaña, ya de la tierra baja.

Si alguien sabe que en algún pueblo se pisan todavía las brasas con los pies descalzos, es necesario que lo diga, porque aparte de vivir un fenómeno antiguo, creo que se crearía en el pueblo que lo realizase un turismo masivo. Además reforzarían sus voluntades, que los llevarían a resistir con más fuerza los vicios y las debilidades actuales.

## Echo

La Bal d'Echo para los que la visitan es como un «país de las maravillas» y más si llegan en un día de fiesta en que los hombres, mujeres y niños visten sus galas ancestrales. Se mueven solemnemente por unas calles cuyas casas de tejados muy pinos y de puertas y ventanas de inmensa nobleza, están coronadas por unas chimeneas, que por sí solas parecen pequeños, y a veces no tan pequeños, redondos castillos encantados, con una cimera, llamada «motilón», cuya misión consiste en no dejar entrar las brujas en el interior del hogar, por donde el humo sale.

Algo hay en Echo que recuerda el progreso de los ingleses porque respeta la tradición pasada, porque hasta los bailes son más reposados que en el resto de nuestra región, las jotas más cortesanas porque, ¿no estuvo en Siresa la primitiva corte de Aragón? Se hacen los bosques *selbas*, como en Oza, donde ejercen de equilibristas las ardillas y los prados no tienen nada que envidiar a los de la verde Erín.

El invierno lo *zaboya* todo como el *yesaire* enyesa las paredes, dejándolas blancas e igualadas.

Las esculturas modernas talladas sobre el terreno por los artistas en verano, contribuyen a hacer más irreal este paisaje con su surrealismo.

No todo son luces en la Bal, que también las sombras de una vida dura obscurecen la existencia de los ganaderos, aunque la belleza reinante las haga permanecer semiocultas.

Pero hay algo más en Echo, relacionado con su tradicionalismo y con su esencia y es que conservan la *fabla* aragonesa y no solo la hablan, sino que también la cantan.

Sería extraño que de un país así, pequeño país que se expansionó por Aragón, no hubieran salido poetas y, ¡sí, señor!, surgen como las setas multicolores en sus bosques. Don Veremundo Méndez fue el primero pero hubo otros, que por ese falso pudor que tiene el rudo cheso por parecer sentimental, permanecen en el anonimato como las setas escondidas en la hojarasca.

El Ayuntamiento, presidido por Constancio, convocando el concurso literario de los «*Onsos*», ha roto ese sortilegio y han aparecido a la luz y a dar luz las poetisas Rosario Ustáriz y Mariví Nicolás, además de otros poetas más.

Pero yo, después de tanto circunloquio, lo que quería era sacar a la luz la poesía a los Reyes Magos, que un cheso rudo de aspecto, escribió el 7 de diciembre de 1965 y que quiere permanecer en el anonimato. Se fastidiará porque al que le pregunte de quién se trata, *le'n pienso charrar*.

Y para los que dicen que la *fabla* no existe, les diré, que sí existe, pero que a los aragoneses hay que arrancarles los sentimientos para que los manifiesten y más si los escriben en su *fabla*. Para confirmarlo me remito a palabras de Luperco de Argensola en el año 1591: «El silencio de los aragoneses y su natural encogimiento y modestia ha dado licencia a muchos autores, para que contra la verdad escribiesen algunas cosas que suceden en este reino». Y sucede que la *fabla* todavía se escucha en este reino de Aragón.

Ahí va la poesía del cheso pudoroso: «*Ya i-plegan, ya i-plegan: No ye mentira. Ya i-plegan-por la carrera la Virgen. Ven montaus en tres potrancos. Lo más viello ve primero, leva un mantón colorau, las barbas como los copos, cuasi hasta metá lo peito. Mas ta zaga utro más choven, azul leva lo mantón, las barbas como milloca, los güellos como un betiello. Lo de la coda ye negro, que paiz que s'a estregau con un tizón de lo fuego. Una miqueta ta zaga caminan en riaterra bella ventana de mozos con machos, burros y tiedas. Las cabazas y los oncins cluxen, plenos de chuguetes, cuasi rozando los bolos, cuando pasan por la glera*».

## Pelota

El frontón de Siétamo ya no lo consideran sus habitantes como tal porque han hecho desaparecer las contraventanas de madera que tapaban los orificios por los que entraba la luz cuando en su interior se encontraba el Ayuntamiento. Al pavimentar el pueblo han desaparecido también dos líneas, una la de saque dibujada con piedras planas de río, clavadas en la tierra del suelo de la plaza y la otra, de cuyo nombre no me acuerdo, que se encontraba cerca de la lonja de la iglesia. En dicha lonja había un cartel que decía: «Prohibido jugar a la pelota durante los oficios», pero al salir de ellos, todos los domingos y días de fiesta, allí se ponían a jugar los mejores *pelotaris* del pueblo, entre los que se encontraban José María Bastarás y Pablo Gros. Había otros muchachos aficionados, que unas veces jugaban uno contra otro, a veces por parejas e incluso de tres en tres. Parece ser que jugaban a veinticinco puntos, aunque parece más probable que lo hicieran a veintiuno y con pelotas que fabricaban los guarnicioneros de Huesca, fuertes y duras.

En Ola y en la iglesia parroquial se jugaba a la pelota en la pared que está entre su puerta principal o de su atrio y la calle, donde está casa de Catevilla, pero dieron órdenes para que no se jugara en dicha pared. Este párroco Ferrer, para que hicieran caso a la orden dada, vistió esa pared que era adecuada para el juego de pelota pero, a media altura de la misma, le hizo colocar unos ladrillos que salían hacia afuera en punta. Le pregunté a Catevilla y me dijo que los había mandado poner *mosen* Ferrer. En la novela *Bruno Fierro*, escrita por *mosen* Rafael Andolz, dice que en su parroquia jugaba a la pelota con frecuencia con los jóvenes.

El escritor José Antonio Adell Castán, en su artículo publicado en el *Diario del Altoaragón* del día 23 de octubre del año 2001, dice: «Javier Osés ha fallecido el día de las santas Nunila y Alodia, dos mártires de Adahuesca, pueblo de su diócesis. Me contó un vecino de Adahuesca que, estando el obispo en una ocasión en este lugar, los mozos vinieron a preguntarle si podían jugar a la pelota en la pared de la iglesia. Él les respondió que por supuesto que sí y aún les dijo que, si no fuera porque debía marchar a otra localidad, se quedaría a jugar una partida con ellos».

Se ve que era navarro.

## La noche de San Juan

A lo largo del año se suceden los días y las noches, que luchan entre sí, ganando en general el día a la noche, porque durante el día se trabaja y por la noche se va de juerga. Pero hay periodos nocturnos que caracterizan varias fechas del calendario, como la noche de San Juan, la de San Fabián y San Sebastián, la de Ánimas y las dos noches cercanas entre sí, como son la de Navidad y la Nochevieja, las cuales el pueblo vive y apoya sus significados y en ellas triunfa el bien. Hoy un soriano de costumbres muy parecidas a las de los aragoneses de la zona del Moncayo, cantaba: «Mañanitas de San Juan / mañanitas sanjuaneras / que antes de salir el sol / la gente en la calle espera», canción que se canta para San Juan que, además de promover la belleza de la noche, casi la más larga del año, la sed del agua que mana proveniente del invierno en las fuentes de los pueblos y el placer de respirar el rocío nocturno, alude a la gente, al pueblo que «en la calle espera». La gente, el pueblo en tal noche rinde culto al agua porque ha llegado el solsticio estival, lleno de magia entre los paganos y de devociones cristianas, como hemos podido ver en lo que ocurría en la ermita de Cillas. No solo acude el pueblo oscense, sino también el pueblo de las Cinco Villas llega a tal lugar a rendir culto al agua por medio de san Juan Bautista, que recuerda a todos su bautismo, cuando se «sanjuanana», cuando se curan por medio del agua de San Juan. Dios mío, qué ilusión tiene el pueblo en esta noche, pues en mi pueblo la gente recoge las «*manzanetas* de San Juan», chiquitinas y *royas* y tan buenas de comer. Recogen las flores de los tilos y se remojan en la fuente pública, armando *chabisque* e incluso algunos se meten en la pila, como lo hacía Trullenque. Algunos más exquisitos se beben el rocío, que como perlas acuosas está colgado de los pétalos de las flores. El escuchar las «Mañanas de ilusión / mañanitas sanjuaneras / que antes de salir el sol / la gente en la calle espera», te hacen creer que el agua tiene virtud y verdaderamente algo tiene el agua cuando la bendicen y, más esta, bendecida por san Juan, que hace que antes de salir el sol la gente en la calle espere. En los Pirineos predomina lo mágico y recuerdan a una especie de hadas, a las que llaman *as moras de os ibons*, que dicen se aparecían a los de Sallent. Guardaban el agua para hacer

la aspersión sobre los enfermos humanos y animales y se preveía el uso del agua para apagar el fuego.

En esta noche de San Juan hemos rendido culto al agua, pero en la de los santos Fabián y Sebastián se rinde culto al fuego, pues mientras dura el sol, los niños y mozos de mi pueblo se dedicaban a recoger *fajos* de leña y *tozas*, por las casas. Con ellos preparaban una gran *ripa*, a la que prendían fuego cuando llegaban las sombras nocturnas. Me acuerdo, cuando era pequeño, de ver saltar a los mozos por encima de las llamas y de un mozo que se ponía sobre sus hombros un niño *ancoliquetas*, y se paseaba sobre las brasas, levantando chispas pero sin quemarse los pies.

Se arremolinaba la gente alrededor de la hoguera y corría la bota de mano en mano, hasta que se armaba una porque el pueblo en sus peticiones de agua para regar, no ha sido escuchado y él mismo se ha olvidado de sí mismo cuando caminaba por las brasas.

Organizaban una gran algarabía al comenzar todos a gritar entusiasmados: «¡Viva san Fabián y san Sebastián!». En el silencio de la noche retumbaba la voz del pueblo y lo escuchaba la silenciosa *choliba*, mientras algún gorrión o alguna *chirla* se lanzaban al vacío.

## *Siña Concha*

Noventa y cinco años de humanidad somontanera, con su toca negra y todo, yacen en un lecho de la residencia de ancianos. Es Nochebuena y la primera vez que Concheta padece *os betuperios* de la enfermedad. Al verme llegar con sus cansados ojos, exclama: «¡Ay, Inazier, me quiero morir!». «¿Por qué?», le pregunto. Me contesta: «No he estado nunca enferma y ahora si no valgo para nada, ¿para qué quiero vivir?».

Muy mal debe encontrarse esta mujer cuando se queja, siempre fue muy sufrida y amó la vida más que los pájaros. Me dice: «¡Ay, verme yo así, que no paraba nunca, que espigaba más que ninguna, que hacía saltar las piedras de la calle!». Me siento a un lado de su cama, me sujeta la mano y no la suelta, pero yo tampoco intento soltarme. Pregunta: «¿Vendréis a mi entierro?». «Pero Concheta, ¿no se da cuenta de que aún tendrá que venir usted al nuestro?», le respondo. «¡No!», dice, «que rezo para que Dios os dé mucha

salud». «¡Bien! –le digo– si acaba usted antes que nosotros, iremos al entierro y la llevaremos sobre nuestros hombros». «¿*Me enroñaréis?*». «No, Concheta, que la pondremos en un nicho bien carasonero para que no tenga frío, y con tejado para que no se moje». «¡Así, así! –dice complacida– porque, ¿sabes?, no me gusta *a ruidera d'os zaborros d'o fosal, cuando trucan n'as tablas d'o atabul*. Tus tías Luisina y Teresina, ¿también están en nicho?». «Sí, Concheta, también». «Pero, ¿me llevaréis *ta o fosal* de Siétamo?». «¡Claro que sí, mujer!». «Pues ahora mismo estoy viendo la fuente de Siétamo con los caños, ¿cuántos *en tiene?*». «Siete», le contesto. «¡No! *Qu'en tiene seis* y otro más grande detrás». «¿Te acuerdas de mi madre?». «¡Ya lo creo!, ¡pobre *siña* Juana!, la veía rezar desde la ventana de la sala baja, en la entrada *d'o fosal biello*. Y tu madre, ¿vive?». «¡No, Concheta!». «¡Ay, pobre doña Victoria! ¿Te acuerdas que durante la guerra me dieron un “propio” para llevarlo al Estrecho Quinto, *pa dalesné a os qu'estaban allí?* Me dieron una bandera blanca y me dijeron: ¡hala, Memojo, tira p'alante!».

«¡Concheta! –le digo– ¿toma las medicinas?». «*No en quiero ninguna, quiero morime*. ¿Te acuerdas de *casa mía?*». «¡Ya lo creo! Estaba *rebutiente* de higos secos, de rastras de *zerollas*, de *zerolicos* empapelados, de todo». «Te has olvidado *d'a crabita*». «No me he olvidado, me acuerdo también del gato, de los conejos chinos y *d'a sala güena*. Tenía el suelo de baldosa *muy bonica*».

En poco rato pasó por mi imaginación la historia de su larga vida.

Cuando llegué a mi casa, encima de una repisa del recibidor, estaban la *esquilleta* de la *crabita* y un *garrapito* del cordero de Concheta. Los hice sonar y su sonido fue el más melódico que he escuchado en mi vida.

Antes se oía música en los entierros de los ricos y sonido timpánico de piedras, golpeando en ataúdes, convertidos en cajas, que evocaban cuantos ruidos he oído estos días de Navidad. Tardaban en cubrirse de tierra esos ataúdes, como transformándose en macabros tambores, de gravísimas notas. Antes había cascabeles, campanillas y esquillas, que sonaban al trote de las mulas y al paso del ganado por los ámbitos campesinos. Hoy los nichos hacen imposible el impacto de las piedras en las cajas y los coches hacen inviables las calles y las rutas al ganado.

¿Se marchó la alegría con la pena de los pueblos?

Todavía fue más lejos la tragedia, pues tristeza y alegría son patrimonio de los hombres; fue soledad la que sentó dominio en los pueblos de Aragón. Sus tristezas y alegrías fueron vida, en otro tiempo. ¿Verdad, Concheta?

## Piros o el fuego en los pueblos

El fuego ha sido como una divinidad entre los hombres, ya que lo utilizaban para quemar, para guisar, para alumbrar, para hacer sacrificios a los dioses, para producir aromas, como en el caso del incienso y nos ha recordado también su existencia en el infierno y en el cielo, viendo a los Reyes Magos seguir la ruta que les marcaba un cometa, también de fuego. En nuestra tierra hay una leyenda que atribuye a los Pirineos un origen pirógeno, o sea, que fueron dioses del fuego los que los crearon. Eso ha movido a las gentes a cultivar las hogueras y basta recordar las que se hacían arder en Siétamo para darse uno cuenta de la sacralidad, del carácter mágico y preventivo o profiláctico del fuego. Yo me acuerdo de la hoguera que se quemaba en la Plaza Mayor, delante de la Cruz, con motivo de la festividad de la Virgen de la Esperanza, el día 18 de este mes de diciembre. Los chicos del pueblo, ya unos días antes, iban por las calles pidiendo leña, gritando: «Den leña “pa” la Virgen de la Esperanza». Pero las gentes no solo daban leña, sino que aprovechaban la ocasión para echar a la hoguera sillas viejas, carros ya medio deshechos y objetos que ya no iban a ser nunca útiles. Quemaban incluso las botas de vino que ya no valían, poniéndolas colgadas en un largo palo y haciéndolas girar sobre los asistentes a la hoguera, ardiendo muy bien ya que en las juntas de sus costuras, todavía conservaban a pesar de sus años, gotas de la pez o alquitrán con la que las habían impermeabilizado. Debían de tener cuidado de que no les cayera alguna gota de esa sustancia derretida, pues les podía quemar.

La víspera de la fiesta, allá a las ocho o nueve de la noche, encendían la hoguera muy bien preparada y todos se ponían a gritar: «¡Viva la Virgen de la Esperanza!» y las botas de vino daban vueltas seguidas entre los asistentes, que entre trago y trago comían algún higo seco, alguna bellota dulce o nueces, uvas pasas

o *zerollas*. Años más tarde se dieron pastas, chocolate e incluso merienda.

Cuando las llamas disminuían de tamaño, muchos se descalzaban y corriendo hacia la hoguera trataban de sobrepasarla dando saltos, cayendo algunas veces sobre las brasas, llegando algunos a quemarse, echándoles sobre las quemaduras vino de las botas. Pero volviendo al carácter ya sagrado, ya psicológico como de autosuficiencia de los asistentes, algunos se descalzaban y se introducían en la hoguera, sobre las brasas, llegando algunos a sobrecargarse sobre sus hombros con algún niño y no se quemaban, como ha hecho estos días uno de Sariñena, que ha corrido veintitantos metros sobre brasas. A última hora se asaban en las brasas chorizo, carnes, patatas, etc.

Cuando se pavimentó la Plaza Mayor se hizo la hoguera en el solar del palacio.

Estas fiestas empalmaban con la próxima Navidad, en que en *o fogaril* se colocaba *o tizón u a toza de Nadal*, que solía ser la más grande de la casa. Con estos hechos se rendía culto a Dios, a los lares o dioses del hogar, a los padres y sobre todo al nacimiento del Niño Jesús.

Se guardaban *as zenisas* y a veces los restos del *tizón* para prevenir incendios o enfermedades de las personas o del ganado.

En todo el invierno no se abandonaba esta costumbre de las hogueras, pues al llegar el día 20 de enero, fiesta de San Fabián y de San Sebastián, se escuchaba por las noche este grito: «Viva san Fabián y san Sebastián, con la bota de vino y el pan». Se encendían alrededor de unas doce hogueras en los distintos puntos del pueblo repartiéndose, como en la fiesta de la Esperanza, higos, bellotas, nueces, uvas *pansas* y *zerollas* y ahora que ya solo quedan dos hogueras encendidas ya sacan pan, pastas, tortas e incluso merienda.

Yo no lo he visto, pero Ramón de Puyuelo me contaba que su abuelo, Felipe, se ponía un periódico cogido con el cincho o cinturón por su parte posterior y se ponía a correr por alrededor de la hoguera cantando: «No me quemaréis esto que llevo detrás».

Este aspecto parece muy antiguo, pues parece que lo que se ponía de papel, en otros tiempos sería de paja, como dicen que ocurre en algún pueblo navarro.

## Música<sup>6</sup>

Para todo hay que tener cualidades. Yo, de pequeño, estudié música y fracasé. Pido perdón, ¿a quién?, a mí mismo, porque pensando correctamente, yo no tenía cualidades para cantar ni para tocar armonios ni pianos. Sin embargo, escuchar música me produce un gozo infinito. Ahora se escuchan muchos discos pero de música popular, ¡qué poca!

Me acuerdo de oír el canto llano gregoriano, que ha volado cuando la humanidad más necesidad tiene de escucharlo, aunque solo fuese para compensar los ruidos y *ruideras* que produce la música moderna y los artefactos industriales.

Quedan rincones monásticos a los que sería necesario ir a pasar algunos días, sobre todo a los ejecutivos para que no se les produjese el infarto y para luchar contra las agonías que lleva consigo el «mundanal ruido». ¡Oh, si estuviese vivo el monasterio de Montearagón con sus antiguos frailes agustinos! Se podría subir a escucharlos y de paso echar un traguito del licor, parecido al «benedictine» que ellos fabricaban. Conocía a unos muchachos que se compraron un casete de Solesmes, para escucharlo, en tanto fumaban *codetes*. Hasta a los drogadictos les gusta el gregoriano. Este canto da un cambio al canto popular. Sus frailes cantaban unidos, todos igual, no subía la voz de uno de ellos más alta que otra voz: «Un fraile, dos frailes, tres frailes en un coro, hacen la misma voz que un fraile solo».

Los cantantes de los lugares, en un entierro, cantaban como diábolos el *Dies irae*, mejor dicho como ángeles. Parecía que estabas escuchando «radio moros», pero pensando me pareció que lo que estaba escuchando era música mozárabe. Mi hermana María escuchó en Montreal unas canciones folklóricas sefarditas y me dijo que sonaban como cuando escuchaba a los señores Andrés de Lobateras y a Mariano Cabrero, hijos de Siétamo. ¡Qué sentimiento ponían en sus

---

<sup>6</sup> *Nota del editor.* Este artículo es traducción al castellano, con alguna pequeña adaptación del publicado en aragonés, con el título de «A mosica d'ilesia n'os lugárs», en *Beyendo chirar o sol*, Publicacions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, Huesca, 1980, pp. 132-133. Anteriormente había sido publicado en el diario *Nueva España* de Huesca en la primavera de 1979.

cantos! Yo me puse una vez a cantar con ellos y Marianer de Cabrero me hizo callar porque yo no daba las notas improvisadas como los negros las dan en su música de jazz. Hoy Mariano canta en la Coral Oscense y yo soy un fracasado, no tengo perdón.

¡Hoy estudiamos la música y hay gente preparada para recibir esta música! ¡Por favor, haced un disco, un casete o lo que sea, en algún pueblo donde se cante así, si es que queda! Yo no tengo perdón, ya lo he dicho, ¡pero mira que por decreto destruir la música que durante siglos ha cantado la gente! El pueblo no entendió este destrozo, pero no he escuchado comentarios sobre la música destruida; el pueblo no subió más al coro de la iglesia y en paz.

Pero cuando a los santos (que mientras no se demuestre lo contrario, fueron muy cristianetes) los echaron de las iglesias, escuchas alguna *dijenda*. Un *mosén* puesto al día, destruyó en la lonja de la iglesia un santo de yeso de poco valor artístico a fuerza de *mallazos*. Un hombre que por ahí pasaba dijo: «¡Qué vueltas da el mundo! Mi padre las pasó canutas por hacer lo mismo». Y se marchó con su *jada* al hombro y con sus pensamientos.

Yo creo que aún se puede rescatar para la posteridad la música del pueblo. ¿Quién será su salvador? Creo que los aragoneses le deberán respeto, admiración y ¡música celestial!

## El Cabezón de Agüero

A las bocas de las cuevas (*os foraz*) que perforan el Cabezón de Agüero llegaron unos espeleólogos de Zaragoza, dispuestos a desvelar los secretos que, se supone, encierran.

Se sabe que las cavernas, en su interior, gozan de una temperatura poco variable a lo largo de las distintas estaciones, y aquel muchacho de Agüero, al asomarse en verano, sentía un fresco agradable y, al hacerlo en invierno, acariciaba su rostro una suave caricia de calor. Su abuela le había dicho que por algunas cuevas se accedía al infierno y el *mosén* le había enseñado que en tan espantoso lugar el fuego era eterno; de allí deducía que no debía tratarse de unas bocas infernales, pues de lo contrario no podrían brotar frescas emanaciones en verano. A él le parecía que su vieja vecina estaba mejor encaminada que su abuela, cuando le decía que

allí moraban brujas, que desde las bocas del Cabezón, saltaban al vacío sobre sus escobas en las noches de plenilunio.

Yo no sé lo que dedujeron los espeleólogos zaragozanos del Cabezón de Agüero, pero a mí me aclaró muchos de sus misterios Sebastián Grasa, natural del próximo pueblo de Salinas de Jaca y que tiene una edad de noventa y ocho años. Su apellido es equivalente al de los Garasa, tan frecuente uno como otro en nuestra provincia y de raíz vasco-oscense; es lo mismo que pasa con el nombre de Sarsa, derivado de Sarasa. En este Cabezón debían encontrarse las cuevas de *Os Foraz* (los agujeros), ya que ahora las buscan y no las encuentran, pero en aquellos viejos tiempos había más gente en Agüero y con más preocupación por su ambiente local que en estos nuevos tiempos. En esas cuevas vivía una enorme culebra, a la que mantenía un pastor con calderos de leche y cuando se los llevaba exclamaba: «¡Mariquita del caldero!», a cuya llamada salía y *se fartaba*, hasta que un día, no se sabe si por algún desengaño o por tener una naturaleza demoníaca, lo dejó tieso al pobre pastor como un palo. En estas cuevas tuvo que haber reuniones brujeriles o aquelarres, presididas por el Gran Cabrón, igual que las hubo episcopales en la peña de los Tres Obispos, que se encuentra en el mismo término y en la que se encontraban los episcopos de Huesca, de Jaca y de Navarra. Dentro de la peña debe haber alguna balsa, como en Chaves y Solencio o el Turbón, en la que las brujas agitaban sus aguas antes de iniciar sus vuelos con las escobas. No sé si esta peña era la *buega* o el límite de los tres montes de Agüero, Salinas y Fuencalderas y si dentro de ella estaban *Os Foraz* (los agujeros o cuevas).

Y es que en Agüero se conservan recuerdos de la lucha entre el bien y el mal (ya medio apagados) como en otros lugares de la cordillera pirenaica, que son templos de la Naturaleza, que fueron sedes de culturas primitivas. Recordemos las brujas del valle navarro del Roncal, que dicen dirigían sus vuelos a Zugarramurdi, pero que lo harían también a su cercano pueblo de Ansó y a otros lugares que también eran parte del reino navarro-aragonés, como Agüero. La doctrina católica, representada por los obispos, se empezó a propagar por los Pirineos en el periodo visigótico, fundándose el monasterio de San Victorián, y se generalizó cuando los moros se apoderaron de casi toda España y acudieron a ellos

los cristianos del Valle del Ebro. A San Juan de la Peña vinieron a gozar de la libertad de los cristianos y acudieron desde Zaragoza, entre otros muchos los jóvenes Félix y Voto. Así como hubo templos de la Naturaleza, atendidos por las brujas, en Agüero está la bella parroquia, con el sonido de su órgano, y «el influjo clásico se nota también en la arquitectura y en la escultura románicas del Alto Aragón: San Juan de la Peña, Loarre, Agüero, con la preciosa aunque ignorada iglesia de Santiago, que inicia la transición al ojival» (don Ricardo del Arco).

El historiador Carlos Laliena a este propósito escribe: «Bajo la protección carolingia y de jefes indígenas devotos de los monarcas carolingios, se instalaron (hombres y mujeres) desde finales del siglo VIII en los valles altos del Pirineo, en los que predominaban grupos étnicos de difícil filiación, que parecen de tipo vascónico, gentes de procedencia meridional que huían de la islamización de la región del Ebro». No parece tan difícil la identificación de los vascos en nuestra tierra pues basta ver los apellidos Garasa, Sarasa y, por ejemplo, las *osquetas* de la sierra de Santo Domingo y las que los ganaderos abren en las orejas de sus ovejas. La *osqueta* de mis ovejas se abría hacia atrás, en la oreja izquierda.

Bajo el dominio de los condes, de la iglesia y de los campesinos libres, trabajaban los siervos campesinos, a los que llamaban «mezquinos», lo que hace pensar que no es extraño que aquellas ignorantes gentes conservaran restos de sus religiones primitivas y se creyese entre ellos en las brujas.

De esas brujerías me siguió contando el señor Sebastián multitud de anécdotas; una de ellas la narraba así: «Una vez había ido una mujer de Salinas a Longás a darle el “mal” a otra mujer y para ello parece ser que hizo una metamorfosis, es decir, que se desnudó y se transformó en gato, cuando otras lo hacían en perros, y marchó a cumplir su propósito. Esta mujer dejó sus ropas y sayas recogidas detrás de una mata pero el cura del pueblo de Salinas, que iba por los campos leyendo el breviario, vio esas ropas de la mujer y adivinó lo que estaba haciendo alguna bruja; entonces depositó su breviario sobre dicha ropa y esperó su vuelta. Cuando se presentó por allí un gato, lo observó y, al darse cuenta la mujer convertida en gato de que encima de sus ropas estaba el libro sagrado, gritó: “¡Quite ese libro de allí!”. El cura no quiso quitarlo,

diciéndole: “¿Dónde has ido?”. Ella tardó en contestarle, pero al fin le dijo: “Vengo de Longás de dar el ‘mal’ a una mujer”. Entonces el cura la mandó a dicho pueblo a deshacer el “mal” y con unos saltos felinos se fue allí y le quitó el “mal” a la pobre mujer. Entonces el cura levantó el libro que había depositado sobre las ropas de la bruja, transformándose ella de gato en mujer, volviéndose a su casa. Este cuento, o lo que sea, me lo contaron hace ya unos años pero en lugar de ser el bueno un cura, lo fue un cazador. Ocurrió el hecho en Sieso».

No es extraño que en pocos minutos me contara tantas aventuras brujeriles, pues Sebastián se expresó diciendo: «En Agüero hay brujos, en Murillo brujas, en Riglos brujos y brujas y en Anzánigo está el canónigo», llegando a nombrar a alguno por su nombre, como a Isidrer de Agüero, del que decía que estaba siempre haciendo brujerías.

El mismo Sebastián Grasa tuvo que vivir en ese ambiente, defendiéndose de él, pues tenía una vecina, que era hija de un *agüelo* con el que convivía y que era bruja. Tenía un perro al que Sebastián había cogido manía por temor de que lo usara para transformarse (metamorfosearse). Una tarde volvió Sebastián a su casa del monte acompañado por la yegua y el perro los miraba insistentemente, lo que le daba horror; al quitarle la cabezada para soltarla en un campo vecino, para que pastase, no se pudo resistir y se la tiró al perro que huyó. Cuando regresó a casa lo contó a sus familiares, que le dijeron: «¡Ten cuidado con ese perro, que su dueña es bruja!».

Al contarme esta historia del perro, me pareció que se quería escapar del poder de las brujas, como se escapó el herrero de San Felices. San Felices era una aldea dependiente de Agüero, en la que ahora dicen que hay una familia que cultiva su monte. En aquellos tiempos vivía en San Felices muy poca gente pero, sin embargo, allí ejercía un herrero que casi no sacaba ni para comer, llegando a decir: «No tengo ni que comer, estoy desesperado, ahora mismo le entregaría mi alma al diablo». Este le debió de oír y le dijo: «¿Qué te pasa?, véndeme el alma». Y por veinte duros cerraron el trato.

Pasaron años y llegó el diablo a ver si se podía ya llevar su alma pero el herrero le dijo: «Aún soy joven, espera diez años más, pero

acuérdate que me has de dejar morir de la enfermedad que yo quiera. El diablo aceptó la condición y pasaron los diez años y volvió el diablo a buscar su alma y el herrero le dijo: «¿No me tengo que morir de la enfermedad que yo quiera?». «Sí, –le contestó el diablo– y ¿cuál es?». A lo que le dijo el herrero: «¡De sobreparto!». El diablo, que desde hacía muchos siglos se dedicaba a engañar, huyó avergonzado al ver su engaño vencido por un pobre herrero.

Cuando leemos esas raras historias de brujas, despreciamos el pasado, pero no nos damos cuenta de que ahora el mundo está lleno de nuevas brujas, tal vez más elegantes que aquellas, pero que también practican la brujería moderna, unas veces con botellones y otras con drogas y pastillas.

## Aragón y Béarn

En cierta ocasión conocí al alcalde de Saint Gaudens, que se llama todavía afortunadamente Lafargue, y le hice ver que su apellido tenía en Aragón su homónimo Lafarga, que traducido al castellano quiere decir «la fragua».

Le llamó la atención, interesándose en el tema y para demostrárselo, como no podía en ese momento echar mano de ningún libro erudito, le enseñé los Lafargas que constaban en el listín telefónico. Además, como buscando la comunidad de sangre entre Aragón y Béarn, le dije que mi abuela materna se llamaba Agustina Lafarga.

Más tarde recibí una revista de Saint Gaudens en la que se narraban los hechos históricos comunes a Aragón y al Béarn y me di cuenta cómo los bearneses se sienten más próximos a Aragón que nosotros de ellos. Casi nos hemos olvidado de que nuestra provincia pertenece al ámbito de la civilización pirenaica. Basta recordar que nuestros pastores, cuando se juntaban con los del otro lado, se entendían en sus lenguas autóctonas, como se entienden los vascos de ambas vertientes de los Pirineos o como lo hacen los catalanes con los de Perpiñán.

Hay muchos apellidos comunes, algunos debidos a las emigraciones en uno y en otro sentido, otros a las repoblaciones de la Reconquista como la de Almudévar y muchos a un fondo lingüístico que se pierde en los tiempos.

Hay Lafargas y Lafargues, Lafitas y Lafites, Lalanas y Lalanés, Lapetras y Lapetres; existen los Casás, Casayús, Casasús, que son correspondientes a un apellido patronímico que tiene su origen en Casaux y los Montori, que tal vez vengan de Montori *de la France*.

Ahora se ha despertado un movimiento en el sur de Francia, es decir, en el Midi, para buscar la identidad de algunos de sus apellidos con los aragoneses. Como he dicho, entre mis apellidos figura también el de Lafarga y busqué un pequeño escudo para mandárselo al señor alcalde de Saint Gaudens pero lo he perdido, como se pierden tantas cosas en este país.

A la secretaria de esta ciudad le guardo una campana de barro porque en su escudo figura una, pero no trágica como la de Huesca. Se la merece, pues se apellida Vio, como se denomina uno de nuestros valles pirenaicos.

## Palacio

En el extremo de la meseta sobre la que se asienta Siétamo miraba a la *Fondura*, regada por la fuente de los seis caños, el castillo-palacio donde nació Ana Francisca Abarca de Bolea. Colgada en una pared estaba la noble cuna familiar, donde puede ser que la niña soñase sus primeros sueños. Todavía me acuerdo de esa cuna, que me llamaba la atención y me parecía demasiado grande para una niña tan pequeña; pero hoy me parece pequeña para una aragonesa tan grande.

¡Cordero divino! Me decía «mama» Concha cuando me arrascaba las espaldas en la cuna. Y puede ser que su niñera le dijese lo mismo a Ana Francisca, a ella que era como una *cordereta* saltona y juguetona, como los corderos que corrían alrededor de las ovejas que apacentaban en lo alto de la *costera*.

Desde el balcón de solera de piedra y barandilla de hierro forjado de su cámara condal, miraba hacia el molino que molía el trigo para hacer el pan y veía la balsa de la Paul Saltadera, donde los tejedores mojaban el lino para hacer *linzuelos*, camisetas y mantelitos para el altar. Le hacían compañía los petirrojos y los *lucanos*, que se acercaban a los niños sin miedo. La *marinada*, ya por la noche, traía un aroma a tomillo y a mies. La lechuza que criaba en la *falsa* de la torre del castillo, chistaba a los *ronuecos*, a las ranas y

al ruiseñor nocturno, que canta en primavera en las zarzas de la huerta de su padre. En estas fechas aprendió las palabras aragonesas de niños y *zagales*, y además, de los viejos, que sentados en los trozos de piedra de la puerta del castillo, transmitían sus conocimientos a los mozos hortelanos y les enseñaban las leyes forales y de riegos.

Pero su frescura de niña se fue de la fuente de Siétamo a la fuente de Casbas y del río Guatizalema al río Formiga. Aquí estudiaba latín y castellano barroco, que perfeccionaba en las tertulias literarias más barrocas de Lastanosa de Huesca.

Sin embargo, nunca pudo olvidar la ingenuidad de la *fabla* de su pueblo natal y sus poesías en *fabla aragonesa* demuestran que siempre conservó fresca su identidad de niña, a pesar de que un día se vistiese con las solemnes tocas monjiles y alcanzase la dignidad de abadesa mitrada. Cuando llevaba el báculo, su crisma visionario veía en él el bastón que cuando era niña le prestaba el *repatán*.

Y, en sus últimos días, cambió las parras centenarias de la huerta condal por las rosas místicas del huerto conventual. Al fin del camino recibió la eucaristía con pan de esos molinos que había en las riberas del Somontano, la vistieron con túnica de lino y en las palmas de las manos, con un rosario, le pusieron rosas de Jerusalén.

## Velillas

Aquí en Velillas, se presenta ante vosotros un *misache* (¡qué más quisiera que ser aún un *misache*!) nacido en esta tierra aragonesa y en comarca o *redolada*, que es la vuestra, llamada el Somontano, que llega desde Huesca hasta Barbastro. ¿Qué es lo tiene esta tierra para que la quiera tanto? Tiene bellezas sin cuento: *sasos con a tierra roya, sardas de coscollos aspros, costeras donde as carrascas* brindaban bellota dulce para recreo de ovejas, *de chabalins* y de ancianas, que las cogían con mimo *pa darlesné a os tozinos*; también *tenemos as bals* donde se crían *os ordios* y *os trigos para moler farinas para enforñar, as dembas t'as que llegaba o fumo d'as chamíneras*, donde *brincaba lo rizio pa pajentar os corderos*, en terrenos más sombríos *brincan cajicos*, donde los niños cogían *boletas* para jugar a los *pitos*; en paredes

de caminos y *cuatrones brincaba* algún *lironero* y en peñas y viñas, higueras *de figos lamineros*. Y, como canta Labordeta en su canción: «Donde hay agua una huerta». Pero una huerta en muchos pueblos del Somontano era un lujo; eran más frecuentes los pequeños huertos *en as fonduras d'os barrancos*, que regaban cuando bajaba agua y los *ortales* de invierno. Por esa razón ¡con qué mimo y cariño recogían el agua! Hacían regatillos que conducían el agua llovediza a una *olíbera*, a una *pesquera* o a una balsa, en alguna de las cuales aún puede verse o *zeprén* para regar los *ortales a pozal*. ¡*Bien se valía* de las múltiples y bien cuidadas viñas que criaban vino para poder apagar la sed con más garantías de higiene que las aguas, que criaban ranas, que cantaban con los *ronuecos* y *as cholibas* a la noche!

¡Oh, las viñas, qué conciertos les daban los *carromateros que carromataban por a carretera* y más tarde a los conductores de los automóviles! Una vez *siño* Francisco Bailo, que había nacido en Torres de Montes, se encontró la viña invadida *por una pallada de chen* que se habían bajado *d'o coche de linia que se les había estorbau*. Y aquí quiero hacer mi homenaje personal a *siño* Francisco como representante de la sabiduría de nuestros campesinos del Somontano. Y algunos de ustedes se preguntarán: «¿Qué sabiduría tienen aquellos a quienes llaman señores y sabiendo mucho de matemáticas solo les salen bien las cuentas cuando van a su favor?». Y qué sabiduría tienen aquellos hombres que, poseyendo grandes conocimientos especializados, no responden cuando se les dice «¡Buenos días!» o «¡Buen provecho!».

## Nadal

El año 1941 mi padre, Manuel Almudévar Casaus, adelantándose en el tiempo al *Consello d'a Fabla Aragonesa*, escribió lo siguiente: «Quiero esta noche, tratando el asunto con todo el respeto, cariño y veneración que merece, hacer mi cuento de Navidad valiéndome del lenguaje vulgar que se hablaba y todavía se habla, cada vez con menos extensión, en los pueblos de este Alto Aragón... introduciéndoos, de este modo, al conocimiento del lenguaje y modo de ser del país que os vio nacer». A continuación escribió el siguiente cuento:

Los pastores del abuelo, / narraban bellas leyendas / y hoy  
 noche de Navidad, / os referiré una de ellas. / Era por dere-  
 cho y costumbre, / el sitio del mayoral, / un puesto junto a la  
 lumbre, / a la entrada del hogar. / Y desde allí con decires /  
 de cadencias ancestrales, / nos narraba efemérides / y cuen-  
 tos de Navidades. / Quiero emplear el lenguaje / que el mayo-  
 ral empleaba, / en recuerdo y homenaje / a la tradición pasa-  
 da. / Dejemos pues que se oiga, / en esta noche su voz, / para  
 narrar las leyendas / que en otros tiempos narró: / “María y  
 José marchan de camino. / Van con asperanza de que un rey  
 divino, / que mora n’antraña, de ra Virgen pura, / encuentre  
 un asilo, palacio u cabaña / que haga menos dura, ra triste  
 jornada, / de ro viello esposo y ra esposa amada. / Ra Virgen  
 teneba frío / y san José se chelaba. / Caminando, caminando, /  
 a burreta resollaba. / Llegaron en ta Belén / un lugar mu chi-  
 quirrín / de ros qu’ay en os belens / feitos de zurio y serrín. /  
 Iban pidiendo posada, / trucando de puerta en puerta / y  
 denguno les ne daba. / Ra Virgen qu’era mu güena, / mu  
 santeta y conformada / le deciba a san José / que no mirara  
 ya nada, / que aunque fuera en un rincón, / de pajar u de  
 tinada / se pasarían a nuey / pa guardasen d’a chelada. /  
 Se’n fueron ta ras afueras, / y alcontraron un portal, / que  
 sirvía de cubijo, / a ros bajas d’o lugar. / En as pallas d’un  
 pesebre, / ascape s’acomodaron, / y una muleta y un güey, /  
 alinto y calor les daron. / Y dando gracias a Dios / se queda-  
 ron adormidos, / pues de tanto caminar / s’alcontraron mu  
 rendidos. / Pero a iso de media nuey / sintieron una mosica /  
 y d’encima d’o portal / se posaba una estrelica. / Preguntó que  
 qué sería / san José todo asombráu / y le respondió María: /  
 ‘Es qu’o tiempo ya a llegau / de cumplise a profecía / de que  
 todo un Rai d’os Cielos / a’ste suelo bajaría / pa rediminos a  
 todos / d’os pecaus y as herejías’. / Mientras isto iba diciendo, /  
 como si fuera un milagro, / un zagaler mu bonico / se refir-  
 maba n’os brazos. / Este era el Niño Jesús, / qu’en cuanto  
 abrió ros ojetes, / desanchando ros bracetes, / fizo a segura de  
 Cruz. / Y golviéndose a sus padres / con cariño y con amor, /  
 levantando ra maneta / a ros dos los bendició. / Ra Virgen y  
 san José, / al inte s’arrodillaron, / lo besaron como a fillo / y

*como Dios l'adoraron. / María lo cogió abrazos / y, con gran veneración, / lo ofreció a Nuestro Señor / para nuestra redención. / Un angelico de Dios / con os güellos como soles / les avisó a ros pastores / qu'avía puos alrededores. / Y ascape fueron llegando / repatanes y mairales, / craberizos, vaciveros, / yegüerizos y duleros, / boyateros y zagales, / mocetas d'esas que cudian / os pavetes y os verracos / y, mientras filan estambre, / apacientan os rezagos. / Todos veneban contentos / y todos trayeban algo / pa ofrecelen a Jesús / y al mesmo tiempo adoralo. / Trayeban figos de Fraga, / orejones d'Estadilla / y pansas d'esas qu'escaldan / en Lascellas y Velillas, / vino de Castilsabás / y corderetes d'Albero, / billotas de Banastás / y conejos de Pebredo, / tortas d'aceite d'Ayerbe / turrón guirlache de Jaca, / castañas de mazapán / d'a zucrería Lasala, / tortadas de Berbegal / y pan moreno d'Angüés, / pedos d'as monjas de Casbas, / juguetes de Bandaliés. / Entre gente tan humilde, / tan humilde como güena, / quiso'l Redentor del mundo / personase aquí en tierra. / Era pa danos ejemplo / que toda su vida dió / d'humildad y de pacencia, / de manse-dumbre y amor".*

*Y aquí remata el relato, / Venida del Hombre Dios / que Nuestro Señor del Cielo / por Padre nos envió. / Y si Cristo es Nuestro Padre, / san José, si somos güenos, / nos tratará como a nietos / y nos llevará t'al Cielo.*

Escrito por Manuel Almudévar Casáu en Huesca, el 24 de diciembre de 1941.

## **Rafael Andolz** **y *El humor popular altoaragonés***

Señoras y señores: yo no bebo alcohol y sin estar chispa, veo chispas por todas partes; no estoy ante un hogar donde la leña chisporrotea y sigo viendo chispas por todos los lugares. No se ofendan porque, teniéndoles a ustedes delante de mí, pudieran tomarlo al pie de la letra y no tengo que recurrir al truco de taparme los ojos, como aquel que tapándoselos le decía a la novia delante de un enorme finca: «Todo lo que veo es mío». Así no mentía físicamente pero moralmente sí, porque a la hembra placentera, con

el cebo del enorme campo, lo que pretendía era llevársela a su pobre huerto. Alguno de ustedes puede pensar: «¿A qué huerto nos quiere llevar este tío?». Simplemente voy a tratar de explicarme a mí mismo por qué se dice que el humor tiene chispa.

Las chispas se producen por el roce, por el choque de dos cuerpos. Cuando las mulas con sus herraduras golpean el suelo pedregoso, saltan chispas; cuando nuestros antiguos golpeaban dos pedernales o *petreñas*, soltaban *purnas* o chispas sobre la yesca o el *lastón* seco y provocaban fuego. Yo no las he visto, pero dicen que también saltan cuando los hombres riñen y se insultan. Y es que las chispas, al producirse, engendran algo, bueno o malo: en los coches, combustión de la gasolina; en los mecheros la chispa, fuego para encender el cigarrillo; todo esto es bueno pero en ocasiones ya saben que *«parva scintilla magnum excitavit incendium»*, una pequeña chispa provocó un gran incendio.

Igual pasa con la chispa del humor. Unas veces provoca el buen humor y otras, como la de Gurruchaga, provoca un gran incendio de mal humor, entre unos, y de bueno, entre otros.

Una chispa en unos casos enciende un placentero cigarro y en otros un incendio. Pero para que haya humor tiene que saltar la chispa del humor. Si no hay chispa no funciona, como le pasó al alcalde de Albero, que estaba frente a Correos dale que te pego al pedal de la moto y no se ponía en marcha. Al preguntarle un guasón qué le pasaba a la moto, le contestó el de Albero: «¡Qué ha de pasar, que no *espuñía!*!».

En el humor salta la chispa del roce o contraste entre lo serio y lo ridículo y el buen observador verá saltar la chispa, simplemente, mirando el contraste, en la vida, entre el sentido común y el discurrir de ella, tantas veces irracional, absurdo y ridículo. Una de las definiciones del humor dicen que consiste en presentar de un modo serio a alguien o a algo ridículo, como hacía aquel sacristán que de una mujer pintarrajeada, «superacicalada» y «superatractiva», vestida con ropas que pretendían ser originales cuando en realidad parecía un espantapájaros, decía: «¡Parece una “madama”!».

Presentar con humor a Rafael Andolz resulta difícil, por no decir imposible, porque si de un personaje serio se dicen cosas serias nos quedaremos en la seriedad, jamás entraremos en el

humor. Sin embargo, si observamos su rostro moreno con esos ojos atónitos, nos recordará a la lechuza que, además de ser el ave de la sabiduría, se fija mucho. Ese fijarse, aparentemente ridículo de la lechuza, lo cambiamos por esos ojos escrutadores de Rafael, tan serio, y habremos hecho humor. Espero que el aludido, que escribe sobre el humor aragonés, lo tome en tal sentido, teniendo en cuenta como atenuante de mi afirmación que Unamuno fue caricaturizado como una lechuza.

Sí, Rafael cree en el humor, si no, no hubiera escrito este libro. En cambio Unamuno, quizá con su sentimiento y resentimiento trágico de la vida dijo: «Eso que se llama por ahí humorismo, el legítimo, ni ha prendido en España apenas, ni es fácil que en ella prenda».

Yo creo que tienen razón los dos. Rafael recoge, no exclusivamente porque es imposible, anécdotas humorísticas que pocas veces son finas, porque un pueblo pobre, inculto, oprimido al que tan bien ha pintado Goya (véase el humor negro) es difícil que se exprese con finezas y zalemas, pero el humor ha prendido y debemos trabajar para que se desarrolle de un modo más fino y no grosero o pasota.

Hay que investigar en nuestro humor aragonés. Aquí, en este libro, tenemos datos, pero dentro de nuestra condición humana no podemos olvidarnos de esos humores sanguíneos, atrabilia-rios, biliares, linfáticos y, por qué no decirlo, marrones, que son comunes a todos los hombres y no propiedad exclusiva de los aragoneses.

La lechuza se fija mucho pero no habla y menos escribe. Rafael habla poco, pero después de fijarse, no para de escribir. Y ese fijarse le lleva a hacer que también los demás se fijen. Hace poco, acompañado de un amigo vasco, me preguntó que desde dónde se podría observar una buena perspectiva de la sierra de Guara; es indudable que él había visto y conocía la sierra (humor aragonés: preguntar lo que se ve) y la había mostrado a los muchachos que acompañaba para que la amaran, pero quería que el vasco se fijara en nuestra sierra de Guara. En este tema se le adelantó evidentemente Pierre Minvielle pero porque nació antes. Sin embargo en nuestra *fabla*, en la que era difícil de fijarse con los ojos, él se fijó con los oídos y la plasmó en el mayor diccionario que sobre ella

existe para que nos entrara por los ojos. La lechuza no tiene orejas y Rafael sí; en cambio la lechuza tiene alas y Rafael no, pero las sustituye con piernas, que lo han llevado a los rincones más recónditos de nuestra bendita tierra y lo han aproximado a escuchar las voces de hombres y mujeres que nunca habían sido escuchadas hasta que él llegó a hacerlo. Pero también ha recorrido las parideras por donde no había pasado nunca ni Nuestro Señor para enterarse de las venturas y desventuras del «Cucaracha», bandolero que por ser aragonés era más generoso y justiciero que los andaluces, y estos han salido en novelas y películas y el nuestro nada de nada hasta que nuestro hombre publicó el libro de su vida.

Es difícil, a veces, para la gente aragonesa distinguir lo serio de lo que puede ser objeto de humor, porque es capaz de ridiculizar todo, incluida nuestra *fabla*, a la que Rafael tomó en serio con su diccionario. ¡Cuántos aragoneses cultos han sido unos *somardas* con los aragoneses que conservaban su lengua! Algo de eso pasó, pero mucho más mitigado, en Cataluña y en el País Vasco, pero allí eran forasteros los socarrones! El socarrón, adoptando una actitud seria, ridiculiza a los demás; entre nosotros, el *somarda*, palabra nuestra, lo hace con más crueldad (*El regreso de Edelmiro*, de Sender).

Efectivamente nuestro *somarda* ataca, satiriza, descalifica con humor duro a aquel que pone de manifiesto grandes defectos. A aquel que no deja en paz a las mujeres lo llaman *buco* o *bucardo*, según su grado de salacidad.

Cuando alguno, por interés, se casa con una mujer manifiestamente disoluta, le dicen que tendrá que *desanchar* la puerta. Si uno es avariento, dicen de él que no come por no cagar o evacuar. Si alguien quiere quedar bien con los forasteros y los lleva a casa ajena, le achacan de quedar bien con lo de *otri*.

Cuando se trata de un vanidoso que presume de algo que supera sus posibilidades, exclaman: «¡*De qué le viene a o tozino, llevar a coda tiesa!*!». Nos hemos topado con las mazadas de las que Rafael habla. Bien aplicadas dan un humor rotundo como el golpe de una maza o *mallo*. Esta sátira no se limita a los individuos, sino que se extiende a los partidos políticos, a los pueblos o a las entidades que piden y piden. Los legos de los conventos a algún vecino le pedían paja, por amor a Dios o por buena vecindad, y si les decían

que sí, la prensaban en mandiles enormes, tanto que el labrador le dijo al gorrón: «Ya habrás *robau o mandil* en un circo», refiriéndose al toldo que los cubre.

A veces esa sátira es cantada en forma de jota, como cuando los de mi pueblo quisieron regar sus campos. Se pusieron de acuerdo para levantar una presa en el río, cerca de Arbaniés. Les facilitarían la tarea el derribar una roca sobre el cauce y, como ya es clásico en nuestra tierra, ataron a ella una sogá y se pusieron a tirar hasta que se dieron la correspondiente culada, como recoge Andolz en Almudévar.

Fracasó el proyecto y desde entonces cantan y dicen: «Los señores de Siétamo, / pusieron el monte en huerta / y “pa” la Virgen de Nunca, / pasa el agua por la acequia». Para redondear la sátira, añadían como estribillo: «Ay, que me mojo» y de ahí que a los de Siétamo nos llamen «Memojos». Gran número de apodos cita Rafael Andolz en su libro y cada uno de ellos es una píldora que, si se abre, nos pone al descubierto una pequeña historia cómica o tragicómica.

La extensión del libro no ha permitido a su autor entrar en un análisis profundo del humor de nuestros paisanos pero nos ha plasmado un anecdotario popular, en el que el investigador encontrará material abundante para su estudio.

Ya en el marqués de Santillana encontramos una poesía en que a los aragoneses nos asimilaba a los navarros y nos trataba un poco de *fachendosos* o faroleros. También dijo alguien, que ahora no recuerdo, que éramos muy amigos de los escudos y de enseñarlos.

Tal vez sean un poco faroles pero más amigos de apagarlos. (Os daré un pollo si me pone una *falcada* bien grande. ¡Qué mañosos, *miá* que meter toda la cosecha en una *falcada*!).

Otra característica nuestra es un gran sentido de la justicia pero hasta de ella hace burla Pedro Saputo con su cuento «La justicia de Almudévar». Hemos tenido grandes satíricos, empezando por Marcial, siguiendo por Gracián y Braulio Foz, hasta López Allué, pero hemos cultivado poco la comedia de los clásicos, que tenía la misma finalidad que nuestra sátira: combatir los vicios.

De los relatos de Andolz aquellos clásicos hubieran creado grandes comedias. De los creadores de buen humor en los tiempos arcaicos, acuden a mi memoria los nombres de Aristófanes y

Menandro, entre los griegos, y de Plauto y Terencio, entre los romanos. Se pasa la vida el que ha estudiado de memoria recordando esos nombres que suenan bien, pero de cuyo ingenio no puede gozar, porque no ha leído nada de ellos y se ríe con el ingenio de Tip y Coll y con el de M.a Carmen y doña Rogelia. Pero yo he tenido la suerte de que cayera en mis manos la obra de Plauto *La comedia de la olla*, y resulta que esta obra que se representó antes de Cristo ha seguido representándose en nuestros pueblos desde entonces y ahora, que ya la creíamos periclitada, ha vuelto a resurgir con nuevos bríos desde que el señor Miterrand llegó al poder en Francia. Me lo contó un francés, diciéndome que el dinero se había hecho amigo nuevamente de los calcetines, los colchones, los ladrillos y las ollas. En España ocurre lo mismo, aunque es difícil de saberlo, porque de la misma forma que el viejo Euclión no hablaba con nadie de su olla, tampoco nuestros contemporáneos dicen nada de sus escondites y de sus *olletas*.

¡Cuántas veces la comedia de Plauto, con su humor, se ha repetido en nuestros pueblos! Todos ustedes habrán oído contar algún caso.

Rafael Andolz nos ha presentado un libro que contiene una larga, no podemos llamarla bibliografía, pero sí «populoauditoría» de chispas de humor, que nos hacen ver que ese humor aragonés está entre nosotros, pero es una invitación ante la crisis del humor (negada por algunos) a cultivarlo y a desarrollarlo.

1988

## La aurora y las cofradías

Me contaba un señor que vive en Almudévar que sus habitantes tienen una memoria privilegiada que los distingue de los demás ciudadanos. Se acuerdan de aquel personaje famoso que murió antes de nacer ellos y cuentan su vida como si de un personaje actual se tratara. Solo hay que oírles contar las actividades de Pedro Saputo para comprender el interés por su vida, que es el que los hace recordarlo siempre.

Se acuerdan de aquellos pasados tiempos en que se hacía una vida muy cristiana, pues siempre la acompañaban con un trabajo duro y poco humedecido por el agua, con oraciones, que no solo

rezaban en sus casas y en la iglesia, sino que las lanzaban al aire de la villa para que las escuchara el Todopoderoso.

Se acuerdan de las cofradías pero, así como en el resto de España casi han desaparecido, sobre todo las de la Aurora, en Almudévar conservan entre otras la de la Soledad, a la que pertenecen algunos almudevarenses, junto con su afiliación a la cofradía del Rosario o de la Aurora. Y es que, cuando muere alguno de sus socios, el presidente de la Soledad lleva en el entierro el estandarte delante del cuerpo del difunto y van haciendo sonar la campana mientras van rezando el rosario hasta el cementerio, donde acaban con un Padrenuestro y un Avemaría por el extinto cofrade.

La vida del hombre tiene puntos negros de tristeza pero momentos alegres de alegría, pues aquellas oraciones en el camposanto nos hacen ver cómo se levanta el alba, cómo rompe la aurora, mostrándonos una amanecida o un nuevo amanecer en el otro mundo, pero los almudevarenses, eternos madrugadores para realizar sus siembras, segar sus cosechas, cuidar a sus ganados, son amigos de la aurora y no pueden apartarse de ella y para ello fundaron la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, a la que honraban cantando las auroras.

Eran en aquellos viejos años abundantes en España las cofradías que procesionaban bajo «la luz difusa que precede inmediatamente a la salida del sol», porque la aurora despunta y despuntaba, o rompía, al comenzar el amanecer y cantaban y entonaban cantos religiosos, llamados auroras, como el salir del día antes del rosario, para celebrar fiestas solemnes. Como dice la poesía de un gran vate: «En los pueblos de mi Andalucía, / los campanilleros por la “madrugá” / me despiertan con sus campanillas / y con sus guitarras / me hacen llorar». Y mi hermana mayor, María Victoria, que fue maestra nacional durante el año de 1946 en el pueblecico de Castejón de Arbaniés, recogió la siguiente canción: «Salve de los cielos / Virgen del Rosario, / danos agua limpia /que riegue los campos. / Los campos tenemos / heridos del hielo / y es porque no llueve / buen agua del cielo. / Del cielo esperamos /hermoso rocío, / así lo desea, / este pueblo pío, / pío y siempre pío, / pobre y siempre pobre, / que hoy en este día / nadie le socorre. / Socórrenos Madre / a los hijos de Eva / que piden que llueva / en esta Novena. / Novena ofrecemos / a la Virgen bella, / y es porque tenemos / muy

seca la tierra, / tengamos paciencia / que la Omnipotencia / ni peca ni yerra. / Yerra el pecador / cuando hace el pecado / y a Nuestro Señor / tenemos airado, / airado tenemos / al Eterno Padre, / y ahora supliquemos / a la Hermosa Madre: / oh, Madre amorosa / y de todos Madre / que ahora y en la hora / nuestra muerte ampare».

Ha desaparecido la cofradía que estas coplas cantaba pero en Almudévar sigue vivo el espíritu que anima a la cofradía de la Virgen del Rosario, con sede en la parroquia y en la casa del señor párroco.

Con frecuencia, algunos me dicen que todos los meses se celebra la fiesta de la Aurora, generalmente un día de auténtica fiesta religiosa, como por ejemplo este año se celebró el día de Reyes y el año pasado se escogió el día de la Inmaculada o Purísima Concepción.

Esta Aurora, como indica su nombre, empieza a desarrollarse por la noche, a las seis de la mañana y en verano a las cinco y media, porque poco después saldrá el sol. Se desarrolla de una manera original, ya que estando la cofradía formada por unos sesenta cofrades o hermanos, van todos juntos de esquina en esquina. Empiezan en la calle Mayor, n.º 94 y siguen por la puerta de Berbosa, después de la Plaza Mayor van a la esquina de Oliver y luego aparecen en la esquina que hace vecindad con casa de Samper; más tarde van a la esquina de la Cruz, después acuden a la de la calle Baja, o sea que esta calle es visitada doblemente en cada una de sus esquinas, a saber la alta y la baja. Después caminan hacia la casa de las monjas de Santa Ana y luego a la esquina de Chile y se acaba la procesión en la puerta de la casa parroquial.

Y ¿qué hacen de esquina en esquina? El presidente o hermano mayor va tocando la campana y, cuando llegan a una de las citadas esquinas, se ponen a cantar en corro y en coro unas canciones clásicas, parecidas a las de Castejón de Arbaniés y que contrastan con la música moderna, pues esta pone nerviosos a los hombres y aquellas viejas canciones, heredadas de sus antepasados, los unen con sus hermanos, los aproximan a Dios y a los demás cofrades, con los que les une una íntima amistad, que da a la villa de Almudévar, una personalidad especial, en medio de una región geográfica enorme, desde donde se contemplan los pueblos de

Alcalá de Gurrea, Artasona, Valsalada y San Jorge, pueblos estos últimos de colonización e hijos de la villa de Almudévar.

Las canciones no son siempre las mismas. La primera del año es la de los Reyes Magos, a los que alaban por haber seguido la estrella que los condujo, guiándolos, a adorar al Niño Dios. Y les piden que les bendiga los campos para que haya abundantes cosechas con el fin de que no falten los alimentos ni las cosas necesarias en las casas y, sobre todo, en las más pobres.

La copla de febrero se denomina dominguera porque en tal mes no hay fiestas de misa obligatoria más que los domingos. Este año se hará el día dieciséis. Son varias las coplas domingueras y el Presidente o Hermano Mayor elige la que le parece más oportuna.

Hay más Auroras, como la de Semana Santa, la del Santísimo, etc.

El párroco está satisfecho con tales cofradías y con ellas colabora todo lo que puede, pues a estos cofrades casi no hay ni que predicarles porque son auténticos cristianos.

En la cofradía de la Virgen del Rosario o de la Aurora hay tres cofrades, que se nombran cada año para que se preocupen de avisar a los cofrades de la defunción de alguno de ellos. Y como el hombre no solo reza, sino que también come, se preocupan de que en aquellos días en que tanto madrugan no falte el almuerzo para después de cantar tantos cantos piadosos. Recogen magdalenas, tortas dobladas, típicas de Almudévar, café con leche, moscatel y algún trago de chinchón.

Como son mayores no han sido grandes bebedores pero han tomado anís casi todos los días de su vida para romper la aurora y empezar a trabajar en la siega y en la siembra.

¡Con qué serenidad viven esos hijos de Almudévar, que hacen un solo tiempo del pasado y del futuro para convertirlo todo en el tiempo de Dios, para el que todo está presente!

## Brujo

Hoy se da una gran inquietud por reconstruir la cultura vieja pero esa cultura conserva principalmente sus manifestaciones en el medio rural. Además hay dificultades para que los campesinos cuenten sus experiencias y recuerdos, unas veces por no aparecer como gentes retrasadas, otras porque no quieren que sus hijos

vuelvan sus ojos al pasado sino que miren al porvenir. Si consideramos, además, la despoblación de muchas comarcas y la poca población, generalmente además envejecida, de otras, nos daremos cuenta de la dificultad tan enorme que se da para poder sacar a la luz supersticiones, tradiciones, canciones, etc.

Por ejemplo unos investigadores estuvieron hace poco por Saqués y no encontraron ningún resultado, pero un amigo mío de Escarrilla, hablando de este caso me dijo que Lartosa, finca del citado Saqués, estaba llena de brujas y *esconjuradores*. Esta finca estaba relacionada con Piedrafita de Jaca, donde en una casa había una curandera también relacionada con las brujas. Todavía vive la curandera, aunque su hermano, con las mismas actividades, ha muerto hace poco tiempo.

En cierta ocasión festiva uno de los visitantes, durante la comida, preguntó sobre las brujas y los invitadores se pusieron a mirar unos hacia arriba y otros hacia abajo pero ninguno contestó lo más mínimo. El invitado, tozudo en obtener información, se puso a contar un cuento o una historia, del que yo no me acuerdo o no quiero opinar, en que morían los niños en cierto pueblo al sacarlos de sus casas para ser bautizados. Y uno de los invitados, al tocarle su memoria lo narrado, declaró todo sonriente que en Antillón pasaba lo mismo pero que a él no lo fastidiaron las brujas o brujos porque al sacar a sus niños para bautizarlos en lugar de hacerlo por la puerta lo hacía por una ventana, con lo cual todos sus hijos vivían.

Amparo, nacida en Bespén, ya antes de la guerra cuando todavía era una jovencita, nos contaba que un hombre iba andando por la noche de Bespén a Angüés y, en medio del camino, le salió a su encuentro un individuo, por llamarlo de alguna forma porque no se sabía si era un brujo o un diablo, y le dijo: «¡Hombre!, ¿por qué no me ayuda a llevar este cabrito?». El caminante, que era muy bueno, le dijo que sí, se lo cargó, pero a medida que avanzaban el tiempo y el camino, notaba que iba aumentando su peso y casi no podía con el dichoso cabrito. Pensó: «Este individuo debe ser un brujo o un diablo que quiere que penetre dentro de mí el espíritu del cabrito para conquistar mi alma». Entonces dejó el cabrito y al decirle sus reflexiones al brujo este desapareció.

## El Viejo Remolón de Torres de Montes

«En los campos de mi Andalucía, / los campanilleros por la “madrugá”, / me despiertan con sus campanillas / y con sus guitarras me hacen llorar». Eso cantaba el andaluz de los campos de su Andalucía, y yo también quiero cantar, llorando de alegría, lo que pasa, casi ignorado, en los montes del Alto Aragón.

En los montes está Torres, Torres la de los Montes, Torres de Montes, y en tanto que en España ya no quedan carnavales, en ese pueblo de nombre tan bello como el crucero esculpido sobre la baranda que ladea la calle que va a la iglesia, los niños, solo los niños, cada año, siguieron impasibles celebrando los suyos. En los clásicos carnavales lucha don Carnal contra doña Cuaresma, lucha la carne contra la pobre sardina, de la que ya estaban hartos los campesinos y que acababa quemada.

En Torres de Montes el que acababa quemado o *enforcado* y lapidado era el Viejo Remolón.

No se sabe, o al menos yo no lo sé, por qué motivo el día que coincidía con el centro de la Cuaresma, según me ha dicho alguien que ha participado en esa celebración, los niños fabricaban la figura de un viejo, tomaban unos pantalones de pana negra, una chaqueta del mismo color y una camisa de tireta, de aquellas que no llevan cuello, y con paja lo rellenaban, le añadían cabeza que cubrían con una gorra o con boina y antiguamente con *cacherulo* y los pies los calzaban con abarcas o con alpargatas.

Ya tenían al Viejo Remolón, al que montaban en un burro y cuando no podían disponer de tal *abrío* le clavaban un *forcón* en *o culo* y lo llevaban elevado, paseándolo por todas las calles y de casa en casa. Todos los niños del pueblo *curribandiaban*, corrían y saltaban *alredol* del Viejo Remolón, llevando uno la canasta para recoger *os güegos*, otro una fuente para que las buenas gentes depositaran en ella *chullas* y chorizo, y un tercero era portador de una perola para el vino. Alguna señora les bajaba pastas y en tanto subía a buscar *os güegos*, *a chulla* o algún otro obsequio, los niños después de haber echado trago, vaciaban el contenido del porrón en la perola.

A medida que el vino iba surtiendo sus efectos, aumentaba la algarabía, oyéndose por todo el pueblo esta cantinela: «*O Viejo*

*Remolón, / que no quiere comer pan, / solo chulleta y güego y chocolate si l'en dan».*

El remate de la juerga era variado, pues unas veces ahorcaban al pobre Remolón colgándolo en un árbol y lo destrozaban a pedradas y otras lo quemaban como lo hacen con los «ninots» en Valencia o a la sardina cuaresmal en muchas partes.

¿Qué significado tiene? ¿Por qué todavía se celebra este rito?

El Carnaval constituía como un desahogo para poder aguantar mejor la austeridad de la Cuaresma que llegaba, pero en este caso, al celebrarse en el centro de ese tiempo penitencial, podría interpretarse como un descanso. Los niños no estaban obligados al ayuno y abstinencia y por ello cabe pensar que era un aviso, un recordatorio a los remolones y rebajados en el cumplimiento de la austeridad cuaresmal.

Hoy, como quedan pocos niños en el pueblo entre semana, se celebra la fiesta el sábado. Algunos años sacan también a la Vieja Remolona y yo creo que sería interesante que participaran también las niñas y fueran ellas las que llevaran su Vieja.

Un remolón es un holgazán, un individuo que no le gusta trabajar pero sí comer bien *si l'en dan*. El refranero dice: «El que de joven no trabaja, de viejo duerme en la paja», aunque de hecho el que de joven no trabaja, de viejo tampoco. Quizá también el sacrificio del Viejo Remolón tuviera una finalidad moralizante.

Hay una canción hispanoamericana que habla de la remolona. Las remolonas no tendrían que pedir como los remolones, les bastaría con hacerse lo que eran, el remolón, cuando fueran requeridas por don Carnal. Sería bonito que saliesen los niños con las niñas acompañando al Viejo y a la Vieja Remolones.

Comprenderán que con las viandas y el vino recogidos por las casas y después de acabar con los muñecos o *moñacos*, la *lifara* sería tremenda.

Dicen que en la celebración de la novena de la Inmaculada, al día siguiente de la *lifara*, los monaguillos, sentados en el banco del presbiterio, no daban cabezadas sino *tozadas* de la resaca que llevaban. Se apoyaba un *escolano* en otro para no caer dormidos en el banco, pero sus cabezas chocaban entre sí, como si fuesen *mardanetes* y se despertaban por un momento para caer dormidos otra vez. De todas las novenas cuaresmales en Torres, la de San Rafael,

San Pascual Bailón, las Almas, el Septenario de los Dolores y la Inmaculada, esta, por lo de las *tozadas*, era la más esperada. Pero si en Torres de Montes, *d'os Montes* o de los Montes, los niños con su respeto a la tradición me hacen llorar de alegría, tengo que decir que un señor mayor de Casa Ereza, Mariano Borau, me emociona también profundamente.

Ese señor no es *miaja* remolón porque las vísperas de las grandes fiestas sigue, él solo, cantando sus coplillas a los santos y a la aurora.

Que no sean remolones los niños y las niñas, que madruguen y que le acompañen, como acompañan al que solo quiere comer *chulla*, *güegos* u *chocolate si le'n dan*.

1986

TEMAS HISTÓRICOS



## Almudévar

*Burtina*, nombre vasco-ibérico como los nombres de los pueblos navarros de Burgui, Burlada, Burunda y Burutain, era el que tenía la villa de Almudévar antes de que los moros invadiesen la península. Los árabes casi cambiaron las lenguas, la religión y las costumbres, tocándole a *Burtina* trocar su nombre para pasar a llamarse Almudévar. ¿Quería *Burtina* decir «Cabeza Redonda», como tantos cabezales o *tozales* redondos que existen en la provincia de Huesca? No lo sé, pero el significado árabe de Almudévar es «la Redonda», debido a la colina sobre la que se asienta la iglesia de la Virgen, a la que se puso el nombre equivalente de la Corona.

En el libro *Linajes de Aragón* se escribe que la antigua *Burtina*, ciudad de los ilergetes, era el lugar de «descanso en el camino que en los tiempos romanos y godos conducía de Astorga a Tarragona, pasando por Huesca». Con este motivo era una ciudad de gran comercio, «por lo que al caer en poder de los moros estos la trocaron el nombre llamándola Almudévar, reforzando sus murallas y dando el mayor empuje que pudieron a los mercados».

El rey aragonés Alfonso el Batallador se dio cuenta de que para conquistar Zaragoza era necesario apoderarse antes de Almudévar, rodeándola de un fuerte ejército que no lograba rendirla, hasta que el Batallador ordenó que se tomara «a viva fuerza pasando a cuchillo a sus pobladores, poblándola después de cristianos». Buscó ayuda en las órdenes militares, en los montañeses, en la parte francesa del reino de Aragón, en los navarros, etc. Después

de una conquista tan dura y tan cruel, según la *Enciclopedia Heráldica y Genealógica Hispano-Americana*, de Alberto y Arturo García Carrafa, de 1921, «Alfonso el Batallador dio la bailía de Almudévar a un caballero que, según la costumbre de aquellos tiempos, tomó por apellido el nombre de dicha villa, apellido que pasó a sus sucesores... No es posible seguir desde el primero de este apellido la genealogía del linaje, ni siquiera aportar algunas noticias de sus más antiguos varones, por la falta de documentos que la faciliten».

No sabemos si dicho caballero era aragonés, navarro, francés o de cualquier otro origen, pero se quedó de baile en Almudévar con el apellido de la misma villa. Después los bailes pasaron a ser alcal-des. Dice en *Linajes de Aragón* que «la falta de documentos nos imposibilita seguir la genealogía de este apellido» y que los primeros datos se recogen en la infanzonía de los Almudévar de Sieso en el siglo xv.

Pero mirando documentos antiguos se encuentran datos más viejos que los de la infanzonía que se conserva de los Almudévar de Sieso, cerca de Casbas, y donde en el siglo xv aparecen dos hermanos, a saber Salvador y Miguel. De esta familia vienen los Almudévar de Casbas, de Castilsabás, de Loporzano, de Barluenga, de Sasa del Abadiado, de Torres de Barbués, de Blecua y los de Siétamo, según las infanzonías.

Pero se encuentran otros Almudévar anteriores a los dichos de la infanzonía de Sieso, Casbas y Barluenga-Siétamo, por ejemplo en la *Colección diplomática de la catedral de Huesca*, con el número 78, el año 1213, la venta por Domingo de Almudévar y Magdalena, cónyuges, y sus hijos Juan, Gil, Domingo, Pelegrina e Inés de una finca en Tabernas al arcediano Sancho de Aunés y a Juan de Lac por 55 sueldos jaqueses.

Después el año 1311 el rey concede un molino de viento a Juan de Almudévar, del que dice la Historia que era amigo del rey y portario. Este dato se encuentra en la página 157, del número 38 de la revista *Argensola*, del año 1959.

Es curioso observar la cantidad de molinos que los templarios, principalmente, dirigen en Aragón y casi todos ellos movidos por corrientes de agua, pero en Almudévar, al no correr aguas por su superficie, había molinos de viento. En *La Encomienda del Temple de*

*Huesca* se lee lo que escribió Ángel Conte, a saber: «Muy otra es la realidad de Almudévar y Baibién, donde la ausencia de cualquier corriente de agua impedía la construcción de molinos, y así la villa de Baibién era la única de las que estaban bajo dominio templario en la encomienda de Huesca que quedaba alejada de cualquier instalación molinera hidráulica, lo que obligaría a la molturación con la fuerza humana o animal. Pensar en otras posibilidades como los molinos de viento no es demasiado aventurado, sobre todo porque parece haberlos en el siglo XIII en Almudévar, como lo demuestra un documento de 1311 en el que Jaime II concede a censo un molino de viento con la condición de que fuera reedificado, lo que indica que era ya antiguo, si bien no sea posible saber la fecha de construcción». Vemos cómo coinciden ambos documentos en la donación-venta del molino de viento de Almudévar a Juan de Almudévar. En el libro del almudevariense Aliod y de Gabriel Ponce, en la página 48, dicen que el molino de viento lo dio el rey a Juan de Almudévar, que además de portario «era un personaje influyente y cercano al rey».

En el año 1321 y en el mes de junio se data el sepulcro de Miguel de Almudévar, como puede todavía verse en la inscripción situada en uno de los arcos del claustro de San Pedro el Viejo de Huesca, y existe al lado de ella otra inscripción que dice así: «*Domna María, uxor Michaelis de Almudévar. Era MCCCVI*».

Se habla también de Pedro de Almudévar, miembro de la Orden de Malta, cuya cruz aparece en el escudo de los Almudévar de color blanco, porque al desaparecer dicha Orden se le adjudicó a la Orden de Jerusalén la misma cruz, pero de color blanco.

Dicen *El libro de Linajes* y otros que los Almudévar se continúan en la nombrada infanzonía de Sieso en el siglo XV, pero en el Archivo de Huesca (Jaime Berbegal. 1423. Pr = 2909, 14 V) habla de Johan de Almudévar de Sieso, que con Martín de Lizana hacen una suplicación al abad de Montearagón en 1423.



Luisina Almudévar,  
tía del autor del libro

Después de estos datos solo me queda pensar que el nombre de Almudévar le pertenece en primer lugar a la antigua Burtina y todos los demás Almudévar, que estamos principalmente en Aragón y algunos en otras partes del mundo, como por ejemplo mis sobrinos del Canadá, estamos orgullosos de proceder de la noble villa de Almudévar.

## Navarra

De Iñigo Arista decía don José Cardús que estaba enterrado en el monasterio de San Victorián, allá en el Sobrarbe. Pero sin embargo nadie lo asegura ni lo niega, aunque con respecto a su poder, ya fuera real o nobiliario, tampoco nadie dice nada. Hay una opinión contraria con respecto a su lugar de enterramiento, pues en el monasterio de Leyre, allá en Navarra, consta en una lápida de mármol que allí están los restos de Iñigo Arista. En el libro sobre Leyre de María del Carmen Lacarra Ducay pone que frente a la capilla de las santas Nunila y Alodia «se encuentra el arcosolio que acoge el panteón de los reyes de Navarra... se custodian en un arca neogótica en madera, descubierta a doble vertiente, ornada con detalles metálicos». «Una inscripción en bronce informa de su contenido: *«Aquí descansan los restos mortales de los primeros reyes de Navarra: Sancho Garcés, Jimeno Iñiguez, Iñigo Arista (836-852), Fortuño Garcés el Monje, Sancho Garcés I, García Sánchez III, Sancho García II Abarca (970-994), Ramiro y García Sánchez IV el Trémulo (994-999)»*. Su apellido Arista es vasco, como Zuriza, Escó, Ola, Escabosa y tantos otros nombres altoaragoneses; basta repasar la toponimia vasca y fijarse en Ariste, Aristide y tantos otros. En el libro *El Blasón de Aragón*, del año 1995 y escrito por Guillermo Fatás y Guillermo Redondo, al principio del mismo dice: «La tendencia a lograr orígenes más antiguos que los demás y, por tanto, mayor prosapia y mejor derecho, es nota común a muchos pueblos. Ello llevó en el Medioevo (y no tan medioevo) aragonés a inventar tardíamente la Cruz de Iñigo Arista, la Cruz de San Jorge con sus moros y el Árbol de Sobrarbe, y, por similares causas, en Cataluña, a inventar la leyenda de Wifredo, o Guifredo, o Guillermo, o Jofre el Velloso». El primer cuartel del escudo de Aragón consiste en la Cruz de Sobrarbe, de Aínsa o de Iñigo Arista.

Blancas escribió que cuando los cristianos se apoderaron de Aínsa empezaron a fortificarla para poder vencer el ataque de los moros. Una multitud de moros atacó Aínsa, pero el primer rey de Sobrarbe, García o García Jiménez, salió a luchar con ellos y cuando ya se consideraba derrotado, «apareció en los aires una cruz roja sobre verde encina en campo de oro». Como consecuencia de tal hecho el pueblo o país adquirió el nombre de *Supra arborem* o Sobrarbe y adoptó el árbol con la cruz de blasón. M. Crusafont y Sabater, numismático, dice de Iñigo Arista que se consideró como quinto rey de Sobrarbe: «Cuéntase que al comenzar la batalla contra los moros, viniendo en auxilio de los nuestros, se le apareció en el aire una visión celestial, o sea una cruz de plata en campo azul celeste. Tal fue el origen del escudo de armas colocado arriba, y adoptado poco después como emblema militar del Reino y de los Reyes de Aragón». ¿En qué año ocurrió la aparición de la Cruz de Iñigo Arista?

En la *Enciclopedia Aragonesa* del año 2000 no cita a Iñigo Arista sino al linaje de los Arista, del que dice: «Familia aragonesa de origen muy antiguo, pero documentada desde el siglo XVI». El monasterio de San Victorián fue «testigo presencial de los días más gloriosos de nuestra reconquista, fue visitado más de una vez por los reyes de Aragón, que le dieron el título de Real Panteón ilustre de hombres, que la tradición viene llamando reyes, recibió en herencia otros monasterios menos importantes, como San Pedro de Tabernas, Obarra y Alaón que aumentaron sus dominios...». Esto fue publicado por don Ambrosio Sanz en el artículo *El abadiado de San Victorián*, y en una nota pone: «En la iglesia del monasterio existía un monumento funerario con más pretensiones de grandeza y vistosidad que de arte, en que se decía estaban allí los restos, tanto del primer rey de Sobrarbe, Garci Jiménez, conquistador de Aínsa, como de su quinto rey Iñigo Arista, conde de Ribagorza, muerto en acción de guerra en el pueblecito cercano de Araguás. Conocida es la tradición a la que se inclinan muchos autores antiguos, más de sesenta, que anteriormente a Sancho el Mayor reinaron en Sobrarbe otros once reyes que llenan el tiempo comprendido entre 758 y el año 1000, comienzo del reinado de Sancho el Mayor. En estos años vivió Iñigo Arista, desde el año 836 hasta el año 852, lo que hace pensar que ambos Iñigos eran el

mismo». Sigue diciendo el mismo don Ambrosio Sanz: «Desde el señor Jiménez Soler viene ya rechazándose radicalmente el reinado en Sobrarbe de don García Jiménez, la batalla de los 300, y su nombramiento de rey como los de Ocón que tuvieron leyes antes que reyes y en consecuencia todo lo que se quiera decir de San Victorián, puesto a poca distancia de Aínsa, es igualmente inseguro». Es presumible que si en dicho monasterio se hicieron fuertes algunos luchadores, al caer en poder de las fuerzas enemigas fuera arrasado, si no es que su misma posición estratégica lo declarara peligroso y fuera devastado sin clemencia.

Es tradición que sus monjes se refugiaron en el pueblecito de Santa Justa, aun hoy existente entre Puértolas y la carretera que va de Laspuña a Lafortunada. Existen restos de antiguos edificios, su capilla es primitivísima y la conformación del pueblo es similar a la disposición que guardaba San Victorián, plaza central y alrededor la vivienda de cada uno de los monjes.

Afirman del mismo modo los monjes que con la reconquista fue reconstruido el monasterio por Sancho el Mayor y siguió otorgándole la protección su hijo don Ramiro, quien además de dotarlo con largueza ... «lo honró con el título de Real».

Navarra y Aragón tuvieron una historia común, estando tres veces formando un mismo reino, como dice Bartolomé Martínez y Herrero en 1866: «La importancia de los dos Reinos crece progresivamente, sus relaciones con otros Estados se aumentan y las alianzas que se ajustan, y los matrimonios que se celebran entre los príncipes de las casas reinantes, crean derechos nuevos; y ya por la conquista, ya por la herencia, se agregan a Aragón varios Estados y territorios. Sancho el Mayor se titula con razón, Emperador de España, pues reinaba en Navarra, en Aragón, en Castilla, en Sobrarbe, y Ribagorza, pero tal conjunto de reinos, regido por un solo cetro, desaparece con el reparto que de ellos hizo el mismo monarca entre sus cuatro hijos: esta división fue motivo de discordias y enemistades, y de ella resultó el que por segunda vez se viera Navarra separada de Aragón; también lo fue Sobrarbe; pero los tres Reinos volvieron a reunirse cuando Sancho Ramírez, el nieto de aquel monarca, ciñó las tres coronas». El amor que a su tierra tenía el autor del citado libro, dice: «Para ello examinamos códices y documentos importantísimos procedentes de los antiguos y

suprimidos monasterios de San Juan de la Peña, Monte Aragón y San Victorián...».

En el capítulo IV, hablando del año 724, dice que los «españoles» se congregaban en el Monte Pano y determinaron en la cueva de San Juan la reconquista de su patria. Nombraron para dirigirlos como caudillo a Garci-Ximénez y, habiendo organizado un ejército, fueron a Aínsa y la tomaron. Los moros se reorganizaron para reconquistar el pueblo y en la batalla se apareció milagrosamente la Cruz Roja sobre una encina. Garci-Ximénez fue aclamado rey por sus soldados y los pueblos de Sobrarbe constituyendo el territorio para un nuevo reino de Sobrarbe. La expedición triunfante regresó a San Juan de la Peña.

No sé en qué documentos históricos está relatada esta historia o leyenda, pero Bartolomé Martínez y Herrero habla de que en San Juan de la Peña, bajo las oraciones y ánimos de los santos Félix y Voto, se organizaba una reconquista y «la noticia de esta elección circuló con rapidez, no solamente por las montañas y valles inmediatos a la cueva de San Juan de la Peña, sino también por otras más distantes... vinieron a agruparse bajo la bandera levantada no solo los que vivían en los montes próximos, sino también otros muchos procedentes de Vizcaya, Guipúzcoa, Navarra, Ribagorza y valles limítrofes e inmediatos a Cataluña». Blancas escribió su obra histórica relatando los supuestos ocurridos fijándose solo en la «mera transmisión», en tanto que Zurita fue más crítico. Al describir los orígenes de la monarquía aragonesa en el siglo IX, escribe: «Del rey Iñigo Arista (nacido en Bigorra y elegido, luego, por su valor, rey de Pamplona), se escribe haber sido el primero que trajo en sus sobreseñales y armas por devisa el escudo en campo azul con una cruz de plata al canto del, por habersele aparecido en el cielo en una batalla que tuvo con los moros, puesto que el príncipe don Carlos (de Viana) escribe haber sido las armas un escudo rojo sembrado de aristas. Mas lo cierto es que las armas antiguas de los reyes de Navarra fueron un escudo colorado sin otra señal o devisa en él; y las primeras de los reyes de Aragón fueron el escudo de la cruz de plata en el campo azul; sin embargo, según algunos han escrito, los primeros reyes de Sobrarbe antes del rey Iñigo Arista *trujeron* diferentemente *devisadas* sus armas, que fueron una cruz sobre un árbol por denotar el reino de Sobrarbe; pero es más

verosímil que Sobrarbe tomó aquel nombre porque está más arriba de la sierra de Arbe que divide al Sobrarbe de la tierra llana cuando se extiende aquella sierra desde las riberas de Cinca hasta el río Vero, que pasa debajo de Alquézar, y no dudo que haya esto sido nueva invención, porque ni en lo antiguo ni moderno se halla haber usado los reyes de tales insignias en el árbol».

Nos tenemos que proponer hacer cosas, aprender lo que en nuestra juventud no pudimos hacer.

## La familia Abarca

La palabra *abarca*, mirándola en un diccionario vasco, aparece con la letra *k* con el mismo significado que tiene en castellano. Y es que en nuestra tierra altoaragonesa ya se hablaba el vascuence en aquellos años en que se fundó el reino de Aragón en que casi todos nuestros montañeses usaban abarcas. Es fácil comprobar cómo los apellidos Abarca y los Abarca de Bolea, llenan la historia de Aragón y de Navarra.

El primero que lució tal apellido y tan noble fue el primer rey de Aragón y uno más de Navarra. Fue conocido también por Abarca y también por Sancho Abarca. Parece ser que en aquellos tiempos se identificaba a muchos montañeses con el nombre de Abarca, pero poco se sabe de su historia, como por el contrario se sabe que Sancho Abarca nació el año 905, murió el de 933 y fue enterrado en San Juan de la Peña.

En la página 273 del libro tercero de la obra *Corona Real*, editado el año 1638, y en su capítulo VIII, dice el fraile de San Juan de la Peña, doctor La Ripa, que «este príncipe don Sancho Abarca, llamado Cesón, tuvo un nacimiento casi, o poco más o menos, milagroso». También el padre maestro Pedro Abarca, que siendo historiador luce también el apellido Abarca, en sus *Anales* refiere el caso «milagroso» de la siguiente forma:

Cuando los moros acometieron y mataron a los reyes don García y doña Urraca, llegó presto... un rico hombre que en unas Historias era navarro y en otras de los Abarcas de las montañas de Aragón, lo que pone de manifiesto que en nuestros Pirineos había hombres y mujeres a los que llamaban Abarca...

y encontró el cuerpo de la reina, que por la boca de una grande herida descubría el hijo, que se esforzaba en vivir, sacando por ella la manecilla, como pidiendo socorro, para huir de aquel cadáver y sepulcro. [...]

El caballero... lo escondió... en lo alto de las montañas y en ellas lo crió. [...] De este interregno o período en que Sancho Abarca vivió oculto vienen confusiones de fechas históricas.

¿Cómo iba a morir Sancho Abarca el año 933 si su padre don García Iñiguez murió, como dice la *Crónica del Príncipe de Viana*, en 981, siendo enterrado en San Juan de la Peña? Y sigue diciendo que Sancho Abarca murió en el año 1008 y «fue sepultado con gran honra en San Juan de la Peña».

En el prólogo de la *Crónica de los reyes de Navarra* del Príncipe de Viana, escrito por Carmen Orcástegui, dice esta que «fueron dos redactores diferentes» los que escribieron dicha *Crónica*, lo que produjo confusiones, «tal es el caso de la coronación de Sancho Abarca, que sigue la narración de la crónica de San Juan de la Peña, pero presenta dos lugares diferentes de la misma y varía el período del interregno». Coincide con estos historiadores la doctora doña María Ángeles Campo, cuando dice: «Se cree que el linaje aragonés de los Abarca procede de Sancho Abarca, hijo del rey de Navarra García Iñiguez y de su esposa la reina doña Urraca Jiménez, hija del conde de Aragón».

En la *Crónica de los Reyes de Navarra* del Príncipe de Viana está escrito que «algunas veces calzaba abarcas... y tomó muchos lugares... entre los cuales había uno que hoy le llaman Sancho Abarca». «Y por cuanto vino calzado con abarcas, intituláronle Sancho Abarca. Y trajo por armas dos abarcas de oro... Y por el gran servicio que el dicho caballero que le crió le hizo, otorgóle por privilegio, para él y sus descendientes, que se llamasen Abarcas».

Ustarroz, gran amigo de doña Ana Francisca Abarca de Bolea, le escribió a don Bernardo Abarca de Bolea y Castro que su origen por línea recta de varón era la del rey don Sancho Abarca, uniendo aquella sangre real a la de las nobles casas de Castro e Híjar, que continuó con las casas de Aranda, Sástago y Fuentes.

El castillo-palacio de Siétamo fue del señor de Castro, que dejó todas sus riquezas a su hija, para que se casara con un Abarca de

Bolea. Por eso doña Ana Francisca de Bolea Mur añade en alguna de sus firmas «y Castro».

Don Pedro Pablo Abarca de Bolea quiso ser enterrado en el mismo lugar en que lo fuera el rey don Sancho Abarca porque las familias de los Abarcas, señores de la Garcipollera y de Gavín, y los Abarca de Bolea, marqueses de Torres, sabían que eran descendientes de dicho rey, como demuestra la carta de agradecimiento al abad de San Juan de la Peña, dirigida por el conde de Aranda, por haberle dejado investigar «su entronque con los reyes de Aragón» para poder ser enterrado con ellos.

A lo largo de la Historia se encuentran ilustres personajes entre los Abarca, como don Martín Abarca de Bolea, don Luis, don Bernardo, casi todos ellos diplomáticos, militares y grandes escritores, y señoras como doña Urraca hasta doña Ana Francisca Abarca de Bolea Mur y Castro y su sobrina doña Francisca Bernarda Abarca de Vilanova, hija de los señores, como decía don Federico Balaguer, de la baronías de Serué y de San Vicente. Por cierto que el señor de dichas baronías era amigo de Lastanosa y tenía un jardín en la «casa del Barco», y allí el señor don Eliseo Carrera encontró el escudo con dos abarcas del año 1622 y que tiene depositado en el jardín de su casa<sup>7</sup>.

El conde de Aranda dejó a sus obreros de la cerámica de Alcora la jubilación con su sueldo íntegro, y Ana María, que llegó a ser abadesa de Casbas, fue autodidacta y estuvo siempre preocupada por la mejora de la condición de las mujeres.

Los primitivos Abarcas caminaban con sus abarcas, juntos con el pueblo, y los últimos seguían mirando por el pueblo.

1997

## Los claustros de San Pedro el Viejo

Hoy he vuelto a los claustros de San Pedro el Viejo, a contemplar de nuevo los labrados capiteles preñados de figuras de ingenuidad inmensa, claustrales, y meditado sobre las urnas sepulcra-

---

<sup>7</sup> Nota del editor. Véase el artículo titulado «Eliseo» en esta misma sección «Temas históricos» (pp. 345-349)

les, he pisado las losas holladas tantas veces por babuchas morunas y sobre todo por abarcas mozárabes. He soñado con los pasos levitantes del rey monje, que pasea, salmodiando por las noches, recordando las liturgias de San Ponce de Tomeras y escuchando las campanas de las doce calaveras, me he adentrado en las capillas sepulcrales donde yacen los esqueletos de los niños, de los reyes, de abades y caballeros, ahora todos de igual suerte y guardados por la muerte.

Tras inscripciones góticas duerme nuestro rey Alfonso, llamado el Batallador. ¡Ay, cuánto de silencio se ha escuchado en tus claustros desde siglos pasados! Los ritos mozárabes y el canto gregoriano no rompen el silencio, lo acompañan solamente.

Tras un largo reposo hay hoy fiesta en San Pedro, el pueblo vuelve, suenan violines, cuyos arcos de paz contrastan con los arcos que tensaran otrora los fieros guerreros. El rey David, bajo su dosel, suena un arpa de piedra y el son del violín, en mi loco soñar, creo oírlos surgir del mudo capitel. La bailarina de los pechos erectos retuerce el cuerpo, recobrando la vida lascivamente por un momento.

Los acordes del arco en el violín se ven interrumpidos por un ruido estridente y cornudo de los borrachos, que van pasando por la calle.

Las notas que duermen en las cuerdas del arpa de David, así son cercenadas por el grito horrísono, que parece que lanzan los gritos violentos, lenguaraces y obscenos del otro capitel.

Vuelve el silencio al claustro, pero al cerrar los ojos los sonos más arcanos se pueden escuchar.

## Toro ibérico

El Mediterráneo es un mar metido entre tierras llenas de color, de cultura y de vida. Toda su costa está ocupada por pueblos que constituyen el núcleo de la cultura clásica, como Roma, Grecia, Israel, Fenicia, Egipto, Cartago y ¿cómo no hablar de la España Ibérica? Los íberos es probable que tuvieran su origen en el Mediterráneo o, si no lo tuvieron, recibieron influencias de las culturas fenicia, griega, cartaginesa y romana, entre las cuales se la está reconociendo ahora.

En el mes de octubre de 1997 se ha dado en París una selecta exposición sobre los íberos, exhibiendo más de trescientas piezas originales encontradas en España y en la zona francesa del Mediterráneo.

La cultura ibérica va del siglo VI al I antes de Jesucristo y sus conocimientos abarcan lo social, el arte, la escultura, los adornos, la cerámica y la escritura, afectando no demasiado a la arquitectura, que no destaca, aunque recientemente se ha encontrado en Valdetormo (Teruel), a orillas del río Matarraña, un fortín de esta cultura, con un torreón circular de doce metros de diámetro y cinco de altura.

Don Ricardo Olmos opina de los íberos que «quienes labraron en oro diademas, como Javea, o esculpieron en piedra caliza las Damas de Elche y Baza no estaban lejos de aquellos otros artistas que crearon sus mejores imágenes para la Acrópolis de Atenas».

Para demostrar esta afirmación se llevan a París el guerrero número uno de Porcuna de los comienzos del siglo V a. C., objetos pertenecientes al tesoro de Tivissa (siglo II a. C.), como un brazalete espiraliforme, la esfinge alada de Elche (no se lleva la Dama del mismo lugar) y un recipiente de cerámica que representa, en su superficie, la danza guerrera de Liria.

Se han encontrado restos de muchas actividades humanas, de la caza, de los lobos, de la ganadería, entre los que se encuentra el toro de Porcuna (siglo VI a. C.), otros toricos de Teruel y muchos más, que formaban parte, tal vez, de ganaderías que hubieran dado, artísticamente, origen al toro bravo español.

En Navarra, en el pueblo de Artajona, se encontró una cabeza de toro en una columna, resto que puede ser fuera romano, que recuerda la ganadería de Karri-Kirri. En el Imperio de Tiberio, en las monedas de transición del periodo ibérico al romano salen toros en las de Calahorra, Cascante, Alfaro y Tarazona. Salen también en las monedas ibéricas de Tarragona, Sagunto, Cuenca y sobre todo en las andaluzas. Algunos de estos toros dan la sensación de ser verdaderamente bravos, porque en ocasiones están embistiendo.

Pero hay una moneda de ITUCI (Tejada la Vieja de Sevilla), situada en la zona fenicia, que me regaló en Pamplona un simpático vendedor de la plaza del Castillo, en cuya cara aparece un guerrero ibérico montado a caballo y portando un escudo, enfrentado a un toro.

Esta moneda no se encuentra en el libro *La Moneda Hispánica*, publicado en 1992 y cuyo autor es Fernando Álvarez Burgos. Pudiera tratarse de un cuidador de toros, aunque parece extraño que un cuidador no estuviese en la moneda acompañado de más toros; parece más bien, que es un precursor de «un caballero cristiano, que pide licencia ufano, para lancear un toro». El hecho de estar solo el íbero con un toro, da a entender que se trata de torearlo, pues Juan Belmonte escribe: «Es verdad, y todo el mundo lo sabe, que el toro, en campo abierto, no embeste; solo suele embestir el toro abochornado, es decir, que se separa de la majada después de una pelea». «Se decide el toro a embestir cuando se le fuerza a ello, cuando no tiene más remedio, cuando ya está cansado de rehuir la pelea».

De este texto podemos deducir que al toro de la moneda se le ha sacado del rebaño y se le ha buscado para que acometa. Estamos, por tanto, en un precedente de la fiesta Nacional de los toros que seguía siendo la mayor afición del pueblo español en tiempos de Felipe II. «De los más de setenta mil habitantes de Madrid, las dos terceras partes acudían a la Plaza Mayor cada vez que se lidiaban cornúpetas, celebrándose el valor y destreza de los caballeros que se enfrentaban a los animales» (Arturo Pérez-Reverte).

A estos caballeros les ayudaban los hombres de a pie, como el paje que sale representado en una tabla de Rodrigo de Osuna (siglo XVI), que está en Gandía, y que se sube a un árbol para evitar el ataque del toro. El toreo de a pie durante el siglo XVI era como una ayuda a los caballeros y en el siglo XVII, como dice la *Enciclopedia de los toros* de Cossío, «acuden ya a las fiestas de toros verdaderas cuadrillas de profesionales navarros o andaluces».

Goya pintó mucho la fiesta de los toros e hizo un retrato del torero José Romero, vestido con un traje regalado por la duquesa de Alba.

Hoy la fiesta taurina tiene amigos y enemigos, pero la moneda ibérica de antes de Cristo nos recuerda que va unida al pueblo español desde siempre en el tiempo y geográficamente desde el norte en que se encuentra Pamplona hasta el sur donde se asienta Sevilla.

## Encierros en Huesca

«Unos decían que sí y otros decían que no», pero ¿de qué hablaban? Y yo respondo en este caso que de los toros. Es natural, porque el toro bravo es tan original, es tan entrañable para los españoles y tan exótico para casi todo el resto del mundo, que las polémicas sobre él y sobre las distintas formas de torearlo, como la lidia a pie, a caballo o las vaquillas, el toro de fuego, el toro ensogado y los encierros, han estado presentes entre nosotros desde hace muchos años.

En un ejemplar de *El Diario de Huesca* de agosto de 1877, se lee: «Al mágico grito de ¡a los toros!, el pueblo español se enardece, y unos por lujo, otros por compromiso, algunos por entusiasmo digno de mejor causa, los más empujados por la corriente, todos van, o por mejor decir, todos vamos a la plaza, y con repugnancia o sin ella, contribuimos a sostener los toros, en el íntimo convencimiento de que nada bueno ni útil ha enseñado, enseña ni enseñará el arte de los Pepe Hillo, los Costillares y Montes».

Pero la polémica da la impresión de que se daba en el mismo corresponsal, pues luego pasa a describir el ambiente de la plaza y el curso de la corrida, cuya belleza parece haber hecho suya.

Aquel 1887 las gentes de Huesca acogieron los toros con más entusiasmo que en otras ocasiones, pues en el año 1886 no se celebraron fiestas profanas por falta de dinero.

En 1912 se derribó la plaza, que estaba situada en el solar del antiguo convento de San Juan de Jerusalén, y hasta 1939 no se edificó la actual.

Huesca se quedó sin coso taurino, pero no podía quedarse sin toros; López Allué nos lo pone en evidencia en su libro *Coplas y más coplas*, sección de *El Diario de Huesca*, en que comentaba los problemas de la ciudad. López Allué vivió los toros en la Plaza Vieja que se derribó en 1912 y describe la escena del pueblo acudiendo a la corrida: «El Coso no era una calle a la hora de la corrida, era un río caudaloso desbordado de alegría». Nosotros vivimos cada año esa alegría, pero a través del Coso Bajo, porque el río laurentino que describe el Triso, discurría por el Coso Alto hacia San Juan, debajo del actual museo. En cambio, nosotros

vamos a los toros por el Coso Bajo, que al terminarse nos deja frente a frente con la actual plaza.

Nos cuenta también que «*in illo tempore*, hoy (refiriéndose al día de San Martín) había vaca ensogada», pero no solo *in illo tempore* «se corrieron vacas ensogadas, sino mucho más tarde» y leyendo *Coplas y más coplas* le parece a uno vivir un encierro: «Ante el peligro y el miedo unos y otros se apiñaban y entremezclados corrían y por las rejas trepaban o entraban en los zaguanes o saltaban a las tapias».

Estas escenas se repitieron en Huesca durante muchos años, pero no solo con vacas sino también con toros bravos, como hacía constar Mur Ventura en sus *Efemérides oscenses* y como testimonio el señor Ferrer, del gremio de carniceros y lleno de vida.

Venía la tradición de tan lejos que el mismo autor cuenta cómo en 1647 «un día que se corrían toros por las calles de Huesca, se encontró Ruiz de Castilla con un bravo animal que, por haber roto la cuerda, le persiguió hasta la iglesia de San Pedro el Viejo, tras cuya pila bautismal logró esconderse. A consecuencia del susto contrajo una enfermedad que le ocasionó la muerte».

El señor Ruiz de Castilla era catedrático de la Universidad, más preparado en su cerebro que en sus piernas, que sí tendrían mejor preparadas sus alumnos.

Preparados para el salto, la escalada por balcones y carreras ante el toro están los mozos actuales cuando piden que resurjan los encierros, de los que algunos dicen que nunca existieron en la capital de Huesca, pero cuando lees las obras de Juan del Triso, parece que está viviendo un encierro de verdad: «Dichosos tiempos aquellos / que al empezar la *tardada* / subían por San Francisco / corriendo a la desbandada / matracos y señoritos perseguidos por la vaca / elegida entre las *furas* / de Pompíen o de Lascasas».

«¿Y qué solera taurina / había en la *redolada*, / pues las *dulas* de los pueblos / contaban con vacas bravas / y en mi memoria estoy viendo / esas vacas con *tanganas*, / que como si fueran galgos / en el tiempo de la veda, / les colgaban del pescuezo / para impedirles correr / detrás de niños y abuelos».

## El molino de piedra

El oficio de molinero es uno de los más antiguos, ya que el hombre siempre ha tenido necesidad de moler los cereales para hacerse el pan, producto que tanto ha necesitado y por el que ha rezado cada día, antes por medio de oraciones paganas y más tarde por medio del padrenuestro, cuando decimos: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy».

Cuántas veces en el monte, en una margen o en la tierra que se labra con tractores, nuestros labradores encuentran unas piedras circulares, como las que yo encontré en el monte de Siétamo, antes de Olivito. Estas piedras son de distintos tamaños, pero pequeñas, porque para moverlas con las manos, si fueran grandes, no se podría. Las que yo tengo las encontré en dos veces y sin buscarlas y están labradas en forma circular, para moler trigo; la de abajo hacía de soporte y tiene trece centímetros de diámetro su circunferencia y una anchura o grosor de unos diez centímetros y la que se hacía girar es de unos siete centímetros. Ambas tienen un agujero redondo en sus centros, ambos coincidentes y por el que se haría pasar un eje de carrasca probablemente y en la rueda de arriba o giratoria, en un lado existía otro agujero, en el que se colocaría otra pieza de madera, a la que, con la mano se daría vueltas para moler el trigo que se colocaba entre ambas piezas.

Estos molinos deben de pertenecer a épocas primitivas o prehistóricas y sin embargo se siguen encontrando por las cercanías de pueblos, algunos de ellos ya desaparecidos, como el que yo encontré, que estaba en los restos casi totalmente desaparecidos del pueblo de Olivito. Algunos ven muy raro este nombre, pero no lo es, porque aún quedan por ahí *Fraxinito* (o *Fraxineto*), lugar donde vegetaban los fresnos, en aragonés *fráxins*; *Gabardito*, donde vivían las *gabardas* o rosales silvestres, etc.

Pero aquellos sistemas tan primitivos, y más propios de pueblos en algunos casos emigrantes, desaparecieron cuando se aprovechó la energía que produce, en unos casos el agua y en otros el viento. El hombre empezó a aprovechar esa fuerza motriz, con la que hacían funcionar a las piedras más grandes de los molinos, que las pequeñas de esas piedras que se hacían funcionar con las manos del hombre o de la mujer.

Aquí en nuestra tierra aragonesa se han dado los molinos de viento, de los que en Teruel todavía queda alguno. Donde no ha habido ríos han existido los molinos de viento. Todos sabemos que por Almudévar ahora pasa el canal con gran caudal de agua, pero antes no pasaba ni el canal ni ningún río y, sin embargo, tenían necesidad de moler. ¿Cómo lo hacían? Pues muy sencillamente, con molinos de viento.

En un artículo que escribí sobre la historia de Almudévar<sup>8</sup> pongo: «El año 1311 el rey concede un molino de viento a Juan de Almudévar, del que dice la Historia que era amigo del rey y portario. Este dato se encuentra en la página 157, del número 38 de la revista *Argensola*, del año 1959».

En *La Encomienda del Temple de Huesca* se puede leer: «Muy otra es la realidad de Almudévar y Baibién, donde la ausencia de cualquier corriente de agua impedía la construcción de molinos y así la villa de Baibién era la única de las que estaban bajo dominio templario en la encomienda de Huesca, que quedaba privada de cualquier instalación molinera hidráulica, lo que obligaría a la molienda con fuerza humana o animal». Es difícil pensar, en tales lugares exentos de ríos, en otras instalaciones que no fueran los molinos de viento.

En el siglo XIII ya existían molinos de viento en Almudévar, como se deduce del libro de Aliod y de Gabriel Ponce, que en la página 48 dice que el molino de viento lo dio el rey a Juan de Almudévar, que además de portario «era personaje influyente y cercano al rey».

De la misma forma que yo, sin ser investigador, he encontrado varios molinos manuales, los vecinos de Almudévar, si se empeñaran, descubrirían algún molino de viento, porque en las escrituras del señor Sarasa y en las de otro vecino de Almudévar yo he leído que poseían molinos de viento.

Pero los molinos más conocidos a orillas del Flumen, del Isuela, del Guatzalema y del Alcanadre son los de agua, que de esos ríos procede.

---

<sup>8</sup> *Nota del editor.* Véase el artículo «Almudévar» al comienzo de esta misma sección «Temas históricos» (pp. 327-330)

Hay una canción que revela la dureza de la vida de aquellos molineros que en ellos trabajaban, pero añade al final un consuelo que a alguno le parecerá tal vez grosero y dice así: «Qué polvo tiene el camino, qué polvo tiene el molino, qué polvo la molinera». El camino tenía el desagradable polvo que, con los carros y con los burros que llevaban la carga a moler y la sacaban en forma de harina, se levantaba; el polvo del molino ya era distinto, pues era el polvo de la harina más agradable, aunque a los molineros les produciría la tos. ¡Ay, moli, molinera, cuánto tenías que trabajar para dar de comer a los molineros y tal vez consolar a alguno de ellos!

He estado hablando con el hijo de un molinero, a saber de Jesús Ferrando Adé, que nació en el molino de Siétamo, y su padre estuvo en él durante unos cuarenta años, pero a los trece años de su edad se fue a trabajar al molino de Pertusa, dirigido por un hombre del que exclamó al nombrar a su dueño: «¡Era un Porta, un auténtico Porta!». Efectivamente que era un Porta, un hombre artesano cuyos antepasados es posible que vinieran de Francia y en Huesca llevaron molinos en el Alcanadre, allá en Abiego y en el Flumen, y un molinero de Siétamo se casó con una Porta y estuvo durante muchos años moliendo en el molino de la Santeta, y todavía muelen los Porta a nivel industrial en Huesca después de haber molido en las orillas del río Flumen.

Los Porta son casi todos ellos de una gran humanidad, pero el de Pertusa a todos los ganó, porque medía de un hombro a otro un metro y diez centímetros. Su voz no era recia sino más bien fina y cuando llegaban los burros con su carga al molino, no querían entrar asustados por el ruido que producía el roce de las piedras molineras y él les decía: «¡*Mozetas*, dejad el burro!», lo dejaban y a continuación lo cogía con sus talegas y todo, metiéndole el brazo por debajo de la tripa y lo introducía dentro del portal. El pobre *zagal* de Blecua, a saber Jesús Ferrando, en cambio no podía ni levantar la silla del gran molinero, ya que esta debía ser de *carrasca*, como era su cama, según me dijo el que también durante otros cuarenta años fue molinero en Siétamo y que se llama Avelino Zamora.

La molinera tenía también que trabajar y cuando llegaban los domingos les decía a los trabajadores: «Si queréis comer huevos fritos, primero tenéis que limpiar el gallinero y después ir a misa».

Pero además tenían que picar de vez en cuando las piedras del molino y poco a poco, para que quedaran bien suaves y pudieran moler con buen temple.

Cuando murió, que lo haría ya harto de trabajar, su alma iría al cielo sin ninguna pesadez, pero su cuerpo de la cama de carrasca lo tuvieron que sacar por el balcón, atado con cuerdas, y tuvieron que colaborar en tales operaciones muchos hombres fuertes que con él habían hecho fuerzas toda su vida, entre otras cosas, con las piedras del molino.

## Eliseo

La casa de los Abarca derribada en la calle de Sancho Abarca nos debe recordar a Francisca Bernarda Abarca y no, como decía don Ricardo del Arco, al conde de Aranda, porque dicho palacio era de los Abarca, pero no de los Abarca de Bolea.

La citada casa no sé si comprendía también la parte que por sus bajos da al Coso Alto, pero debía de estar separada de la parte de arriba, que tenía hasta hace pocos meses (2001) un palacio con una gran fachada con un hermoso alero de madera, al parecer del siglo XVI o XVII. En el libro de los monasterios de Buesa Conde se ve en un mapa la casa de los Abarca separada por la muralla de la parte baja del Coso Alto, en el que existían unas pequeñas casitas y allí no cabía el espléndido Jardín de Abarca, y esto llevaba a la consecuencia de que no se sabía dónde estuvieron situados los jardines que en Huesca tenía don Francisco Abarca y Vilanova.

Pero este verano del año 2002, un domingo a las diez de la mañana, me encontré en el kiosco próximo a la parroquia de Santiago con don Eliseo Carrera y hablamos de los Abarca de Bolea y me llevó al jardín de su casa, donde me enseñó una piedra esculpida a cuatro caras, en una de las cuales se encuentran dos abarcas, en otra hay una *A* mayúscula, para, en la cara de al lado encontrar la sílaba *ño*, con la que completa la palabra *año*, que precede a la cifra 1662, que pone en la cara siguiente.

Le pedí permiso para fotografiar la piedra que contiene en sus cuatro caras el escudo y el año en que se esculpió y él me dijo que desde luego que sí, que cuando quisiera. Acudí varias veces a su casa y el día 5 de noviembre del año 2002 la fotografié y le volví a



Escudo de Abarca

preguntar que dónde había encontrado dicha artística piedra.

Me explicó que donde acaba y se divide el Coso Alto, y frente a una gasolinera, se encuentra la llamada Casa del Barco, limitada por el este por la calle de Costa y por el oeste por la de Monreal, y por el norte había un jardín que él compró con los señores Mata y Ferro.

Parece ser que, más que un verdadero jardín, eran los restos de uno más bello y más grande, que saldría al sur por la Casa del Barco y por el norte se prolongaría por el terreno donde el señor Carnicer levantó edi-

ficios y, tal vez, se introdujera en el actual terreno de los Salesianos. Es curioso cómo al solar lo llamaban jardín porque por allí había soportes de hierros que sostenían en unos casos rosales y en otros cepas, al tiempo que los vendedores parecían conservar una tradición de que allí existió uno. En esos restos encontró don Eliseo Carrera la piedra con el escudo de los Abarca.

Se ha hablado en Huesca sobre el escudo con las dos abarcas que existía en la fachada de la casa Abarca de la calle de Sancho Abarca, y don Federico Balaguer me dijo que se lo había llevado a la provincia de Teruel un pariente de la familia que ya no conservaba el apellido, pero ahora nos encontramos con un escudo con el mismo apellido y del mismo dueño, es decir, el del famoso jardín de don Antonio de Bolea y Vilanova, de Serué y de otros lugares de nuestra provincia. Este escudo está esculpido en una piedra especial, no está labrado en piedra arenisca, y se conserva como si estuviera recién hecho. No está tallado solo en una cara para colocarlo en una pared, sino que tiene cuatro caras, como para ponerlo sobre una columna, en una entrada de palacio, en una fuente o en otro cualquier lugar de un jardín.

El escudo tiene la fecha de 1662, y en 1679, el mismo año en que se publicó la obra de Ana Francisca Abarca de Bolea *Vigilia y Octavario de San Juan Baptista*, murió don Antonio Abarca y

Vilanova, padre de doña Francisca Bernarda Abarca de Vilanova, que promovió la publicación de dicha *Vigilia y Octavario* y que en el año 1683 colaboró con su tía doña Ana Abarca de Bolea en la construcción del retablo de la Virgen de la Gloria.

Balaguer me dijo que en la parte del Coso hubo un Casino Sertoriano, que recordaba al Salón Cultural de Lastanosa que se encontraba en la vecina casa, al otro lado del Coso (por casa de Mingarro, poco más o menos). Arriba parece ser que hubo una especie de salón de baile o de café-cantante, recordando don Federico que más tarde del dicho salón salían multitud de costureras, unas ochenta, que entraban y salían por la calle de Sancho Abarca. Don Ricardo del Arco al parecer opinaba que la casa-palacio que estuvo ocupada por los Almacenes de Simeón era propiedad de los condes de Aranda, pero esas casitas en la que estaban situados los Almacenes Simeón no eran ni de Abarca de Bolea ni de Abarca. Don Federico Balaguer conoció al heredero de los Abarca cuando ya se había perdido tal apellido y no sabía si tuvo descendientes directos con el mismo apellido. Añadió don Federico que dicho señor se llevó el escudo, creo que a la provincia de Teruel.

El descubridor del escudo de los Abarca fue un hombre de una gran dignidad y amante de su tierra porque no guardó el escudo por vanidad, sino porque le llamaba la atención la historia de los Abarca. Era un hombre generoso, porque decía: «En esta vida he dado mucho, sin pensar que se me devolviese nada y por el contrario he recibido mucho... muchísimo; no sé cuánto ni cuándo». Me contaba que había nacido en Villanueva de Sijena y por eso, como un auténtico aragonés, amparado en la historia que contara Pedro Saputo, pintó, y conserva todavía en su casa de Huesca, un cuadro en que se ve al fondo el pueblo, más acá unos verdes árboles; cerca del río Alcanadre y sobre las aguas de este se ven pasar los «testículos» del caballo de Roldán, que perdió en su salto desde la Peña Men a la Peña Amán y dejando sus «obras genitales» en un montón de hierbas secas, como un canastillo de Moisés, allá en el río Nilo.

A los tres meses de edad lo llevaron sus padres a Barcelona y siempre estaba tocando con una guitarra en medio de su familia, que cantaban jotas, y sobre todo su madre, que llegó a cantarlas en

Radio Barcelona cuando no existía tanto catalanismo y Eliseo tenía seis o siete años. Tenía también un hermano de su madre, llamado Antonio, que también cantaba jotas, como si siguiera viviendo en Villanueva de Sijena. Pero en Barcelona no solo cultivaba su cultura aragonesa, sino que aprovechaba el tiempo estudiando dibujo, francés, taquigrafía, mecanografía, contabilidad, teneduría de libros y, ¿por qué no decirlo?, picardías, puesto que era niño en el barrio de las «izas, rabizas y colipoterras», como las llamaban los barceloneses y también Camilo José Cela.

Cuando le llegó la ocasión de su boda se casó con Carmen Bleuca Allué (*Alouette* en francés), cuya historia es la de haber sido la mayor de siete hermanos, lo que la hizo ir pronto al campo, a limpiar la casa, a guisar todo tipo de caza y toda clase de frutos del campo.

Cantaba, como he dicho, maravillosamente y era la primera del coro en la iglesia, cantando por última vez en el pueblo en presencia del caballero que presidía a todos los demás de la Orden de Malta en Sijena, acto que solía tener lugar todos los años. Iban todos vestidos con el uniforme de la Orden de San Juan de Jerusalén, que los hacía lucir su categoría de caballeros de la Orden de Malta. Fue la última vez que cantaron en Sijena, un día del mes de junio, porque al mes siguiente explotó la guerra civil española. Eliseo, con la colaboración del médico del pueblo, logró salvar un número considerable de libros del monasterio que, cuando acabó la guerra, entregó a las monjas.

A su priora la llevó con su coche a Barcelona a hacerse una visita médica, una vez establecido en Huesca. La priora le encargó a la madre de Carmen que le guardara las joyas, que tenía ocultas dentro de un montón de trigo, lo que realizó Carmen y se las devolvió en su día, regalándole dicha priora una cruz de Malta de las enteras, pues las había también medianas. Las relaciones entre las monjas de San Juan de Jerusalén y las familias, tanto la de don Eliseo, como la de su esposa, eran de una familiaridad antigua y cristiana. Las religiosas en el monasterio de Sijena exponían símbolos que representaban la historia de su Orden, a saber, la de San Juan de Jerusalén, que fue la continuadora de la antigua orden de Malta. La cruz de Malta era, por consiguiente, la que las religiosas llevaban bordada en sus hábitos en la toca y en el pecho. Había

cambiado el color de la primitiva cruz de Malta, que fue de color rojo, para pasar a ser de color blanco. Usaban dos clases de cruces, a saber la cruz entera, que exhibían las monjas «de dote» y la media cruz, que portaban las religiosas dedicadas a trabajos manuales. Tenían otra cruz de Malta, hecha con plata y esmalte, que podía ser usada por medio de una aguja, y una de ellas se la regaló la, tal vez, abadesa del monasterio, a doña María Salillas, abuela de la esposa de don Eliseo, doña Carmen Blecua. La cruz que recibió la familia, fue la cruz entera de Malta, que todavía conservan.

Se marchó a Barcelona de muy niño y hemos visto cómo conservó su patriotismo aragonés, pero sin embargo sus estudios y el medio ambiente en que vivía lo tornaron comerciante, como si de un catalán se tratase, pues los catalanes se dedicaron al comercio hace ya siglos, porque Cataluña era una tierra pobre y se tuvieron que dedicar a la industria y al comercio. Por ese motivo, más o menos recto, han sido mirados con cierta ironía los catalanes, y eso le pasó a Eliseo, que al llegar a Huesca, que le llamaba porque era su tierra, notó también un cierto resquemor de los oscenses, que lo veían comerciante. Pero como él decía: «En la vida he dado mucho, sin pensar que me devolvieran nada, pero, por el contrario he recibido mucho... muchísimo». Como recibió su familia (su esposa, en el escrito) una cruz entera de Malta, por serle fiel a la priora del monasterio de Sijena.

Esta actitud de desprecio o indiferencia me hace recordar una fábula que de niño nos enseñaron y consistía en que un sapo, con su veneno, mataba a las libélulas; cuando una de ellas, al verse morir, le preguntó al sapo que por qué la mataba, este le contestó: «Porque brillas».

2002

## San Vicente y san Lorenzo

Los hijos de la villa de Almudévar, vecina de Huesca, tienen una memoria extraordinaria, ya que todavía se acuerdan del rey de Aragón Alfonso el Batallador, que fue el que la conquistó a los moros, para desde allí pasar a tomar Zaragoza, que llegaría a ser la capital de Aragón. También se acuerdan, pasando por la Virgen de la Corona, de la del Rosario, a la que celebran, antes

de salir el sol, las auroras. Y no se olvidan tampoco del Quijote aragonés, Pedro Saputo.

Estos viejos recuerdos los mantienen optimistas, porque en un monte donde no pasaba ningún río ahora pasa un caudaloso canal que hace verdear ese monte y hace que surjan nuevas industrias en su, recientemente creada, zona industrial.

Pero ese valiente rey Alfonso, haciendo caso a la llamada acogida de los mozárabes de Granada, organizó una expedición durante los años 1125 y 1126, y al pasar por Valencia se le unieron multitud de mozárabes con los que repobló algunas zonas conquistadas a los árabes.

Se cree que numerosos de esos mozárabes que liberó Alfonso el Batallador en Valencia se establecieron en la ciudad de Huesca, teniendo como parroquia la iglesia románico-gótica de San Miguel.

La citada expedición del rey de Aragón tuvo el inconveniente de que algunos árabes fanáticos expulsaron a unos cuarenta monjes del monasterio e iglesia de San Vicente, con el pretexto de que ellos habían colaborado con el rey de Aragón, faltando al «pacto» que tenían con los cristianos, que entre otras cosas prohibía a estos levantar nuevas iglesias. Esto demuestra que cuando a principios del siglo VIII los árabes invadieron Valencia, ya estaba el monasterio celebrando sus ritos litúrgicos y su veneración a san Vicente. En la *Hagiotoponimia* (relativa a los nombres de los santos) de san Vicente, protomártir de Valencia, escribe Castell Maiques en el año 1993 que quedó confirmado con lo anteriormente dicho que el monasterio existía cuando los árabes entraron en Valencia, a principios del siglo VIII. No se sabe cuándo sus monjes adoptaron las reglas de san Benito. Añade «que hasta aquel momento se conservaba en su basílica sepulcral el cuerpo de san Vicente Mártir». Es casi seguro que en tiempos romanos estuviese enterrado en un sarcófago del final del siglo IV, que se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Valencia, y que lo encontraron en la iglesia de San Vicente de la Roqueta.

El monasterio y la basílica de San Vicente de la Roqueta son nombres que ha conservado la tradición y la memoria del pueblo valenciano, pues en el lugar donde Daciano, en el año 304, mandó arrojar el cuerpo del santo, había, como se dice en lengua valenciana,

una «Roqueta» o pequeña roca, de la que en la actualidad no queda casi nada. En el cuadro del martirio de san Vicente de Liesa (pueblo del municipio oscense de Siétamo) que se encuentra en la Diputación Provincial de Huesca se ve el cadáver del santo, al que hacen guardia unos cuervos, conmovidos por sus sufrimientos, según lo recordamos los altoaragoneses y, según dice Castell Maiques, arrojado entre ellos y otras fieras, para darle mayor desprecio.

¡Cómo cultivan su memoria los valencianos, cuando recuerdan a san Vicente!

Recuerdan la iglesia, el monasterio, el hospital, el hospicio, la huerta y el hospital de San Vicente o de Roqueta o de San Vicente de Roqueta y se acuerdan también de «una obra social, rara en el siglo XIII: los pensionados de la corona, consistente en dar alojamiento, alimentos y vestido a los funcionarios jubilados hasta la muerte».

Los valencianos estudian todo lo que los une a la historia de san Vicente, pero reconocen que este santo fue diácono de san Valero, obispo de Zaragoza y martirizado en el año 304 ó 305, y considerarán la comunicación de una carta, de fecha 1143, en que Hermann de Tours le cuenta al abad de san Vicente de Laón la expulsión de los cuarenta monjes del monasterio de Roquetas. Dicen que esta carta es «el testimonio explícito más antiguo sobre este convento» de Roquetas.

Reconocen que los reyes de Aragón, desde Alfonso el Batallador, «habían tenido como feudo espiritual suyo el mencionado conjunto vicentino de Valencia». Y llama la atención la relación que establecen entre Aragón, en este caso Huesca, cuando el rey Jaime I, «el 19 de marzo de 1232 donó, para cuando los poseyese, el lugar y la iglesia de San Vicente al monasterio altoaragonés de San Victorián de Asán», que por cierto, aunque no se sabe exactamente dónde estaba localizado, algunos dicen que estaba en las proximidades de Montearagón. Alguien piensa que coincidiría con el viejo monasterio de San Martín d'a Bal d'Onsera, pero hay que recordar que este era un convento de monjas y el de San Victorián de Asán era de monjes.

Fueron muchos los escritores que narraron las glorias de san Vicente, como Aurelio Prudencio, que en su *Peristéfanon* le canta

con veinticuatro versos. También lo recuerda el obispo san Paulino, y «corona esta tríada» san Agustín (354-430), que en un sermón, pronuncia las siguientes palabras: «¿Qué región habrá hoy o qué provincia, donde se extienda el Imperio Romano o el nombre cristiano, que no goce al celebrar el natalicio o fiesta de Vicente?».

Pero Valencia sigue amando a san Vicente y continúa, desde 1970, venerando en su catedral la reliquia del brazo izquierdo de san Vicente Mártir, que se trasladó a Bari al principio del siglo XII.

Confiesa el autor del libro que san Vicente mártir es quizá desde la Reconquista el patrón primario de la ciudad de Valencia.

La «Font Santa», en el pueblo de Cullera, está dedicada a san Lorenzo, diácono y mártir, a san Vicente, también diácono y mártir, y a san Valero, obispo de Zaragoza, y se reconoce la influencia espiritual de Aragón en Valencia, en un lugar donde el mar arrojó el cadáver de san Vicente mártir.

Exponen a Huesca como ciudad originaria de san Vicente y luego hablan de su trabajo en Zaragoza como diácono de san Valero, y comenta el viaje que, junto con su obispo san Valero, hicieron para ser inmolados en Valencia, pasando por Daroca, Teruel y Sarrión en Aragón, para a continuación pasar por Morella, Segorbe y Sagunto en Valencia.

La memoria de los aragoneses de Velilla de Cinca recuerda el encuentro que tuvieron san Lorenzo, que venía de Roma, con san Valero y san Vicente a orillas del río Cinca, y este recuerdo lo tienen plasmado en la ermita que se encuentra cerca del pueblo. ¿Sería posible tal encuentro cuando hay dudas sobre las fechas en que vivieron san Lorenzo y san Vicente? Además, dice la tradición oscense que ambos santos eran parientes.

Mientras en Valencia levantaban el monasterio de Roquetas, en Huesca se han levantado tres iglesias de San Vicente, a saber la alta y la baja. La alta está en el convento de las madres carmelitas, pero en la casa de al lado hay pisos en los que se ven columnas y restos de arcos del antiguo templo dedicado a san Vicente, con lo que resultan ser dos los templos: uno el que existe ahora y el más antiguo, que está a su lado y del que quedan algunos restos. La iglesia baja está en el Coso Alto y es una iglesia que en Huesca se ha dedicado a muchas actividades religiosas y civiles, como conciertos

musicales, por ejemplo. En esta iglesia se encuentran san Lorenzo, primer patrono de Huesca, y san Vicente, que es el segundo. En estos momentos se está acabando de arreglar la iglesia de San Lorenzo y, gracias al Señor, se ha aprobado últimamente la restauración del templo de San Vicente.

Hay dificultades en esta restauración, porque los fieles tienen que aportar cierta cantidad de dinero, pero si nos fijamos en los valencianos, veremos cómo «recuperan su patrimonio defendiendo su cultura», y en los de Almudévar, que no solo han restaurado su parroquia, sino que han restaurado sus imágenes y cuadros.

Los valencianos ya se preocupan del año de san Vicente, que será el que va del 22 de enero de 2003 a la misma fecha de 2004, en que se celebrará el XVII centenario de su martirio, y dicen que van a «proponer, por todo ello, un modelo cultural que contribuya a una mejor convivencia fundamentada en los valores humanos y cristianos».

Dice la Roqueta de san Vicente Mártir: «Vicente era un diácono que vino a Valencia desde Aragón... Acompañaba al obispo Valero... Vicente no dejaba de ser un joven venido de fuera» y además de tener un valor cristiano, tenía una tozudez aragonesa, que lo llevó a triunfar sobre el paganismo de Daciano.

Los valencianos son más ruidosos que los altoaragoneses, pero eso no quita nada a estos últimos para que se nieguen a dar su dinero, cada cual según sus posibilidades.

Basta escuchar el sermón primero de san Agustín de los años 410 a 412, que dice así:

Con los ojos de la fe hemos contemplado un grandioso espectáculo, la victoria total del santo mártir Vicente. Venció en el interrogatorio, venció en los tormentos, venció en la confesión, venció en la tribulación, venció al ser quemado por las llamas y venció al ser sumergido en las olas; finalmente venció siendo torturado y venció muerto.

Los oscenses sus paisanos, ¿no sabremos imitarlo en la lucha por aportar limosnas y donativos, cada uno según lo que pueda, para conservarnos en su fe y en su energía que parece sobrehumana?

## San Lorenzo es el alba de Huesca

Ramón J. Sender en su obra *El Alba de oro* cuenta un amor desbordante a su querido Aragón, narrando el amanecer de su monarquía. Empieza por atribuirse a sí mismo un apellido del primer rey de Aragón, a saber Garcés, pues lo llamaban Sancho Garcés Abarca. Fue con su familia a veranear al pueblo aragonés de Sancho Abarca, que se encuentra al lado de Navarra, donde también reinaba el citado Sancho Garcés Abarca, y en dicho lugar se encuentra una ermita románica y una zona donde dicen que tenían sus tropas el campamento.

El padre de Ramón J. Sender era secretario de Tauste, cercano al pueblo de Sancho Abarca, y tal vez por esa razón fueran a veranear a tan histórico lugar.

María Ángeles Campo coincide con el antiguo padre maestro Pedro Abarca cuando dicen creer que el linaje aragonés de los Abarca tiene su origen en Sancho Abarca, que fue hijo del rey de Navarra llamado García Iñiguez y de su esposa doña Urraca Jiménez, que fue hija del conde de Aragón.

Los hermanos Carrafa se sorprenden del llamativo origen del sobrenombre Abarca, palabra vasco-navarra y entonces también aragonesa. Añaden: «Aun admitiendo que hubiese en Aragón un linaje de Abarca anterior al rey don Sancho, siempre resultaría que don Sancho fue el tronco principal y primer ascendiente de este apellido». El nombre de Aragón también es vasco, pues fue un condado hermanado con Navarra, tanto es así que don Sancho Abarca fue enterrado en San Juan de la Peña. Y siguieron en la historia de Aragón figurando muchos Abarcas, unos de Bolea y otros de Serué, siendo enterrado por sentimientos históricos don Pedro Pablo Abarca de Bolea en San Juan de la Peña, igual que el primer rey de Aragón, don Sancho Abarca.

Se han dado en Aragón periodos de abandono de su historia y vemos cómo San Juan de la Peña se abandonó miserablemente, llegando el monasterio moderno casi a desaparecer. ¡Cuántos libros se perdieron entonces en tal lugar! Los mismos vecinos de Botaya rescataron alguno de ellos, de los que muchos se han perdido.

Pero el mismo novelista Sender recuerda aquellos viejos tiempos y ha tratado de dejar en los aragoneses el afecto por su historia.

Para ello escribe en su libro un pergamino imaginado, que dice: «Prefacio hecho por mí mismo a las ordenanzas de este castillo, levantado según memoria escrita por Sancho Garcés Abarca para que sea leído una vez por mes». Y entre otras cosas dice: «De tres clases de hombres (y mujeres) está hecha la fortuna y la gloria de esta tierra... Los unos que por su buen ánimo para tratar con el prójimo, su corazón amoroso de Dios y de los hombres, su sentimiento del bien y su disposición para ayudar a los demás, han llegado a borrar de su alma todas las pasiones y los malos afectos y viven sin tener más presencia que la sombra de las virtudes. Esta clase de hombres son los santos». Hay otros hombres y mujeres de los que «Dios se sirvió... que supieran poner en buena retórica gozos santos y cantares profanos. A esta clase de seres los llamaremos la de los poetas». Habla por fin de los héroes y heroínas y saca la conclusión: «Los tres hombres (y mujeres) más necesarios al fundamento de la grandeza son los santos, los poetas (y los filósofos) y los héroes».

Entre ellos se encuentran casi todos los Abarcas, entre los que está Ana Francisca Abarca de Bolea, de la que estamos celebrando el cuatrocientos aniversario de su nacimiento, gran poetisa en castellano barroco y en *fabla* aragonesa, en la que dirige una hermosa poesía a la sierra de Guara. Otra es doña Francisca Bernarda Abarca de Vilanova, hija de los señores Barones de Serué y de San Vicente y nacida en Huesca en la calle de Sancho Abarca, en el palacio que se aprovechó para convertirlo en Almacenes Simeón. El año pasado lo derribaron y ahora lo están reconstruyendo. Contamos entre otros con los militares don Bernardo y don Martín Abarca de Bolea, además de otros guerreros, escritores y poetas.

Por fin espera Sender que en Aragón haya siempre gobernantes «que lleven por ese camino a la verdadera gloria de obtener en esta peña fuerte de Sancho Garcés Abarca, algún hombre que, alcanzando en su más alto estadio las tres virtudes de heroísmo, santidad y saber o poesía, mejore el camino de los demás», como hicieron Sancho Abarca, Ana Francisca Abarca de Bolea y el conde de Aranda, nacido en Siétamo. El conde de Aranda está también enterrado en San Juan de la Peña y con él se acabaron en Aragón los nobles Abarcas, pero quedaron los múltiples Abarcas sin nobleza escrita pero de noble corazón y todos descendientes, como dijo

el antiguo escritor Abarca, del rey de Aragón y de Navarra, Sancho Abarca.

Hemos visto cómo eran aquellos tiempos de su reinado, todavía se hablaba vascuence en muchos pueblos de nuestro Alto Aragón, pero hay que tener en cuenta que en la tierra habitada por los ilergetes vasco-ibéricos, la influencia romana o latina llegó antes que, por ejemplo, a Vizcaya y a Guipúzcoa y con mucha fuerza. Estos no pelearon con los romanos, como por ejemplo los astur-cántabros, los ilergetes, los oscenses y los navarros.

Don Antonio Naval Mas escribe en el *Diario del Altoaragón* el día 30 de mayo de 1993: «En los años 84, 86 y 87 se hicieron excavaciones en la calle Costa... Los residuos de torres excavados ya estaban ocultos en la Edad Media... las torres exhumadas se remontan a la antigüedad ibero-romana, pues queda ya más que claro que esta existe como algo posterior». La profesora Almudena Domínguez dice en el *Diario del Altoaragón*, que «Osca se originó a partir de un núcleo indígena asentado sobre un cerro elevado de topografía irregular... A pesar de su buena posición estratégica junto al río Isuela, protección segura hacia el norte y levante, dispuso de murallas no conservadas». Don Antonio Naval Mas acaba su escrito sobre las murallas diciendo: «Las murallas deben decididamente ser incorporadas al marco urbano de la ciudad, haciéndolas hablar con una restauración adecuada y un soporte didáctico fácil, para que todos los habitantes de la ciudad y forasteros que junto a ellas pasen descubran la huella de una historia que no es solo la de Huesca sino la de los remotos tiempos de Iberia». San Lorenzo tuvo que ser conocedor de algún tramo de muralla ibérica, pues en el siglo I ya había culturizado Sertorio nuestra ciudad. Se estaba comunicando *Osca* con Lérida, con Zaragoza y con Pamplona, «en cuyo rumbo está Sexto (caserío de Castejón de Becha) y posiblemente las quince millas de Quinzano, tal como indica Agustín Ubieta» (Domingo Buesa). María Ángeles Magallón habla de la antigua calzada de Toulouse-Pompaleón «que iba desde el cerro de la Alegría de Monzón hasta Pamplona cruzando de este a oeste las tierras de Huesca». Ahora estamos con los mismos problemas que entonces, a saber, la creación de las autopistas, cuya ausencia nos está cortando las relaciones con dichas ciudades, cuando en tiempos de san Lorenzo ya estaba hechas las vías romanas.

Los ilergetes dominaban desde Lérida hasta Huesca y hablaban el vasco-ibérico, como indica el nombre de *Osca*, que en el diccionario vasco-castellano, pone que *Osca* quiere decir «muesca» o «apertura» y es la muesca que forma el Salto de Roldán la que figura en el escudo oscense. En la sierra de Santo Domingo está la *Osqueta*, hendidura a través de la cual se ven las Cinco Villas, y nuestros ganaderos cortan en las orejas de sus ovejas unas aperturas, que llaman *osquetas*, unas a la derecha y otras a la izquierda, y mientras unas van delante, otras van detrás, de tal forma que dan lugar a conocer la propiedad de las reses.

Pero Huesca llegó a alcanzar una gran romanización, yendo abandonando las lenguas vascas y celtas. Los celtas entraron en España por el Pirineo de Huesca y por el navarro Roncesvalles y siguieron siendo vecinos, con zonas en las que entendían el vasco, como se ve más tarde, en el periodo del visigodo Wamba, que ejercía una labor de vigilancia de fronteras y algunas veces los vecinos francos o vascones atacaban sus comarcas... Wamba acometió el año 672, una gran expedición contra los vascones, «que dejaron sus palabras, costumbres y ritos brujeriles», como hemos visto que le pasó a Sancho Garcés con el apodo vasco de Abarca, que tuvo que preocuparse por la sociedad de los navarro-aragoneses y por su cultura, sobre todo en sus monasterios, como el de San Juan de la Peña y en el de Leire.

Pero en el siglo II y en el III de nuestra era se expansionó la religión cristiana y «las primeras comunidades... muy pronto van a dar el testimonio de su fe en el trágico sucederse de las persecuciones romanas contra unos cristianos que defendían la dignidad del ser humano en un mundo de esclavos» (Buesa).

Y ahora volvemos a las teorías del barroco Baltasar Gracián y de Ramón J. Sender, que dicen que lo que hacía falta en la dirección de los pueblos es la moral, el arte y la cultura. Gracián marca como fin de la vida del hombre el «llegar a ser persona» porque, a pesar de su respeto por la vida del hombre, proclama que esta debe modificar su conducta y observar de un modo nuevo y así será una buena persona, que lo hará héroe, político y discreto. Por eso pone al rey Fernando, esposo de Isabel la Católica, como modelo de rey para Aragón. En su obra *El Héroe*, con su estilo cerradamente barroco, escribe: «Mas apreciando los héroes verdaderos, equivocan en

Augustino (san Agustín) lo agusto con lo agudo y en el lauro (Lorenzo) que dio Huesca para coronar a Roma compitieron la constancia y la agudeza».

Sender en su *Crónica del Alba*, como he escrito en este artículo, dice: «De tres clases de hombres (y mujeres), está hecha de fortuna y de gloria esta tierra. Los unos... su corazón amoroso de Dios y de los hombres... su disposición a ayudar a los demás y vivir sin tener más presencia que la sombra de sus virtudes. Estos hombres son los santos». «Hay otros hombres y mujeres de los que Dios se sirvió... que supieron poner en buena retórica gozos santos y cantares profanos. A esta clase de seres los llamaron la de los poetas». Habla por fin de los héroes y heroínas y saca la conclusión: «Los tres hombres y mujeres más necesarios al fundamento de la grandeza son los santos, los poetas y los héroes».

Estaba definiendo el alba de oro de Huesca con las virtudes de san Lorenzo, y todos los que han de gobernar en nuestra ciudad han de imitarlo. Entre el siglo II y el III d. C. la religión cristiana aparece en *Oscá* y sus discípulos los cristianos tendrían que dar testimonio de su fe al ser perseguidos por las autoridades romanas que habían creado un mundo de esclavos, al contrario que ellos, que creían en un ser humano digno. Esta es el alba de oro de la ciudad oscense, en la que aparece san Lorenzo, del que «nos habla Antonio Durán, que debió nacer en la ciudad de Huesca a principios del siglo III, que fue arcediano responsable de la administración de la iglesia de Roma y que alcanzó el martirio el año 258 en la persecución de Valeriano». Sí, san Lorenzo es el alba de oro de la ciudad de Huesca, porque «si España se gloría de haber dado cuna al ilustre mártir san Lorenzo, si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, también Francia cuenta entre sus especiales honras la de poseer una parte de sus preciosas reliquias» (*Año Cristiano*, de Juan Croisset). Y para los oscenses es su primera y más brillante estrella y la admiran y van a contemplarla a la ermita de Loreto, que no dejaron caer, y allí mirando con elegancia las llanuras, regadas con las aguas de la alberca del mismo nombre, nos recuerda a sus padres san Orecio y santa Paciencia, que allí tenían su finca en el campo, y cuando subimos por el camino que nos conduce a tal ermita, al llegar a la torre de Farina, echamos piedras, mensajes de cariño en el pie de una cruz que allí se encuentra.

Y vamos a venerar a san Lorenzo a su iglesia parroquial, que se está reparando a pesar de las dificultades económicas, y los danzantes, descendientes de aquellos danzantes vasco-iberos, bailan y bailan con gran fe y con entusiasmo y se hacen viejos, pero nunca faltan hombres nuevos que continúan el baile cada día de San Lorenzo.

Cada año se celebran los tormentos que san Lorenzo tuvo que sufrir con «cárcel, azotes con escorpiones, varas y cordeles empleados, planchas de hierro hechas ascua. Por último fue asado vivo en unas parrillas, donde consumó el martirio».

Y es que san Lorenzo responde exactamente a las cualidades que exigen a los gobernantes, a los santos y a los discretos, Baltasar Gracián y Ramón J. Sender, pues es difícil encontrar un hijo de padres tan santos como san Orecio y santa Paciencia. «Padres tan virtuosos y tan santos necesariamente habían de dar a su hijo la más cristiana educación. Correspondió a ella Lorenzo admirablemente, tanto por la noble belleza de su índole, como por la docilidad de su genio, y por una inclinación como nativa a todo lo que era virtud. Admiróse desde luego en él un corazón noble, intrépido y generoso». Estas palabras demuestran que era poseedor de la discreción que Gracián exigía a los nobles aragoneses, obedeciendo la moral de san Sixto, encantado tanto como asombrado de la inocencia y de los raros talentos que reconoció en nuestro cristiano un héroe. Y san Lorenzo demostró serlo «cuando llegó a sus oídos la prisión del Santo Papa, cuando corrió a la cárcel, resuelto a no separarse de él en los suplicios, como quien suspiraba ansiosamente la corona del martirio». Y habla Sender de que las tres virtudes que cita, como las nombró Gracián, no se dan a veces solas, sino que se mezclan como armonías de virtud, porque Lorenzo, antes de sufrir todos los crueles tormentos a que fue sometido, obedeció a san Sixto, que le dijo: «Consuélate, hijo mío, que pronto cumplirá el cielo tus encendidos deseos... anda y sin perder tiempo distribuye a los pobres los tesoros que se fiaron a tu cuidado, y prevenite para recibir la corona del martirio...». «No se detuvo ni un momento. Partió al punto, entregó a los fieles los ornamentos y vasos sagrados, recogió todo el dinero que estaba destinado al socorro de los pobres, encaminóse a aquellos parajes de Roma donde estaban ocultos los cristianos y recorrió todas las cuevas y

lugares subterráneos, para repartir entre ellos las limosnas... y acabó de repartir entre los pobres todo el dinero que tenía».

Croisset escribe: «La limosna no es una caridad pura y gratuita, puesto que al pobre se le da aquello mismo que se ha recibido por él, con estrecha obligación de emplearlo en provecho suyo; título de justicia, contra el cual peca el rico que no tiene caridad con el pobre. ¿Pues cuánta será la obligación de aquellos cuyas riquezas solo se componen de las limosnas de los fieles?». Así lo comprendió nuestro querido obispo don Javier Osés, que cuando acababa el mes ya no le quedaba ni una peseta, porque lo había dado casi todo.

Como hemos visto, san Lorenzo unía a la fe y la esperanza la caridad, pero el arte no lo abandonó jamás, porque muchos oscenses hemos visto la romana y de gran belleza basílica donde se encuentran reliquias suyas, acordándome de una gran piedra de mármol, teñida con la sangre del santo. Además en la misma ciudad se encuentran otras iglesias que lo recuerdan, pero por todo el mundo se halla la devoción a san Lorenzo, como en América, en Europa y dentro de esta en Huesca, donde se está haciendo de su parroquia una hermosa iglesia con una fachada que recuerda una parrilla y pasará la procesión por casa de Vilas, donde tal vez san Lorenzo vuelva a ver los restos de la muralla ibérica de Huesca, y a lo largo del año vamos a Loreto, donde se encuentra su moderna figura, tallada por el buen artista Larruy. El rey Felipe II tuvo la idea de hacer en Loreto el gran monasterio de El Escorial, pero diversas dificultades, como el terreno húmedo, se lo impidieron, y esto, unido a la cercanía de donde hoy se encuentra con respecto a la corte española, lo llevó a realizar las obras de «El monumento más magnífico en honor de San Lorenzo del Escorial, elevado en recuerdo y agradecimiento por la victoria española en la batalla de San Quintín».

Para San Lorenzo se cantaba: «San Lorenzo, San Lorenzo, / en qué buen tiempo has venido, / en el tiempo de la trilla, / que todos tenemos trigo. / Trigo, trigo, / lo que sobre “p’al” bolsillo». Y el apóstol san Pablo, en su *Carta a los Corintios* escribió: «El que siembra poco segará también poco, y el que siembra copiosamente, segará... y aquel que suministra la semilla al que siembra, también dará pan para comer, y multiplicará vuestra sementera, y aumentará más y más los frutos de vuestra justicia».

Y la discreción de la justicia de nuestros gobernantes hará que se den cuenta de que el agua que recogen del río Guatizalema es preciso no que la devuelvan, pero sí que busquen los medios para que los pueblos de las orillas del río no dejen de regar.

Es que, según las palabras de Sender, san Lorenzo fue el alba de oro de los habitantes de Osca y sigue siendo esa misma alba de oro de los oscenses actuales, para que progresen materialmente y conserven su devoción a san Lorenzo.

2002



TEMAS VARIADOS



## Almazán y los de Almudévar

Cuando llegaban las ferias de Almudévar acudían a ellas multitud de gentes, no solo de Huesca y Zaragoza, sino de Jaca, de Sabiñánigo y de Graus, que en aquellos tiempos tenían que sufrir muchos sacrificios, ya que las comunicaciones eran más dificultosas que las de ahora porque tenían que hacer con aquellas caballerías y ganado vacuno grandes caminatas pisando el duro suelo de caminos y *cabañeras*. Pero me he quedado corto en el origen de los feriantes que acudían a las ferias, porque no he contado con los de Cataluña, Valencia, Navarra e incluso con los castellanos.

Pero, cuando se celebraban las ferias en los lugares citados, también acudían aquellos ciudadanos que en sus ferias fueron visitados y así vemos cómo los de Almudévar visitaban entre otros lugares el pueblo, que era de un tamaño parecido al suyo y además centro comarcal de la tierra de Almazán y por este pueblo pasa el río Duero, pero tiene el inconveniente de estar situado a 950 metros de altura, lo que hace de él un lugar enormemente frío.

Yo pude comprobarlo, hace ya muchos años, allá por el 1952, cuando estando de estudiante en Zaragoza me invitó a ir a las ferias de Almazán un valenciano que conmigo estudiaba Veterinaria. Entonces me enteré de que era hijo de un tratante pues, al llegar a las ferias, se puso una blusa de tratante y se cubrió la cabeza con una boina, caminando entre los diversos animales con un palo. Y comprobé lo del mal *orache*, porque no sé si en mi vida he pasado alguna vez tanto frío, contemplando al mismo

tiempo cómo iban llegando campesinos, algunos montados en sus mulas y tapados desde la cabeza a los pies con una manta, igual que cuando pasas por la provincia de Teruel en invierno y ves algunos pastores defendiéndose del frío de la misma forma.

Yo no acudí a Almazán con la intención de comprar ningún animal pero en Almudévar cuentan, con su romance del *agüelo* Balcones, que «Cuatro ricos de Almudévar / han hecho una sociedad / para ir a comprar vacas / a la feria de Almazán».

Caminábamos con mi compañero de posada en posada para intentar comer algo y, como él había estado con su padre varias veces comiendo en esos garitos, no encontramos dificultad para combatir el frío de dos formas, una por la boca comiendo y otra estando refugiados en el interior de un local. Algo así les pasó a los de Almudévar que «Llegaron *ent'*Almazán / y no tenían posada / y si no por el notario / se están pelando la pava». No me acuerdo de lo que nosotros comimos pero «Tartón y Larraja piden / p'almorzar unas judías, / y huevos con longaniza / Benedicto y Borderías».

Nosotros en el ferial comentábamos la forma de los animales, su edad, pues mi amigo les miraba la boca abriéndosela con sus fuertes manos, pero los de Almudévar «Ya salieron al ferial: / treinta y seis vacas compraron. / Se murió una en el camino; / treinta y cinco les quedaron. / Llegaron a la estación; / se pusieron a *embarca-las*. / Al entrar en el vagón / una se rompió una pata. / En la estación de Almudévar / desembarcaron las vacas / y en l'*aira* de Manolico / dejaron una por flaca».

Mientras los dos mozos nos volvimos a Zaragoza para seguir estudiando la calidad de la carne o su rechazo, según fuera buena o mala, los feriantes «Al llegar *ent'*Almudévar / llaman al veterinario; / yo no sé lo que diría, / carne de vaca *vociaron*».

Y nosotros para estar preparados el día de mañana, cuando acabáramos la carrera y tuviéramos que inspeccionar la carne de vaca, dijimos: «¡Hala!, a estudiar». En tanto que los ganaderos al darse cuenta de que «Ya estaban en Almudévar / se dijeron: / “Habrá que buscar *goyero*”. / Y “pa” *goyero* buscaron / a un chiquillo y a un *agüelo*. El chico era Carabinas / y el *agüelo* de Citaes, / que “pa” jornal les pedía / seis pesetas y *labrale*. “De *labrate*, lo que quieras; / de jornal, cinco pesetas”. / Y entonces dijo Larraja: / “Yo te daré una chaqueta”».

Está claro que Larraja, al ofrecerle una chaqueta, se acordaba de lo mal que vestían en Almazán, cuando iban cubiertos con una manta y *choditos* de frío, tanto es así que «La chaqueta que le dio / era de lanilla fina. / “¡Hostia, qué maja te está!”, / le decía Carabinas». Pero a pesar de pasar tantas aventuras y tratar de arreglar los jornales y las yerbas, «Se entera el Ayuntamiento, / les encarece las yerbas, / no les queda otro remedio / que *parti-las* o *vendelas*».

Total, que les pasó lo que le pasa a todo el mundo con el correr del tiempo, porque a nosotros se nos fastidió el ganarnos unas perras con las caballerías y con las vacas y al padre de mi amigo se le acabó el negocio de tratar animales en las ferias porque se acabaron con ellas las mulas y las vacas de prado. Y los de Almudévar tuvieron que hacer lo que hizo el señor Bello, que se vendió las mulas y las substituyó por máquinas, como tractores, trilladoras y cosechadoras.

Lo mismo tuvieron que hacer los protagonistas del romance porque: «Con el dinero que sacan / compraron una trilladora / y un reloj de pulsera / para enganchar a la hora. / La trilladora va bien / pero le hace falta gente, / unos se van a cagar... / y otros por agua a la fuente».

Algo así les pasó a los veterinarios porque hace unos pocos años los quitaron de los pueblos. ¡Qué profeta era el *agüelo* Balcones!

## Amor desinteresado

«Por el mes era de mayo, / cuando hace la calor, / cuando los enamorados / van en busca de su amor». Como corría el mes de mayo y hacía calor, *mosen* Marcelino creyó que aquella hermosa mujer, que preguntaba por su difunto marido, acudía a la llamada del amor.

Pensó que se trataba de un amor puro, sin ningún interés, seguramente querría enterrar a su esposo en tierra sagrada, pues la señora le había advertido que el cadáver estaba enterrado en el monte, debajo de una carrasca.

El cura estaba contento, además de por ser mayo, porque se le ofrecía la oportunidad de complacer a una hermosa mujer, a cuyos encantos no es fácil ser inmune aún siendo sacerdote, y porque,

como corrían tiempos de penuria, tendría ocasión de cobrar un duro para él, una peseta para el sacristán y calderilla para los *escolanos*. Estos, por mandato del sacristán, fueron corriendo a buscar al señor Joaquín Puyuelo, que por su profesión de podador y *leñazero* conocía todas las carrascas del monte.

El *mosén* había recibido a sus visitantes en la *solanera* que tenía en su casa, pues en la sala tenía instalada una capilla y en el balcón colgaba una llanta de camión, que al golpearla con un martillo sonaba como una campana. La iglesia parecía una venta robada pues, durante la guerra, había sido usada como garaje e incluso había un foso para reparar vehículos.

He hablado de los visitantes y he sabido que la señora venía acompañada por un caballero.

El señor Joaquín no tardó en llegar. Se le explicó que se trataba de localizar el cadáver del esposo de la hermosa y el cortejo fúnebre se puso en marcha hacia la carrasca. El podador, *limpiador* lo llamamos aquí, entró en su casa, que le venía de paso, a cogerse la *jada*. Parecía un entierro sin muerto pero se trataba en realidad de un desentierro. Y poco le costó al señor Joaquín desenterrar al difunto, pues en las guerras se pierde poco tiempo en cavar, si no hay un negrero que a fuerza de culatazos te hace trabajar. Un gitano de Barbastro decía que lo pasó muy mal durante la guerra porque lo hicieron palear para enterrar muertos. El cadáver quedó patente, no tenía ni caja. El cura habló de la necesidad de ir a buscar unas parihuelas para llevarlo al cementerio.

Aún no había acabado de hablar el cura cuando el caballero acompañante se lanzó sobre el muerto y se puso a buscar algo en el pequeño bolsillo del pantalón, bajo la cintura, en el que antes se llevaban los relojes y en el que ahora, al haber perdido su objetivo, algunos hombres esconden aquello que no quieren que vean sus mujeres, y sacó lo que buscaba: un hermoso reloj de plata repujada. Se lo entregó a la señora, que lo metió en su bolso al tiempo que, dirigiéndose a *mosén* Marcelino Playán, le decía: «Es que sabe, este hombre es ahora mi marido». Este, cogiendo del brazo a la bella y sin decir gracias ni adiós, se fue como se iría cualquier bestia con su bella hembra.

Al desenterrador, a pesar de ser un hombre endurecido por haber comido pan de mil hornos, le entraron ganas de llorar, pero

reaccionó y todavía me parece oír por las noches su mezcla de juramentos y de risas. Después echó tierra encima y *s'en fue*. El cura se quedó sin duro. El pobre ya murió. El sacristán, a pesar de todo, siguió siendo feliz pero con la pequeña frustración de que después de haber aprendido latín el siguiente cura se puso a decir la misa en castellano. Los *escolanos* viven en la emigración, pero yo, a pesar de lo anteriormente narrado, no pierdo la fe en el amor. Y es que el primer amor, no se olvida nunca y siempre nos conmueve. El segundo marido o la bestia, como ustedes lo quieran llamar, también murió.

La doble viuda cobraba su pensión pero descubrió que renunciando a la del segundo marido podría cobrar la del primero, que iba a ser más sustanciosa y además los ilarguísimos atrasos! Y dicen que ha hecho los trámites para volver a su primer amor, que mientras no se demuestre lo contrario, es el verdadero.

Al menos, así lo cantan los poetas.

1981

## El ángel del Señor anunció a María

¡Qué pocos seres humanos siguen gozando de la música que se entona y que se canta a Santa María, Madre de Dios! ¿Quién se acuerda de cantar el Domingo de Pasión el himno de Venancio Fortunato? El que entre otras antífonas canta la de belleza sublime, casi divina, de aquella que reza así: «*O Crux, ave, spes unica, / hoc Passionis tempore / piis adauge Gratiam, / reisque dele crimina*». Y en nuestra lengua romance se dice así: «¡Salve, oh, Cruz, única esperanza nuestra! En este tiempo de Pasión aumenta en los justos la Gracia, y borra los crímenes de los reos».

El pensamiento humano de los cristianos que rezan estas oraciones razona sobre las dos lenguas, la latina y la castellana, pero añade a ellas una lengua universal, que es la dulce música con que canta las antífonas y esa lengua de la que algunos dicen que no se entiende, resulta que a los cantores del *Himno a La Cruz* les hace unir esa Cruz Redentora al Cuerpo de Cristo, y el Cuerpo de Jesús les hace tener un amor enorme a la Virgen Inmaculada, como cuando rezan cantando: «*Angelus Domini nuntiabit Mariae / et*

*concepit de Spiritu Sancto*». Es decir «El ángel del Señor anunció a María y esta concibió por obra del Espíritu Santo».

La música es una lengua universal porque es móvil de nuestro espíritu interior, ya que nos mueve la alegría y nos conmueve el brotar de nuestras lágrimas, es decir, que mueve en nosotros lo que a veces son incapaces de provocar las palabras. Cuando nuestros misioneros entraban por la selva Amazónica, allá en el Paraguay, caminaban por ella y no veían a casi nadie, que además trataba de esconderse, y entonces los misioneros sacaban los oboes y los hacían sonar melodiosos en el bosque y se daba el milagro de ver aparecer a multitud de indios, que escuchaban aquella lengua musical que los convertía de enemigos en amigos, que los acogían en sus casas.

Pero no hay que recordar sucesos tan lejanos en el espacio y en el tiempo sino, simplemente, observar cada año cómo nuestros danzantes, encendidos por la música que acompaña sus dances, los interpretan de tal modo que hacen que ellos mismos entren en trance, como queriendo unirse al santo y a los dolores de su martirio, que hace al pueblo sentirse, al escuchar tal música y ver cómo interpretan su lenguaje, muy cerca del Señor.

Y no es un caso raro el de los Danzantes de Huesca, pues se lee en el libro de Samuel que cuando subían a Jerusalén el Arca de la Alianza para guardarla allí, «David y todo el pueblo de Israel bailaban delante de Yahvé con todas sus fuerzas, cantando con cítaras, arpas, tambores y címbalos». Ambos sucesos revelan una relación con el Señor que toca los corazones de los hombres.

Los salmos son no solo una realización artística, sino que el hecho de cantarlos es la conservación de la tradición de un pueblo. Entre los salmos los hay de alabanza a Dios, los hay de lamentación y los hay de acción de gracias. Y tenemos que recordar que sin duda Jesús, unido a su Madre, la Virgen María y a san José, cantaron los salmos y la misma Escritura dice que después de la institución de la Eucaristía, Jesús y sus discípulos «cantaron los himnos» o salmos de Hallel, que los judíos cantaban después del banquete pascual.

Pero la Iglesia ha hecho de los salmos su forma de orar, diríamos oficial. San Pablo en la *Epístola a los Efesios* dice: «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados, cantad y salmodiad

en vuestro corazón al Señor». Más tarde apareció el canto gregoriano, atribuido al papa san Gregorio Magno, aunque hay que señalar que es el resultado de los cantos litúrgicos desde el siglo VII al IX. Luego se introdujo el acompañamiento del órgano y apareció el canto polifónico, que enriqueció la música eclesial con una enorme cantidad de melodías y de maneras de ejecutarlas. No solo se cantaban los salmos al Señor, sino que se puede escuchar la *Salve Regina*, *Mater misericordiae* y antífonas tan bellas como aquella que dice: «*Assumpta est María in caelum / gaudent Angeli, laudantes benedicant Dominum*». No es la música el último fin de la liturgia y de los actos religiosos, el fin es Dios, y esa música es como una lengua universal que nos acerca al Misterio de Dios. Es natural que ante tal Misterio nazcan vocaciones de cantores religiosos, que son como testigos de la existencia de Dios, pues cantan el contenido de la Escritura y ellos la meditan y no solo la cantan. Tienen estos cantores una misión que es sanar a la sociedad moderna de la indiferencia, objeto de un desequilibrio de la vida de los hombres, que solo contemplan el bienestar y el consumo, estando apartados de la contemplación moral, estética, teórica y religiosa.

Renovemos el cantar de los salmos, ya que el salmo 150 dice: «Alabad al Señor en su santuario, /alabadle en el firmamento de su poder. / Alabadle al son de clarines, / alabadle con el salterio y la cítara. / Alabadle con panderos y a coro, / alabadle con instrumentos de cuerdas y el órgano. / Alabadle con timbales sonoros, / alabadle con timbales de júbilo. / Todo espíritu alabe al Señor».

## El árbol de Benasque

Yo considero que lo evidente no necesita demostración. Me basta observar al anciano que con sus ojos cansados por el paso de los años contempla un tilo o un castaño en cuyas ramas y en sus hojas los descansa. Me sirve con pasear plácidamente por un bosque para constatar que respiro de verdad, que respiro de un modo que me hace sentir parte integrante de esa naturaleza que hemos destruido alrededor de las ciudades, y muchas veces en los campos, a los que hemos llevado a la desertización por ausencia de árboles y de hombres juntamente. Basta con mirar a aquellas zonas en que se situaban pueblos y aldeas antes llenas de vida.

Os voy a contar una historia que parece un cuento, un cuento de hadas por el optimismo que inhala en todo corazón sensible. Son sus protagonistas una «antigua región donde los Alpes franceses penetran en la Provenza» y un hombre sencillo, que transformó la calidad no de vida, más bien diría yo de muerte de esa región, en una excelente calidad de vida.

En aquella región solo había desolación, todo era gris y allí solo crecía la lavanda, como en estos eriales solo crecen la aliaga de espinas agresivas y el esparto duro, y el agua está solo en el deseo o con suerte en alguna balsa con larvas de mosquito, circunstancia que hace cantar a nuestros agricultores en los secanos aragoneses jotas desgarradas, como aquella que dice: «Segadora, segadora, / qué aborrecida te ves, / todo el día en el rastrojo, / ni aún agua puedes beber».

Al relator de esta historia, Jean Giono, le ocurría lo mismo que a la segadora: no podía beber agua después de tres días de caminar por aquellas soledades provenzales. Llegó a la aldea, que había dejado de serlo convirtiéndose en un cúmulo de ruinas. Me acuerdo, al llegar a este pasaje, de pueblos de nuestra provincia como Lúsera o Paternoy, donde hace escasos días comprobé que aun quedaba agua en un pozo, pero en la aldea francesa se había secado hasta la fuente.

Siguió Jean andando todavía durante cinco horas, sin poder beber, hasta que divisó a lo lejos un pastor rodeado de escasas ovejas. El buen pastor calmó su sed con agua que había sacado de un pozo y que llevaba en un recipiente que él mismo se había fabricado con una calabaza.

Eleazar, que así se llamaba el pastor, vivía en una casa de piedra que había hallado derruida y que él mismo se había reconstruido. Aquella noche dio posada al excursionista y compartieron la humilde cena, después de la cual, el pastor sacó una bolsita cuyo contenido vació sobre la mesa; eran bellotas de roble, que se entretuvo en elegir una a una para volverlas a meter en la bolsita, que a continuación sumergió en un cubo de agua. Durante el tiempo que duró la cena y la operación de clasificar las bellotas se escuchaba el soplar del viento.

Ese ruido del aire era inmisericorde, tanto que recordaba el aullido de los lobos, como el que yo tantas veces he escuchado en

esas viejas y enormes casas del Somontano donde el viento se cuele por las tejas, por los tejidos de los cañizos, por las grietas de algún tabique rajado y por las puertas que no ajustan. Es más suave el sonido del viento en los lugares donde hay árboles y estos son frondosos; sus ramas filtran y moderan el impulso de Eolo, dios del aire, cuando sopla, y hasta tiene cierto encanto el son del viento y el de las ramas al meterse en dulce movimiento. Hablaba poco Eleazar pero le contó que en aquella enorme comarca se ubicaban cuatro o cinco pueblos más rodeados de robles albares, que todavía estaban habitados por carboneros. Quedaban pocos vecinos y, a medida que iban quemando los árboles para hacer carbón, iban despoblándose los pueblos hasta quedar desiertos; el clima era crudo, cada vez más crudo, lo mismo en verano que en invierno, a medida que desaparecían los robles o *queixigos* (*caxicos*). El medio ambiente influye en el carácter de las gentes, que desean en casos como este huir a las ciudades, y encima estaba el viento que crispaba los nervios a los hombres y mujeres y se daban a menudo los casos de locura y los suicidios. Hago notar un paralelismo entre esta situación de la comarca de que hablo y lo que ocurre, por desgracia, según muestra la estadística, en nuestro Alto Aragón. Aquellos pueblos estaban muriendo por falta de árboles y la campiña también, porque las fuentes estaban secas y por los regatos no corría el agua. Eleazar amaba la naturaleza y la quería resucitar; por eso al día siguiente soltó sus ovejas después de haber sacado las bellotas del cubo de agua y se fue al monte. Dejó sus ovejas en el valle al cuidado del perro y ascendió a la montaña, donde, haciendo agujeros en la tierra con la contera de hierro de su vara de pastor, iba depositando las bellotas, que después cubriría de tierra con sumo cuidado.

Comieron al llegar el mediodía y después siguió con su siembra. Confesó a Jean que «había estado sembrando cien árboles al día durante tres años», lo que hacía un número de cien mil, de los que habían nacido veinte mil, suponía que a causa de los roedores solo quedarían diez mil. Tenía Eleazar entonces (1913) cincuenta y cinco años y prometió que, si Dios le alargaba treinta años más la vida, sembraría muchos más. Mantenía también un semillero con hayucos cerca del pozo de su casa, protegido por una valla para que las ovejas no lo dañasen y pensaba plantar abedules en los

lugares bajos, donde la humedad oscurecía la tierra. Juan el viajero se despidió al día siguiente de Eleazar, de quien en tan poco tiempo y con tan pocas palabras se había hecho amigo. Llegó la primera guerra mundial al año siguiente (1914) y Jean se vio enrollado en ella pero cuando acabó, y después de haber sufrido tantas calamidades, se acordó del hombre que seguramente seguiría haciendo la paz en Provenza y volvió a verlo. Ya desde lejos divisó cómo una alfombra gris cubría las montañas. En ese bosque tan joven, se había cambiado el paisaje. Allí estaba Eleazar, que conservaba solo cuatro ovejas para que su anterior rebaño no perjudicase las tiernas plantas y vivía de cien colmenas, cuyas abejas al mismo tiempo le fecundaban las plantas. El bosque tenía once kilómetros de largo por tres de ancho. Se abrazaron y «cuando volvimos al pueblo, (escribe Jean) vi agua corriendo por los riachuelos, al mismo tiempo que reapareció el agua, también lo hicieron los sauces, juncos, prados, jardines, flores y una nueva razón de existir».

En el año 1939 estalló la guerra mundial y durante ella estuvieron en peligro los árboles, con tanto cariño cultivados, a causa del uso de los vehículos de gasógeno, pero la lejanía de la zona de cualquier estación de ferrocarril los salvó.

En 1945 volvió Jean a la comarca antes estéril, que ahora era recorrida por un autobús. ¡Había subido la calidad de vida! En Vergons, donde antes solo vivían tres personas atrasadas que casi se odiaban unas a otras, manteniéndose atrapando algunos animales con cepos como si se tratara de hombres primitivos, ahora había veinticinco habitantes y las cinco casas habían sido restauradas y rodeadas de jardines. La fuente «manaba con alegre murmullo» y a su lado crecía un tilo florecido, en su tiempo de floración. Aquel viento violento y endiablado había dejado paso a una brisa que olía a ozono, «los viejos riachuelos, alimentados por las lluvias y las nieves que el bosque atraía de nuevo». «Gentes de otros lugares donde la tierra era más cara, se habían instalado allí y los jóvenes reían y aportaban su alegría».

Un solo hombre realizó una labor de dioses, recreando una naturaleza muerta. ¿Por qué, estimulados por tal ejemplo, no nos comprometemos todos a plantar a lo largo de la vida tantos árboles como tengamos oportunidad? Si no podemos plantar muchos,

defendamos la selva, el bosque e incluso el árbol solitario. Si plantar uno solo dicen que justifica una existencia humana, plantemos cuantos más mejor, que aunque no pasemos a la historia como Eleazar, por lo menos seremos felices al pensar que estamos mejorando nuestra calidad de vida y la de nuestros semejantes.

Amigos que tenéis la paciencia de leer esta historia, no solo es bella y conmovedora, sino que encierra una profunda filosofía o mejor saca a la luz de la evidencia una filosofía: que Dios estableció un equilibrio de fuerzas en la naturaleza y así como la ruptura de fuerzas en el microcosmos atómico conduce a la destrucción, la ruptura de fuerzas en el medio ambiente, puede conducir a la destrucción de la especie humana.

¿Qué pasó en aquella tierra provenzal? El hombre en su lucha por la supervivencia esquilmo el bosque para hacer carbón. A continuación desapareció el agua, cambió el clima y emigraron los hombres y curiosamente los animales.

Algo parecido ha ocurrido con nuestro Somontano, donde se ven fotografías en que ya habían desaparecido todas las carrascas del horizonte, pero ahora, cuando miras algunas laderas, ves cómo están vistiéndose de nuevo; y es que antes las cortaban para los hogares, las estufas y para hacer carbón en las *caberas*. Otros, cada año, al llegar el invierno, quemaban la superficie de la tierra para que en primavera saliese más cantidad de hierba. Al fin lograban que esa tierra se tornase completamente estéril. Cuando uno va por la carretera de Barbastro hacia el este y se fija en las laderas de Fornillos, todavía se ven algunas carrascas pero al llegar a Montearagón es difícil ver una sola. ¿Por qué no se repuebla esa zona, que con el tiempo llegará a reproducirse por sí misma?

Nuestros amigos de Peña Guara me han comentado, alguna vez, que han observado que al despoblarse un pueblo, a continuación desaparecen los conejos y pájaros. Chateaubriand dice que al bosque le sigue el hombre y al hombre el desierto. En el caso de Eleazar fue el hombre el que transformó el desierto en bosque.

De estas consideraciones filosóficas, quiero pasar a hacer un canto a la selva y al árbol individualmente: Oh, selva, *silva* de los latinos, cuán grande es tu belleza que llamaron silvas a versos itálicos, que incorporó Góngora a nuestra lengua castellana. Hay unas silvas graves para filosofar, que yo asimilo a plantaciones

arbóreas, heredadas del Mediterráneo, olivos, almendros y granados, y hay silvas más ligeras con variedad de metros y en ellas veo las selvas, los bosques nemorosos, donde el dios Pan hace sonar la flauta, que alegra a los pastores y seduce a las ninfas. El son de su siringa excita el bosque, que fecunda a las nubes para que paran agua, aparean a las aves, al urogallo esquivo, y las ardillas ágiles se encelan por las ramas; entre tanto las setas arrojan sus esporas al mantillo fecundo y surgen arco iris de sombrerillos vírgenes que riman con las luces, que proceden del cielo y se filtran entre las agudas hojas del pino y del abeto.

Antes, dicen que cuando las ardillas se sentían viajeras, bajaban del bosque alpino de Benasque, pasando por los bosques de robles o *caxigos* y por los carrascales o encinares, a los olivos y almendros y alternando los variados tipos arbóreos de España, llegaban al Peñón de Gibraltar.

Mas no eran solo ellas las que tal hacían, porque según contaban los ancianos, al cariño de la lumbre del hogar, había en Benasque unos duendecillos, gnomos o enanos de los bosques que vivían en las setas a las que convertían en casitas y subían por el talo y por el tejado se metían en el sombrerillo; cuando se hacía viejo su refugio, encontraban fácilmente su acomodo, porque de las esporas de la seta vieja surgían a millones nuevas setas de colores. También los enanitos, como las ardillas, eran traviosos y gustaban del placer de ser viajeros y bajaban de los bosques de montaña a otros bosques, donde encontraban también hongos que les daban asilo y así llegaban a la orilla de los ríos, como el Ebro, el Tajo y el Guadiana, donde en los tocones de los chopos hay también hongos hermosos, aunque blancos. Un amigo mío de Castejón de Arbaniés me ha dicho que en las orillas del río Guatzalema, por Vadiello y por San Cosme y San Damián, también viven los gnomos.

Dicen que para pasar los ríos empleaban como barcas las setas, que invertían; les ponían en el talo una hoja ancha como si se tratara de una vela y en esa barca improvisada alcanzaban la orilla opuesta. Algún enano más travioso se hacía amigo de una libélula tan traviesa como él, pues no en vano son llamadas los caballitos del diablo, se montaba en sus lomos y atravesaban el río. Los enanos ya inventaron, como veis, eso de viajar por tierra, por el agua y por el aire. De este modo los enanitos del bosque llegaban a

Gibraltar, donde solo las ardillas podían llegar. Entonces no había rejas en Gibraltar y, aunque luego las pusieron, no sería inconveniente su existencia para que la ardilla ágil, pudiera pasar sobre ellas, ni para que los *follets* o enanitos de Benasque pasaran por entre dicha rejas.

Como resulta evidente, el único inconveniente que existe para llegar al Peñón de Gibraltar, es la deforestación, la tala cruel de los bosques y los incendios forestales, que han cortado los caminos a las ardillas y a los gnomos. Sería más simpático para los niños de España que en el Peñón enredaran y jugaran las ardillas y los gnomos, en lugar de hacerlo los ingleses y los monos, que vienen de importación.

He hablado antes de que había silvas líricas y propias para cantar a las selvas y a los bosques, pero que había otras para cantar al árbol, al árbol cultivado, como ocurre con el olivo y que también está siendo objeto de la manía arborícola. Por el canto que le dedico veréis cómo también su ausencia ha traído como consecuencia el descenso brutal de la calidad de vida a muchos de nuestros compatriotas y para otros la muerte: el Huerto de los Olivos, Huerto de Getsemaní, lugar del beso traidor donde por treinta dineros entregaron a Jesús. Olivos mediterráneos, milenarios, que retuercen sus raíces y sus troncos formando las oquedades donde anidan las lechuzas. Es la *olibera* el árbol de Minerva, diosa de Sabiduría, que naciera del cerebro de Júpiter. «Sobre el olivar se vio a la lechuza volar y volar; san Cristobalón la quiso espantar, porque se bebía el velón de aceite de Santa María».

¿Qué tendrá el olivo madre, qué tendrá el olivo viejo? Aceite para encender a la Virgen lamparillas, aceite para sanar las llagas del caminante, aceite para aliñar la ensalada de los pobres y las viandas del rico. Riqueza ha sido por siglos, en el mundo de occidente, del occidente clásico, navegaban las galeras con sus remos, también los barcos veleros, con sus bodegas repletas de ánforas de aceite fino. A la sombra del olivo, filosofaba Séneca en su Bética natal y en Bilbilis de Aragón, escribía el gran Marcial.

Ha adelantado la Ciencia y la emplean para el mal, porque la Sabiduría, para algunos, hoy es solo como una cosa banal. En el olivar penetran las orugas mecánicas; desarraigan de la tierra el árbol de verde y plata, arrastrando los olivos a la nada. Del cere-

bro de Júpiter salió Minerva y su árbol y de cerebros malditos salió el aceite tóxico, que no de plantas clásicas.

Huyó del olivar en desbandada la lechuga sabia y sobre la meseta castellana se vio a los vampiros volar y volar. Los treinta dineros para ellos son pocos. Los tiempos modernos requieren millones. Sobre las ciudades se vio a los vampiros volar y volar. Sobre la meseta los castillos altos y las chozas pobres. Por las portaladas entraban vampiros en el arrabal. San Cristobalón los quiso espantar porque se bebían la sangre del pueblo. Sobre los páramos se vio a los vampiros volar y volar, entre los colmillos un ramo de colza traían.

Cada país tiene su árbol «tótem», así los canadienses ponen en su bandera el arce, los libaneses el cedro, los valencianos aman el naranjo, los griegos clásicos el olivo, los vascos veneran al roble de Guernica y los aragoneses al Árbol de Sobrarbe, la Santa *Lezina* o *carrasca*. Los del Somontano tenemos un cariño especial por el *lito-nero*. Todos, de niños, en nuestros pueblos somontaneses, hemos subido a sus copas a contemplar los huevos y los pollos de la *picaraza*, *picaza* o *urraça* y a ver si ese córvido ladrón había depositado en el nido algún anillo o algún pendiente, que dicen se llevan de algún balcón o solanar, donde la dueña había estado cosiendo al sol.

Pero el principal atractivo del árbol, aparte de su belleza, se concretaba en los *litones* (almezas en castellano), frutos de corteza negra y dura, escasa pulpa amarilla y dulce y grueso hueso, que una vez despojado de su envoltura, proyectábamos, en guerra infantil, por medio de un *cañuto*, a modo de cerbatana improvisada. Eran y son todavía dulces los *litones* porque, hace unos días, un caballero somontanés y médico me dijo que él los guardaba en su casa y cuando le apetecían se comía dos o tres, como aquel que comulga con su tierra. Yo lo he comprendido y él a mí, también. Entonces le dije al boticario: «Son los *litones* igual que píldoras (*pin-doletas* en aragonés), el doctor los recetará y tú los dispensarás a todos aquellos que estando fuera, sientan nostalgia de su Somontano natal; yo, como veterinario, se los recetaré a las *picarazas*, a los tordos, a los mirlos y a las aves todas del cielo somontanés para que vayan depositando su semilla por los montes».

Amemos el bosque y respetémoslo, no solo por su belleza, sino para que nuestra calidad de vida no se deteriore, como ocurrió en

aquella comarca de la Provenza francesa, como está sucediendo actualmente en el Sahel africano, donde mueren personas y animales, y como puede sucedernos a nosotros si no somos amables con el árbol que se alza en nuestros campos; plantemos nuevas vidas vegetales, que regaremos con el agua del pozo, de la fuente o del canal y a su vez nos devolverán copiosa el agua de las nubes, los frutos en otoño, sus sombras estivales y el calor de su leña en las veladas invernales. Así lo hizo el poeta Juan Ramón Jiménez, que plantó un árbol en su huerto junto al pozo, y al intuir su muerte escribió:

...y yo me iré, y se quedarán los pájaros  
cantando;  
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,  
y con su pozo blanco.  
Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol  
verde, sin pozo blanco,  
sin cielo azul y plácido...  
Y se quedarán los pájaros cantando.

Plantemos todos, por lo menos, un árbol en la vida para que cuando nos vayamos se queden los pájaros cantando y los que nos sucedan los puedan escuchar, gozando de la vida.

1982

### **Atajos para *alcorzar***

Hoy los estudiantes, cuando tienen que resolver un problema, para hacer los cálculos necesarios van por el atajo: simplemente cogen una calculadora que automáticamente pone a trabajar sus circuitos, liberando los del cerebro estudiantil de un sano ejercicio, el ejercicio de pensar. ¿Quién tiene la culpa de que esto ocurra? ¿Ataja el estudiante porque el camino que le marca el profesor se sale de las magnitudes de este mundo y entra en las cósmicas? Puede ser que el estudiante sueñe con un *plus ultra*, un más allá, una dimensión que le aleje de su precaria circunstancia que le hace pensar, no en los resultados de los cálculos que le facilita la máquina, sino en una libertad a la que aspira como hombre trascendente pero circunscrito, limitado, por su soledad en la habitación estudiantil solo adornada por un póster, cartel en que únicamente se

ven melenas de pitecántropos mentales o cabelleras de «*fembras placenteras*».

La posibilidad matemática de combinaciones es infinita y abre al pensador horizontes ilimitados pero el quinielista tiente al azar por el atajo de su quiniela. La quiniela es un reconocimiento de nuestra limitación mental pero que deja en nosotros, por el atajo de las múltiples combinaciones, la esperanza de un acierto pleno que por un tiempo nos convertirá en uno de esos dioses clásicos que tenían todos los vicios de los humanos y que, como ellos, envejecían y morían. Los había románticos como Céfiro, personificación de un viento suave que acariciaba los cabellos de las náyades, y otros como Pan, dios cornudo, que con su flauta seducía sus corazones.

La filosofía acabó con los dioses y los griegos se sometieron a los romanos, que creían en otros dioses. Nosotros, entre tanto, sin dejar la lotería, entramos en el bingo y en las máquinas tragaperras; sin salir de las quinielas futbolísticas entramos en las equinas. Los griegos buscaban evasión y ayuda en sus dioses protectores, nosotros nos escapamos de las preocupaciones y buscamos solución económica a nuestra vida por el atajo de los juegos.

Las naciones poderosas usan juegos más sofisticados, por ejemplo los cohetes. Acabo de oír por la radio que dos de esos artefactos espaciales a los que se había dado, electrónicamente, la orden de arrancar, no lo habían hecho porque su cerebro mecánico se había confundido.

Yo pienso que la misma confusión existe en los cerebros de aquellos que los lanzan al espacio, que no saben si lo hacen por buscar no sé qué vida, o quizá su propia inmortalidad, o por escapar por el atajo de los problemas diarios de los mortales, que lo serían menos si con las fortunas tiradas al cosmos pudieran hacerse más cultos, más solidarios y estar mejor alimentados.

Me acuerdo de *El inmortal* de Borges, en que un jinete que venía de oriente buscaba la ciudad de los inmortales. Los filósofos en Roma le habían dicho al protagonista que «dilatar la vida de los hombres era dilatar su agonía y multiplicar el número de sus muertes».

La congelación de los cadáveres, como el de Kennedy, ¿no es otro intento de alcanzar la inmortalidad? ¿No irán los astronautas

en sus cohetes como los argonautas a bordo del Argos en busca del vellocino de oro?

O, como dice Montanelli: «Lo de Troya fue el primer episodio de una guerra destinada a perpetuarse en milenios y no resuelta aún: la guerra del oriente asiático contra el occidente europeo». Ahora sobrepasa el segundo episodio por medio de los cohetes, que con sus cabezas atómicas, en lugar de ser el atajo para alcanzar libertad, inmortalidad o riqueza, atajarán la vida de la humanidad.

«Dispensa y escuela y siete llaves al sepulcro del Cid», decía el León de Graus. Y yo repito: dispensa, escuela y siete llaves a los cohetes infernales, que si la sencilla «tizona» ganaba batallas después de muerto su amo, los misiles no dejarán hombres a quienes derrotar; quédense los cohetes para las tracas de los pueblos vivos.

Atajar tiene dos significados en castellano: uno, ir por el atajo o por el camino más corto y otro, poner una barrera, un impedimento, cortar el paso a algo que avanza, por ejemplo al agua o al fuego, a una epidemia o a un ejército.

Nosotros para atajar el agua tenemos las tajaderas y para atajar el camino, los *alcuerzes*, *alcorzes* o *endrezeras*. Los altoaragoneses, para atajar o *alcorzar* en nuestro camino hacia el desarrollo, tenemos la consigna de Costa: dispensa y escuela, que es lo mismo que economía y estudio. Para desarrollar la economía tenemos agua, que siempre ha ido de arriba hacia abajo; los de arriba deben poner la tajadera y cuando hayan regado, la van poniendo los sucesivos regantes. Pero si dejamos pasar el agua, pondrán enormes tajaderas que desviarán el agua a Zaragoza y a Cataluña y habrán atajado nuestro atajo, *alcuerze* o *endrezerera* que nos conduciría al desarrollo económico.

En cuanto al desarrollo cultural, han echado la tajadera a muchas de nuestras escuelas, cerrando también el atajo o *endrezerera* de nuestros niños de los pueblos hacia el desarrollo.

Hace unos quince años que llegó el primer hombre a la Luna y nuestros campesinos dicen que encontró a uno de la Hoya de Huesca regando. Hasta en el humor encuentran los altoaragoneses un atajo para reivindicar el agua. ¿No querrían decir con el chiste que antes que acometer empresas casi a lo divino se deberían arreglar los asuntos de este mundo?

Son admirables los esfuerzos de aquellos científicos y técnicos que lograron tal hazaña pero ¿no sería mejor ir por el atajo de conseguir el desarrollo de todos los hombres y cuando estemos en condiciones, seguir la exploración del espacio exterior? Avanza el mundo de la informática... y los niños ¿sabrán contar?; yo creo que no sabrán ni contar cuentos porque, aunque se ataje o *alcuerze* en las cuentas o cálculos, ¿no pondremos una tajadera en la imaginación, no mermaremos el lirismo en las relaciones entre los hombres? Tal vez con la genética y las probetas se cree una raza de hombres con corazón de atleta, pero sin sentimientos.

El atajo nos habrá atajado la condición de hombres.

## El ballet de los caballos<sup>9</sup>

Ay, cuánto dolor  
 Está presente  
 Al infante valiente,  
 A hombres y caballos  
 Juntamente.

En las fiestas de San Lorenzo se han hecho clásicas las corridas «a caballo». Para mí, este es el mejor de todos los espectáculos que tenemos ocasión de contemplar. Y por muchos motivos. No hay caballero sin caballo, pues una vez apeado el jinete *motu proprio* o ha sido apeado por el noble bruto, se convierte en caminante o peatón.

¡Qué simbiosis hacen caballero y caballo! Incluso la mitología la ha consagrado, creando la figura del centauro. Los aztecas creían que los jinetes españoles eran un solo ser con su caballo.

La compenetración entre dos seres vivos (caballo y caballero) para mí constituye una amistad muchas veces superior a la que existe entre dos personas. ¡Cómo se unen los dos, caballero y caballo, para defenderse de los envites y ataques del toro bravo de afiladas astas! Estamos contemplando una posible tragedia; de todas

---

<sup>9</sup> *Nota del editor.* Este artículo es traducción al castellano del originariamente publicado en aragonés con el título de «O ballet d'os caballos», en el libro *Beyendo chirar o sol*, Publicacions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, Huesca, 1980, pp. 81-82. Había aparecido previamente en el programa oficial de las fiestas de San Lorenzo de Huesca en agosto de 1978.

formas tragedia real porque es preciso que uno muera. Pero en tanto se produce la muerte, estamos en el ambiente de un ballet de una elegancia difícilmente superable. Hasta el caballo tiene elegancia y coquetería, arqueando el cuello y la cola, con las crines trenzadas.

Nunca la máquina podrá superar al caballo. Sería hermoso que la gente pudiera tener caballo pero es imposible en la vida moderna. En las casas se hacen aparcamientos pero sin pesebres, y a los caballos es necesario darles de comer todos los días. Además el pienso es un problema y caro pero esto no supone el último triunfo de los automóviles porque, aunque se hacen garajes, no se crean los necesarios, llenando todos los lugares de la ciudad. Solo beben cuando circulan pero esa bebida es cara y dicen que se acabará. El «estiércol» sale por el tubo de escape en forma de óxido de carbono, etc., y contamina la atmósfera de las ciudades, que se van tornando «invivibles».

De todas formas la batalla está ganada, de momento, por las máquinas, que han hecho imposible la convivencia del hombre con los animales, pero ¡cuidado!, porque en esta guerra las próximas víctimas seremos los hombres. Los hombres, que nos hemos masificado, que hemos sido gobernados por reflejos, ante las mismas situaciones, y que nos vamos tornando en máquinas-robots.

Si van desapareciendo nuestros compañeros de convivencia cósmica, es decir los caballos, ya podemos poner nuestras barbas a remojar.

Por eso, id a contemplar ese espectáculo, que es un retornar hacia un pasado donde era posible la convivencia: ¡Sí, de hombres y caballos juntamente!

1978

## Las brujas

Para aquel pueblerino esa mujer tan flaca era una escoba vestida pero las escobas desnudas, para otros, son culebras con cola abundosa o serpientes con enorme cabellera.

En su posición normal, es decir, en la verticalidad, con el mango hacia arriba, han estado durante largos años relacionadas con la mujer, de igual modo que a esta, desde Eva, se la relaciona

con la serpiente. Algo hay común entre la mujer, la serpiente y la escoba: el misterio. Algo hay concierne a la escoba y a la mujer: los cabellos largos; y algo concierne simultáneamente en la mujer y en la culebra porque, aunque la culebra carece de cabellos, según los campesinos, hay alguna con pelos y tiene sinuosidades como las que tiene la mujer.

Después de que nuestro primer padre Adán alentara al soplo divino, con su barro convertido en carne, se nombra en el Libro a la mujer y a la serpiente pero ¿dónde estaba la escoba? Caín fue labrador y en el lugar, más tarde llamado era, en que se separaba la paja del grano, la tierra y los guijarros obstaculizaban esta labor, pero en las noches que salían las parejas humanas al sereno, observaban el rápido paso de unas brillantes y largas cabelleras de luz y eran como escobas (los cometas), que barrían de guijarros y polvo luminoso formado por las estrellas, el firmamento. La mujer, que sabía que provenía del palo de una costilla, cayó en la cuenta de que la hoja de la palmera bajo la que dormía, unida a un palo, formaría un cometa, especie de escoba terráquea, sin luz, pero con ella se podría limpiar el reducido espacio que se necesitaba para majar o golpear dos o tres haces de trigo. Así la escoba se integró en la antigüedad de la mujer y de la sierpe tentadora. Más tarde Moisés convertiría los palos en serpientes, como del palo de la costilla de Adán surgió Eva con sus cabellos, y al palo defensivo del hombre le colocó la mujer largos cabellos vegetales. Sierpe, mujer, escoba, tentación, reproducción y arma.

«Está la escoba preparada y ya tiene burro que la roya». Unas escobas están hechas de tatay, otras de retama, las hay de brezo o de *senera* y ya tienen burro que las roya. ¿Qué quiere decir eso de que la roya? ¿Que ya hay alguien dispuesto a morderla, a roerla, o que ya hay alguien dispuesto a desgastarla con un uso normal? No iban a desgastar las escobas ni la diosa Pirene, que dio nombre a nuestros Pirineos, ni la Andramaría, la de los vascos, que tiene perpetuado su nombre en una zona de Ansó; la iban a desgastar las mujeres asidas a su mango como los hombres iban a desgastar la azada. «Al mango la *jada*, que viene cansada de trabajar, pegar sin reír, pegar sin hablar...», como dice la cantinela infantil.

Las mujeres estaban atadas a la pata de la cama y barrían, barrían, *escobaban* en el Alto Aragón. Los mangos eran de caña, de

flexible caña, en la Hoya y en las riberas, y las barrenderas y las *escobadoras* eran flexibles y sumisas, pero los mangos eran de madera de palo en la montaña y en el abadiado y algunos hombres probaron el mango de las escobas, como muchas mujeres habían probado el mango de la *jada*.

Desde los tendaderos y solanares veían subir las *escobadoras* a las cabras *peñazeras* a lo alto de los riscos y el Gran Cabrón las protegía contra el lobo, colocándose agresivo en posición erecta. Una mujer *machorra*, que no tenía hijos, subió a la peña Ezcaurri, allá entre Navarra y Aragón. Otra también por la noche y a la luz del plenilunio subió cerca de San Cosme a la *Cuca Roya*, los búhos reales o *bobons* acudieron a las cumbres a *aguaitarlas* y el *Gran Buco* accedió a ellas lascivo; asustadas se lanzaron ambas mujeres desde la altura, agarradas a la escoba que no habían abandonado nunca y, ¡oh, milagro de Satanás!, se vieron volando la montañesa con la somontanesa sobre la Guarguera.

Las mujeres no habían podido, a lo largo de los siglos, hacer la revolución por el amor y ahora acababan de descubrir la revolución de las escobas, de la brujería concretamente.

## Mi burra torda y las flores

Cuando con mi hermano Manolo llegaba a Huesca desde Siétamo subido en un carro traqueteante, la burra torda cambiaba el paso por el trote desde el puente del Isuela hasta la posada de Laviña. El animal iba al pienso sin pensar y yo pensaba, viendo a mi izquierda a Santo Domingo y a Santa Rosa al otro lado, que había entrado en un ambiente dominicano. Me acordaba del Rosario del mes de octubre en que cantábamos: «¡Viva María, viva el Rosario, viva Santo Domingo que lo ha fundado!». Veía salir a las niñas de Santa Rosa, la dominica limeña que había nacido el día de San Lorenzo y una rosaleta de cuentas de rosario, hechas con pétalos de monjas de Santa Rosa, de niñas colegialas, de rosas místicas, de rosas del paraíso, de rosas de abril, de rosas de bronce y de rosas de Belial, florecía en mi imaginación. Me parecía que iba a hablar con mi parienta la venerable madre Berride, que participó en la fundación de Santa Rosa y estuvo enterrada primero en la iglesia de Santo Domingo, luego en la de Santa Rosa y hoy yace en la capilla del Colegio.

Puedo resumir estas impresiones, apoderándome de la poesía de Valle-Inclán:

Esta emoción divina es de la infancia,  
cuando felices el camino andamos  
y todo se disuelve en la fragancia  
de un (dominical) Domingo de Ramos.



Niño de los Llanas, delante de Casa Almudévar  
(Siétamo, años 20)

Yo debí haber cambiado Ramos por rosas, pero no rima y no puede uno hacerse la ilusión de que los ramos eran de rosas y estas había que ir a buscarlas al rosal.

No lo digo yo, lo dicen los poetas: «Era un jardín sonriente; era una tranquila fuente de cristal, era a su borde asomada, una rosa inmaculada de un rosal. A la orilla de la fuente un caballero pasó y la rosa dulcemente de su tallo separó».

Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero se lamentan a conti-

nuación de la desaparición de la rosa y a mí me ocurre como a ellos al pasar por el colegio de Santa Rosa. Me acuerdo de la poesía, un tanto anacrónico, en medio del ruido y de los humos de los automóviles, mirando el edificio y digo, como ellos: «¿Quién te llevó la rama, que no estás en el rosal?».

Me acuerdo también de Valle-Inclán cuando decía:

El misal donde rezaba aquella santa,  
que oía en su rezo el canto que encanta,  
del ave celeste, del celeste abril;  
del ave que sabe la áurea letanía,  
de Nuestra Señora la Virgen María.  
¡Azucena Mística!, ¡Torre de Marfil!

Habla el poeta de «Azucena Mística», cuando la letanía reza «Rosa Mística» y es que, como el hábito dominicano es blanco, trocó la rosa en azucena. Pero la explicación del cambio es más prosaica, pues lo hizo simplemente por falta de sílabas en la rosa. Sin embargo yo creo en la mentira verdadera del poeta, pues ellos, los poetas y los niños, entienden este juego de mentiras con la boca, que son verdades para el corazón.

## Las campanas

He pasado por Salinas de Jaca, por Hostal de Ipiés, por Orna, por Centenero, por Ena y por Botaya, y en alguno de esos lugares pude escuchar voces humanas pero en otros ni se oían ni se veían seres humanos. Se van despoblando, poco a poco, los pueblos, como ya hace años se quedó sin habitantes el antiguo pueblo de Salinas de Jaca para ser sustituido por otro más nuevo al lado de la carretera.

En el antiguo estaba de campanero Mariano Bastarós, que hasta sus ochenta años hizo sonar las campanas pero no se murió hasta los ochenta y seis. Las hacía sonar no muy deprisa pero con un hermoso sonido, *bandeando* dos campanas simultáneamente.

Llegó más tarde, allá por los años cuarenta y cuatro, un cura del pueblo de Ena que además de sacerdote era labrador, herrero y carpintero. Se llevó el reloj de la torre para arreglarlo, como él mismo afirmó, pero no pudo hacerlo porque le faltaba el repetidor, que quiso reconstruir pero no pudo. Estaba dicho reloj en la torre de la iglesia y hacía sonar las campanas del campanario cuando daban las horas. En el pequeño pueblo de Layana, muy cerca de Sádaba, pudo arreglarles un reloj; no le pasó como con el de Salinas de Jaca.

En el pueblo de Ena colocó un cable que hacía sonar las campanas desde el altar.

Al quedarse viudo, se hizo sacerdote y se instaló de cura en Ena, cerca del pueblo de Orna, que también está próximo al Hostal de Ipiés, donde al fin se construyó una casa en la que vivió hasta su muerte. Se llamaba el cura, labrador, herrero, campanero, relojero y colmenero, don Andrés Gavín. Todavía se acuerdan de él en los pueblos de Botaya, Orna, Hostal de Ipiés, Ena, Centenero y

Bernués. Desde luego que son pocos los que lo rememoran porque son pocos los que todavía viven en aquellos lugares.

¡Cómo se acuerda de él el señor Sebastián Grasa, que en octubre va a cumplir los cien años de edad! ¡Cuántas generaciones han vivido en los citados pueblos para que ahora queden tan pocos habitantes, que no repican como entonces las campanas, pero que en las fiestas acuden desde Barcelona o desde Zaragoza para lanzarlas al aire, para que suenen bellos sonidos que les recuerden su niñez y a las viejas generaciones!

Tenía un buen carácter y le gustaba comunicarse con todo el mundo y sobre todo tenía en cuenta aquella frase evangélica que dice: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Esa falta de orgullo lo llevaba a conversar con cualquiera. Tenía siete toneles de vino y cuando llegaba alguno, tenía que probarlo de todas las añadas, incluso aquellos vinos que ya eran como el coñac. Les decía: «No tengáis miedo, que si os caéis, os cogeré yo».

En esos pueblos, y en todos los de la provincia, sonaban las campanas cuando llamaban a los fieles a misa y al rosario o cuando se celebraban vísperas en algún pueblo, dedicadas a su santo patrón; para la Pascua de Resurrección, cuando quitaban los velos que tapaban los retablos, tocaban fuerte las campanas. Con un repique muy especial sonaban los toques de difuntos, que eran muy tristes. Estaban los vecinos en los caminos y en los huertos y algunos, cuando escuchaban las campanas, se emocionaban y alguno incluso lloraba. En ocasiones, cuando el difunto era algún niño o niña, tocaban a *mortichuelo* y lo hacían con *zimbálicos* o con otras campanas pequeñas. Acompañaba el sonido de las campanas a las procesiones y casi nunca faltaban los curas a decir misa en los pueblos más pequeños. Los mozos daban la paliza a las campanas haciéndolas sonar con motivo de las fiestas y no paraban de *bandearlas* o voltearlas durante mucho tiempo, pero no solo eran los mozos los que las hacían repicar, sino que las mozas en el día de Santa Águeda eran las que subían al campanario y con un gran esfuerzo las repicaban e incluso les daban vueltas, *bandeándolas*. El Día de las Almas, que se celebra el día 2 de noviembre, cada dos horas tocaban las campanas.

Había campaneros en los pueblos y en las ciudades y a veces hacían sonar esas campanas con cuerdas o con cables pero en las

grandes ocasiones acudían los mozos a anunciar a todo el mundo que era fiesta. Cuando había incendios, sonaban las campanas con mucha fuerza y «aprisa, aprisa», haciendo que todas las campanas fueran repicadas. Cuando venía una *tronada*, en los pueblos donde no había *esconjuradero*, algún valiente que vencía el miedo que le producían los rayos se subía al campanario para que, al escuchar el repique de las campanas, el Señor evitase que las nubes lanzaran sus terribles rayos.

En Biel estaba la campana de los perdidos. Iba el sacristán y cuando se hacía de noche, tocaba, para que nadie se perdiera, lentamente: plon, plon, plon.

Antes, como hemos visto, con las campanas se comunicaba la gente, pero ahora, cuando pasas por uno de esos pueblos, no escuchas a nadie. Dichas campanas también están calladas y no comunican la alegría de Pascua o de las bodas, ni las tristezas de los entierros, ni llaman a los hombres para apagar el fuego.

Las campanas unían al hombre con Dios, elevando los espíritus y convocándolos a todos. Y una prueba de esta afirmación la tenemos en el pueblo de Siétamo, donde Antonio Larraz Barraca, nacido en 1892, cantaba: «Las campanas de mi pueblo / sí que me quieren de veras / cantaron cuando nací / y llorarán cuando muera».

Y es que ese tocar y sonar, doblar, voltear, repicar, y en aragonés *batear*, iba formando el corazón de aquellas gentes, recordándoles las ilusiones, su vida religiosa y los juegos, fuegos y trabajos, y les llevaba a la conclusión de que no eran la tierra, el silencio y la muerte la vocación del hombre, sino «el Ser, la Palabra y la Vida eterna», porque veían la luz en las montañas y en la nieve, que con el brillo que le proporcionaba el sol, les hacía más fácil descubrir el brillo de la eternidad.

El hombre vivía feliz comunicándose por medio de las campanas y cultivaba la cultura con el espíritu y la naturaleza con su culto, y con el culto adoraba a Dios, facilitándole el sonido de dichas campanas la convivencia del culto, el cultivo y la cultura.

Estaba el ambiente de los pueblos y de las ciudades lleno de campaneros, de los que algunos eran simplemente artistas. Yo me acuerdo del campanero Hipólito Rivarés, que actuaba habitualmente en la catedral, y conocí y hablé con Pascual Calvete, que *bateaba* las campanas en la iglesia de Santo Domingo y ejecutaba

actuaciones de campanero en otras iglesias porque ya era él casi el único que conocía el arte o el oficio. Tanto es así que escribió en los últimos años de su vida un libro sobre las campanas.

Todas las campanas, como si de personas se tratase, tenían su nombre, como la Santa María, la Migueleta, que estaba y supongo que allí seguirá sonado en San Miguel, Santa Paciencia en la iglesia de San Lorenzo, que tuve la suerte el día del patrón de Huesca de verla en el suelo cuando la iban a subir al campanario (2003). La campana Santa Bárbara, que no recuerdo si era de Siétamo o de Arbaniés, llevaba escritas estas palabras: «Santa Bárbara me llaman / más de cien arrobas sumo / si no lo quieres creer / me levantarás a pulso».

Hemos visto cómo estuvo basada la vida del hombre en la naturaleza y en la fe, y ahora buscamos la cultura y la libertad, y al mismo tiempo que descubrimos el mundo y el cosmos, nos vamos descubriendo a nosotros mismos y a Dios.

2003

## **El ciclo roto del amor en un pueblo del Alto Aragón**

«Miruflí y Miruflá / se querían casar / y querían vivir / a la orilla del mar». Esto dice la canción, pero en ese pueblo que está encima de Huesca, Úrbez y Amanda eran los que se querían casar y querían vivir en el Alto Aragón. Confesores, asesores, consejeros familiares, alcahuetas y beatas, prejuicios y zarandajas no los dejaron casar.

El fin del mundo vendrá cuando los ciclos estelares, solares y nucleares se interrumpan y la del hombre físico vendrá cuando se quiebre el ciclo de Krebs.

Para los dos enamorados llegó el fin cuando quebraron el ciclo de su amor. El hombre vendió todos sus bienes, tomó los billetes y los quemó en el bar, delante de las gentes del pueblo. Él no se quemó porque no era partidario de interrumpir los ciclos; a él se lo habían interrumpido y simplemente se fue a esperar en un corral de su familia.

Se subió por una escalera de mano a un cañizo, clavado sobre unos maderos, cubierto por teja vana, con el horizonte abierto por

delante a las diarias puestas del sol, que le producían cierta envidia porque indefectiblemente, cada tarde el sol cumplía su ciclo y él tenía que esperar muchos ciclos, día tras día. Y como sabía que él tenía cortado su ciclo esperaba y esperaba el fin del mismo.

En verano se asaba como una momia en el desierto y en invierno se helaba a trozos, que se iban desprendiendo de los pies y que él mismo ayudaba a que cayeran al corral, donde las gallinas acudían presurosas a picar, para después poner huevos de los que saldrían pollitos que darían continuidad al mítico ciclo, del que la gente se sigue preguntando desde hace siglos si fue primero la gallina o el huevo.

Algún familiar suyo le llevaba todos los días la comida y se la subía por la escalera de mano y se la alcanzaba al que estaba esperando su fin.

Amanda, la digna de ser amada, entre tanto, tomando entre las piernas el mundillo, hacía encaje de bolillos y con ese encaje jugaba el gato y lo arrastraba por la escalera de la casa hasta la gatera del portal; por allí empezó a asomar la tira del encaje de bolillos y otros gatos lo arrastraron por las calles y caminos hasta que las *picarazas* lo enredaron en un zarzal de moras. Tenía la buena Amanda los ojos almendrados y de tanto lanzar palillos a los lados del mundillo y seguirlos con la vista, se le iban almendrando cada vez más, hasta que llegaron a parecer los ojos de una bordadora china.

En febrero, cuando florecían los almendros, a Úrbez le dejaban de caer trozos de su amor desde el cañizo y los dos miraban la flor, cuyo aroma les aproximaba el viento. Entonces se producía el milagro de unos ojos almendrados que parecían sonreír a la flor, que cumplía su ciclo, y el prodigio de una momia que aspiraba el olor de un ciclo vegetal.

La espera, por unos días, se convertía en esperanza.

## La Cofradía del Santo Cáliz

Por la ruta ciclista, paralela a la Alameda por un lado y el río Isuela por el otro, frente a la iglesia de San Miguel Arcángel y al puente colgante más antiguo de España, de 1912, se escuchaban el sábado antes de Semana Santa sonidos de tambores.

Eran los miembros, jóvenes mujeres y hombres, juntamente con niños y niñas, de la Cofradía del Santo Cáliz, que ensayaban para repetir un año más ese desfile procesional, vestidos con sus túnicas o hábitos y que pasarán por los Cosos Alto y Bajo, las calles principales de Huesca y por las de su casco antiguo, junto con las demás cofradías el día de Viernes Santo.

No es extraño ver y escuchar en Huesca una cofradía que nos recuerde a todos los oscenses que el Santo Cáliz se encontró durante muchos años, enviado por san Lorenzo, en la iglesia que precedió a la románica de San Pedro y que debido a la invasión de los árabes se subió al monasterio de San Juan de la Peña, pero ¡pobre Alto Aragón! Más tarde se lo llevaron a Valencia, donde es venerado en nuestros días.

Los corazones de los cofrades laten de emoción al recordar tales acontecimientos y los más antiguos de la Pasión de Cristo, y usan los tambores para que resuenen sus sonidos cordiales con un tono que recuerde a todos los humanos que son hermanos de Cristo, porque el Padre lo hizo hombre por obra del Espíritu Santo sobre la Virgen María.

Hay un cuadro de la madre Berride, oscense y fundadora del convento de Santa Rosa y enterrada en su capilla, que la representa de rodillas ante el Señor y ofreciéndole, elevándolo con su mano derecha, su corazón.

Y marcando sus pasos procesionales, sonaban los tambores, unos parecidos por su tamaño a los bombos, como tratando de reproducir los latidos de la arteria aorta, otros, de mediano volumen, imitaban el sonido de la arteria carótida, en tanto que los tamboretos o tamborcillos imitaban a las arteriolas y capilares.

Los cofrades del Santo Cáliz se acuerdan además de la Pasión de Cristo, de la Santa Cena en la que repartió su Cuerpo y su Sangre que distribuyó a sus apóstoles desde el Santo Grial.

2003

## Corbetas

He oído desde la galería alboroto en el corral; me he asomado y un coro de graznidos ha herido mis oídos. En lo profundo del corral una pareja de pequeñas cornejas o *corbetas* va andando

torpemente y mirando hacia arriba, sobre las bardas del corral; don cornejo y doña corneja con la cabeza del color de la ceniza, avizoran a sus hijos para bajarles el cebo sin que corran peligro. Tienen su nido en la bóveda de la iglesia, donde entran por una pequeña ventana de arco que para ellas es la puerta de su casa; pequeña casa y rústica de palos y yerbas secas, pero segura y abrigada contra las inclemencias del *orache* por un inmenso tejido de vigas, de maderos, de cañizos y de tejas. No son los únicos inquilinos de tal mansión, pues conviven con lechuzas y palomas; con estas no mantienen relaciones de buena vecindad, pues se comen sus huevos succulentos y tratan de desplazarlas de esos lares. Con las lechuzas no parece que sus relaciones sean mejores pero han llegado a un *modus vivendi* porque sus horarios no coinciden. Durante el día, cuando luce el sol, bajo la arcuación de la pequeña ventana, que para las aves de que hablo es la puerta de su casa, son las cornejas las que se asoman, toman el sol, otean el horizonte y entran y salen; allí también alborotan como esas viejas, vestidas de negro, lo hacen bajo el arco de piedra de la puerta de sus casas somontanesas, pero por la noche, quien ocupa el portal es la reina de la oscuridad, de enormes ojos, la que todo lo mira y lanza su monótono chist-chist, como si fuera una monja de hábitos blancos encargada de imponer el silencio en el convento, en este caso el convento enorme del Valle del Guatizalema, lleno de lamparitas estrelladas y presidiéndolo todo una enorme lámpara que es la Luna, que se refleja en el río, en los charcos y en las balsas y que a veces traiciona el sigilo de la lechuza, a la que se ve su plumaje sedoso y blanco y el movimiento curioso de su cabeza y de sus ojos enormes y redondos. Las crías de las aves nocturnas y diurnas, cuando son volanderas, se asoman con frecuencia al exterior, agitan sus alas, como entrenándose para iniciar su lucha por la vida, a veces caen al suelo al ser empujadas por sus hermanas de nidada y otras veces su impaciencia juvenil las hace bajar antes de hora de su nido familiar. Al caer al corral, sus paredes les impiden el vuelo rasante, único que su falta de entrenamiento les permite realizar. Si no son víctimas de alguna gallina clueca que ve en las pequeñas cornejas enemigos de sus pollitos o de alguna oca de pico enorme, sus madres las alimentan por unos días hasta que saben volar hasta las bardas de la

pared del corral, que les sirve de rampa de lanzamiento en su vuelo hacia la libertad.

En el caso de mis dos *corbetas*, tuve la satisfacción de comprobar cómo salían airoosas de la torpe aventura juvenil que las había puesto en peligro.

Si hubiesen sido pichones no sé si se hubieran escapado de acabar en una cazuela guisados con cebolla.

## La culebra y los gorriones

Se leen en los libros cosas que parecen mentira, pero que no lo son. Muchas veces pasamos por la vida sin observar hechos reales y si nos fijáramos más en ellos tomaríamos ejemplo para actuar en nuestro medio ambiente con más sofisticación.

Circulaba en moto por la carretera de Almudévar y observé que en los cables del telégrafo una multitud de gorriones, que en ellos estaban posados, armaban una gran algarabía al mismo tiempo que agitaban las alas y miraban hacia abajo. Paré, quedé inmóvil y dirigí la vista hacia el mismo lugar al que miraban los pájaros y contemplé lo que tantas veces me habían contado y había leído: una culebra alzando la cabeza y el cuello sobre el resto de su largo cuerpo enroscado, formando una base circular, estaba hipnotizando a un gorrión; este se mantenía a escasa altura sobre la serpiente, agitaba sus alas sin desplazarse, haciendo lo que no había visto hacer más que a las aves de rapiña, cuando se van a lanzar sobre su presa. En este caso esa inmovilidad en el espacio no era para cazar, sino para ser cazado. Los pájaros que posaban sobre los cables, trataban por medio de sus cantos desesperados de sacar a su compañero de la hipnosis a que lo tenía sometido la culebra. No lo lograban porque el pajarico cada vez, poco a poco, se encontraba más cerca de las fauces del reptil. Parecían desesperados, al ver que su solidaridad no iba a servir para nada. Era la misma angustia del que ve cómo van a chocar dos trenes, que se da cuenta de que van a morir otras personas y se encuentra impotente para evitarlo.

Yo pude evitar que se consumara la tragedia pajaril lanzando una piedra cerca de la serpiente, que huyó a esconderse liberando al gorrión de su mirada penetrante, que pudo ir a reunirse con sus congéneres.

Esta situación me recuerda la de los espectadores de una corrida de toros, que gritan alborotados para avisar al peón despistado de que le va a acometer el toro por la espalda. Otra muestra de solidaridad es la de aquel que en la carretera te lanza una ráfaga de luz para avisarte, por ejemplo en casos de niebla, de que la llamas apagada.

Más mérito tienen aquellos donantes de sangre que siempre están dispuestos a salvar la vida de otros hombres.

Pero toda la sociedad debería volcar su solidaridad para salvar a la juventud, cuyos miembros, como inocentes pájaros, son hipnotizados por la serpiente de múltiples cabezas, que trata de inocularles la drogadicción en sus diversas variedades.

1965

## Curas y labradores

Son las ocho y media de la mañana del último día de agosto de este caluroso verano del año 2003. Aparco en la subida que está frente al jardín que hoy ocupa el solar en el que se encontraba edificado el cuartel, que estaba debajo del actual museo y frente a la parte lateral del seminario. En ese cuartel cumplió el servicio militar de alférez mi hermano Manolo, que atendió a mi amigo y paisano Cabrero cuando le cayó un rayo en el campamento de Igríes. Yo estuve con mi hermano, que fue a visitar a un soldado enfermo, y me acuerdo del aprovechamiento de las antiguas construcciones, que hoy día muchas de ellas se han derribado.

Fui andando a la catedral y al pasar por el seminario vi a don José María, párroco de Coscollano, que por lo visto había madrugado para ir a decir misa en diversos lugares porque ahora son escasos los sacerdotes. No me vio, pero yo miré hacia la pequeña plaza, que está al lado de la puerta del seminario, donde está el busto de Ramón y Cajal, que parece seguir meditando. Entra por dicha plaza el sol que brilla intensamente, a pesar de haber cambiado enormemente el tiempo porque el calor ha cedido y el sol a estas horas parece que me llama y me atrae para que goce de sus rayos, mientras contemplo la ilustre cabeza de nuestro sabio, y después miro hacia el monasterio de Montearagón, que parece estar paralelo a nuestra ciudad, a la que mira como la miró en los años

de mil noventa y cinco y noventa y seis, con deseos de poseerla, pero los tiempos avanzan y todavía mira a Huesca, en la que ya no contempla el convento de San Bernardo ni el cuartel ni tantos monumentos, pero que sin embargo la ve crecer.

En cambio Huesca mira a Montearagón con indiferencia porque se ha convertido en una ruina.

Sigo por la puerta del museo y entro por la calle de San Bernardo, oigo la cerradura de una puerta falsa y me parece que por ella, como otras veces, va a salir un labrador oscense, que vive en la calle del Suspiro. Sale por fin el esperado «Claraco», saca su bicicleta y nos ponemos a hablar el uno con el otro. Tiene un año más que yo y a pesar de encontrarnos tantas veces, no hablamos de la agricultura hasta el día de hoy, en que me dice que se va al huerto porque ya no labra sino que tiene la tierra dada a cultivar por algún otro; es que se van envejeciendo los labradores y, como los curas, quedan ya muy pocos, y pasa con los labradores que están abandonando el cultivo de la tierra y los sacerdotes al morir no son sustituidos por otros que se dediquen al culto divino. ¡Qué dedicación la de los curas y de los labradores al culto divino del pueblo de la vecina sierra y al cultivo de la tierra oscense! «Claraco» conserva el apodo que, con gran honor, llevaba su familia desde siglos, como todas las casas de labranza de Huesca llevaban el suyo, ya que su auténtico apellido es el de Sauqué.

Llego por la calle de Dormer a la catedral y allí observo la cultura del hombre, por ejemplo en el arte del altar mayor, esculpido por Damián Forment y por su hija, cuyos bustos, como el de Cajal en el seminario, se exponen a la contemplación de los visitantes y de los fieles, que se quedan admirados por la belleza de la hija escultora.

Al marchar, otra vez al lado del seminario me encuentro a un anciano sacerdote, que casi siempre va solo, como meditando. Me pongo a hablar con él y me llena de frases sagradas, como la siguiente: «la naturaleza inferior de los animales se rige por las leyes de esa naturaleza, pero a los hombres Dios nos ha hecho libres y la libertad nos hace a unos, creer en Dios y a otros, como a Ramón y Cajal, dudar de Él. El Señor nos dio la libertad».

2003

## «De gorra»

En este país, eso de la «gorra» nos va de maravilla. Es un vicio nacional, que probablemente nos viene de cuando a la puerta de los conventos repartían la sopa boba. Si reparten libros la gente los va a coger, aunque sea sin intención de leerlos, sino con la más sana intención de limpiarse el «pompis» o de encender el fuego. Si pueden hacerse con dos libros, mejor que con uno. Si dan patatas asadas en la hoguera de San Vicente, procure no acercarse mucho al fuego, no vaya a caer en él empujado por la multitud, hambrienta no de patatas, sino de «gorra». Si por este procedimiento consiguen muchas, no se preocupe; se las darán al cerdo los que lo tengan, al perro o las tirarán. La cuestión estriba en ser más listo que los demás, lo que se demuestra cogiendo más patatas que nadie.

Si usted pudiera saber quiénes van a cobrar el paro, se daría cuenta de que alguno de ellos lo necesita menos que usted, con lo que consiguen un dinero que les hace más falta a otros. Cuando un obrero lo necesita, está cobrando el paro obrero, pero cuando algunos van a buscarlo sin necesidad, están cobrando el «paro bobo», reminiscencia de la sopa boba. La picaresca sigue actuando en España, desde que el Lazarillo de Tormes, aprovechando que el amo era ciego (ahora, ¿también el amo es ciego?), cogía los granos de uva de dos en dos. En un pueblo con motivo de una inauguración repartían cervezas. Un señor, a quien el médico le había prohibido la bebida, se bebió once. Al recriminárselo el doctor, exclamó: «¡Oiga, que eran gratis!» Se murió, lo sentí, pero no pude llorar.

Antes, cuando había algún reparto, no era raro escuchar al repartidor cuando se acababa la «gorra»: «¡Se acabó el carbón, a quemar con leña!».

Lo que se va a acabar es el petróleo y entonces, según los optimistas, tendremos que quemar carbón y, según los pesimistas, leña. Los eclécticos dicen que podremos quemar, mezclados, ambos combustibles. Pero no es tan desesperada la situación porque yo he visto subir camiones por la subida del Estrecho Quinto, movidos por gasógeno, claro que a veces se tenían que bajar los tripulantes a empujar. Peor situación se prepara en la agricultura porque los labradores, si tienen que volver a las mulas, sembrarán para comer ellos y volver a sembrar.

Usted, señora, a lo mejor tiene que volver a cocinar con carbón y leña, pero ¿se ha dado cuenta que en el piso que tanto dinero le costó no pusieron chimenea? No se apure si se acaba el combustible, ¡a quemar con gas de Sabiñánigo, que sale abundante! ¡Y ahora dicen que en Jaca van a mirar si sale también!

## Los engañospastores

Un texto medieval de cuyo contenido no me acuerdo acaba de esta forma: «Esto lo dijo uno que es de Alcalá». Poco explícito se muestra el autor, que no revela su nombre, pero el que me lo contó, además de ser de Alcalá, me dijo que se llamaba Luis Aso, y yo añado que no solo es de Alcalá, sino que es de Alcalá del Obispo.

Mi amigo, allá por la primavera del año 1981 y sería por el mes de abril, cuando se siembra el girasol, al enganchar el arado, escuché un pío-pío. No hizo al principio mucho caso pero, como continuarán los *piulidos*, empezó a sentirse intrigado porque por más que miraba, menos veía. Llegó a pensar en brujas, hasta que al fin descubrió que en un agujero del tractor y debajo del asiento había cinco crías de pájaro acomodadas en su nido y se sintió feliz. Subió al tractor y se dio cuenta cómo una pareja de engañospastores le seguía, unas veces volando y otras se posaba en la reja de arriba del arado reversible, otras en el faro trasero que sirve para iluminar el surco y a veces en la barra de la trailla. Cuando arrastrando el remolque con su tractor iba a Loscertales, donde también cultivaba la tierra, los pájaros se posaban en los laterales. Dicen que los engañospastores hacen eso, engañar a los pastores, pero al moderno tractorista no lo engañaban porque se habían hecho amigos y compañeros.

A José Luis le gusta llevar limpio el tractor y pasaba por descuidado al no lavarlos. ¡Cómo lo iba a hacer si los pajaricos hubieran muerto al ser regados con la manguera! Al gaucho lo llamaban «abandonaos» porque no engrasaba los ejes de su carro, cuyo sonido le gustaba escuchar.

Hay testigos de este caso, entre los que se encuentra Serafín, el herrero de Pueyo de Fañanás, al que José Luis le llevaba los aperos a reparar. Seráficamente, cual nuevo san Francisco de Asís, observaba cómo la pareja subía al árbol vecino, un peral que sigue ahí, y daba de comer a las crías: dentro de la dureza de su oficio, procuraba no asustar a las avecillas.

Todo el mundo no conocía el pequeño acontecimiento porque, si se divulgaba, los curiosos tal vez lo hubieran interrumpido.

Llegó la primavera del año 1982, que como todas las primaveras la sangre altera, incluyendo la de los engañospastores, que revoloteaban alrededor del tractor y acarreaban pajitas y hierbas al nuevo nido. Amado Baus, vecino de José Luis, estaba esperándolo sentado en una pared y vio cómo el engañospastor, sobre un montón de arena que allí estaba, engañaba a la engañospastora. Yo me imagino una danza de plumas en el aire, de volteretas graciosas y enamoradas, de reverencias elegantes del engañador a la engañada y de elegantes saludos a la amada, y por fin el tremolar de plumas en éxtasis de amor.

A los pocos días la pajarica empezó a poner huevos en el nido del tractor hasta el número de cinco. Cuando José Luis por la mañana iba a ocupar el tractor para ir a labrar, se agachaba y miraba a la pájara y esta se lo miraba a él, sin asustarse. Había surgido la amistad. Alguna vez al cerrar con fuerza la puerta de la cabina, salía la madre, pero volvía a incubar los huevos. Labraba los campos y se sentía acompañado por la pareja que revoloteaba a su alrededor. Salieron del huevo los pajaricos un domingo, y otro domingo, a los quince días justos de su nacimiento, se lanzaron a volar. José Luis los observaba como algo suyo y veía cómo los padres buscaban alimento en los surcos y se lo llevaban a sus hijos. Al principio hacían pocos viajes en busca de cebo pero los tres últimos días casi no daban abasto. A pesar del traqueteo del tractor las crías vivían felices en el nido; solamente cuando labraba por las laderas empinadas se asomaban como presintiendo un peligro.

Al llegar el año 1983 a la siembra del girasol, el tractorista otra vez observó las evoluciones de los engañospastores, que volvieron a fabricar su nido y a poner huevos, pero un día se dio cuenta desconsolado que no había nada dentro de él.

¿Quién tuvo la culpa del desastre? ¿Algún vecino que metió las manos donde no debía o fue un pobre gato de su propia casa? Nunca más se supo de los engañospastores.

Hay quien dice que las aves también evolucionan hacia nuevas formas de vida pero nosotros, ¿les dejamos seguir esa marcha evolutiva?

1985

## El gato pardo

No conozco exactamente el número de habitantes que en mi pueblo residen pero ahora tengo más dudas que nunca, porque desde lo que he observado estos días en un entierro, he de considerar también como vecinos moradores, a aquellos seres, no humanos, que manifiestan su cariño a otros seres vivos, como por ejemplo los gatos, y no solamente a los seres humanos.

Hace unos ocho meses murió el tendero de Siétamo, al poco tiempo de retirarse de tal oficio con el que tenía a la gente del pueblo muy contenta y satisfecha. Era ya mayor y como se encontraba con la única obligación de cultivar su huerto, de cuya faena le sobraba mucho tiempo, se dedicó a arreglar su casa, dejándola muy elegante y arreglada, a tomar el sol y a cuidar a su gato con más mimo que cuando su trabajo se lo impedía. Casi yo, ni conocía al gato, porque casi no salía de casa, donde supongo que tendría algún rincón para acostarse sobre alguna almohada, se subiría a alguna de las numerosas ventanas para tomar el sol y estaría siempre satisfecho de los alimentos que le daría, su dueño para alimentarlo.

¡Qué feliz vivía el gato pardo! pero casi por sorpresa, le enfermó su dueño, tuvo que espabilarse para comer y por fin, vio jaleos por su casa, enterradores por el pueblo, hasta que el coche mortuorio llegó a la iglesia, mientras él se fijaba y nadie se daba cuenta de su nerviosismo. Después de enterrado, en poco rato desapareció la gente y todo el movimiento del entierro y ya no volvió a ver más a su querido compañero de la vida.

Yo, que antes no conocía casi al gato pardo, lo empecé a ver con más frecuencia, pues cuando en las puertas de algunas casas estaba alguien, acudía a pedir, con cariñosos maullidos, que le dieran comida y muchos se la daban porque no se sabían resistir al cariño con que el animal la pedía. Otras veces, cuando me marchaba del pueblo, ya no lo veía.

Pero, aproximadamente a los ocho meses del entierro del tendero, hubo otro en mi pueblo, el de una señora muy mayor y muy respetada por todos, tanto es así que al mismo acudieron más de treinta sacerdotes. Se congregó en la Plaza Mayor una enorme multitud, de tal forma que no todos los asistentes pudieron entrar

en la iglesia. Al ir a entrar yo mismo en ella, vi al pobre gato pardo, entre toda la gente y al salir, se había subido sobre el respaldo de piedra de los bancos de la lonja, donde tristemente maullaba como si recordase el entierro de su antiguo dueño y esperase tal vez verlo a ver.

La gente, extrañada, lo miraba con cariño al ver que no se asustaba de la multitud y uno me preguntó: «¿Qué hace aquí este gato pardo?». Y yo le contesté: «Es que hace poco se murió su dueño y le parece que lo va a encontrar resucitado».

## Los gitanos

Los gitanos llegaron a España, al parecer, en el siglo xv y más tarde se ocupa Cervantes de ellos en *La Gitanilla*. ¿De dónde venían? Igual que de la Parrala unos decían que de Cádiz y otros que de Cartagena, de los gitanos se dice que si venían de Egipto, que si de la India lejana. Tienen porte de señores como los indios morenos y «llevan sangre de reyes en la palma de la mano» y son como faraones por ser primo-hermanos del rey faraón.

Cuando vinieron a España eran como caballeros, traían bulas papales y se hacían llamar condes con el título de Egipto. «Pero nadie supo de fijo saber de dónde venían» tan notables condes. Y ¿cómo pasaron de ser potentados a ser miserables? Tal vez no supieron hacerse al ambiente, tal vez se excedieron en querer ser libres y no se amoldaron a nuestra cultura y modo de ser.

El gran Unamuno dice del Quijote: «A un pueblo de arrieros y tahúres y logreros, dictaba lecciones de caballería». Tal vez los gitanos, grandes caballeros al modo oriental, tuvieron fracasos inmensos como Don Quijote y de los caballos tuvieron que bajar al burro de Sancho Panza. De reyes les circulaba la sangre por la «parma» de sus manos», pero fueron libres durante centurias, viviendo y muriendo por esos caminos de España tan largos y tristes, y siempre expulsados de todos los pueblos sin tener más techo que el cielo español.

¿Dónde enterraste a tu viejo, gitanico caminero? ¿Bajo tierra sagrada, bajo el polvo del camino, bajo las estrellas mudas o en la *femera* el Amparo? ¡Qué descanso «pa» la burra dejar al viejo en el suelo!, se *rebulcaba* de gusto, coceaba, se sacudía los tábanos con el

rabo y soltaba pedorretas. Tu padre cogió el bastón y se lo colgó del cuello de la chaqueta para tener libres las manos y aparejar a la burra, por continuar el camino.

La vieja se lamentaba, se arrascaba la piojera, el *chaborró* se arrumbaba y el gitano se miraba en el «reló», mientras cantaba llorando: «A la luna lunera cascabelera» y se mueren los gitanos mientras la burra *pede y calzea*.

Hoy no hay cena y la gitana preñada se va al huerto del vecino para coger una col, allí le entran los dolores y un pulgarcito gitano viene al mundo lavándose con rocío de las hierbas, las acelgas y los cardos. Miles de lunas chiquitas se reflejan en las gotas del rocío para ver al gitanico que lo envuelven en pañales vegetales y en puñaladas de frío. ¿Qué te dio la vida gitanico *chaborró*? Aquella noche la Luna y al día siguiente el Sol.

A la orillita del río la muchacha de diez años estaba encendiendo el fuego con leña verde y mojada de ramas que arrastra el río, surgen columnas de humo, que se meten por los ojos y hacen llorar a los viejos, a los hombres y al pobre recién nacido y le cantaba la vieja: «Qué pronto mi dulce amor, aprendes lo que es el dolor». Llegan lágrimas al río, que se mezclan con el agua, la que beben los gitanos y los burros, sin cloro pero con plata que deja la luna llena al bañarse en la *badina*. Esa agua que sabe a Luna, a cantares de las ranas, a babas de los borricos y a escamas de las madrillas, es como un agua bendita que dio paciencia a la raza y fuerzas para sufrir durante siglos afrentas, persecución y palizas.

Y la orillita del río era el único camino que estaba sin propietario y os ofrecía abundosas, además de frescas aguas, frescas sombras en verano y leña pobre en invierno, si llovía, el solo techo eran los arcos del puente y brotaban hasta flores «pal» pelo de las gitanas y las sargas y mimbreras para tejer como artistas, *argaderas*, canastillas, cestas, canastas, canastos, cuévanos e incluso caracolas.

Tu largo calvario, ¡oh! pueblo calé ¿cuándo acabará? Hoy vives estante en nuestras ciudades pero falta mucho para que te integres en la sociedad. No dejes los *chaborros* criarse en la calle, que vayan a las escuelas y a los talleres de los payos.

Vale más que consigáis el *manró* de cada día con el sudor de la frente, que en las orillas del río con el frío de la muerte. Conservad

vuestras virtudes, sed elegantes con todos en vuestro trato diario, como Ramírez Heredia lo es en las Cortes de España, no sea tan solo airoso vuestro porte de la raza, y conservad para siempre el culto de la familia, el amor que os ha inspirado la palabra libertad, y conservad orgullosos el patrimonio gitano de respeto a los ancianos y a vuestra lengua caló.

## El hombre del acordeón

El hombre, caballero en su caballo, se sentía más seguro de sí mismo y los hombres de a pie le admiraban; envidiaban la figura compuesta de caballero y cuadrúpedo y aspiraban a escalar una montura por medio de un estribo. La figura del équite llegó a mitificarse por medio del centauro, formando de dos seres completamente uno solo.

Algo parecido ha ocurrido con los automóviles, que han emborrachado a los hombres de supuesto prestigio y velocidad. Este afán de celeridad lo plasmaron los clásicos en el caballo volador Pegasus, que llevaba alas en sus patas, y por medio de los cómics y de la televisión se idealiza ahora en los vehículos del espacio. De la misma forma que el centauro sintetiza al hombre y a la bestia, el «superman» se convierte en una síntesis de ¿hombre? y vehículo supersónico.

Hoy, al ver al hombre del acordeón, he reflexionado sobre la simbiosis y he llegado a la conclusión de que la vida en común de un hombre con su acordeón no es supersónica pero sí más bella, más humana y como sónica, más bien sonante que la del automóvil o la motocicleta con su conductor.

La palabra simbiosis lleva aparejada la unión de dos seres vivos, en este caso el hombre y el acordeón, pero alguien dirá que este instrumento no es un ser vivo. Tiene razón el que en ello repara pero atalajado y abrazado al pecho del hombre o de María Jesús, la de los pajaritos, oprimidas sus teclas «por la mano de nieve», como diría Bécquer, que sabe arrancarle sus notas, se convierte en algo vivo.

A mí contemplar al «hombre del acordeón» me producía tristeza. Era como la convivencia de dos personas que no se comprenden. Pulsaba las teclas el hombre y no surgían armoniosas las

notas, no volaba los aires una melodía que hiciera pararse a los viandantes a escucharla. Les daba pena y seguían su camino, pero no todo era incomprensión porque había quien admiraba el amor del hombre a su acordeón, eternamente abrazado. Los camareros de un bar lo animaban y lo mimaban.

Seguían brotando torpes los aires del fuelle por las lengüetas sonoras pero al «hombre del acordeón» le sonaban como aspergios de *Los pajaritos* de María Jesús.

Hoy lo he visto sonreír, más seguro de sí mismo, de la misma forma que al jinete, caballero en su caballo.

Ya no me suena plañidero el acordeón al contemplar la feliz y terapéutica fusión del instrumento con el hombre de las notas tristes.

## El lorito de Logroño

Voy por las calles de la gran ciudad, como Pedro Navaja, pero sin navaja y sin malas intenciones. Salen los colegiales del colegio armando una alegre algarabía. Se oye en un balcón un icre, cre! nada armónico. Es un lorito que se incorpora con su grito al bulli-cio de las muchachas. Estas no le hacen caso, no miran y se alejan indiferentes. Hace muchos años, los niños no éramos así. Parábamos delante del lorito de casa la Navalesa y tratábamos de darle conversación. Era una pretensión absurda, pues los loros jamás han sabido dar conversación a los humanos, lo más que han hecho es imitar nuestras voces, provocando la risa de las personas que las escuchaban. Desesperados por no obtener respuesta a nuestras preguntas, soltábamos algún taco que aquellas cotorras aprendían rápidamente y cuanto más grosero, más risa causaban en nuestros pícaros ánimos y más escándalo, sentido o fingido, en aquellas honorables personas que acertaban a pasar por debajo del balcón donde hacía la vida la hermosa ave de plumaje verde. En algunas ocasiones no solo eran verdes las plumas que abrigaban al ave parlante, sino las palabras que salían de su corvo pico. Dichas palabras, por su color se dividían en verdes, rojas, azules y abigarradas, ocupaban todo el espectro político pero sin ideas.

Por la forma de expresarse, los había profanos y también píos. Estos eran los loros de las monjas y de las señoras respetables, que recitaban jaculatorias y las más adelantadas el rosario. Digo

recitaban y no rezaban porque las aves alaban a Dios sin necesidad de rezar, solo con su belleza aclaman al Creador. Los loros profanos, volviendo a los colores y no del espectro cromático, se dividían en marrones y en verdes. Los primeros estaban afincados en casas honradas, donde los niños les enseñaban palabras excrementicias, y los segundos se hospedaban en casas de señoras de vida airada, donde escuchaban la pornografía, que ahora puede ver cualquier niño en la calle.

Pero, señores!, ha llegado la libertad de expresión y ustedes que esperaban obras de teatro y novelas maravillosas tienen que contentarse con escuchar palabras marrones y verdes, que antes estaban reservadas a los loritos. Estos, con más talento, han vuelto, al menos este de Logroño, a sus gritos naturales, a los que lanzarán siempre en los bosques tropicales, que es donde debieran estar, porque en las calles de la gran ciudad poco de bueno tienen que aprender.

## El mesón

Los hombres siempre se han desplazado de un lugar a otro. Ahora vemos a los turistas que viajan, unos andando, como por ejemplo lo hacen por el Camino de Santiago, otros en moto o bicicleta, en automóvil o en autobús y algunos en avión.

Alrededor de las ciudades hay un continuo movimiento, ya comercial, industrial, menestral, turístico, escolar, sanitario o burocrático. Ya antes del automóvil y cuando este se empezó a desarrollar existía la circulación por los caminos y carreteras que conducen a Huesca y desde esta se iba al norte, al sur y a todas partes. Yo me acuerdo de una charla de José Antonio Llanas en la que comentaba un viaje que hizo con su padre, en un automóvil recién estrenado, en los años veinte, desde Huesca a Barbastro. Tenían que pasar por el puente sobre el Alcanadre, teniendo que bajar cerca del río y luego volver a subir. Lo pararon, por lo que parece para cobrarles el paso, pero a pesar del temor que sufrieron de no poder iniciar la subida, salieron victoriosos de su automovilística aventura.

Siétamo, ya en tiempo de los romanos tenía una vía, en la que se encontraba en el millar séptimo, como en su límite cercano a

Loporzano estaba el quinto (Quinto) y antes de llegar a Huesca, estaba el tercero, es decir Tierz. Esta vía ya tiene alrededor de los dos mil años y los ilergetes, que ocupaban desde Lérida hasta Huesca, ya tendrían caminos coincidentes con ella. Luego esa vía se convirtió en carretera.

¡Cuántos carros y galeras pasaban por esa carretera! Unos llevaban mercancía, como aquellos que venían de Bospén o de Torres de Montes e iban cargados de vino a Canfranc para vendérselo a los franceses. Allá en la frontera, a veces, tenían que añadirle agua al vino para rebajar su grado, pues la cantidad de alcohol que obtenían nuestros caldos no era aceptada en Francia.

José Borau, de Torres de Montes, pasaba la frontera e iba a Pau llevando vino en lo que se denominaban bolsas, que eran simplemente pipas colgadas con cadenas, debajo del carro, una delante y otra detrás, pero no era eso todo, pues llevaba, además, cuatro pipas encima. Todavía conservan los Borau un pequeñísimo platillo de plata con un asa que usaban para introducirlo en los contenedores de vino y probarlo a continuación. En el año 1914 los franceses pedían mucho vino, tanto que, por ejemplo, en Casa Catalán de Angüés, cargaron en un años quinientos *nietros* (de ciento sesenta litros). Echaban yeso en las uvas de las que iban a extraer el vino, sobre todo el tinto, que mataba el gusto áspero del orujo y daba al vino un color como la sangre del toro bravo.

Otros usaban para su desplazamiento los coches de caballos, que venían e iban a Barbastro, pero no todos los utilizaban, sino que se subían a sus propios carros y si había alguna galera dispuesta a marchar, algunos se apuntaban. Iban a buscar su *silleta* de la iglesia para viajar sentados y cómodos y así iban a Huesca, entre jotas, chistes, cuentos, tragos y alegría. Hoy, tiempo de turismo, existen muchos hoteles, fondas y locales dedicados al turismo rural pero entonces, en mi niñez, existían los mesones, las posadas y las ventas, en las que descansaban los negociantes, los tratantes, los que transportaban las mercancías.

Y en Siétamo estaban la posada y el mesón. El viejo mesón, que está situado junto a la Vía Miliar; por su parte posterior y justo por delante, pasaba la carretera N-240. Esa Vía Miliar cruzaba el río Guatizalema, que tendría otro nombre en tiempos romanos, luego subía al pueblo y más tarde se convertiría en cabañera, que iba a

salir por debajo de la iglesia, al castillo de los Castro y después de los Aranda.

Más tarde, cuando hicieron la carretera, el alcalde, que entonces era Rafael Sipán, convenció a los electores de la necesidad de que pasara por delante del mesón, evitando la circulación por el centro del pueblo.

Y allí estuvo el mesón de Siétamo, durante muchos años dirigido por el abuelo Ciria, procedente de Casa Calvo de Siétamo. En las cuadras dejaban las mulas, donde, por cierto, también dormían los muleros o mulateros, ya en un saco de paja o en la misma pajera, que era grande y estaba donde ahora arrancan las escaleras que suben al comedor. Basta recordar un poco para saber cómo vestían aquellos carrromateros o fijarse en la fotografía que se ve actualmente en el mesón de Siétamo, donde vemos al «Campechano» de Casbas con su boina puesta, con su blusa negra y con el látigo, que usaba para dirigir las caballerías. Había algunas habitaciones para ciertos viajeros especiales pero no eran muy usadas, pues Francisco Lera Mendoza, yerno del abuelo Ciria, dormía también en la pajera. Lo mismo pasaba con las comidas, pues si bien alguno consumía la comida del mesón, casi todos los carrromateros llevaban su propia comida pero, sin embargo, se vendía bastante vino, del que eran productores en las viñas de Valderrey y de Peiró.

¡Qué jaleo había en el mesón, donde guardaban caballos para cambiárselos a los coches-correo! Y además algunos viajeros bajaban, bien para comer un bocado o a beber un trago de vino, pues el viaje de Barbastro a Huesca y el inverso eran un poco pesados. Ocurría aquí lo mismo que en la posada de San Miguel de Angüés o más tarde en la de Siétamo. Pasaban además por el mesón los carrromateros de Casbas, los de Torres de Montes, Gabino Paul de Junzano, Jordán de Azlor y el «Campechano» de Casbas.

Hubo una época en que el ser mesonero, daba menos dinero y muchos carrromateros se dedicaron a volqueteros, como el mismo Borau, que mandó unos cuantos volquetes a las órdenes de Lucán de Las Casetas de Quicena para llevar o sacar tierra del pantano de Belsué. También se dedicaron a volqueteros los dueños del mesón, que eran María Ciria Sa, hermana de Antonia Ciria de Casa Calvo de Siétamo, y Francisco Lera Mendoza de Albero Alto. Los volquetes eran distintos de los carros porque su

caja se podía vascular, con lo que descargaban los volqueteros con gran facilidad.

La hija de Francisco Lera de Albergo Alto y de María Ciria Sa se llamaba María y se casó con un notable agricultor de Monzón, yéndose a vivir con él, dejando su mesón al cuidado de Antonio Oliva y de su esposa María Bescós.

Parecía que aquel mesón lo seguía siendo, pues allí acudían acogidos por la pareja pescadores, cazadores y caminantes.

Hoy el hijo de uno de aquellos carromateros de Torres de Montes, recordando los ratos pasados en el mesón, lo ha rebautizado con su mismo nombre y lo sigue dedicando al placer de los que, por delante de él, pasan cada día.

Yo no podía parar en el mesón, porque iba a Huesca, y después de la guerra dejaba el carro y la burra en la posada de Laviña, situada hasta hace poco tiempo en la plaza de Santo Domingo. Hoy, gracias a Dios, podré acudir a pasar el rato en el famoso mesón de Siétamo.

## Un momento de San Lorenzo

10 de agosto, San Lorenzo. Estoy en el pueblo y siento un hormigueo dentro de mí; es la llamada de los danzantes. Subo al automóvil, conecto la radio y el locutor vibra explicando el paso triunfante de la procesión de San Lorenzo, con su laurel de mártir rodeando su cabeza y los adornos argénteos, que profusamente brillan a la luz de su día agosteño y tan oscense y, sin embargo, su busto en la peana no se desplaza orgullosamente, sino que tiene un aire de satisfacción inmensa, como la de aquel que por un día se encuentra entre los suyos, que le ofrecen sus mejores galas, sus más fragantes flores, sus más sabrosos frutos. Acompaña a las palabras del locutor de radio el son de las campanas, que voltea Calvete. Parece que están cachondas las campanas, que arden en celo laurentino; es un celo no carnal, es metálico, pero suenan calientes a pesar de ser orondas y redondas, con sus faldas de bronce que solo cubren el aire y el badajo. El calor de la danza al son de espadas y de palos, el calor de las peñas y charangas, que producen los saltos, y las botas de vino se unen unísonas con el calor de las campanas, formando un fuego tan caliente como el

que a san Lorenzo asara y tanto como el que en el corazón de todos los oscenses arde en amor a su patrono.

Bajo el cristal del automóvil y el volumen de la radio por ver si a medida que me acerco a Huesca escucho el sonido real de las campanas y las bandas musicales y no a través de la radio. No lo oigo y acelero; no viene nadie en dirección contraria; no es momento de abandonar la capital.

Llego por fin a la ciudad y desde las cuatro esquinas me da tiempo para contemplar el paso airoso de la danza. Por un momento, y a pesar de los fuegos y calores que he descrito, corre un frío por mi columna vertebral y la piel se me pone como «carne de gallina».

Hay gente que, atajando por los Porches, atraviesa el Tubo para llegar a san Lorenzo a despedirlo hasta el año que viene.

Yo no puedo, pues el deber me espera, pero ya he acudido a la cita anual con san Lorenzo.

## Las nutrias

La nutria es un mamífero de la familia de los mustélidos, animal muy gracioso con su cabeza chata, orejas pequeñas, y su pelo es corto, al contrario que sus patas que son largas. Su color es pardo, más o menos rojizo, más claro en su vientre y en la parte baja de su cuello. Hace su vida en las orillas de los ríos y se mantiene pescando peces y cazando ranas, ratas de agua e incluso aves acuáticas.

No es muy fácil contemplarlas porque durante el día están acomodadas en sus nidos, dotados de dos orificios, pudiendo decir que uno es de entrada y otro de salida y que están dentro del agua, al contrario que su casa, que consiste en un torreón elevado y revestido de yerbas y que se conserva siempre seco. Allí cuida a sus tres o cuatro crías, que alumbró en marzo o en abril. Por la noche hace uso de su periodo de caza y pesca, solamente.

Su nombre es sonoro y en aragonés suena musicalmente en Ansó, Echo y Torla y en otros muchas zonas del Alto Aragón, donde a la nutria la llaman *loira*, aunque don Rafael Andolz la conocía por *lutria*.

Su piel es suave y es muy apreciada por los peleteros, lo que ha hecho que fuera muy perseguida y haya estado a punto de desaparecer.

Daba la impresión de que la nutria, en efecto, iba a desaparecer, pues en Zaragoza desde hace unos veintitrés años ya no se veían nutrias por su comarca, al lado del Ebro, y es que este animal es un símbolo de la calidad del medio ambiente en el que está llamada a vivir, abandonándolo si esta calidad se estropeaba. Técnicos de medio ambiente del Gobierno Aragonés han hecho pública, con fecha 1 de marzo del presente año de 2003, la noticia de que la nutria ha vuelto a estar presente en los galachos de La Alfranca de Pastriz, La Cartuja y El Burgo de Ebro, a pocos kilómetros del casco urbano de Zaragoza. Esta novedad se puede leer en el *Diario del Altoaragón* del día 2 de marzo de este año de 2003.

Donde no se sabe si viven o no viven nutrias es en la parte alta del río Guatizalema, cerca del pantano de Vadiello, porque alguien dijo que había visto una nutria y a causa de eso, no dan el permiso para hacer la toma del agua a Siétamo, Ola, Alcalá del Obispo, Fañanás, Pueyo de Fañanás, Argavieso, Novales, Sesa y al Campo de Aviación de Alcalá-Monflorite, cuyas tuberías están ya colocadas desde hace unos tres o cuatro años, sin producir los efectos sanitarios, económicos, de construcción y habitabilidad, en unos momentos en que se va a realizar la autovía Lérida-Pamplona, que crearía en la zona industrias y desarrollaría, junto con el campo de Aviación de Alcalá-Monflorite, un turismo que favorecería las visitas a la sierra de Guara, donde dicen que tal vez estén las nutrias. Estos bellos animales, si no están en la zona, pueden llevarlos a la misma y en un lugar de tan puro medio ambiente, se reproducirían, como lo están haciendo en la mismísima Zaragoza.

A las nutrias les reconocemos sus derechos a vivir y a gozar de nuestros ríos y los habitantes de las orillas del río Guatizalema votamos porque repueblen sus orillas de nutrias. Pero ya vale de cuento, pues los derechos humanos, y más en este caso en que no se perjudica a los animales, son anteriores y superiores a los de las bellas e inocentes nutrias, que si tuvieran inteligencia votarían que sí al empalme del agua a los pueblos citados.

¿Se van a despoblar por las nutrias, unos hermosos y numerosos pueblos y se va a interrumpir el impulso de su capital oscense, en el turismo y en desarrollo de actividades propias del ser humano?

2003

## Las pajaritas

Las pajaritas son las reinas del Parque de Huesca. Su creador fue el artista oscense Ramón Acín, de quien me acuerdo cada vez que paso por el parque cerca de ellas, que por cierto también está cerca de ellas la Escuela Normal, donde creó Ramón muchas otras obras de arte.

Aquí, en Huesca, no se puede ir a ver la Sirena Varada de Copenhague pero no cuesta nada ir a ver las Pajaritas Paradas. ¡Qué difícil es ver a un niño, a una niña o un pajarito parados! Mal augurio si esto sucede porque están muertos o enfermos, pero en Huesca hay una pajarita, ¿una? o ¿son dos?, que se paró en el Parque, cuando venía volando, no se sabe de dónde y se encontró tan placentera que determinó no marcharse nunca.

Coqueta ella, eligió un lugar visible al fondo de la plaza donde jugaban los niños, como si fuese una *mairalesa* de la ilusión o la gran vedette de un teatro infantil al aire libre.

Me preguntaba antes si eran una o dos. Hay dos figuras idénticas, tanto que parecen una, mirándose fijamente, como si una fuera el espejo de la otra, como tratando de conocerse a sí mismas en eterna interrogación. Las líneas curvas de la anatomía pajaril se han vuelto de una rectitud geométrica.

Unamuno, en el café, en sus ratos de ocio se entretenía haciendo pajaritas de papel y quizá por este azar, las pajaritas, perdido su vitalismo volador, se ponen a pensar. Parece como si estuviesen en un largo diálogo racionalista. Las ideas suben por sus líneas inclinadas, la evolución va cambiando el aspecto de los seres vivos pero parece como si el hombre quisiera acelerar esa transformación hasta convertir la vida en muerte; porque muerte es la substitución de los pies por ruedas, de las plumas de los pájaros por alas metálicas, de las laringes de las personas y de las jeringas de los pájaros por discos y casetes y para colmo de los cerebros por computadoras.

Pero no hay que ponerse tan pesimistas, pues las Pajaritas del Parque, erguidas en su pedestal y con un fondo de verde follaje, continúan guardando la misma gallardía, la misma ingenuidad y el mismo encanto que cuando era niño. Incluso se perpetúan permaneciendo al paso de las generaciones. Además los niños las van reproduciendo con las hojas de papel de sus cuadernos. Algunos

les echan su aliento para tratar de hacerlas volar. La ilusión no se acaba nunca.

¡Probad niños a doblar papeles para ver si sabéis hacer una pajarita voladora!

## El pelo

Caminaba yo por la calle y llevaba en mi cabeza una pelambreira, en lugar de un buen pelo y al pasar por una peluquería pensé: «Más valdría que aprovechara la ocasión para esquilarme, ya que aquí hay un peluquero que es capaz de cortarle los pelos al diablo y, si así sigo, luego me saldrán pelos en el corazón».

Entré en dicho establecimiento y el artista de los cabellos me saludó con gran amabilidad y cuando acabó de rasurar a un cliente, empezó a hacerlo conmigo, al mismo tiempo que preguntaba si yo había sido rubio o castaño. Por este detalle me di cuenta de que estaba ante un auténtico profesional, pues su conversación giraba en torno a los cabellos de sus clientes, que eran los que él siempre se había dedicado a higienizarles. Total que con tal conversación, nos lo pasábamos los dos «al pelo».

Yo le dije: «Por aquí te habrán pasado melenudos como leones y otros de cabello crespo y rizado y algunos rubios de cabellos sedosos y finos». Asintió a mi observación, añadiendo: «También he atendido a barbudos, a bigotudos, a calvos, a los que hay que arreglar a unos sus barbas y a otros los bordes de pelo que se apoderan de sus cuellos». Hay personas que, como los calvos, no poseen pelos en la cabeza pero no tienen un pelo de tontos, y algunos no tienen ni un pelo en la lengua. Hay algunos que lo hacen todo a pelo, como subir en su caballo o en su burra a pelo o a contra pelo. ¡Qué difícil debe de resultar relucirle el pelo a quien lo tiene implantado en varias direcciones o a quien lo tiene como si fuera pelusa de melocotón!

El peluquero o barbero tiene un ilustre nombre, pues se llama Augusto, como el César Augusto que inmortalizó a Zaragoza, capital de Aragón, y en tal Autonomía nació, siendo hijo de otro peluquero y barbero de Fraella, Tramaced y Marcén. No fue el famoso Barbero de Sevilla, pero ha sido y es todavía un agosto barbero y peluquero de la *Vrbs Victrix Osca*. ¡Cómo atravesaba

aquellas distancias unas veces andando y otras en bicicleta!, aunque al principio tenía que hacerlo sobre una burra, montándola a pelo.

Cortaba el pelo a las mujeres, a las que aplicaba el estilo «garsón», y a muchos hombres les cortaba el cabello a la parisién.

El pelo era sagrado, pues muchas jóvenes se dejaban una larga trenza, que solo se cortaban cuando iban a casarse y luego la colgaban en el salón o en la *sala güena* de su casa, donde la guardaban para que sus descendientes la contemplaran y se acordaran de ellas en sus oraciones. Pero, hace pocos días, encontré en un anticuario un cuadro con la fotografía de una pareja matrimonial, que, a pesar de ser ya de cierta edad adulta, estaban manifestando su felicidad, pero entre el cristal y el marco y rodeando sus figuras, daba la vuelta al cuadro una trenza, que pertenecía a la esposa, que después de llevarla colgada durante muchos años, al cortársela, la enmarcó con su persona y la del ser amado. En alguno de esos cuadros que se hacían nuestros antepasados aparece el matrimonio con su aspecto de felicidad y rodeados por una estela capilar o trenza de la señora en su juventud, que les da a ambos miembros de la pareja un nimbo que recuerda y que desea una vida de sacralidad. ¡Oh, inefables cabellos!

Pero no solo eran las mujeres las que hacían tan larga ceremonia con sus pelos, sino los toreros que se dejaban su coleta, que recogían en su nuca debajo de la montera. Su tradición todavía no se ha perdido, porque ahora, aunque no llevan su coleta natural, se la ponen artificial cuando tienen que torear. Y los grandes toreros, cuando llegan a su retiro, si no han sido corneados y mandados a la gloria, en la corrida de toros que corren cuando celebran su jubilación, se cortan la coleta, no sé si ellos mismos o por la actuación de algún famoso peluquero.

La fuerza, no solo la de los músculos sino la de la inteligencia, si no vienen de los pelos, con ellos están relacionadas. El famoso poeta gallego don Ramón del Valle-Inclán, llevaba colgada de su cara una larguísima barba, que era como una antena que le hacían captar la poesía y componer los ritmos literarios. En la enorme cabeza de Einstein brotaba una grandiosa melena, completada con su bigote y por aquellos cabellos entraban los cálculos matemáticos que le condujeron a emitir la Teoría de la Relatividad. Y las mujeres con

sus melenas han dado pruebas de su fuerza física y del poder de su amor; hace unos días se vio en la televisión a una hermosa mujer, engancharlas en el tiro de un enorme autobús y ella, agachada sobre una escalera, hacía presión con sus manos y sus pies sobre las escalas y lo arrastraba. Pero leyendo la Biblia, la bella Dalila en el siglo VIII antes de Cristo, tenía unos cabellos prodigiosos no solo para enamorar, sino para traicionar al gran Sansón, un hombre fornido, que triunfaba sobre los filisteos; estos, que se veían perdidos, encargaron a Dalila que lo enamorase y se enterase del misterio de sus fuerzas. Y es que Sansón tenía una pelambarrera descomunal que le llevaba a vencer a cualquier enemigo que se le resistiese, por ejemplo, dicen que cogió con sus manos un melencudo león y le descoyuntó sus mandíbulas. Pero con Dalila el problema era diferente porque sus cabellos le encendían su corazón en amor; al entrar en contacto con los abundantes, bellos y perfumados de Dalila, que llegó a darse cuenta del misterio capilar de su enamorado y le cortó el cabello. Entonces Sansón perdió sus fuerzas y cayó en manos de los filisteos, sus enemigos, que se ensañaron con él y le sacaron los ojos. Estuvo atado en una columna del gran salón donde ellos se reunían y no previeron que el pelo crece y que, aunque aquellos «pelillos fueran a la mar», volvían a desarrollarse, como lo tiene comprobado Augusto, cuando después de un mes o de dos vuelven a sentarse en su sillón aquellos a los que había cortado el pelo. Y a Sansón le crecieron los pelos de su cabeza y cuando él mismo calculó que ya tenía bastantes energías para desarrollar sus fuerzas, se agarró a una de las columnas a las que estaba atado, la forzó e hizo caer el edificio sobre él mismo y sobre los numerosos filisteos que dentro de él estaban.

Estaba un calvo escuchando nuestra conversación y, un poco mosqueado por nuestras alusiones a los calvos, exclamó: «Todos los burros tienen buenas pelambreras, porque yo no conozco ninguno calvo». Augusto le contestó: «Yo tampoco conozco ningún melón que tenga pelos».

Ser calvo, en estos días, no supone ningún inconveniente, porque muchos que no lo son se afeitan la cabeza y ya es raro ver a alguien que se ponga una peluca. Además, sin llevarla, muchos lo aparentan porque su pelo se lo pintan de vistosos colores, que no tienen nada que ver con la naturaleza humana y uno ya duda si la

fuerza física y la fuerza de la inteligencia y del espíritu tienen que ver algo con los pelos.

Pero, leyendo a Antonio Machado, comprobé cómo también él sentía la luz de los cabellos, cuando se expresa así: «Quiso el poeta recordar a solas, / las ondas bien amadas, la luz de los cabellos / que él llamaba en sus rimas rubias olas».

Aquellos pelos estaban relacionados no solo con la inteligencia y la poesía sino con la propia vida porque, en épocas que yo todavía he conocido, los barberos eran los practicantes de los pueblos y daban inyecciones a los enfermos y hacían sangrías y vendajes.

Yo me acuerdo del señor Valeta, que en el Coso Alto de Huesca se ocupaba de la higiene y de la belleza del pelo de sus clientes, al mismo tiempo que cuidaba su salud. Lo mismo hacía el señor Jorge de Siétamo, que además de ser barbero, después de la guerra y vestido con su blusa negra, igual que la que llevaban los trantantes, inyectaba a los habitantes de mi pueblo y a mí me cosió una brecha que me hice en la cabeza cuando sobre una *burreta* torda subía montado de la fuente, a pelo sobre ella, y me tiró al suelo.

2004

## El psiquiatra

Existen nieblas en el cerebro humano, a nivel colectivo y a nivel individual, que ensombrecen una visión optimista del mundo y de la vida de los hombres, uno a uno. Es frecuente ver esquizofrénicos, que tienen una doble personalidad. ¡Es tan difícil definirse en un mundo en que lo normal es lo anormal! Los negros nubarrones ensombrecen el futuro e invitan a llorar a gentes depresivas, que se cuelgan o lanzan al vacío. Otros, faltos de afecto y de cariño, buscan la luz en el alcohol y en el ácido retrasando, simplemente, su trayectoria hacia el abismo.

Tiene gran responsabilidad la sociedad en el problema pero es difícil escuchar a marginados que no emplean la protesta para hacerse oír.

La psiquiatría constituye un sacerdocio; su misión es educar y prevenir, sanar y hacer más llevadero el mal que oscurece los cerebros. Tienen fama los psiquiatras de ser ásperos en el trato con los

cuerdos. Tal vez sea que sus pensamientos, aún siendo más claros que los nuestros, tratan de alcanzar la luz que desvele los cerebros de los enfermos. Y sufren de ver acumulados a los hombres en locales que tornarían locos a los hombres sanos, y sufren por la poca colaboración que encuentran en la sociedad y entre los mismos familiares de los reclusos.

Yo conocí un doctor que buscaba el desahogo en la naturaleza y acariciaba suavemente hojas de la péndula rama de un llorón. Tal vez en aquel sauce que lloraba hojas verdes en el haz y era su envés de color de plata, veía conjuntarse una vida feliz acompañada de lágrimas y buscaba la solución a la salud de sus enfermos, cerca del agua natural, lejos de una sociedad sofisticada, donde la droga, el alcohol y el consumismo devoran a sus hijos, que huyeron de los campos. Hoy la gente trata de volver al pueblo, al campo, al huerto y se relaja por un momento, para volver al río loco de la carretera.

El doctor no usa su coche para caminar caminos y se detiene delante de un romero para aspirar su aroma y debajo de un cerezo para escuchar a la vistosa *cardelina*. Y, acariciando un sauce y sus lágrimas, trata de acariciar las lágrimas cerebrales de los hombres.

## Reaparecen los caballos

Se llenó el mundo de caballos de vapor asexuados, ruidosos, criminales, metálicos, que van pudriendo el aire con sus negros humos; han desplazado a los caballos auténticos y a las yeguas ruanas, alazanas, overas y castañas que adornaban sus frentes con estrellas y luceros.

Se han rebelado caballeros y amazonas amantes de la vida y la belleza contra esta situación y cabalgan por el Somontano, «mil gracias derramando por esos sotos y laderas». Las fuentes y carrasacas que habían olvidado los pasos, los trotes y galopes, se alegran cuando llegan los caballos y les ofrecen sombra y sus aguas frescas.

Hay armonía entre el paisaje, aquellos que cabalgan y la nobleza de Rocinantes y Babiecas. No son generosos aquellos que transitan debajo del castillo que elevaran los reyes de Aragón, no son Cides ni Quijotes y sin embargo los recuerdan cuando, a lo lejos, los vemos cabalgar. Amazona en su yegua, la señorita rubia pone

en el grupo la nota de belleza, el toque de elegancia y la armonía que fusionando al hombre y al caballo los convirtió en centauro; ¿cómo llamarte a ti, amazona en tu yegua, que formas un centauro completamente femenino?

¡Cabalga, rubia amazona, sobre tu yegua Azabel, que fundidas en una sola figura, recorréis el Somontano buscando la ecología, la libertad y el placer!

## El reloj de pared

La Fortuna me dio la oportunidad de escuchar a dos amantes, que, a pesar de amarse con sus tiernos corazones, daban a la razón la ocasión de crear opiniones y a sus lenguas la de expresar esas mismas opiniones, y yo estaba atento a su discusión sobre los relojes de pared o de péndulo. Recordaban, sin duda, los viejos relojes que marcaban el tiempo en sus casas de los pueblos, donde nacieran el uno y el otro, y afirmaba uno de ellos que el armario o caja que protegía la maquinaria y el péndulo era más delicado que los que ahora se fabrican, y el otro exponía su opinión contraria, diciendo que aquellos relojes que traían de Olorón, tenían su nido más sólido que los que ahora les ofrecían en los grandes almacenes.

Yo, entre tanto, pensaba que ninguno de los dos relojes, es decir, el antiguo de Olorón o el moderno que ahora nos ofrecen, tiene madera más fuerte que el otro, pues ambas son procedentes de nogales, de robles o de sabinas, en tanto que otras maderas eran simplemente de chopo y cortadas por el carpintero del lugar.

Pero, independientemente de la calidad de las tablas, ahora su ensamblaje es más encajado, porque el ebanista que arma tales cajas dispone, indudablemente, de técnicas más modernas, porque el relojero actual coloca sonerías que recuerdan la música de viejos carillones instalados en lo alto de edificios nobles que presiden grandes plazas, como la de San Marcos de Venecia. Las campanadas de nuestras viejas *fustarazas* son más sobrias y recuerdan en la paz de las casas campesinas el paso de las horas que, sin embargo, en la ciudad, cuando queremos recordarlas, ya han pasado. No digamos nada de los segundos, que ya no cuentan en la vida humana, en tanto que en la *sala buena* del *casal* del pueblo esos segundos cantan su monótono tic-tac como si ese *casal* tuviera corazón.

Los relojeros antiguos y modernos se dieron y se dan cuenta del paso del tiempo, pues en muchos relojes de péndulo está escrito: «*Tempus fugit*», el tiempo huye. Pero a pesar de su huida sí que tiene corazón el tiempo, por ejemplo el de un amor que muchos hombres y mujeres transmitieron a las paredes de la casa, con sus láminas de santos, de guerreros y guerrilleros, de antiguas fotos de bodas y bautizos, de fiestas populares y de bailes de jota y el del tic-tac, que como un cordial brota del reloj y que a lomos de mulas trajeron los ancestros de Olorón o de Pau. La viuda o el viudo recordaban al escuchar ese tic-tac, las ahora caricias ausentes y las luchas de sus hijos en las capitales por vivir y por sacar a los nietos adelante.

Aquellas tablas ya sufrieron la injuria del transporte y perdieron su equilibrio por carcomas, desajustes de los muros o alabeos de maderos y de vigas. A veces trajeron solamente la máquina y el carpintero de la aldea fabricó la caja, con aquellos pesados instrumentos, o el albañil colocó en un hueco, a modo de alacena, en un rincón de la escalera la esfera, el péndulo y la rueda Catalina, haciéndole el carpintero una puerta, con una ventana esférica, para poder contemplar las saetas y las agujas, que marcaban las horas.

Envejeció el reloj del mismo modo que envejecieron los sucesivos habitantes de la casa y hasta esta casa fue conociendo los achaques que el paso de las horas que el reloj cantaba y contaba, de segundo tras segundo acompañados por su tic-tac sonoro, que parece mentira que tuviera el poder de acumular años y años, que pasan y que pesan y marchitan, como he dicho, a las personas, a las casas y al aparato mismo, que venido de Francia, se cuarteaba, se ladeaba y pierde su equilibrio, para, por fin, enmudecer.

Yo recuerdo, como también ustedes lo harán, la canción que decía: «Mi abuelito tenía un reloj de pared, que compró cuando él nació... pero un día el reloj, de tan viejo se paró y con él mi abuelito se murió».

«*Tempus fugit*» está escrito, como he dicho, en la esfera de numerosos relojes de péndulo y ese mismo reloj demuestra la verdad de tal axioma porque aquellos relojes, al hacerlos, los pintaban con colores alegres y vivos, unas veces con flores, otras con caballeros y con damas, que soñaban en el amor, y hoy sus colores se han vuelto

oscuros y descoloridos. Hoy colorean los relojes con barnices para dar la sensación de que el tiempo no corre y, sin embargo, nuestros nietos los verán viejos y sin alegría.

Esa huida del tiempo de los viejos casi ha desaparecido porque están en el camposanto y ya casi nadie se acuerda de ellos, pero tal huída es más notoria para el hombre y la mujer actuales, que el reloj tiraniza y ni siquiera les permite dar una pausa a su correr; no damos tiempo al tiempo, no le dan tiempo al hombre, aunque a la gente joven se le da todo un tiempo, que no es acompañado por sonos de relojes, sino por ruidos engañosos de máquinas de juego y del tin-tin nefasto resultante del choque del dinero. Todo lo traducimos a dinero por aquello de que el tiempo es oro.

Aquellos relojes de pared para encerrar el reloj de péndulo, se visten de muchas formas y son partidarios del amor. Tal vez, por eso, discutían sobre ellos los dos enamorados y es que, fijándose en sus cajas, se da uno cuenta que las hay con unas curvas, que son iguales que las caderas de mujer, en cambio hay otras que poseen una forma rectilínea, como si de hombres se tratara y el ritmo que marcan con su péndulo, acompañado por ese ir y venir, se acompasa al ritmo de los corazones de los hombres y mujeres. «*¡O tempora, o mores!*», ¡oh, tiempos, oh, costumbres!, porque en aquellos antiguos tiempos, las costumbres cultivaban el amor y hoy, en estos tiempos, en las calles de las ciudades grandes, los corazones van despendolados.

Acompasemos nuestras vidas al ritmo que nos marca el tiempo y no pensemos que a la muerte nos conduce, porque no existiendo para Dios ni pasado ni futuro porque para Él todo está presente, nos haremos presentes eternamente.

Leyendo, conversando y meditando al compás de nuestros viejos relojes de pared, nos sentiremos acompañados en el camino que nos conduce a un presente inacabable.

## Los roedores y los órganos

Este es un país de ratas, unas en el sentido estrictamente zoológico y otras en el sentido figurado de depredadoras de bienes materiales, culturales e, incluso, espirituales. Los ratones son más bien traviesos, hacen males pero menores, y son más simpáticos, encargándose los gatos de tenerlos a raya.

Digo que son menos peligrosos que las ratas porque me he enterado de que, en los órganos de nuestras iglesias, son estas las que los destruyen, afilando sus dientes en las trompetas que, por ser de una aleación de estaño y plomo, constituyen para ellas un elemento ideal para mantener sus dientes en debidas proporciones. Hay en los órganos unos componentes que se llaman secretos y, como su nombre indica, es muy difícil tener acceso a ellos, pero para las ratas no hay secretos; tienen la habilidad de penetrar en los lugares más recónditos, donde anidan sin que nadie las moleste. Las badanas que ajustan las válvulas, después de bien roídas, les sirven para preparar la cama a sus crías.

Son refinadas estas «señoras» en sus gustos, deterioran los materiales más nobles y les gusta el olor a cuero viejo, que con tanto cariño abatanaban los antiguos artesanos, no los actuales, porque ahora para conseguir badana para órganos hay que pedir-la a Alemania. Si los alemanes tuvieran estos órganos, ya que ellos perdieron casi todos los suyos durante la guerra mundial, los tendrían custodiados con más esmero. Nosotros, aparte de las ratas humanas que venden los tubos a los chatarreros, adoptamos una postura ratonil, inconsciente, como la de los ratones de dibujos animados. Convendría que nuestras cabezas superaran esa mentalidad de roedores mayores o menores y se pusieran a la altura de los habitantes de Pertusa, que pagaron cada uno un tubo de órgano, demostrando el amor a sus cosas, de tal manera que muchos lloraron al oírlo sonar después de muchos años de silencio. No olviden que el raticida es más barato que comprar tubos.

1981

## El río

En el ecosistema establecido en el remanso del río se ve bailar un baile aéreo a las libélulas, que sortean veloces los carrizos, las aneas, las espadañas, las cañas y las ramas de los sauces, que se descuelgan lloronas hasta la superficie del río, uniendo a las aguas, sus lágrimas. El sol, que al mediodía en el verano paraliza la vida, anima sin embargo el vuelo de las libélulas, sus alas emiten un sonido susurrante, como invitando al niño a sumergirse en el agua de la balsa. Lo invita tentador el caballito del diablo para que luego lo

aprisione el lodo, como tantas veces ha ocurrido en las albercas de Cortés y de Loreto.

El verano ha tornado en dorado el verde de los trigos, la tierra pardea más que nunca, reverberan los rayos del sol sobre el asfalto, haciendo ver al conductor el espejismo de charcos que no existen.

El hortelano se refugia en la arboleda de la balsa y al oírlo saltan las ranas desde la orilla a su cuenca, se refugia una polla de agua entre las ramas secas, zumban los mosquitos trompeteros, una culebra nadadora apresa a una de las ranas que han saltado, las tencas que en lodo se acomodan parecen esperar que baje el sol para ponerse en movimiento, la oropéndola o *peduco* sesteaa entre las hojas y una urraca sofocada, allá en lo alto de una copa, abre su pico como resollando.

Estamos ante un oasis verde enclavado en el secano, y verdes son las hojas del álamo y del sauce, verde el cutis de la rana, verdes algunas plumas de los pájaros cantores, verde aparece la cara de las aguas que está pintada por las «lentejas» acuáticas y la «baba de rana».

La libélula verde es la reina de la balsa, mas también existen las azules y marrones; todas ellas avanzan, retroceden con sus alas transparentes que no se cierran nunca, ni siquiera al posarse sobre cañas, carrizos, aneas, juncos y espadañas.

Al ser las libélulas, caballitos diabólicos, se posan tentadoras sobre los hongos que nacen en los tocones podridos de algún árbol, hacen salir gnomos que se montan sobre ellas y cabalgan de remanso en balsa, de pantano en pantano, de río en lago y hasta, dicen, que suben al *ibón* donde la mora mora, allá en San Juan de Plan, santuario del agua aragonesa desde la Prehistoria.

## Sender y las vacas locas

Cuando éramos pequeños cada labrador podía tener a su cargo un número de ovejas igual al de las hectáreas que poseía. Esto pasaba en mi pueblo, que pertenece al Somontano, no tan verde como la montaña ni tan seco como los Monegros. En ellos era escaso el número de vacas, siendo más grande en el Somontano, donde se recogía veza, pipirigallo o esparceta y en

alguna huerta se criaba alfalfa, complementando su alimentación con el pastoreo y la harina de cereales y de habas, más rica esta última en proteínas. En la montaña llena de prados vivían mejor las vacas, así como en todo el norte de España, es decir, en la España verde.

Se comenzó a explotar más a nuestros animales y se comprobó la necesidad de enriquecer su alimentación con piensos, unas veces para complementar la alimentación natural, que usaban hacía siglos, con piensos complementarios, o para aumentar la producción de carne y leche de los animales, convertidos en «obreros» de esas producciones, para lo que hacían falta los piensos compuestos.

Estos piensos son fáciles de crear, calculando las necesidades de un animal para su crecimiento, para su engorde o para producir carne o leche y luego, cogiendo una máquina calculadora se estudian los componentes y cantidades de los piensos que han de entrar para satisfacer esas necesidades. Para ello, como he dicho, son necesarias las máquinas calculadoras.

Pero ahora es cuando el pueblo se da cuenta de la locura cometida por el hombre, no por las máquinas calculadoras. Basta leer a Ramón J. Sender en su novela: *Hughes o el once negro*, cuando habla de los errores del hombre y de las dichas calculadoras, diciendo:

«Porque con ellas la equivocación del hombre inteligente puede acabar con la vida orgánica en el planeta, vegetal o animal. Nosotros podemos cometer un error y la máquina desarrollarlo hasta la destrucción de la tierra e incluso del universo».

Y eso es lo que ha comenzado a pasar con la alimentación de algunos animales, con el error de los humanos de crear piensos para el vacuno con harinas de carne animal, para los pollos con residuos de petróleo y para los cerdos con gallinaza o estiércol de las aves.

«Nunca repetiré bastante que Hughes estaba seguro de que sus computadoras no podían mentir... una de las equivocaciones del hombre por impulsos vitales o mortales puede obligar a las computadoras a hacer un error. En este error nos va a todos la vida. También en último extremo poco probable pero posible al universo entero».

De cuando era estudiante, me acuerdo de aquella frase que decía: «Nada se crea ni se destruye, solamente se transforma. Y Sender, que también la había oído y, reflexionado, dice:

«Ya es sabido que nada se destruye en el orden universal sino que se transforma: la realidad tangible y visible se convierte en energía y esta en formas diferentes y nuevas de materia. Si es así, y no hay duda según los sabios, ¿qué clase de seres heredarán nuestro planeta? Pronto vamos a dar en las fábulas infantiles de los robots y las arañas flotantes. Podría ser que no fuéramos tan lejos y que algunos prudentes insectos, por ejemplo las cucarachas, nos dieran la respuesta».

Las cucarachas, según Kafka, ya tienen sus problemas y «no sería solo el hombre inteligente quien se habría equivocado, sino la humanidad entera, y al parecer en eso estamos. En la orilla del Apocalipsis», es decir con más lío que las cucarachas de Kafka, por lo que somos los mismos hombres los que hemos de enmendar los errores que hemos creado en la alimentación de los animales, venciendo el odio contra algunas «probabilidades contrarias a sus intereses». Porque era el hombre el que «esperaba en último extremo equivocarse en su propio favor. Las maquinitas estarían siempre a su lado».

Y, como dice Sender, el hombre de negocios necesitaba esas máquinas «y recelaba de ellas». «Y experimentaba con ellas, pero no como hombre de ciencia –no lo fue nunca– sino como un financiero seudofilosofante o semitrascentralista».

Y en mi tierra se acabaron los pequeños ganaderos y quitaron a los veterinarios de los partidos en los pueblos, pero el hombre de negocios los hizo investigar en Inglaterra, Francia o España en el uso de alimentos sin valor, despreciando los productos agrícolas, como la cebada o la avena, ya arrancadas las explotaciones de vino, de veza o de esparceta, para luego con sus máquinas calculadoras «redimir a la humanidad».

En el curso de la novela, apareció después una lechuza que sobre la ciudad que estaba buscando a un sapo, y dos hombres lo vieron, diciendo uno de ellos: «No es frecuente hallar un sapo en estas avenidas de asfalto y macadán». Quisieron atraparlo. La radio, entretanto, emitía el *Bolero* de Ravel y dice Sender que los dos hombres «querían atrapar al sapo y se movían a un lado y al otro según los movimientos del animalejo. Estaban bailando con el sapo el *Bolero* de Ravel». Michael preguntó a Hughes: «¿Qué tiene todo esto que ver con el jijeo de la lechuza?». Es que ella ha venido

a comerse el sapo. Seguramente lo descubrió viéndolo bailar «con los dos hombres. Todo está relacionado en la naturaleza».

«Dijo más tarde Michael a los del once negro que el búho de la techumbre había acudido a comerse el sapo y de pronto los dos sintieron la necesidad de proteger al batracio y salieron corriendo». Como algunos industriales, también corriendo, prepararon el pienso para el ganado vacuno con *carmuzo*.

«Mr. Hughes... se apresuró a abrir el radio otra vez. No era sin embargo el *Bolero* de Ravel sino una canción boliviana titulada *El cóndor pasa*; aquí lo hubiéramos titulado: *Los buitres vuelan*».

No me queda la menor duda de que nuestro Sender, del que celebramos el centenario de su nacimiento, es un «profeta».

### *Tempus fugit*

Sobre la esfera del reloj de pared, se lee: «*Tempus fugit*». Y el tiempo va huyendo lento, lento al ritmo que le marca el sonoro tic-tac de su péndulo.

No tiene prisa el reloj de forma semihumana, con cabeza que por cabellos se corona con adornos barrocos; su cara es blanca, redonda y numerada, con saetas que no inciden sobre un corazón que no posee, sino sobre la frialdad de unos números romanos, que recorren, periódicamente, una y otra vez, con la monotonía con que la luna cumplimenta, día y noche, las fases que aparecen en los calendarios. Su pecho y su vientre de guitarra se transparentan a través de un cristal, dejando ver cómo el péndulo alterna su movimiento pendular.

El tiempo huyó definitivamente para el varón que lo escuchaba y contemplaba, pero la dama quebró la sincronía con el tic-tac sonoro y no supo, ya más, escuchar la dulce sonería de campanas que el reloj cada hora al aire regalaba.

Se fijó la señora solamente en lo fatal de la sentencia de la esfera y aquel *tempus* que *fugit* se le clavó cruelmente en su cerebro y en su corazón, cuyos latidos, siendo vida, no le decían nada.

El reloj se recrea con el tiempo que tiene concedido y la dama, en lugar de gozarlo, lo consume, lo quema, lo derrocha, huye de él y huye de sí misma sin parar un instante a gozar de la vida que Dios le concediera. Va y viene, sube y baja, sin hacer un alto en su

camino y el tic-tac del péndulo de la vida queda despendolado con pérdida del ritmo armonioso, que pudo ser placer y ahora es huida.

Párate sin parar, como el reloj, para escuchar el ritmo de la vida, para oír el sonido de campanas, de músicas, de palabras llenas, y para ver las fases de la Luna, los paisajes y tantas cosas que adornan la existencia.

¡Párate, templa tu ritmo pendular y manda sobre ti, como la rueda Catalina en su reloj! ¡Como Manuel Lalanda convertía en ballet la prisa de la fiera! ¡Párate como Teresa la andariega, en las moradas del alma y de la calma!

## El tío del confite

Hoy he visto a un montañés y me han dicho su nombre y el de su pueblo natal. No se trata de una historia poética como la que hizo exclamar a Bécquer: «Hoy los cielos y la tierra me sonríen, hoy llega a lo profundo de mi alma el sol». Se trata más bien, de una historia prosaica que me ha hecho recordar vivencias infantiles. El nombre, el apellido y el topónimo del pueblo del montañés coincidían con los de un individuo que conocí hace más de cuarenta años.

Me acerqué a preguntarle si era sobrino de don Miguel. De momento se quedó sorprendido, tanto, como si a usted le preguntaran por un tío, del que ni siquiera se había acordado en veinte pasados años. Reaccionó inmediatamente y me dijo que sí, pero como buen montañés, siempre en guardia, afirmó que no había heredado nada de él.

Él era un indiano de esos que van a hacer las Américas y les gusta volver a los pueblos de su niñez para que sus paisanos y parientes vean que han triunfado. Cada vez quedan menos de estos afortunados, porque por lo visto en Ultramar también cuecen habas.

Era don Miguel un hombre pequeño pero con empaque, su pelo era blanco brillante y su piel delicadamente blanca. Esta contrastaba, junto con su camisa, con el negro de su traje, cuya chaqueta sin abotonar dejaba ver su orondo vientre un tanto comprimido por su chaleco, de cuyo bolsillo pendía la enorme cadena de

un reloj de oro. Asimismo el chaleco coincidía en el color con el negro sombrero de amplias alas. Su cochazo, que todavía en aquellos años de antes de la guerra no era un «haiga», era también negro.

Llegaba año tras año a mi casa de Siétamo, se sonreía, preguntaba y no se manifestaba con muchas explicaciones. Se *partaba*, sacaba una cajita dorada, la abría y nos entregaba a cada uno de los hermanos un gordo confite. Se iba y ihasta el año que viene!

Su señora, de la que tengo un vago recuerdo, sonreía ininterrumpidamente pero no hablaba. Sus hijos tampoco porque no los tenían.

Decían que su fortuna era inmensa, que en recorrer su finca argentina, tardaba el tren veinte horas. Pero yo, con mis escasos años, comprendía que contrastaba su riqueza con su falta de generosidad, limitada a un blanco confite. Mi tío José María, eterno solterón, decía: «Este elemento no conoce la generosidad del gaucho; solo sabía cantar la milonga Niza y el tango Dido».

Después de la guerra lo vi aparecer un día por la plaza del pueblo y fui corriendo a avisar a mi padre, que estaba en la era. Bajó mi padre, le mostró la casa, que era entonces más solariega que nunca, pues por haber recibido el impacto de sesenta y cuatro cañonazos le daba el sol por todas partes. Le enseñó las cuerdas, donde ya no había ni vacas ni caballos, sino pulgas en turbamulta, de las que se llevó alguna. Al ver tan mal panorama, no hizo falta invitarlo a comer, porque debió de comprender que no era oportuno, pensando: «Adiós Pampa mía, me voy porque ya no me quieres».

Pero antes de marchar volvió, como en otros tiempos, a abrir su cajita dorada y tomando dos confites, me los entregó. Tal vez, al ver la ruina de la casa, quiso aliviarla aumentando la dosis de confites.

Ya no volvió más y, después de cuarenta años, he comprendido que a su homónimo sobrino no le dejó nada. Tenía prisa y no me aclaró si también a él le daba un confite. Me quedé con las ganas de cantarle al montañés el tango Dido.

1980

## Todavía nos quedan las ranas

No sé que tiene la rana, tan verde y tan simpática, que cantando su cu-cú a las orillas del agua, hacía que el caballero, con su capa y su sombrero, se descubriera ante ella. También se enfadó la rana, cuando pasó una señora, que iba comiendo *esquerola*, cuando le pidió una hoja, no le quiso dar; la cogió del moño y la echó a rodar.

La llaman *grenouille* en Francia y en nuestras tierras oscenses la llamamos la *grenota*; era la rana de hierro, de hierro de fundición y la pintaban de verde, dejando abierta su boca por la que echaban, distantes, unos discos metálicos que, a fuerza de entrar en ella, le despintaban el rojo de sus fauces y su lengua.

Las ancas de nuestras ranas son un plato muy sabroso y prestan su agilidad a los músculos humanos; y hay quien dice, por aquello de «que a las veces, las ranas se vuelven peces», ser útiles para el hombre político, para sus metamorfosis.

No conozco de este anfibio propiedades curativas basadas en sus órganos ni glándulas endocrinas pero es notorio a las gentes que influye en la curación de golpes, roces y heridas, que se producen los niños. Invocaban a la rana aquellas viejas de antes cuando los niños lloraban, aquejados de sus males, con esa copla sencilla que a todos enamoraba: «Cura, cura, mal de rana, si no te curas hoy, te curarás mañana». El mal seguía su curso, esperando ese mañana, pero los lloros cesaban como por arte de magia. ¡*Siña* Concha, *siña* Concha, cuántas veces me cantaste esa copla: «Cura, cura mal de rana»! Ha llegado ese mañana, un mañana muy lejano y aún me acuerdo de tu canto y me sirve de consuelo y me ayuda a curar otras heridas, que no se dan en la piel, sino más bien en el alma.

Las pobres ranas se acaban, las que en la balsa saltaban, las que en el río croaban, las que criaban amantes a los pobres renacuajos, los *cabezudos* del agua.

El sapo canta el cro-cró y la rana su cu-cú. El sapo, más egoísta, está cantando un cro-cró, que es como un yo monótono, pero la rana amorosa siempre está diciendo tú.

Cuando llegue la calor, acude al oscurecer, bajo los cielos nocturnos, tachonados por estrellas, a escuchar, en el ranero de juncos y de espadañas, el cu-cú, cu-cú, cu-cú de miles de verdes ranas, que es como un himno sencillo que cantan a la esperanza.

## Viajar en tren

«Al compás del cha-cha-cha, / el cha-cha-cha del tren, / qué gusto da viajar / al son de este vaivén». Pero ya quedan pocos trenes en España que circulen con esos ruidos y esos movimientos; y es que ahora son más rápidos y no suelen ir con carbón como combustible de sus motores. ¡Cuántas veces hemos subido a Canfranc en aquellos trenes que circulaban lentamente! Sus ocupantes unas veces iban sentados en aquellos asientos de tablas cruzadas que acababan marcadas en sus posaderas, sobre todo en las de las personas más gruesas, pero otras veces, cansados de ocupar las tablas, paseaban por los pasillos, se miraban por las ventanas y algunos, más adelantados, intentaban sacar fotografías al paisaje, muchas veces en los Mallos de Riglos. En los túneles había que cerrar las ventanas para que el humo negro del carbón no se introdujera en el tren llenando nuestros ojos de pequeñas partículas de carbonilla. ¡Qué viaje tan largo resultaba ir de Huesca a Francia, pero qué ilusión producía pasar por Alerre, Turuñana, Ayerbe, Riglos, Anzánigo, Caldearenas, Sabiñánigo, Jaca, Villanúa y llegar a Canfranc! En Ayerbe se paraba el tren y bajaba de él la gente para beber y comer alguna torta, hasta que el jefe de la estación gritaba: «¡Arriba, que marchamos!».

En las obras de construcción del túnel y de la estación trabajaban hombres de Siétamo, que se sentían explotados porque, entre otras cosas, decían que habían tenido que trabajar el día de Año Nuevo y, además, nevando. Y cuando acudió a las obras Alfonso XIII se lo dijeron; Su Majestad les contestó que hablaría con los ingenieros y se corregirían aquellas actuaciones injustas. También hablaban de algo que los mantenía orgullosos, como el hecho de que la estación, que tenía más de trescientas ventanas, era la más hermosa de España.

Funcionó muchos años, pero en los sesenta eran muy pocas las personas de esta tierra que necesitasen ir al país vecino, y eran itan pocos! los de ese país que quisieran venir al nuestro, que sus gobernantes, ante una avería en un puente, tal vez como excusa, cortaron su circulación el año 1970. ¡Qué pena causó en los aragoneses tal cierre, opuesto totalmente a lo que les costó abrirlo! ¡Qué pena que la voz de los altoaragoneses no se oyera en España, pues eran

tan pocos y con tan poca autonomía que muchas veces se les reían, diciendo que en España estamos muy bien comunicados con Francia por Irún y por Port Bou y para qué queremos pasar por Huesca!

Menos mal que algunos franceses nos comprendían mejor que los españoles, pues el Dr. Charles Vaillant, presidente del Sindicato Nacional de los Usos de Transportes, decía: «No hay que olvidar que Zaragoza se encuentra a 335 Km de Irún y a 540 Km de Port Bou, y a 218 Km de Canfranc, vía Huesca». Por otra parte, Aragón es un sector políticamente tranquilo. No ocurre lo mismo en el País Vasco español. Subiendo a Irún, a lo largo de las estaciones de los barrios de San Sebastián, se lee sobre las paredes: «Renfe = sabotaje».

Ahora, en Aragón unos quieren arreglar el Canfranc y otros iniciar la vía férrea que circule por debajo de Vignemale (Comachibosa), pero, como dicen los periódicos, «un informe financiado por el Ministerio de Infraestructura francés recomienda la reapertura de la línea férrea internacional Canfranc-Oloron en un plazo máximo de dos años como complemento a la futura vía que transcurriría bajo Vignemale».

Cuando allá en Urdsos, ya en Francia, hemos recorrido la vía férrea, nos hemos dado cuenta de la vegetación que la ocupa; incluso hay árboles entre los rieles. Si restauran la línea sería un éxito para Aragón, que antiguamente era uno con el Bearn, como se puede ver en el cementerio de Urdsos, donde se ven nombres como Lapetre, Lalane, etc., que son precedentes de Lapetra y Lalane, aragoneses.

Comenta el informe francés que «la línea Canfranc-Oloron, a uno y otro lado de la frontera, podría llevarse a cabo en un plazo aproximado de tres años. Esta reparación apoyaría enormemente la construcción del Vignemale, que dinamizaría la exportación de cítricos de Valencia y de automóviles y contenedores. Además de la vía se construiría una carretera para el paso de coches y camiones. Con todo ello, Aragón sería una vía de comunicación desde Levante y desde Madrid, por Zaragoza a Francia. ¡Entonces sí que dará gusto viajar a Francia al son del cha-cha-cha!

## ¡Viva san Úrbez!

Son dos mundos distintos, ¡Señor! Son dos mundos aquellos de la fe y de la apatía, que a veces coinciden en la iglesia para celebrar ritos, unos y otros; los primeros se identifican con la liturgia y los otros, carentes de fe, guardan un respetuoso silencio, pero indiferentes a la fe. Uno, el que acude al funeral para que el Señor conceda la vida eterna al difunto, y otro, que asiste porque sí, sin comprender por qué la muerte se lleva a las gentes de ambos mundos. El mundo campesino, con devoción, acude a rogativas para pedir agua al Cielo, por medio de san Saturio en Soria, por el santo intermediario san Fermín en Pamplona o de san Isidoro allá en Sevilla. Y en Huesca los agricultores han situado su lugar de cita en la vieja iglesia de San Pedro el Viejo para buscar la intercesión de san Úrbez de Nocito, para que nos traiga la lluvia tan necesaria y tan útil para la tierra. Cuando parece que el santo no les hace caso, acuden a Nocito, como ha ocurrido en el año 2000, en el que parecía que seguía sin hacerles caso y al fin hizo llover el santo y los labradores han cogido una buena cosecha.

Úrbez en lengua aragonesa es equivalente a Urbano en lengua castellana, y los urbanos tratan de crear un mundo que no coincide con el campo de san Úrbez. Los urbanos planifican, pontifican, edifican y tarifican, luego salen sus planes fracasados planetariamente, los edificios basados en arenas movedizas y las tarifas insostenibles para todos.

Es el mundo de los isidros castellanos y de los urbicios altoaragoneses un mundo incomprendido. Dicen de ellos que conservan las virtudes de la raza, que practican las costumbres ancestrales y que hablan las palabras vernáculas, pero todos los urbanos imitan a otro mundo cortesano que, por mucho que lo intente, no podrá mandar llover y se ríe de san Úrbez y sus fieles, mientras algunos urbanos montan sesiones de espiritismo, practican el esoterismo y no les importan las lluvias porque aún venden botellas de champán, de whisky y de buen vino.

Son dos mundos, ¡Señor! Son dos mundos distintos el de la planificación bajo techados y el del imprevisible *orache* sobre los campos de Aragón. Son dos mundos distintos el del «libre comercio» para los urbanos, que, para proteger ese mundo, hacen que sea

imposible para los «urbes» aragoneses y para los isidros castellanos. A estos les resulta imposible el «libre comercio», acosados por los costes liberados, sus productos congelados y el agua imprevisible de planificaciones imposibles. Las consecuencias las estamos viendo en la desaparición de gran número de agricultores.

¡Viva san Úrbez!

## Vivir como hermanos

«¡Qué bueno y qué alegre es que todos vivamos como hermanos!». Esta exclamación bíblica es muy antigua, pero en realidad, sigue siendo hermosa como frase y mucho más cuando se lleva a la práctica.

En los tiempos actuales, unas veces por la escasez del espacio de los nuevos pisos, otras por el trabajo al que tienen que acudir lo mismo las mujeres que los hombres, es difícil que las familias convivan y se aumenta el problema de esa convivencia, unas veces por la cada día mayor ancianidad de las personas y otras porque esos ancianos muchas veces padecen la enfermedad de Alzheimer.

¡Cuántas personas están padeciendo dicha enfermedad! Pero aquellos que no tienen familiares que la sufran no se enteran de los sufrimientos que acarrear dichos enfermos a su familia! Por eso uno queda impresionado al leer la obra de Carmen Bailo, que, entre multitud de anécdotas, escribe lo siguiente: «No solo es la enfermedad la que agobia y duele, que ya es bastante, es también doble gasto económico que hay que asumir. Exceptuando la medicación, los pañales y un alto porcentaje de la silla de ruedas, lo demás corría todo a cargo del enfermo, de mi madre claro. Pocas ayudas para una enfermedad tan larga y, en muchos casos, para familias con pocos recursos. Nunca pensamos en llevarla a una residencia, pero, de haberlo hecho, mi madre no hubiera podido hacer frente sola a semejante gasto. Tenía a sus hijas, claro, pero había otras familias que carecían de este apoyo, e incluso teniendo no podían costearlo...».

Y uno se acuerda de esas familias, que están unidas entrañablemente, al leer el siguiente párrafo escrito por Carmen: «La doctora seguía tratando de animar a mi madre, pero no prestaba atención a sus ánimos, solo la miraba y tocándole la cara decía:

“Corazón, por qué te has ido, ahora que te iba a llevar a Bolea...”. Mirándolo, volví a repasar todos los años de enfermedad: un total de ocho años, que acababan allí mismo. Años en los que estuvo bien, siempre alegre y con buen humor, siempre con sus tierras y sus campos, con las lanas, su bodega, sus amigos, su familia y sobre todo sus nietos». No puede uno hacer otra cosa que recordar a sus amigos, que vivieron en Huesca o en los pueblos, que tuvieron sus ilusiones, pero que murieron, como el padre de Carmen, que ya «había muerto hacía mucho tiempo».

Yo creo que el libro de Carmen Bailo es una llamada a la sociedad para que se acuerde de los que la necesitan, porque no sería justo que se olvidara de aquellos individuos que vivieron en ella y con ella colaboraron, ya que «mi padre era una persona alegre y optimista... Le gustaba la gente y no era nada introvertido... le gustaba tener gente en casa y compartir la bodega de casa con los amigos... Mi padre nos contaba anécdotas o nos hablaba del campo y, sobre todo, de los tres años de mili que le tocó hacer en Melilla». La sociedad se sirvió de la juventud de un mozo de Bolea en Melilla; justo sería que cuando el anciano se vio en situación apurada, esa misma sociedad se acordara de él.

Yo me acuerdo de cuando estuve de veterinario en Bolea, donde conocí al padre de Carmen, pero lo importante es que su hija pudo acabar su obra escribiendo: «Voy detrás del coche fúnebre, lleno de flores y coronas por la carretera camino de Bolea, y al llegar a la entrada, diviso, en lo alto de la loma, la Colegiata. Sonrío y te digo: “Papá, ya estás en casa”».

## La zurriaga de Narbona

Me regaló un amigo de Siétamo la fotografía de un carrromatero de Junzano, que con *a zurriaga* colgada del cuello, conducía no un coche, sino un carro tirado por una mula, un caballo y un enorme burro como delantero. El hecho de que estas escenas se estaban acabando en esta tierra y que precisamente la foto estaba tomada en la carretera que pasa por Siétamo, en la parte conocida como avenida de San José, me movió a enmarcar dicha fotografía y a colgarla en una pared de la escalera de mi casa.

Antes del invento de la rueda, las mercancías se transportaban a carga sobre los lomos de las caballerías, luego se depositaban sobre una especie de trineo que se arrastraba directamente por el suelo y este hecho, que suena a tiempos prehistóricos, ha sido contemplado por vecinos de Siétamo, e incluso usado por algunos de ellos, cuando enganchaban el *estirazo* sobre el que sacaban piedras de los campos para limpiarlos de ellas, o de las canteras para que los *piqueros* tallasen las dovelas de los arcos de las casas, las piedras de las cruces de plazas o caminos, los bancos, los altares, los escudos, las pilas de piedra para las caballerías, para *os tozinos*, las piletas para las gallinas y las piedras de sillería para las fachadas y para los pilares, entre los cuales se hacían las paredes con *tierra roya* y paja.

Yo creo que la aparición del carro, comparado con el *estirazo*, supuso un mayor adelanto que el que han traído los vehículos de motor en relación con el carro. De la misma forma que hay muchos modelos de coches y camiones, era grande el número de modelos de carro. Las tartanas eran, con su toldo arqueado, como carros coquetos en los que se exhibía la vanidad de sus dueños, de la misma forma que hoy se «farda» con un último modelo. El motor siempre era delantero y de la misma forma que hoy puede ser de gasolina o de gasóleo, entonces podía ser de caballo trotón o de mula templada. La canción popular dice «Doce cascabeles lleva mi caballo por la carretera...», y ¡cómo se acuerdan nuestros mayores del sonido de los cascabeles que llevaban las caballerías!, y que ahora guardan, llenos de polvo, en las *falsas* de sus casas. Sería conveniente que alguno de nuestros organismos administrativos, por ejemplo la Diputación Provincial, recogiera para la posteridad y expusiera con dignidad antes de que sea demasiado tarde, una diligencia, de aquellas que iban a Barbastro o a Panticosa, una galera con *pugones* y todo, un carro de bueyes, un volquete, una tartana y uno de cada clase de aquellos medios de transporte que los mayores de Siétamo recordarán mejor que yo, entre otras razones por haberlos usado, como los usó mi pariente Narbona Almudévar, que en Zaragoza se le soltó la rueda del carro y lo mató.

1992

## Encantos, desencantos y encantamientos

La vida tiene sus encantos y si no los tuviera, habría que inventarlos, porque el encanto es aquello que suspende siquiera por un momento las penas del alma, causa admiración y llena de gozo los sentidos. Eso es lo que a mí me pasa en presencia de un niño o de una bella mujer. La vida moderna, tan materialista y tan agitada, nos impide fijar nuestra atención en aquello que podría causarnos encanto y cunde el desencanto en el que lo ha poseído alguna vez, un estado carente de encanto o melancólico en el que no lo ha poseído o una angustia en el que lo busca; por eso los niños que son todo encanto e ilusión dejan de serlo tan pronto. Menos mal que quedan los poetas, que son capaces de encontrar el encanto en personas, en animales y en cosas, que los enamoran o encantan. «¿Qué es poesía?, dices mientras clavas / en mi pupila tu pupila azul. / ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? / Poesía... eres tú».

Esa mujer encantó a Bécquer, pero también lo encantó aquella arpa, simple objeto que, «del salón en el ángulo oscuro, / de su dueño tal vez olvidada, / silenciosa y cubierta de polvo», esperaba que una mano de nieve supiera arrancarle las notas. Si esas notas hubiesen sido acompañadas por una canción, tal vez comprenderíamos mejor que encantar viene del latín *in-cantare* y las sirenas, encantando con sus voces a los nautas de Ulises, algo de esto nos confirman. Hay, sin embargo, cierta diferencia entre uno y otro encanto, y es que el que logra una bella mujer en nosotros, sin proponérselo, es el verdadero; esa mujer es encantadora, no hechicera, ya que las sirenas son otra clase de encantadoras, pues encantan alterando la razón para conseguir sus perversos propósitos.

El encanto es más noble que el hechizo, porque este «supone daño y causa temor, es en definitiva sinónimo de maleficio». Sin embargo el sentido de las palabras no es tan estricto en el lenguaje ordinario, porque decir que una mujer hechiza con su mirada no suele ser mal interpretado, igual que cuando una joven dice de un joven que está de un guapo que marea.

He dicho que una mujer hermosa o un niño pueden encantar-nos, como pueden hacerlo una flor, un paisaje o una buena reproducción artística de esas personas, de esa flor o de ese paisaje.

Tal vez a alguno le parezca tópico eso del encanto de la mujer o de la flor, pero es que hay otras cosas que también lo tienen; ¿quién no ha oído hablar del «discreto encanto de la burguesía», del dulce encanto de la música o del sublime del amor? Los que no llevaban corbata se la han colgado al acceder a burgueses, la música de otros tiempos vuelve y el amor es eterno, al menos en el tiempo de la humanidad, aunque sea efímero para muchos humanos actualmente. Cuando uno habla con una mujer encantadora, los que miran con ojos picarescos no entienden de encanto, solo de pasión o más bien de vicio, pues para apasionarse hace falta temperamento, ya que cuando es anciana la interlocutora no se fijan, aunque las viejas también tienen su encanto.

Para demostrarlo, me acuerdo con frecuencia de la señora Juana, que era pobre en el sentido que este mundo materialista entiende por tal: tanto tienes, tanto vales. Tenía su casita, con el *cantaral* en el patio o portal, como una capillita de piedra picada, donde cabían un cántaro y un botijo; ¡qué fresca se conservaba el agua en el *cantaral*!, igual que la campana en el campanario e igual que la *agüeleta* en su caseta. ¡Con qué ternura colocaba un paño debajo del cántaro y con qué cuidado *escobaba* las cenizas del hogar! Preparaba el fuego con cuatro ramitas, justo las que necesitaba para hervir el pequeño puchero de loza de Bandaliés. Entonces ahorran energía, no como ahora, que se derrocha a capazos. Tenía un reclinatorio que, además de usarlo en misa y en la novena, lo llevaba a los carasoles para sentarse a conversar con otras viejas y calentarse con los rayos del sol. Allí me enteré que las ancianas tenían el pelo blanco, cuando, al quitarse la toca, se sentaban formando un *rolde* con sus *silletas* para peinarse una a otra con aquellas peinetas cortas y anchas con dos filas de púas.

Con pocos bienes vivía feliz a su manera, pero tenía una riqueza que se va perdiendo entre los humanos: la ternura, la amabilidad (*amorosidá*). Si se caía una tajada de pan, la recogía y la besaba. El gato esperaba las caricias de su dueña y el calor de sus faldas si no lucía el sol o estaba el hogar apagado. Yo, que tenía cinco años, le llevaba alguna col y enseguida atizaba el rescoldo y echaba ramas y el mejor leño para que me calentase. Después preparaba agua rica y me daba una galleta para comerla mojada en esa agua. En mi casa había mejores golosinas, pero no me sabían tan buenas.

Los duelos con pan son menos, y el pan con ternura es mejor, aunque sea seco. En cierta ocasión nos vio a unos cuantos niños maltratar a un pequeño gato y con ternura, nos dijo: «¡No tengáis malas entrañas!»; desde entonces no volví a tratar mal a ningún animal. Un día nos vio fumar *petiquera* y en lugar de decir «¡Mira que lo voy a charrar!», exclamó «¡No seáis *fumarretas* que se os *alcorzarán as crezederas!*».

Una tarde, mirando por la ventana trasera de mi casa, la vi rezar en la puerta del viejo cementerio, donde ya no se enterraba a nadie; desde entonces la espiaba para verla rezar. Desde ese portal se divisa Santolaria, de donde la señora Juana era nativa, y me han dicho después que allí le rezaba a la Virgen de Sescún. Me parecía la buena señora un nexo de unión entre los antepasados y los presentes. Consiguió traspasarme un poco de su ternura, de la que tan poca queda. Cuando algo se pasa de moda, se tira como se tira al hombre del que ya no podemos sacar provecho o a la mujer cuyo verano u otoño se cambia por una nueva primavera.

Por estas cosas yo conservo el *cantaral* de nuestra casa con sus cántaros y su botijo.

Pero se puede encontrar también el encanto en cualquier lugar sencillo, incluso en una cuadra. Puede ser que a un ciudadano o a un joven de pueblo que conduce un tractor le suene extraño que una cuadra tenga encanto. Quizá no se haya escrito mucho sobre este tema, pero cuando la Sagrada Familia se refugió en un establo, entre una mula y un buey, no sé si lo haría por encontrar en él ese humilde encanto del que he hablado o por la razón pragmática de gozar del calor que, con su aliento y con la irradiación de su extensa piel, producían tan voluminosos animales, pero en todo caso se creó un ambiente encantador, tanto que todo el mundo cristiano lo reproduce, después de dos milenios, en las fiestas navideñas.

En la cuadra languidecía la pobre luz de la bombilla de quince vatios, un olor medio aromático de paja seca con *fiemo* caliente, vaporoso, evacuado por las mulas, y un ambiente uniformemente templado hacían que en el establo se estuviera bien. En el resto de la casa el frío era glacial; en el hogar casi se había consumido la leña, y el escaso *calibo* lo había tapado la abuela para que al día siguiente, después de *escalibado*, prendiese la ramilla y los *tueros*

recios para freír el almuerzo, calentar el caldero, guisar la comida, volver a calentar las patatas de los cerdos de nuevo en el caldero y la cena, secar los *peducos* del hombre al volver del monte y echar la última calentada. Aquel día, al enterrar las pocas brasas que quedaban con la ceniza, bajamos a la cuadra para mirar cómo las arañas se movían por sus telas, cómo las pocas moscas que quedaban, torponas por la estación fría, se enganchaban en las redes para ser devoradas y cómo la mula torda se echaba pedos; Jorge le levantaba la cola y le ponía una cerilla apagada cerca del «cagadero» y cuando salía el gas se encendía con un ruido de soplido que se acababa cuando la llama alcanzaba su apogeo. Al oír el macho morico ese soplido, él resoplaba, «Brrrrrr...», y *bateba a coda*, mascando con un ruido característico los cuatro granos que le quedaban y que rebuscaba goloso entre la paja del pesebre. Dábamos volteretas los niños, mientras tanto, sobre la colchoneta de *pinocheras* del camastro y comprendía que el Niño Jesús hubiera querido nacer entre una mula y un buey.

Jesús pudo haber nacido en un castillo, pero prefirió el encanto del establo, de la sombra de las palmeras y el de una humilde carpintería, al encantamiento seductor de los castillos encantados. El encantamiento de esos castillos, su maleficio, en unos casos producido por fantasmas, muchos de ellos revestidos con sábanas y sonorizados con cadenas, parece un sueño de la imaginación. Kafka entendió que en *El Castillo* se encerraba el fantasma del poder; muchos hombres quieren tener acceso a su recinto atraídos por un encanto no natural, que no llena de gozo los sentidos y el alma, sino por un encanto alucinante y alienante producido por el encantamiento maléfico que ejerce el fantasma del poder. Del encanto del establo hemos pasado al desencanto del castillo a través del encantamiento; se trata de un desencanto por desengaño.

Fray Luis de León dice: «Despiértenme las aves con su cantar sonoro, no aprendido; no los cuidados graves de quien siempre es seguido, quien al humano trato está atenido». Y en esos versos queda definido ese paso del encanto al desencanto, pero muchas veces se encuentra uno con estadios intermedios que reflejan o producen en el alma asombro unos, angustia vital, melancolía o nostalgia otros.

En aquella cuadra, mejor dicho, en el espacio empedrado que cubría el espacio en declive que iba desde la puerta hasta la cama de paja de las caballerías, al encender la mísera luz, descubría uno cómo caminaban torpemente las negras y pesadas cucarachas; a pesar de su fealdad no producían la repugnancia de las marrones y ligeras que aparecen en los mostradores o bajo las cafeteras de algunos bares.

Trataban aquellos coleópteros, al notarse sorprendidos, de ocultarse en sus agujeros, pero me acuerdo de aquella vieja, tan negra como las cucarachas, con su pañoleta negra atada debajo de la barbilla, su toquilla y blusa negra, sus sayas, delantal, medias y alpargatas también negras, que quiso darnos a los niños una más negra diversión. Cogió varias cucarachas y derramando sobre sus dorsos una gota de cera, iba pegando a cada una, un corto cabo de aquellas delgadas velas usadas el día de la Candelera, a las que llamábamos *candleletas*; apagó la luz y fue encendiendo las velillas, que como mástiles portaban los bichos.

Aquellos lentos animales empezaron a correr como desesperados huyendo del fuego que parecía, en aquella oscuridad, salir de sus cuerpos. La vieja reía encantada, los otros niños se quedaban asombrados y yo era presa de la angustia. La vieja encontraba un extraño encanto en el espectáculo; en mí no había encanto ni desencanto, sino angustia, pero después me ha ayudado a comprender a Kafka en su *Metamorfosis*. Relataba de un modo escalofriante cómo un hombre se iba transformando en cucaracha, cómo, colocado en decúbito supino, no se podía levantar; era el procedimiento que utilizaba la anciana para inmovilizar a las cucarachas desde que las capturaba hasta que les colocaba la vela maldita. De la mismo forma que el héroe o el miserable de Kafka se transformaba en cucaracha, parecía que aquellas verdaderas cucarachas se transformaban en hombres; corrían, corrían locas como correos los hombres, parecían llenas de angustia por el peligro que llevaban encima, como nosotros estamos muchas veces angustiados por lo que puede pasar, por la ambición, por la búsqueda de una luz que nos obsesiona, al contrario de las cucarachas que aborrecen la luz y buscan su encanto en la oscuridad.

Kafka buscaba la luz en la oscuridad de su ambiente. ¿Sería por eso que convertía a un hombre en cucaracha?

Nosotros vamos buscando el encanto luminoso en las grandes luces, que nos deslumbran y no nos dejan ver las pequeñas luces, las pequeñas cosas amables, los pequeños placeres que producen encanto. Yo asimilaría esas pequeñas cosas con encanto a los duendes y a los fantasmas, a todo aquello con que tratan maléficamente de encantarnos. La vieja de las cucarachas me resulta fantasmagórica. Kafka, en cambio, aunque se expresa de un modo duro, cruel, tiene duende, quiere que la humanidad prescindiera de todo aquello que hace desaparecer el encanto de la vida.

Cuando las personas o las cosas poseen un «qué sé yo», un algo que no podemos definir, pero que nos atrae amablemente, decimos que tienen duende. Sí, lo tiene el flamenco, la jota, que lo debe de tener grande, ya que me pone la carne de gallina, un callejón sin salida, un viejo monasterio; ¡tantas cosas!, pequeñas en sí mismas, pero grandes para el que sabe descubrir ese duende. ¿Qué encanto tendría un castillo inglés sin su duende? Yo creo que Cardús, cuando estudiaba en Alemania, hizo amistad con algunos de ellos en esos castillos de Baviera que mandó construir el Rey Luis el Loco. Sí, el duende amigo le dijo dónde estaban los cientos de castillos que encontró en la provincia de Huesca, o tal vez le diera recomendaciones para los duendes españoles. Yo los veo por todas partes y se me plantea un dilema: ¿verdaderamente hay muchos?, ¿o es que entre unos pocos llegan a hacerse presentes en aquellos objetivos que les marca el Gran Duende?

Aunque los veo, no he conseguido hacerme amigo ni de uno de ellos, como mi pariente Cardús, para preguntarle la clave del dilema. Para mí que son pocos, pero cuando escuchan las llamadas de la gente sencilla, acuden presurosos. Eso debe de ocurrir, y si las personas tienen sensibilidad conectan con los duendes. No sé tampoco si tienen mucho trabajo. Cuando logre esa tan deseada amistad con un duende, le pienso pedir que me saque de este laberinto. Puede ocurrir que exista paro duendil. Si así ocurre, constituirá una agonía para él no poder *dondear*, como para tantos parados el no poder trabajar. En tanto me sacan o no del laberinto, intento salir yo solo. Me parece que cada vez los llaman menos porque a la gente se le va embotando la sensibilidad, se le ha puesto un caparazón de egoísmo, de consumismo. No somos sensibles como antes, y otros que lo son viven muy apresurados y

no tienen tiempo para sentir. Es raro que los hombres que *dondean* tanto, no se encuentren con los duendes, que hacen lo mismo<sup>10</sup>, pero hay, gracias a Dios, hombres que encuentran el encanto, y reconozco que una de las mayores satisfacciones que saco de mi afición a escribir es el encontrarme, al abrir un libro, con pensamientos iguales que los míos pero expresados con más belleza. Al abrir un libro de Pablo Neruda me encuentro con una *Oda a las cosas* que entre otras cosas dice lo siguiente: «Amo las cosas loca / locamente / me gustan las tenazas / las tijeras, / adoro / las tenazas, / las argollas, / las soperas, / sin hablar, por supuesto, / del sombrero». «Amo / todas / las cosas, / no porque sean / ardientes / o fragantes, / sino porque / no sé, / porque este océano es el tuyo, / es el mío». «Oh, río / irrevocable / de las cosas, / no se dirá / que solo / amé / lo que salta, sube, sobrevive, suspira./ No es verdad: / muchas cosas / me lo dijeron todo. / Y fueron para mí tan existentes, que fueron conmigo media vida / y morirán conmigo media muerte».

Al encanto del que he hablado puede sucederle el desencanto, el deterioro o la perversión del encanto.

Todos hemos sufrido desencantos; para mí, el que mejor ha expresado el suyo ha sido Gustavo Adolfo Bécquer por medio de estos versos: «Cuando me lo contaron, sentí el frío / de una hoja de acero en las entrañas... / Cayó sobre mi espíritu la noche; / en ira y en piedad se anegó el alma... / ¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo... / ¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias».

«Los cuidados graves de que siempre es seguido quien al humano trato está atendido hacen que el paso del tiempo despiadado merme sus facultades físicas, intelectuales y su afectividad». El entorno, la «circunstancia» de cada uno, que diría Ortega, hacen que en unos se deteriore el encanto o que casi llegue a desaparecer. Esto le debió de ocurrir a Pascual Montenegro y al conocer su nombre, tal vez ustedes piensen que voy a contarles un cuento mejicano o andaluz, pero no, porque su historia tuvo su tiempo y

---

<sup>10</sup> *Nota del editor.* Los dos párrafos anteriores pertenecen a un artículo que originalmente fue publicado en aragonés con el título de «Os duendes» en *Nueva España* el año 1978. Posteriormente apareció en el libro *Beiyendo chinar o sol*, Publicacions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, Huesca, 1980, pp. 43-44.

lugar en Huesca. A lo largo del relato, seguro que alguno de ustedes, lo reconocerá<sup>11</sup>.

A pesar de que por las circunstancias la vida de Pascual Montenegro fue un tanto desencantada o desangelada, el encanto que encontró en sus caballos y en su perro le ayudaron a sobrellevar su triste vida.

¡Cuánto se podría hablar de la degeneración del encanto! Unas veces ocurre por causas ajenas al individuo, como le ocurría a Pascual. Repito que los pequeños encantos le aliviaron la tristeza, y a este propósito leí el día 14 de noviembre de este año 1985 en un periódico que se había presentado el libro *Depresión mental, mi más terrible experiencia*, de María Sermade, de cuya presentación, hecha por el poeta Luis Rosales, un periodista, un psicólogo y un novelista, se deduce que la autora salió de su depresión por la consideración de las cosas bellas. «Es el descubrimiento de la belleza de la vida un instrumento para salir de la oscuridad», dicen del libro.

Las pobres mujeres, hasta hace pocos años, cuando se encerraban en un convento leían los salmos en latín, lengua que no entendían, y otras, sumidas en la oscuridad de la cultura, al no poder salir de ella, se tornaban brujas, como ahora se vuelven neuróticas.

Tal vez alguna de aquellas antiguas brujas se convirtió en tal sublevándose contra una sociedad que la privaba de los encantos de la vida, pero en general se hacían por medio de sus pactos con el diablo para lograr encantos maléficos por aquello tan viejo de la soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Lo prueban los pasajes del libro de san Cipriano que explican las fórmulas para dominar a las personas, para obtener dinero, para conseguir los favores de una mujer casada, para vengarse de alguien, como ocurría con un amigo mío de Velillas que «cruzó» a uno en su cama por haberle robado un arado, y así hasta los mil maleficios.

Para ejercer de bruja era necesaria la escoba, porque no iban a desgastar las escobas ni la diosa Pirene, que dio su nombre a

---

<sup>11</sup> *Nota del editor.* Sobre este personaje se puede leer el artículo «Pascual Montenegro y sus caballos negros», incluido en la sección «Personas y personajes» (pp. 61-64)

nuestros Pirineos, ni la Andramaría de los vascos, que tiene perpetuado su nombre en una zona de Ansó; la iban a desgastar las mujeres asidas a su mango, como los hombres iban a desgastar la azada (como dice el estribillo infantil: «Al mango la *jada* / que viene cansada / de trabajar. / Pegar sin reír, / pegar sin hablar, / pegar una patada *en o culo* / y escapar a jugar. / Conejitos a esconder, / que la madre va a pacer, / que si va, o no va, / alguno *en cogerá*»).

Las mujeres estaban atadas a la pata de la cama y barrían, barrían, *escobaban* en el Alto Aragón. Los mangos eran de caña, de flexible caña en la Hoya de Huesca y en las riberas, y las barrenaderas, las *escobadoras*, eran flexibles y sumisas, pero los mangos eran de madera, de palo, en la montaña y en el abadiado, y algunos hombres probaron el mango de las escobas, como muchas mujeres habían probado el mango de la *jada*.

Desde los tendaderos y solanares, veían subir las *escobadoras* a las cabras *peñazeras* a lo alto de los riscos, y el Gran Cabrón las protegía contra el lobo colocándose agresivo en posición erecta. Una mujer machorra, que no tenía hijos subió a la peña Ezcaurri, allá entre Navarra y Aragón, otra también por la noche y a la luz del plenilunio subió cerca de San Cosme a la *Cuca Roya*; los búhos reales o *bobons* acudieron a las cumbres a *aguaitarlas* y el *Gran Buco* accedió a ellas lascivo; asustadas se lanzaron ambas mujeres desde la altura, agarradas a la escoba que no habían abandonado nunca y ¡oh, milagro de Satanás!, se vieron volando, la montañesa con la somontanesa, sobre la Guarguera. Las mujeres no habían podido, a lo largo de los siglos, hacer la revolución de las escobas, de la brujería concretamente<sup>12</sup>.

En San Cosme se aposentaban las brujas en sus escobas, pronunciaban las palabras rituales: «¡Sobre árbol y hoja, a las eras de Tolosa! Y ¡a volar!».

Había, sin embargo brujas, que no necesitaban para hacer sus maleficios de escoba porque su radio de acción se reducía a la

---

<sup>12</sup> *Nota del editor.* Los tres últimos párrafos los aprovechó el autor, para confeccionar la conferencia, del artículo titulado «Las brujas», publicado en esta misma sección de «Temas variados» (pp. 383-385).

comarca, donde conocían a la gente, y su mayor placer era hacer mal a los de su tierra, igual que ahora en Huesca admiramos a los forasteros y odiamos «cordialmente» a nuestros convecinos. Repito que aquellas brujas no necesitaban escoba y se convertían en ágiles gatos negros que se desplazaban fácilmente por la *redolada*.

Un cazador de Siesó caminaba por el monte, pero aquel día en lugar de ver perdices, conejos o liebres, fue algo insólito lo que divisaron sus ojos: sobre una piedra que marcaba la divisoria entre dos campos se encontraba toda la ropa que una mujer de principios de siglo necesitaba para encontrarse bien arropada. Por su mente pasó el leve encanto de la posibilidad de ver un bello cuerpo de mujer, ocasión tan difícil en unos tiempos en que el sol no era buscado para broncear los cuerpos, sino rechazado por las mujeres, que tenían a gala para su piel conservarla blanca como la leche. Pasó también por su imaginación la sospecha de un crimen ritual, pero no descubrió señales de sangre en las ropas de la víctima.

Optó el cazador por esconderse en una espesa mata de carrascas y esperar a la mujer, que necesariamente tenía que llegar a vestirse. Así obtendría, por un lado, el placer de contemplar lo que nunca había visto y, lo que era más importante entre los habitantes de los pueblos, saber quién era la descocada, para correr a contárselo a sus convecinos. No es esta última apreciación peyorativa o una censura dirigida a los pueblerinos, pues hoy día conozco a caballeros ciudadanos y modernos que dicen «¿De qué me sirve yacer con la señora marquesa, si no se enteran todos que he yacido con la señora marquesa?». Pero volvamos al caso que nos ocupa; el hombre seguía esperando y, estrujando su sesera, pensó en que tal vez las brujas anduviesen por medio.

Si el hecho hubiera tenido lugar en China durante los próximos años pasados, el protagonista hubiera acudido al *Libro Rojo* de Mao para buscar luz; si hubiera ocurrido ahora en el Irán, tal vez se acordara del Corán, y si aquí y ahora, hubiera recurrido a un libro que habla de un dogma materialista y que por los resultados que da, se saca la conclusión de que para todo vale y para nada aprovecha.

Nuestro hombre, en cambio, se había acordado del libro de san Cipriano, que aunque no lo poseía, había oído hablar mucho de su

contenido. Dicho libro era muy nombrado entre los campesinos y decían del que lo tenía que era brujo. Hubo quien tratando de deshacerse de él, lo echó en el fuego del hogar y, en lugar de quemarse, salió íntegro por la chimenea. Yo hasta hace poco tiempo creía que era algo exclusivo de nuestra tierra, pero me he enterado que se vende en Galicia y en la Argentina. Hablando de la existencia de los poderes del mal dice que se contrarrestan con la cruz, y el cazador, de acuerdo con esta norma, depositó sobre la ropa femenina una pequeña cruz que llevaba y siguió esperando. Por fin vio avanzar un gato negro, que se dirigió directamente a las vestimentas pero al llegar a ellas, se mostró inquieto y como no sabiendo qué hacer. Había visto la cruz. El *amagado* salió de su escondrijo y le habló al gato diciéndole: «¿De dónde vienes?». Le contestó: «Vengo de Velillas de dar *mal dau* a una mujer preñada para que aborte». «¿Cómo puedes hacer esas cosas?», le preguntó el cazador, a lo que contestó el gato: «Es que todos los días he de hacer un mal porque tengo trato con el demonio». «Pues ya puedes volver a Velillas a quitarle el mal a esa mujer y dáselo a la clueca». Así lo hizo el gato, y cuando volvió, el buen hombre quitó la cruz de encima de las ropas, se reconvirtió el gato en mujer, se vistió y se fue. No me aclaró el anciano de ochenta y cinco años que me lo contó, y que todavía vive, si conoció a la mujer y si la vio vestir, pero sí me dijo que al cabo de unos días se enteró que había nacido un niño en Velillas y que la clueca de la misma casa en que había tenido lugar tan feliz acontecimiento no había sacado pollos.

Esa degeneración del encanto por el arte del encantamiento o hechicería no es exclusiva de tiempos pasados. Hoy hay procedimientos más modernos para hechizar a la gente. Basta ver esos anuncios en que al joven se le ofrece un automóvil inasequible para sus medios económicos, al que acceden alocadas *fembras* placenteras». Muchos jóvenes, sacando a sus padres el dinero ahorrado, lo compran, y los que no se dan contra un árbol se quedan más solos que un muerto y más solteros que los de Plan. ¡Dios mío qué solos se quedan los muertos!, como decía Bécquer, y ¡qué solos se han quedado los de Plan!, como dicen algunos periódicos.

¡Cómo brillan esas copas de licor espirituoso en nuestras pantallas, que constituyen también un encantamiento hechicero para ganar en el amor, en los negocios y en el trato social!

A los cuarenta años esos encantados tienen el hígado cirrótico y voluminoso como una ballena, resultando víctimas del hechizo de la publicidad.

Señoras y señores, hay que seguir buscando el encanto, y para encontrarlo son útiles los poetas. Santa Teresa, en sus relaciones místicas con el Amado, sufría depresiones, «noches oscuras del alma», como ella las llamaba, y no se puso a leerlas porque no se habían escrito, pero se puso a escribirlas.

No sé si fue Rubén o uno de los Machado el que escribió: «Horas de pesadumbre y de tristeza paso en mi soledad, pero Cervantes es buen amigo y alivia mi existencia».

Un agricultor abrió un libro de poesía y leyó: «Anoche, cuando dormía / soñé, ¡ibendita ilusión! / que una fontana fluía / dentro de mi corazón. / Di, ¿por qué escondida acequia, / agua, vienes hasta mí, / manantial de nueva vida / en donde nunca bebí?».

Busquemos, amigos los encantos de la vida, no nos dejemos apoderar por los desencantos y cuidémonos de los encantamientos.

1985



Ignacio Almodévar Zamora pronunciando la conferencia sobre «Encantos, desencantos y encantamientos» el día 13 de marzo de 1985 en Huesca. Foto aparecida en *Nueva España-El Periódico de Huesca* el 14 de marzo de 1985.



## Índice

<b>Introducción.</b> . . . . .	7
<b>Personas y personajes</b> . . . . .	15
A Carmen Arnal . . . . .	17
Don Manuel y Don José María Artero . . . . .	18
Federico Balaguer y otros oscenses . . . . .	19
Antonio Bello . . . . .	23
Antonio Bescós . . . . .	29
A don José Bispe, mi primer maestro . . . . .	31
Julio Brioso y Mayral . . . . .	32
Enrique Capella . . . . .	35
Carletes en San Andrés . . . . .	37
La ciega . . . . .	38
Conde de Aranda . . . . .	39
El drogata . . . . .	43
Camila Gracia, un nuevo lucero . . . . .	44
Sebastián Grasa . . . . .	45
Antonio Jiménez . . . . .	48
A Pepe Larruy . . . . .	50
A José Antonio Llanas . . . . .	51
Daniel Montorio . . . . .	53
Manolo, mi hermano . . . . .	55
Marieta Pérez . . . . .	57

Mi primer maestro . . . . .	59
Molinos y molineros . . . . .	60
Pascual Montenegro y sus caballos negros . . . . .	61
Nuestro cardenal . . . . .	64
A mi amigo Jesús Núñez de Paula . . . . .	65
Santa Teresa y la catedral . . . . .	66
San Vicente . . . . .	67
Teresa Ramón Palacio . . . . .	71
A Ramón J. Sender . . . . .	73
Un siglo de edad . . . . .	76
Zazurca . . . . .	79
Ramón Acín . . . . .	81
<b>Ciudades, pueblos y paisajes . . . . .</b>	<b>85</b>
Ansó . . . . .	87
Arraro . . . . .	92
El ayer de Paternoy . . . . .	94
Barbastro y su dignidad . . . . .	96
La campanada de Monzón . . . . .	97
La Carrodilla de Estadilla . . . . .	99
El castillo de Siétamo . . . . .	100
El castillo de San Luis . . . . .	102
Coscollano . . . . .	104
Fañanás, homenaje a la mujer rural . . . . .	105
Oscense sempiterno (La fuente de Marcelo) . . . . .	111
Guara y su Somontano . . . . .	113
Huesca cantaba: «Sal, sal, caracol». . . . .	115
Liesa . . . . .	117
El marco de Graus . . . . .	119
Monasterio de la Asunción . . . . .	121
Nocito . . . . .	124
Pertusa y su ermita . . . . .	125
Pompenillo . . . . .	128
El retablo de Liesa . . . . .	130
Sabiñánigo . . . . .	132
Salto de Roldán u <i>Oscá</i> . . . . .	133
San Miguel y el Salto Roldán . . . . .	135

San Francisco y la Diputación . . . . .	140
Santa Quiteria de Tardienta . . . . .	142
Sariñena . . . . .	144
Sarsamarcuello . . . . .	145
Selene, vista desde Siétamo . . . . .	149
Siétamo . . . . .	151
El Somontano . . . . .	154
Tafalla . . . . .	156
El tiempo en Salinas . . . . .	159
El Tiro-riro en la calle de la Malena . . . . .	161
Torralba de Aragón . . . . .	162
Último café cantante . . . . .	163
El universo . . . . .	164
Velilla de Cinca . . . . .	165
Zaragoza y Aragón . . . . .	166
Loporzano, el Somontano y los pantanos . . . . .	169
<b>Agua y riegos . . . . .</b>	<b>179</b>
Costa y el agua . . . . .	181
<i>Ortals</i> y balsas . . . . .	184
Las aguas de Aragón para Aragón . . . . .	185
Agua para Huesca y su Hoya . . . . .	187
El agua, los cántaros y las tinajas . . . . .	189
Vadiello . . . . .	190
Don Federico, el proyecto de Albasini y <i>mosén</i> Avellanas . . . . .	195
Salto de Roldán y pantano de Montearagón . . . . .	197
Rogativas . . . . .	199
Las huertas . . . . .	201
Agua no potable, a orillas del Guatizalema . . . . .	202
Río Guatizalema . . . . .	203
Malos vientos: cierzo y bochorno . . . . .	204
El árbol y el agua . . . . .	205
Cardús y el agua . . . . .	206
Los hortelanos de Huesca . . . . .	208
Riegos para Huesca y el Somontano . . . . .	209

<b>Temas literarios</b> . . . . .	213
Don Quijote, antes y ahora . . . . .	215
La Virgen de la Corona . . . . .	219
Ana Francisca Abarca de Bolea . . . . .	223
Literatura pastoril . . . . .	227
La cucaracha de Kafka . . . . .	246
A Pedro Lafuente . . . . .	247
Otoñar en Macondo . . . . .	250
Retablo literario de doña Ana Abarca de Bolea . . . . .	252
Muy cerca de Huesca estaba George Orwell . . . . .	258
<b>Costumbres y lengua aragonesa</b> . . . . .	263
Aniversario (Veinticinco años de veterinario) . . . . .	265
Colungo . . . . .	270
El petirrojo . . . . .	272
Juegos infantiles . . . . .	273
La jota como oración (A monseñor Antonio María Javierre) . . . . .	274
La jota y la <i>fabla</i> . . . . .	276
La morcilla . . . . .	278
Las mujeres y la lengua aragonesa . . . . .	280
Migalón y la cabra (Furtaperas) . . . . .	284
Montearagón . . . . .	288
Olivos y <i>oliberas</i> . . . . .	290
Palabras aragonesas . . . . .	291
El baile sobre las brasas . . . . .	292
Echo . . . . .	294
Pelota . . . . .	296
La noche de San Juan . . . . .	297
<i>Siña</i> Concha . . . . .	298
Piros o el fuego en los pueblos . . . . .	300
Música . . . . .	302
El Cabezón de Agüero . . . . .	303
Aragón y Béarn . . . . .	307
Palacio . . . . .	308
Velillas . . . . .	309
Nadal . . . . .	310

Rafael Andolz y <i>El humor popular altoaragonés</i> . . . . .	312
La aurora y las cofradías . . . . .	317
Brujo . . . . .	320
El Viejo Remolón de Torres de Montes . . . . .	322
<b>Temas históricos</b> . . . . .	325
Almudévar . . . . .	327
Navarra . . . . .	330
La familia Abarca . . . . .	334
Los claustros de San Pedro el Viejo . . . . .	336
Toro ibérico . . . . .	337
Encierros en Huesca . . . . .	340
El molino de piedra . . . . .	342
Eliseo . . . . .	345
San Vicente y san Lorenzo . . . . .	349
San Lorenzo es el alba de Huesca . . . . .	354
<b>Temas variados</b> . . . . .	363
Almazán y los de Almudévar . . . . .	365
Amor desinteresado . . . . .	367
El ángel del Señor anunció a María . . . . .	369
El árbol de Benasque . . . . .	371
Atajos para <i>alcorzar</i> . . . . .	379
El ballet de los caballos . . . . .	382
Las brujas . . . . .	383
Mi burra torda y las flores . . . . .	385
Las campanas . . . . .	387
El ciclo roto del amor en un pueblo del Alto Aragón . . . . .	390
La Cofradía del Santo Cáliz . . . . .	391
<i>Corbetas</i> . . . . .	392
La culebra y los gorriones . . . . .	394
Curas y labradores . . . . .	395
«De gorra» . . . . .	397
Los engañapastores . . . . .	398
El gato pardo . . . . .	400
Los gitanos . . . . .	401

El hombre del acordeón . . . . .	403
El lorito de Logroño . . . . .	404
El mesón . . . . .	405
Un momento de San Lorenzo . . . . .	408
Las nutrias . . . . .	409
Las pajaritas . . . . .	411
El pelo . . . . .	412
El psiquiatra . . . . .	415
Reaparecen los caballos . . . . .	416
El reloj de pared . . . . .	417
Los roedores y los órganos . . . . .	419
El río . . . . .	420
Sender y las vacas locas . . . . .	421
<i>Tempus fugit</i> . . . . .	424
El tío del confite . . . . .	425
Todavía nos quedan las ranas . . . . .	427
Viajar en tren . . . . .	428
¡Viva san Úrbez! . . . . .	430
Vivir como hermanos . . . . .	431
La zurriaga de Narbona . . . . .	432
Encantos, desencantos y encantamientos . . . . .	434

## OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. M.<sup>a</sup> José Gayán Laviña y Lourdes Languiz Salcedo, *El cuero en el Altoaragón* (1987).
2. M.<sup>a</sup> Carmen Mairal Claver, *Juegos tradicionales infantiles en el Altoaragón* (1987).
3. Ángel Vergara Miravete, *La música tradicional en el Altoaragón* (1987).
4. Manuel Benito Moliner y Francisco Domper Gil, *Azara* (1988).
5. M.<sup>a</sup> Pilar Benítez Marco, *Contribución al estudio de La Morisma de Aínsa* (1988).
6. Vicente Bielza de Ory y Gilbert Dalla-Rosa, *Las relaciones socio-económicas transpirenaicas* (1989).
7. Rafel Vidaller Tricas, *Dizionario sobre espeziez animals y bexetals en o bocabulario altoaragonés* (1989).
8. Herminio Lafoz Rabaza, *Cuentos altoaragoneses de tradición oral* (1990).
9. Carlos Ascaso Arán, *Estudio sobre el cultivo y comercio de la almendra en la comarca de la Hoya de Huesca* (1990).
10. Agustín Faro Forteza, *Tradicíó oral a Santisteba (La Llitera)* (1990).
11. Hèctor Moret i Coso, *Pere Pach i Vistuer: articles ribagorçans i altres escrits* (1991).
12. José M.<sup>a</sup> Satué Sanromán, *El vocabulario de Sobrepuerto (Léxico comentado de una comarca despoblada del Altoaragón)* (1992).
13. José Damián Dieste Arbués, *Refranes ganaderos altoaragoneses* (1994).
14. Luciano Puyuelo Puente, *Castillazuelo: tal como éramos* (1994).
15. Inmaculada de la Calle Ysern y Ángel M. Morán Viscasillas, *Cara y cruz en Nocito (El ayer y el hoy de una comunidad en la sierra de Guara)* (1994).
16. Joaquín Salleras y Ramón Espinosa, *La ermita de San Salvador de Torrente de Cinca* (1995).
17. VV. AA., *Del esparto a la PAC. Primeras Jornadas Agrarias (Laluzea, noviembre-diciembre 1993)* (1995).
18. Pedro Lafuente Pardina, *Al calor de la cadiera (relatos y vivencias del Altoaragón)* (1996).

19. José Antonio Llanas Almudébar, *La pequeña historia de Huesca. Glosas, I* (1996).
20. José M.<sup>a</sup> Satué Sanromán, *Semblanzas de Escartín* (1997).
21. José M.<sup>a</sup> Ferrer Salillas y M.<sup>a</sup> Ángeles Abió Zamora, *Angüés. Historia, vida y costumbres de una villa del Somontano oscense* (1998).
22. Francisco Castellón Cortada, *Santa María de Valdeflores y San Miguel, las dos parroquias de Benabarre* (1998).
23. Ester Sabaté Quinquillá (coord.), *Albelda, la vida de la villa* (1999).
24. Jeanine Fribourg, *Fiestas y literatura oral en Aragón (El dance de Sariñena y sus relaciones con los de Sena, Lanaja y Leciñena)* (2000).
25. Chabier Tomás Arias, *El aragonés del Biello Sobrarbe* (1999).
26. Ramon Vives i Gorgues, *Costumari de Castellonroi (Ànima d'un poble)* (2001).
27. Mariano Constante, *Crónicas de un maestro oscense de antes de la guerra* (2001).
28. M.<sup>a</sup> Celia Fontana Calvo, *La iglesia de San Pedro el Viejo y su entorno. Historia de las actuaciones y propuestas del siglo XIX en el marco de la restauración monumental* (2003).



